This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NUBEM ERIPIAM
Edward Shipperdson.

DOMI
NUS
ILLU
MINA
TIO
MEA
Taylor Institution

SVCESSOS, Y PRODIGIOS DE AMOR.

NOVELAS EXEMPLARES,

COMPUESTAS

OR EL Dr. D. JUAN PEREZ DE Montalvàn, natural de Madrid, y Notario del Santo Oficio de la Inquiſicion.

ñADIDAS AORA NUEVAMENTE las tres Novelas, que eſtàn en ſu *Para-Todos.*

CON LICENCIA.

ARCELONA: Por PABLO CAMPINS Impreſſor. Año 1734.

Se hallarà en ſu caſa en la calle de Amargòs.

THE TAYLOR
27 MAR 1939

APROBACION, Y LICENCIA.

NOs èl Doctor Don Miguèl Geronimo Martèl, Chantre de la Santa Igleſia Metropolitana de Zaragoza, y Vicario General por el Iluſtriſſimo, y Reverendiſſimo Señor Don Fray Franciſco Gamboa, Arzobiſpo de Zaragoza, del Conſejo de ſu Mageſtad, &c. damos licencia para que ſe pueda impremir eſte libro, intitulado: *Novelas del Dr. D. Juan Perez de Montalvàn*, por eſtàr viſto, y aprobado, y averſe impreſſo otras veces, y no tener coſa contra nueſtra Santa Fè. Dada en Zaragoza à 8. de Marzo de 1664.

D. Miguèl Geronimo Martèl.
V. C. G.

LICENCIA, Y TASSA DEL REAL Conſejo.

TIene licencia del Real Conſejo, Pablo Campins Impreſſor vezino de la Ciudad de Barcelona, para imprimir eſte Libro intitulado *Novelas del Dr. D. Juan Perez de Montalvàn*, y lo taſſaron à ſeys maravedis cada pliego, como mas largamente conſta de ſus originales, ſu fecha en Madrid à 22. de Octubre de 1734.

D. Pedro Manuel de Contreras.

FEE DE ERRATAS.

HE viſto eſte Libro intitulado *Novelas del Dr. D. Juan Perez de Montalvàn*, y eſtà fielmente impreſſo, y correſponde al que ſirve de original. Madrid, y Noviembre à 18. de 1734.

Licenciado D. Manuel Garcia Aleſſon.
Corrector General por ſu Mageſtad.

TABLA

TABLA
DE LAS NOVELAS QUE TIENE este Libro.

1 La Hermoſa Aurora. Pag. 1.

2 La Fuerza del Deſengaño. pag. 28.

3 El Embidioſo Caſtigado. pag. 53.

4 La Mayor Confuſion. pag. 79.

5 La Villana de Pinto. pag. 103.

6 La Deſgraciada Amiſtad. pag. 133.

7 Los Primos Amantes. pag. 164.

8 La Prodigioſa Hiſtoria. pag. 192.

9 Al cabo de los Años Mil. pag. 222.

10 El Palacio Encantado. pag. 263.

11 El Piadoſo Vandolero. pag. 298.

HERMOSA AURORA.

NOVELA PRIMERA.

Uvo Dioniſio, ſegundo tyrano de Sicilia, una hija, à quien por ſu celeſtial hermoſura llaron *Aurora, tan bella, como* graciada; y apenas en ſus años nplia los vltimos de la pueri-, quando quiſo el Cielo darla ntender, que avia nacido herſa, obſcureciendo ſu fortuna, e en opinion de la naturaleza, e de ſer delito la hermoſura, minda, dama Franceſa, y principal, aunque no digna de tanto imperio, por averla tenido muchos años en poſſeſſion de dama. *Era de gallardo brio, entendida,* y hermoſa; pero de condicion tan aſpera, que grangeaba poco el vulgar aplauſo, ſiendo tan dueña de las acciones de ſu eſpoſo, que no permitia paſſaſſe coſa en el Reyno, ſin conſultarlo con ſu voluntad: anſia propia de quien

la aconsejò, que no viviesse tan confiada en el amor de su padre, porque era possible que faltasse, y despues viniesse à menos, por no aver ganado las voluntades de sus vassallos. Y añadia à esto, que hiciesse memoria de lo que avia sido, para que no la desvaneciera el nuevo estado. Ofendieron de suerte estas palabras el corazon de Arminda, que desde luego procurò el fin de Autora; y para salir con este deseo, diò à entender á Dionisio, que estaba zelosa della, diciendo, que el amarla con tanto estremo, era por ser retrato del muerto original; porq̃ como el Fenix dexa cenizas para su eterna sucession, assi la voluntad suele dexar para su memoria algunas prendas vivas; y era muy cierto, que los descuidos que algunas vezes tenia con ella, los causaba el difunto amor, retratado en la hermosura de Aurora. Dezia esto Arminda con tantas veras, que haziendo Dionisio fineza de la impiedad, puso en sus manos la culpa de su hija, y la diò licencia, para que en este pleyto fuesse el Juez, y la parte. No disculpe esta vez à Dionisio el amor, con ser disculpa general de qualquier excesso; porque no tiene obligacion un hombre à despreciar prendas, que lo son de su sangre, por una muger que [illegible] quando llora, y llora quando quiere. Contentòse Arminda con que Aurora estuviera en parte, donde ella no la viesse; y assi su padre la mandó salìr luego de Sicilia; porque mas queria vivir sin una hija, que tener descontenta à su esposa. (afecto de ciego amante; pero temeridad de padre barbaro,) Pusieron luego à la hermosa Princesa en una pequeña Isla, que estaba entre el Peloro y el Pachino, y servia de corona de flores à los undosos cristales del Mar Tirreno: y esto con tanto secreto, que para huìr la inquietud del vulgo, que la amaba por su virtud, y belleza, mandò fuesse servida con un limitado numero de criados, poniendo pena de la vida, à quien dixesse que era Aurora la que habitaba en aquel breve Palacio. Con gran cordura sufria la discreta dama el desamor de su padre, divirtiendo el alma, yà con la dulze musica de los lisonjeros paxarillos, que como escuchaban su nombre, pẽsaban que siempre amanecia, y cantaban à todas horas; yà con el agradable viento, que tocando en los hermosos pielagos de vidrio, amorosamente los inquietaba; yà con la imaginacion de sus desdichas (que suele un triste divertirse con lo mismo que le atormenta) yà cõ las criadas que la servian; y particularmente con Celia, que por ser de sus años, y

ener una miſma ſangre, merecia uſtamente ſu privanza. Y en efecto, quando todo le faltaba, y ninguna coſa la divertia, tomando un inſtrumento, que en ſus manos podia preciarſe de que no era mudo, lloraba, y cantaba deſta ſuerte.

Quando ha de ſer el dia
que tenga fin mi vida laſtimoſa,
y la fortuna mia
(del humano poder tyrana Dioſa)
dexe de atormentarme,
y de una vez acabe de mararme?
Quando en aqueſtas flores
tendràn verde ſepulcro mis cuidados,
mis miedos, y rigores,
mal merecidos, aunque bien llorados?
y quando el Cielo ſanto
impedirà la cauſa de mi llanto?
Què quiere la fortuna,
deſpues de verme en tan humilde eſtado,
ſin eſperanza alguna
de bolver à gozar el bien paſſado?
Ay muerte, ſi llegàres,
què juſtos ſentimientos me eſcusàras!
Con alma corteſana
paſſo en la ſoledad el mes, y el año,
la tarde, y la mañana,
y de eſta ſuerte mi eſperanza engaño,
llorando à qualquier hora,
que ſiempre lloro, como ſoy Aurora.
Si el fiero mar ſe atreve
à conquiſtar eſta robuſta peña
con injurias de nieve,
preſumo que me aviſa, y que me enſeña,
que la muerte atrevida
llama à las puertas de mi triſte vida.
Quando el Alva deſpierta
con media luz, introduciendo el dia,
ſuelo hallarme tan muerta,

que parece verdad la fantasìa
que engendrò el ſueño eſquivo,
y no me puedo perſuadir que vivo.
Todo, en fin, me atormenta,
y mas el vér que con igual cuydado
toda crece, y ſe aumenta,
por mejorar de calidad, y eſtado,
y yo nunca he ſalido
de una fortuna, porque mala ha ſido.
El arbol que en Enero
ſolo ſe viò veſtido de congoxas,
en el Mayo primero
pintadas de colores vè las hojas,
y el campo hermoſo, y verde
cobrà en Abril lo que en Agoſto pierde.
Eſte mar, que enojado
eſcalas de criſtal pone à los Cielos,
ſuele eſtàr ſoſſegado,
y ſola yo con anſias, y deſvelos,
temiendo el hado injuſto,
ni aguardo libertad, ni eſpero guſto.

Dexaba Aurora la dulce muſica con tantas lagrimas, y ſuſpiros, que tuviera muy ruſtica el alma quien la eſcuchaſſe ſin enternecerſe. Y eſtando vna tarde entreteniendoſe con la deleytoſa viſta del mar, los rigores del abraſado Julio, viò un hombre, que peleando con el criſtal de ſus aguas (aunque mas fiado en la piedad de una tabla, que en la valentia de ſus brazos) rompia las plateadas ondas, procurando alẽtar el deſmayado eſpiritu, haſta verſe mas cerca de aquella tierra, porque alguno le ayudaſſe à defender la vida. Aurora entonces, con una piedad noble, y un dolor tierno de verle morir à ſus ojos, mandó à los pocos que la ſervian, acudieſſen à favorecerle; y ellos arrojandoſe al mar en un pequeño eſquife, le ſacaron, y regalaron, porq̃ aſſi lo avia mandado Aurora; y tambien, porque el talle, y cortesìa de Ricardo (que eſte era ſu nombre) movian à reſpeto, y voluntad; y deſpues de averſe reparado del mal tratamiento que le avia hecho el agua, repartió entre ellos algunas joyas, que el mar le avia reſerva-

do

paſſado peligro, advirtiè-
ie era noble, y que haſta
:jorado de fortuna, le era
vivir encubierto; y aſsi
ſe ſirvieſſen de tenerle
mpañia, que algun tiem-
ia ſer no les peſaſſe. Y
nia con el oro, y con ſu
tan grangeado el afecto
ue le eſcuchaban, le agra-
i la liſonja que les hazia,
endo ſervirle en quanto
:as alcanzaſſen. Holgòſe
),de vèr quan ſeguramen-
i eſtàr ſin rieſgo de ſer
); porque en aquella Iſ-
)ocas vezes avia mas de
idoſas guardas de aquel
ue tan injuſtamente pa-
ſaliendoſe una noche,
ia hermoſa Cintia, coro-
rayos, alumbraba toda
à entretener con los ar-
ſoledad, oyò una dulce
con blandura, y gallar-
aba ſus penas à las aves,
i, de eſta ſuerte.

: que ſale el Alva,
e el Sol ſe auſenta,
)n eſte monte,
:n eſta ſelva.
jos no ſe enjugan
mas, y quexas,
ues que ſon fuentes,
an mis triſtezas.
:rpetuas congoxas!
rrales penas!

mucho teneis de mias,
pues os preciais de eternas!
Que importa aver nacido
con natural belleza,
ſi en eſta ſelva vivo
ſola, afligida, y preſa!
Què importa que mis ojos,
matar de amores puedan,
ſi aqui ſolo me eſcuchan
las aves, y las fieras!
Ay Cielo riguroſo,
pues miras mi inocencia,
ò quitame la vida,
ò abreviame la pena!
Mas por no darme guſto
con la vida me dexas,
que es parte de liſonja,
que un deſdichado muera!
Viva quien tiene guſto,
porque quien no le eſpera,
nunca tiene mas vida,
que quando eſtà ſin ella!
No tengo en todo el dia
una hora, en que no tenga
preſentes mis deſdichas,
ò la memoria de ellas!
Y en fin, tan triſte vivo,
que ſolo me conſuela,
vèr que tambien ay muerte
para un alma reſuelta.
Pues falta la paciencia,
quando duran las penas,
como penas.

Suſpendiòle à Ricardo, por una parte lo ſonoro de la voz, y por otra, la novedad de oìr en aquel ſitio, à quien con veras tan

del alma ſe quexaſſe de ſus deſdichas, y por no ſer ingrato al favor que le avian hecho, aunque ſin penſar que ſe le hacian, para vèr tambien, ſi por aquel camino ſabia quien era el divino dueño de tan dulce muſica: con ſuſpenſion de la Filomena que le eſcuchaba, cantò eſte Soneto.

SONETO.

Duro tormento de mi larga auſencia,
que ſiempre afliges la memoria mia,
de qué ſirve matarme cada dia,
ſi no me dàs para morir licencia?
Què me importa vivir, ſi en la experiencia
hallo que muero con mayor porfia,
pues morir ſin morir, es tiranìa,
que ſolo lo ha ſufrido mi paciencia?
De Narciſa gozè los ojos bellos,
gloria que mereci por largos plazos,
y ya me miro auſente de ella, y de ellos.
Confirmaron mi amor prendas, y lazos;
mas ſi los merecì para pedirlos,
qué mayor muerte, que gozar ſus brazos!

Con la miſma duda en que eſtaba Ricardo, quedò Aurora, por ſaber que ſus criados no tenian tan de ſobra las gracias, y entendimiento, que ſupieſſen con tanta dulzura quexarſe de los fuertes rigores de la auſencia. Era Aurora amiga de ſaber, picaba en curioſa, como las demàs; y aſſi, quiſiera vèr el Orfeo de aquellas peñas; pero la ſombra de los arboles, la diſtancia del lugar, y ſobre todo, el reſpeto à que le obligaba ſu decoro, reprimieron eſte deſeo: y aſſi dexò para otro tiempo la informacion; y llamando à uno de los que la aſſiſtian, le preguntò: Si habitaban aquella ſelva mas hombres de los que avian venido con ella de Sicilia? Reſpondiò el criado: Que como ſe olvidaba tan preſto de uno, que pocos, dias antes avia mandado favorecer, por verle à riefgo de perder la vida en aquel pedazo de mar? Preguntòle tambien Aurora: Si ſabia quien era? Y à eſto la replicò: Que en aquella materia no podia decirle nada, porque ſolamente avia dicho

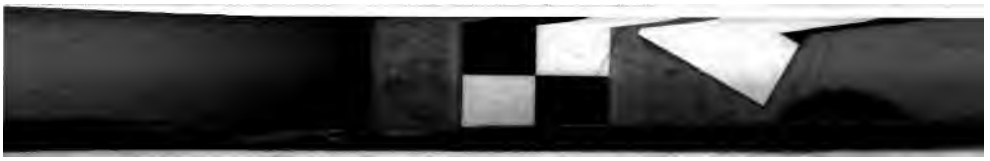
que

ie ſe llamaba Ricardo, encu-
riendo ſiempre ſu calidad, y pa-
ia; y ſolo la podia aſſegurar, que
n la apariencia moſtraba ſer de
luſtre ſangre, ò à lo menos ſu
alle, y entendimiento lo mere-
:ian. No quiſo Aurora ſaber mas,
or no dar ocaſion à que engen-
raſſe ſu curioſidad alguna ſoſ-
:cha; y aunque ſea verdad, que
que no ſe ha viſto, ni tratado,
o puede amarſe, ſuele la fama,
virtud, y los meritos inclinar
. deſeo, para vèr ſi ſatisface à los
ios, lo que pudo aficionar el al-
ma por los oìdos. Aurora en fin,
lo digamos que eſtaba enamo-
ada, que aunque lo pedia ſu ſo-
:dad, no lo conſentia ſu grande-
a; mas en alguna manera puede
ecirſe, que *vivia deſeoſa de co-*
ocer à un hombre de altas par-
es. Ricardo la cumpliò con bre-
vedad eſſe deſeo, porque ſin pre-
guntar à ninguno el miſterio que
encerraba aquel ſecreto Palacio,
continuo el viſitar el ſitio donde
la avia oìdo, y Aurora tuvo lu-
gar de verle paſſar muchas tar-
des, tan galàn, que podia poner à
peligro la libertad de qualquie-
ra alma que le miraſſe, como vi-
vieſſe con mas guſto que Aurora;
que los deſvelos de amor, no ſon
para quien tiene otras deſdichas
que ſentir. No pudo vèr Ricardo
à la hermoſa Aurora, *porque vi-*
lieras, y zeloſas ſe la defendian
de los ojos, ni tampoco quiſo
deſcubrirſe à los que tenia por
compañeros, conſiderando, que
pues tanto ſe rezelaba de èl en
eſta materia, les debia de impor-
tar el ſecreto; y aſſi callò lo miſ-
mo que tanto deſeaba (que es
diſcreta ley de prudencia, no ſa-
ber un hombre mas de lo que
quieren comunicarle) mas no por
eſſo dexò de perſeverar en ſu
penſamiento, por ſi acaſo en al-
guna ocaſion podia ver la her-
moſa Sirena de aquel mar. Halla-
bale el dia debaxo de ſus rexas,
ſin ſaber à quien obligaba por
ſer amante de quien no conocia;
y teniendo por coſa cierta, que
encerraban aquellas paredes mas
de alguna ſecreta dama, trazò
delante del Real Palacio varios
juegos, y fieſtas, para que con
ocaſion ſe dexaſſe vèr la deydad,
cuya voz avia ſervido de hechi-
zo á ſu entendimiento. Sucedìò-
le todo à Ricardo, como à quien
ſe avia criado entre las armas.
Perſeguia gallardamente quan-
tas robuſtas fieras engendraba el
boſque, haziendoles confeſſar
con ſu muerte, que era dueño de
ſus fuerzas, y de ſus brios. No
avia en Palacio quien no encare-
cieſſe ſus gracias, y bizarria, ſolo
à Aurora la peſaba de que lucieſ-
ſe con tantas ventajas, porque
cada dia la iba enamorando con
nuevos merecimientos: y aunq

todo lo que mirabà en Ricardo le parecia bien, con todo eſſo la deſigualdad que entre los dos imaginava, ofendia ſu recato, pues quien ſe emplea baxamente, parece que no tiene diſculpa con todos, y aſsi pensò ſi ſeria bien hacerle matar: que quando un hombre humilde puede ſer cauſa de algun grave daño, ſe tiene por piadoſa ſu muerte; pero no lo intentaba de veras, que quitar la vida à lo que ſe ama, ſolo porq̃ ſe ama, no es buena razon de eſtado en la voluntad. Quiſo tambien mandar, que ſe ſalieſſe de la Isla, pero arrepintiòſe preſto, pues nadie guſta apartar de los ojos lo miſmo que tiene retratado en el alma; y en efecto, viendo que matarle era crueldad para Ricardo, y deſterrarle tirania para ella, ſe reſolviò à divertir ſus triſtezas, paſſando las horas de aquella ſoledad con mas guſto; y para que no ſupieſſe en ningun tiempo, que era ella quien le avia querido, trocò el nombre de Aurora en el de Celia, à quien dió cuenta de eſte engaño, para que le ayudaſſe à proſeguirle, y diſsimulando con el nombre ſu grandeza, pudiera entretener ſu nuevo amor haſta ſaber quien era aquel Cavallero, que le avia llevado tanta parte del alma.

Seguramente podia Aurora permitir à ſu grandeza la volun-

tad de Ricardo, porque era unico hijo del Rey de Polonia, que enamorado de la fama, que en verſos, y pinzeles encarecia la perfecta hermoſura de Aurora, ſabiendo que otros Principes ſolicitaban por Embaxadores ſu caſamiento, quiſo èl miſmo fiar de ſu diligencia ſu dicha, y llegar à Sicila, para ſer él tercero, y èl amante. Eſte deſeo le puſo en el mar, y deſterrò de ſu patria; tanto puede la fuerza de una gallarda reſolucion, y tanto inquieta una hermoſura imaginada, pues lleva tràs sì la voluntad, y el alvedrio de un Principe, que aventurando ſu vida à los peligros de las ondas, y humillando ſu calidad à un apoſento de lienzos, y tablas, quiere paſſar con tantos rieſgos, haſta vèr ſi la fama correſponde à la verdad. No tuvo Ricardo tanto de dichoſo, como de atrevido, porque enojado una tarde el mar, ò canſado de ſuſtentar en tan corta esfera el peſo de una Mageſtad tan alta, empezò á embravecerſe, de manera, que puſo en duda la vida del valeroſo Principe. Obſcureciòſe el Cielo, y los ayres ſe alborotaron con tanta fuerza, que ſin tratar de defenderſe los que acompañaban à Ricardo, eſperavan por puntos el ultimo termino de ſu vida; y aſſi le obligó (temeroſo de otro peor ſuceſſo) à que ſe arrojaſſe



à las ſaladas eſpumas, y abrazado à una tabla, ſe previnieſſe del mas dificultoſo remedio: de eſta ſuerte anduvo dos dias, favorecido del ayre, al cabo de los quales ſe hallò muy cerca de la Isla, de modo que pudo Aurora ſocorrerle, y deſpues amarle con tan grande eſtremo como hemos viſto; pues ſe vè tan reſuelta, que trata de hablarle, aunque con fingido nombre de Celia. Aumentòle grandemente eſte deſeo à Ricardo, que una noche, tratando de ſu cu*rioſa voluntad*, cantò enamorado dulcemente eſtos verſos.

Corazon qué pretendeis,
que tan deſvelado andais?
ſi decìs que amais, errais,
pues ni veis, ni mereceis;
y *ſi* amais *lo* que no veis,
llameſe curioſidad
vueſtra inquieta libertad:
que amar corazon ſin vèr,
voluntad pudiera ſer;
pero es loca voluntad.
Mas direis, por qué ocaſion
eſta mi necia porfia
os deſvela noche, y dia?
en parte teneis razon;
pero mi dulce paſſion
no es amor, ſino cuidado
de aquel bien imaginado;
y tener anſia de verle,
es principio de quererle,
pero no amor declarado.
Yo quiero lo que no veo,
porque el alma imaginò
un ſugeto tan divino,
que me enciende ſu deſeo:
amo, conquiſto, deſeo,
obligo, eſpero, porfio,
el sèr doy, el alma embio;
y ſin vér à quien la doy,
pues de ningun dueño ſoy,
quando sè que no ſoy mio.

En acabando Ricardo, le llamò Aurora, y dixo, aunque con dificultad, por eſtàr los balcones altos: Que bien podia paſſar de curioſo à ſer amante, porque avia quien le eſcuchaba con mucho guſto. Quedò Ricardo con el nuevo favor contento, pues aunque no avia vìſto al dueño, por lo menos no eſtaban malogrados ſus deſvelos, tanto como *penſaba*; y viendo que no ſeria poſsible hablarla, ſe determinò à eſcrivirla, trasladando ſus penſamientos à la pluma, que ſuele ſer la mas diſcreta lengua, y dice aun mas de lo que ſe ſiente. El papel fue breve (aunque la cauſa no lo pedia) por dexarla con deſeo de recibir otro, y aſsi la dixò:

Bien puedo dezir, ſeñora mia; que teneis obligacion de favorecerme, pues me coſtais infinitos cuidados, ſin agradecimiento, aunque deſde à noche he preſumido de mas dichoſo, y aſsi eſtoy reſuelto à morir de porfiado, antes que de cobarde, porque

ſoy

ſoy noble, y no sè bolver atràs en nada; lo que aora deſeo, es, veros, ſi acaſo lo ha merecido mi amor; y pues el Cielo ſe dexa amar, y vos le pareceis tanto, imitadle en la condicion, como en la hermoſura, que ſi me abraſan vueſtros rayos, juſto ſerà conozca la esfera de donde vienen.

Acudiò Ricardo como ſolia, y deſpues de averla liſongeado con un romance que compuſo aquel miſmo dia, tan bien cantado, como eſcrito, la enſeñò el papel, diciendo, que era una letra eſtremada para la muſica, y que ſe holgàra mucho de oìrſela, pueſta en la guitarra. Entendiòle Aurora, y agradeciòle el engaño; pues lo que de otra ſuerte parecia liviandad, paſsò entonces plaza de cortesia (que ay hombres tan diſcretos en lo que piden, que animado el delito, parece que eſcuſan la cauſa) y arrojando un liſton de nacar, ſe le reſtituyò Ricardo con mas peſo del que traìa. Llevò Aurora el papel, y por ſatisfacer alguna parte de ſus verdades, le dixo ſe eſperaſſe un poco; y mandando àCelia que eſcrivieſſe, no porque ella no ſabia que era eſtremada en todo, ſino por el peligro que avia en conocer ſu letra, reſpondieron entre las dos deſta ſuerte:

Porque no digais, bolviendo à vueſtra tierra, que todas las mugeres de Sicilia pecan de deſagradecidas, ſiendo lo que ſe pide tan juſto, como dexarſe ver una muger, harè lo que me mandais, auque deſpues contradigan los ojos al penſamiento, pues es fuerza, que en vueſtra opinion ſea mas hermoſa aora, que lo ſeré deſpues. Yo me llamo Celia, y ſirvo à una ſeñora principal que vive en aqueſte Caſtillo, y ella, y yo eſtarèmos mañana en aqueſte pueſto, de manera, que podais verme: tened buen animo, y agradecedme, que preſto os quitarè el amor, ſi acaſo le teneis de lo que no ha paſſado del penſamiento. Lo que os ruego es, que tengais ſecreto eſte deſatino, y me digais vueſtro nombre, eſtado, y calidad porque importa à entrambos.

Besò el papel Ricardo, y leyòle algunas vezes, que un amante nunca ſe contenta con la primera; y à otro dia fue à vér, lo que avia tantos que deſeaba. Tenia mandado Aurora à las criadas ſe retiraſſen à otro quarto, y quedando ſola con Celia, hizo que ſe viſtieſſe ricamente, y ella ſe puſo à ſu lado. Alzò Ricardo los ojos, y viendolas, quedò tan admirado de ſu belleza, que no podia alcanzar à la verdad la imaginacion; porque Celia, fuera de tener lindo cuerpo, era de agradable hermoſura, aunque lucia menos delante de Aurora, cuyos

ojos

nieve, y las manos, dos al-
e marfil inquietas; el veſti-
i de tabi verde, y oro, de
:a, que parecia un diamante
ta de eſmeralda; la ropa era
con alamares negros; y fi-
:nte, toda ella parecia vn
l, la gallardìa mucha, y los
ıocos. Suſpenſo, pues, Ri-
, y aun temeroſo de que la
:l mar, porquè no la codi-
por Ninfa de ſus ondas, agra
ıdoſe à sì proprio la firme-
e avia tenido, ſe determinò
quitar *tan hermoſo dueño*,
e le coſtaſſe no bolver á ſu
en muchos años; y pare-
ıle que un retrato que avia
e Aurora, no igualaba à las
ıs perfecciones de Celia, diò
en empleado todo el tiem-
e avia gaſtado en adorar
ſa, pues era facil ver a la Princeſa
alguna de las muchas veces que
penetraba el boſque, y los echaſ-
ſe à perder à todos. Tan facil ſe-
rà eſſo (reſpondiò otro) que pien-
ſo lo pretende, ſino es que yà lo
aya conſeguido; y aun he repa-
rado, en que mira con demaſia-
diſſima atencion aqueſtos balco-
nes, y ella me ha preguntado,
quien es; y ſi Ricardo porfia mu-
cho, es fuerza la conozca, y noſo-
tros perdamos la gracia de Dio-
niſio. Vēciòles en efeto el miſmo
miedo, y conformandoſe todos,
en que no quedaſſe en aquella
tierra, le notificaron que le im-
portaba la vida el auſentarſe. Ad-
miròſe Ricardo de ſu temeraria
reſolucion; y al cabo de varias
imaginaciones, vino à ſoſpechar,
que ſin duda alguno de ellos de-

nuevas de ſu gente, cuya vida podria ſer huvieſſe perdonado el mar. Bien echò de vér la dificultad q̃ avia en reducirlos, viendo à los que un tiempo le agaſſajaron, que yà le miraban deſabridamente; pues vna mala voluntad ſe conoce en los ojos, en la cara, y en las acciones; y hallandolos vna mañana à todos juntos, les dixo: Señores, y compañeros, mi nacimiento ha ſido noble; y aunque vivo donde yo ſolo me conozco, no pienſo que ninguno ſe puede quexar de mi trato; porque todos los que nacen con mis obligaciones, nunca pagan ingrataméte los beneficios, que la ingratitud, y la nobleza ſon como la noche, y el dia. Vine à eſta Isla, ò por mejor decir, me arrojò mi fortuna, no mala, pues en ella hallè amparo, y amigos. Aqui he vivido algunos dias, procurando ſatisfacer con deſeos, yá que no con fuerzas, la merced que todos me aveis hecho; pero no me debo de aver declarado, pues quando pienſo que ſois mas mios, me amenazais con la muerte, ſi no me auſento. Yo he diſcurrido ſobre la cauſa; y ſi os digo verdad, no la hallo, ſi bien imagino, que algun zeloſo debe de ſer quien incita los demàs à ſemejante exceſſo; y ſi eſto es aſſi, pudiera ſaber el tal, *que vn hombre no agravia, antes de ſaber que agravia*; porque el que con ignorancia, é inocencia ſolicita lo que por derecho es de otro, ſolo ſe puede decir q̃ ofende, quando deſpues de conocida la verdad, proſigue en ſu penſamiento; y aſſi, de aver mirado eſte Caſtillo, con deſeo de vèr lo que encierra, ò con curioſidad, deſpues de averlo viſto, no puede reſultar ningun agravio, pues haſta aora no conozco que aya à quien le peſe; y ſegun lo que he alcanzado, no pienſo es ſola una deidad la que vive en èl: de manera, que ninguno puede con razon quexarſe de mi, pues quanto à la ofenſa, yo no le agravio de malicia; y quanto à la verdad, el no puede ſaber à quien me inclino.

Bien penſò Ricardo, que con eſſo les dexaba muy obligados, y ſatisfechos; pero fue muy al revès: porque como ſu mayor agravio conſiſtia, en que Ricardo ſupieſſe aquel ſecreto, no huvieron meneſter mas informacion para ſacar las eſpadas, y acometerle, con animo de quitarle la vida: y no lo pudieron hacer tan preſto, que Aurora, y ſus criadas, oyendo el ruìdo, no vieſſen la infame alevosìa, que uſaban contra vn hombre ſolo, y eſtrangero; y ſin acordarſe de ſu grandeza (que el amor no repara en calidades, quando yé á peligro lo que ſe eſtima) les embiò à decir ſe quietaſſen, y vinieſſen todos à darle par-

te.

aquel diſguſto; y llegando à
eſencia, la dixeron lo que ſu
: les avia mandado, añadien-
ıe Ricardo, era cierto habla-
queria á alguna dama de las
acompañaban à ſu Alteza:
on baſtante para que ſe en-
eſſe lo que Dioniſio penſa-
àr tan en ſecreto, que ſolo
:lo, y ellos lo ſabian; y que
ara eſcuſar el peligro que
nenazaba, era forzoſo qui-
a vida. Eſſo, replicò Aurora,
i fuera poca piedad conſen-
, y *en voſotros demaſiada*
on executarlo; porque ſe-
ſtoy informada, aveis reci-
le eſſe Cavallero muy bue-
)ras, y no es razon quitar la
: vn hombre, que confeſſais
ros miſmos ſer de partes tan
les, y *mas por coſa que pue-*
er ſin ſangre remedio. He
o à ſaber, que Ricardo viò
noche à vna de mis cria-
quien por la novedad, ò por
ſion, dixo amores, y ella
no los eſcuchò de mala
por eſto me corre tambien
cion de que no quede en
la; y pues para aſſeguraros
u auſencia de ella, y vueſ-
igro tomo à mi cargo, que
lo es Cavallero, y ſabrà ca-
que huviere viſto. Con eſ-
ranza ſe fueron contentos,
)ra quedò entre mil confu-
, *porque amaba de ſuerte* à
Ricardo, que entre perder la vi-
da, y perderſe, ſeria muy poca la
diſtancia: tanta es la fuerza del
trato, y comunicacion, pues quan-
do Ricardo fuera menos digno de
ſu belleza, viendole, y eſcuchan-
dole, era forzoſo engendrar al-
guna voluntad en ſu pecho; y en
fin, eſtaba tan reſuelta, que yà le
pesàra de verſe libre de aquella
priſion, por no carecer de la agra-
dable viſta de Ricardo, que en
llegando las mugeres à amar, ni
ſienten las penas, ni las deſdichas,
como las paſſen en compañia de
ſu guſto. Con razon dudaba el
medio que avia de elegir, que eſ-
tuvieſſe bien à ſu voluntad, y aſ-
ſeguraſſe ſus criados; porque te-
nerle alli á peſar de todos, era
aventurar ſu reſpeto, y dàr oca-
ſion á ſus enemigos, para que in-
tentaſſen alguna venganza mas
fiera; y aſſi, aconſejandoſe primero con Celia, eſcriviò vn papel, en que le diò cuenta de lo que paſſaba, rogandole encarecidamente, que guardaſſe ſu vida, y previnieſſe ſu auſencia, dos coſas que parecian contrarias. Vino la noche, y ſaliò la hermoſa Princeſa á deſpedirſe de Ricardo; y dandole el papel, con vn cofrecillo de plata, embuelto en vn tafetan leonado, ſin poder hablarle, ſe fue à llorar las penas que le eſperaban. Recogioſe tambiè Ricardo, porque eſtaba con algun rezelo

del

del paſſado diſguſto, y beſando la firma, que decia: Vueſtra Celia; leyò temeroſo de eſta ſuerte:

Señor mio, el cuydado que me debeis es grande, oy os vì ſacar la eſpada, y os aſſeguro, que me diò gran pena; yo pienſo que fue amor, aunque con poca dicha; pues ha de morir quando empezaba à nacer. La cauſa ſomos los dos, porque imagino, que ſe ha ſabido parte de nueſtra voluntad. Yo ſoy mas noble de lo que imaginais, y aſſi importa à entrambos que os auſenteis al punto; à vos, porque no os quiten la vida; y à mi, porque no pierda la opinion. Creedme que lo ſiento, porque, en fin, os tengo amor, y os pierdo: Vos os podeis conſolar, con que era impoſſible ſer vueſtra, no por amar à otro, ſino por tener mas calidad que era menester. Aì os embio mil eſcudos, para que os regaleis en el camino, con vna roſa de diamantes, y eſmeraldas, que algun dia la traxe en el pecho, para que en vueſtra tierra os acordeis de que fue mia, y ſu dueño vueſtra.

Deſpues de aver leìdo, y llorado la riguroſa ſentencia de ſu muerte, ſe reſolviò à obedecer al punto lo que en ella le mandaba Aurora; y para darle à entender alguna parte de ſu ſentimiento, *tomò la pluma*, y reſpondiò aſſi:

A mucha dichat uviera, me dieran la muerte mis gos, pues en fin lo eran; p venir à eſperarla de vueſtr nos. Mañana, antes que Aurora, me auſentaré de l tra, porque digais que ſup ros, y obedeceros: que lo hiziera por el peligro de la haré por el reſpeto de decoro. Lo que ſiento e parte, no os lo digo, porqu vo turbado, y no acertarè da; ſolo os aſſeguro, que noble, que el Rey de Sici puede dezir que es mejor. ne deſde mi patria à caſ eſte Reyno; y lo que haré ſerà bolverme. El regalo ag co, y no me eſcuſo de pag gun dia. La roſa guardarè, prenda vueſtra; y pues m dado tanta cauſa de penas me tiempo para llorarlas, a eſpero ſentirlas; de ſuert quando menos penſeis, o gan nuevas de que perdiò quien ſopo amaros, y no t cha para mereceros.

Acabòle Aurora tembl ſin poder eſtorvar à los o deſpreciaſſen cantidad de le bañò en lagrimas; llegc Celia, y quitòle de las ma ocaſion; pero aprovechò porque no ſe la quitò del y paſſeandoſe por vna eſ ſala, ſe torcìa las manos,

Cielo aumentaſſe el rigor de
re, y el aborrecimiento de
ida, para que trazaſſen ſu
e,aſſomabaſe al mar, pen-
, que yà ſu perdido dueño
aba el undoſo pielago; y
ando à eſto, eran tantas las
as, y locuras, que temiò
no intentaſſe algun deſati-
tra ſu vida; y aſſi entre
coſas, la dixo: Es poſſible,
,que vn amor deſigual pue-
to, que te obligue á exceſ-
que ſino los viera por los
o *fuera poſſible* creerlo de
ato, y cordura? Yo con-
, que Ricardo merece ſer
o; pero bien ſabes, que no
ibre de tus prendas, ni pue-
neſtamente ſer tuyo; y ſino,
qué teſtigos ay de ſu noble-
as que averla *referido* èl,
e es muy facil no ſer cier-
que el mas humilde,eſtan-
ade no le conozcan, levan-
teſtimonios à ſu ſangre? Ay
ò Aurora) el no ſaberlo me
dado,porque ſi Ricardo es-
ble como me ha ſignifica-
mas vezes, pudiera ſer, hi-
o que no penſè de mi en-
ento; y tengo para mi,acer-
iquiera por ſalir de cauti-
y no porque mi caſamien-
n tierra eſtraña, perderé
nn que tẽgo al Reyno, deſ-
los dias de mi padre: an-
del amor que me tienen
ſus vaſſallos, que ſi me vieran en
eſta priſion, ni tuviera ſeguridad
ſu Reyno, ni ſu vida. Dime, Ce-
lia,qué puedo eſperar en eſte Caſ-
tillo,ſino la muerte? Mi padre eſ-
tà caſado, y enamora, (que no es
poco) Arminda govierna el Rey-
no, y me quiere tan mal, que mu-
chas veces llego à comer con re-
caro, penſando me ha de mandar
quitar la vida, aunque auſentan-
doſe Ricardo, no ſerà meneſter
otro veneno. Ay Celia! ſi pudie-
ras hazer que yo le hablàra, y me
informàra mejor de ſu calidad,
para no quedar con eſte eſcrupu-
lo! no dudes que me hicieras vna
gran linſonja; porque ſi es humil-
de, morirè à manos de mi propio
valor, antes que admitir penſa-
miento de manchar mi ſangre; y
ſi quiſieſſe mi ventura,que Ricar-
do fueſſe (como es poſible) al-
gun Principe, que por caſos de
fortuna huvieſſe venido à parar
en eſta Isla, tèn por cierto, que
arrieſgàra mi vida por mi liber-
tad, aunque en todo conſultàra
primero tu entendimiento, para
no errar por ſolo mi parecer en lo
que intentàra. Oyòla Celia, y
compadecida de ſus lagrimas,
empezò à imaginar, ſi podria aver
algun medio para vér à Ricardo,
ſin que aventuraſſe ſu vida. Era
Celia de ingenio agudo, y preſto,
aunque acompañado de tanta cor-
dura, que ſiempre ſalia bien de lo

que

que intentaba; y deſpues de varios diſcurſos, ſe reſolviò, en que para aſſegurar à ſus enemigos, era forzoſo, que por entonces no vieſſen á Ricardo, pues en lo mas eſpeſo del monte podia eſtàr algunos dias, al cabo de los quales, vinieſſe vna noche, aviſandole con Liberio. (hombre de quien ella ſe fiaba) Haſta eſſe punto (dixo Aurora) bien lo has diſpueſto; mas para poder hablarle, qué traza queda? Porque deſde aqui es peligroſo. Si no me acabas de eſcuchar (replicò la diſcreta Celia) ni yo podré dar à entender, que deſeo ſervirte; ni tu podràs llegar à lograr tu aficion. Digo, ſeñora, que en llegando Ricardo à eſtas paredes, ha de ſubir con nueſtra ayuda, y la de vna eſcala á eſte quarto, que eſtà cerca del tuyo, donde teniendo yo la llave de la vltima parte, eſtarà ſeguro de atreverſe à tu perſona; y por eſſos balcones que miran azia el Mar, podràs hablarle haſta que te ſatisfagas de ſu nobleza. Mira tu aora ſi te ſientes con amor baſtante para atreverte à eſta fineza, que de mi parte te aſſeguro no canſarme, haſta que pierda la vida en tu ſervicio.

Aliviòſe con eſto Aurora, y diò mil abrazos à Celia, la qual eſcriviò vn papel à Ricardo, aviſandole de ſu determinacion; y encargando à Liberio, que no ſe apartaſſe vn punto de ſu lad ra que en viendole partir, diera, y ſe fuera con él. H aſſi; y quando yà Ricardo t ba el camino de Sicilia, par ſi hallaba en ella ſu perdida te, llegò Liberio, y le diò e pel, y recado de Celia. Rec le Ricardo, como quien via citar ſus muertas eſperanz deſpues de averle leìdo, y p do à las alegres nuevas, le i mo Liberio de lo que avia hacer. Y empezando à can por la confuſa ſelva, llega vn pobre alvergue de Paſt donde quedò Ricardo, y Li ſe bolviò à dàr parte à ſu ſe de lo que paſſaba. De eſta m ra eſtuvo quatro dias, favo do, y regalado de Aurora, cada dia le embiaba à viſitar Liberio; y vna noche tan o ra, como la pudiera pintar e ſeo de qualquier amante, lle palacio, ò à la eſfera del S aquella Isla, y deſpidiendo Liberio, le rogò que le dexaſ lo (que no de todo puede ſer tigo vn criado) hizo luego vi ña, y à ella ſalieron Celia, y rora, y poniendo la eſcala, cos lances ſe hallò Ricardo balcon; y deſpues de aver do las manos à Aurora por d ſuyo, y á Celia por ſeñora dueño, le llevaron por difer ſalas tan coſtoſamente guar

das de brocados, doſeles, y pinturas, que no echaba menos la grandeza que avia dexado en Polonia; y llegando à vn quarto que aventajaba à todos los demàs, por eſtàr aderezado con eſperanza de hueſped, le dixo Aurora, que alli ſe avia de quedar, advirtiendole lo que importaba el recato, y la obediencia; y que el intentar lo contrario, era poner à manifieſto peligro ſu vida. Segura la tendrè por eſſa parte, reſpondiò Ricardo, pues no tengo mas voluntad que vueſtro guſto. Agradeciòle Aurora la cortesìa, y diciendo, que por eſtàr delante ſu ſeñora, no le decia muchas coſas que guardaba para mas ſoledad; ſe deſpidiò, moſtrandole el balcon por *donde ſe podrian hablar*. Quedò Ricardo tan contento, como bien guardado, entreteniendo la mayor parte del dia en contemplar aquel prodigio de belleza. Crecia el amor de entrambos *igualmente*, que con el trato ningun amor es niño; y eſtando los dos vna noche riñendo ſobre qual era quien amaba con mas verdad: pendencia en que à ninguno le peſaba de ſer vencido, le dixo Aurora, con algunas mueſtras de ſentimiento.

Muchos dias ha, Ricardo mio, que deſeo ſaber vna verdad, aunque por no ponerme *á peligro* de *que me mate, no te la pregunto*; pero por no vivir con eſte ſobreſalto, avrè de arreverme à mi muerte; y aſſi digo, que me importa no menos que el honor, y el guſto, ſaber quien eres, para diſponer de mi con alguna reſolucion, y de eſta verdad no quiero mas teſtigos que ſaberla de tu boca, porque te tengo en tal opinion, que haciendo confianza de ti, no me has de tratar engaños: Yo ſoy noble, y tanto, que nadie puede decir que tiene mejor ſangre; porque eſta ſeñora que ſirvo, aunque lo es mia, no me aventaja en ella, pues de los favores que me haze, avràs colegido, que la deſigualdad no es mucha. La cauſa porque eſtamos en eſte Caſtillo, no puedo decirte, aunque ſi me *reſpondes como deſeo*, podrà ſer la ſepas; y entretanto, te ſuplico, por quien ſoy, por lo que me eſtimas, y por lo que me debes, me ſatisfagas eſte deſeo, que te prometo me tiene el alma con notable diſguſto. Obligado de los ruegos de Aurora, quiſo Ricardo decir claramente quiẽ era; pero por ſer creìdo mas facilmente, la reſpondiò, que era vnico hijo del Almirante de Polonia, Cavallero tan principal, y tan amado del vulgo, y de Eduardo ſu digniſſimo Rey, que ocupaba el primer lugar en ſu amor, y en el govierno de aquella Monarquia. No quedò deſcontenta Au-

rora, pues la diferencia no era tã grande, que borraſſe las dulces eſperanzas que en el alma avia eſcrito. Solamente Ricardo eſtaba muy enojado con ſu propio pecho, por parecerle, que engañarla, fiandoſe tanto dél, tocaba en eſpecie de traìcion, pero la diſculpa eſtà en el propio delito; porque valerſe de vn leve engaño para gozar lo que ſe deſea, es culpa muy facil de conſentir, y mas en el ſiglo que aora paſſa. Eſtaba Ricardo tan adelante en ſus amores, y tan favorecido de los divinos ojos de Aurora, que con aver nacido con natural deſconfianza, ſe perſuadia à que ya le amaba. Y què mucho, ſi las mueſtras que en ella avia deſta verdad, traìan conſigo el credito de que lo era. Comunicò Aurora con ſu amiga Celia eſtas coſas; en fin, ſe reſolviò à decir á Ricardo la verdadera cauſa de ſu priſion, para que la ſacaſſe della, llevandola donde eſtuvieſſe ſegura del rigor de ſu fiero padre, aunque primero quiſo dilatarle eſta gloria algunos dias, para vèr ſi ſe canſaba de eſperar. No avia meneſter Aurora hacer tantas pruebas de la voluntad de Ricardo, porque vivia tan ſatisfecho con ſolo amarla, que apenas ſolicitaba otros deſeos, aunque *tal vez quiſiera* ſalir de donde eſtaba, *para gozar de mas* cerca ſu *hermoſura*, *ſi bien con animo* ſiempre de guardar à ſu honor el juſto reſpeto que merecia. Y eſtando con eſte deſeo, ſucediò, que Aurora ſintiendoſe con poca ſalud, no pudo dexarſe vér en quatro dias. Ricardo llevando mal aquella auſencia (grande para quien tanto amaba) ſe determinò de verla; y aunque pudiera ofender eſte atrevimiento à la palabra que avia dado, parece, que con la ocaſion podia diſſimularſe; y aſſi, rompiendo vna noche la cerradura, llegò con tanto temor, como ſilencio, haſta la miſma cama de Aurora, que por entonces ſe dexaba gozar del imperio de vn breve ſueño. Quedòſe Ricardo (y con razon) ſuſpenſo de vér la mas perfecta hermoſura que ſe debia al pincèl de la naturaleza: y dexando la luz que traìa, ſobre vn bufete de plata, ſe puſo à contemplar aquella muerta belleza, y aquel vivo retrato de todo el Cielo. Tenia el cabello ſuelto ſobre los ombros, ſin mas priſion que vna colonia verde; la mano derecha en la mexilla, y la izquierda ſobre la cama. Ricardo, con vna gran turbacion de enamorado, tomó el criſtal; y aun ſe dice, que le llevò à los labios. Sintiòlo luego Aurora, que vn pequeño accidente la tenia inquieta, y con los ojos á medio abrir, como ſuele el Sol quando và deſpertando el dia, viò vn hombre jun-

junto à ſu cama; y deſpues de aver conocido que era Ricardo, encendida en vna honeſta verguenza, diò lugar à que huyendo la *nieve* de las mexillas, ſe trocaſſe el alabaſtro en claveles, y purpura. Preguntòle colerica, que à que venia? Reſpondiò: Que á verla. Nunca entendi (replicò Aurora) que me eſtimàras tan poco, que antepuſieras tu guſto à mis ruegos, y tu curioſidad à mi opinion. Yo te adverti, que nos importaba á entrambos el honor, y la *vida*, el *no ſalir de donde eſtabas*, y no lo has hecho; mira lo *que* de ti puedo colegir. Diràs, que el amor ha ſido la cauſa, y engañate tu preſumpcion, porque, como ſabes mejor, las fine*zas pueden ſer* con rieſgo del galàn, pero no con peligro de la dama. Eſſa oſſadìa, Ricardo, ó por mejor decir, eſſa libertad, guardala para mugeres de menos prendas (que no con todas tiene *diſculpa* el atrevimiento) y tèn por cierto, que me ſiento tan ofendida en eſta parte, que es *mas* lo que me has enojado con tal accion, que quanto me pudieras obligar en toda tu vida: Buelvete à tu quarto, y no deſconfies de la libertad, ſi acaſo tienes por priſion el verte tan encerrado, que mañana hablarè á mi ſeñora, para que con *ſu licencia te vayas adonde quiſieres*: que vn hombre tan colerico, no es para pretenſiones altas.

Quiſo reſponder, y diſculparſe Ricardo, pero no ſe lo conſintiò Aurora, advirtiendole el peligro en que la ponia, ſi le ſintieran; y aſſi le fue forzoſo irſe tan triſte de averlo intentado, què quiſiera mas aver perdido la vida. No eſtaba Aurora tan enojada como parecia, mas por dár à entender la Mageſtad de ſu perſona, y acriſolar tambien el amor de Ricardo, la pareciò diſcreto acuerdo no verle en algunos dias. En cuyo tiempo ſucediò, que no pudiendo ſufrir el vulgo la auſencia de Aurora (à quien amaba con eſtremo) empezò à mormurar el rigor de ſu padre, diciendo: Que de vn hombre que atropellaba ſu miſma ſangre, què eſperanza podian tener ſus vaſſallos? Y ſeguiaſe à eſto, que con voces, y aun con las armas en las manos, decian, que les dieſſe à ſu Princeſa. Puſo miedo en el corazon de Dioniſio la reſolucion del vulgo; y aſſi, para quitarle, y cumplir el guſto de ſu vaſſallos, amigos, y deudos, prometiò à todos, que en breve tiempo ſe la pondria delante de los ojos, de ſuerte, que huvo meneſter ſalir aquella noche de ſecreto con Federico, privado ſuyo; y llegando donde eſtaba Aurora, deſpues de averſe diſculpado de ſu rigor,

di

dicha la causa de su venida, mandò al punto à ella, y à las damas que la acompañaban, se apercibiessen para la partida, porque importaba que estuviessen en Sicilia con brevedad. Turbòse Aurora tanto, que pudo hacerse sospechosa. Enmudeciò Celia, y fue tan de repente la execucion de su triste ausencia, que aun no tuvo Aurora tiempo para llorar, aunque Celia lo trazò de manera, que pudiesse hablar á Ricardo; pero tan turbada, y temerosa, que apenas pudo ser entendida, porque con mal formadas razones, le dixo: Yà, señor mio, ha llegado el tiempo en que podreis salir de esta prision, y lograr el deseo que teneis de ver à Sicilia, pues ha de ser fuerza dividirnos, aunq̃ del amor que os tengo, bien creo que os buscaré en qualquier parte. Un dueño que me diò mi fortuna, mas riguroso de lo que pedia el nombre, me obligò à que viva ausente de lo que mas estimo. La ocasion es forzosa, y quien manda, poderoso; y assi perdonadme, y creed, que no lo he podido escusar. Aqui vendrà vn criado que os pondrá en Sicilia, aunque con menos brevedad de la que yo quisiera; y porque me estàn mirando mas testigos que solian, *Dios os dè* la vida que deseo.

Triste, y confuso se hallò Ricardo en esta ocasion; triste, por- que las palabras de Celia parabañ en decir, que la perdia; y confuso, porque ignoraba la causa. No podia entẽder lo mismo que avia escuchado: vnas veces imaginaba, que en castigo de el passado atrevimiento, le notificaba la sentencia de que se fuesse; y otras le parecia, que ella era la que se ausentaba; y lo que mas le suspendiò, fue, reparar en que tambien le dixo, que vn dueño que le avia dado su fortuna, menos piadoso de lo que pedia el nombre, la obligaba à que no le viesse, cosa que siempre le avia encubierto; y dexando al tiempo (que es el espejo de los desengaños) la averiguacion de esta verdad, se passò el siguiente dia, sin que Celia, ni vna criada que tenia cuenta de su regalo, le visitasse. Llegò la noche, y haciendo señas desde el balcon, le respondieron sus mismos ecos; y llegandose à escuchar à las puertas, viò que todo estaba en silencio. Entonces Ricardo sospechò vna de dos cosas: ò que avia sucedido algun estraño caso, ò que Celia yà no habitaba aquel Palacio; y despues de vencer algunas dudas, se resolviò á no dexarse morir; y abriendo la primera puerta con vna daga, llegó hasta el quarto de su ausente dueño; y bolviendo los ojos à todas partes, hallando solamente vna soledad obscura, pensò

que

que avian reſucitado los engaños, y cautelas de Circe; y en fin, creyò ſu muerte; pero como ſe preciaba de ſegundo Vliſes, aſſi en el valor, como en la deſdicha, y el ingenio, ſacò la eſpada, y anduvo todo el Caſtillo, con animo de vèr ſi podria librarſe de ſus encantamientos: entrò en vna ſala (que à ſu parecer era la vltima) viò vna pequeña luz, y mas adelante quatro hombres, y acercandoſe à ellos les dixo: Que le dexaſſen ſalir libre, ò ſe previnieſſen à ſu muerte, porque venia tan deſeſperado, que le parecian ſus vidas pocas para ſu colera. Admirados de vèr vn hombre donde apenas podia entrar el Sol, con ſer el mayor lince del Cielo, ſacaron (por cumplir con ſu oficio) las temeroſas eſpadas contra Ricardo; y fuera cierto, que peligràra la vida de todos, ſi vno de ellos no llegàra con vna alabarda, y ſe la puſiera á los pechos. *Alterò*ſe el valiente mãcebe, que tiene diſculpa el temor, quando los enemigos ſon tantos, que pueden ofender por todas partes; pero advirtiendo tambien, que ſi ſe rendia, era ponerſe à rieſgo de que le prendieſſen, y por entonces le llevaſſen afrentoſamente à Sicilia, quiſo mas aventurarſe à ſu peligro, que reſervar la vida con mueſtras de cobarde; y aſſi *les notificò à todos procuraſſen* matarle, porque de no hacerlo, avia de intentar que ſe trocaſſe la ſuerte: palabras fueron eſtas, que turbaron à todos el alma (que el miedo, aun para herir no tiene animo) y en efecto, ſe convinieron, no ſolo en que ſe fueſſe, ſino que vno dellos le acompañaſſe, haſta ponerle en lo mas ſeguro del camino, por ſer aquel pedazo de tierra tan cercado de montes, y arboles, que ſolia perderſe, quien mas experimentaba ſus aſperezas. Agradeciòles Ricardo el beneficio, y cõ corteſes razones deſpidiendoſe de ellos, ſaliò à la ſelva en compañia de vno, que ſe preciaba mucho de mas alẽtado; y antes que ſe bolvieſſe, le pidiò con muy grandes encarecimientos, le dixeſſe, quien era el dueño de aquel Caſtillo; y para obligarle con mas facilidad, le puſo en las manos vna ſortija de lucidos diamantes. Apenas la recibiò, aunque con mueſtras de no aver meneſter interés alguno para ſervirle, quando le confeſsò la verdad, diziendo: Que era vna Quinta, donde ſolia Dioniſio divertir el alma del cuydado que daban los negocios de todo vn Reyno, aunque avia mucho tiempo que no la frequentaba, por eſtàr en ella de ſecreto una hermoſa hija que tenia, llamada Aurora, à quien la noche antes, movido de los importunos ruegos de ſus vaſſallos

llenò á la Corte. Eſſa ſeñora (dixo Ricardo) no tenia en ſu compañia algunas damas que la ſirvieſſen? Si tenia (replicò el temeroſo liſongero) aunque vna ſolamente, que ſe llama Celia, merece ſu voluntad, y con razon; porque fuera de ſer tan ſingular ſu hermoſura, como ſu entendimiento, es hija del Duque Arſindo, Cavallero que en Sicilia es de los mas poderoſos, y principales. Con eſto ſe deſpidiò Ricardo menos triſte, y determinò llegar à la Corte encubierto, para vèr ſu querida, y auſente Celia. Dexèmos en eſte monte à Ricardo, en tanto que Aurora buſca trazas para aviſarle del repentino ſuceſſo, y eſcriviendo Celia en ſu nombre, como ſolia, vn papel, dandoſele à Liberio, le mandò que fueſſe donde eſtaba Ricardo; y ſi fuera poſſible le ſacaſſe, ſin que ninguno lo ſintieſſe. No ſucediò como Aurora, y Celia deſeaban, porque Federico, vn Cavallero de quien el Rey ſe fiaba mucho en qualquier negocio, avia muchos dias que amaba tiernamente à Celia, y ella le favorecia, no ſolo con los ojos, y la voluntad, ſino con la pluma, aſſegurandole por muchos papeles, que ſolamente él avia de ſer dueño de ſu hermoſura. No errava *Celia en eſta eleccion, porque Federico era ſu igual en todo, y* tenia tan de ſu parte la volu del Rey, que nunca faltaba lado. Eſte amor era tan ſec que ſola ella, y el Cielo lo y preguntando acaſo Feder Liberio adonde iba, no r decirle que à vn recado de y viendole con vn papel e manos, ſoſpechò mal de ſu tancia; porque vn hombr avia eſtado ſin verla muchos facilmente podia preſum agravio. Disfrazòſe lo ma pudo, y tomando vn caball fue ſiguiendo. No pudo c el fin de ſu camino, viendo enderezaba àzia el mar; y le vieſſe entrar en vna bar peſcadores, y que era yà c che, metiendo ſu cavallo, con ellos, y Liberio à la otr te (coſa que no les causò po miracion.) En llegando lo al boſque le dixo Federico: dexaſſe alli quanto llevab berio, penſando ſer algu teador, ſacò vnos eſcudos avia dado Celia, y ſe los p los pies, y luego empezó à darſe, para ſatisfacerle de q le quedaba otra coſa. Viò rico el papel, y prometiend vida, ſi le decia para quien obligò de ſuerte, que confe triſte Liberio la verdad de to ſabia. Confirmò Feder penſamiento, y dandole dos los eſcudos, guardò el ville

mandò ſe bolvieſſe à Sicilia.

Quedò Federico muerto, y deſengañado (que ſiempre viene lo vno con lo otro) y viendo que á *pocos* paſſos eſtaba vna çabaña de Paſtores, dexando el cavallo al piè de vn arbol, llegò lo mas preſto que pudo, y tomando vna encendida tea, que le ſirviò de hacha, ſacò el papel, rompiò la nema, y leyò lo ſiguiente:

Por muchas cauſas he ſentido eſta auſencia, y en particular, por ſer *de modo, que no puedo darte* à entender *lo* que la ſentia. *La* diſculpa que tengo, es la miſma verdad; y que deſpues ſabràs mas de eſpacio, ſi viſta eſta te vienes à la Corte, y deſcubres à ſu Mageſtad, que de ſu grandeza fio harà de *ti la* eſtimacion que mereces; y porque tardes menos en hazer lo que te pido, no digo mas de que ſoy tuya para ſiempre. *Celia.*

No puede la pluma encarecer *el enojo*, el ſentimiento, y la ra*zon* con que ſe quexaba el deſengañado amante del mal trato q̃ tenia Celia, y de la injuſticia que uſaba con ſu voluntad. Bolviò à tomar ſu cavallo, con animo de llegar al Caſtillo, para hazer pedazos à quien era cauſa de ſus zelos; pero no ſe lo conſintiò vn piadoſo Paſtor, rogandole paſſaſſe el rigor de la noche en aquella choza; *por que intentar otra coſa, era vn genero de deſpera*cion, por ſer camino demaſiado aſpero. Obedeciòlo Federico, aunque con poco guſto, y echandoſe en vna oloroſa cama de eſpadañas, y heno, viò cerca de donde eſtaba, vn hombre dormido, que en ſu gallarda diſpoſicion, daba ſeñas de ſer principal. Y preguntando quien era? Le reſpondiò el Paſtor: Que avia quatro horas que llegò á aquella cabaña, donde quiſo quedarſe para huìr del rigor de la noche en ſu abrigo. Deſpertò Ricardo, que era el que dormia tan ſeguro, teniendo à ſu lado ſu mayor enemigo, porque canſado de caminar, tuvo á dicha hallar aquel pobre alvergue donde recogerſe; y reparando en que no eſtaba ſolo, oyò, que el que le acompañaba, maldecia con laſtimoſas quexas ſu amor, ſus zelos, y fortuna. Confuſo, y atento le eſcuchaba Ricardo, y mas lo eſtuvo quando le oyò tratar de Celia, nombre que le alborotò el alma; y atendiendo con mas cuydado oyò, que hablando con ſu miſmo pecho dezia: Es poſsible, ingrata, que has tenido animo para malograr vn amor de tantos años, y de tantas penas! Es poſsible, que ſiendo principal, no te libraſſes de liviana! Pues como, Celia, es buen trato para quien profeſſa tanta nobleza, à dar palabra à vno, y engañar à otro? A vn hombre que te ha querid

con tanto recato, pagas con tanta infamia? Pero quien duda, que por no dàr zelos à Ricardo, llamàdome dueño tuyo, me pedias que no hizieſſe demonſtracion de mi gran voluntad? Pues vive el Cielo, que no me ha devèr la cara Sicilia, ſin que primero me pague los zelos que he padecido por ſu ocaſion. Yo le matarè, ingrata, por empezar à vengarme en lo que mas quieres. Yo dirè à voces tus liviandades; el mundo ſabrà, que ha ſeis años que te adoro, tan favorecido de tus penſamientos, que no tomaſte vez la pluma, que no fueſſe para aſſegurarme de que eras mia: Mentiſte, villana, como muger, pues me dexas por vn Eſtrangero, que te engaña, diciendo que es principal. Què me puedes negar, ſi eſte papel que le eſcrives, eſtà diciendo tus baxezas, y mis deſdichas?

Eſtaba Ricardo oyendo eſtas coſas, tan fuera de sì, que aun no creìa que avia deſpertado; y zeloſo de que vn hombre blaſonaſſe de favorecido de Celia, para bolver por ſu opinion, y caſtigar ſu loca arrogancia, ſe puſo en piè, y le dixo: Que le avia laſtimado tanto eſcucharle alguna parte de ſus anſias, que caſi le tenian con tanto cuydado como à èl miſmo; mas ſi viendoſe con Ricardo, le *parecìa que ceſſavan ſus congoxas, èl avia eſtado la tarde antes* con vn Cavallero del miſmo nombre, y podia ſer que le hallaſſen en lo eſpeſo de aquella ſelva. No ſerè yo tan venturoſo, dixo Federico, porque conozco mi poca fortuna, en llegando à deſear vna coſa. Si pienſo que ſereys, replicò Ricardo, y encendiendo vn pedazo de olivo ſeco, le rogò que le ſiguieſſe, prometiendo enſeñarſele antes de muchas horas. Salieron los dos con eſta conformidad; y quando yà eſtaban en lo mas intentado del boſque, arrimò Ricardo la luz à vn arbol, y ſacando la eſpada ayroſamente le dixo: Yo ſoy Ricardo; yo ſoy tu mayor enemigo; yo quiero à Celia, y he de gozarla, aunque lo eſtorvaſſe el miſmo Rey de Sicilia; y pues dizes que me buſcas con tanto deſeo, goza de la ocaſion que te ofrece mi temeridad. Y ſi acaſo te eſcuſas de ſacar la eſpada conmigo, porque no me conoces, advierte, que ſoy tan noble, que ſe engaña quien imagina que puede aventajarme en calidad; yo he ſervido à Celia, ſi no con tanto ſecreto, à lo menos con mas amor. Si te ha querido, y te olvida, quexate de tu fortuna, y ſu facilidad; y pues eſſe papel que gozas injuſtamente, dices que le embiaba para mi, damele, porque le junte con otros que tengo ſuyos; ſi no quieres que te le pida, ò quìte de otra manera. No pienſes (reſpondiò Ri-

Federico) que me alborotan el animo tus amenazas, aſſi porque tengo hecho el corazon à mayores empreſſas, como porque sé que antes de mucho te has de arrepentir de eſſa loca oſſadia; mas porque ſepas la cauſa que me obligas à buſcarte con tanta codicia, y la razon que tengo para quexarme tanto de Celia, eſcucha ſus traiciones, y deſpues me confeſſaràs que no es mucho hable en ella tan demaſiado. Celia, y yo ha muchos años que nos *correſpondemos* con vn amor honeſto, y recatado; pero como ſe auſentaſſe de mi por ciertas cauſas, fuì tan poco dichoſo, que en eſte tiempo te viò, y te amò. ¡Y ſi por amarte à ti ſe deſcuydára con mi voluntad, no tuviera tanta quexa; pero ha ſido tan diferente, que nunca me ha favorecido con tantos eſtremos; y porque no pienſes que ſon palabras de zeloſo, ſino verdades de Cavallero, mira ſi es mentirosa eſta informacion. Y ſacando del pecho cantidad de cartas, y papeles, ſe los arrojò à los pies. Leyò Ricardo algunos, y entre ellos el ſuyo, y otro que aquel miſmo dia ſe avia eſcrito para Federico. En gran rato no quitò los ojos de aquellas letras, pareciendole, que no era poſſible huvieſſe en el mundo muger tan facil, y cautelo*ſa, y ſatisfecho de ſus traiciones,* juntò los falſos papeles de vna, y otra parte, y los entregò al fuego, para que conſumieſſe (ſi pudiera) tantos engaños, y al punto Federico con la eſpada en la mano, le dixo: Que para que conocieſſe aver nacido con obligaciones de Cavallero, ſe previnieſſe à la defenſa, pues no ſeria bien ſe dixeſſe en Sicilia, que aviendo tenido à ſu enemigo en el campo, le dexaſſe con vida. No ſeria meneſter prevenirme (reſpondiò Ricardo) porque lo eſtoy deſde que te ſaqué à eſte boſque; y acometiendole con grande furia, ſe empezò la batalla, ſin conocerſe ventaja de ninguna parte, ſi bien Federico andaba mas fatigado, como menos dieſtro en el exercicio de las armas; y dexandoſe atajar Ricardo, diò vn compàs de pies, y formandole vn rebès, y vn tajo, le alcanzò en la cabeza vna peligroſa herida. No perdiò Federico el valor, por vèr bañado el roſtro en ſu noble ſangre, antes encendido con el deſeo de ſu venganza, ſe metia por la eſpada tan ciego, que huvo meneſter Ricardo todo lo que ſabia, para que no le desbarataſſe. El ruido de las eſpadas deſpertò el deſcuydo de los Paſtores, que andaban recogiendo vn copioſo exercito de ganado; y llegando à tiempo que yà la falta de la ſangre en Federico, le iba diſminuyendo las fuerzas, no

colo-

colera, acudieron todos à èl, por verle mas neceſsitado, y le llevaron à ſu cabaña, donde con yervas ſaludables, le curaron, y regalaron. Suſpenſo quedó el valiente Principe, helado, aſſi del mucho valor de Federico, como de la facil condicion de Celia; y eſperando à que llegaſſe el dia, con animo de embarcarſe, y bolver à los ojos de ſus vaſſallos, ſe acercò al mar, y diſcurriendo ſobre los varios ſuceſſos de ſu fortuna viò vna nave, que en ſu poca hermoſura, y mucha falta de xarcias, y velas, daba à entender, que avia padecido las iras del inconſtante Neptuno. Reparò en las armas que traìa, y conociendo que eran ſuyas, llegò mas cerca, para ſatisfacerſe de la verdad; pero duróle poco eſta duda, porque ſaltando en tierra Ladislao, hijo del Almirante de Polonia, con los demàs que ſe avian venido acompañando, le conociò; y ellos viendole vivo, dieron gracias à Dios por el favor que les avia hecho. Contaronle, como deſpues de averſe viſto en aquella tempeſtad con la muerte caſi à los ojos, quiſo ſu fortuna, que ſe quietaſſe la mar; y llorando todos la auſencia de ſu Principe, ſe determinaron á no bolver ſin èl à Polonia, pues era *poſſible* aver ſalido del agua con *vida. Agradecióles Ricardo* con *favores, y mercedes ſus* nobles intentos, y haciendo que ſe reparaſſen en aquella ſelva, ſe determinó à que entraſſen encubiertos en Sicilia, por no bolver à Polonia con aquel deſeo; y tambien por vèr ſi le aficionaba la hermoſura de Aurora, para vengarſe de la mudable Celia. Con eſte intento llegò à la Corte, pero no pudo eſtàr tan oculto, que no llegaſſe à noticia de Dioniſio, que luego le fue à viſitar, honrandole con tanto exceſſo, que le faltaban à Ricardo palabras para dàr á entender quan agradecido le tenian tantos favores. Llevòle Dioniſio à vèr à la Infanta, porque conociò, que la principal cauſa de ſu venida, era ſu hermoſura. Quando Ricardo viò que hablaba con Celia, y que todos la llamaron Aurora, ſe admirò de manera, que quiſo à voces quexarſe de Dioniſio, porque le trataba con ſemejante engaño: mas viendo que Ladislao (que avia eſtado por Embaxador en Sicilia) ſe aſſeguraba de que era Aurora, penſò perder al juicio; y ſin tratar à Dioniſio en coſa que tocaſſe à aquella materia, intentó bolverſe à Polonia, pues no era para eſpoſa ſuya, muger que avia tenido amor á otro. Bien diferentes penſamientos tenia Aurora, porque viendo quan de ſu parte eſtaba la fortuna, en que Ricardo fueſſe ſu igual en todo, contaba las horas buſ-

buſcando trazas para que ſe lograſſe ſu honeſto deſeo. Yá Celia ſabia el diſguſto que avian tenido Federico, y el Principe; y eſtando Aurora quexandoſe dèl, porque no ſolicitaba lo que tenia tan deſeado, la dixo Celia: Que la cauſa de eſtàr tan tibio en ſu amor, era el engaño de ſus papeles; y luego contó lo que avia paſſado, advirtiendola, que tambien era cauſa aquel engaño de perder ella à Federico; porque tenia los miſmos zelos; de ſuerte, que à entrambas importaba, ſe deshicieſſe la ſecreta cautela que avia en aquella voluntad; y diſculpando Aurora la tibieza del Principe, nacida mas de ſu honor, que de ſu deſcuydo, llamò à Federico, y le refiriò todo el ſuceſſo, porque no ſoſpechaſſe coſa en deſprecio del honor de Celia, y le mandò fueſſe à vèr de ſu parte à Ricardo, y le dieſſe à entender el engaño en que le tenian ſus zelos. Obedeciò Federico (libre yà de las paſſadas ſoſpechas) y aviendo beſado la mano al principe, le pidiò perdon de aver ſacado con èl la eſpada, aunque ſin conocerle. Entonces Ricardo, le dixo: Que antes eſtaba inclinado à ſu valor, y le queria tener por amigo. Yo pagarè à vueſtra Alteza eſſa honra (reſpondiò Federico) dandole vnas nuevas que merecen albricias; y luego le contò la cauſa porque Aurora viviò retirada en aquel Caſtillo, y como por imaginarle deſigual à ſu grandeza, diſſimulò ſu nombre, trocandole por el de Celia, haſta informarſe mejor de ſu calidad; y por no eſtàr à peligro de que alguna perſona conocieſſe ſu letra, hizo à Celia eſcrivir de ſu mano; y que la razon de ir èl à buſcar à ſu Alteza à aquella ſelva era por aver muchos años q̃ amaba à Celia (ſegun podia colegir de ſus palabras) y viendo la letra, y firma ſuya, avia confirmado ſus injuſtos zelos, en agravio de la honeſta voluntad de Celia.

Admirado, y contento le dexaron al Principe las palabras de Federico; y en echandole al cuello los brazos, en ſeñal de ſu amor, y del guſto que avia recibido, le dixo: Que las nuevas eran tan conformes à ſu deſeo, que el tiempo ſolamente diria como las eſtimaba. Fueſe luego à hablar á Dioniſio, en razon de ſu voluntad: el qual por pagarle la fineza de aver dexado ſu patria, y porque ninguno como Ricardo merecia tan dignamente à la Princeſa, ſe la prometiò; y en tanto que eſcrivian á Eduardo, padre del Principe, ſobre los conciertos, tuvo Ricardo lugar de verla, y murmurar del gracioſo engaño con que avia creido ſus zelos. Hiciéronſe las capitulaciones, con las mayo-

res

res fieſtas que avia viſto Sicilia, celebrando juntamente los deſpoſorios de Federico, y Celia, que la firmeza de entrambos mereciò tan dichoſo fin; y deſpues de algunos dias, ſe embarcaron para Polonia, acompañados de toda la nobleza de la Corte. Recibiòlos Eduardo, con el guſto que ſe puede creer de vn padre, que aviendo imaginado à ſu perdido, ò muerto, le hallaba tan mejorado en todo; y vi cargado de años, y que ſu ques no le conſentian ſer de tanto peſo, trasladó la na à la cabeza de ſu hijo. que el guſto de tan grand eſtuvieſſe mas cumplido, Cielo darle à los primero vn hermoſo niño, viviend preRicardo, y Aurora tan mes, y tan amantes, que parecia que ſe acababan d

LA FVERZ DEL DESENGAÑO.

NOVELA SEGUNDA.

SEis leguas de la Corte tiene ſu aſſiento la Inſigne Villa de Alcalà, cuyo nombre quiere decir Caſtillo Rico, por la abundancia de ingenios que la iluſtrã. Su nobleza es antigua, que en tiẽpo de Leovegildo, Rey de los Godos, *fue* Cathedral, ſiendo ſu primero Obiſpo Aſturio, à quien ſucedieron Novello, y Venerio, ſegun afirma el P. Juan de M en el lib. quarto de ſu Hiſt temple del Cielo es de l res de Europa; ſus edific chos, y buenos; y la g de las Eſcuelas, como mundo. Obra, en fin de aq to Principe de la Igleſia E ciſco Ximenez de Ciſne à imitacion de la de Paris en ella eſta tan celebre

Riegala Henares, tan apaci-
caudaloso, como celebrado
Poetas, corriendo entre vna
, y hermosa alameda, guar-
la de arboles, y flores. Aqui
à estudiar vn Cavallero, lla-
Teodoro el Galàn. (con tan-
remo lo era,) No quiso la na-
eza deslucir su buen talle con
defecto del alma, porque
ue muchas vezes reparte en
sos sugetos las gracias, y bie-
e fortuna, haciendo al discre-
bre, à la hermosa necia, al ig-
nte *rico, y à la fea entendida:*
loro tuvo alguna excepcion
a parte, gozãdo con vna mis-
gualdad la riqueza, el valor,
genio, y la cortesìa. Y como el
, y los pocos años andan tan
os, empleò el *suyo en vna da-*
rincipal, llamada Narcisa, en
tenia todo el Lugar puestos
os, tanto por su nobleza, co-
or su hermosura. Servìa tam-
à Narcisa otro Cavallero de
sma Villa, cuyo nombre era
rio, que aunque en la fan-
adiera tener mas ventajas
u mucha riqueza dissimula-
la falta. Sentìa el padre de
isa, que Valerio se atrevies-
iraria, sabiendo, que todos
ian à sus abuelos; mas era
beral, y tenia tan de su par-
criadas de Narcisa, que pen-
à costa de su *hacienda*, no
querer à su padre. No iba
Valerio muy lexos de la verdad,
porque el mejor medio para lo-
grar qualquiera voluntad, es te-
ner dentro de vna casa quiẽ acre-
dite, y defienda el amor de vn
hombre; aunque esta costum-
bre, ò esta ley salió incierta; por-
que Narcisa aborrecia à Valerio,
y adoraba à Teodoro, que su ga-
llardia la avia rendido el alma; pe-
ro esto con tanto recato, que ni
Teodoro sabia su dicha, ni Vale-
rio alcanzaba à entender su mala
fortuna; porque en las ocasiones
donde suelen los ojos informar
de las traveſuras del pecho, esta-
ba mas indiferẽte, teniendo siem-
pre tan cubierto el rostro, que
eran pocos los que se podian ala-
bar de averla visto; y si alguna
vez se descuydaba, era con tanta
modestia, que sin descomponerse
mataba, y favorecia. Quisiera
Teodoro darla à entender su mu-
cho amor; y assi vna tarde, vien-
dola salir de su casa, se llegò à
ella, y dexando con disimulacion
caer vn lienzo à sus pies, le bol-
viò à levantar, y besandole, la di-
xo: Mire v.md. que se le ha caìdo
este lienzo. Bien conociò Nar-
cisa que no era suyo, pero la cu-
riosidad, y el amor la obligaron à
que con vna honesta cortesìa le
recibiesse, y desembolviendole,
hallò que era rebozo de vn pa-
pel, que en fee del amor de su
dueño, decia:

Sin-

Siempre he oìdo decir, que los amantes ſon atrevidos, y yo con ſerlo tanto, ſolo sé padecer los deſdenes de vueſtros ojos. Llamo deſdenes, porque no permitis que los goze quien los adora; y ſi los hazeis por tenerme laſtima, ſabiẽdo que han de abraſarme ſus rayos, doy por recibida la pieda entãto que ſoy mas dichoſo, c ro que ſepais que os adoro, y ſeis los ojos por eſſos verſos, l de mi cuydado; y eſtad muy ſolada de que los entenderei conſultar á nadie, que en eſt po es la mejor fineza.

Divina cauſa del deſdèn que lloro
mi amor no os encarezco, ni pudiera,
que intentar reſumirle, contar fuera
del Mar las conhas, y de Arabia el oro.
Sin vèr la cara del favor, adoro
de vueſtros ſoles la divina eſfera;
y de vna voluntad tan verdadera,
no ſe puede agraviar vueſtro decoro.
El penſamiento, y el amor engaño
con la eſperanza que les doy de veros,
aunque con ella mueren todo el año.
No os laſtima el amor que he de teneros,
porque deſpues, mi bien, de hacer el daño,
poco importa matarme, ni eſconderos.

No avia meneſter Teodoro ſer tan bien entendido para agradar à Narciſa, porque yà le avia entregado de todo punto el imperio de ſu alvedrio. Paſſaba lo mas de la noche en ſu calle, ſin que ſe lo eſtorvaſſe el yelo, ni el agua; pero qué mucho, ſi yá Narciſa le acompañaba en vna rexa, haſta que el Aurora ſalia á eſtorvar ſus honeſtos amores? Las muſicas eſtaban en eſte tiempo mas validas; y aſſi *muchas noches deſpertaba los oidos de Narciſa la ſua vidad* de varios inſtrumentos, aunque y han reducido los galanes à pre der por medios mas ſeguros, menos ruìdo. Mucho quiſie hermoſa dama, que Teodoro cubriera à ſus padres ſu amor, que tuvieſſe el ſuceſſo que ẽt bas deſeaban, y aſſi le perſua que los hablaſſe. Hizolo el C llero, pareciendole, que ſienc igual en todo, tendria fin dic ſu confianza; pero no le ſuc como imaginaba, porque au Teodoro era noble, diſcreto,

o

, tenia opinion de traviеſ-
or aver ſacado en algunas
ınes la eſpada : ſi bien deſ-
que amaba à Narciſa, vivia
lvidado de ſus traveſſuras,
ılo trataba del aumento de
udios, con fin de obligarla,
ecerla. Los padres de Nar-
temeroſos de la condicion,
s de Teodoro, le dixeron:
a perdonaſſen, porque la te-
caſada, y era impoſſible de-
e cumplir lo que vna vez
prometido. Deſeſperado
ıò *Teodoro eſta reſpueſta*,
egando la noche fue à vèr-
ı Narciſa, y triſte, y enter-
ɔ, la dixo: Mucho ha ſido
nio, ſabiendo que he de pet-
, y venir à tus ojos con vida.
ıblé à *tus padres, y me ref-*
eron, que te avian caſado,
:ſtaba empeñada ſu palabra,
rte, que con guſto ſuyo, ha
: imposſible que puedas ſer
mira tu qual puede eſtàr vn
ıre que te ha querido algu-
ios. Yo te pierdo; y ſi no te
:s á alguna temeridad, es
a que te mires en otros bra-
:ſto digo, para que ſi me tie-
gun amor, lo remedies; por-
tu eſtàs de parte de mi vo-
ł, ſeré tu eſpoſo, aunque lo
e todo el mundo.
e puede caſar vna muger ſin
lla lo ſepa, (*reſpondiò* Nar-
voſſible ſerà que lo eſtè; pe-
ro ſi ha de ſer con guſto mio, bien
puedes creer Teodoro, que ſolo tu
amor ha de merecerme; y quando
con mis padres no baſtaſſen ruе-
gos, y reſiſtẽcias, te eſtimo de ma-
nera, que intentaré qualquiera lo-
cura; pero mientras ellos no me
hacen fuerza, no ſerà razon darles
peſadumbres; y con eſto ſe deſpi-
diò Teodoro, mas aſſegurado de ſu
temor. Tenia Narciſa vn hermano,
algo atrevido; y viendo vna noc-
he à Teodoro junto à la puerta de
ſu caſa, pareciendole, que no cũ-
plia con ſu obligacion, ſi no le
echaba de la calle, quiſo reconо-
cerle: y como Teodoro eſtaba
tan ageno de diſguſtar à Narciſa,
procurò alli con buenas palabras
obligarle, para que no porfiaſſe
en lo que intentaba: mas viendo,
que ni con ruegos, ni corteſias
podia reducirle, ſe determinò à
defenderſe, retirandoſe, aſſi por
no ofenderle, como por eſcuſar
de que le conociera; pareciendo-
le á ſu contrario, que el ſacar tan-
tos pies, era falta de valor, le di-
xo, llamandole por ſu nombre:
Que le eſperaſſe, ſi acaſo no te-
nia coſtumbre de huìr en viendo-
ſe ſolo. No imagino (replicò Teo-
doro) que podria dezir ninguno,
que me ha viſto cobarde; y quien
lo pensàre, ſe engaña, por no de-
cirle que miente; pues ſi me he
retirado de vos, no es por averos
temido, ſino por mirar en vueſtro
eſpe-

eſpejo à Narciſa, à quien amo tiernamente; y pues yà me aveis conocido, para que tenga de aqui adelante mejor opinion con vos, mirad quien es aora el que ſe retira; y acometiendole enojado, y corrido, le dió vna eſtocada por debaxo de los pechos, de que eſtuvo algunos dias en la cama, y Teodoro en vn Monaſterio. El ſentimiento de los padres de Narciſa, viendo eſta deſdicha, fue grande; y el de Teodoro ſin comparacion mayor, por el diſguſto que tendria ella, pues de todo la avian de dàr la culpa, como cauſa de aquellos efectos. En tanto que ſe hacian las amiſtades entre Teodoro, y ſu enemigo, (que yà eſtaba bueno) puſo Valerio tanto cuydado en ſu amor, que vino à concertar (ayudado del oro) con vna criada de Narciſa, le puſieſſe en ſu apoſento, para gozar por ardid, lo que no podia por meritos. Y eſtando vna noche la deſcuydada donzella aguardando à Teodoro para arrojarle vn papel, en que le daba parte de la reſolucion que tenia, viò que de las cortinas de la cama ſalia vn hombre; y aunque luego con el ſobreſalto quiſo dàr voces, ſolo la reportò dudar ſi ſeria Teodoro: mas fue tanto el ruìdo de vna perrilla, que deſpertó à ſu hermano, y ſubiò *con la eſpada deſnuda*, à tiempo *que Narciſa eſtaba* averiguando quien era. Hallòſe Valerio confuſo, viendo que le avian ſentido; y para que no le conocieſſen, procurò bolverſe à la puerta por donde avia entrado, y cubriendo con el broquel la cara, ſe fue retirando àzia la eſcalera. Alborotòſe toda la caſa, levantandoſe el viejo medio deſnudo; y hallòſe Valerio tan turbado, que en lugar de ſalir à la calle, por huìr de los que le ſeguian, ſe metiò en vn patiò de la miſma caſa. Baxaron en ſu alcanze padre, y hijo; y hallando la puerta principal abierta, tuvieron por ſin duda, que avria ſalido por ella; y dando buelta à la primera calle, vieron en ella vn hombre ſolo, à quien ſin otra informacion le empezaron à acuchillar, y muchò mas quando conocieron que era Teodoro, que canſado de eſperar à que Narciſa ſalieſſe, como otras noches, ſe iba à recoger à ſu caſa: y conociendo à los dos, imaginò, que ſin duda, por vengarſe del paſſado diſguſto, intentaban aquel deſatino. Llegò à èſte tiempo la Juſticia de la Vniverſidad, y ſabiendo de ellos miſmos la cauſa, le llevaron à la carcel, y depoſitaron à Narciſa en caſa de vn deudo ſuyo. Ya Valerio, viendo ſu dicha en que no le buſcaſſen, avia ſalido, y ſe hallaba preſente à todo eſto (que muchas veces ſucede, que el miſmo que ha hecho vn de-

, buelve à informarse del
o.) Reparò Teodoro en que
ire, y hermano de Narcisa
an averle hallado con ella; y
endose à ellos, les dixo: Que
a buen medio para no darse-
alerse de aquel fingimiento,
antes era hazer su negocio.
; esso lo que procuro, (res-
iò el ayrado viejo) sino cas-
la maldad con que afrentais
sa, rompiendo las puertas, y
nando las infames criadas,
engañar vna donzella prin-
Perdia Teodoro el juizio
stas cosas; y lo que mas le
desatinar, era, que Narcisa
afirmasse, porque viendo
fue à quien hallaron su pa-
hermano, le tuvo por au-
aquel hecho. Y Teodoro
ndo mas de espacio, en que
ian todos, vino à sospe-
si algun amante, ó por mas
cido, ò por mas offado, avia
ido aquella noche el favor
rcisa. Ayudòle à creer este
miento, ver que los mismos
mpre avian impedido su
solicitaban que se efectua-
que no podia restaurarse el
de Narcisa de otra mane-
quando todos sus deudos se
maron en que fuesse suya,
diò: Que no le estaba bien,
la causa era averla ha-
on vn hombre, que decian
y de si sabia lo contrario,
claro estaba que otro seria quien
huviesse gozado aquella ocasion.
Supo Narcisa esta respuesta, y diò
como loca voces, quexandose al
Cielo de la sinrazon de Teodo-
ro; y despues de harta de llorar,
viendo perder junto con la opi-
nion el gusto, se echò à los pies
de su padre, pidiendole con lagri-
mas, la quitasse la vida, en pena
de aver puesto los ojos en vn hom-
bre tan ingrato, assegurando tam-
bien de su inocencia en lo demàs,
por no aver sido parte en aquella
liviandad, ni poder decir con cer-
teza quien era el traydor que se
atreviò à su casa. Sacòle de confu-
sion al padre de Narcisa vn papel
que le escriviò Valerio, confessan-
dole la verdad, y ofreciendose
por esclavo suyo; y èl, porque la
virtud de su hija no anduviesse en
opiniones, embiò à llamar à Vale-
rio, y le casò con ella, sin dezirla
lo que avia sabido, porque no tu-
viesse ocasion de disculpar à Teo-
doro. Y la afligida Dama, por ven-
garse de su inconstancia, quiso
ofrecerse à vivir muriendo, pues
fue lo mismo dàr la mano á vn hõ-
bre que aborrecia. Dexaron con
esto de perseguir á Teodoro, y su-
pose luego la verdad del sucesso,
porque Valerio la publicò, para
que ninguno pensasse mal de la
honestidad de su esposa. Conociò
Narcisa, que no avia tenido nin-
guna culpa Teodoro en negar lo

que no avia hecho, y Teodoro la diſculpò à ella tambien; de ſuerte, que los dos ſe laſtimaban, ſin poderſe remediar el vno al otro. Ay perdida prenda! decia Teodoro: quien duda que eſtimas tu eſpoſo por el nombre ſiquiera, y que te has olvidado de eſte triſte, que te ha querido ſeis años, en confianza de vna palabra! Ay Narciſa! qué preſto te vengaſte de la ofenſa que no cometi. Bien pudieras aguardar ſiquiera vn dia, para que en èl te deſengañàras de mi verdàd, y de la traìcion de Valerio.

No eſtaba la confuſa Dama menos lloroſa, viendoſe à todas horas con vn hombre que la martirizaba el alma. Mucho tenia que ſentir Teodoro, pero mucho mas Narciſa; porque vn hombre tal vez ſe divierte, y por lo menos tiene libertad, y tiempo para llorar; pero à ella aun le faltaba eſte guſto, que vna muger, por no hacerſe ſoſpechoſa con el enemigo que tiene al lado, conſume entre sì miſma ſas anſias, y viene à eſtado, que no ſolo no las remedia, pero ni tiene licencia para ſentirlas. Auſentarſe quiſo Teodoro de Narciſa, para no ſentir cada dia el dolor de averla perdido, aunque primero guſtàra de verla, para deſpedirſe de ſus ojos, y que ſupieſſe como ſe iba; que toda el *anſia de quien ama, es,* dàr à entender *lo que padece: mas no era* poſſible, porque Valerio v loſo, y à qualquiera parte lia la acompañaba. En determinò (tanto obliga reſuelto) à parecer lo qu y trocando las galas de te por el habito de dama aguardando vna tarde à fueſſe Valerio, y entrò e ma caſa, preguntando po ſa, que bien agena del llevò à ſu amante haſta ſ quarto, y le rogò que brieſſe, porque la tenia dado. Con mas lo eſtarè y diò Teodoro) pues os lle de eſta manera. Y apen nociò, quando cobarde ſa, y turbada, empezò à diciendo: Ay, ſeñor m poco os debe mi honor, da, pues lo aventurais t conocido peligro! Tan parecen mis penas, que reis dàr nuevos temores, ſaltos? Baſta, Teodoro, vos, ni tengo guſto, ni añadirme eſte forzoſo idos, ſeñor, por vueſtra tes que Valerio venga, ta, pues veis que la ocaſi fuerte, que no puede da guna honra.

No quiera el Cielo, Teodoro) que quien t tanto, ſea cauſa de tu Yo no he venido à da dumbre, aunque me ſo

tas, qué pudiera repartir contigo; solo quiero preguntarte, como te và de gusto, porque si acaso estàs consolada, no serà razon que viva de manera, que cause en todos mis enemigos, no solo venganza, sino dolor. Mal hecho es, que diga esto vn hombre con lagrimas, pero tambien se hizo el sentimiento para ellos. Yo te perdì, Narcisa, debiò de ser porque no te merezco, si bien es verdad, que tu dueño solo me aventaja en tener mas dicha; y supuesto que *él te goza, no es mucho* que yo me desespere, ò procure apelar à tu piedad, para que tengas *lastima* de mis años: porque si tratas de ser tirana conmigo, bien puedes tener por cierto, que he de *hacer cosas que escandalicen* el *mundo*, y vengan à parar en quitarme la vida.

En gran rato no pudo responderle Narcisa, porque vn copioso llanto detuvo la voz en la garganta, y despues le dixo: Que sus padres la pudieron casar, pero no quitarla el amor que por tantos años se avia hecho natural en su pecho; y que aunque su virtud no la consentia darle otras esperanzas, estaba de suerte, que à tener ocasion, fuera possible que se olvidàra de su honestidad. Despidiòse Teodoro mas alentado con estos favores, y ella quedò com*batida de pensamientos* diferentes. Por vna parte la movia el amor de Teodoro, y por otra el honor de su marido la refrenaba. Mucha era su virtud, pero tambien es grande su voluntad; y dexandolo todo en manos del tiempo, se resolviò à escrivir á Teodoro, con animo solamente de divertir sus desdichas, en tanto que la fortuna remediaba su vida, ò prevenia su muerte.

Tuvo Teodoro en este tiempo cartas de que avia muerto vn deudo suyo, y le dexaba vna gruessa cantidad de hacienda: si bien le desazonó el gusto de la herencia, ver que era forzoso llegarse à Talavera para cobrarla. Encareciòle à Narcisa lo que avia de sentir verse sin sus ojos, pero que la brevedad de la buelta seria tanta, que pareciesse fineza, lo que pudiera ser disgusto. No bastò esto para que ella consintiesse su ausencia, diciendo: que en semejantes ocasiones, con embiar vn poder à vn amigo, se escusaba la propia persona; y assi, para advertirle de su pesar, escriviò enojada, y terrible:

Quien antes de gozar à vna muger, se precia de darla disgustos, no sè yo què aguarda para quando aya conseguido su deseo. V.md. se và, y me dexa en un mar de temores, impiedad grande, siendo verdad que me tiene amor. De parte del que me debe le fu-

co eſcuſe la jornada; y advierta, que la fineza del bolver preſto, no admito, porque no sé ſi ha de hallarme viva, ni ſuya. Diſguſtado leyò Teodoro el papel de Narciſa, viendo que no era poſſible obedecerle, porque ſus padres le eſtàban atormentando con cartas; y por acortar el tiempo que pedia el camino, y bolver mas preſto à ſus ojos, tomò vna poſta, y en poco mas de vn dia llegò à Talavera. No pudo negociar tan bien como avia imaginado, porque la hacienda tenia pleytos que le impedian la poſſeſſion; mas por no irſe con neceſſidad de bolver otra vez, ſe determinò à eſperar haſta dexarlo concluìdo. Eſcriviò Teodoro dos cartas à Narciſa, dandola cuenta de lo que paſſaba: mas tuvo tan poca ſuerte, que ninguna llegò à ſus manos. Grande fue el dolor de la hermoſa Dama, quando ſupo, que no ſolo dilataba ſu auſencia, ſino que le faltaba tiempo para eſcrivir dos letras. Conociò Valerio el poco guſto con que Narciſa vivia; pero viendo que no ſe avia caſado con él por eleccion, ſino por engaño, procuraba reducirla à ſu amor, yà que no por meritos, por ſervicios. (que à todo eſto ſe obliga vn hombre que ſe caſa con quien ſabe que quiere à otro,) Pero las galas, y regalos con que la liſongeaba eran tantos, que muchas veces eſtaba corrida de no amarle. daba Teodoro, y cansòſe d rar Narciſa, pareciendole l afligirſe por vn hombre q dos meſes no le debia vna c ſeñal cierta que ſe le avia a do el guſto. Sintiò por ent el deſamor de Teodoro, p rando ſacar del pecho aq memorias; y como para ha tenia grande ocaſion en la a cia, dentro de pocos dias ſ llò menos tierna; y acordar de los peſares que le avia co ſu amor, decia la yà conſ Narciſa: Loca eſtaba ſin du ingrato Teodoro) quando hacerte dueño de mi honor, no ſolo me atrevia à la ofen el Cielo, y al agravio de mi ſo, ſino al rieſgo de mi vida, nion; pues ſi llegàra à ſaberſ mo à muchas ha ſucedido) eſtá que lo perdia todo; y q do mi delito eſtuviera tan ſ to, que ninguno le imagi por lo menos para ti, y para migo, avia de ſer liviana, que traba en el numero de las m res comunes. Eſta vez per Teodoro, que primero es m nor, que ſu guſto. Confieſſ eſtuve tan ciega, que no atender à eſtos inconvenie mas pues ha dado con ſu de do tanta ocaſion para que n ſengañe, hago juramento a lo de procurar de aqui ade

rar con otros ojos à Valerio,
ndo no sea por ser quien soy,
satisfacerle siquiera alguna
te de lo que me estima.
No se pudo decir por Narcisa,
nte quien jura, y ama, porque
la dia estaba tan diferente, que
nas se acordaba de Teodoro?
ro quando hizo otra cosa la
encia, y la muger, y mas te-
ndo siempre otro hombre à
ojos,) En fin, Narcisa se de-
vencer de su virtud, y empezò
uerer à su marido con tanto
emo, que aun ella misma no
ia creer su mudanza. Bien
no estaba Teodoro desta no-
ad, y acabando sus pleytos,
ò à Talavera, y se bolviò à
á su Narcisa. Supo luego que
i venido Teodoro. Quien pen-
que no diera muy buenas al-
ias á quien le llevàra estas
ras? Pero estaba tan lexos de
cuydado, que no solo no tra-
le hablarle, ni escrivirle; pero
cusò de salir de su casa por
erle. Preguntò Teodoro à
nas personas que la trataban,
o la iba con su esposo? Res-
lieron todas vna misma co-
ncareciendo el amor grande
e tenia, y que no avia en to-
Lugar dos casados mas con-
s. Con estas cosas, y no de-
vèr Narcisa, ni admitir re-
suyo; se desengañò de que
tenia memoria de su amo
y zeloso, y desesperado, decia:
Pues, como mudable Narcisa, has
podido olvidarme tan presto? Què
yerva has tomado (si ay alguna
que cause aborrecimiento) para
quitarme el lugar, que pocos me-
ses ha tenia en tu corazon? Si por
defender tu recato fueras ingrata
à mi voluntad, quexarème de po-
co dichoso. Mas ay de mi! que
me quexo de aborrecido; pues
del amor que yà tienes à tu espo-
so, nacè que desprecias el mio.
Pudieras decirme (para consolar-
me) Teodoro, yó no soy mia; y
aunque el amor que te tengo es
mucho, mi virtud no me consien-
te que passe adelante en tus amo-
res. Dixerasme esto, Narcisa, aun-
que me engañàras, y consolàra-
me el vèr que te perdia por hon-
rada, pero no por mudable. Si
has querido vengarte de mi, por-
que me ausentè, no te parece que
basta para castigo, saber que cada
noche estàs en otros brazos, sin
darme à entender que te goza
con gusto tuyo? Si yo te huviera
dado ocasion con zelos, ó con
agravios, no me espantàra; por-
que yà sè, que la muger, y la ven-
ganza, solo se diferencian en el
nombre; pero matarme sin ofen-
derte, aborrecerme sin enojar-
te, no parece possible, ni justo.
Por cierto que es noble la condi-
cion de todas; pues si vn hombre
las acierta á servir, se enfoberve-

cen, y le deſprecian; ſino las correſponde, ſe enojan; ſi ſe deſcuyda, le buſcan; y ſi las buſca, ſe entibian; de manera, que nunca eſtán pagadas, ni ſatisfechas. Quien pensàra, que en vn corazon tan piadoſo como el de vna muger, cupieran tantos generos de rigores? Buen exemplo tengo à los ojos, pues Narciſa, ſolo porque la adoro, me aborrece; porque la ſigo, ſe eſconde; y porque la doy el alma, me quita la vida.

Aſſi ſe quexaba Teodoro, mientras gozaba Narciſa los regalos de ſu querido Valerio, que viendola con algunas ſoſpechas de preñada, tratò de caſarſe, porque haſta entonces ſolo eſtaban deſpoſados. Y para que todos ſupieſſen ſu dicha, combidò à ſus deudos, y quiſo fueſſe la boda en vna Hermita, que eſtà à las orillas de Henares, que llaman Santa Maria del Val, devocion, y holgura de aquella Villa. Saliò Narciſa de encarnado, y plata, color que prometian ſu rigor, y ſu caſtidad, adornada de botones, y joyas de diamantes, y tan hermoſa, que combidaba à caſarſe. La cara limpia, y ſin artificio; el cabello, parte aprifionado con ſus miſmas trenzas, y parte dilatado en rizos. No quedò Dama, ni Cavallero *que no* reſervaſſe aquel dia para *el campo, y entre ellos* Teodoro, *que por verla, quiſo ſer teſtigo de* ſus penas. Miròle Narciſa, terneciòſe, no porque le a como ſolia, ſino por verle cer por ſu cauſa. Canòſe T ro de mirar tan cerca ſus z iba muy hermoſa para pe dexò el campo, y fueſſe à á vn apoſento, donde tor vna vihuela, por vèr ſi dive dolor, que eſtaba tan freſc alma, cantò aſſi.

Oìd, Paſtores de Henar los que en aqueſtas riberas veſtìs à nueſtra eſperanza con el color de las yervas

Los que apacentais cuy ſi deſdichas ſe apacientan, que como con ellas vivo, pienſo que es comun hac

Crième en aqueſtos vall y conmigo la mas bella Zagala que ha viſto el Sol, pues naciò para ſu afrenta

Quiſela bien por mi mal porque adorar ſus eſtrellas, fue mi eſtrella, ò mi deſdi que en mi no ſe diferencia

Mil vezes mis triſtes ojos dieron de ſu fuego mueſtr y por ellos me viò el alma, como ſon criſtales de ella.

Mil noches, viendo que por ella el alma deſpierta, dixe: No duerme el cuyda quando ſu memoria vela.

Y tal vez, imaginando que gozaba ſu belleza,

desperte, diciendo: Ay Angel,
què de cuydados me cuestas!
Mas poco duró este bien,
aqui, Pastores, empieza
mi desdicha, y la mayor
es, que no acabo con ella.
Vino vn Pastor cauteloso,
con mas ventura que prendas,
necio en tener tanta dicha,
y cuerdo solo en quererla.
Y quando yà me adoraba,
que aunque parezca sobervia,
voluntad de tantos dias
bien merecerlo pudiera.
La conquistò por engaños,
y sus padres atropellan
mas de mil glorias de amor
solamente con dos letras.
Salì de mi choza vn dia,
con mas zelos, que prudencia,
y fuì à darla el parabien,
si se dà de tener penas,
Representòseme el tiempo,
en que por gusto, ò por fuerza
fuì abeja de aquellas rosas,
y toquè con labios perlas.
Y acordème de algun dia,
que con mil zelosas quexas
la vì enojada, y hermosa,
si ay enojos con belleza.
Matabame el sentimiento,
y assi, en la ocasion primera
que sola la vì, la dixe,
ayudado de mis penas:
Como es possible, bien mio,
que te mire sin que muera?
Pues perder lo que se adora,
sin morir, es cosa nueva.
Poco te quiero sin duda,
pues no basta la tristeza
para dexarme sin vida,
viendo que sin ti me dexas.
Ay dulce, y querido dueño,
quien en vn tiempo me dixera,
que tu, que vida me diste,
causa de mi muerta seas. (mas,
Mas yá que à otro dueño esti-
dexame sentir siquiera,
que te quise bien seys años,
y que en vna hora te pierda.
Y plegue al Cielo, Narcisa,
que tan venturosa seas,
que en la dicha solamente
piensen todos que eres fea.
Gozes tu esposo mil años,
y quierate, amada prenda,
tanto como tu mereces,
si el amor à tanto llega.
Quierasle como à tu vida;
que porque vivas contenta,
aunque à mi no me està bien,
me holgarè que me aborrezcas.
Mas la quisiera decir,
si en su cielo no advirtiera,
que era señal de llover,
ver con nubes las estrellas.
Juntò con su rostro el mio,
y como amor tuvo fuerza,
no cupo bien en dos almas,
y saliò por quatro puertas.
Serenóse, al fin, el Cielo,
y bolvió á mirarme atenta,
y de esta suerte me dixo,
enamorada, y honesta:
No creas, querido dueño,
que nadie en el mundo pueda
qui

quitarme, ſi tengo vida,
que tu mi vida no ſeas.
Bien sè que he de eſtàr ſin ti,
y que otro ha de ſer por fuerza
tirano de mi alvedrio,
pues me goza, aunque no quiera.
Mas ſi el alma en mi es lo mas,
tuya ſoy, no ſoy agena,
pues èl gozarà del cuerpo,
y tu con el alma quedas.
Dixo, y dando à los criſtales
por ſegunda vez licencia,
llovió de ſu cielo aljofar
ſobre el campo de azucenas.
Mas yá de mi amor ſe olvida,
y atrevida me deſprecia,
que tanto en ella pudieron
vn marido, y vna auſencia.
Eſta es mi hiſtoria, Paſtores,
porque os ſirva eſta tragedia
de exemplo, para no amar,
pues me veis morir en ella.

Dixeronle á Teodoro, que los amigos de Valerio trazaban vna Sortija, con animo de celebrar ſus bodas, y de que las Damas aſſiſtieſſen à eſta fieſta. Era mantenedor el hermano de Narciſa, que enamorado de Clenarda, defendia, que ſu hermoſura era la mayor que avian merecido aquellas riberas. Quiſo Teodoro ſer vno de los aventureros, para deſcanſar, diciendo ſus penas. Llegò la noche, ò por mejor decir, no llegò, porque las Damas, y luces eran tantas, que podian deſmen-

tirla. Preſentòſe al ſon d
inſtrumentos el mantene
verde, y oro bordado el
con tres letras, que diſ
el nombre de Clenarda,
verdes, y atraveſſada vna
de diamantes; traìa en l
vn Sol, cercado de Eſtrel
letra:
Ninguna iguala à ſus
Que con ella, la mas
No puede paſſar de E

Siguiòle Florelo, de
do, y plata, menos arro
mas galàn en opinion de
La pintura era vna peña
el Ave Fenix, abraſando
llamas, la letra decia:

Vivo como quien me

Dudòſe de ſu ſignific
principio, pero luego
ron que era Florelo, ama
hermoſa Fenix; y aſſi q
letra ſin dificultad, y
con credito de ingenioſo
De azul, y morado ſal
publicando en las colore
que le abraſaba el pecho
los que le daba Liſis. Traìa
vna luz, combatida de v
que la mataba, y la bolvia
der, y debaxo:
Aunque el rigor de lo
A mi noble amor ofe
Lo que le mata, le co

Con razon ſe llevò los ojos, y las alabanzas el diſcreto Liſardo, galàn de Beliſa, poco hermoſa, pero de divino entendimiento: Venia de negro, y plata, con plumas de lo miſmo, y tantas, que formaban vn monte de contrarias colores: traìa por empreſa vn cielo, algo nublado, y con pocas eſtrellas, con eſta letra:

Mas es lo que no ſe vè,
Que quien ſu valor ignora,
No el engaſte el alma adora.

De cabellado, y roſa ſeca, entrò Menandro, tan firme, como mal admitido de Amarilis: traìa por geroglifico vn corazon abierto, y lleno de ſaetas, y por letras:

Pluguiera à *Dios* fueran mas,
Porque todas ſe juntáran,
Y mas preſto me acabaran.

De pagizo, y plata venia el deſgraciado Arſindo, quexoſo de Doriclea, porque à los principios le avia favorecido, y deſpues eſtaba arrepentida: traía pintado vn Sol al amanecer, junto à otro que ſe ponia, y eſta letra mas abaxo:

Con luz ſalì,
Pero preſto la perdì.

Ninguno admirò tanto como el vltimo, que preſentandoſe con ſu padrino, puſo fin à la fieſta, tan ayroſo, y galàn, que fue conocida la ventaja que à todos hacia: Venia de leonado, y negro (color de ſu triſteza) bordado el cãpo de lantejuelas de oro, y en la targeta traìa pintada vna peña, en que eſtaban eſcritos los amores de Medoro, y Angelica, y por letra:

Otro Orlando verá el mundo,
Pues perdiẽdo el biẽ q̃ pierdo,
Fuera locura ſer cuerdo.

Todos le conocieron, porque quando no ſe ſuſpira ſu amor por el talle, y gallardia, pudiera colegirſe el dueño. Dieronle el primer premio, y beſandole, ſe le puſo en las manos à Narciſa, y ſe fue, dexando en las Damas laſtima, y en los Cavalleros embidia. Acabòſe la Sortija, con menos guſto que ſe eſperaba, porque á Valerio enfadò la libertad de Teodoro, aunque bien ſeguro podia eſtàr de ſu eſpoſa, que era principal, y le amaba: dos coſas que obligan à vna muger à conſervar eternamente ſu honor.

Hallòſe en eſta fieſta vna Dama, à quien llamaban Lucrecia, cuyas coſtumbres no convenian con el nombre. Avia muchos dias que miraba á Teodoro con deſeo de que fueſſe ſuyo; y viendole aquella noche tan galàn, y tan amar-

amante de Narciſa, la gala diſculpò ſu liviandad, las alabanzas cõfirmaron ſu amor, y los zelos la abraſaron el alma. No eſtaba èl para correſponder á ſu amor, porque Narciſa le tenia de manera, que no reparaba en agenos cuydados. Supo de vn amigo ſuyo, que Valerio iba à Madrid por vnos dias, à ſeguir vn pleyto forzoſo, y reſolviòſe à no perder ocaſion tan ſegura. Fue la ſiguiente noche à ſu caſa, donde informado de que eſtaba ſola Narciſa, ſe llegó haſta ſu miſmo eſtrado, y ella admirada, ſin aguardar à que èl pudieſſe decir que le avia eſcuchado, dixo:

Para ſer tan diſcreto, ſeñor Teodoro, conmigo lo aveis moſtrado poco; porque no puede ſer cortesìa, ni diſcrecion, entrar vn hombre donde ſabe que no han de recibirle bien. Direyſme, que no teneis obligacion à ſaberlo; y reſpondo, que vn hombre tan cuerdo, por la experiencia debia entender que es aborrecido; porque ſi yo os amàra, creedme, que no huviera tenido paciencia para eſtàr ſin veros, que las mugeres con amor, ſabemos buſcar à vn hombre, quando queremos. Yo adoro à mi eſpoſo, porque lo merece, ò porque le he comunicado

mas, aunque en menos tiempo, y
ya ſabeis lo que hace el trato; eſcuſaos de hazer finezas, y dema-

sìas, y no penſeis deslu
nion con locos atrevim
verme muger, y ſola,
que no os atrevais, no
reis aqui mañana, pues
Dios tengo padres, que
con ſu amparo de vue
rades; y quando fuerade
cortès, que perdierades
à ſu caſa, yo miſma os
vida, porque yà no la e
to, que me laſtime de

No merecia tan mal t
to la humildad, y amo
doro, que bien pueden
res defender ſu honor,
con deſprecio de vn h
mas aviendole querido.
la ſin apartar los ojos d
mo quien ſe acord ba
viſto menos riguroſa,
dixo: Dadme licencia
Narciſa, para que me
vueſtro enojo; que ſi
confeſſar, ha ſido ſin c
deſde el triſte dia que n
de vueſtra preſencia, ni
à veros, ni à canſaros ſq
de ſer vna miſma coſa
co podeis culparme haſ
poco cortès; que aunqu
les exteriores me har
poco que os debo, no e
cion verdadera; porqu
mugeres, y mas quan
perder honor, dàn à
con las apariencias, lo

deſmentir el pecho, q

mudo, y està en parte secreta, le entienden pocos; pero ya que sè vuestro disgusto, de que adelante podreis tener quexa de mi, si os importunàre, solo os quiero advertir, que aveis elegido mal medio para libraros de mi porfia; porque lo que haceis conmigo, mas es incitarme, que reprimirme, conociendo mis temeridades; y sabiendo, que si he sido cuerdo algunos años, lo debo, no à mi natural, sino à vuestro amor, pues èl solo me ha tenido con freno, acordandome de algun dia que me pedistes con lagrimas no os diesse pesadumbre con mis travesuras; y sabe Dios, que desde entonces, solamente con vuestro hermano saquè la espada, esta sin culpa mia, que vn hombre honrado no ha de ser tan cuerdo, que parezca cobarde. Por vos tambien no hize pedazos à vuestro esposo, quando supe el falso medio que tuvo para serlo; de suerte, que mi fin ha sido siempre obedeceros, y no me pesa tanto de que ameis à Valerio, como de que sea con tanta desestimacion de mi persona, pues me heblais de modo, que parece que toda mi vida no he tratado sino de ofenderos; y pues no os debo sino pesares, creedme que os los he de dàr, y tantos, que os acordeis de mi, aunque me aborrezcais. Y sin aguardar respuesta se fue, imaginando el modo que tendria para matar à Valerio, porque de otra manera no podria sosegarse ni vivir satisfecho. Bolviò Teodoro à sus antiguas travesuras, haciendose temer aun de los mismos que le trataban: no tenia hora en todo el dia que no empleasse indignamente, y muchas con agravio de su honor. Supo Lucrecia el fin de los amores de Narcisa, y luego imaginò suyo à Teodoro; y para obligarle á que la viesse, le escrivió un papel, y recibiendole, viò que decia:

Vna muger ha muchos dias que tiene deseos de hablaros, para despedirse de un hombre necio que la cansa; y como hasta aora aveis sido de la señora Narcisa, no ha querido aventurarse à que le respondais una sequedad. Hame pedido os avise de su voluntad, para saber si os sentìs con gusto de pagarsela. Lo que la obliga à quereros, no es vuestra hacienda, sino vuestra persona: que tambien ay mugeres que aman sin estos fines, aunque todas gustan que las regalen. No pienso que es tan fea, que pueda desagradaros. Ella es mi amiga; mi nombre Lucrecia; mi casa imagino que la sabeis, aunque no os aveis querido servir de ella. Si os disponeis à querer esta Dama, avisadme, y venid esta noche à verme como sea à las once.

Bien

Bien echò de ver Teodoro, que Lucrecia era la Dama, y la tercera, porque en ſus ojos avia leìdo ſus deſeos. Previnoſe con puntualidad, porque Lucrecia era hermoſa en eſtremo, y no avia en todo el Lugar quien tuvieſſe mas partes para ſer amada, ſi bien tenia tan poca conſtancia, que el amor, y el olvido eran en ella una miſma coſa. Llegò à la calle Teodoro, galan, y ayroſo, calzones, y jubon de tabi leonado, capa de paño, ſombrero de color, ligas con oro, coleto de te, un broquel en la cinta eſtoque en la mano. Hallò ocupada que imaginò, p algun nuevo amante, afici à ſu hermoſura, aunque n coſtumbres, eſtaba aguard: que ſalieſſe, para que can ciertos muſicos que traìa. voſe Teodoro; ſaliò Lucrec ſegaronſe los que venian à dar las eſquinas, y los cantaron:

Lucrecia, al mundo aſſombre
tu condicion, pues eſtimando en poco
el honor de tu nombre,
el alma rindes à un amor tan loco,
que ſerlo no ha podido,
pues muere caſi ſin aver nacido.
Mas liviana, que amante,
à diferentes guſtos te enterneces,
ſin advertir conſtante
que no es el querer bien para dos vezes,
pues baſta la primera,
para que muera quien amando eſpera:
Tu belleza ſe ofende
de eſſe comun amor, ſolo à ti ingrato,
pues injuſto pretende,
que ſe quexe tu nombre de tu trato,
y no es acreditarte,
preciarte de muger en eſſa parte.
Si algun amor honeſto
te aficiona tal vez por comedido,
te arrepientes tan preſto,
que aun no tiene lugar de conſentirlo,
y muere en tu mudanza,

antes de vèr la cara à la esperanza.
De constante blasonas,
ò à lo menos el nombre te assegura;
mas si con èl te abonas,
à este lionato passa tu locura,
pues cautelosa vienes
à vender la firmeza que no tienes.
Dilatar el empleo
á mas de una inquietud, á mas de un gusto;
no es amor, es deseo
bien recibido, pero poco justo;
y del tuyo se infiere,
que à nadie quiere, porque á todos quiere.

Parecióle á Teodoro que yà Lucrecia corria por cuenta *suya*, y que los tales musicos la avian lisongeado poco con los versos; pues olvidados de su hermosura, solamente encarecian su mudanza; y por esto, y porque si no los echaba de la calle, era dificultoso entrar en su casa, dexò la capa, y puesto en medio de la calle, que era algo estrecha, les dixo: Que las musicas se introduxeron para cantar gracias de las Damas, pero no para referir sus agravios, porque à ninguna se obliga con satiras. Enfadaronse, no los musicos, sino los que venian en su defensa, de que un hombre solo se metiesse á darles consejos, y sacando las espadas (que no lo hicieran, si le huvieran conocido) quisieron vèr si sabria reñir como aconsejar; pero supiéronlo *presto, aunque con mengua* suya, porque mas de uno se dexò la espada por huìr cõ menos embarazo, y mas disculpa. Desmayòse Lucrecia, bolviò Teodoro à tomar su capa, y aun las demàs, como despojos de la guerra. Baxò una criada à decirle, como quedaba su señora: Subiò Teodoro, pesaroso de aver sido la causa; y despues de bolver en sì, con un vidrio de agua, y con verle vivo, le dixo: Que si supiera lo que le estimaba, la huviera escusado aquella pesadumbre. Yo pienso (respondiò Teodoro) que fue por estimaros, porque no fuera justo sufrir que à mis ojos os dixessen afrentas, haciendose tan señores de la calle, que me impidiessen el passo para veros; porque os asseguro (si acaso es vuestro este papel) que en mi vida me he tenido por tan dichoso, pues me venis à pedir en èl, lo mismo

que

que yo lo deſeaba. Sabe el Cielo (reſpondiò Lucrecia) que ſolo Narciſa me ha tenido embidioſa en mi vida, por merecer vueſtro cuydado. Si yo os huviera tratado (replicò Teodoro) pudiera ſer que la huviera querido menos; pero lo que aora puedo hazer por ſerviros, ſerà, no ſentir el perderla. Pues porque ſepais, dixo Lucrecia, lo que os eſtimo, y que mis deſeos no ſon de engañaros, oìd ſolo un inconveniente que ay para que no ſe logre nueſtro amor como quiſiera.

Yo tengo à un hombre (que vos conoceis, y ſe llama Andronio) de tantas obligaciones, que la menor, es, gaſtar conmigo cada año dos mil eſcudos. Bien quiſiera, por ſer en todo mas vueſtra, que no me vieſſe; pero ſientome tan obligada, que me parece baxeza grande pagarle con ingratitud; èl es hombre de mas años que tenemos entre los dos, y por eſta ocaſion me viſita pocas veces, y eſſas con mucho recato. Si con eſta penſion quereis ſer mio, os prometo de haceros dueño de mi libertad, mi hazienda, y mi perſona; y no os parezca livandad amaros, viendome tan ſervida, y adorada por otra parte; que yà es ley de las mugeres, eſtimar menos à quien nos obliga mas.

Agradeciò Teodoro el favor que le hacia en deſengañarle, para que con aquel aviſo proce en ſu amor, de modo, que torvaſſe la correſpondencia antiguo dueño, y en eſta c midad le diò Lucrecia poſſ de ſus gracias; gozandoſe tras ſu primero amante la d libre: el qual viendo en Luc menos guſto que otras vece pechò algun nuevo agravio firmò eſte recelo ella miſma dexandoſe un eſcritorio abi dió ocaſion à que la hallaſſ ſos, y papeles de Teodoro ſe defendió, diciendo, que para una amiga ſuya, que avia dexado en depoſito (q yà razon de eſtado en las D que ſiempre tengan la cul amigas) y deſpues de averſe pedido Andronico de Luc (que por eſtár aguardando á doro la avia dado priſa á q fueſſe) bolviò zeloſo; y hall la mas acompañada que la dexado, ſin reſpetar à quien ba delante, la diò algunos b nes. Viendo Teodoro, q agravio no era de Lucrecia ſuyo, ciego de colera ſacò pada, y le atraveſsò con e pecho; y bolviendoſe á Luc la dixo: Que tomaſſe ſus que èl la pondria donde eſtu ſegura. Advertid (dixo el c funto Andronio) que eſſa dil cia ſerà eſcuſada, ſi vos q hacerme un guſto, yà q

ido la vida. En ocasion
pondió Teodoro) que
erme falta el tiempo
me de la Iusticia; mas
que harè por serviros
: estuviere en mi ma-
ie quisiera suplicaros
herido) es, que Lucre-
n su casa, y vos me lle-
ia, donde diré, que dos,
nbres que no conocì,
ne el dinero que lle-
tenerme por otro, me
a herida; y que si no
vos, que llegasteis en
n, fuera cierto que me
e matar: con esto harè
sas: la primera discul-
rdonaros: la segunda,
o Christiano, recibien-
amentos; y la ultima,
lizar à los que me co-
o me tienen por tan li-
os suplico, por mis ca-
i sangre, y aun por el
ucrecia, pues es cierto,
e camino se libra de
molestia. Con aten-
salto le escuchò Teo-
yò lo que le decia (que
que traen consigo el
acandole à la calle, le
s brazos, y le puso en
zo la Iusticia las dili-
e suele, mas segun su
no pudo averiguar el
cio.

tiempo yà Teodoro se avia cansado de Lucrecia, porque la memoria de Narcisa, no le dexaba un punto, y por esta ocasion diò en despreciarla, de suerte que huìa de sus ojos, aunque ella mas amante, mientras mas aborrecida, viendo que por èl avia perdido su remedio (porque dentro de ocho dias muriò Andronio) se bolvia loca, haciendo quantas diligencias podia para bolver à su gracia. Supo Teodoro, que venia de Madrid su enemigo Valerio, y determinóse à esperarle en el camino, y darle la muerte, para vengar de una vez sus zelos, y con esta ocasion irse á Flandes huyendo de Narcisa que le aborrecia, y de Lucrecia que le enfadaba. Pero el Cielo, que yá deseaba su desengaño, quiso darle à entender el fin que le prometian sus intentos; porque passando una noche, à mas de las diez, por la calle de Narcisa, para despedirse de aquellas rexas, porque antes de dos horas pensaba executar su sangrienta venganza en el descuydado Valerio, que yà venia por el camino, vió que de su propria casa salia una muger, que por ser de gallarda presencia y á tal hora, le obligó à que se arrojasse del cavallo, diciendo: Si queria que la fuesse sirviendo; pero ella, sin responderle, atravessò por diferentes calles, hasta llegar al campo, con tanta priesa, que ape-

apenas podia ſeguirla. Teodoro, que admirado de verla ſola, y en aquel deſierto dudaba la cauſa que la movia à tal eſtrañeza: mas viendo que ſi ſe empeñaba en ſeguirla perdia la ocaſion de quitar à ſu enemigo la vida, pudo con él mas ſu venganza que ſu curioſidad; y llegandoſe mas cerca, ſe deſpidiò de ella, y la dixo: Que yá que no queria deſcubrirſe, miraſſe ſi ſu amparo la podia ſer de alguna importancia, porque le llamaba un cuydado à aquella hora. Bien ſe echa de vèr, mudable Teodoro (reſpondiò la encubierta Dama) que otros nuevos guſtos te tienen divertido del mio, pues viendome ſalir de mi caſa, no me has conocido. Narciſa ſoy Teodoro, Narciſa ſoy, que ſabiendo que gozas, en agravio mio, los infames brazos de Lucrecia, he ſalido deſeſperada á quitarme la vida, antes que venga mi injuſto eſpoſo; porque aunque te he dado à entender que te aborrezco, el Cielo ſabe que ha ſido por probarte.

Confirmò Teodoro en la voz, en el talle, y en el veſtido, que era Narciſa, aunque por otra parte dudaba lo miſmo que via, por ſer Narciſa muger virtuoſa. Mas como los zelos ſuelen hacer coſas, que ſolo quien las llega à vér *con los ojos puede creer*as. Fa*cilmente ſe perſuadiò* à que ſeria ella; y aſſi, con mas anim guiendo ſus paſſos, haſta gando á una caſeria, que da de los rigores del tiemp nas conſervaba las pared que ſe entraba en ella, y un apoſento, que entre las ruìnas avia quedado con forma. Llegó trás ella T tan canſado, que apena hablar; y deſpues de aver do aliento, la dixo: De qu ſeñora mia (ſi acaſo ſois decis) huìr de quien os aunque ſin duda lo debais cer, porque diga, que ſi me ha ſido dificultoſo el al ros? Teodoro ſoy, no a de Lucrecia, que ſi vos delante de ella dirè, qu adorado toda mi vida, y toy aora mas perdido; m qué me canſo en deciros vos aveis viſto tantas vece

Vn gran rato eſtuvo T rogandola que hablaſſe, ó cubrieſſe; y viendo, que ni lo uno, ni lo otro, ſe reſ que hicieſſen los brazos, amores, y ruegos no aviar do; y apartandola á ſu pe manto de lo cara, quando ba hallar á ſu amada Narci que debaxo de èl, aſtaba u te, y riguroſa imagen de la te, que con ſu guadaña p que le amenazaba la vid aprovechò en eſta ocaſion

brio de Teodoro ; porque
oſe abrazado de los helados
os, ſe dexò caer ſin ſentido
rra por un gran rato; y deſ-
de cobrar la ſangre que avia
del animoſo corazon, ſe
urbado, bolviendo muchas
la cabeza àzia la caſerìa,
ndo que venia tràs él aque-
pantoſa ſombra. Entrò en el
r, y paſſando junto à una
a, ſe puſo en la puerta, hin-
las rodillas, para dàr gracias
ielo, por averle librado de
randiſſimo peligro, prome-
o enmendar de alli adelante
la; porque ſegun lo que avia
la tenia poco ſegura, y mien-
ſtaba rezando, oyò dentro
Igleſia un pequeño ruìdo, y
parecer de perſonas que ha-
n; pero como venia con tan
ſobreſalto, pareciendole,
n duda ſu temor azia aque-
ctos, ſin eſperar otra coſa,
à ſu caſa; y quando ya eſta-
rca de ella, ſe puſo à penſar,
ſo (como era poſſible) fueſ-
drones los que eſtaban en la
a; y por no quedar con eſ-
lo de que por ſu cobardìa
ſſen el reſpeto al Culto Di-
bolviò encomendandoſe à
y apenas tocó la puerta de
ſia, quando ſe abriò ſin difi-
y ſacando la eſpada, ſe
uedo, para vèr ſi ſalia al-
ona; y viendo que todo
eſtaba en ſilencio, ſe admiró mas,
y entrando, para deſengañarſe,
llegò con gallardo brio haſta la
Capilla Mayor, y viò que no avia
mas que ſu ſombra, y la luz de
una lampara: entonces creyò que
ſe avia engañado, porque ſi fue-
ran ladrones, no le dexàran la pla-
ta, ſiendo el hurto mas ſeguro, y
mas ocaſionado; pero bolviendo
los ojos á una Capilla, viò que de
una ſepultura que eſtaba en ella,
ſalia un bulto negro con una luz;
y que mas adelante eſtaba un di-
funto arrimado à las rexas de la
Capilla. Turbòſe Teodoro, aun-
que no tanto que no le dexaſſe
valor para llegar con la eſpada
deſnuda, y preguntar, quien era,
ò que pedia? Mas luego le deſen-
gañò Lucrecia, diziendole: Ay,
Teodoro mio! detèn la eſpada, y
no mates à quien arrieſga cada
momento ſu vida por ſu cauſa.
Lucrecia ſoy, una muger con po-
ca dicha; no te admires de verme
en parte donde ſolamente tienen
lugar los hueſſos frios, porque
una muger deſeſperada, y abor-
recida, bien puede vivir entre los
que no viven; que ſi ay alguna
diferencia, es de parte ſuya, pues
eſtoy tal, que los he mirado con
embidia, y trocára de buena ga-
na mi vida por ſu deſcanſo. Mas
ſi acaſo te obliga à piedad averte
viſto en mis brazos algunas ve-
zes, y ſer tu la ocaſion de que yo

me vea en tal eſtado, ſacame de eſte obſcuro apoſento, pues ſin duda te ha embiado el Cielo para reſtituìrme la vida; porque yà yo eſtaba de ſuerte, que fuera milagro ſalir con ella.

Tan confuſo ſe halló Theodoro de vér alli à Lucrecia, que caſi no la pudo reſponder; y penſando que avia de ſuceder con ella lo que con Narciſa, dudaba de acercarſe, y favorecerla; pero venciendo la piedad al miedo, la ſacó en los brazos del hondo ſepulcro. Apenas le deſembarazò Lucrecia, quando el difunto que eſtaba mas adelante, ocupò ſu lugar. Fueronſe luego de la Igleſia los dos, y ella le rogò la acompañaſſe ſi queria oìr el eſtraño ſuceſſo de aquella noche. Siguiòla Theodoro, y en llegando à ſu caſa, por no tenerle confuſo, turbada, y temeroſa, dixo.

Deſpues, Teodoro, que ſupe declaradamente que me aborrecias, ſenti de manera tus deſprecios, que no me faltò ſino deſeſperarme, para confirmar de todo punto mi locura. Pero què no intentarà una muger que ſe vè mal correſpondida, pues lo menos ſuele ſer quitar la vida por ſus manos, ò por las agenas, à quien es cauſa de ſus deſdichas? Mas eſte genero de rigor, nunca le pudieron conſentir mis piadoſas entrañas, queriendo mas dexarme morir, que aventurar (
por vengarme, aunque c
me mates à peſadumbres.
ze quanto me fuè poſſibl
reducirte à que bolvieſſe
amiſtad: mas viendo, que n
ban alhagos, ruegos, caric
ſervicios, me aconſejaro
amigas, que conſultaſſe à u
ger tan diſcreta en los hec
que el amor, y el olvido
hombre parece que tenia
mano, (como ſi para amar, ó
recer huvieſſe otro mayor
zo que la voluntad) y com
el enfermo apetecer qual
medicina, por lo que tiene
ſible, aunque en mi opini
todo diſparate, quiſe pro
vèr ſi la virtud de yervas,
bras tenian fuerza para ab
tu riguroſo pecho, porque
mientras ſe aplica el remec
rece que ſe entretiene el
de la llaga; puſe en mar
aquella muger mi fortuna
que te hiziera mas tratable.
dixera, que con veinte año
zonable cara, huvieſſe m
valerme de otros hechizos
parando en que quantos
dios me ofrecia, no eran pa
me amàras, ſino para que
diera, la reſpondi: Que
ria nada, ſi avia de ſer c
ſion de tu ſalud (error de
mugeres, que con deſeo
cionar à un hombre, le

la.) Y ella, viendo lo que
ılvia por la tuya, me reſpon-
Que el ultimo remedio, y el
t que ſu ciencia alcanzaba,
le le dezia, por ſer poco pia-
, y muy dificil. No lo pue-
r tanto (reſpondì yo) que
intente mi ciego amor. En-
es me dixo ella: Que ſi que-
ue tu me adoràras, buſcaſſe à
ombre de valor que ſe atre-
e à ir al ſepulcro de mi muer-
ndronio, y le ſacaſſe el cora-
y dandote ſus cenizas en vi-
fuera cierto que me avias de
er, porque ſe avia hecho al-
s vezes eſta experiencia. A-
co (repliqué yo) que para que
e conozca la ignorancia de
s las que tratais de ſemejan-
ngaños, buſcais remedios,
iendo impoſſibles, y no pu-
lo ponerſe en execucion, ſe
iempre por averiguar vueſ-
nentira. Deſpidiòle la caute-
Medea, y yo quedè con me-
eſperanza; pero como la vo
id, quando ſe cria verdadera-
e en un alma, haze facil qual-
impoſſible; yo que te ama-
n mas afecto que la valeroſa
aſilea, de quien dizen, que
lo à ſu eſpoſo atraveſſado
ına lanza, ſe paſsó ella tam-
el pecho. Intentè, por que-
, el mayor rigor que ha uſa-
luger en el *mundo; porque*
parar en nada, me determi-
né à buſcar quien executaſſe
aquella temeridad; y pareciendo-
me, que ningun hombre ſeria tan
infame, y atrevido, que empleaſ-
ſe ſu azero en un cuerpo ſin alma,
me reſolvì à executarlo yo miſ-
ma; y con eſte intento me dexè
conquiſtar de un hombre que
tiene à ſu cuenta el cuydado de
aquella Igleſia, que por lograr ſu
laſcivo deſeo, me dió lugar para
que eſta noche entraſſe en la Ca-
pilla que viſte, donde me ayudò à
buſcar entre otros cuerpos el de
mi difunto amante. Pero apenas
le viò medio gaſtado de la tierra,
quando cobarde, y arrepentido,
me dexò ſola; y quando fuì à po-
ner eſta daga al helado cadaver,
vi que ſe ponia en piè, y como
huyendo de mi impiedad, ſe ſalia
de la ſepultura, diziendome con
voz eſpantoſa: Es poſſible, ingra-
ta, que aun aqui no me perdonas
el corazon? Y entonces fuè quan-
do tu llegaſte á darme la vida,
porque ſin duda la perdiera à ma-
nos de mi delito, y de mi temor.
Eſto es, Theodoro, lo que me ha
paſſado: mira ſi tengo baſtante
cauſa para llorar toda mi vida;
aunque ſi te digo verdad, yà que
eſte caſo no ha producido amor
en ti, como imaginaba, por lo me-
nos me ha quitado el que tenia;
porque me parece, que mientras
viviere tendrè preſente la imagen
de Andronio, quando ſe levantò

huyendo de mis crueles manos.

Apenas creìa Teodoro la temeridad de Lucrecia, aunque la eſcuchaba de ſu boca. Fueſe à ſu caſa con tã profunda triſteza, que ſin ſalir de un apoſento, eſtuvo muchos dias diſcurriendo ſobre las coſas que le avian paſſado. Quien duda (dezia el afligido Theodoro) que mi muerte no debe de eſtàr muy lexos, pues me la repreſenta el Cielo por tantos caminos? De què me han aprovechado tantas locuras, y deſatinos, ſi en fin, Valerio goza de Narciſa, y yo he de vivir, aunque me peſe, ſin ſu hermoſura? Y quando Narciſa me amàra, como puedo tener confianza de ſu voluntad, viendo en Lucrecia un deſengaño tan claro? Andronio la gozò, y como ella confieſſa, la diò ſu hazienda, y ſe viò tres años en ſus brazos. Y en efecto, ella fuè quien no ſolamente no le llorò, ſino que por gozar de otro amor ſe determinó à ſacarle el corazon, que mas de una vez llamó ſuyo. Pues por qué he de ſer yo tan barbaro, que ame à ninguna muger, aunque ſea Narciſa, y me quiera tanto como Lucrecia, ſi en muriendo yo, puede hazer conmigo lo miſmo que con Andronio? El Cielo, ſin duda, ha ordenado eſtas coſas, para remedio de mi perdicion, y quiere que me ſirvan de deſengaño, para que eſcarmiente, y dè amenaza que me guarde. Yà conoz que es el mundo, pues de èl ſacado ſino arrepentimient parrimonio ſe và acabando con mi ſalud; y lo peor es, alma tiene mucho peligro. que me aguarda, ſino teng mas rienda mis coſtumbres, Cielo me lo ha dicho ſi le q entender; porque la vid traygo, no me promete ſi laſtimoſo ſuceſſo. Y aſſi, me ce mas juſto agradecer al lo mucho que me ha ſufrido à otros los dexa deſpeñar primera culpa; y con ſer la tantas, me dà lugar para q levante, y las llore.

De eſta manera ſe acon Teodoro, y pudo tanto co fuerza de aquel deſengaño ſe confeſsò generalmente, go ſe fué à un Convento de les Deſcalzos, que eſtá fu los muros de Alcalà, y alli el Habito del Glorioſo Padr Franciſco, ſiendo deſpues u los mas perfectos Religioſ avia en toda la Caſa. Narc muchas gracias à Dios de en tan ſeguro eſtado, que le avia querido bien, ſe laſt de que vivieſſe tan diſtraíc Lucrecia ſe tiene por cier por imitar en todo à Te aſſombrada del paſſado fu deſengañada de ſu triſt

vendió joyas, y galas, ofreciendo ſu belleza à una eterna clauſura, donde viviò con tanto temor, como ſi en Dios no huviera miſericordia; y muriò tan confiada en ſu piedad, como ſi en èl no huviera juſticia.

EL EMBIDIOSO CASTIGADO.

NOVELA TERCERA.

EN Sevilla, Ciudad lluſtre, parte principal de la Colonia Romana, y digna Cabeza de toda la Andalucia, naciò Carlos, hijo ſegundo de el Conde Horacio, y por ſus coſtumbres tan bien *querido*, que quantos le conocian, ſe laſtimaban de que no fueſſe el principal heredero en el Eſtado de ſu padre. Era agradable en la condicion, bizarro en el talle (ſi bien moderado en las galas, como ſegundo) y ſobre todo de lucido, y claro entendimiento (fuerte prueba de ſu corta fortuna.) Tenia un hermano, cuyo nombre era Alfredo, de mas edad, *aunque inferior* à ſus virtudes, el qual gozaba por muerte de ſu padre, el honroſo titulo, y poderoſa hazienda, que le libró el Cielo en la antiguedad de ſolo un año. Era embidioſo; (que ſiendo bien nacido, no parece poſſible) era ſobervio, y aſpero, y trataba à Carlos con un imperio tan deſabrido, que mas parecia enemigo, que hermano: pero diſculpado eſtaba Alfredo, ſiendo embidioſo, que nunca la embidia ſe preciò de mejores entrañas. O riguroſa enfermedad! Vicio general eres, todo lo andas, pues no ſolo viſitas Cortes, Palacios, Vniverſidades, y aun Religiones, ſino que vives entre los que tuvieron ſer de una miſ-

ma ſangre. Pero ſi Alfredo es poderoſo, reſpetado, y temido, como tiene embidia de un hombre tan abatido, que apenas en ſu caſa ay diferencia de él à un criado? Mas à eſſo reſponde Origenes, que el embidioſo à todos aborrece; à los menores, porque no le igualen; à los iguales, porque no le excedan; y à los mayores, porque no le ſujeten, aunque entren de por medio los amigos, y los hermanos. Hermanos eran los hijos de Jacob, y por la embidia de aquel verdadero ſueño, fuè Joſeph tan tiranamente perſeguido. Hermanos eran Romulo, y Remo, tan juntos en el nacimiento, que tuvieron una cuna en el Tiber, y una cama en el campo; y por quedarſe Romulo ſolo en el Imperio, diò licencia al homicidio de ſu hermano. Hermanos eran el poderoſo Rey de los Tartaros, y Mitridates Rey de Babilonia; y por dilatar Mitridates ſu poder, y ſu Reyno, mandò degollar en la Plaza publica à ſu pròpio hermano; porque en preſidiendo eſte ſobervio monſtruo, ni la hazienda, ni la honra, ni la vida, ſe pueden prometer ſeguridad alguna. Deſeaba Carlos emplearſe honeſtamente en alguna Dama, que con ſu dote le ſacaſſe del cautiverio miſerable de ſu hermano. *Con eſte intento puſo los ojos en una ſeñora*, llamada Eſtela, hija de un Cavallero mas nobles de la Ciudad, y c yor riqueza; porque avia en las Indias, y ſabia gua mejor que todos. Era Eſte vezes hermoſa, porque era h ſa, y rica. Carlos continu penſamiento, ſin conſultar que con ſu miſmo deſeo, la pobreza encogida, y nc atreverſe á dezir lo que ſie los principios obligòle à Ca dote de Eſtela, pero yà n movia ſu hermoſura. No lugar de dezirla ſu amor, a lo deſeaba, que como las c ſon las que pudieran facilit eſtas ſolo ſirven à quien agradece, por no ponerſe gro de parecer ingrato, ò n ble, procuraba encubrir lengua, lo que dezia con lc De dia miraba ſus pared recato, y de noche era cuy centinela de ſu calle. Pero tiendo, q̃ era echar à perd tas finezas, obligar à quien le miraba, porque aun no que la queria, ſe reſolviò à con ſu hermano eſta imagin para que eſtando de por m autoridad, ſe lograſſe mas pues aunque conocia ſu ma to, le pareciò, que por ech sì, y verſe libre de que le ca avia de favorecerle; y aſſi l reciò las penas que le coſt tela, y que para merecer

ira, ſe queria valer del honor
ı ſu ſombra tenia. Reparò Al-
ɔ en la diſcreta eleccion de
os; y aunque por entonces
netiò hazerlo, conſideran-
eſpues las partes de Eſtela,
por mas acertado, procurar
sì eſta dicha; porque como la
idia ſe tenia tan de ſu parte,
ıè meneſter para apetecer à
a mas ocaſion que averla de-
o Carlos. Y advirtiendo, que ſi
:e, humilde, y deſdichado, le
a embidioſo, en viendole rico,
ento, y ſin averle meneſter,
ɔrzoſo darle mas peſadum-
ſe determinò à ſer ſu mayor
nigo. Empezò à viſitar al pa-
le Eſtela, à quien dixo el in-
ɔ que le traìa; y el viejo, vien-
ɔ mucho que intereſſaba, ha-
ı ſu hija, y ella le eſcuchò no
ıala gana, que era muger, y
ıba caſarſe. Viò Carlos à ſu
nano en caſa de Eſtela, y tu-
por ſeguro ſu ſuceſſo, enten-
ido, que iria à tratar lo que
tantos ruegos le avia ſuplica-
ɔrque un hombre que no ſa-
hazer traìciones, aun no ſe
ve à preſumir que las hagan
s. No faltò quien la dixo à
a el amor de Carlos, y cono-
do que era declarada volun-
ſe enfadò de ſu atrevimiento,
ciendole mucha oſſadìa, que
:ndo el amor de *Alfredo*, ſe
ieſſe à ſu guſto tan neciamen-
te. De eſta manera proſeguian los dos hermanos en ſu amor, aunque con diferente ventura, porque Carlos amaba, engañado de Alfredo, y Alfredo favorecido de Eſtela; y viendo Carlos los deſprecios tan à los ojos, ſe reſolvió à hablarla, y ſaber de ella miſma, como de original mas verdadero, la cauſa de tratarle tan aſperamẽte. Llegó la noche, (que no fuè poco por deſearla Carlos) y eſperando à que el ſueño ſoſſegaſſe la inquietud de algun vezino, mas curioſo que cuerdo, ſe fuè à la calle de Eſtela, que eſtaba en un balcon eſperando à Alfredo para hablarle, ſin mas teſtigos que el mudo ſilencio de la noche; porque viendo que aſpiraba determinadamente à ſer ſu eſpoſo, queria primero examinar ſu entendimiento, y hablarle de mas cerca, para ſaber ſi el ingenio, y el talle hazian una conſonancia; porque ſi era necio, no queria aventurarſe à vivir deſcontenta toda ſu vida. Atribuyò Carlos á novedad de ſu fortuna hallarſe en una ocaſion tan deſeada, y aſſi ſe acercò à Eſtela; y ella penſando, que el que tenia delante era el Conde, porque la tarde antes avian concertado verſe à aquella meſma hora, le llamó con mas amor que Carlos eſperaba; y deſpues de averle encarecido el deſeo que tenia de hablarle, le fuè dando ocaſiones,

en que pudieſſe luzir ſu entendimiento ; y Carlos reſpondiò tan enamorado, y cuerdo, que Eſtela agradeciò al Cielo ſu buena ſuerte, pues la daba eſpoſo, que no pudiera la imaginacion pintarle mas à ſu propoſito. Favorecianſe el uno al otro diſcretamente, aunque con engaño ; y viendo Eſtela, que Alfredo, y no otro en el mundo, avia de ſer dueño de ſu belleza, le dixo : Por cierto, Alfredo, que me has hecho una gran liſonja en venir tan ſolo, para poderte hablar en muchas coſas, que me dàn peſadumbre. Bien quiſiera eſcuſarte un forzoſo diſguſto; pero como es traicion en la voluntad guardar ſecreto, no he querido hazerme culpada en lo que es forzoſo que deſpues entiendas. Confuſo eſcuchaba Carlos tan eſtraño ſuceſſo ; y viendo que Eſtela le deſconocia tanto, que le tenia por Alfredo, diſſimulò quanto pudo, y bolviò á eſcuchar à ſu enemiga, que proſiguiò, diziendo: Has de ſaber, pues, que tu hermano, eſſe Carlos, que en opinion de muchos que no le tratan, es tenido por diſcreto, y aun por virtuoſo, ſi ha ſido tan deſcortès con mi honeſtidad, y tan villano con tu amor, que deſpues de aver puesto los penſamientos en el mio, ſin mirar que he nacido para ſer tuya, ſolicita con tales porfias mi recato, que à todas horas le tienen por tan compa
eſtas paredes, que aun te e
hablando temeroſa de que
eſcuche. Yo quiſiera callarte
deſatino, pero pareceme qu
ſido mas acierto aviſarte d
para que ſi acaſo alcanzàres
pues à entender, le advirtas,
no es delito de mis ojos, ſin
ſu poca prudencia.

Mucha fué la que tuvo Ca
pues no diò vozes, eſcucha
ſemejante deſdicha; por una
te ſe via aborrecido de q
adoraba, y por otra agraviad
quien era impoſſible veng
Mucho ſentia el rigor, y de
nes de Eſtela, y la declarada
tuna que le perſeguia ; pe
que mas le atormentaba, er
ner un hermano de tan vil
coſtumbres, que aviendole p
do con humildades, y lagrim
favoreciеſſe para gozar el pre
de ſu cuydado, no ſolo no lo
hecho, ſino que con embidia i
me, queria coger el fruto que
tos dias avian cultivado ſus e
ranzas. Yà Carlos iba à reſ
der á Eſtela, ſino ſe lo eſtor
un hombre, que ſe le puſo de
te, diziendo: Que aquel luga
nia dueño, y que ſe ſirviera d
ocuparle. Sintiòlo Eſtela, pēſ
que el que venia era Carlos,
ſi paraba en las eſpadas aque
guſto, ſeria poſſible que peli
ſe Alfredo. Entonces Carlos

igradeciò al Cielo la preſen-
aſion, para vengarſe de el
) peſar que avia recibido, ſin
:ar en que el hombre que te-
elante, era ſu propio herma-
ſi lo reparò, por vengarſe
tiranìa, le reſpondió con la
a, tan colerico, que à no re-
e Alfredo, pudiera ſer no ſa-
n vida de la calle; pero oyen-
ruìdo algunos de los cria-
ue traìa, y conociendo á
s, le advirtieron de la locu-
e intentaba. Fueronſe todos,
:e ſe hablaſſe el uno al otro,
lieſſen ſatisfaccion alguna,
e Alfredo era ſobervio, y
oſo, y no la queria dar, ni
, y Carlos eſtaba tan deſen-
lo, que no la avia meneſter.
ydadoſa quedó la engañada
, aunque contenta de aver
ſu dueño tan animoſo, que
:tia ſu corazon con ſu en-
miento, pues avia echado
calle à Carlos: de manera,
iendo èl el dueño de aquella
dìa, era Alfredo el triunfa-
: la gloria: y ſiendo Carlos
con la lengua, y la eſpada
)rò los ojos de Eſtela, fuè
lo el que mereciò aquella
ſu cuydado. No quiſo Al-
dilatar la execucion de ſu
:ad, y aſſi el ſiguiente dia
vió à concertar con el pa-
Eſtela. Y èl reſpondiò: Que
ſe por muy cierto que ſeria
ſuya. Y para que echaſſe de vèr
con quanto guſto le ſervia, deſde
luego le daba licencia para que la
viſitaſſe. Eſtimò Alfredo el favor,
y fuè à verſe con Eſtela, que le
recibiò con una verguenza her-
moſa, haziendole con ſus divinos
ojos los regalos, y favores que no
merecia. Trataron de diverſas
materias, y como Alfredo, fuera
de ſer ignorante, era deſabrido,
advirtiòEſtela, que ni las palabras,
ni el entendimiento, eran confor-
mes à lo que avia viſto la paſſada
noche. Y pudo con ella tanto eſte
penſamiento, que en lugar de re-
ſolverſe, pidiò á ſu padre tiempo,
por no aventurar el guſto de to-
da vna vida, ſin eſtár muy ſatiſ-
fecha de lo que hazia. Quedò Al-
fredo contento, aunque rezeloſo
de averla viſto con Carlos la no-
che antes, y eſtàr tan tibia con èl,
mas en confianza de la palabra
que le avian dado ſus padres, pu-
blicò por toda la Ciudad, que
dentro de quatro dias avia de ſer
ſu eſpoſo. Creyòlo el vulgo, que
en viendo entrar à un ſeñor en
una caſa, no pienſa que à ſu po-
der aya coſa impoſſible. Supolo
Carlos, que no pudo eſcuſarſe
deſte golpe; y ſi lo ſintiò, juzgue-
lo quien huviere perdido lo que
adora por un camino tan injuſ-
to. Carlos amaba, Carlos era diſ-
creto; y Carlos eſperaba vèr en
brazos de ſu enemigo à Eſtela:

pues

pues como avia de amar, y ſer diſcreto, ſin que el dolor le bolvieſſe loco? Dezia, que ſi ſu competidor, ò ſu contrario le ofendiera, no ſe eſpantàra, porque de un enemigo, què ſe puede eſperar, ſino moleſtias, y traìciones? Pero que ſu miſmo hermano le agraviaſſe en el guſto, en el alma, y en la honra, rigor era que le ſabia Carlos ſentir, pero no le acertaba à encarecer. Mil vezes, movido de ſus zelos, quiſo vengarſe, y otras tantas ſe arrepentia, mas por no enojar à Eſtela, que por compadecerſe de ſu hermano. Y viſto el poco remedio que tenia para eſtorvar el infeliz ſuceſſo que le eſperaba, tuvo por mas acierto dexar ſu patria, para probar ſi en la agena le dexaba de atropellar ſu fortuna; y aſſi, haziendo luzidas galàs de ſoldado, determinò ſu viage à Madrid, cõ intento de procurar algunas cartas de recomendacion para el ſeñor D. Juan de Auſtria, que entonces eſtaba governando los Eſtados de Flandes. Agradeciòle Alfredo ſu noble propoſito, diziendo: Que los hombres que nacieron principales, avian de pretender por ſu virtud lo que les negó el Cielo por ſu eſtrella: y dandole dos mil eſcudos, y palabra de favorecerle, quedò contentiſſimo, en penſar, que yà *por lo menos no le avia* de tener *à los ojos, con lo qual eſtaba ſe-*guro de qualquier ſoſpech en fin, Carlos, un dia tan ga mo deſgraciado, que no aver mayor encarecimien el veſtido de raſo azul (in cion del tormento que p bordado de firmezas de o mo el talle no le echaba á generalmente pareciò bie laſtima; y reparando en q ra deſcortesìa ſoſpechoſa tarſe ſin vér à Eſtela, fuè el parabien de ſu nuevo eſ á deſpedirſe de ſus ojos, p varlos mas preſentes, ò p deſpues el dolor de verſe l le quitàra mas aprieſſa l Hallòla mas triſte de lo q preſumido, aunque no l rò, porque tuvo por cier el diſſimular el guſto qu avria ſido por embiarle m tento, dando à entende en alguna manera ſentia ſencia, que es facil coſa cer à un hombre que n de vèr mas; pero lo era, que viendo Eſtela l gradable condicion de A moderado ingenio, y de ſobervia, no ſabia el m tendria para aviſar á ſu p ſu diſguſto, por aver ſi quien ſiempre avia dado à der que lo deſeaba. Culp la ſu poca ſuerte, pues le recido diſcreto, y apac hombre, que en todo la

agradaba. Con eſtas dudas
tan triſte, y melancolica,
aba que ſoſpechar à todos
ıe con algun cuydado la mi-
n: y alzando al deſcuydo los
viò à Carlos; y deſpues de
admirado las galas, talle, y
o deſenfado de ſu dueño, le
ıntò la cauſa de tan nueva
formacion: à lo qual, en bre-
y diſcretas palabras, reſpon-
Que ſu miſma patria le avia
do tan mal, que no avia te-
en ella un guſto; y aſſi queria
:urarſe à *vivir donde* no le
:ieſſen, aunque la principal
ɔn que le obligaba à ſu deſ-
ɔ, era aver querido à una da-
: aquella Ciudad, á quiẽ amò
ortesmente, que aun no ſe
'iò à dezirla lo que ſentia, no
ıe no lo ſupiera dezir (que
endo bien, no ay amante ne-
ino porque tenia poca ſegu-
, de ſu dicha: y ſabiendo que
aba por puntos otro dueño,
intentado eſcuſar à ſus ojos
lla peſadumbre (yà que no
huir del tormẽto de la ima-
:ion) auſentandoſe à parte
e pudiera fiar de la liſonja de
ala, el juſto deſeo de ſu muer-
ara que con ella tuvieſſen
lo ſepulcro ſus penſamiẽtos.
n guſto, y atencion le eſcu-
:ſtela, porque como Carlos
ba con natural gracia, y de-
ſentimiento, como queria,
facilmente pudo agradar ſus ojos.
Creyò Eſtela, que era verdadero
ſu amor, pues por no verla en po-
der de Alfredo, dexaba patria,
deudos, amigos, y otras como-
didades que pierde, quien ſe
deſtierra de donde ha nacido. Pa-
reciòle bien eſta fineza, y tanto,
que quiſo dezirle, que no ſe fueſ-
ſe, pero detuvola ſu entereza; y
tener tanto miedo à ſu eleccion,
que pudiera ſer, que à otro dia
fuera necio, y deſayrado, pues
tambien Alfredo avia paſſado
opinion de entendido una noche,
y era tan al rebès. Deſpidiòſe Car-
los, y pesòle à Eſtela, que lo que
menos ſe eſtima, ſuele dár cuyda-
do perdiendoſe, y ſiempre parece
bien un hombre quando ſe và.
Previno ſu viage para otro dia, y
por no irſe con el eſcrupulo de
aver callado à ſu hermano lo mu-
cho que ſabia de ſu ingrato pe-
cho, le quiſo hablar: que es parte
de conſuelo en un agravio, que-
xarſe atrevidamente de quien le
ha ofendido, no pudiendo tomar
otra venganza; y aſſi, informado
de que eſtaba en caſa de Eſtela, lo
llamò à parte para hablarle à ſo-
las: y entonces Alfredo, por no
embiarle deſcontento, viendo que
por dicha ſeria aquella la ultima
vez, fuè à vér lo que le queria.
Dixeronle á Eſtela, como Alfre-
do, y Carlos eſtaban juntos á la
buelta de la calle; y con curioſi-
dad

dad de muger, procurò verlos deſ-
de algunos de los balcones, que
caìan à las eſpaldas de ſu caſa, y
fuè tan dichoſa, que por una rexa
baxa, que eſtaba defendida de ce-
loſias, podia, no ſolo verlos, ſino
eſcucharlos, y entre otras coſas
oyò, que Carlos ſe quexaba de Al-
fredo deſta ſuerte: Pues dime, her-
mano, què razon puede aver que
te diſculpe de temerario, ſi deſ-
pues de dezirte, que adoraba á Eſ-
tela, has querido, ſatisfecho de tu
poder, y fiado de mi paciencia,
quitarme el guſto, la vida, y la eſ-
peranza, pues quitandome à Eſte-
la, me lo quitas todo? Es poſſible,
que pueda tu corazon paſſar por
eſta crueldad? Y ſino, dime, ſi
como ſoy tu hermano, fuera tu
enemigo, què mas huvieras hecho
contra mi voluntad? O pregunto,
què te ha faltado para ſerlo? Si la
amàras antes que yo, no me eſ-
pantàra: porque en aviendo amor,
no ay amiſtad que obligue: mas
intentar el amor de Eſtela, no por-
que la querias, ſino por oìrme de-
zir, que yo la amaba; de quien ſe
ha contado en el mundo, ſiendo
noble, y teniendo una miſma
ſangre? No me admiro que uſes
con mi amor eſta tiranìa, que en
fin eres poderoſo, y me aborre-
ces; pero eſpantome de que no
eſtès corrido de averlo imagina-
do, porque me conſumo de vèr
algunos hombres, que eſtàn ofen-
didos en la honra, ò hai
alguna baxeza, comer co
y tener animo para divert
fredo, yo amo à Eſtela, c
bes, pluguiera à Dios no l
ras ſabido: tu te caſas co
yo me voy ſin ſaber adon
por no eſtàr en parte d
vez te quite la vida: que
vio, tiene mucho peligr
cayendo en quien le ſab
Eſtela te quiere, y no reſp
to ſu guſto, que por no
menor peſar, me voy. Goz
nitos años, como yo no
porque ſi la miràra en tus
pienſo que no ſe reportá
zelos: pues la noche que n
reciò ſu boca, penſando
blaba contigo, fué tanto
miento que deſpues tuve,
meneſter todo mi amor,
atreverme à ſu decoro.
efecto ſe engañò, y eſtuv
go un rato, diziendo ma
amor, y de mi à mi miſmo
la noche que tu llegaſte à
me del lugar que mereci
y ſi entonces no te maté
porque no quiſe, ſino p
guardaſte demaſiado, qu
dificultoſo herir à quien
ra; y aſſi, por no enojart
no perderme, me parto, pi
à morir, porque llevo mi
confianza de mi fortuna
muchos dias que la con
aunque es verdad que n

nada diziendote eſſas coſas,
ro por lo menos que eſtès ad-
ido de que penetro tus entra-
, y tu embidia, para dexarte
i eſte pequeño diſguſto, yà
tu ingratitud me ha conde-
á tantos.
orrido eſtaba Alfredo de aver
do paciẽcia para oìrle tantos
vimientos, y atribuyendo à
:tad lo que era ſentimiento
, le dixo: Que le tuvieſſe de
adelante por piadoſo, pues no
ia que dos criados le quitaſſen
da; *pero que ſe la* dexaba, por
facer en alguna manera la
a que podian tener de ſu vo-
ad: y que advirtieſſe, que el
le quitado à Eſtela, no era
idia, ſino juſto caſtigo de ſu
rancia; pues ſabiendo el eſtre-
:on que le aborrecia, avia
ıtado hazerle tercero de ſu
): y que el caſarſe, no era
mor que tuvieſſe à Eſtela, ſi-
or interès de ſalir con lo que
emprendido; porque aunque
hermoſa, diſcreta, y noble,
muchas coſas no le merecia.
ſe deſpeñára el ignorante Al-
, ſi Carlos no le atajàra los
s, diziendo: Que hablaſſe
en las coſas de Eſtela, y ad-
ſſe, que le engañaba ſu pre-
ción, ſi imaginaba que tenia
s para igualarla: porque en
ſa de *ſu virtud, y hermoſu-*
ària con mas guſto la eſ-
pada, que para ſus proprias ofen-
ſas. No quiſo Alfredo gaſtar mas
tiempo en ſatisfaciones, y dexan-
dole por loco, le bolviò las eſpal-
das ſin reſponderle. Deſpidiòſe
Carlos haſta de las paredes de
aquella caſa, y *fueſe* à la ſuya, à
prevenir lo neceſſario para ſalir
de Sevilla otro dia. No ſe puede
encarecer la triſteza, el enojo, y la
ſuſpenſion con que Eſtela quedò,
viendo un deſengaño tan llano.
Recogióſe la gente de ſu caſa, ſoſ-
ſegaronſe todos, y hablando con-
ſigo miſma, empezò à entregarſe
à la conſideracion de tantas coſas
como la atormentaban. Conſide-
raba en Carlos el talle, la gallar-
dia, el entendimiento; y ſobre to-
do, ſu firme, y honrada voluntad.
Acordòſe, que èl avia ſido à quien
ſu amor con tanta razon ſe aviz
inclinado; y advirtió, quan pro-
pia condicion es de la fortuna qui-
tar de los ojos lo que agrada, y
dexar lo que ſe aborrece; Carlos
era bien quiſto, y Alfredo deſa-
gradable; Carlos era diſcreto, y
Alfredo ſe preciaba de embidio-
ſo; Carlos la obligaba deſpreciа-
do, y Alfredo la ofendia favoreci-
do; y en efecto, Carlos, que yà te-
nia mejor lugar en ſu pecho, ſe
iba para no verla, y Alfredo ſe
quedaba para gozarla; y en conſi-
derando, que aquella noche avia
ſido la poſtrera para el amor de
Carlos, pedia lagrimas à ſus ojos,
y de-

y dolores à ſu ſentimiẽto. Biẽ quiſiera Eſtela, que Carlos dilatàra ſu auſencia; y pareciendola, que como yá la tenia tan en el pecho, podia, ſi la eſcuchaſſe, detener ſus paſſos, llorosa, y enamorada, dezia: Ay Carlos! Quien pudiera darte cuenta de eſtos ſuſpiros, para que te fueras mas contento, ò no te fueras, porque me tienes de ſuerte, que pienſo que me liſongeàras. Eſte amor, verdad es que aora le empiezo à ſentir; pero dias ha que debe de aver nacido, porque aquella dichoſa noche que eſtuve contigo, ni dixiſte coſa que no me obligaſſe, ni hiziſte coſa que no fueſſe de mi guſto; y ſi la cauſa de agradarme tu hermano fuè el valor, y entendimiento, ſiendo todo tuyo, bien puedo dezir, que deſde entonces me enamoraſte. Verdad es, que quando ſupe que me amabas, me ofendi, penſando que te obligaba embidia de tu hermano; pero yá que sè que te debo tantos dias de voluntad ſin agradecimiento, y que Alfredo fuè quien por darte peſadumbre me ſolicitaba; digo, Carlos, no ſolo, que no me ofendo, pero que ſolo la muerte me puede hazer ingrata: bien me pareciſte eſta mañana, viendote hablar diſcreto, y deſpedirte entendido; pero eſta noche mucho mas, que no ay camino para rendirſe una muger, como ſatisfacerſe de que es querida. Dichoſ que lo puedo dezir ſin pelig algun engaño, yo lo he eſcr do, y yo lo he viſto; pues c que te debo tanto, y conſier auſencia? Poco mueſtro ſe ger, pues no doy à la pied lugar que merece. Loca eſtc no sé lo que te diga de mi, una muger noble, eſtà muy ligro de parecer liviana, p ſer deſagradecida. Aſſi eſtab tela hablando con Carlos, c ſi la tuviera delante; y advi do con mas cuydado en qu mañana ſe avia de auſentar poder verle, para darle ſiq los abrazos ultimos, bolvió rar de nuevo, mas conſider que Alfredo, por ſobervio ingrato, por necio, y por ab cido, no avia de llegar á goz aunque eſtuvieſſe de por m la autoridad de ſu padre, ſe viò (no ſin miedo de ſu ver za) à llamar à Carlos, y haz modo, que no la acabaſſe d tar la vida ſu auſencia; y to do un papel, le embió à dezi la ſiguiente noche eſtuvieſſe puerta falſa de ſu caſa, porq importaba hablar antes qu xaſſe à Sevilla; y que en ha eſte favor conoceria lo q amor avia tenido de verda Vino el dia, y entregandole criada (que era archivo de ſ cretos) la mandò fueſſe al q

Carlos, y ſe le dieſſe de ſu par-
procurando que él ſolo la
ocieſſe. Hizolo aſſi la criada,
egò à tiempo que yà Carlos,
cado de amigos, y parientes,
eſpedia de todos. Llamòle à
e, y diòle el recado, y papel
iſtela, diziendole, que porque
n curioſo no la conocieſſe, no
raba reſpueſta, y porque en
checiendo la podia dàr con
eſpacio. Admiròſe Carlos de
ella novedad, y viendo que
a alli quien le podia deſenga-
facilmente, porque conocia
tra de Eſtela, abriò el papel; y
ues de averle leìdo, ſe reco-
con ſu entendimiento, y ſe
à conſiderar la cauſa que la
ia mover, quando no ſolo le
rrecia, ſino que aguardaba
momentos à Alfredo para dar-
mano. Con todo eſſo quiſo
lecerla, entreteniendo ſu par-
; pero no pudo, porque eſta-
toda la Ciudad eſperando à
e ſalir; y aſſi, acompañado de
Cavalleros mas principales de
, ſe deſpidiò de todos, llevan-
antas bendiciones, como de
laſtimas. Llegaron eſtas nue-
á los oìdos de la triſte Eſtela,
caſtigandoſe con peſadum-
, ſe quexaba de ſu amor, y
poca razon de Carlos, aun-
bien echaba de vèr, que para
erle ingrato, bailò darle à en-
r, *que era querido. Culpaba*
ſu necia reſolucion, y ſu atrevida voluntad, pues ſe avia empleado en quien no la creìa, ò la deſeſtimaba. Deſmayóſe la luz del dia, con la obſcura ſombra de la tierra, y bolviendo acaſo Eſtela al lugar que la noche antes fuè teſtigo de la fineza de Carlos, viò que un hombre, deſpues de aver reconocido toda la calle, ſe paraba en medio de ella. Procurò Eſtela vèr ſi podia conocerle, ſin que le mintieſſen los ojos, y pareciòle en el talle á Carlos. No ſe engañò, porque apenas eſtuvo libre de los que le acompañaban, quando diò la buelta, con animo de verla, y ſaber lo que le queria; y como ſintieſſe ruìdo en la rexa, ſe llegò, preguntando por el nombre de la criada, que aquella mañana le llevó el papel. Conocióle en la voz Eſtela, y por no perder la ocaſion, el tiempo, y la ventura, ſe deſcubrió; y deſpues de averle referido la traìcion con que ſu ingrato hermano la pretendia, el engaño de aquella noche, lo mucho que la enamorò ſu entendimiento, la traza que hallò para deſengañarſe, la razon que la movia para quererle, y lo mucho que ſintiò ſu auſencia, le dixo:

Carlos, oy te eſcrivi para eſtorvar tu determinacion; y bien puedes creer, que antes que mi reſolvieſſe, me aviascoſtado muchas lagrimas, que las mugeres prin-

principales, primero que llegan à deſcubrir ſu voluntad, lloran, diſſimulan, y ſe reſiſten, haſta que yà el amor, como và creciendo, ni cabe en el pecho, ni ſe contenta con los ojos. Sabe Dios lo que he peleado con mi verguenza; pero en fin, pudo mas conmigo la voluntad, que el recato; que eſto de vencerſe à sì miſmo, y mas en coſas que llegan al alma, es agradable para leìdo, pero dificultoſo para executado. Carlos, la noche eſtà en mi favor, en confianza ſuya te hablo con menos colores; yo te adoro, y ſi tu quieres, he de ſer tuya; la hazienda de mi padre es baſtante para que vivas ſin pedir à tu hermano; los favores que èl tiene mios, ſon tan moderados, que el mayor, es averle tenido por diſcreto una noche; diſculpame, por tus ojos, de eſta oſſadìa, ò no me diſculpes, que amar à quien me ama, no ſe puede llamar delito, y mas à hombre tan firme, que quando le agravia ſu Dama, la honra; y quando le deſprecia, la defiende. Pienſas tu que yà los hombres aman con eſſas veras? Pues prometote, que quando no tuvieras mas parte que averme tenido un amor tan firme, baſtaba por diſculpa à mi rendimiento; y quando ſea tan corta de ventura, que pueda mas contigo *la reſolucion que tienes*, que la guerra *de mi amor que te llama*, que darè contenta, que por lo menos; para conmigo, te he pagado quanto te debo.

Con notable admiracion la eſcuchò Carlos, viendola deſengañada por un camino tan cierto; y aſſi, con humildad de diſcreto agradeciò la nueva honra que le daba, prometiendoſe, no por eſpoſo, ſino por eſclavo ſuyo. Yà el padre del caſtigado Faeton, llamaba poco á poco al dia, combidando con rayos à las ſelvas, quãdo Carlos ſe deſpidió de Eſtela, concertando entre los dos, que de dia eſtuvieſſe en caſa de Leonardo, un Cavallero amigo ſuyo, y de noche vinieſſe à verla; y en confirmacion de ſu voluntad, le diò la mano de eſpoſa, que la rexa era tan cortés, que daba lugar aun à mayores traveſuras. Fueſe Carlos à vèr à ſu amigo Leonardo, à quien diò parte de eſtas coſas. Paſſaronſe algunos dias, entreteniendo ſu amor con los favores que ſe permiten à una imaginacion honeſta, aunque Eſtela lo paſſaba con menos guſto, por vèr que Alfredo perſeveraba neciamente en ſu pretenſion, y que ſu padre, confiado en que à los principios la viò guſtoſa, prometia lo que no avia de cumplir; y aſſi, en la primera ocaſion que ſe viò con Carlos, le refiriò las diligencias de ſu padre, y el eſtremo en que la ponian ſus conſejos.

Aſſi

giòſe el pobre Cavallero, pa-
:ndole, que con el temor de
a eſtaba à peligro ſu eſperan-
dixo:a: Que ſi no ſe hallaba
amor baſtante para reſiſtir,
eſſe ſu guſto, que èl eſtaba
hecho à golpes de fortuna,
no tendria à novedad aquella
icha. No pudo decirla todo
ne quiſiera (que ſuele el ſenti-
ito ſer mudo) y ella, por no
irle ſoſpechoſo de ſu firme-
le dixo: Que quando confeſ-
ue la amaba, no fue para que
la gozaſſe; y aſſi, eſtaba re-
:a (para *librarſe* de ſu padre,
lfredo) à que por la puerta
entraſſe otra noche, para que
do ſu padre que èl tenia la
na ſangre que ſu hermano, y
no avia otro medio para bol-
:l *honor* de ſu *hija*, *lograſſe* la
:ſta voluntad de entrambos.
o ſupo Carlos como dàr à
nder lo que eſtimaba el nue-
avor que le hacia, ſolo reſpon-
Que ſe holgàra de que el co-
n pudiera paſſarſe à los ojos,
que echaſſe de vér, que no
braba en ingrata tierra; por-
como ſi nació pobre, aunque
allero, fuera abſoluto dueño
os mundos, le rindiera à ſus
ras, y confeſsàra, que ſu ma-
blaſon era aver llegado à me-
r ſus ojos. Echòle à Carlos de
ille el dia, que durò mas de lo
quiſiera ſu deſeo, contó las
horas; y en bolviendo otra vez
las obſcuras luces de la noche, ſa-
liò Carlos en compañia de Leo-
nardo, dexandole al principio de
la calle, para que le guardaſſe las
eſpaldas; y apenas tocò con la eſ-
pada en la rexa, quando eſtuvo
en ella el Sol de ſu dueño, que el
amor la tenia cuydadoſa; y deſ-
pues de aver dado una buelta à
toda la caſa, dexando à ſu padre
en la cama, y à los demàs recogi-
dos, ſin mas compañia que la de
ſu criada (teſtigo forzoſo para ſe-
mejantes empreſſas) dixo à Car-
los en breves, y diſcretas razones,
miraſſe lo que la debia, para que
ſi alguna vez, como hombre, ſe
canſaſſe de ſer querido, tuvieſſe
memoria de lo mucho que le avia
coſtado; y luego le mandò ſe
fueſſe àzia la puerta *falſa*, donde
con verdadera voluntad hallaria
la de el alma abierta. Obedeciò
Carlos, y fueſe Eſtela á recibirle;
y en el breve tiempo que pudo
gaſtar en eſta diligencia, ſucediò,
que viendo Carlos que entraba
por la calle alguna gente, que por
ſer mucha, daba à entender, que
era juſticia, pareciendole, que no
ſeria razon le vieſſe entrar en ca-
ſa de Eſtela, y que eſperar, era
ponerle à peligro de que le reco-
nocieſſen, ſe reſolviò en dexar la
calle haſta que paſſaſſen; y bol-
viendo la eſquina èl, y ſu amigo,
ſe entraron en la primera caſa. Ha-

ſomaronſe por la calle los que venian en ſu ſeguimiento, y viendo, que no parecia en ella ninguna perſona, corridos de que dos hombres huvieſſen burlado la eſperanza de tantos, ſe dividieron, con determinacion de buſcarlos en todo el contorno de aquellas calles. Salió Carlos contento de verlos ir tan deslumbrados; y rogó à Leandro ſe recogieſſe, pues para lo que faltaba, no era meneſter ſu perſona. Bien cierto eſtaba Carlos de que la gente, que poco antes le avia eſtorvado ſu deſeo, ſeria la juſticia, que à tales horas ſuèle reconocer la Ciudad, para eſtorvar muchas deſgracias que ſuceden; pero engañòſe, porque ſu hermano Alfredo, movido de una necia porfia, vino acompañado de ſus criados à vèr ſi con finezas, y deſvelos podia vencer aquel impoſſible hermoſo; y paſſando acaſo por donde eſtaba, viendo dos hombres que ſe encubrian, y retiraban, mandò à ſus criados los ſiguieſſen, procurando reconocerlos; y aſſi, ſe avia quedado ſolo à tiempo que yà Eſtela, tan rendida, como determinada, abria la puerta, y los brazos à ſu querido dueño, diciendole con mil honeſtas caricias, entraſſe à gozar el premio de ſu amor. Bien ſabia Alfredo, que à èl no ſe encaminaban aquellos favores; pero entendió, que alguna criada debia de tener amor ſecreto para aquella hora; y engañada de la noche, y de ſu deſeo, llamaba à quien no conocia; y pareciendole, que era camino muy à propoſito para poder hablar con ſu ſeñora, ſeguir el engaño de quien le perſuadia à que entraſſe, admitiò por ſuya aquella dicha; y cubriendo el roſtro, por no ſer tan preſto conocido, llegó donde eſperaba Eſtela, tan vergonzoſa, como engañada; y por hablar con menos ſobreſalto, le dixo á ſu mayor enemigo, que la ſiguieſſe haſta llegar á ſu quarto. De eſta manera iban Eſtela, y el atrevido Alfredo, quando llegò Carlos à tiempo que yà la criada, aviendo cerrado puerta, y ventana, queria irſe à dàr la norabuena à ſu ſeñora; llamóla el triſte amante, y rogòla dixeſſe à Eſtela, que alli eſtaba Carlos; y que la cauſa de averſe apartado de la calle, yà la avria viſto. Como puede ſer eſſo, replicó la criada, ſi Carlos acaba de entrar aora á gozar aqueſtos favores? Suſpendiòſe Carlos, y llegòſe mas cerca, para que le conocieſſe; y ella entonces, tan muerta, como turbada, le refiriò, llena de mortales congoxas, como un hombre que no ſabia quien era, vino quando ſu ſeñora abria la puerta; y viendo que le llamaban, avia entrado ſin ſer conocido. Corriòſe Carlos de que fueſſe ſu ſentimien-

to

ì poco, que no le quitaſſe la
y ſin detenerſe à nada, pidió
e abrieſſe, para impedir, que
gocio no paſſaſſe tan adelan-
ue fuera neceſſario perderla.
òle la criada, conſultando
ero con ſu cordura, no hi-
: algun exceſſo que echaſſe à
er á ſu ſeñora; y guiandole
ſu quarto, llegò (aunque no
reſto como quiſiera ſu cole-
reparando en que la puerta
a cerrada, llegò los ojos al
o eſpacio de la cerradura, y

Eſtela, que con una daga en
ano ſalia defendiendoſe de
ombre, al qual llorosa, y de-
inada, decia: Es tanta la deſ-
oſtura que miro en tu villa-
roceder, y tanta la peſadum-
que me ha dado tu oſſadia,
:e *diera* la muerte antes que
as de aqueſta ſala, ſi no me
riera el vèr, que aventuraba
inion en alguna manera; pe-
iven los Cielos, que yà que
o muger, y flaca, no puedo
arme, por lo menos he de ſa-
quien eres, y no has de vivir
o de mi rigor, aunque te eſ-
as en las entrañas de la tier-
porque ſemejante deſatino,
ede tener diſculpa, ni que-
in caſtigo. Yo te llamé, ima-
ndo, que eras un hombre que
ana ha de ſer mi eſpoſo; reſ-
liſteme embozado, y mudo;
ſte à mi quarto; dixete con
regalos, y amores, que te deſcu-
brieſſes; pero viendo tu ſilencio,
ſoſpeché alguna deſdicha; afligi-
me como muger, y ſola, y mas
quando te vi con deſeo de quitar
la vida à vna luz que me alumbra-
ba; de tus engaños conocì que
no eras mi deſcuydado eſpoſo; y
ſi lo eras, que tu intento no era
conforme à tu nobleza; pues quien
eſconde la cara, no tiene muy ſe-
guro el pecho; turbème toda, y
tan corrida, como deſmayada, te
preguntè quien eras? Reſpondiſ-
teme ſin hablar, haciendo el ofi-
cio de la lengua tu groſſeria. Quiſe
dàr voces, mas temiendo, que
ſi me hallára mi noble padre en
ſemejante eſtado, no avia de creer
la inocencia mia, me aventurè à
mi defenſa; y permitiò el Cielo
que tuvieſſe lugar, no ſolo de qui-
tarte tus proprias armas, ſino de
huìr de tus injuſtos brazos; y aſ-
ſi, determina lo que quiſieres,
porque primero que llegue á exe-
cucion tu locura, ni conſienta en
tu torpe deſeo, me has de vèr bañá-
da en mi ſangre, para que con mi
muerte ſe deſmaye tu atrevimiẽto.

Entonces Carlos, contento de
vér el valor de Eſtela, para bol-
ver por sì, y caſtigar la infamia, y
oſſadia de aquel hombre, hizo
que la criada llamaſſe, diciendo:
Que ſu ſeñor venia. Turbòſe Eſ-
tela, y alborotòſe Alfredo, pen-
que acordandoſe de lo mucho

en era. Admirado que-
lo, que como yá le ima-
ıſente, le pareciò que
o lo que miraba. Vioſe
ie confuſion, porque
fiaba como ofendido, y
pendiò: que èl no avia
u nombre en aquel lu-
ue ſe viera hacer peda-
i ſe tenia por tan hom-
n la calle ſe atrevieſſe à
no eſtaba tan lexos que
a ſatisfacerſe con me-
. Agradóle à Carlos la
aunque no à Eſtela,
ı alma la que vivia en
:quiſo detenèrle, pero
aliò Carlos, y ſiguióle
on embidia, porque
ba de vèr, que ſu her-
dueño de Eſtela, y à
aba aquella noche. Y
le dexaron, ſe fuero
algunas caſas de er
to, donde ſolia acud
los ſeñores à todas
abiertas. Temiò Alf
loſo hermano, y por
pudieſſe de ſacar la e
xo: Que amaba tar
Dama, que no quiſie
dieſſe en ſu calle algu
y aſſi, tenia por mas a
ſe apartaſſen à otra,
libremente decirle qu
tò Carlos, como tar
en el honor de Eſtela,
celoſa del ſuceſſo, ba
grimas, enternecia la
de mi (decia la lloroſ
Dama) quien dixera,
ces principios de volt
graban tan deſgraciad
què me aprovechò

maltratas, y todos te ſi-
; á todos enojas, y todos te
an; à todos agravias, y to-
e honran; quiſiera ſaber, qué
d oculta te ha dado el Cielo,
que ofendidos te buſquen,
:eciados te agraden, y que-
; te ſoliciten. O veneno ſa-
) que entretienes, y matas!
rmento apacible, que rega-
y ofendes! O favorable lla-
que injurias, y liſongeas! O
rmedad alegre, que deleytas,
ıojas! O ſoſpechoſo fuego,
abraſas, y no conſumes! O
: tirania, que mandas, y no
ıs! Y en fin, tragedia comun,
mientes à los principios, y
pre te eſperan deſdichados
! Para mi tengo, que no ay
lo libre de *tus ingratitudes,*
guro de tus peſares; porque
; viven juntos, y ſe aborre-
què infierno! Si el uno ama,
otro olvida, què deſeſpera-
! Si entrambos ſe aman, y no
ızan, què peſadumbre! Si ſe
n, y el amor, por demaſiado,
ıſſa à zeloſo, què inquietud!
quieren, y eſtàn auſentes,
leſdicha! Y en fin, quando
falte de contento, y como-
d (que no ſuele ſer muy facil)
l temor de que ha de perder-
ıuè diſguſto! Porque ſi una
r reparaſſe en que el galàn
ede olvidar como mudable,
eſpoſo ſe le ha de morir co-
mo hombre, ſeria cierto, que ni
al uno admitiria por no llorar, ni
al otro amaria por no ſufrirle.
Aſſi eſtaba Eſtela, divirtiendo ſu
apaſſionado corazon, quando
viò que en toda la calle, ni el uno,
ni el otro parecia; bolviò à ſentir,
bolviò á temer, y bolvió à penſar
en la vida que la aguardaba, ſi
acaſo Carlos, por mas deſgracia-
do, fueſſe el herido, ò muerto.
Procurò olvidar eſta imaginaciò,
y no pudo; intentò ſoſſegarſe, y
no ſe lo conſintió ſu cuydado, qui-
ſo darſe la muerte, y eſtorvóſelo
quien la miraba: y en fin, viendo
que qualquiera locura no fuera
culpable, deſpues de aver confeſ-
ſado que amaba à Carlos, por no
eſtàr con aquella duda, ſalió à
buſcarle, dexando en centinela à
ſu criada, y llegando à la primera
calle, viò que Carlos gallarda-
mente iba retirando à ſu contra-
rio, que menos orgulloſo de lo
que avia prometido ſu preſump-
cion, ſe quexaba de que cono-
ciendole, tuvieſſe animo para
agraviarle; pero yá Carlos, enfa-
dado de ſufrir ſu embidia, no le
miraba como à hermano, ſino co-
mo à enemigo. Llegóſe Eſtela
tan cerca, que tuvo lugar de co-
nocer á Alfredo; y conſiderando
lo mal que le eſtaba ſu muerte,
pues era fuerza auſèntarſe Carlos,
y dexarla ſin vida, ſe puſo al lado
de Alfredo, en ocaſion, que por
darſe

darſe priſa á ſacar pies, avia tropezado, y caìdo. Yà Carlos llegaba à tener menos un embidioſo, quando hallò que amparaba ſu vida un Angel; detuvoſe, y reparó que era Eſtela, la qual, dando lugar à que Alfredo ſe levantaſſe, le dixo de eſta ſuerte:

Es poſſible, Alfredo, que aviendo nacido principal, y entendido, no conozcas, que el amor no ſe rinde à violencia, ni à tiranìas; porque la voluntad ſe precia de tan libre, que apenas el Cielo la ſujeta? Pienſas tu, que obligar à una muger para que ame, es aſſaltar un muro, ò conquiſtar una Ciudad, que ſe puede conſeguir con el poder, ò con las fuerzas? Pues engañaſte, que ninguna muger puede amàr, obligada de eſſos accidentes. Dirà ſme, què es la cauſa, porque à los principios de tu amor eſtuve tan tibia contigo? A eſſo te reſponderè quando tenga mas tiempo; lo que te digo aora, es, que adoro à Carlos, à peſar de tus traìciones, y embidias, con el eſtremo que has viſto, pues eſta noche le eſperaba con nombre de eſpoſo, y ſeñor mio; y quando una muger de mis prendas habla en ſu amor tan claramente, querer impedirle, es preciarſe de intentar impoſſibles. Y *porque mi voluntad no conſiente mas dilaciones, y el cuydado de mi padre me eſtá dando voces,* recogete à tu caſa, que yo pienſo, que tu hermano tendrá la mia por ſuya deſde aora.

Apenas acabó Eſtela las palabras ultimas, quando Alfredo, embidioſo, y deſeſperado, ſe fue trazando en ſu imaginacion el modo de vengarſe. Quedò Carlos tan contento, que yà le parecia que no le quedaba à la fortuna mas peſadumbre que embiarle; pero como ſiempre andaban con él tan de ſobra las deſdichas, quiſo el Cielo mezclarle eſta Gloria con tantos generos de penas, que pudiera tener à ſuerte no averle recibido. Sucedió, pues, que el padre de Eſtela deſpertó con el ruido que poco antes avia paſſado, y por no eſtar toda la noche con ſobreſalto, tomando ſu eſpada, y capa, y llamando à un criado para que le alumbraſſe, ſe levantó, y empezò à mirar todas las puertas de la caſa, por ſoſſegar ſu recelo, ò por confirmar ſu ſoſpecha. No ſe puſo à imaginar, que ſu hija pudiera ſer la cauſa de aquel alboroto, porque ſu modeſtia en las palabras, ſu compoſtura en los ojos, y ſu honeſtidad en las acciones, la tenian tan bien acreditada, que no pudiera creer coſa que tocaſſe en ofenſa de ſu recato; y lo que le deſvelò ſolamente, fue penſar ſi algun codicioſo de ſu hacienda, queria eſcuſarle de los cuydados de guardarla, que como

avia

paſſado à las Indias, ſabia dena ſu eſtrella; pero ſi acaſo la
bien bolver por ſu dinero. parecia, que con ſu voluntad la
adonde eſtaba la cuydado- avia ofendido, le quitaſſe la vida
trinela, aguardando à los como dueño de ella. Baſta, Car-
nantes, y antes que ſu ſeñor los (reſpondiò Eſtela) que tu tam-
ieſſe vèr, tuvo lugar baſ. bien te precias de darme peſa-
para eſconderſe; pero hizo- dumbres, y en lugar de animar-
turbada, que no ſe acordò me, me deſconſuelas; bueno es,
exaba la llave en la miſma que quando me miras tan tuya,
. Reparò el viejo en la no- que lo atropello todo por aſſegu-
, y pareciendole que avria rar tu vida, me digas que te la
eſcuydo del que la avia cer- quite. Pues pregunto, para quien
quella noche, la quitò, y ſe era caſtigo, quedando yo viva?
à ſu cama. Vinieron à eſ- Ay, Carlos mio, vive muchos
npo Eſtela, y Carlos, ſegu- años, y no agravies otra vez mi
tan gran deſdicha: llamó voluntad, ſino conſidera que te
, y viendo que no le reſ- adoro; y que ſi he ſentido eſte pe-
an, pensò que ſeria ſueño ſar, ha ſido mas por tu deſcomo-
riada; pero ella, en ſatisfa- didad, que por lo que yo aventu-
ſe de que ſu ſeñor ſe avia ro; porque eſtando contigo, nada
ido, bolviò á vèr ſi pare- puede ſer parte para entriſtecer-
acordandoſe de la llave, me; y aſſi, diſpon de mi volun-
iò el daño que avia hecho; tad, al alvedrio de la tuya, llevan-
la rexa, y refirióles lo que dome donde mas guſtares, haſta
a; y ſacando Eſtela un ſuſ- que à mi padre ſe le paſſe el eno-
le lo mas intimo del cora- jo; y viendome empleada tan à
ſe bolviò al Cielo, como mi guſto, agradezca á ſu fortuna
ndoſe de los eſtremos en el tenerte por hijo. Entonces Car-
ponia. Miròla Carlos, y los ſe reſolviò en irſe à caſa de
Que yà echaba de vèr, que Leonardo, para elegir mas cuer-
golpe era à cuenta ſuya, damente lo que eſtuvieſſe mejor
or averle querido, ſe avia à ſu ſoſſiego. No quiſo la criada
lo à tan varios ſuceſſos; pe- quedar al peligro que la amena-
advirtieſſe la poca culpa zaba, ſi ſe ſabia, que ella era par-
ene un deſdichado, en que te en la falta de ſu ſeñora; y aſſi,
ſucceda al rebés de ſu pen- con la ayuda de Carlos, ſe arrojó
to; porque un hombre no del primer balcon, y ſe fue con
huir la cara à lo que le or- Eſtela, y Carlos Informaron à

Leonardo de lo que paſſava; y pareciendole, que por ſer tanta ſu amiſtad, eſtarian en ſu caſa poco ſeguros, ſe determinò, que antes que ſe acercaſſe el dia, ſe fueſſen de la Ciudad à una hermoſa Quinta, que eſtaba tres leguas de ella; y mandando aparejar un coche, diò orden á un criado para que los regalaſſe, y ſirvieſſe como à ſu perſona. Agradecida Eſtela à tanto favor, le besò las manos, y ſe deſpidieron todos, encargando à Leonardo, no ſe deſcuydaſſe en aviſarlos de lo que reſultaſſe.

Confuſa iba Eſtela, de vér lo que en dos dias avia paſſado por ella; pero acordandoſe que todos aquellos deſtierros avian de parar en gozar de Carlos con mas licencia, lo llevaba con blandura. Dixo Carlos á los que eſtaban en la Quinta, que era Eſtela ſu hermana; porque ſi acaſo iban à la Ciudad, no dixeſſen coſa por donde pudieſſen ſer deſcubiertos; y con mudarſe tambien los nombres, vivian contentos, y ſeguros. Mas como la mala eſtrella de Carlos no ſe canſaba de atormentarlo, quiſo, que por remate de ſus tragedias, una hija del que tenia á ſu cargo el aumento, y vida de las flores, brioſa de cuerpo, ocaſionada de los ojos, y ſazonada *para qualquier deſeo*, viendo en *Carlos tantas prendas*, dignas de voluntad; y que Eſtela, ni er ma, ni prima, ſino herman dexò llevar de una voluntad loca, que las fuentes la morm ban, y aun Eſtela lo preſumia ro tenia Carlos la imagina tan ocupada en ſolemnizar gracias de ſu eſpoſa, que no xaba tiempo à la voluntad, divertirſe en cuydados age Venia cada noche Leonard informarle de lo que paſſaba, cargando à Carlos, no ſali adonde le viera alguno; po el padre de Eſtela, como avia do palabra al Conde, y le par que adelantaba ſu linage, co honroſo titulo que gozaba, querer reportarſe, ni admiti diſculpas de muchos que ama à Carlos, ſe fue à quexar al A tente, el qual mandò, que le maſſen à pregones, prometie à quien le prendieſſe, ò dixeſſ èl, dos mil eſcudos. Y como entonces ſe vieſſe Carlos tan l guardado, vivia contento, y tretenido. De dia le deleyta flores, y criſtales, haſta qu acercaba la noche, y dexab ſer hermano de ſu querida I la; y eſtando una tarde juntos zando de un apacible zefiro, ron que Lucinda, tan enamo de Carlos, como ſegura de q eſcuchaſſen, cantaba deſta fue

La Zagala mas contenta,
de quien aprende el Abril,

carnado del clavel,
:aſto del jazmin.
que rinde quanto mira,
ıe el pincél mas ſutil,
oſamente mezclò
, ra os, y carmin.
ndida à un nuevo cuydado,
uevo, como infeliz,
ſa triſte, y amante,
, llora, y canta aſſi:
razon, paſſad, y ſufrid
enas para morir.
razon, ſi noble ſoys,
mi amor permitis?
nays, y le callays,
on, como vivis?
:o como eſtà el amor
:cien nacido en mi,
ıs acierta hablar,
s muy niño en el ſentir.
ıs pues he llegado à tiempo
ivo yo tan ſin mi,
ılo morir deſeo,
ıorir, y no ſentir.
:azon, paſſad, y ſufrid
enas para morir.
ıs ay de mi! que eſtas penas
o me podràn rendir,
ara un amor valiente,
ſon, aunque ſon mil.
n haceis en tener penas,
, corazon, ſufrid,
os han de tratar mal,
s mal es no vivir.
corazon, quien pudiera
con vos, y ſin mi!
ıues vos deſeais
para no ſentir.

Corazon, paſſad, y ſufrid
mil penas para morir.

Acabò Lucinda con un ſuſpiro, y mirò Eſtela à Carlos con alguna malicia: mas ni èl ſe alborotó, ni ella ſe diò por entendida; que quando el amor eſtà tan en los principios de goſarſe, es poca cordura dár lugar al menor recelo. Bien caro le coſtò à Carlos el ſer querido; porque un criado de Leonardo, que tenia cuenta del regalo de Eſtela, y ſuyo, avia muchos dias que era cuydado de Lucinda; y como vió, que la cauſa de andar tan tibia en ſu amor, era aver pueſto los ojos en Carlos, la contò el verdadero ſuceſſo de los dos, ò por vengarſe de ſu deſdén, ò para obligarla à ſu voluntad. Sintiòlo Lucinda, como quien amaba ſin eſperanza de agradecimiento; y baxandole Carlos otro dia à un pedazo de zoto, en que ſe remataba la Quinta, le ſiguiò Lucinda, y moſtrandoſe deſentendido de ſu voluntad, la preguntò la cauſa de ſus melancolias. Para qué es bueno eſſo (replicò la villana) ſi eſtas flores, eſtos arboles, y aun eſtas peñas, eſtàn publicando lo que paſſo, y lo que padezco? Preguntaſelo à ellas ſino lo ſabes. Eſſa riſueña fuente, que ſe baxa quebrando entre las piedras; de quien pienſas tu que murmura, ſino de mi amor, y de

mi

el Conde Alfredo; ſi Eſ-
ija de Don Fernando de
y tu eres el que la ſacaſ-
miſma caſa, de què ſirve
ros con el nombre de her-
la noche ſabe otra coſa?
s de vér, que tu fingi-
a ſido cauſa de mi perdi-
ues ſi declaràras deſde
en eras, cerràra la puer-
quiera deſeo, porque no
a muger tan liviana, que
en á un hombre, que en
y en la cama ha dé ſer
las pobre de mi, que lo
ido eſtaba perdida, aun-
rocurarè apartar de mi
miento, antes que paſ-
lelante; y creeme, que
tanto, que no parece
de tan pocos dias. No
ngearte, Carlos, por-

miendo eſte amor,
ſuele hacer ſemeja.
pues vemos, que
adora; mañana ſe o
ſo quedò Carlos de
do en boca de Lu
ſuceſſo de ſu fortur
ſe prometia liberal,
guardar ſecreto; pe
poca ſeguridad que
ner de quien amab
reſpondida; y que
deſcanſo de Eſtela eſ
nos de ſu ſilencio, ſe
obligarla, y entreter
no con verdades, p
con palabras que lo
que una razon cortè
pueſta, aunque teng
liſonja, y engaño, ent
tras ſe eſtà eſcuchan
empezò à encarecer

oyó hablar no muy lexos de
e eſtaba, y con el favor de
arboles, que la ſervian de
ia, ſe acercò tanto, que pudo
liſtintamente à Lucinda, y à
os; y por ſaber mas á ſu guſto
aſion de tanta conformidad,
tiò à los oìdos ſu deſeo, y eſ-
ó à Carlos, que mas por aver-
:neſter, que por deſvanecerle
ıydado la decia: Que eſtaba
ıgradecido à ſu voluntad, co-
pagado de ſu hermoſura; y q̃
ver andado corto en conocer-
via ſido por tener à los ojos el
vo que ſabia; porque como
ela tenia tantas obligaciones,
la menor era aver dexado à
ıdre, no podia hacer de ſu vo-
ad todo lo que quiſiera; pero
en caſandoſe, y en aſſeguran-
ıs coſas, eſtaba diſpueſto à ſer
ſuyo, de la manera que guſ-
. Fueſe Lucinda, porque ve-
algunos de los jardineros, y
e murmuraba entre ellos ſu
nrad. Quedò Eſtela tan a.l-
da, y tan muerta, que aun pa-
ſſir ſus zelos la faltaba ani-
pero yà que eſtuvo canſada
ntirlo, y de ponderar la traì-
de Carlos, el atrevimiento
ncinda, y la furia de los zelos
a atormentaban, viendo que
ıs amaba tanto à una villa-
ne la daba parte de ſus coſas,
ıcubria lo que à todos calla-
llò con anſias de zeloſa, dan-
do voces, y diciendo injurias con-
tra el amor verdadero de Carlos,
llamandole por ſu nombre, dicien-
do: De qué ſirven, ingrato, las
cautelas con que vives, ofendien-
do mi ſangre, mi calidad, y mis
obligaciones? Sepan todos que
eres Carlos, el hombre mas deſ-
leal que ha nacido. Bien sé que
me ha de coſtar la vida el verte à
peligro de que te la quiten; mas
por lo menos me he de vengar de
tus infamias, que à una muger
principal, mejor la parece un hõ-
bre muerto, que ingrato; buen
pago me dàs de aver perdido por
tù cauſa lo que tu ſabes; es eſto lo
que con lagrimas me prometiſte
quando te hice dueño deſta deſ-
dichada hermoſura? Pues yà que
veo que no te puedo quitar lo
que à coſta de mi verguenza has
gozado, aora por lo menos me li-
brarè de los engaños que me has
hecho viviendo contigo, y de ver-
te ſujeto à las crueldades de mi
padre, y tu hermanõ, para que co-
mo ofendidos, y nobles, ſe ſatisfa-
gan à tu coſta. Bien puedes deſde
luego guardarte de mi, porque
he de ſer tu mayor enemigo, y me
he de ir à los ojos de quien te abor-
rece, ſolo para que te perſigan.
Mas quiſiera decir Eſtela, ſi el do-
lor, y paſſion no ſe lo eſtorvàran;
y aſſi, empezò à deſcanſar llo-
rando, que las lagrimas, quan-
do una deſdicha es grande, mas

ſu-

ſirven de alivio, que de peſadum-
bre. Reparò Carlos, en que caſi
todos los que vivian en la Quinta
avian eſcuchado á Eſtela; y acor-
dandoſe de que eran villanos, tu-
vo por cierta ſu deſgracia; y fue
aſſi, porque el uno de ellos, ven-
cido de ſu codicia, ſe fue à Sevi-
lla, y diò parte de todo à la Juſti-
cia. Rindiòſe Eſtela á la tirana
fuerza de un deſmayo, y hallòſe
mas ſentido de ſu diſguſto, que de
los peſares que le eſperaban; bol-
viò à cobrar el ſentido, y viendo
à ſu eſpoſo tan triſte, la pesò de
lo que avia hecho: que el amor,
como es hijo de un Dios, ſe precia
de noble, y perdona con facili-
dad. Luego para ſatisfacer Car-
los à Eſtela, mandò llamar à Lu-
cinda, y en ſu preſencia averi-
guó de quien ſabia ſu amor; con-
feſsò la verdad Lucinda, y deſ-
pues dixo Carlos à Eſtela: Que la
cauſa de aver hablado de aquèlla
ſuerte con una villana, avia ſido
por obligarla que no publicaſſe
lo que ſabia, pues era de menos
importancia decirla quatro liſon-
jas, que ponerſe à peligro de que
intentaſſe algun deſatino. Callò
Eſtela, por no confeſſar que avia
errado; y eſtando diſcurriendo
ſobre el ſuceſſo de aquella tarde,
vino un hombre à decir à Carlos,
que ſi queria no verſe en manos
de la Juſticia, procuraſſe huir con
brevedad, porque eſtaba tan cer-
ca, que ſeria facil no poc
viendo Eſtela el peligro e
eſtaba, ſi le hallaban con el
rogò que ſe fueſſe, porque è
avia de ſer el principal obj
venganza de ſu padre. Hizo
ſi, y con un abrazo, y cien n
piros, ſe deſpidiò de ſus ojo
ciendo: Que mientras paſſ
furia de ſu padre, ſe iba á C
da, donde tenia amigos, y
dos, y deſde alli ſe informa
lo que ſucedieſſe; peró cor
nada tenia de ſu parte al Ci
la ultima puerta vió que le
dian los paſſos ſus enemigos
ſieron reconocerle, y no l
ſintiò ſu gallardia, porque
do la eſpada contra todos,
zò à procurar ſu defenſa; y
cierto, que la priſion coſtàr
de una vida, ſi Leonardo,
venia á aviſarle del ſuceſſo,
llegàra à Carlos, y le dixera
aquello, mas parecia deſeo
der la vida, que medio par
gurarla; pues aventurarſe t
merariamente, no podia ter
culpa en ſu diſcrecion. Ri
Carlos, aunque de mala ga
Juego empezaron à buſca
tela, aunque fue diligenci
ſada; porque pareciendol
Carlos avria tenido tiemp
huir, y defenderſe de la Ju
quiſo tambien ella, hacer l
mo; y aſſi, en tanto que an
todos divertidos con la

arlos, tuvo lugar de ſalir por
puerta, con intento de ampa-
del Lugar mas vecino; y con
nimo, y con la eſperanza de
r, ſi pudieſſe à Carlos, ſin mas
pañia que la memoria de ſus
chas, empezò à diſcurrir por
npo, haſta que rendida á ſu
ncio, combidada del ſueño,
un apacible arroyo, que avia
lma de una peña, ſe quedò
ida. Deſpertòla ſu cuydado,
do yà el Sol dexaba gozarſe
s primeros montes, y hallòſe
ſin conocer la tierra, ni ſa-
è camino tomaria, que fueſ-
as conforme à ſu deſeo; y
ndo los ojos á los eſtremos
eſcondido valle, viò alguna
dad de ganado que le ocupa-
luego un Paſtor, que tenien-
s ojos en la tierra, y los pen-
ntos en algun cuydado que
uieraba, con un inſtrumen-
modado á ſu natural, y à ſu
, cantaba, y ſe divertia de
uerte:

afado Celio de eſtàr
ñoſo con ſu Filis,
uo cuydado ſuyo,
ie mas bella que firme.
: á verla, quando otro amor
a ſus ojos libres,
or vengarſe de Celio,
:n no penſo ſe rinde.
tòla el Paſtor, confuſo,
i ſe preſume, *que triſte*,
q̃ aunq̃ mas ſe olvide un hombre,
nunca guſta que le olviden.

Parecìòle mas hermoſa,
porque en otros brazos vive,
que lo que ſe goza, canſa,
y lo ageno es apacible.

Mas viendo Celio, que en ella,
algunas cenizas viven,
de aquel incendio paſſado,
de aqueſta ſuerte la dice:

Ay, quien pensàra, Filis,
que faltàra el amor q̃ me tuviſte!

Yà eſtoy, Filis, olvidado,
que el olvido al amor ſigue,
pues me has ido aborreciendo,
al paſſo que me quiſiſte.

Tuya ſerè mientras viva.
muchas veces me dixiſte:
Viva eſtás, y otro te goza,
yà me entiendes, tu mentiſte.

Mis tibiezas fueron tantas,
que confieſſo, hermoſa Filis,
que me amaſte demaſiado,
pues que tanto me ſufriſte.

Regalabaſme amoroſa,
y enojabame terrible,
tanto, que al tener amor,
llamaba yo perſeguirme.

Supiſte de nuevos guſtos,
y aun olvidarme ſupiſte;
ſi de veras, no lo sè,
ſolo sè que lo dixiſte.

Ay, quien pensàra, Filis,
que faltàra el amor q̃ me tuviſte.

Preguntòle Eſtela la diſtancia
que avia haſta la primera Aldea, y
fue tanto lo que le obligò ſu her-
moſura, y honeſtidad, que deſ-

pues

le averla regalado, la acom-
, haſta ponerla en un Lugar
ño, que ſe encubria detràs
monte; y acordandoſe Eſ-
e que Carlos avia de parar
anada, ſe determinò à buſ-
; y vendiendo una joya de
e traìa, tomó una mula, y
ſe de un Labrador, que
etiò ſervirla haſta que tu-
n mejor ſuceſſo ſus trabajos,
à Granada, à tiempo que
rlos en Sevilla eſtaba cerca-
priſiones, y guardas, aun-
an tantos ſus amigos, y tan
e el afecto con que toda la
d le miraba, que el padre de
ſe vino á reducir à perdo-
, como pareciеſſe ſu hija.
charon luego á la Quinta,
iguòſe, que deſde aquella
avia faltado. Hicieronſe en
infinitas diligencias, ſin
perſona que dieſſe ſeñas
rla viſto. Confirmó Carlos
verſa ſuerte, pidiendo al
con lagrimas, le dieſſe pa-
a para ſufrir los deſdenes
pachò á un hombre, que a
de que eſtaba viva, y que ll
muy preſto. Saliò á recib
padre con muchos Cava
que acompañaron á Carlo
Alfredo no quiſo hallarſe e
fieſta, por no vèr ſu agravi
ojos; antes viendoſe deſpre
y que claramente ſe avia c
do ſu embidia, fue tan gra
ſentimiento, y verguenza, c
muchos dias no ſaliò de un
y ſin mas achaque, que ſu pr
da melancolia, dió en faltar
al cuydado de la ſalud, y en
ſe llevar de ſus triſtezas, qu
bó miſerablemente ſu vida.
Carlos la muerte de Alfredo
que le heredaba (que no fue
pero la ſangre, y el amor, ſi
tienen ſu fuerza, principal
en los pechos nobles, y que
cen con inclinacion de ambi
Recibiò los parabienes del
eſtado, y diò gracias al Ciel
piedad que con èl uſaba, q
tenia menos eſperanza de
dio (que la buena, ò mala fo

LA MAYOR CONFUSION.

NOVELA QUARTA.

EN la Ilustre Villa de Madrid, Corte de Felipe Quarto, unico dueño de dos Mundos, cu- grandeza, Templos, edifi- y antiguedades descriviera, hijo suyo, si el Maestro Gil alez de Avila, Coronista de agestad, no huviera cerrado erta tan de todo punto á es- teria, que solo su ingenio, lio, y cuydado lo pudiera conseguido con tanto acier- quien tiene Madrid no po- bligacion. En este mar de lezas huvo una doncella ipal, llamada Casandra, que muerte de sus padres se debaxo del amparo de un o suyo, con mas libertad pedia su nobleza; porque ninguno tenia potestad bas- ra *sujetarla, se atrevia à* muchas cosas, que si bien en la niñez se libran de ser culpas, son por lo menos escalones para llegar à otras liviandades. Era Casandra moderadamente hermosa, pero acompañaba su belleza con tal travesura, assi en los ojos, como en las acciones, que daba ocasion à que todos reparassen en su desenfado (que con este nombre disfraza el mundo la deshonestidad de algunas mugeres.) Escuchaba con gusto quanto la decian, respondiendo mas de lo que permitian sus años; cantaba con admiracion, y tenia otras muchas gracias, que el deseo de parecer bien, y de verse querida, la obligaba à preciarse de todo con perfeccion. Con estas partes, y diez mil ducados de dote, dió lugar à que muchos aspirassen à su casamiento;

unos, cautivos de ſu hermoſura; y otros, pretendientes de ſu riqueza. A todos miraba, y à todos entretenia, mas por el anſia de que la amaſſen, que por eſtàr prendada de alguno; y entre todos, quien ſolamente mereció la verdad de ſu pecho, fue Gerardo, primo ſuyo, y que ſe avia criado con ella, de buena preſencia, de mejor cara, y de razonable juicio. Llevaba peſadamente Gerardo la condicion de ſu prima, bien que à todas horas le daba muchos peſadumbres, que pudiera eſcuſarle; porque aunque le amaba no queria por un amor, perder la gloria de tantos, pareciendole, que mientras una muger le tiene á un hombre, no le ofende en dexarſe querer de los demàs. Pero quitòla eſte penſamiento Gerardo, diciendo, que pues èl ſe contentaba con vèr ſus ojos, avia ella de hacer lo miſmo, ò ſe deſpidieſſe de verle en ſu vida. No pensò Caſandra, que pudiera ſu primo cumplir amante, lo que avia prometido zeloſo; y engañòſe, porque ánteponiendo la obligacion de ſu honra á la fuerza de ſu deſeo, paſsò quinze dias ſin verla, ni paſſar por donde eſtuvieſſe. Sintiò Caſandra eſte deſpego, porque aunque ſe holgaba de que los demàs *la ſoliciaſſen*, como aquel guſto *conſiſtia mas en ſu vanidad*, que *en ſu cuydado, ningun* amor pudo con ella tanto, que borraſſe la memoria de ſu auſente primo; y reparando con mas cordura en ſu peligroſa condicion, conociò que Gerardo ſe quexaba juſtamente, y aſſi, ſe determinò à ſeguir ſu guſto, aunque ſolo dudaba aver de ſer ella quien le llamaſſe; que las mugeres. aun quando agravian, quieren que las deſenojen; mas viendo que para quien ſe yè culpada, es el atajo echarſe à los pies de la piedad, tomò la pluma, y eſcriviò un papel, diciendo:

Por cierto, ſeñor primo, que v. m. eſtà mas riguroſo con mi voluntad, que imaginè, pues tiene animo para no verme en tantos dias: Yo, à lo menos, bien puedo decir, que le quiero mas, pues yà me falta aliento para llevar adelante eſta auſencia; v. m. ſe dexe vèr, que yo ſalgo à qualquier partido, para que ſe ſatisfaga, que nada eſtimo como ſu voluntad: à quien guarde el Cielo mil años, y le trayga eſta tarde à mis ojos, ſi no ay otros que lo eſtorven; que de un hombre en Madrid, y enojado qualquiera coſa puede creerſe.

Con infinito guſto leyò Gerardo el papel, y luego fue à vèr à ſu hermoſa prima, y darla ſatisfacion de ſus honrados zelos. Ella le recibiò con los brazos, quedando confirmadas las paces de ſu amor. Y acordandoſe Gerardo que le avia favorecido tanto aque-

lla

, que por divertirſe à mi-
altando al cuydado de la
dilla, eſmaltò olanda con
oſa ſangre, ſe recogiò à
nto, y eſcrivió enamora-
verſos, que à la ſiguien-
: cantò à ſu puerta:

a, ſi quando mirais
ta mi muerte veis,
iel me pareceis,
mas piadoſa eſtais;
ie por mi deſpreciais
nte de rubì,
vor, que os preſumì
ia con los dos,
trevereis à vos,
ne morir à mi.
ì enfermaſteis, bien mio,
que de vueſtro amor,
:eciò el rigor,
fuè el deſvario;
eſtra ſalud confio,
calor necio anduvo,
.a cuerda eſtuvo,
efecto ſe vé,
luda en Mayo fuè,
itos claveles huvo.
s licencia al carmin,
ſparciò tan hermoſo,
o el ſuelo dichoſo
:r para jardin;
el amor, en fin,
iydo liberal,
ijuria del criſtal!)
rro á un Angel aleve
iargenes de nieve,
yos de coral.

Mas yo, prima, quando os vì
con mas roſas que ſolia,
tuve la herida por mia,
pues ſus efectos ſentì;
que como la cauſa fuì,
me alcanzó tando dolor,
que os perdonàra el rigor,
(ſi aſſi ſe puede decir)
porque darme que ſentir,
no parece que fuè amor.

Entendieron los deudos de Gerardo ſu amor, y todos convinieron en que ſe deſpachaſſe á Roma, por orden del Señor Nuncio, para que ſu Santidad concedieſſe la diſpenſacion. Supoſe entre los amantes de Caſandra eſte ſuceſſo; unos de todo punto perdieron las eſperanzas; otros lloraron ſu corta fortuna; y otros, apelaron à ſu nuevo eſtado: pero quien lo ſintió con mas veras, fué Don Bernardo de Zuñiga, Cavallero natural de Cordova, tan gran ſoldado, que por ſu eſpada avia ſido Capitàn de Cavallos en Flandes; y eſtaba tan rendido à la belleza de Caſandra, y á ſus hechizos, que le faltò poco para perder el juìzio, y la vida. Era èl de mas meritos entre los que ſolo tenian nombre de amantes, y por eſta razon el mas favorecido de ſus ojos; que como ella no ſe deſdeñaba de eſcuchar, de reſponder, y aun de recibir, Don Bernardo tenia creìdo que ſeria ſuya, y con eſta eſperanza avia crecido ſu

amor; de ſuerte, que quando quiſo, no pudo reſiſtirſe; y aſſi, eſperandola un dia al ſalir de la Miſſa, ſe llegò à ella turbado, y deſcolorido; y delante de las perſonas que la acompañaban, la preguntó: Si le conocia? Si, reſpondiò Caſandra, y sè la merced que me aveis hecho, y lo mucho que os he debido; pero yà no eſtoy en tiempo que pueda pagaros eſſas obligaciones. Pues ſi me conoceis, dixo Don Bernardo, y ſabeis mi amor, de què ha ſervido, amando à Gerardo, favorecerme, para dexarme burlado, y deſvanecido? Eſtos terminos, Caſandra, no ſon de mugeres tan principales como vos, que ſolo ſe uſan entre las de tan baxos penſamientos, que hazen oficio lo que es guſto. Baſta. replicò Caſandra, que de atrevido os vais à deſcortès, ſin tener mas ocaſion, que la que os dà vueſtra ſobervia; porque lo que entre los dos ha paſſado, ſolo ha ſido un entretenimiento honeſto, fundado, no en voluntad que os tuvieſſe, ſino en agradecer lo que os debia, pues por eſcucharos dos, ò tres noches en una rexa, no hize eſcritura de quereros; y aſſi, teneis poca razon en andar demaſiado cõmigo, aunque yo os lo perdonarè, *con que de mas* à mas ſepais que *Gerardo es mi primo, y ha de ſer mi eſpoſo, no porque os* aventaje en meritos, ſino porque le he querido deſde que naci; y hazedme merced de aqui adelante de hablar en mi honor con mas modeſtia, porque os puede eſtàr mal otra coſa. Si harè (reſpondiò D. Bernardo) porque hablar en deſprecio de las mugeres, es de hombres humildes, y yo tengo alguna parte en la Caſa de Monte-Rey; mas lo que no podrà conſentir mi amor, ſerà, que Gerardo, ni otro en el mundo os goze, mientras tuviere eſta eſpada, y no ſe aplacaren mis zelos.

Quedó Caſandra con peſadumbre, porque de otras ocaſiones conocia la temeridad de D. Bernardo, y la colera de ſu primo: el qual, ſabiendo de una criada todo lo que avia paſſado, ſintió, como era juſto, los zelos de ſu honra, y el atrevimiento de Don Bernardo. En llegando la noche, con un broquel, y ſu eſpada, le fuè à buſcar, y no hallandole en ſu caſa, ni en una de juego, donde ſolia acudir, ſe puſo en la calle de Caſandra, pareciendole, que pues blaſonaba de tan amante, era fuerza acudir à ſu centro. Succdiòle à Gerardo como lo imaginò, aunque no como lo deſeaba, que los engaños en quien ama, ſe buſcan, pero no ſe apetecen; y apenas le conoció, quãdo ſin averiguar la verdad, ni eſperar ſatiſfaccion, que lo uno, y lo otro ſue-

le

le parecer cobardìa, ſacó la eſpada, y ſe fué para èl. Aguardòle D. Bernardo, ſoſſegado, y valiente, por ſer el mas dieſtro que en aquel tiempo ſe conocia, como en eſte lo es el inſigne Don Luìs Pacheco de Narvaez, gloria, y honor del mundo, y à quien debe nueſtra Nacion ſu credito en eſta parte; pues ha reducido à ciencia lo que haſta aora ha ſido acertar por accidente. Pero como la deſtreza obra dificultoſamente ſin luz, por ſer el principal medio para *ſu execucion*, no podia D. Bernardo, ni hazer lo que ſabia, ni cumplir con el deſeo de ſu venganza; y canſado de que duraſſe la vida entre dos zeloſos, hallandole el broquel un poco alto, le metiò una eſtocada tan *fuerte*, que *luego Gerardo ſe imaginò* ſin vida, y cayendo á ſus pies, le pidiò con afecto Chriſtiano le dexaſſe confeſſar, y arrepentirſe de ſus culpas. Acudiò infinita gente *al ruido*; ſacaron las luzes de las ventanas; llegò la Juſticia à tiempo que yà D. Bernardo ſe avia favorecido de una Igleſia, aunque le aprovechó poco, pues à peſar ſuyo le ſacaron de ella; que en tales caſos ſuele ſer mas ſegura la caſa de un Embaxador, que la de un Monaſterio. Llevaron á Gerardo à la de ſu prima, que bañada en lagrimas, hizo tantos eſtremos, *que diò mas laſtima* ella viva, que Gerardo muerto. Rematò ſu ſentimiento con un deſmayo tan riguroſo, que en dos dias no pudo bolver en sì. Murió Gerardo, perdonando primero à ſu enemigo, y rogando á ſus padres, y deudos no le hizieſſen ofenſa: mas poco le correſpondieron en eſta parte, porque luego procedieron contra él, con tanta fuerza, que á no tener en ſu favor la Igleſia, y el amparo de muchos Principes, que por ſu valor, y ſangre eſtimaban á ſu perſona, le ſucediera una deſdicha. Deſta manera eſtuvo en la carcel mas de quinze meſes; la Igleſia le pedia, y los Juezes tenian voluntad de darſela, ſi la parte, que era poderoſa, ſe ablandàra, y eſtuviera menos rebelde en el perdon; y aſſi, interviniendo la autoridad de muchas perſonas muy graves, procuraron, para aſſegurar el honor de Caſandra, fueſſe D. Bernardo ſu eſpoſo, con que ceſſarian diſguſtos, y pleytos. Conſultaron eſte penſamiento con ella, y reſpondió à los principios aſpera, y deſabrida, quitando á todos la eſperanza, de que por aquel camino tuvieſſen fin los negocios de Don Bernardo; pero como la firmeza de Caſandra era tan poco ſegura, y ſu condicion tan varia, à pocos dias oyò con mas piedad las deſdichas de Don Bernardo, porque no tenia animo para eſtàr mu-

mucho tiempo ſin conſolarſe ; y aſſi, laſtimada de él, ſe reſolviò à ſer ſuya, con lo qual ſaliò libre. (ſi puede llamarſe con eſte nombre el que ſe deſpoſa en la carcel) Alabaron todos la piedad de Caſandra, y celebraron con regozijos el nuevo empleo. Era D. Bernardo imaginativo, y como conocia à Caſandra, empezò à temerla, procurando quitar todas las ocaſiones en que pudieſſe tropezar, ſi bien no la podia ir à la mano en las muchas galas, y demaſiado cuydado de ſu hermoſura; pero paſſaba por ello, porque no todas vezes le es licito à un marido dár à entender á ſu eſpoſa, que vive deſcõfiado de ſu virtud (que ay muger, que haze verdad la ſoſpecha, ſolo porque no la culpen de inocente.) Diòles el Cielo un hermoſo hijo, creciendo el amor de los padres con èl, y gozandoſe en eſta conformidad algunos años, haſta que la muerte quitò la vida à Don Bernardo, ò por mejor dezir, le mataron los zelos que padecia, y las ſoſpechas que callaba. Sintió Caſandra eſta pèrdida con eſtremo, por ſer grande el amor que yà le avia cobrado, y ſolamente la ſirviò de conſuelo ſu hijo D. Felix, que acompañaba ſu ſoledad, y la divertia *de ſus triſtezas.* Era Don Felix *muy diſcreto, galan, y tan hermoſo, que pudiera embidiarle la* cara qualquiera dama: tenia da converſacion, y era por e mo agradable. Pluguiera á no lo fuera tanto, pues diò ſion (aunque ſin culpa ſuya mas eſtraño delito que ha c cido el mundo.

Pretendian en eſte tiempo chas perſonas principales el mimiento de Caſandra, por no eſtado nunca tan hermoſa años no paſſaban de trein quatro, y como avia tenido cos trabajos, parecian menos ro ella ſe determinò à no caſ ſin poder ninguno entende cauſa: muchos penſaban que virtud, pero otros menos pi ſos creìan otra coſa: porque muchas galas (que tambien conſiente aquel eſtado) ofen ſu recogimiento : mas lo ci era, que Caſandra tenia un a ſecreto, tan injuſto, que ella ma eſtaba con verguenza de blar en èl; porque viendo e proprio hijo el entendimient talle, y la gallardìa, ſe dexò cer de un penſamiento tan l no, que le vino á mirar con mo de gozarle deshoneſtam Eſtaba yà tan ciega, que no le ba lugar eſte deſeo à que pe ſen en otras coſas, ni quis divertirle à otros guſtos; y ſi der reducir à razon ſu apeti reſolviò à llegar à los brazos Don Felix, coſa que aun in

ende los oìdos. Bien echa-
ér, que intentaba un im-
; pero todo lo facilitaba
', que como la voluntad
ı ojos, ni mira los incon-
es, ni ſe rezela de los pe-
Tenia Caſandra una cria-
uien fiaba todo ſu pecho
ombre era Liſena) la qual
u ſeñora, viendola tan de-
, la dieſſe parte de ſus con-
que ſin duda eran muchas,
obligaban á ſemejantes
ıs. Ay amiga! (reſpondiò
ra) *pluguiera à Dios fue-*
; triſtezas, ò capaces de
), ò menos indignas de re-
mas quiere mi fortuna
padezca, y calle, para que
ſuma mi propio ſilencio:
al hago en no contarte lo
tiene ſin guſto, ſin ſalud,
da, ſabiendo de tu amor
ıarà por ſu cuenta mi deſ-
y me olvidarà la peſa-
, pues quien eſcucha plan-
nte, conſuela el alma, yà
remedia la pena: bien sè
a de coſtar à mi verguen-
nas colores; pero no ha-
ningun eſtraño, muger
mo yo, y que deſeas mi
ſupueſta eſta verdad, oye
or deſdicha que puede
ſucedido à una muger de
ndas. Nace mi deſaſſoſſie-
oco guſto de amar á un
', *que con ſer tan bueno*
como yo, y eſtàr cierta de que quiere bien, es impoſſible pueda gozarme. Diráſme, què es la cauſa de hallar dificultad en lo que parece que no la tiene, y mas aviendo igualdad, y correſpondencia de parte de entrambos? Pues para ſacarte deſta duda, y tambien para que prevengas tu ingenio en mi remedio, oyeme un rato, aunque deſpues te eſpantes de mi liviandad: Yo amo á mi propio hijo, yo adoro á Don Felix, y eſto de manera, que ha de coſtarme la vida el vèr que no puedo executar mi deſeo. Yo he procurado eſtorvarme eſta reſolucion, pero ni el vèr que voy contra las leyes de la naturaleza, ni el conſiderar que es un intento temerario; y ſobre todo, ſaber que ſe ha de enojar el Cielo tan gravemente, ha ſido baſtante para olvidar eſte penſamiento: tanto es lo que ſe ha apoderado de mi alvedrio; mira tu ſi tengo harta ocaſion para llorar, y deſear mi muerte, hallandome en eſtado, que me falta poco para perder la opinion, y la vida.

Admirada, eſcuchò Liſena el indigno amor de Caſandra, y deſpues de averla perſuadido à que le borraſſe de ſu memoria, la dixo: Pluguiera à Dios, ſeñora mia, el amor que me tiene á mi Don Felix, pudiera remediar el tuyo, que yo te traſpaſsàra algunas finezas,

porque ha dado en perſeguirme de manera, que muchas vezes por tener miedo á ſus demaſias, no me atrevo à eſtàr ſola delante de ſus ojos, y con tener los merecimientos que vès, te aſſeguro que nunca me he determinado à mirarle con mas voluntad, que la q̃ le debo por hijo tuyo, y dueño mio; y tambien lo que me ha detenido los paſſos, es el no eſtàr tan libre de una paſſion que me conſiente otros deſvelos: Yo quiero bien, y ſoy pagada, dos coſas que me tienen con rienda los ojos. Hete dicho eſto, porque no preſumas que por verme querida aya tenido atrevimiento para ofender su caſa.

Con atencion, y aun con embidia la oyò Caſandra, y del veneno que la pudieran dàr los zelos, mirando gozar lo que ella no merecia, ſacó medicina que curaſſe los accidentes de ſu paſſion, y en un punto le ofreciò ſu entendimiento una traza tan ingenioſa, que no pudiera el padre de Ycaro, que fuè inſtrumento de la deshonra de Paſifae, imaginarla mas à ſu propoſito, y llamando en ſecreto à Liſena, la dixo, que ſolo en ella eſtrivaba el fin de ſu deſeo, porque con ayuda, ſeria cierto que le cumpliria. Confuſa *quedó Liſena con* la nueva eſpe*ranza de ſu ſeñora*, y lo que reſpondió, *fuè dezir*, que de ſu parte eſtaba diſpueſta á intentar por ſu guſto qualquiera oſſadia, aunque aventuraſſe la vida, y la honra. Entonces Caſandra, proſiguió, diziendo:

Supueſto, Liſena, que no tienes amor à Don Felix, te has de moſtrar de aqui adelante tan reconocida à ſu amor, que venga à creer le tienes voluntad, y proſiga en el deſeo de gozarte; y la noche que te pareciere le has de dàr licencia para que te hable en tu apoſento; y eſſa miſma noche eſtaré yo en èl, y gozarè con eſte engaño lo que ha tantos dias que me tiene como ſabes; pues hallandome ſin luz, ſerá impoſſible que me conozca. No le deſagradò à Liſena la traza, y luego empezó á executarla, aſſi por agradar à quien avia meneſter, como porque Caſandra la conſintieſſe algunas liviandades que tenia; y à pocos lances concertò con Don Felix, que en medio del ſilencio de la noche entraſſe ſin que nadie le ſintieſſe, en ſu apoſento; pero con prevencion de que hablaſſe poco, porque no le eſcuchaſſe alguna criada, que la deſcompuſieſſe con ſu madre. Prometiòla Don Felix ſer mudo, porque èl no avia de ir à parlar con ella, ſino à llegar à ſus brazos, en los quales le comunica el alma, ſin aver meneſter á la lengua. Vino la noche, y avisò Liſena à Caſandra, la qual aguardó

por

al miſmo que avia traì-
entrañas; llegó el enga-
Felix, y ageno de ſeme-
dad, penſando que eſta-
brazos de una criada,
lleza de ſu indigna ma-
ual ſe deſpidiò arrepen-
todos, y Caſandra que-
rrida, y avergonzada
iſma, que quiſiera aver
vida, antes que poner
tan ruin penſamiento:
el dolor que traen los
pues de conſeguidos, y
do proceden de cauſa,
ede tener diſculpa; que
feo, no ha meneſter mas
le cometerſe, pues à to-
eſtà abraſando el alma,
en los ojos con la culpa.
dra paſſaba por eſtos ri-
rque la naturaleza miſ-
e que ſe quexaba de ſu
; y como à las eſpaldas
ſſion viene ſiempre el
miento, no ſabia que ha-
huìr de sì miſma, que
mayor enemigo; y no
lo ſu deſdicha, ſucedien-
eor de lo que imaginó;
ſu falta de ſalud, y en
ls, conociò que no le
parato ſu deſatino, que
eſtàr ſecreto muchos
ſe preñada, y antes que
delante, quiſo valerſe de
crueles, para arrojar ſin
quel deſdichado fruto;
pero no le aprovecharon medicinas, ni diligencias contra la fuerza de ſu deſtino. Y aſſi, conſiderando que à peligro eſtaba ſu opinion, y que el tiempo avia de deſcubrir ſu liviandad, aunque no el autor della, hizo que dentro de un mes ſe partieſſe Don Felix à Flandes con una ventaja, y una letra de dos mil eſcudos, no ſin guſto ſuyo, porque deſeaba ver mundo, y ſalir de Eſpaña, por ſaber, que nunca la patria trata à ſus hijos como madre. Y luego, para no verſe mormurada del vulgo, de ſus parientes, y de ſus amantes, fingiendo una promeſa à Guadalupe, ſe fuè à una pequeña Aldea, donde tenia Liſena ſus padres, y alli eſtuvo ſecretamente, haſta que diò à luz una hermoſa niña, à quien llamò Diana, y dexando orden para que la criaſſen, ſe bolvió à ſu caſa, viviendo deſpues con tanta cordura, que cobrò el honor que tenia perdido en opinion de muchos, q̃ por ſus locas galas ſoſpechaban mal de ſu virtud. Creciò Diana, y traxola conſigo, dando à entender á todos, que una noche la avian hallado las criadas á ſu puerta, y que para divertir la auſencia de Don Felix la queria tener en lugar de hija.

Yà Don Felix en eſte tiempo era muy gran Soldado, bien quiſto, y amado de todos, aſſi por ſu valor, como por ſus muchas gracias: era cor-

cortés, y liberal, y ſobre todo tan virtuoſo, que ſiendo Soldado, no jurava, ni jugaba; pero como nunca falta azar, que desbarate el ſoſſiego, y guſto de un hombre, ſucediò, que eſtando cierta noche hablando con una ſeñora Flamenca, paſsò por la calle un Cavallero, que avia ſido dueño de aquella caſa mucho tiempo; y aunque yà no lo era (porque la tal dama, viendoſe aborrecer, avia pretendido divertirſe) con todo eſſo no queria conſentir que ninguno la ſolicitaſſe, ò por hazerla peſar, ò porque á él le peſaba; que los zelos ſuelen deſpertar la voluntad mas dormida. La noche era algo obſcura, y por eſta ocaſion, ni el Cavallero, ni dos muſicos q̃ traìa conſigo, vieron à Don Felix, que abraſado de colera, huviera ſacado la eſpada, aunque eſtaba ſolo, ſino ſe lo impidiera la dama, poniendole por delante ſu opinion. Acercaronſe los muſicos, y concertando los inſtrumentos, à propoſito de lo que entonces paſſaba por ſu dueño, cantaron aſſi:

Yà llegò, ſeñora, el dia
en que de mi amor te canſas,
pues ſoſſiegas, y deſcanſas,
ſin matarme, ſin ſer mia,
Y aunque es forzoſo que ſienta
que del alma me ſacaſte,
ſiquiera porque me amaſte,
me huelgo que eſtès contenta.

Alegrate, y no eſtés triſte,
que yo podré conſolarme,
con que no puedes quitarme
el amor que me tuviſte.
Que averme querido bien,
no me lo puedes negar,
pues yo te vi ſuſpirar,
y te vi llorar tambien.
Y aunque de ti me deſpidas,
yo, Flora, tengo entendido,
que es mas lo que me has querido
que lo que aora me olvidas.
Y à tratar verdad aqui,
aunque mas cruel te miras,
yo sè, Flora, que ſuſpiras,
y que te acuerdas de mi.
Hanme dicho q̃ à otro quieres,
y no es mucho, te prometo,
que eres muger en efecto,
y aprendes de las mugeres.
Gozesle por muchos años,
que tambien era locura
ſujetar eſſa hermoſura
à mas deſdenes, y engaños.
Pero no pienſes que eſtás
por eſſo en tu amor vengada,
que admitir à otro picada,
es para abraſarte mas.
Y ſi acaſo el nuevo empleo
te diere, Flora, diſguſto,
eſcoge un hombre á tu guſto,
y diferencia el deſeo.
Que aunq̃ al honor es decente
con tantos puedes hablar,
que al fin vengas á topar
alguno que te contente.
Mas no lo llevarà bien,
mi amor, porque en caſo tal,

deſ-

ues que le tratas mal,
ſo que te mira bien.
carme, Flora, has querido,
pienſo que has errado,
s quien no te quiſo amado,
amora aborrecido.
las aunque muera por ti,
e lo darè à entender,
ue no me quiero vér
o te vide por mi.

n cantando, ſe llegò el Cava-
à la rexa, para vèr ſi le avian
chado: mas viendo que la ocu-
otro, ſufriendo mal la con-
idad de entrambos, le dixo à
Felix: Se tuvieſſe por aviſa-
e que daba peſadumbre en ſo-
ir el cuydado de aquellas re-
y aſſi, ſe eſcuſaſſe de darla,
podia coſtarle mucho diſguſ-
izer otra coſa. No pienſo yo,
cò D. Felix, que avrà ningu-
ie me le dè, conociendome:
alle es del Rey, q̃ Dios guar-
eſta Dama no tan vueſtra, que
por lo que dezis; pues es
o, que ſi os amàra, no eſtuvie-
nmigo. Yo no he de prome-
o que deſpues ha de ſer im-
ole cumpla; y ſupueſta eſta
minacion, elegid el medio
conveniente à vueſtro amor,
o yo no pierda. El medio ſerà
ndiò, echaros de la calle à cu-
adas, y quitaros la vida. Pare-
e que no lo aveis recabado
igo, repliçò el valiente Eſpa-
ñol, porque la he ſabido defender en otras ocaſiones de mas peligro; y ſacando la eſpada, à los primeros golpes eſmaltò el arrogante Flamenco con ſu ſangre las piedras: y viendo, que la gente que traìa acudia à ſu defenſa, le fuè forzoſo à Don Felix retirarſe à la caſa de un Cavallero amigo ſuyo, donde eſtuvo algunos dias, haſta que ſabiendo que ſu enemigo era de los mas principales de aquel Eſtado, y que por eſta cauſa, aunque ſanàra de la herida, avia de eſtàr con el miſmo rieſgo, ſe partiò à Napoles, y deſpues de admirar ſus muchas grandezas, determinò dàr la buelta à Eſpaña à gozar ſu patrimonio, y deſcanſar de los trabajos de la guerra.

Llegó à Madrid, donde le recibieron todos ſus deudos, y ſu madre con infinitos regozijos, y fieſtas. Tendria Diana entonces haſta catorze años; y eſtaba tan bella que con ſer Madrid el lugar donde menos luzen las hermoſuras, por aver tantas, Diana entre todas tenia opinion. Preguntò Don Felix, quien era? Reſpondióle Caſſandra, que no la conocia mas padres que al Cielo, y à ſu piedad: y que por llevar con mas blandura el rigor de ſu ſoledad, la avia criado deſde ſus tiernos años. Miròla con atencion Don Felix, y como para amarla no era menester ſino dexarſe mirar, no pudo reſiſtir el

ſue-

fuego de ſus divinos ojos; y aſſi en qualquiera ocaſiõ procuraba darla à entender ſu amoroſo cuydado. Era diſcreta Diana, y entendiòle, que un amor grande con facilidad ſe conoce, y no la pesó, porque no tenia Don Felix entendimiento, ni talle para que ninguna ſe deſagradàra de ſu empleo, aunque viendo la deſigualdad que juzgaba aver de por medio, ſe fuè à la mano, y riñò à ſus ojos algunas traveſuras, que el recato llama deſcuydos, por no empeñarſe en un amor que no avia de parar en fin honeſto; pero como en los primeros años eſtà el alma tan diſpueſta à qualquier voluntad, la de Diana confeſsò dentro de ſu miſmo pecho, que amaba á D. Felix, el qual ſufriendo los deſdenes de ſu hermoſura, nacidos de ſu honeſtidad, no de ſu deſprecio, ſe reſolviò à porfiar haſta vencerla. Salia de noche, y paſſeabaſe por ſu miſma caſa, como ſi fuera agena, por no eſcuſarſe de las finezas de galàn; y aviſando una noche à ciertos amigos muſicos, para obligar à la diſcreta Diana, cantaron entre todos de eſta ſuerte.

Aunque me mate Diana,
no eſtorveis, ſelvas mi muerte,
que pues yo la ſolicito,
ſin duda que no me ofende.
Qué os diré de ſus cabellos,
que con rizos diferentes,
atrevidamente hechizan,
liſongeramente prenden!
Baſta dezir que ſon ſuyos,
y que Diana los tiene
para guarnecer con oro
juriſdiciones de nieve.
De ſus ojos sé deziros,
que quien los mira, los teme,
ay de mi! que los he viſto,
y he viſto en ellos mi muerte.
Solo conſigo compiten,
que el Sol, ni puede, ni quiere
como ſabe lo que valen,
intentar deſvanecerſe.
Antes humilde los mira,
y por amigo los tiene,
por ſi acaſo ha meneſter
alguna luz que le preſten.
Las mexillas ſon de roſa,
que ſobre el marfil, parece
que quiſo el Cielo caſar
azucenas, y claveles.
La boca de nieve, y grana,
es un apoſento breve,
caxa de mejores perlas,
que Neptuno en campo tiene.
Las manos ſon de criſtal,
tan hermoſo, y tranſparente,
que en belleza, y en blancura
no deben nada á la nieve.
Lo demàs que no ſe toca,
ni à los ojos ſe conſiente,
quien duda que es mas perfeƈ
pues imaginado enciende?
En fin, me ha muerto Dian
pero tan guſtoſamente,
que ſuelo, de amores loco,
agradecerla mi muerte.

irad si tengo mal gusto,
)uede libremente ;
erse un hombre de bien
o puede ser perderse.
ſi, dezidla, si acaso
taros viniere,
e acuerde de mi amor,
mis penas se acuerde.

grata era Diana à todas estas
as, porque podia con ella
u recato, que su amor: y assi
o una mañana, que no se con-
en conquistar su pecho, por-
eria mas facil reducir à nu-
las arenas del dorado Tajo,
lar piedad en las entrañas
a peña. Bien pudiera des-
irla su propio corazon; pero
las vezes huye una muger
mismo que adora, porque lo
nas ama, suele ser su mayor
igo. Alcanzò Casandra á sa-
sta voluntad, y turbòle el al-
intento de su hijo, por el
roque avia, en que Diana, co-
uchacha, se dexasse vencer
palabras; y assi, llamandola
e, culpó el atrevimiento de
á Don Felix, sabiendo que
dia intentar, sino su deshon-
rque no avia de casarse con
muger que no conocia pa-
y advirtiesse, que ella esta-
uelta à casarla tan bien, que
pensasse, sino que era hija
a; pero seria con la condi-
de no salir un punto de su
obediencia, porque si tenia otro pensamiento, desde luego podia dexar su casa, y disponer de su libertad. Respondiòla con lagrimas la hermosa Diana: Que ya sabia que no merecia à su señor Don Felix, por no conocer à quien la avia dado el sèr; pero que tampoco tenia razon en dezirselo con tanto desprecio, pues en fin, era cosa en que no tenia culpa; y que mirasse se quexaba injustamente de su honestidad, porque de la misma manera que no avia estado en su mano tener tan sospechoso nacimiento, assi era culpada en que su señor Don Felix la amasse, si acaso era tenerla amor, dezirla algunas vezes quatro razones, mejor sentidas, que escuchadas; mas si alguna criada con informacion falsa, con embidia, ò con zelos, la dezia otra cosa, entendiesse que la engañaba, porque en ella no avia mas ocasion, que tener aquella desgraciada hermosura; y que para mas satisfacion de su verdad, tratasse desde luego de darla estado, como no fuesse casandola, porque no se sentia con animo de sufrir un marido; y que si tenia tanto deseo de remediarla, Monasterios avia en la Corte, donde podia acabar su vida, para librarse de escuchar alguna afrenta à qualquiera que la conociesse.

Con muchos abrazos la respondiò

diò Caſandra, agradeciendo ſu ſanta determinacion, porque aunque era verdad que la amaba como hija, y avia de ſentir ſu auſencia, menos inconveniente era vivir ſin ella, que eſtàr à peligro de que Don Felix, mozo, atrevido, y enamorado, paſſaſſe adelante en ſu locura; y deſpues de un yerro tan grande, ſe ſiguieſſe otro mayor; pues aunque Diana ſe reſiſtieſſe, la porfia, el amor, y los ruegos, lo ſujetan todo, y con eſte animo, concertò ſecretamente en un Convento ſu dote, donde la llevò, y en breves horas trocò ſu caſa por una celda, y ſus galas por un Habito de San Franciſco. El ſentimiento de Diana fuè grande, viendoſe en eſtado tan diferente de ſus intentos, y eſperanzas, porque ſiempre las avia tenido de ſer eſpoſa de Don Felix; tantas eran las mueſtras de amor que miraba en él. Mas conſiderando, que fuera mayor tormento vivir en brazos de un hombre que no fueſſe Don Felix, empezò à divertir la memoria de los paſſados penſamientos, conformandoſe con ſu fortuna, y entregando la libertad á mejor Eſpoſo. Supolo Don Felix, y ſintiòlo de ſuerte, que fuè mucho no hazer un deſatino con ſu madre, porque le dixeron, que ella era quien mas avia eſtorvado ſu guſto; y aſſi, muchas noches le aconteciò ir al Monaſterio, y como loco dar vozes; pidiendo ſu eſpoſa, ſin conſentir que aun ſus mayores amigos le conſolaſſen en tal pèrdida. Diſculpa tenia Don Felix, que en llegando à ſer verdadero el amor, ni puede alegrarſe, ni divertirſe; amaba lo que perdia, milagro era que no murieſſe, y liviandad fuera que ſe conſolaſſe, ſi bien ſolamente podia ſoſſegarle el deſengaño de ſu ignorancia, pues queria para muger propia à quien era ſu hermana, y ſu hija; pero quien podia aviſarle de lo que Caſandra, el Cielo, y una criada ſabian? Yà ſe iba acercando el dia de la profeſſion de Diana, y Don Felix perdia el juìzio, de vèr quan poco ſe le daba de vivir ſin èl; porque Caſandra dezia: Que Diana, no ſolo le olvidaba, ſino que eſtaba arrepentida de averle eſcuchado tantas vezes, mas cierto era, que ſabiendo que caſarſe con Don Felix era impoſſible, avia reducido el entendimiento à perſeverar en la Religion. No creìa Don Felix à ſu madre, porque otras perſonas le dezian lo contrario; y aſſi, quiſiera ſaber de ſu boca, ſi el eſtado que tenia era por eleccion ſuya, ò ſi acaſo las perſuaſiones de ſu madre la avian obligado à ſeguir aquel camino; porque muchas vezes la avia oìdo encarecer à ella miſma ſu contraria voluntad en aquella mate-

ria:

lla; y assi, una tarde que Casandra le embiaba cierto regalo, tuvo ocasion de poner un papel en parte que era fuerza llegasse à sus manos, y estaba seguro de que nadie lo viera; y esto con intencion de que Diana entendiesse, que su quexa era justa, pues sin mas causa que tenerla amor le avia dexado. Hallò el papel Diana, y pensando que era de su señora, le abriò; pero apenas viò la firma, quando le rompiò (que no es cordura refrescar la memoria, con lo que *despues ha* de dàr pesadumbre.) Estuvo suspensa un rato, imaginando lo que podia escrivirla un hombre que la avia querido, y que esperaba perderla tan presto; y si vá à dezir verdad, la pesò de averle rompido, y juntando turbada los *divididos* pedazos, diò á cada uno su lugar, y luego leyò assi:

De tus palabras siempre creì que no me querias; pero de tus *ojos* nunca me pude persuadir, que no me adorabas, y en esta parte pienso que son los testigos mas abonados; pero mintieron, hermosa Diana, que en fin, son de muger, aunque son tuyos. Perdoname, si te hablo atrevido; y pues tengo razon, ni te disculpes, ni me castigues; y advierte, que no es mi intento impedir el estado que tienes, que gracias á Dios, *bien sè que es mas seguro*, aunque no es mas facil. Lo que te quiero preguntar es, si mi madre, con algun genero de violencia, te ha persuadido à que le sigas sin gusto tuyo; porque si es assi, hagote saber, que te ha de costar el obedecerla, vivir desesperada, y perder con la vida el alma, porque un estado à disgusto, no suele tener otros fines. Tiempo tienes, Diana, para bolver por tu libertad; y para que veas si mi amor es fingido, porque te amo, y porque tengo por cierto que vives contra tu voluntad, digo que desde aqui prometo ser tu esposo que para mi no he menester mas calidad que tu virtud, y tu cara, que si me tienes amor, con esto te he dicho harto.

Tu esposo Don Felix.

Admiròle à Diana la resolucion de Don Felix, y como el fuego de su amor, aunque estaba suspendido, no estaba muerto, bolviò à dàr nuevo aliento á las calientes cenizas. En fin, saliò decretado de su entendimiento, que era locura vivir descontenta toda la vida, por hazer el gusto de Casandra; y pocos dias antes de la profession, la rogò no se cansasse en fiestas, ni en prevenciones, porque ella no se hallaba con animo de perseverar en aquel estado, fuera de que tenia marido que lo estorvasse; y en este tiempo vino

Don

Don Felix, que yà eſtaba aviſado, y confirmò, que Diana era ſu eſpoſa. Sacaronla luego del Monaſterio, con lagrimas de todas, y aun con embidia de alguna, que ſe holgàra de acompañarla. Quedò Caſandra muerta, y llamandola en ſecreto, con determinacion de dezirla quien era, la rogó no la dieſſe tanto peſar, que ſe caſaſſe con Don Felix, porque el dia que lo hiziera, ſeria el ultimo que la avia de vèr; y que ſi queria caſarſe con otro, prometia favorecerla con tantas veras, que ſe eſpantaſſe el mundo de ſu liberalidad. Por cierto, ſeñora, replicò Diana, que no acabo de entender la cauſa que te obliga á ſentir tan mal eſtas coſas; porque ſi como tu dizes, me tienes tanto amor, pareceme que amar à una perſona, no es quitarla el bien que la promete el Cielo, procurando eſcurecer ſu fortuna. Y ſi plenſas que obligas à tu hijo, eſtorvando ſu amor, porque mi ſangre no le iguala, es engaño conocido, porque quitarle el guſto, mas merece nombre de tiranìa. Mi calidad, no puedo dezir, que es mas, ni menos, porque ignoro los padres que tuve; pero como ſuele un hombre hazer hermoſo el objeto que ama con la imaginacion, aunque no lo ſea; aſſi Don Felix *puede preſumir que ſoy* noble, pues *no le cueſta mas que* encomendarlo, que harta nobleza m bra, pues tuve ſuerte para darle; y ſi eſto es verdad, d ſirve ſer tan cruel con tu fa y conmigo, y que ſiendo tu c mas avia de adelantarme, quien me deſanime?

Reſponderla quiſo Caſa con el deſengaño; pero la guenza, y el temor la puſiero ñudo à la garganta, que eſ llegarſe à quitar una muge honor à sì miſma, es dificu en ſu naturaleza. Mucho er Caſandra en callar aquella dad, que á todas horas la e dando vozes en el pecho, m eſtrañeza del delito la diſcu ba; y aſſi, viendo reſuelta à D de gozar por eſpoſo al que hermano, y padre ſuyo, buſ medios que eſtorvaſſen el de entrambos; y acordando una ſeñora à quien Don Feli tes de amar à Diana, avia que ſe fuè à ſu caſa, y la dixo: Qu ſe avia informado de que ſu la tenia obligaciones, que n dian ſatisfacerſe menos que ſer ſu eſpoſo, y que no era que ſe caſaſſe con una criad ya, cuyo nacimiento podia c zir ſu ſangre, teniendole ta tiguas deudas.

Con juſta admiracion la chò Fulgencia (que aſſi ſe ll ba eſta Dama) y deſpues de recer el favor que la hazia,

ılir algunos ſuſpiros, que la
titud de Don Felix tenia de-
ıdos en ſu pecho, la dixo:
de aver ocho meſes, que ſa-
o una mañana de Mayo con
migas, y una criada à curar
ıaque de una opilacion, aun-
nas con deſeo de ſer viſta,
on animo de tomar azero,
ıò Don Felix; y llegando à
r unos ramilletes en Provin-
donde todas las mañanas de
nes ay un jardin portatil, ſe-
el dixo, le pareciò bien, pero
ñaronme ſus ojos, y ſus pala-
pues las obras me lo han di-
an à mi coſta; y con deſpejo
dado, ſi bien con la corteſia
e debe tener con las muge-
e llegò á mi (ò por mas her-
, ò por mas deſdichada) con
gaños, y liſonjas, que en ſe-
ıres ocaſiones dizen todos.
uedo culparle de atrevido,
ıe quando las mugeres vàn
lo ocaſion, no es mucho que
an el reſpeto á ſu decoro. Si-
ne toda la mañana, galàn, y
ſano, encareciendo con men-
, y amores (que en mi opi-
todo es uno) el que me te-
aſta que me dexò en mi ca-
penas al ſiguiente dia el
te de Dafne eſparcia ſus ra-
quando vì à Don Felix, que
ı á la puerta de mi caſa
dandome; ſalì con mas cuy-

la cara, pareciendome, que yà te-
nia quien me miraſſe con alguna
atencion; llevaba un faldellin de
damaſco verde, con pretinillas de
lo miſmo; ſombrero de color, con
plumas; pies pequeños con zapa-
tos de ambar; y ſobre todo, muy
poco juìzio. Porfiò Don Felix, y
en efecto, lo que reſultó, fué, que
enternecida á ſus ruegos, confia-
da en ſus palabras; y lo que mas
es, perdida por ſu talle, le hize
dueño de mi honor; tan podero-
ſo es el amor de una muger, el
engaño de un hombre, y la oca-
ſion de entrambos. Prometiò ſer
mi eſpoſo, ſi bien no es baſtante
diſculpa para mi yerro, que no le
tiene una muger que ſe fia de
quien con la fuerza del deſeo pro-
mete lo que ſuele negar arrepen-
tido. Bien lo tengo experimenta-
do, pues apenas me gozò, quan-
do hallè el deſengaño deſta ver-
dad; porque luego empezò à deſ-
cuydarſe tanto conmigo, que ſe
paſſaban muchos dias ſin que le
viefſe. Lo que entonces ſentì, y
lo que llorè, no lo digo, porque
ni sè, ni puedo. Supe, que la cau-
ſa de olvidarme, era por amar con
eſtremo à una criada ſuya, que
ſin duda debe de ſer eſta miſma;
vime burlada, y aborrecida, dos
agravios para una muger de tien
los mayores que puede uſar la
traìcion de los hombres. Procu-
ré hablarle, por ſaber la ocaſion

aſſi en el veſtido, como en

que

que le obligaba à ſemejante ingratitud, mas no lo pudieron alcanzar mis ruegos, ni mis lagrimas: que los hombres, en viendoſe culpados, por no ſatisfacer, no eſcuchan; y aſſi, me obligò à dezir mis quexas á un papel, y mi liviandad à una amiga, para que le riñeſſe ſus ſinrazones; pero la reſpueſta fuè de ſuerte, que aun aora la temo. Ay, ſeñora mia! ſi una muger quando aventura ſu opinion, ſe acordàra del pago que han dado à otras, què cierto ſeria que huviera menos burladas en el mundo! Lo que me reſpondiò, fuè, que quando dixo que me tenia amor, eſtaba empleado en Diana; y por deſpicarſe de ſus deſdenes, y parecerle que yo recibia con guſto ſu voluntad, y amor, avia proſeguido en deſvanecerme; y aſſi, procuraſſe olvidar los penſamientos, ſi tenia algunos, de ſer ſuya, porque era impoſſible; y de pretenderle, ſolo podia ſeguirſe tenerle menos obligado, y hazer mas publica mi afrenta. Bien me podeis creer, que quando paſsé los ojos por eſtas razones, quiſiera tenerle delante para hazerle pedazos, y ſatisfacer con ſu ſangre mi juſta venganza. Mas viendo, que ſi ponia en manos de la Juſticia la mu-

cha que tenia, era quedar con *eterna infamia*, porque el avia de *ſalir con victoria* de todo, por tener hazienda que le ſolicita ſentencias, me determinè à mi grande agravio. Eſto es, ra, lo que me debe Don Fel rad vos, ſi tengo cauſa ba para ſer ſuya, y para que mientras viviere de ſu trate mi deſdicha.

Grande fuè el contento q cibiò Caſandra con la hiſto Fulgencia, por aver hallad ſion tan fuerte para dive Diana, y à D. Felix; y aſſi, d de conſolar à la triſte, y a Dama, hablò á ſus padres contó la traìcion de ſu hijo culpando en todo à Fulgen prometiendoles, que avia ſu eſpoſo, aunque le peſaſſe que quien podia hazer duc pleyto era ella, gaſtando d eſcudos para librar à ſu hij ro que eſtaba de tan diferer recer, que ſi fuera neceſſari ria contra Don Felix; de m que por qualquiera camin ria el pleyto ſeguro, pues l que él podia hazer, ſi la a cia, era caſarſe, y dexar l Eſpaña, y eſſo importaba pues en quanto à ſu honra cobraba con ſer ſu marido lo demàs ella tenia ſeis mil dos cada año, con que podi moderadamente para todo tieron los padres de Fulger liviandad, mas viendo lo q ſandra les prometia, diſſim

n dilatarlo mas, hicieron in-
nacion con todo ſecreto. Yà
na eſperaba por puntos à Don
x, que mas enamorado cada
de ſus hermoſos ojos, iba
eviando ſu deſpoſorio; y el pa-
de Fulgencia, penſando que
buenas palabras pudiera re-
irle á lo que deſpues avia de
er forzado, ſe llegò à hablar-
y le refiriò todo lo que paſſa-
Mas reſpondiòle Don Felix
colerico, y libre, que le obli-
à ſacar un mandamiento para
nderle, y hacer que moderaſſe
i carcel los brios que avia co-
lo en la ſoldadeſca. No faltò
en le aviſaſſe à Don Felix del
go que tenia, ſi le prendieſſen,
que ſu madre era quien mas
erſeguia, y recelando ſe de al-
a violencia, ſe llegò á Diana, y
endola, que por quererla tan-
ra forzoſo aver de eſtàr algu-
dias ſin verla, ſe deſpidiò de
ojos, y de ſus brazos. Confu-
edò Diana, eſcuchando no-
id tan grande; mas quando
que la Juſticia hacia diligen-
ara buſcarle, no podia enten-
o que encerraba aquella enig-
y aunque la dixeron la cauſa,
uiſo creeria porque del amor
on Felix le parecia impoſſi-
que huvieſſe mirado otros
pero quando advirtiò que ſe
a el pleyto, que D. *Felix* fal-
y que Fulgencia decia, que
era ſu marido, porque las obliga-
ciones que la tenia eran de tal pe-
ſo, que no podian paſſar ſin paga,
creyòlo de ſuerte, que con ſus
propias manos quiſo poner fin à
ſu vida. Ay ingrato, decia, bañan-
doſe en ſu miſmo aljofar, eſte es
el amor con que me eſperabas?
Muy bien has pagado mi volun-
tad, pues ſabe Dios que no te lo
he merecido; pero ſin duda es
venganza de el Cielo, que quien
dexò de ſer eſpoſa ſuya por eſti-
marte, bien merece qualquier caſ-
tigo. Nunca penſé, traydor, que
en los hombres principales avia
baxezas; pero engañème, porque
en fin ſon hombres, y ſi eſto ha-
cen con noſotras, como nos infa-
man, murmurando de nueſtras
coſtumbres, y de nueſtra natura-
leza? Vna coſa ſolamente me ha
de ſervir de conſuelo, y es, que
ninguno ha de engañarme ſegun-
da vez; porque ſi D. Felix, quan-
do eſtà mas fino, y quando hace
tantos generos de locuras, tiene
aqueſto encubierto, què puede eſ-
perarſe de los demàs? Pareceme,
que ſi él eſtuviera aqui, me reſ-
pondiera, que no por gozar un
hombre de otros brazos, dexa de
amar al dueño principal. Pero di-
xerale yo, que mentia, que quien
ama de veras, no ha de tener ani-
mo para mirar otros ojos, aunque
ſea de burlas; porque la voluntad,
quando es verdadera, no puede

paſſar por ſemejantes traìciones. Confieſſo que he tenido mucha culpa en averte creìdo; pero por qué no te avia de creer mil veces, viendote intentar por su loco amor, no finezas, ſino deſatinos? Ha traydor Don Felix! ſi como te dì lugar en el alma, conſintiera en otros deſeos, buena quedàra mi honeſtidad, pues yà eres ageno. Quien duda, que en qualquiera parte te alabàras de aver engañado, y vencido el recato de dos mugeres principales; pues engañòſe tu preſumpcion, que aunque te quiero mas que Fulgencia, no por eſſo me olvido de mi honor, que amar à un hombre, y ſervirle haſta perder la vida, es coſa juſta, y mas ſi ſe llama Eſpoſo, ò lo ſolicita; pero aventurar la honra antes que lo ſea, por cumplir ſus locos antojos, no ay voluntad que lo mande ni lo aconſeje.

Aſſi ſe quexaba la hermoſa Diana, pidiendo al Cielo que antes que le vieſſe en poder de Fulgencia, à ella, ò à èl les quitaſſe la vida. Paſſaronſe muchos dias ſin tener nuevas de Don Felix; el pleyto eſtava tan bien ſolicitado, que ſolo le aguardavan para concluirſe. Caſandra venia confuſa, y Fulgencia con eſperanzas de cobrar el honor perdido: mas à todos ſacó de duda una carta que *deſde San Lucar eſcriviò Felix à ſu madre, que decia;*

Pues en v.md. no he tenido madre que me ampare, ſino conmigo que me perſiga, tenga por cierto, que no me veràn ſus ojos en Eſpaña, mañana me embarco, con intento de llegar à Lima, que aun en el otro mundo no sé ſi eſtarè ſeguro de ſus crueldades. La razon que me obliga es ſolamente huìr de quien aborrezco, porque me parece menos peligro el Mar, que un caſamiento à diſguſto. Y ſi acaſo v. md. ſe huviere canſado de ſer tirana conmigo, digala à Diana, que ſiempre me debe una miſma voluntad; y ſi vale el ruego de un auſente, la ſuplico no diſponga de la ſuya; porque aun no he perdido las eſperanzas de gozarla. De San Lucar, &c.

Mucho dió que dudar, y que ſentir eſta carta, y mas á Fulgencia, que viendoſe ſin guſto, y ſin honra, murmurada de ſus deudos, y martirizada de ſus padres, que à todas horas la acuſaban de facil, y liviana, ſe reſolviò à huìr de todos en el ſagrado de un Convento, donde eſtuvo el primer año tan contenta, y favorecida del Cielo, que caſi tuvo à ventura ſu yerro por aver ſido cauſa de hallar eſtado tan libre de las deſdichas que ſuelen ſobrar en el ſiglo; y en efecto, olvidada de D. Felix, hizo ſu profeſſion, y diò gracias al Cielo, de que la avia alumbrado el Alma, quando eſtaba

mas

; agena de remedio, y de guſ-
Bien diferente lo paſſaba Dia-
porque ſin poder borrar de la
noria à Don Felix, y ver año,
iedio que no le via, le lloraba,
10 ſi ſe acabaſſe de auſentar.
i que mas la ofendia, era vèr à
eñora, que la perſeguia por-
eligieſſe eſtado, coſa que era
oſſible, viviendo Don Felix, y
ndo ſin el eſtorvo de Fulgen-
Ofreciòſele en eſte tiempo á
andra hacer una auſencia de
drid por quince dias, y mi-
do à Diana con poco guſto, no
treviò à decirla que la acom-
aſſe, por ſaber lo que avia de
onder; ſolo le mandó, que en
o que eſtaba auſente, penſaſ-
o que avia de hacer de ſu vi-
porque yà eſtaba canſada de
importunos ruegos de ſus
ntes; y ſi à la buelta no la ha-
a determinada, podia hacer
ata no la conocia. Fueſe con
, y quedò Diana afligida de
, que era forzoſo ſer ingrata à
nucho que debia á ſu ſeñora;
lando una tarde llorando ſu
una, y la auſencia de D. Felix,
ò à ella un hombre, diciendo,
la traìa un recado de cierta
ga ſuya; y aſſegurandoſe pri-
o de que era Diana, la dixo:
en un Lugar de las Indias
vo con un Cavallero, el qual
endo que venia á Eſpaña, le
i rogado *la dieſſe en ſecreto*
a quel pliego. Turbada entonces
Diana leyó el ſobreeſcrito, y co-
nociendo que la letra era de ſu
auſente dueño, le reſpondiò an-
tes de abrirle:

Bien pienſo que me aveis viſ-
to en los ojos el alma, y aſſi, no
puedo eſcuſar de encarecer el
guſto que he recibido: mas por-
que no quiſiera que la gente de
mi caſa ſoſpechàra algo, no me
detengo con vos; y porque el deſeo
de ſaber lo que me eſcrive D. Fe-
lix, no me conſiente mas corteſia.
Harto tengo que deciros, acerca
de ſu auſencia (replicò el criado)
y aſſi, mirad en què ocaſion pue-
do hablaros con menos teſtigos.
De dia es impoſſible, dixo Diana,
porque tengo muchos Fiſcales,
que no llevan bien qualquiera
coſa de D. Felix, en tocando á eſ-
ta voluntad; pero ſi no os canſais
de hacerme merced, venid eſta
noche, y por eſta rexa baxa po-
dremos hablar mas ſeguros. Deſ-
pidieronſe con eſte concierto, y
Diana, loca con la nueva alegria,
ſe retirò á ſu quarto, y mas lo eſ-
tuvo quando leyò la carta, por-
que toda venia llena de humilda-
des, y laſtimas, encareciendole la
triſte vida que paſſaba, auſente de
ſu hermoſura; pero que tenia con-
fianza, de que antes de muchos
dias avia de verſe en ſus brazos, y
que el menſagero le daria cuenta
de ſu determinacion. En tanto

que Diana ſolemnizaba ſu dicha, ſe llegó la noche, y la hora en que avia de ſaber los varios ſuceſſos de Don Felix. Baxò à la rexa, y viò junto à ella un hombre ſolo, que en ſintiendo ruìdo, conociendo que era Diana, la dixo: Que por lo menos no podia acuſarle de perezoſo, porque avia mas de dos horas que la eſperaba. Yo os prometo (reſpondiò ella) que tampoco ha ſido deſcuydo mio, ſino advertencia de aguardar à que toda la gente de mi caſa ſe recoja, para poder hablar ſin miedo. Sin él no eſtarè yo (reſpondiò algo turbado el hombre) porque los galanes que conquiſtan eſtas paredes, ſon tantos, que ſi os confieſſo la verdad, mas temor he tenido en el poco tiempo que he paſſeado eſta calle, que en algunos años que me he viſto en Milàn á los ojos de los enemigos. Y aſſi os quiſiera ſuplicar (ſi vueſtro amor lo conſiente) ſe dilate para otro dia eſta converſacion, pues eſtoy, como digo, con algun recelo, por eſtàr ſolo, y no con baſtantes armas para defenderme.

No sé yo, dixo Diana, la ocaſion que pueden aver dado mis ojos á nadie, para que mire atrevidamente eſtas rexas; porque os puedo aſſegurar, que deſpues que ſe auſentò Don Felix, aun no he tenido animo de preguntar à un eſpejo por mi hermoſura, que en faltandole á una muger el guſto, ni ſe acuerda de la cara, ni otros accidentes. Las peſadumbres, los zelos, y las anſias con que me dexó, fueron de manera, que ſi no es oy, no puedo decir que he tenido un hora de guſto. Eſto os he dicho, porque ſi alguno ſe deſvanece, no imagineis que ſoy parte en ſu locura; porque las mugeres principales, quando ſe empeñan en amar á un hombre, no es para divertirſe à otros deſvelos. Pero bolviendo à vueſtro temor, digo, que ni quiero que vos eſteis con eſſe diſguſto, ni yo he de poder paſſar eſta noche ſin hablar con Don Felix. Y aſſi, me parece, que en viendo que no paſſa gente, llegareis á eſta primera puerta, abriendo con eſta llave, y yo os eſtaré aguardando, para que con mas ſeguridad podais, haſta que llegue el dia, hacerme el favor que decis. Hizolo aſſi, y recibiòle Diana, con grandes mueſtras de alegria, y apenas eſtuvo dentro, quando viò que el hombre que traìa conſigo era Don Felix, el qual abrazandoſe de ella, eſtuvo un gran rato ſin poder hablar. Bolviò à mirarle Diana, y quedò tan ſuſpenſa, que caſi le abrazaba con miedo, penſando que era alguna iluſion de ſu fantaſia, que ſuele con las eſpecies que conſerva de las coſas vivas, proponer à los ojos una forma ſemejante

ıe ſe deſea ; y Don Felix por
:nerla turbada, dixo:
:ſpues que ſupe, Diana, la re-
ion de Fulgencia, por aque-
aſſada traveſſura, no quiſe eſ-
r los rigores de la Juſticia, y
ſabiendo lo mucho que fa-
cen las leyes el honor de
quiera muger, y eſtando en
de un amigo, con animo de
ıtarme, le pareciò à èl, y à
ne era mejor medio quedar-
:n Madrid, haſta vèr el fin
tenian eſtas coſas, determi-
lome *primero á no ſalir de*
ſala en todo eſte tiempo, y
que deſconfiada de ſer mia,
ſieſſe Fulgencia de ſu volun-
:ſcrivì aquella carta, fingien-
ıe eſtaba en San Lucar. Su-
ıe Fulgencia era Religioſa, y
ıvia profeſſado, con que ſe-
de mis temores, me prometì
:rta poſſeſſion de tu divina
ıoſura ; y quando eſtaba yà
ıeſto para venir publicamen-
mi caſa, me dixeron, que ſe
ıtaba mi madre por algunos
y porque no pudieſſe impe-
como otras veces, nueſtros
es, aguardè que ſe fueſſe, y
te embiè la carta que ayer
iſte, y deſpues ha ſucedido
: has viſto. Eſta es, hermoſa
a, la breve relacion de mi
:ia, que no puedo llamar au-
ı, pues ſiempre he tenido el
o lugar en tu memoria. Yo
te adoro por tu virtud, y firmeza,
y eſtoy diſpueſto à cumplir la pa-
labra que con tanta razon te de-
bo, pues por lo menos aora, ni
Caſandra lo puede eſtorvar, ni ay
otra Fulgencia que lo impida.

Por bien empleado diò la her-
moſa Diana quantos trabajos avia
padecido, viendo que paraban en
tantos guſtos; y dixo à Don Felix,
que yà eſtaba ſatisfecha de ſu vo-
luntad; y que aſſi, procuraſſe, an-
tes que vinieſſe ſu ſeñora, trazar-
lo de modo, que no pudiera deſ-
hacerlo ſu diligencia; pero advir-
tieſſe, que primero avia de ſer ſu
eſpoſo, para no aventurarſe con
peligro de ſu honeſtidad, porque
en ſiendo de otra ſuerte, la avia
de perdonar; y como Don Felix
la amaba para propria, eſtimò por
favor aquella honeſta reſiſtencia,
y la rogò que le eſperaſſe, y veria
con quanta facilidad la aſſegura-
ba. Fue luego en caſa de ſu ami-
go, y con él, y un criado, y el
Cura de la miſma Parroquia, bol-
viò donde eſtaba Diana, y en deſ-
poſandolos ſe deſpidieron, que-
dando Diana tan contenta de lo
que avia ſucedido, como vergon-
zoſa de lo que le eſpera. (que
aun en las coſas que ſe deſean, tie-
ne ſu lugar el recato) Vino la deſ-
cuydada Caſandra, y hallando tan
impenſadamente à Don Felix, que
yá ſe llamaba eſpoſo de Diana, y
coligiendo lo que podria avia paſ-

paſſado entre dos que ſe amaban, y no tenian quien los eſtorvaſſe, ſe quedò difunta; y por no hacerſe ſoſpechoſa con ſus hijos, acreditò la prudente eleccion de entrambos; pero quando ſe via ſola, conſiderando que ella tenia la culpa de aquel ſuceſſo, ſe deshacia en un perpetuo llanto, y ſe bolvia loca, viendo que con la licencia de recien caſados, eſtaban juntos à todas horas. Dos años viviò Caſandra con eternas lagrimas, y profunda triſteza, haſta que la muerte la atajò eſte penſamiento; porque una enfermedad, aunque fue de poca conſideracion, baſtò à quitarla la vida, que no ha meneſter mucha cauſa quien vive muriendo. Llorò Don Felix la muerte de ſu madre, y mas lo que por ſu ocaſion le quedò que padecer, pues fue la mayor deſgracia que le pudo ſuceder à un hõbre que tenia tanto amor, tanto guſto, y tantas obligaciones; porque quando yà Caſandra eſtaba peleando con la muerte, ò mal aconſejada de la perſona con quien comunicò eſte caſo, ò penſando que acertaba, le llamò, y dexò un papel, diciendo: Hijo, ſi acaſo eſte nombre baſta à enternecerte, te ruego, que haſta que yo aya paſſado de eſta triſte vida, y tenga mi cuerpo aquel breve *ſepulcro que ha de* apoſentar à *tantos, no le leas; y deſpues le mires* con atencion, y adviertas, que ſolamente lo que en èl te digo, me ha pueſto en el eſtado que vès; y echandole mil veces ſu bendicion, ſe bolviò à un Crucifixo, y haciendo los ojos, y el corazon lo que yà no podia la lengua, ſe deſpidiò el alma de los humanos lazos, con admiracion, y laſtima de los preſentes. Hizolo aſſi Don Felix, y deſpues de aver cumplido con las exequias, y honras ultimas, ſe recogiò à ſu apoſento, y abriendo el papel, viò que con mal formadas letras, decia:

Don Felix, yo te doy licencia, que quando leyeres eſtos renglones me tengas por la muger mas deſdichada, y mas infame que ha nacido en el mundo; y para que creas mejor eſta verdad (que no eſtoy en tiempo para no decirla) has de ſaber que yo nacì con tan mala inclinacion, que quanto miraba me parecia bien, y en efecto fui loca, y liviana, y deſcompueſta, que vencida de un laſcivo penſamiento, puſe los ojos en tu perſona, ſabiendo, que como mozo, mirabas bien entonces à una criada mia, que llamaban Liſena: Traté con ella, que yo te aguardaſſe en ſu lugar, para que me gozaſſes con aquel engaño; pero fue tan deſgraciadamente, que luego me ſentì preñada, coſa que me obligò à embiarte fuera de Eſpaña, y que yo, me auſentaſſe de Madrid, en

ne ſalia à luz Diana, que es
tienes en poſſeſſion de tu
ſiendo tu hija por averla
rado, y tu hermana, por-
mia; y eſta fue la cauſa por
tantas ocaſiones eſtorvè
r; pero en fin, pudo mas mi
a, que mi deſeo. Eſto te he
dicho, porque dès orden de buſ-
car el remedio que mas importe à
la ſeguridad de tu alma, y no quie-
ras vivir como barbaro, ofendien-
do al Cielo, y à la naturaleza.

NOTA. *Lo que falta en eſta Novela, eſtà prohibido por el Santo Oficio.*

LA ILLANA DE PINTO.

NOVELA QUINTA.

Eſtido eſtaba el Cielo de
diverſos diamantes, y
el hermoſo Planeta,
que es liſonja de la no-
tiene ſegundo lugar en las
, ſe moſtraba tan liberal de
que parecia que el Sol no
deſpedido, ò que empeza-
. La noche eſtaba en bra-
ſu ſoſſiego, y el dia daba
. que heredaſſe ſu preſen-
que le ſeguia en la ſucef-
iendo Fenix de breves ho-
uando Albanio, dexando
ve pequeño rebaño de ga-
ue *apaccntaba*, ſe quexa-
ba tiernamente de ſu corta dicha,
rogando à los piadoſos Cielos le
quitaſſen un amor juſto que tenia,
ò le dieſſen exercicio mas à pro-
poſito para poder gozarle. Ama-
ba à una Paſtora, que le diò el
Cielo por compañera: veiaſe lexos
de ſus brazos, amante de ſus ojos,
y auſente de ſu hermoſura, que
el amor tambien viſita los cam-
pos, y ſuele vivir entre las peñas.
Sentòſe junto á la orilla de un ar-
royuelo, que con pies de plata iba
por margenes de roſas pautando
arenas de oro, ſiendo vida de unos
pequeños arboles, que en con-

fianza de ſu corriente penſaban ſer gigantes à pocas Primaveras. Divirtiòſe con las imaginaciones de ſu gloria, que el penſamiento es un hechizo para quien quiere bien, y no vè lo que quiere. Y eſtando entretenido con las hermoſas flores, y traviessos criſtales, ſintiò, no muy lexos de donde eſtaba, una voz, que con laſtimas, y ſuſpiros llamaba la muerte, y enamoraba los ayres. Puſoſe Albanio en pie, y enterneciòle el alma, que no tenia tan ruſtico el pecho, que huyeſſe la cara á la piedad, ni era de tan humilde corazon, que ſe conſintieſſe rendir al miedo. Era alentado, aunque Paſtor, y compaſſivo, aunque villano; y empezando à diſcurrir por la margen de aquella ſuceſſiva plata, ſe acercò à la parte en que le parecia que eſtaba el dueño de aquellas anſias. Llegò á una pequeña Iſla, tan coronada de eſpeſos arboles, que apenas en ſu diſtrito tenia juriſdicion el dia; y entrando por el apacible boſque, vió una Dama de gallarda preſencia, que deſmayada con los dolores de un recio parto, caſi ſe iba olvidando de ſu propia vida. Acercòſe à ella, y viòla ſin mas compañia, que el infinito numero de ſus congoxas, y el lado de un Angel, que poco antes avia *tenido lugar en ſus miſmas entra-*
ñas, y yà gozaba de menos abri-
go entre las eſmeraldas de l
va. Tomòle en los brazos,
dole algun calor con ſu pob
pa, porque los agravios de
che no ſe atrevieſſen à ſu
vida; y acudiendo à la caſi
ta madre, la deſpertò de la
muerte, preguntandola,
era, y animandola con las ra
que le avia enſeñado una d
ta piedad, y una Chriſtiana
teſia. Reparò la Dama en el
tativo Paſtor, y atribuyò
mencia del Cielo averle em
en aquella ocaſion; y eſforz
ſe quanto pudo, le rogò q
acompañaſſe haſta dexarla c
avia ſalido. Hizolo aſſi Alb
y ella agradecida à ſu pieda
dixo en la diſtancia del ca
de eſta ſuerte:

Yo ſoy una muger qu
puedo calificar de hermoſ
acaſo es cierto, que las deſd
acompañan à la belleza. Na
nobles padres, aunque den
damente crueles conmigo,
que deſde mis tiernos años
terminaron de ofrecerme à
gion, conſultando eſte penſa
to, no con mi obligacion, ſin
mi obediencia, diciendo, qu
ha de aver en el guſto de l
jos mas eleccion, que el alv
de ſus padres; y la razon no
deſatino, ſi el Cielo etendi
eſtas lèyes, y las voluntad
vieran una miſma calidad,

que ſe forman en una turque-
ſuelen inclinarſe à diferentes
s. Yo nacì con otra eſtrella;
nque lo intentè, jamàs pude
nzar de mi voluntad, que ſe
aſſe ſacrificar al deſeo de mis
es. No aprovechaba con
la diſculpa de mi contrario
ſamiento, pareciendoles, que
lefenderme los ofendia, y aun
aba à Dios, pues llevaba tan
los conſejos de ſer ſu eſpoſa.
ibuyeron à liviandad mi reſiſ-
cia; y reſolvieronſe en no dar-
eſtado alguno con guſto mio,
tan poco les obedecia en el
. Paſſabaſe con eſtas diſcor-
la lozania de mi juventud, ſin
rles la menor memoria de
arla; y erraban verdaderamen-
pues no advertian, que eſta
en tiempo que las mugeres
as lo ſon, quando ſe caſan
. Veìame deſeſperada, porque
ſucediò en tiempo que yà yo
empleado los ojos en un Ca-
ero, que merecia por ſu per-
qualquier eſtimacion, y la
yo hacia de ſus prendas paſ-
de amor à locura (que las fla-
as tambien ſe atreven à mu-
s principales; porque el alma
uede eſcuſarſe de las paſſio-
omunes.) Era mi amante ca-
en ſus intentos, prudente en
leterminaciones, afable con
s, enamorado conmigo, ga-
ſin *preciarſe de ſerlo, y diſcre-*
to, ſin aver nacido deſgraciado, ò
pobre. Tenia ocaſion baſtante pa-
ra verme á todas horas, porque de
dia eſtaba enfrente de mi caſa, y
de noche dentro della. Creciò la
voluntad, porque creciò la comu-
nicacion (que es peligro en la mu-
ger mas recatada, eſtàr ſiempre
con quien la adora, ò por lo me-
nos ſe lo dice.) Veìame perſeguida
de mis padres, y rogada de quien
yo queria, en las manos eſtaba
qualquiera liviandad, ſi lo es ha-
cer à un hombre abſoluto dueño
de mi honra, con ſeguridad de ſer
mi eſpoſo. Gozòme una noche,
quedando yo con mas amor, y él
con mayores obligaciones. Su pa-
dre era natural de Salamanca, Ciu-
dad inſigne, Madre de las Cien-
cias, y gloria de Caſtilla. Queria-
le caſar con una deuda ſuya; que
los padres no tienen por caſamien-
to acertado el que no ſe determi-
na por ſu conſejo. Mi eſpoſo los
entretenia con palabras, y por mi
ocaſion dilataba ſu partida. Suce-
diò, pues, que à mi padre, por
ſus muchas letras, y continuos eſ-
tudios, le dió ſu Mageſtad una
plaza en Granada, que fuera de la
Corte, es de los mejores premios.
Tuvo à dichoſa ſuerte la mejora
de eſtado, y empezò à tratar de ſu
auſencia, quando mi eſpoſo no ſe
podia reſolver á efectuar lo miſ-
mo que deſeaba, por aver venido
ſu padre á ſolicitar ſu partida, y

tratar juntamente el caſamiento con aquella dama, que le avia eſcrito tantas veces: Yo tampoco me atrevia, porque los mios eran de tan terrible condicion, y eſcuchaban tan mal las coſas mias, y mas enderezadas à caſamiento, que fuera muy poſſible quitarme la vida, ſi ſupieſſen que diſponia de mi voluntad, menos que con un Habito, y una Celda; y lo que mas me afligia, era el verme con algunas ſeñales de preñada. Llorè mi poca ventura, tanto, que en mil ocaſiones quiſe matarme, y pienſo que lo huviera hecho, á no mirar que peligraba con mi vida la de mi eſpoſo, que me adoraba, y la de eſſe Angel, que apenas conozco, aunque me cueſta infinitos dolores. Entretuve la partida quanto me fue poſſible, fingiendome enferma de otros achaques de mugeres, contando al Medico la verdad, para que ayudaſſe mi fingimiento, y pudieſſe diſſimular en la cama, lo que no ſeria tan facil encubrir de otra manera; pero mi padre que ſe deſvelaba poco en mi regalo, y le afligia menos mi falta de ſalud, informandoſe de mi cara, no de mis pulſos, y pareciendole que mi achaque, mas era melindre de Dama, que indiſpoſicion de en-

ferma, ordenò ſu viage, y ſin dar-

me mas lugar para deſpedirme de mi dueño, que la brevedad de un papel, en el qual, mas á fuerz lagrimas, que de razones, enc ci mi grande deſgracia, mi t auſencia, mi corta dicha, y los ligros que me aguardaban, l de modo, que oy à medio dia limos de la Corte, dexado en no menos que la libertad, guſto. Deſpedime de mi am con los ojos, y harto le dix me quiſo entender con ellos. gamos eſta noche á Pinto, aunque no es derecho camino ra nueſtro viage, fue forzoſo p la diſpoſicion de un pedazo hacienda que en èl tenemos apenas los de mi caſa ſe avian cido del primer repoſo, qua ſentì algunos dolores, que me recieron menos de lo que e por tener otros que me afligia alma; pero crecieron de man que conocì declaradamente, eran premiſas ciertas de mi pa y dexando à una criada que f mis flaquezas, en mi cama, p acaſo deſpertaban mis padre la, turbada, y animoſa, remiti congoxas al campo, y en eſte ſento de flores, que ſin duc hizo el Cielo tan oculto, po eſtuvieſſe mas callado mi de ſin mas ayuda que la de un a y ſin mas deſcanſo que mis f ros, animandome la neceſſidad dado embuelto en purpura, parto de mis entrañas, y eſt à tiempo, que la mucha fa

tenia caſi entre los brazos de
muerte; llegaſte piadoſo, y com-
ivo para remedio de dos vi-
; y lo que mas es, para que
tu amparo pueda encubrir la
a de mi honra, bolviendome á
arte donde ſalì, ſi acaſo me
en lugar las pocas fuerzas de
poco animo, para que yà que
quiten la vida mis deſdichas,
ea con infamia de mi opinion
enoſcabo de mi decoro.
Todo eſto eſcuchaba Albanio,
enternecido como la miſma
lo decia, porque deſdichas,
imas, y muger, pondràn pie-
haſta en las miſmas piedras; y
ſuntandole la Dama ſu nom-
, y adonde reſidia, ſacó un
illo con algunos eſcudos, y ſe
diò, diciendo, hicieſſe criar
ella hermoſa prenda, que ten-
cuydado de aviſar à ſu auſen-
ſpoſo, para que acudieſſe con
tualidad à ſatisfacer el preſen-
aver, y la crianza de aquel an-
Prometiò obedecerla con in-
o cuydado, y dexandola en la
que por las ſeñas decia era
aſa, ſe deſpidiò, admirado del
grino ſuceſſo, y particular-
te del gran valor que avia te-
ſola, y en tan conocido peli-
pero qué no harà una muger
ue no ſe entienden ſus fla-
as? Què impoſſibles no in-
arà, porque viva encubierta
honra? Llegò el pobre à ſu
pobre caſa, y refiriendo à ſu eſ-
poſa lo que avia ſucedido, diera
materia por algunos malicioſos
zelos, ſino la deſengañàra el oro
que traía, que en todas ocaſiones
es el credito que tiene mas juriſ-
dicion en los oìdos; y acordando-
ſe de que una vecina ſuya avia
parido pocos dias antes tan deſ-
graciadamente, que apenas un hi-
jo que le diò el Cielo pisó los um-
brales de la vida, quando acrecen-
tò el numero à los Angeles, fue-
ron al punto, para que intentaſſe
criar la belleza de una niña, que
pudiera el Cielo codiciarla por
Serafin en la inocencia, y hermo-
ſura, y dexandola en ſus brazos,
trataron al ſiguiente dia de com-
prar las coſas neceſſarias para el
adorno forzoſo de ſu limpieza. Yà
ſu padre en eſte tiempo, viendo
que faltaba de ſus ojos ſu adora-
do dueño, avia dado la buelta à
Salamanca; y ſabiendo por cartas
ciertas el ſuceſſo de aquella no-
che, eſcrivió à Albanio, embian-
dole baſtante agradecimiento de
ſu diligencia; y aunque por una
deſgracia que en ella le ſucediò, le
fue forzoſo paſſar à Italia, dexò
primero à cargo de un amigo el
cuydado deſta obligacion, el qual
lo hacia tan liberalmente, que en
pocos años ſe hallò Albanio con-
tento, y Rico, gozando una vida
deſcanſada. Creciò Silvia, que aſ-
ſi ſe llamaba la diſfrazada Labra-
dora,

dora; y apenas tenia cumplida la neceſſaria edad para poder uſar del matrimonio, quando los que valian mas en el Lugar, la amaban, y obligaban para muger propia. Era tan blanca que la nieve perdia delante de ſu cara, la opinion que avia cobrado en la Region del Ayre; los cabellos pudieran ſerlo del Sol, y acercabanſe tanto à la tierra, que parecia, como eran oro, que querian bolverſe otra vez á ſu centro; tenia los ojos alegres, aunque negros, tan ſeñores en lo que miraban, que pocas veces pagaron lo que debian; las mexillas no conſentian artificio, porque con naturales roſas ſe mezclaba graciosamente el alabaſtro con la purpura, y la plata con los claveles; la boca era una pequeña herida, que remataba con hermoſa ſangre el animado criſtal donde eſtaba hecha; las manos eran dos azuzenas vivas, que dexaron de ſer nieve, porque no ſe les atrevieſſe el Sol en nada. era de condicion agradable, y llana, ſi bien tenia unos penſamientos tan hijos de ſu nobleza, que ſe eſpantaba de verſe con alma tan corteſana, teniendo engaſte tan humilde. Pareciòle bien la bizarria de muchos Cavalleros que paſſaban de camino, no por liviandad, ſino porque la decia el *corazon, aunque confuſamente, ſu iluſtre nacimiento*, que tambien con la ſangre ſuelen heredarſe las inclinaciones. Y eſtando una tarde de Verano, dexandoſe gozar del freſco viento, que para llevar olor á las flores, ſe favorecia de ſu boca, acertó à paſſar un Cavallero de Madrid, llamado Don Diego Oſſorio, en compañia de amigos, y criados, y mirò aquella deydad, que aunque guarnecida de paredes muy roſcas, daba lugar al entendimiento, para que reparaſſe en ſus divinos rayos. Paſsó adelante, y aunque mil veces quiſo bolverſe, ſe reſiſtió, pareciendole poco valor rendirſe à una villana, como ſi el diamante perdieſſe ſu precio, porque eſtuvieſſe engaſtado en plomo, ò cercado de piedras falſas. Venciò, en fin, por entonces aquel deſeo, que era eſimera de la voluntad, y llegò à Aranjuez, donde negociò lo que pretendia, con mas brevedad que imaginaba por bolverſe à Madrid, ò quedarſe en Pinto, (que alli eſtà la Corte para un hombre, donde eſtà ſu guſto) fue à vèr à Silvia, para que juzgaſſen ſus amigos ſi tenia diſculpa; informaronſe de un Labrador honrado, que ſe tuvo por dichoſo en ſervirlos; y ſabiendo que eſtaba entretenida en una huerta con otras amigas ſuyas, fueron todos à verla. Saliò Silvia, quando yà el Sol, con una noche demaſiado obſcura, avia deſamparado el diaſalo-

òla Don Diego con el reſpe-
ebido à ſu recato, y viendo
la noche animaba ſu corte-
, ſe atreviò à decirla alguna
ede ſu cuydado; pero aunque
'via no le deſagradaban las
)nas de ſu porte, no quiſo
)caſion reſpondiendole à pa-
: (ſino liviana) por lo menos
illera, que aviendo deſigual-
la converſacion parece deſ-
poſtura; porque no ay inten-
ue la diſculpe, ni fin honeſto
la acredite. Fueſe ſin bolver
jos, por cumplir con ſu reca-
no dàr venganza à muchas,
:omo conocian ſu demaſiada
za, quiſiera que resbalàra en
, para que no fueſſe mas ſe-
de ſu voluntad que todas
. Quedó Don Diego por una
: contento de aver viſto lo
deſeaba; y por otra, deſcon-
) de ſu fortuna: mas advir-
)o en que aquel disfavor no
) deſprecio de ſu perſona,
eſtimacion de ſu verguenza,
eterminó à probar, ſi con
)s teſtigos ſe moſtraba mas
)ſa, y en mitad de la no-
, con los inſtrumentos que
buſcado ſu deſeo, arma-
. las paredes de Silvia, y
ando entre las demàs per-
ones de ſu cara, ſu hermoſa
, que lo era tanto, que para
ir los corazones, apenas avia
:ſter ojos, *cantò, ayudan-*

.dole otros dos criados muſicos,
de eſta ſuerte:

Clavel dividido en dos,
tierna adulacion del ayre,
dulce ofenſa de la vida,
breve concha, dulce eſmalte.

Puerta de carmin, por donde
el aliento en ambar ſale,
y corto eſpacio de aljofar,
que ſe apoſenta en granates.

Depoſito de alvedrio,
hermoſa, y purpura imagen
del Murice, que en la concha
guarda colores de ſangre.

Cinta de nacar con quien
Tiro ſe mueſtra cobarde,
y aun ſentida, porque el Cielo
puſo mas en menos parte.

Juſto aplauſo de los ojos,
hermoſa, y pequeña carcel,
muerte disfrazada en grana,
ſi ay muerte tan agradable.

Tirania deleytoſa,
cuyo vergonzoſo engaſte,
es mudo hechizo á la viſta,
ſiendo un imperio ſuave.

Guarnicion de oro plateada,
y de nieve entre corales,
diſcreta embìdia à las flores,
que un Mayo mira conſtante.

Y en fin, cifra de hermoſura,
ſi permitìs que os alabe,
decidme vos de vos miſma,
porque os ſirva, y no os agravie.

Mas la empreſa es infinita,
yo muy vueſtro, perdonadme;
porque ſolo sé de vos,
que aveis labido matarme.

Oyòlo Silvia, y conociò que era el Cavallero que la avia hablado aquella noche, quiſiera abrir la ventana, por no acreditarſe de villana en la corteſia, pero tenia miedo à alguno que lo pudiera vèr, y aun dixera mas de lo que avia viſto. Agradabale en Don Diego el talle, la corteſia, y el entendimiento; y pareciala que eſtuviera empleada à guſto, ſi el que llegàra à merecerla, fuera de aquellas partes; pero acordandoſe de ſu humilde nacimiento, deſpidiò de la memoria eſtas imaginaciones, y remitió, aunque no tan preſto, eſtos deſvelos al olvido. Confirmò Don Diego ſu deſgracia, pues aun oyendo alabanzas ſuyas, avia diſſimulado el agradecimiento Fueſe à ſu poſada, mas inquieto que prometia ſu buen juìcio, pidiendo à la induſtria alguna traza para vencer aquel deſdèn, y no la hallaba, porque quedarſe en el Pueblo, era publicarſe por amante ſuyo, y ofenderla con lo que pudiera obligarla; porq̃ en un Lugar corto eſtà peligroſo el ſecreto deſtos cuydados, y una muger ſuele rendirſe á los deſeos de quien la adora, viendo que ſolamente el Cielo ſabe ſu delito, mas quando conoce que aquellos penſamientos ſon publicos, ſe và à la mano en agradecer. *los, por librarſe de los* rigores del *vulgo, que eſtà aguardando* que tropiece en ſu facilidad para ner converſacion à coſta de ſ mairſe à Madrid que era el m medio para olvidarſe de todo ſe lo conſentia ſu amor, y la b za de Silvia. En efecto, el ena rado Cavallero diſcurria en coſas tan deſeſperado, y per que ſe puſo á imaginar, ſi mu do trage la agradaria mas, era poſſible que la hicieſſe de ñoſa, no ſu talle, ſino ſu difer calidad, que ſi una eſperanz deſigual, no abre de buena g la puerta al agradecimiento; reciòle, que ſi le viera Silvia adornado de locas galas, ſino tido de humildes paños, po igual ſiquiera le amaria: dur ſobre eſte penſamiento, y r viòſe buſcar por todos cam remedio. Llamò al dueño c caſa, y contandole ſu mu amor, y la poca eſperanza q daba la tirana condicion de via, le refiriò el intento que penſado para conquiſtarla; y advirtieſſe, que avia de ſer c favor, que él le prometia fal cerlo. Decia eſto con tanto t to, y tan verdaderos ſuſpiros el viejo, obligado de la pr ſa, y enternecido á ſus peſar promeriò hacer de ſu parte q to le fuera poſſible; y acor doſe que avia tenido un hijo apenas conociò la primavera ſus años, quando dexò ſu pa

ner haſta entonces nuevas
fortuna, le dixo, que èl echa-
ima de que avia venido, y
manera podria ſeguramente
nder el dichoſo fin que de-
. Agradeciòle Don Diego
ıfinitos abrazos la merced, y
ıdo à ſus compañeros deſta
formacion, ſe partiò á Ma-
ı componer ſus coſas, y ha-
o veſtidos curioſos, aunque
os, y mudando el nombre
ɔn Diego en Cardenio, bol-
na noche à la caſa de ſu nue-
dre, el qual divulgò por el
r la venida del no eſperado
y todos le dieron mil para-
s, viendo, que deſpues de
: librado de los trabajos de
e, le hallaban tan mejorado,
ı hombre. Empezó Carde-
darſe à conocer con los me-
del Lugar; y como ſabia
en los terminos de la corte-
:ra tan galan en aquello que
iria la humildad del trage,
le embidiaban, y de todos ſe
ıa la voluntad. Vivia alegre,
ıfecho de ſu buena ſuerte;
e en efecto, à todas horas
mirar á Silvia, á quien ſer-
n recato, y zelaba con ſegu-
; y con la ocaſion de recien
o, la viſitaba algunas veces.
n en decir algunos curioſos
acciones agenas (que en to-
ırtes ſobran) que Cardenio
à Silvia, porque los ojos

diſſimulan poco, y à qualquiera
parte que ella iba, ſeguia ſus paſ-
ſos, como ſombra de ſu reſplan-
dor. Advirtiòlo tambien ella con
algun cuydado, no porque ſe le hi-
zo novedad el verſe amada, ſino
porque ninguno merecia con tan-
ta razon ſer correſpondido. Era
Silvia diſcreta, y como tal cono-
cia las gracias, y entendimiento
de ſu nuevo amante: pareciale
bien, porque lo bueno, imagina-
do como tal, es impoſſible que
deſagrade; y aſſi, poco à poco
iba olvidando ſu natural eſquivo,
deſcubriendo ſu corazon, que ſi
no amaba, por lo menos agrade-
cia, que viene à ſer lo miſmo, por-
que quien premia para agrade-
cer, no agradece para deſpreciar.
Conſideròſe igual á Cardenio,
querida de Cardenio, y embidia-
da de muchos, que en ſu preſen-
cia le alababan. Pareciòle que ſe-
ria delito tratar mal à quien la
queria bien. Muchas veces po-
dia Silvia aver hecho eſta conſi-
deracion con muchos que la ado-
raban; pero nunca una muger ſe
laſtima de lo que padecen otros,
haſta que ella paſſa por el propio
deſaſſoſſiego. Yà Silvia amaba, y
como amaba ſe compadecia; y
eſtando una noche tratando eſtos
cuydados, ſolamente con ſu pen-
ſamiento, ſu viejo padre (que haſ-
ta entonces en ſu opinion Alba-
nio merecia eſte nombre) avien-
dola

doſe informado de que Cardenio, y otros muchos la eſtimaban, temiendo no hicieſſe alguna locura, con que malograſſe ſu nobleza, para que ſe libraſſe del peligro que podia tener, la contò el verdadero ſuceſſo de ſu hiſtoria, y enſeñandola algunas cartas de las que avia recibido, la dió por nuevas, que quando menos imaginaſſe, ſe avia de vèr en diferente eſtado, y aſſi, miraſſe lo que hacia, porque no la culparian à ella de qualquier deſatino que intentàra, ſino al poco cuydado que él aiva pueſto en defenderla; y que pues avia nacido con tal ingenio, como hermoſura, y ſobre todo, con mueſtras de natural virtud, la rogaba, que ſé acordaſſe ſiempre de la ſangre que avia heredado, y le pagaſſe el amor que la tenia, con no dexarſe conquiſtar de quien la ſolicitaba, pues ninguno la merecia. Con notable ſuſpenſion eſcuchò Silvia las verdades de Albanio, y ſu ſecreto nacimiento, y prometiendole obedecer ſus conſejos, le aſſegurò de ſus ſoſpechas, quedando tan confuſa, como deſengañada. Acordòſe de Cardenio, y viendoſe con algun eſtorvo para ſer ſuya, ſintió el perderle, mas conſiderando, que amarle era enojar à Albanio, y ofender ſu *ſangre*, ſe determinò à olvidar *aquella apariencia* de deſeo, y *eſperar el dia en* que ſe conformaſſe ſu inclinacion con ſu calidad. Y eſtando Cardenio adorando una tarde las paredes de ſu caſa, la viò ſalir ſola, y que enderezaba ſu camino àzia el hermoſo, y alegre Prado, ò à divertirſe de algun deſvelo que traìa, ò á entretener las dilatadas tardes del apacible Mayo: fueſſe por otra parte para cogerla deſcuydada, haciendo de modo, que el encontrarla pareciеſſe que avia ſido premio de ſu deſeo, y no curioſidad de ſu prevencion. Llegò à eſte tiempo disfrazada la hermoſa Diana, y ſentòſe entre un jardin de comunes flores, que la naturaleza, ſin cuydado, avia producido con el ayuda de un arroyuelo que tenian por vecino, que acaſo lo era, porque ſiempre mormuraba; y admirada de lo que aquella noche avia contado Albanio por ſu desdicha, conſideraba la poca ventura que tenia, pues quando pudo emplearſe en un Cavallero que la eſtimaba, y merecia, la ſirvió de impedimẽto el verſe tan inferior à ſus prendas; y quando la agradaba Cardenio, igual ſuyo, y digno de qualquier cuydado, la eſtorvaba el eſtár advertida de ſu nobleza; y viendola Cardenio tan divertida, que no avia reparado en que le tenia delante, quiſo deſcirla ſu voluntad, de manera, que ella la ſupieſſe, ſin que imaginaſſe que ſe la decia; y diſſimulando aver-

a viſto, y pidiendo licencia
rbacion, dulce, y enamora-
antò aſſi:

lvas, no vengo à quexarme,
e, y contento vengo,
i eſtà en necios la dicha,
i vida fui mas necio.
ieroos contar mis venturas,
es poco ſi las cuento,
:ſtoy tan hecho à deſdichas,
. mi miſmo no me creo.
mor tengo, ſelvas mias,
es tan divino el dueño,
olo en averla amado
recido diſcreto.
:n conocereis à Silvia,
e con dos ſoles negros,
quanto mira rinde:
direis, tales ſon ellos.
quel hechizo del valle,
en pienſo que diò el Cielo
miſſion de matar,
ni me topò primero.
› penſeis, q̃ os miento ſelvas,
en viendola, direis luego:
aya tanta hermoſura;
guſto tiene Cardenio.
ame con buenos ojos,
pe no es favor muy cierto;
ſi mira con los ſuyos,
eſtà que han de ſer buenos.
yia, en fin, me abraſa el alma,
que muero ſi la veo,
azer guſto mi amor,
ſtrellas miro, y muero.
aſſi, quantos verla quieren,
me dàn, y zelos;
laſtima, porque los mata;
y zelos, porque la quiero.
Hazeme ſalir colores,
quando à ſus ojos me atrevo,
que como la quiero mucho,
la tengo mucho reſpeto.
Es un Angel, ſelvas mias,
y como no la merezco,
mientras ſe duele de mi,
con quererla me contento.
Selvas, aqueſto es verdad,
eſto paſſo, aqueſto ſiento,
preſtadle mi amor à Silvia,
ò quitadme el que yo tengo.

Cantò tan ſentido el enamorado Cardenio, que puſo en cuydado à Silvia, y no quiſo bolverſe à ſu caſa, ſin hablar con el dueño de la voz, y della los penſamientos: ſaliòla al paſſo Cardenio, como admirado de la novedad de verla, y Silvia ſe rezelò, como temeroſa del peligro que la amenazaba ſu voluntad: parecióle mas galàn, porque le miraba como impoſſible de gozarle; y preguntòle, ſi era el acaſo quien tan dulcemente avia referido ſus anſias à las ſelvas. Bien ſabia Silvia que era Cardenio, porque èl miſmo avia dicho ſu nombre; pero eſtaba de manera, que por eſcuchar-le ſegunda vez, ſe lo preguntaria muchas. Reſpondió, que èl era, aunque deſgraciado; quiſo irſe Silvia, por no eſcuchar coſas que la pudieran hazer ſalir colores, y

aun obligarla á que ſe perdieſſe mas de lo que eſtaba. Detuvola Cardenio, aunque fuè meneſter poco; y advirtiendola, que ſe daria por pagado de ſu amor, ſi le eſcuchaba parte de ſu ſentimiento, la dixo de eſta ſuerte: Silvia, ſi pensàra que amandote avia de ofenderte, aſſi en la opinion, como en el guſto, ſabe Dios, que me quitàra yo miſmo eſta triſte vida, para que me faltàra con ella la ocaſion de enojarte; pero como tengo por cierto, que el amor de un hombre, quando no es con perjuìzio, no ofende, me anìmo à llevar adelante mis penſamientos ſin comunicarlos mas que al ſecreto deſtos arboles, que ſon amigos que no hablan. Yo eſtaba, como has viſto, cantando, ó llorando, que en quien ama, tan cierto es lo uno, como lo otro, y pienſo que me oìſte, mas ſi es aſſi, no te peſe, que bien puedes paſſar por el guſto de ſer querida, pues yo paſſo por el tormento de amar, ſiendo mal pagado. No te pido, Silvia mia, que me quieras, pero ſolo te ſuplico, que no te enojes que te ame, pues ſe precia mi amor de tan poco intereſſado, que apenas tengo atrevimiento para deſearte, porque pienſo que el amor que no llega à los brazos, ſi *no es* el mas guſtoſo, por lo menos es el mas perfecto. Yà eſtaba Silvia tan enternecida à las razones de Cardenio, que confiaba co de ſu deſden; y aunque que no acertaba à irſe, mas reſiſt doſe con valor de muger pri pal, le reſpondiò tan rigur que no pudiera hazer mas ſi la viera dicho que la aborrecia. ſe, en efecto, llorando por lo dexaba, y huyendo de lo que tecia, yà la peſaba de aver ſal del deſdichado, aunque ilu nacimiento. Ay, Cardenio, de por el camino, bolviendo los algunas vezes, quien pudiera garte eſſa voluntad, ſin aventi la nobleza que tengo hereda Y quien pudiera recabar cor Cielo, que te diera la calidad te falta, para que yo te ofreci un alma que me ſobra! Aſſi ſe ſentaba, y ſe quexaba tan pi ſa, que quiſo atreverſe à ſu guenza, y bolver á conſola que quedaba con mas amor, que con menos eſperanza. N quiſo ſeguir Cardenio, po enojarla, penſando que ſe ofendido de veras. Era diſcr por ſer deſconfiado, y como a ba temia; y como temia, tuvo cierto el deſden de Silvia. C firmò ſu poca ventura, con rando que no hallaba modo agradarla; pues ſiendo Caval la avia ofendido, y viendole llano, la avia enojado. Bien fiera poder quitarſe la noble gre con que avia nacido para

on mas libertad pedirla por
nas procurando conſolarſe,
ió à ſus ojos ſu ſentimiento.
ndo entre los demàs arboles
ue avia ſido tan deſgracia-
rto de la Primavera, que co-
huviera probado los rigores
ziembre, eſtaba falto de ga-
hermoſura, pareciendole
via hallado con quien ha-
y contar ſus laſtimas, pues
mpañero ſuyo en las deſdi-
cantò, con embidia de las
de eſta ſuerte:

ol, que en tus verdes años,
blanco de venganzas,
: faltan eſperanzas,
bran deſengaños,
entura tus daños,
1 fin, tu ſuerte acabó,
ydado te quitò
er lo que has buſcado,
o teme un deſdichado,
o vè lo que temiò.
mi deſdicha vi,
tambien eſperé,
e mi tormento hallè,
menos le temì,
no paſſa por ti,
Primavera trata
uerte, y te maltrata,
puede darte sèr,
n efecto muger,
librò de ingrata.
nas fuiſte del ſuelo
quando un rigor
ncia de tu verdor,
fuè parca de tu deſvelo,
deſdeñoſo anduvo el Cielo,
aun antes de caſtigarte,
en luzirte, y adornarte,
pues pudiſte ſoſpechar
que yo guſtaba de dar,
para tener que quitarme.

Tu eſtàs con muerta eſperanza,
y yo vivo con cuydado,
tu lloras el bien paſſado,
yo la preſente mudanza;
no ay humana confianza
eſtable, firme, y ſegura,
diòte el Cielo eſſa hermoſura,
y fuera mucha eſtrañeza
vivir con tanta belleza,
y tener mejor ventura.

El Cielo à ti te quitó
la vida, pero yo à mi,
pues quiſe vèr lo que vi,
y vi lo que me matò;
en mi pena, ſolo yo
me doy el mayor caſtigo,
yo miſmo à mi perſigo,
aunque mi muerte rezele,
que tal vez un hombre ſuele
tratarſe como enemigo.

Quando lloras tu caìda,
yo ſiento mi ſuerte triſte,
tu la eſperanza perdiſte;
yo la eſperanza, y la vida;
los dos la vemos perdida,
que el Cielo lo quiſo aſſi,
tu fuiſte lo que yo fuì,
gozaſte lo que gozè,
tu viviſte, yo eſperé,
tu acabaſte, yo caì.

Llegò la noche, y Silvia eſtuvo aguardando á Cardenio, ſin quitarſe de la ventana: el qual apenas vino, quando encerrandoſe en ſu apoſento, y dexando el groſſero abito, ſe viſtiò las mejores galas que tenia, entre muchas que traxo, por lo que pudiera ſucederle: y quando todos eſtaban entregados à la quietud de la noche, ſaliò de ſu caſa, y fuè à la de ſu ingrata Silvia, que con el calor del tiempo, y el que avia cobrado aquella tarde, no podia alcanzar del ſueño que la divirtieſſe de aquella agradable peſadumbre. Acercòſe Cardenio, con intencion de ſaber ſegunda vez, ſi mudando trage ſe mejoraba ſu fortuna. Reparò Silvia en el, y viendo que no paſſaba adelante, ſino que daba à entender, que la eſperaba para hablar, conſultando cõ ſu recato la reſpueſta, ſe diſpuſo à cerrar la ventana, y cumplir con la obligacion que à sì ſe debia; y antes que lo hizieſſe, la dixo Cardenio, miraſſe, que por eſcucharle dos palabras, no perderia tanto que fueſſe meneſter valerſe de ſus tiranìas; y por no perder la ocaſion que tenia entre las manos, proſiguiò, diziendo: Yo ſoy, ſeñora, un Cavallero, que paſſando por eſte Lugar vì vueſtra divina hermoſura, pluguiera à Dios *huviera nacido ſin ojos*, para que

que eſcuſara de lo que por ſu oca-

ſion padezco. Vila, en fin mi deſdicha, que deſdicha ce amar un hombre, à quie que no le paga; y bolviendo ros, os hablé una noche cuydado, y hallè tan poco en vueſtros ojos, que aun debia, que por deſcuydo m raſſen. Procurè divertir eſt luntad en la Corte; y lo hu hecho, ſi vos fuerades meno moſa: mas hallando por im ble olvidaros, quiſe bolver à de vos, ſi acaſo guſtais de q empeñe con mas fuerza en ros, dandome alguna eſper yà que no de amarme, ſiquie agradecerme una voluntad noble. Eſte deſengaño eſpe vueſtra boca, que aunque contrario à mi deſeo, me ſ de ſaber que nacì para llan vueſtro; pero no para mer por mia. Oyòle Silvia, ma vèr ſi ſe olvidaba de Car que porque guſtaba de eſc agenos cuydados; y como ama tiene hecho el guſto palabras de ſu dueño, acc doſe de que lo era ſuyo, la gradò quanto eſcuchaba ces. O fuerza de la paſſi quien quiere bien! Carden el que hablò à Silvia la p tarde, y el que la habla aor tonces villano, y aora Cav el miſmo entendimiento ti

aun mejor; porque eſtà en

à propoſito para la inclina-
le Silvia; pues como le deſa-
el miſmo que le ha pareci-
n? Milagros ſon de la volun-
que todas las coſas que mira
ſugeto que eſtima, las califi-
r acertadas, y cuerdas. En un
re querido, todo es gracia,
errores ſon aciertos, los diſ-
es agudezas, y las ignoran-
lonayres. El exemplo tene-
n las manos, pues Silvia eſ-
tan pagada de ſu Cardenio,
on ſer èl miſmo el que la eſ-
hablando, ſolo porque le
inaba como otro, la ofendia,
to, que le reſpondiò reſuel-
ıte, no ſe cansaſſe, porque
de que ſu calidad era deſi-
i ſu eſtado, en un Lugar cor-
da tan ſobrada la malicia, q̃
uiera coſa, por la mitad que
n, avian de atribuir à livian-
y lo que mas la quitaba las
anzas de pagarle, era verſe
va de una voluntad, que no
raba admitir otra en ſu ho-
pecho, porque ella amaba;
corazon con poco guſto, lle-
bre sì mas de un cuydado,
epartirle en diferentes due-
es no tenerle de ninguno; y
i perdonaſſe, y procuraſſe, ſi
ria, no venir tercera vez
: ella le vieſſe, y los demàs
aſſen, y deſpidiendoſe, cerrò
ıana. Quedò Cardenio tan
gañado de ſu corta dicha,
que yà le peſaba de aver ſabido
tan à ſu coſta lo que avia de ſer
principio de ſu muerte. Mirabaſe,
no ſolo amando, ſin ſer correſpon-
dido de Silvia, ſino que eſcuchaba
della, que tenia voluntad, y que
no ſeria à él, pues le trataba con
tantos rigores; y como ſi el veſti-
do fuera cauſa de ſus penas, le hi-
zo pedazos por teſtigo de ſus ofen-
ſas, y por no aver ſacado con èl
ſino deſengaños que le atormen-
taban. Maldezia ſu fortuna, y pe-
dia al Cielo le quitaſſe la vida; por-
que aunque Silvia le avia muer-
to, era de manera, que le dexaba
vivo para el ſentimiento, y difun-
to para la eſparanza. Y viendo que
eſtaban cerrados todos los paſſos
para agradarla, y que con ruegos
no ſe obligaba, porque no era no-
bleza, ni con finezas, porque ſe
preciaba de ingrata; con galas no,
porque avia nacido groſſera; con
veſtirſe de ſayal tampoco, porque
era altiva; con amores menos,
porque queria en otra parte; ſe
acordò de las vezes que los zelos
han hecho milagro en la volun-
tad mas tibia; porque una muger
ſuele deſcuydarſe amada, y amar
aborrecida. Reſolviòſe à obligar-
la con agravios, yà que no ſe de-
xaba conquiſtar con verdades, y
procurar conocer el Labrador
venturoſo que la merecia, como
ſino fuera él ſolo el dueño de ſu
albedrio, pues á él ſolo era à quien

amaba, y con él miſmo le daba zelos; y para eſto ordenó moſtrarſe publicamente agradecido à una Labradora de gentil brio, de mucha riqueza, y de razonable calidad, que ſe preciaba de entendida; y aviendo eſcuchado algunas vezes, ſe avia aficionado à ſu entendimiento, y en qualquiera ocaſion que podia hablarle, daba à entender, que no le queria muy mal. Empezò Cardenio à moſtrarſe amante ſuyo, y ella à tenerſe por dichoſa en penſar que merecia ſus deſvelos; eſcriviala diſcreto, aunque mentiroſo, y ella reſpondia bachillera, aunque agradecida, y eſto à tiempo que yá Silvia, olvidada de ſu fuerte condicion, le amaba con tantas veras, que lo pagaba ſu ſalud; porque advirtiendo que era noble, ſe le hazia laſtima juntar ſu ſangre con quien avia de mancharla; y mirandole à èl le parecia impoſſible paſſar la vida ſin ſus brazos; de manera, que ni ſe atrevia à quererle, ni ſe determinaba á olvidarla. Aſſi eſtaba ſu hermoſa Silvia, quando llegó à ſus oìdos el nuevo empleo de ſu mudable amante, y como la halló tan diſpueſta para qualquier deſdicha, fuè mucho que la dexaſſen con vida los zelos. Quiſo caſtigar ſu amor, y trocarle en aborrecimiento, mas no pudo, que el amor con nuestra voluntad ſe toma, pero no ſe dexa. Quiſiera darle à (der ſu peſadumbre en vienc no ſe atrevia, porque ſi an otra, era poner en contin; ſu eſtimacion. En fin, le p mejor callar ſu ſentimien pudieſſe) aunque ſufrir lo: ſin dar vozes, era demaſiad: tificacion. Y una tarde, qu que ſalieſſe á honrar los ca la combidaba un freſco vi(fuè à comunicar con la ſ(ſus congoxas, y à dàr part aves de ſus penſamientos; ſi ſe preciaban de parleras xeſſen á Cardenio lo que pa y bolviendo los ojos àzia l: de un pequeño monte, que de diadema hermoſa à lo del campo, viò que tres bres alevoſamente injuria vida de uno ſolo, que b ſe defendia; y animandoſe to pudo, fué á impedir c ruegos, y ſu hermoſura el ſo fin que prometian tan nados atrevimientos; y p cha priſa que ſe diò para c con la piedad de ſu deſeo, yá do llegò fuè tarde, que los gos del valiente mancebo que herido peligroſamente huyendo, por dexarle, à f cer muerto, ò con poca eſp de la vida. Llegò Silvia, entre los brazos de una h zagala al triſte mozo, que b en ſu ſangre con un mor

), daba à entender que le fal-
poco para rendirſe á la
te. Reparó Silvia antes de
ntar el tragico ſuceſſo, en
a muger que le acompañaba
a cauſa de ſus zelos; y bol-
lo al dueño de la vertida ſan-
viò que era no menos que ſu
lor amante, ſu falſo Carde-
querido ingrato. Bien tomà-
r partido, que pudiera tanto
ıtimiento de la preſente deſ-
a, que la mataſſe con breve-
, para que ſus zelos duràran
ıs; y preguntando à la ene-
de ſu ſoſſiego, la ocaſion de
la deſgracia, reſpondiò tur-
, y lloroſa, que Cardenio (à
a amaba con eſtremo) eſtan-
ın ella à la ſombra de aque-
ırboles, avia tenido cierto
ſto con un hombre, mas po-
o, que bien nacido, ſobre
dia de ſu fortuna, y zelos de
luntad; y pareciendole, que
liſparate ſufrir, que un hom-
umilde, y recien venido, ſe
ajaſſe à todos, y fueſſe cau-
que no le amaſſe, aviendole
ſalir con ella aquella tarde,
uió cauteloſamente, y quan-
laban mas ſeguros de ſu
ion, le acometiò con otros
ue le acompañaban, y ſin
aſtaſſe ponerſe ella miſma
te de las eſpadas, para defen-
de ſus crueldades, le avian
do *en ſus brazos de la* mane-
ra que miraba. Diſſimulò Silvia,
no el ſentimiento que la raſgaba
el corazon, ſino los zelos que la
abraſaban el alma; y dixola, que
fueſſe al momento, y aviſaſſe de
aquella deſgracia en el Lugar,
para que ſe procuraſſe ſu reme-
dio. Quedò Silvia ſola, y cercada
de mil penſamientos, porque con
los zelos que tan claramente te-
nia averiguados, deſeaba la muer-
te à quien era ſu miſma vida; y
por otra parte, como ſabia de sì,
que le adoraba, mirabale con el
anſia de verle padecer, y venia à
peſar mas el amor que la enter-
necia, que los zelos que la enoja-
ban. Alzò Cardenio los ojos, y
conociendo à Silvia, eſpantado
de verſe libre de quien avia ſido
cauſa de aquella tragedia, caſi eſ-
timó el rigor que con él avian
uſado ſus enemigos, por parecer-
le, que Silvia de laſtima, avia de
olvidarſe por entonces de ſus aſ-
perezas; pero acordandoſe de que
tenia ſecreto dueño de ſu guſto,
deſeaba que las heridas fueſſen
tales, que baſtaſſen à quitarle la
vida, pues con la muerte, por lo
menos no ay fortuna que ſe te-
ma. Mas viendo, que ſolo en la
cabeza tenia la herida, que avia
eſparcido tantos granates, porque
de las demàs le defendiò un co-
leto que traìa debaxo de aquel
diſſimulado trage, ſe determinò
à vengarſe de los ofenſores, por
el

el agravio que le avian hecho en dexarle vivo, fin duda para que le mataſſe: mas poco à poco el martirio de ſu ſoſpecha, y el tormento de ſu deſengaño. Y deſpues de ſatisfacerſe Silvia, de que la herida de la cabeza era ſola la que producia aquella caliente purpura, y no de tanto peligro, como ſe imaginaba, aunque para quien le amaba como ella, qualquier dolor ſuyo, por pequeño que fueſſe, la atraveſſaba el pecho, aviendole limpiado con ſus manos alguna ſangre que eſtaba detenida en el roſtro, y apretandole un lienzo en la parte por donde el roxo humor fugitivamente ſalia, le preguntò el ſuceſſo; y diziendole, que ſe eſpantaba, que teniendo de ſu parte à un Angel que le defendia, ſe huvieſſen atrevido à la menor ofenſa; porque ſi ella viera à ſu galàn en ſemejante eſtado, ò le avia de dexar ſin agraviarle, ó avia de probar ella primero los azeros, para que ſi deſpues le acertaſſen al pecho, pareciеſſe favor, y no venganza. Tuvo Cardenio à novedad, que à Silvia la peſaſſe tanto de ſu deſgracia, que la compaſſion eſtà muy cerca de parecer amor; y para confirmar mas bien eſta verdad, la refiriò lo miſmo que Silvia avia eſcuchado, aunque la hiſtoria no era para oìda dos vezes; pues zelos para matar, baſta que de repente ſe imag
Dixo, que no amaba à la L
dora que avia viſto, ſino que
con una honeſta voluntad l
ria, porque lo primero fuera
vio para Silvia, y lo ſegund
credito para Cardenio. Y ſi
ra que le amaba, diera oca
Silvia para qualquier deſp
que aunque muchas con ze
deſdenes aumentan ſu amor
ſuelen resfriar el deſeo; y a
tiendo Silvia, que ſi callaba l
padecia, ſeria fuerza que C
nio proſiguieſſe en aquel e
do, antes que vinieſſe gent
la eſtorvaſſe, fingiendo una
mulada riſa, que ſi fueran ne
rias lagrimas, no avia mer
fingirlas, le dixo deſta ſuert

Prometote, Cardenio, q
ſuele dàr ocaſion à que m
vèr en los hombres en tan
tiempo tan diferentes, y vari
reces, que aviendo nacid
alma poco firme, y voluntа
nos conſtante, os andeis que
de noſotras toda la vida. Po
tura ay mudanza en algun
ger, q̃ no proceda de cauſa
tra? Trato de las mugeres p
pales, que en las demàs, la ir
tancia nò es novedad, porq
coſtumbre. Has oìdo dezir
na vez, que vna muger adm
otro cuydado, ſiendo bien c
pondida? No por cierto, p
la que aventura ſu recato, ò

, ò por interès. De eſto ſe-
o ſe libra la que es noble,
queriendo bien, y teniendo
: à ſu guſto, què muger ay
iecia, que le quiera perder, y
eſtando ſu reputacion de por
o? Diráſme, que como ſe vè
a experiencia, que la que es
noble no ſuele permanecer
n empleo; y à eſſo reſpondo
e al principio, pues no tie-
ellas la culpa, ſino quien las
;a á que intenten deſatinos.
culpa tendrà la muger que
ofendida de un ingrato en
nra, y en el guſto, ſi por ver-
ore de ſu memoria, ſe olvida
ez de ſu nobleza? Què ha de
r la que llevada de ſu amor,
ovida de las lagrimas de un
ibre, le dà lugar en el pecho,
aì paſſa à quanto deſea (que
vez rendida la voluntad, to-
o demàs es facil) ſi deſpues
ozar lo que alcanzaron rue-
y laſtimas, como ſe vè que-
, y tiene ſegura à la deſdicha-
ue le adora, apetece quan-
ira; y lo que peor es, que no
haſta matarla à peſadum-
, y dexarla con las ofenſas à
jos? Pregunto, Cardenio, eſ-
nuger tendrà diſculpa en in-
ir qualquier flaqueza? Acaſo
ugeres nacimos con obliga-
de ſentir vueſtros agravios,
uſcar la venganza de ellos?
eneis *voſotros verguenza* de
ofendernos, y hemos de regatear
noſotras el vengarnos? Quien tie-
ne mas entendimiento, que es el
hombre, no huye de ſer inconſ-
tante, y quieres que una muger
tenga cordura para ſufrirle? Y ſi-
no, dime por tu vida, ó por aque-
lla dama que te quiere tanto, que
conſiente que te la quiten, acuer-
daſte que no ha muchos dias que
te hallé contando à las ſelvas, no
sè ſi mis cuydados, ò tus menti-
ras; y deſpues no me encareciſte
que te debia ſuſpiros, y te coſta-
ba deſvelos? No me dixiſte, que ſi
ſe dilataba tu vida à infinitas eda-
des, ni podias dexar de quererme,
ni acertarias à ſaber olvidarme?
Pues ſi eſto es cierto, como lo ſa-
bes tu, y aqueſſos arboles, y aora
te hallo en brazos de otra hermo-
ſura, que por lo menos te cueſta
ſangre, y mas lo que eſtà encu-
bierto, dime, què confianza ſe
puede tener del mejor hombre, ò
qué mas hizieras ſi huvieras eſta-
do auſente algunos años, yo deſ-
pues de averte querido te dexà-
ra? Tan preſto te he parecido fea,
y ſin averme gozado? Tan preſto
te canſaſte de rogar à quien mu-
chos ruegan à Pienſas acaſo, que
vives en la Corte, donde en el pe-
dir, y el conceder no ay mas diſ-
tancia que la falta de ocaſion? Pre-
ſumiſte que era alguna muger co-
mun, que me avia de rendir à los
primeros engaños, que todas las

palabras lo ſon, quando eſtà à los principios la voluntad? Y ſi por dicha no penſaſte tan mal de mi, dime, ſi como era poſſible, aunque no ha ſucedido, deſpues de aver eſcuchado à tus mentiras, me huviera agradado de tu talle, y ſobre todo de tu ingenio, parece que quedára buena, y parece que tuviera culpa en vengarme de tus ſinrazones, y en publicar que eras ingrato, facil, y deſconocido. Fuera entonces yo la mudable en agraviarte ofendida, ò tu en ofenderme ſin agraviarte? Cardenio, Cardenio, mira que es peligroſa qualquiera ofenſa en las mugeres que ſon honradas, porque como ſienten con mayor fuerza la injuria, intentan con menos piedad el caſtigo. Laſtima tendré de aqui adelante á la pobre que te quiſiere, porque yo, aunque te tuviera en mis brazos, temiera que alguna vez avias de amanecer ageno. Ay de mi, ſi te huviera creìdo, què de diſguſtos me prometiera! Libre Dios mi voluntad de tus engaños, que pueden ſalirle à una muger à los ojos. Mucho te importàra, yà que eres tan diſcreto, eſtàr menos confiado en tus meritos, que à muchos les echa à perder, no el entendimiento que tienen, ſino el ſaber que le tienen; y no creas que eres *tan perfecto, que has* de rendir *quanto miràres, que* viſto de eſpacio, tienes muchas faltas que no conoces, porque te vès en el eſpejo de tu propia paſſion.

Yà Silvia ſe iba enojando, aunque tan amoroſamente, que con lo que le ofendia le enamoraba. Pidióſe Cardenio albricias, no de que Silvia le quiſieſſe, porque los zelos que tenia, y lo que avia oìdo aquella noche, no le dexaban creer coſa en provecho ſuyo, ſino de verla tan afable, y humana, y por ſatisfacerla de ſu firmeza, y darla à entender, que ella avia ſido la primera ocaſion de ſu mudanza, la dixo: Para qué, Silvia, puede ſer bueno encarecerme, que todos los hombres ſon ingratos, por dezirme que yo lo he ſido? En eſſo ſaben los Cielos que ay mucho que averiguar. Es verdad, que me hallaſte repitiendo à eſtos campos lo que me debes, y aun lo que aora tan poco me pagas; pero no es verdad, ni lo puede ſer, que me aya olvidado de aquella primera voluntad, aunque te digan otra coſa tus ſoſpechas, que yo que la ſiento, sè que te engañas; y pluguiera al Cielo, hermoſa Silvia, que fuera verdad lo que has imaginado, pues á ti te importàra poco, y yo viviera con mas deſcanſo. Dizes, que eſtàs contenta de no averme creìdo, ni querido, porque aora te hallàras tan mal pagada, como bien quexoſa. Ay ingrata! no le creas,

ni

igas eſſe agravio à mi volun-
que ſi te parece que he ſido
able, puede ſer que lo aya
o por darte guſto, que quan-
na muger quiere bien, ſuele
decer que no la traten de
cuydados. Yo sè, Silvia, que
enes amor, yo sè que te deſ-
otras penas, y eſto de tan
original, que ay quien lo ha
chado de tu boca. Pues di-
es mucho que yo me entre-
de burlas, ſi tu me eſtàs
diendo de veras? No sè como
ts lastimado tanto deſta pe-
a herida, y tienes animo de
ie la muerte por mil cami-
No bastaba quererte Silvia?
baſtaba ſer deſpreciado por
n tu ſabes, ¿no querer que
guiera en amarte, y me viera
ido, quando ni tu me pudie-
emediar, ni mi cordura me
ra favorecer? Vete á la ma-
advierte, que no es gallardìa
r que un hombre ſe vaya en-
liendo cada dia, para darle
el deſengaño en los ojos, à
po que no tenga mas conſue-
ie ſu deſeſperacion: dexame
ar ſi puedo olvidarte, pues te
rta poco que yo te ame.

Confuſa eſcuchaba la enamo-
Silvia á Cardenio, y quando
ſatisfacerle de aquel indig-
enſamiento, la eſtorvó algu-
ente, que con las nuevas del
To, venia à ſaberle con mas
certidumbre, para que ſe previ-
nieſſe ſu remedio. Y contentos
todos de que la herida no era
demaſiada, ſi bien la falta de la
ſangre hazia mayor ſu deſgracia,
llegaron al Lugar, donde con ge-
neral triſteza fuè ſentida, porque
ſu corteſia le avia hecho tan bien
quiſto, que ſolo los zelos, que ni
miran à la piedad, ni atienden à la
razon, tuvieran animo para ofen-
derle. Eſtuvo en la cama algunos
dias regalado de Silvia, y tan agra-
decido à ſus favores, que con no
tenerlos por ſeguros, hizo por
ella una fineza, que al parecer de
Silvia, era muy grande, y fuè, eſ-
crivir un papel à la que avia ſido
cauſa de ſu divertimiento, dizien-
do, que èl era en aquel lugar mas
foraſtero, que natural; porque
aunque avia tenido en èl la pri-
mera cuna, la auſencia le avia he-
cho eſtraño, aſſi no queria diſ-
guſtar à las perſonas con quien
era fuerza vivir. Y en efecto, la
deſengañò claramente, de que no
avia de proſeguir en ſu amor, y
Silvia quedò tan guſtoſa, que le
embiò à dezir con una criada, de
quien ella hazia confianza, que en
hallandoſe con fuerzas para ſalir
de caſa, le queria hablar acerca
de muchas coſas, que pudiera ſer
que no le peſaſſe de eſcucharlas.
Contaba Cardenio las horas, de-
ſeando el dichoſo dia, para pedir-
la deſcubiertamente que le defen-
gaſſe

gañaſſe. Silvia tambien rogaba por la mejorìa de Cardenio, para hablarle menos eſquiva, y mas amoroſa; porque yà le queria de ſuerte, que con vér ſi ſus padres ſupieran que ſe empleaba tan baxamente, que no la avian de admitir por hija, y ſe avia de quedar toda ſu vida en aquel humilde trage, eſtaba reſuelta à ſer ſuya, y á vivir con èl, aunque perdiera mayores intereſſes. Y una noche que eſtaba el viejo Albanio riñendola, porque no daba credito á la nobleza que no conocia, llamó à la puerta un hombre que preguntaba por Albanio, diziendo, que un Cavallero le queria hablar. Baxò Albanio, y quedòſe Silvia tratando cõ ſu pecho de la gallarda determinacion que tenia; y apenas llegò el viejo à preguntar quien le buſcaba, quando una dama de lindo talle, y gentil preſencia, ſe fuè á ſus brazos, y con mas admiraciones que palabras, le diò à entender, que era la madre de Silvia, que como la avia heredado la belleza, no fué dificultoſo conocerla preſto; y luego ſu eſpoſo que la acompañaba, con el deſeo de vèr à ſu hija, ſin detenerſe à otros cumplimiẽtos, rogò le llevaſſen á conocerla. Subieron todos, y hallaron á Silvia, que eſpantada de aquella novedad, *caſi no conſentia en los amores que la hazia ſu padre*; y deſpues de aver ſolemnizado con regozijos, y admiraciones aquella ventura tan deſeada, y lo mucho que debian à Albanio, le dixo la madre de Silvia, como deſpues de averla dexado del modo que ſabìa, y averle ſalido à ſatisfaccion de ſu deſeo, eſtuvo muchos años ſin vèr á ſu eſpoſo, ſino es por la comunicacion de papeles, y cartas, que ſon las viſitas de los auſentes, porque diò muerte en Salamanca à un Cavallero de los mas principales della; y aſſi, le fuè forzoſo auſentarſe á parte donde pudiera eſtár ſin peligro, haſta que con un perdon de ſu Mageſtad avian ceſſado ſus pleytos, y deſtierros, y que bolviendo à ſu patria, y viendoſe con la nobleza de vn Abito, y con hazienda ſuficiente para poder honrarle, movido de ſu voluntad, que ſi es verdadera, no conoce el olvido; y confeſſando ſus obligaciones, ſe avia ido á Granada, para vèr ſi avia remedio de gozar ſu eſpoſa, y viendo los dos, que ſu padre perſeveraba en ſu deſatino, ſe reſolvieron en dexar una noche à Granada, y venirſe à Madrid, llevando de camino à Silvia. Y encareciendole el peligro en que eſtaban ſi ſe detenian, porque ſu padre, ò ſus deudos, fuera poſſible que los alcanzaſſen, dixeron à Albanio, que ſin mas prevencion; era fuerza que Silvia ſe fueſſe con ellos

; para llegar à Madrid an-
que amaneciesse. Nuevas
on estas que desmayaron à
a tanto, que tuviera por muy
dicha aver nacido de humil-
adres, si la àvia de costar el
:, no solo desigual de quien
aba, sino en parte que no
de pagarle, aun con los ojos.
icò Silvia á tan rigurosa, y
e determinacion; pero no la
) esto, porque sus padres esta-
con mucho temor, y amor;
mor no les consentia dete-
:, y el amor no les daba lugar
: le dexassen; y obedeciendo
ruel sentencia, bañada en la-
as, y llevando trasspassado el
zon, por lo que dexaba, se
idió de Albanio, en compa-
de aquella criada que sabia
esvelos, para descansar con
y tratar de que Cardenio su-
: la triste causa de su ausen-
procurasse verse con quien
) le amaba. Quedó Albanio
rgado del secreto, aunque
a le rogò al despedirse, por
nor que la tenia, dixesse à
enio de su parte lo que avia
do; y èl, por consolarla se
ometiò, aunque despues,
lo que no podia estàr bien à
lidad, le pareció que acerta-
a no dezirlo. Llegò Silvia á
rid, como se puede creer de
a iba muriendo, y con cada
miraba mas lexos de sus
ojos à quien era alma de sus pen-
samientos. Consideraba quan al
rebès se avia cumplido el deseo
de verse con su dueño: imagina-
ba tambien quan injustamente
ofenderia su voluntad, sabiendo
su ausencia. Apenas faltò Silvia,
quando todos echaron menos su
hermosura, como era la joya de
mas importancia. Y estando Car-
denio cuydadoso del descuydo
grande que tenia en avisarle de
la ocasion en que le avia de ha-
blar, porque yà se miraba con bas-
tantes brios para hazer valentìas
en su salud, le vinieron à dezir,
como faltaba de la casa de su vie-
jo padre, y que se imaginaba que
se avia ido con un hombre que la
gozaba de secreto. (que el vulgo
nunca se contenta cõ dezir lo que
passa) No quiso Cardenio dàr cre-
dito à estas nuevas, por no agra-
viar à Silvia, que pensar mal del
recato de una muger, sin infor-
macion bastante, es ofenderla en
el honor, y hazer poca confianza
de su virtud; pero viendo que to-
dos lo murmuraban, y que en su
casa no parecia, tuvo por cierta la
imaginacion, y sospecha, que el
dezirle, que le tenia que hablar,
avria sido para consultar à solas
el fiero desengaño de su determi-
nacion, yendose con el oculto
merecedor de su belleza. Bolviase
loco, quexabase al Cielo, llama-
ba à la muerte, y maldezia, no lo
lo

lo á Silvia, ſino à las demàs mugeres, que en ſemejantes caſos, la mudanza de una la pagan todas. Ay, dezia ciego de ſu paſſion, crueles homicidas, riguroſas para quien os ama, y apacibles para quien os aborrece! Quien pudiera vivir ſin voſotras; para librarſe de vueſtros engaños, y mudanzas! Siempre me acuerdo de aquellas palabras que dezia Marco Aurelio, hablando contra vueſtra malicia: Mugeres, en acordandome que nacì de voſotras, deſprecio la vida; y en penſar que vivo con voſotras, amo la muerte. Hablò como diſcreto, y como Filoſofo, y mas ſi paſſaba entonces por la ingratitud de Fauſtina. Dezìs ſiempre, que ſomos mudables, y eſtoy por creerlo, no porque cabe en el hombre delito de ingratitud, ſino porque lo pudimos aprender en el tiempo que eſtuvimos en vueſtras entrañas. Voſotras ſoys ſiempre las quexoſas, y noſotros los ofendidos, que como teneis fuerza en los ojos para mover à laſtima, acrecentais con lagrimas lo que diſſimulais con engaños. De todos noſotros dezìs infamias, y à cada uno de por sì, hazeis alhagos. Yo te oì, Silvia, dezir una tarde tantas injurias contra quien admitia mas de un *deſvelo* en ſu corazon, que pensé *que avia reſucitado* Lucrecia, ò *que vivia Penelope*: mas yà conozco que fuè ſolamente querer acreditarte de buen guſto, porque como al vicioſo, aunque lo ſea, le agrada la virtud, aſſi à voſotras, aunque ſeais mudables, os parece bien la firmeza, y os quereis preciar de lo miſmo que os falta. Ay, Silvia! eres muger, y no puedes olvidar tu naturaleza: Si amabas otro, para què te entretenias conmigo? Si te deſvelaban otras anſias, para què te laſtimabas de *mis* heridas? Y ſi paſſabas por tanta mudanza, por què culpabas mi poca firmeza? Es poſſible, que amando una muger en una parte, aun le queda animo para querer en otra? Yo confieſſo que tuve por cierto que amabas; pero engañème, ó tu me engañaſte, que no tiene un hombre obligacion de eſtàr advertido de que las mugeres principales ſaben mentir. Y quien avia de penſar, que no era muy ſeguro tu amor, ſi te vi caſi llorar de zelos? Mas dime, como fuè poſſible confeſſarte zeloſa, y librarte de tenerme amor, pues lo uno preſupone lo otro? Mas pareceme, que no fueron zelos, ſino embidia, pues à ti no te debiò de peſar de verme con otra, porque me amabas à mi, ſino porque te parecia que era deſeſtimarte à ti. Ay, ingrata, qué mal cumpliſte con las obligaciones que debias à mi voluntad! Por ti, Silvia, dexé guſtos, amigos, y nobleza,

bleza, pues me olvidè de lo que soy, por igualarme à tu sèr; por ti vine à estas soledades convertido en villano, que Ovidio, y el amor me animaron à semejantes desatinos, pues alguna pena merecia esta fineza; pero yá veo que soy loco en pedir agradecimiento à quien nunca pudo conocer los beneficios. Assi se quexaba el ausente Cardenio de su adorada Silvia, aunque sin razon, porque le amaba con tanta verdad, que no vivia un punto sin su memoria, si bien desconfiaba de su amor, porque como los agravios se toman mas atrevimiento en qualquiera ausencia, y à Cardenio no le aborrecian en el Lugar, temia, y con razõ, no fuesse ingrato al mucho amor que la debia. Solia ir Albanio à la Corte, y preguntabale, si avia dicho á Cardenio, que estaba en Madrid; y respondió (por apartarla de aquel pensamiento) que si, y que yá se cansaba de rogarle viniesse à verla, porque vivia tan divertido en cuydados nuevos, que apenas le daba respuesta. Creyòlo facilmente Silvia, y empezò à injuriar la facil condicion de Cardenio, vengandose con infinitas lagrimas de sus hermosos ojos, que como ellos son los primeros que tropiezan para que cayga la voluntad, son tambien los que sienten con mayor todo esto sucedia en ocasion, que los padres de Silvia andaban muy cerca de desposarse, y ella avia trocado el trage de Villana, por las costosas galas que pertenecian à su calidad: con las quales estaba tan hermosa, y desenfadada, como si toda su vida se huviera criado en ellas. Tambien Cardenio vivia en Madrid, porque en viendo què faltaba Silvia, dexó de ser villano, y bolviò á su centro. Y baxando una noche acaso èl ázia el Prado, en compañia de cierto amigo suyo, que sabia tañer de noche, y callar de dia, vieron una dama que iba sola, y con algun susto, llevaba en la cabeza un tafetan leonado, que la defendia la cara, para no ser conocida, y descubierto un faldellin, que no se supo de que era, porque la mucha guarnicion no daba lugar á que se manifestasse la tela; el olor daba à entender que era principal, ò por lo menos de buen gusto. Y llegandose à ella, la preguntaron, si mandaba que la fuessen sirviendo. Que me sigais entrambos quisiera (respondiò la Dama) porque me importa dàr unos zelos à un hombre què me ha hecho cierto pesar en la Comedia, y me holgàra que me la pagasse en otro tanto, hiriendose por los mismos filos: cogieronla en medio, y dieron buelta por todo el Prado, sin hallar à quien buscaban;

lo la culpa de su caida. Yà

ban; y quando yà ſe venian à ſu caſa, les obligò à pararſe un coche, que con quatro machos, y otros tantos Cavalleros, eſtaba junto al Monaſterio del Eſpiritu Santo, cantando à quatro vozes eſtremadamente: ſentaronſe en las gradas de la Igleſia, por eſcucharlos con mas comodidad; y deſpues de aver pueſto fin à la muſica, y que yà el cochero guiaba à las fuentes de S. Geronimo, uno de los que venian dentro, que acaſo reparò en la Dama, mandādo que paraſſe, ſe echò del coche, y fuè à reconocerla. Levantòſe Cardenio, y detuvole, diziendo, que aquella demaſia no la enſeñaba la Corte. Yo me precio (reſpondiò el Cavallero) de tan compueſto, y corteſano, que ninguno me ganarà en eſſa materia; pero el amor, y mas ſi ſe aconſeja con los zelos, no repara en eſtos puntos; la dama que viene con vos, lo es mia; ſi por cierto diſguſto que la he dado, quiere darmele, yà eſtá conocida la treta. Lo que yó sè (replicó Cardenio) es, que aora eſtà conmigo, aunque no es mia. Pues qué importa (dixeron los que venian en el coche) que eſtè, ù dexe de eſtàr con él: vayaſe aora ſolo à ſu caſa, y agradezca que no es à la de un barbero. Pareciòle à *Cardenio, y à ſu* amigo, que era *mucha cordura ſufrir* tantas de*masias, y ſacando* las eſpadas, ſe empezò la pendencia, dan aunque eran tantos, bien e entender. Cupòle à Carden ñir con dos, mas à pocos el uno cayò à ſus pies, dizie vozes, que le avian muerto pezaron los unos, y los otr zelar el peligro de la Juſtici en Madrid es milagro ave dumbre donde no ſe halle) reciendole á Cardenio, huir era dàr ocaſion à qu guieſſen, dexando aquella hizo ſagrado de la primera y ſe entregò en ella, pidie dieſſen favor para poder d brar à los que le querian of Entonces un criado de la caſa, que avia ſido teſtigo valentìa, le llevò al ultimo to, que eſtaba algo aparta tenia una puerta, por la podia paſſar al de ſus ſeñor ra que ſi la Juſticia hiziera d cia en buſcarle, pudiera co lidad defenderſe de ſus in y dexandole cerrado, ſe b vér el fin que avia tenido dencia, para prevenirle de avia de hazer. Quedò Ca algo temeroſo del ſuceſſo, obſcuras, y ſolo, ſin ſaber eſtaba; y deſpues de conſid adverſa fortuna, y las de en que ſe iba poniendo ca mento, vino á parar en la dad de Silvia, y en el tiem empleado que le coſtaba;

onfejandoſe à sì miſmo, que
aſſe un amor tan necio, ſin-
rca de donde eſtaba paſſos:
ıchando con atencion, oyò
ma muger, con anſias, y ſuſ-
, daba licencia à ſus triſtes
para ſentir alguna laſtimoſa
dia. Ay, decia, anegada en
lo de perlas, de qué me apro-
) mi hermoſura, ſi acaſo la
, aviendome ſujetado à quiē
ata tan deſcuydadamente?
uè ha ſervido mi reſiſtencia
ada à tantos ruegos, y fine-
ſi en fin, acaba en querer
à quien me paga tan mal?
ne ha importado diſſimular
ıoroſo deſvarìo, ſi al cabo le
ſsè, para quedarme con la
ıenza de averme rendido, y
ſin el premio de aver ama-
ıy, Cardenio mio! (ſi acaſo
:de ſer quien eſtà tan ageno
:ucharme) quien penſára,
ıuger que pagò con deſpre-
antas verdades, ſe huviera
ıdo tan facilmente à tus men-
Diſcreto eres para perſua-
ero muy necio te hallo para
ecer: Noble pareces en las
ras, como villano has pro-
o en las obras: Caſtigo es
ué merece mi condicion in-
, que ſiempre la que ſe pre-
: tratar mal à todos, llega à
o que la deſprecia quien me-
magina. Admirado quedò
nio de oìr ſu nombre en tan eſtraña parte; pero bien echó de ver, que otro ſeria la cauſa de aquellas quexas, que tuvieſſe ſu nombre, aunque no ſu fortuna. Bolviò el criado, para aviſarle que podia ſalir ſeguramente, porque la Juſticia ſe avia contentado con prēder à uno de los contrarios; y Cardenio agradecido à la merced, que le avia hecho, deſpues de pagarle ſu cuydado con algunos eſcudos, le preguntò el dueño à quien ſervia? Y él entonces le reſpondiò, que à un Cavallero que venia à deſpoſarſe con una Dama, á quien avia años que amaba, y confeſſaba obligacion, y que traìa conſigo una hermoſa hija, que ſe avia criado tres leguas de la Corte, viviendo ſiempre encubierta, haſta que ſus padres pudieran ſeguramente llamarla ſuya.

Todas eſtas coſas eſcuchaba Cardenio, tan fuera de sì, como admirado de la hiſtoria de Silvia, y bolviendoſe al criado, le dixo: Sin duda es eſſa Dama una que poco ha oì quexarſe tiernamente. Sì ſeria, reſpondiò, porque deſpues que vino del Lugar donde eſtaba, ſon tantas las locuras, y ſentimientos que hace, que con ſer mucha ſu virtud, no ha faltado en caſa quien pienſe, que ſus triſtezas nacen de algun amor que dexa en Pinto; porque aunque ella dice, que ſolamente el verſe ſin Albanio, que es à quien ha te-

nido en lugar de padre, la tiene deſcontenta; yo creo otra coſa, porque algunas vezes la he oìdo quexarſe de un hombre, que llama Cardenio, y por eſto preſumo, que no es ſolo el amor de Albanio el que la tiene tan triſte. Harto ſue que Cardenio pudieſſe ſufrir el guſto de tan alegres nuevas; pero diſſimulando cuerdamente, le rogò, que ſi fueſſe poſſible, llevaſſe un recado á aquella Dama, diciendo, que un Cavallero que avia vivido muchos años con Cardenio, la ſuplicaba le dieſſe lugar para poder verla, y darla una carta ſuya. Biẽ echò de vèr el criado, que era atrevimiento ir con eſſe recado á ſu ſeñora, pero como ſabia que qualquiera coſa diſſimulaba una muger, por eſcuchar à quien la trata en ſu amor, fue á Silvia (que yà ſe llamaba Doña Juana) y la contò el ſuceſſo. Admiròſe Silvia, y viendo que aventuraba poco, y que podia deſenganarſe en mucho, hizo que ſe abrieſſe aquella puerta, y fue à verſe con él.

Igual fue la ſuſpenſion de entrambos, quando llegaron à verſe en tan diſtinto abito: el amor le decia à Silvia, que el que tenia preſente era ſu dueño, mas el trage no la conſentia que lo creyeſſe. Tambien Cardenio, viendola *en tan diferente abito*, ſe ſuſpendia: *mas Silvia con mucha agu-*

deza de muger, imaginò, que ſin duda, ſabiendo Cardenio ſu nueva nobleza, para no deſenamorarla avia hecho aquella transformacion; y aſſi, empezò luego à encarecer lo poco que la obligaban aquellos disfraces, porque ella ſe avia inclinado, no à las humildes galas, ſino al noble corazon, no à la corteza villana, ſino al entendimiento corteſano, no al pobre veſtido, ſino à la rica voluntad, y que no ſe deſvelaſſe en las exteriores apariencias, que ſon accidentes para quien ama, pues mas le quiſiera villano, y conſtante, que galàn, y falſo; y aſſi, que ſe bolvieſſe à entretener con quien él ſabia, que ella procuraria que ſe le dieſſe poco de un hombre que no la merecia, pues con ſu humilde nacimiento la deshonraba, y con ſu inconſtante trato la ofendia; pero que advirtieſſe, que no le dexaba por ver tan inferior à ſu ſangre, y à ſu fortuna, ſino que le hallaba muy deſigual à ſu honeſto amor, y firme correſpondencia, aunque ſe conſolaba con que ſabria callar todas ſus penas, por no llegar à verſe en los brazos de un hombre, que aviſandole donde eſtaba, y rogandole que la vinieſſe á ver, no ſolo no lo hacia, ſino que reſpondia con deſprecios á quien la trataba en ello.

Mas dixera Silvia, ſi la dexàra

ermoſos ojos, porque con la
a grande del ſentimiento, re-
iba por deſcanſar llorando.
:ndióſe Cardenio, viendo las
as quexas que tenia de ſu
itad: pues deſde el dia que
ſentò de Pinto, ni avia tenido
lo ſuyo, ni por parte de Al-
› avia ſabido donde eſtaba;
la reſpondiò, que ſi queria
earſe en quien mejor la me-
ſſe, no era meneſter valerſe
cuſas, que èl viviria muy con-
› con verla, aunque fueſſe en
poder, como ſupieſſe que era
ſuyo; pero que ſe deſenga-
de que èl, ni era Cardenio,
lano, aunque tanto tiempo
ia parecido, ſino Don Diego
rio, que para credito de ſu
eza, baſtaba decir, que tenia
ia ſangre de la caſa de Le-
y que èl era quien paſſan-
or Pinto, ſe enamorò de ſu
oſura, y hablò cierta noche,
ue por ſer demaſiado obſcu-
no le avia conocido; y que
es por verla, y por obligar-
u amor, ſe avia disfrazado
uella ſuerte; y que como
a quexarſe de ſu deſcuydo,
nunca ſupo la mudanza de
ado, porque al punto que ſe
nurò que faltaba, viendo que
nio, ni otra perſona daban
a de ella, ſino que todos ſe
gian de ombros, y reſpon-
ſuſpirando, como no le tenia
en el Lugar mas que ſu belleza, y
en acabandoſe el fin, ceſſa la vo-
luntad de los medios, ſe avia ve-
nido á la Corte, y ſaliendo aque-
lla noche con un amigo, le ſuce-
diò un diſguſto, y huyendo del
rigor de la Juſticia, ſe avia favo-
recido de ſu caſa, en la qual oyen-
do ſu nombre entre ſuſpiros, y la-
grimas, ſe avia informado de tan
peregrino ſuceſſo; y aſſi, no la
queria obligar à nada, que no
fueſſe con mucho guſto ſuyo, ni
queria pedirla mas que licencia
para pretender ſervirla. Y para
informarſe de ſu mucho amor,
conſideraſſe quien avia hecho
mas, él en olvidarſe de ſu noble-
za, y quererla, imaginandola tan
deſigual, ò ella en querer librarſe
de ſu amor, por imaginarle villa-
no. A lo qual reſpondiò Silvia,
que aunque un hombre viejo, à
quien tenia en opinion de padre,
la avia dicho la nobleza que te-
nia, con todo eſſo, ſin reparar en
eſte inconveniente, ni en los con-
ſejos que le daba ſu recato, ſu
virtud, y ſu calidad, le avia ama-
do ſiempre; que la noche que eſ-
cuchò de ſu miſma boca decir,
que tenia amor, era muy cierto,
porque ſi queria acordarſe, avian
eſtado toda aquella tarde juntos,
y deſde entonces empezò à tener
principio ſu voluntad. Y para que
echaſſe de vèr como avia podido
mas con ella ſu amor, que ſu ca-

lidad, leyeſſe con atencion aquella carta que tenia eſcrita, para que ſe la llevaſſe Albanio; y ſacandola por abono de ſu firmeza, ſe la diò, y Cardenio viò que decia:

Si con el nuevo abito huviera perdido el amor que te tengo, yo pienſo que me lo agradeciera mi ſangre: mas ha ſido tan al rebès, que nunca eſtuve tan reſuelta à ſer tuya. Quien te diere eſta, te darà razon de mi caſa, y calidad, que aunque ay entre los dos tanta diſtancia, mi amor te harà noble, que bien podrà, por lo que tiene de Rey.

Doña Iuana Oſſorio.

No tuvo Cardenio, con tan verdadero deſengaño, que dudar ni à Silvia con amor tan conocido la quedò que temer. Quedòſe Cardenio aquella noche en el miſmo quarto, por el peligro que podia tener ſi ſalia, y porque la voluntad de Silvia no llevaria bien otra coſa; y ella à la mañana hablò à ſus padres, y les refiriò toda la verdad del ſuceſſo; y como ellos tenian tan freſco el ſuyo, y ſabia los deſatinos que cauſa querer impedir à una muger ſu voluntad, lo recibieron con mucho guſto, y ſu padre conociò à Cardenio, que por ſus coſtumbres, y nobleza lo era en la Corte. Vinieron de Granada los que imaginaban ſus enemigos; y viendo, no ſolo empleada tan noblemente à ſu hija, ſino hallando una nieta tan hermoſa, trocaron en paz el enojo, y en contento la peſadumbre. Celebraron todos la mucha ventura de Cardenio, y la divina belleza de Silvia, yà hermoſa dama de la Corte, ſi algunos años humilde Villana de Pinto.

LA DESGRACIADA AMISTAD.

NOVELA SEXTA.

POr entre Huertas, y Jardines de aquella hermoſa Ciudad, que fue conquiſta de el Rey Don Jayme, y eſtá ſituada en la parte de Europa, que ſe llamò Tarraconenſe, comarca que vivieron antiguamente los Edetanos, iba un Cavallero mozo, noble, y entendido, llamado Feliſardo, ſuſpenſo de vèr tanta variedad, y diferencia de flores; y deſeoſo de gozar mas cerca aquel poderoſo, y tan antiguo edificio, aunque muy penſativo, melancolico, y triſte, porque algunas ocaſiones de honra le deſterraban de ſu patria; ſi bien es verdad, que iba à parte donde ningun foraſtero le echaſſe menos. A poco mas de media legua, antes de entrar en la Ciudad, vió que ſe apeaba de un coche una Dama, que en las honeſtas galas daba à entender que era viuda, y que ſin eſperar los chapines, por ir mas ligera, ſe entraba por un verde, y enredado boſque, con tanta priſa, que le obligò à preguntar à una criada que avia quedado en guarda ſuya, la cauſa de aquel ſobreſalto, para vèr ſi era ocaſion en que ſu perſona pudieſſe eſcuſar alguna peſadumbre, porque fuera de que en los Cavalleros, y aun en los que no lo ſon, es deuda de la corteſia favorecer à las damas: aviale parecido à Feliſardo tan hermoſa (aunque viſta de priſa) que quando èl fuera menos noble, ſus ojos le hicieran mas atrevido. Reſpondiòle la criada, que podia ſer de tanto provecho que eſtorvàra mas de una muerte, ſi acudiera con brevedad donde iba ſu ſeñora. Y entonces, arroja-

doſe del cavallo, empezò à diſcurrir por la oloroſa ſelva, haſta que la alcanzò; y ella, viendo à un hombre que la ſeguia, ſe bolviò à él, y le dixo: Si acaſo, Cavallero, os ha movido à piedad, vèr con el anſia que vengo, de mi parte os ſuplico me acompañeis haſta lo ultimo de eſte boſque, donde imagino, que eſtà un Cavallero eſperando à otro, para darle por mi cauſa la muerte, y le importa à mi opinion que vivan entrambos, porque de qualquiera deſgracia que ſucediere, he de ſer yo la cauſa, aunque no aya tenido la culpa. Eſcuchò ſus turbadas razones animoſo, y cobarde; animoſo, porque como era principal, ſabia aventurar la vida por qualquiera muger; cobarde, porque ſu belleza era para hacerſe temer; y llegando por la margen de un criſtalino arroyo, á la poſtrera inſtancia, oyeron un pequeño ruido de eſpadas, y por la noticia que pudo dàr el eco, no de las palabras, ſino de los golpes, anduvieron con mas cuydado, haſta que vieron dos Cavalleros, que procuraba cada uno la muerte de ſu enemigo, librada en la deſtreza, ò ventura de ſus eſpadas; y ſacando ayroſamente Feliſardo la ſuya, eſtorvò con ruegos, y amenazas, la colera de los dos zeloſos; y ſabiendo ellos miſmos que la cauſa de ſu diſguſto era aquella dama, porque igualmente la amaban, y merecian, aunque ella no ſe moſtraba inclinada à ninguno, les dixo, que ſu peſadùbre podria eſcuſarſe, porque ſi el amor eſtaba indiferente en ella, aquel pleyto era de la fortuna; y aſſi, ſu parecer era, que los dos la conquiſtaſſen, en tanto que ſu voluntad hicieſſe eleccion del uno. Yo no tengo de vivir (reſpondiò el mas colerico) con eſſa competencia, ni he de conſentir, que ninguno en el mundo eſtorve con ſu voluntad la mia; y aſſi, me parece mejor, que con la muerte del menos dichoſo, ceſſe la duda del que bolviere à Valencia vivo. Eſſo (replicò Feliſardo) tambien ſe puede hacer ſin ſangre, como quiera declararſe eſta ſeñora, eligiendo á quien mas quiſiere, dandome primero palabra como Cavalleros, que qualquiera de los dos que fuere menos dichoſo, no ſe ha de ſentir ofendido, ni perſeverar en la ſolicitud de ſu amor. Convenidos todos tres en eſte concierto, ſe bolvió Feliſardo à la dama, y la dixo (aunque con embidia de quien avia de ſer el admitido) que en ſu mano eſtaba aſſegurar el honor que perdia, pues ſolamente confeſſando, que el uno la agradaba, quedaria ſin recelo del menor peligro, pues aunque ellos decian, que á ninguno queria, él ſoſpechaba lo contrario,

por-

porque la avia visto venir con tanta ansia à estorvar su muerte: fuera de que en las mugeres principales, disimular su amor, aunque le tengan, es cosa tan conforme à su nobleza, y gravedad, que suelen con vengarse de su flaqueza con su silencio, y supuesto que todo aquello era verdad, la suplicaba se declarasse, para que en sabiendose qual era el merecedor de su gusto, el uno se consolasse, y el otro quedasse satisfecho.

Confusa estuvo Rosaura (que assi se llamaba esta señora) viendo que à ninguno queria, y que casi era forzoso hacer eleccion de su voluntad. Y advirtiendo en que de todos tres, solo Felisardo era el mas digno della, quiso decir que el tercero la parecia mejor: mas viendo, que ni en su sangre, ni en su compostura cabia aquella facilidad, bañados los puros jazmines en vergonzosas clavellinas, respondiò à Felisardo de esta suerte: Yo, Cavallero, soy la Condesa Rosaura, bien conocida en este Reyno por mi Estado, y nobleza: casème de pocos años, con un hombre, que los suyos passaban de cinquenta y ocho; que los casamientos que se hacen, mas por razon de estado, que por gusto, suelen tener semejantes desigualdades, y como à la mucha edad de mi esposo, le convenia *mas el sepulcro, que el talamo,* murió dentro de pocos dias, y yo quedé sola, desconsolada, y triste, porque aunque su compañia no lo era, bastò para llorarle, aver tenido nombre de de mio. En este tiempo Don Alvaro Ponce, y Don Fadrique de Mendoza, que son los que veys presentes, me han solicitado, entrambos nobles, gallardos, y entendidos, aunque como ellos dicen, mi voluntad ha estado indecisa, y dudosa: debe de ser, porque como son iguales en todo, no halla mas razon para querer al uno, que para despreciar al otro. Y si os parece, que venir à impedir la desgracia que les pudiera suceder tiene algo de amor, creedme, que solo fue miedo al honor, que por ellos aventuraba; pero si como vos decis, consiste su vida, y mi seguridad en declarar, qual ha dado mas cuydado à mis ojos, digo, que Don Fadrique, solo por mas constante merece mi voluntad, y gustaré que me sirva sin competencia.

Luego que el Cavallero oyò los favores que Rosaura le hacia, se echò à sus pies, y à Felisardo besò las manos, pidiendole, que mientras estuviesse en Valencia fuesse su huesped, para satisfacer la merced que por su parte avia recibido. Con esto se bolvieron todos à la Ciudad, y á Felisardo le aposentò en su casa Don Fadrique, regalandole con cuydado

ofreciendole ſu hacienda, y vida, tanto por merecerlo ſu perſona, como por ſer inſtrumento de la dicha que le eſperaba, y en efecto con la comunicacion, y las obligaciones, creciò la amiſtad en los dos, de manera, que parece que eſtaban formados con un alma, y podia con ellos olvidarſe la memoria de el generoſo Pilades, y conſtante Oreſtes, y la del fiel Aſmudo, de quien ſe eſcrive, que ſe enterrò vivo con ſu amigo muerto. Pesòle á Feliſardo de que la amiſtad de Don Fadrique creciеſſe tanto, porque le privaba de mirar à Roſaura, como quiſiera, pero ſu nobleza, y lo mucho que debia á ſu amigo, pudieron tanto, que eſcuſaba quanto podia el verla; y ſi alguna vez la viſitaba, era tratando del amor de Don Fadrique, rogandola, advirtieſſe en ſus meritos, y dieſſe un alegre dia à toda Valencia, que yá eſperaba por puntos el feliz ſuceſſo de aquellos amores. De mala gana reſpondia la hermoſa Roſaura à eſta converſacion, porque deſde que viò à Feliſardo, le amaba de manera, que todo el dia gaſtaba en imaginar, como podria darle ocaſion para que le entendieſſe, y deſpues de entendida, pagaſſe aquella ſecreta paſſion: mas viendo, que por ſer ſu amiſtad tan grande, no avia de ſer poſſible, ſe conſolaba, ſintiendo, y llorando el deſgraciado empleo de ſu voluntad; y aſſi, los dos paſſaban por un miſmo tormento. Feliſardo diſſimulando el amor que le abraſaba el alma, por no ofender à Don Fadrique, y Roſaura, diciẽdole ſolamente à ſus ojos. Y eſtando una tarde con èl à ſolas, y advirtiendo en algunos ſuſpiros que arrojaba del pecho, quando le parecia que ella no le miraba, le rogò encarecidamente le comunicaſſe parte de ſus triſtezas, ſi acaſo eran de amor, y refirieſſe la cauſa de ſu deſtierro, que ſin duda era grande, pues le tenia con tan poco guſto. En lo primero, reſpondiò Feliſardo, no os podrè ſervir, porque el amor que me inquieta, ni me eſtà bien que le diga, ni vos podeis conſolarme en èl, no por tenerle auſente, ſino por otras razones mejores para calladas. Y porque en lo ſegundo que me mandays no puedo eſcuſarme, eſtadme atenta un rato, y vereys la triſte cauſa que me tiene en Valencia.

Es mi Patria la Imperial Toledo, Ciudad en quien Eſpaña tiene pueſtos los ojos, porque el caudaloſo Tajo la hace iluſtre, y los ingenios que produce, inmortal. De mis padres heredè tan acreditada nobleza, que merecì un Abito de Santiago, por mano de Felipe Segundo, que llamaron el Prudente, hijo que fue del invencible

Car-

los. Con eſta calidad, y qua- mil ducados de mayorazgo, è con alguna mueſtra de vo- rad à Flora, Dama de divina moſura, afable, bien entendi- y virtuoſa con eſtremo; pero pobre, que à todos quitaba el mo de pedirla à ſu padre, con muchos los que la deſeaban, y que la debia de querer mas todos, y he nacido mas am- ioſo de la virtud, que del oro, que con poco guſto de mis dos, me casè con ella, y tuve ucha ſuerte mia averla mere- o. Y como la ſoledad del cam- y las flores, es tan à propoſito a gozar un hombre de ſu amor mas deſcanſo, me determinè lir de Toledo, y llevar mi caſa a pequeña Aldea, donde eſta- la mayor parte de mi hacien- para moderar tambien el gaſ- y deſempeñarla de algunas das que ſuelen ocaſionar las oſuras de los mozos. Era Se- del Lugar que digo, y vivia entonces en èl, un Principe quellos Reynos, al qual ofre- i caſa una vez, y me pesò mu- s, porque ſegun deſpues en- là, ſe aficionó de Flora; y para quiſtarla, empezò á grangear miſtad con honras, y merce- (que es yà treta de todos los eroſos, honrar al miſmo que ren ofender, ò para que ſe gure, *ò para que ſe obligue*) mas yo, que reparè con malicia en ſus libres ojos, tuve por ſoſpe- choſo el favor que me hazia, por- que, en fin, era deſpues de aver viſto à mi eſpoſa; y aunque es verdad, que yo por mi ſangre le merecia, no pude ſentir bien de ſu liberalidad, porque para hacer bien à un hombre, no pienſo que es neceſſario ir á viſitar ſu mu- ger. Con eſtos temores me tenian los zelos de mi honor, ſin oſſar decir mi dolor, que un marido ſe condena à callarle, haſta que le caſtigue; porque lo demàs es pare- cer culpado en ſu infamia. Era eſte Principe determinado, y podero- ſo; dos coſas, que qualquiera baſ- taba para que mi honor eſtuvieſ- ſe poco ſeguro; y en efeto, fue- ron tantas las diligencias, que vẽ- cieron mi cuydado, y tuvo orden para que Flora por un papel en- tendieſſe el ſuyo. No sé, quando llego á eſſe punto, con què razo- nes diga lo que me admiro de ſu flaqueza; porque en mi opinion, no tuvo diſculpa para ofender- me. No me eſpanto, Roſaura, de liviandades, porque sé quan facil- mente ſe ciega el entendimiento, y ay ocaſion, en que apenas tiene culpa el delito. Que la muger à quien la faltan regalos, y galas, ofenda à ſu miſmo eſpoſo, yà en el mũdo tiene diſculpa, porque re- ſponderà, que lo hizo obligada, ò neceſſitada. Que la otra, viendo à

ſu marido, galán de la muger agena, y marido ſiempre con la propia, le imite, no me admira, porque ſinrazones de un hombre, ſuelen hacer livianas à las mugeres. Que la caſada à ſu diſguſto, buſque quien la divierta, porque el que tiene al lado la canſa, yà es uſo, aunque indigno de mugeres virtuoſas. Pero que Flora, amando, y ſiendo amada, ſervida, y ſin aver menester à nadie, ſiendo principal, y virtuoſa; y debiendome la fineza de averla querido ſin dote (que para el ſiglo preſente, no es la de menos calidad) recibieſſe papel con guſto, que no fueſſe mio, coſas ſon, que ſolamente tienen ſalida con acordarme que avia nacido muger. Perdonenme las que tienen alguna firmeza, que mi intento no es hablar con todas, pues es fuerza que aya muchas buenas entre tantas que no lo ſon; pero ingenuamente digo, que tiene una muger mucho andado ſolo con ſerlo, para hacer qualquier baxeza. En efecto, Flora, viendoſe amada de un hombre, à quien podia llamar Excelencia, ſe deſvaneciò neciamente, y mas por vanidad, que por aficion; admitiò la ſuya, y poco à poco vino à quererle tanto, que en la meſa, y en la cama daba *ocaſion* à mis zelos ſu triſteza, *porque como ſe* vela adorada de *un Principe, me miraba* como à indigno de ſu hermoſura. Si raba de noche, y como para yo la cauſa, me tenia à ſu l colegia mi ofenſa, y ſuſpirab tambien, aunque por deslum mis zelos, decia, que el verſ un Aldea, y eſtár ſin la viſta d padres, la tenia con poco guſ ſabe Dios, que la amaba con to eſtremo, que me holgue, quererla con mas diſculpa; fui tan deſgraciado, que me d poco eſte engaño, porque vin do una tarde de caza, y halla la cerrada en ſu aposento, y algun ſobreſalto, preguntè la ſion, y ella turbada, y necia, n po mentir, ni diſculparſe: viendo ſobre un bufete tinta pluma, imaginè lo que podia y apretandola ſobre que me feſſaſſe á quien eſcrivia, ſe d diò de ſuerte, que me obligò lo procuraſſe con alguna vi cia; y deſaboronandola un ji derabi de plata, vì que à mi ſe avia caìdo el carton, y c un papel, que poco antes *avi* cibido. Yo entonces cerrè la p ta, y mas difunto que ella, que venia en èl, que en ſuma decirla que el amor no lo es, q do no le confirman los braz que aſſi, para creer que ſe l nia, dieſſe orden de que ſe lo ſe, pues yo iba tantas veces za, y à Toledo. Yà tuve, qu acabé de leer, la daga en la

nos para poner fin à su vida: mas viendo que no se satisfacia mi honor, dexando vivo à mi enemigo, me bolvì á ella, y dissimulando el enojo, la dixe: Mucho me espanto, Flora, que te resistiesses tanto en darme este papel, pues hasta aora tu no tienes culpa en el amor de su dueño, si bien pudieras escusarte de recibirle; mas yo te perdono este yerro, con que de aqui adelante trates mejor mi honor, y mires lo mucho que te estimo, porque tengo de tu virtud tãta *confianza*, que no puedo persuadir à que con animo de ofenderme, me le ayas recibio; pues tomar un papel, muchas veces es cortesia, y no voluntad. Con esto la dexè mas sossegada, y no estuve en el Lugar ocho dias por encubrir mi *venganza*; y despidiendome una tarde de mi esposa, à quien dixe, que iba à Toledo, roguè mirasse por su decoro, y se acordasse de que era mia. Bolvi á la noche, y entré en el aposento de un esclavo que cuydaba de mis cavallos, y estaba vecino á la puerta, para esperar à que mi enemigo, con la ocasion de verme ausente, viniesse alguna vez à ofender mi casa; y assi, en recogiendose los criados, salia, y la mirava, sin perdonar hasta el jardin. Mas Flora, que era astuta, y cuerda, tuvo mi ausencia por maciosa, y debiò de *avisar* à su galán, de que importaba al amor de entrambos el assegurarme aquellos dias, por si acaso los zelos me traxeran de noche al lugar; y verdaderamente que no se engañaron, porque viendo yo que en anocheciendo se cerraban todas las puertas, y que no salia, ni entraba mi enemigo, ni algun criado suyo, vine à creer, que Flora, obligada de mi amor, y agradecida à la piedad que avia usado con ella, estaria arrepentida, y avria conocido lo que erraba. Con este engaño salì de mi casa para bolver à entrar en ella, y Flora me recibió con muchas quexas, y aun con lagrimas, porque me avia detenido tanto, y empezò á tratarme con el mismo amor que solia; desmayandose, si me ausentaba; y enterneciendose, si faltaba un hora de sus ojos; y entonces era quando mas atrevidamente me quitaba la honra; que los amores, y regalos de una muger, suelen ser visperas de la ofensa que quiere executar.

Tuve en este tiempo tan poca salud, que me obligaron los Medicos à que passasse las noches dividido de los brazos de Flora; porque mi amor, y su belleza no fuessen causa de alguna travesura, que me quitasse la vida. Y una noche, que à mi parecer estaba mas animoso, me levanté de la cama, y llegue al quarto de mi adul-

adultera eſpoſa: la qual, penſando que era ſu galàn, dixo medio dormida, nombrando à mi enemigo: Si acabas de eſtár aora en mis brazos, y ſabes el peligro que tenemos en que te vea Feliſardo, ò que alguna criada te conozca, para què buelves à gozar lo que yà es tuyo? Recogete, ſeñor mio, y no quieras por un guſto de una noche, perder la gloria que podemos tener en tantas.

Yo entonces, tomando una luz, y una eſpada de mi quarto, baxè haſta la puerta principal, y hallando un poſtigo abierto, confirmè mi agravio; y bolviendo adonde eſtaba Flora, la deſpertè, y dixe, que ſe viſtieſſe, y deſpues la hice eſcrivir un papel, que notè yo miſmo para ſu galàn: en el qual le decia; no dexaſſe de verſe con ella la ſiguiente noche, porque importaba mucho; y embiandole con una criada, ignorante de lo que avia paſſado, ſe le diò en ſus manos, y en llegando la noche, dexè encerrada à Flora, y fuy à Toledo, de donde traxe conmigo un Religioſo en un coche, y le dixe, la confeſſaſſe para morir; y ella, viendo la poca vida que la quedaba, ſe confeſsó, y arrepintiò de ſus culpas, pidiendome con lagrimas; no que la dexaſſe *vida*, ſino que la perdonaſſe la *ofenſa que avia cometido contra mi honor; y apenas* la abſolviò el Sacerdote, quando la quitè la vida, caſi en ſus miſmos brazos, y le dixe, ſe bolvieſſe à Toledo: lo qual hizo, admirado de aquel ſuceſſo, y yo quedè aguardando al autor de mi afrenta, que vino à coſa de las once; y quando viò á Flora tendida ſobre la ſangrienta cama, y con dos luces à los lados, ſe turbó de manera, que apenas acertaba la puerta para poder ſalir; y el primero con quien encontrò, para preguntar la cauſa de aquella deſdicha, fuy yo, que yà tenia prevenida una piſtola, y en conociendole diſtintamente, le paſsé con dos valas el pecho, y le puſe en los brazos de mi difunta eſpoſa, para que todo el mundo conocieſſe, que quien me abraſaba el honor tan injuſtamente, no merecia menor caſtigo. Y fiando mi vida de la ligereza de un cavallo, dexè mi patria, y determinè á buſcar en la agena amparo, para defenderme de mis enemigos, que ſon poderoſos, y muchos, aunque mi venganza fue tan juſta que ninguno tendrá animo de culparme, porque quando el honor pide ſangre para ſati facerſe, no ay reſpetos humanos que la eſcuſen.

Con miedo, y ſuſpenſion oyò la hermoſa Roſaura la triſte hiſtoria de Feliſardo, y le dixo: Que en Valencia podia eſtár muy ſe-

guro.

ro, y mas con el amparo de tanta cordura bolviſteis por mi
n Fadrique, que era de los Ca- opinion; y porque veais la llane-
lero mas validos en ella, y za con que os trato, hacedme
e de ſu parte le aſſeguraba, que guſto de tomar aquel inſtrumen-
ra poco aventurar ſu calidad, to, y honrarle como el otro dia,
iacienda en defenſa de ſu per- porque deſde entonces, ni le he
ıa. Echòſe à ſus pies Feliſardo, tocado yo, ni permito que nadie
olamente la reſpondiò, que era ſe le atreva; porque es cierto,
eſclavo, y que como à tal po- que ſe quexára de otras manos,
ı ſeñalarle el roſtro. No os aviendo yà llegado à conocer
iero tan humilde (replicò la las vueſtas. Eſtimo Feliſardo la
creta Roſaura) porque os ten- liſonja, y ſin porfiar, ni tem-
por muy ſeñor mio, que no plar, que lo uno es ignorancia,
oy olvidada del dia que con y lo otro es enfado, cantò aſſi:

Ycaro amor, que à la region aſpiras
del Sol hermoſo, que atrevido adoras,
ſi de ſus rayos el rigor no ignoras,
como la eſfera de ſus luces miras?
Si, en fin, has de ſer blanco de ſus iras,
por què à una peña obligas, y enamoras?
y ſi tu muerte en ſu hermoſura lloras,
como llorando por amar ſuſpiras?
Ay impoſſible amor! y quien pudiera
reducirte à entender que es impoſſible,
que amor ſe llame lo que no ſe eſpera!
Pero dirà mi fee, mas invencible,
que por ſer impoſſible, es verdadera,
pues fuera intereſſada à ſer poſſible.

En cantando Feliſardo, le rogò quier coſa, ni tan mala para amiga, que no le ayudaſſe en todo, y mas ſi fueſſe dama Valenciana. No era eſta mala ocaſion para declarar de Feliſardo ſu pecho, pero obligado á ſu noble amiſtad, y no rendido à ſu amoroſo cuydado, quiſo mas morir, que perder el

ſaura, que la hicieſſe guſto de
irla quien era aquella Dama,
a empreſſa juzgaba tan im-
ſible, porque otra vez le avia
o decir lo propio; y no era tan
ger en revelar ſecretos, que
ſe *pudieſſe fiar de ella qual-*

reſpeto à D. Fadrique; porque como el quererla bien no eſtuvo en ſu mano, pudo librarſe de traìcion, mas declararſe con ella, yà era obligarla á que le correſpondieſſe, coſa que tocaba en agravio de ſu amigo, que ofendido de la dilacion de Roſaura, viendo que no recibia con demaſiado ſus viſitas, la eſcriviò algunas peſadumbres, acerca de lo que ſe murmuraba ſu deſdén en la Ciudad, deſpues de averle dado eſperanzas que ſeria ſuya. Reparò Roſaura en que tenìa Don Fadrique razon, porque para diſſimular muchas horas que eſtaba con Feliſardo, avia dicho à todos, que trataba del amor de Don Fadrique; de manera, que por eſto, y porque yà ſus deudos llevaban mal ſus dilaciones, ſe hallò empeñada en caſarſe. Bien echaba de vèr, que la avia de coſtar la vida: mas advirtiendo, que quando ſe determinaſſe á decir ſu amor, no avia de correſponderle Feliſardo, por ſer noble, y ſaber las bligaciones de amigo, reſpondiò à Don Fadrique: Que la cauſa de ſu divertimiento era ſu poca ſalud; pero que ella le prometia, que en hallandoſe con menos achaques, le daria à entender, que era *quien* mas lo deſeaba. Cobrò *D. Fadrique con eſto* nuevas eſ- *peranzas, y Feliſardo* empezò à eſtàr embidioſo, que no tenel villanos los zelos otra coſa, p es fuerza peſarle à un hombre bien ageno; y aſſi ſe determ à no verla, para ſentir m aquel peſar, dando à Don Fa que por diſculpa, que tenia u creto amor que le aviſaba el ti po; y que pues yá el ſuyo no menеſter teſtigos, ni terceros tuvieſſe por eſcuſado. Sintió ſaura con mucho eſtremo la quedad de Feliſardo, y mas qu do D. Fadrique refiriò la cau aſſi, procurò verſe con èl, p reñirle ſu deſvio, y ſaber l choſa Dama que le tiranizab tiempo. No tardò mucho en c plirſele eſte deſeo; porque contrandole en aquella herm ſalida del mar, que llama el G le llamò à parte, y confuſa, y bada, le dixo:

Nunca pensè, Feliſardo, q amor podia hacer á un hom diſcreto, deſcortès con las mas; digolo, porque deſpues eſtais divertido en lo que vos beis os retirais de quien os d ſervir. En mi caſa os recibe dos con guſto, y ſu dueño muy gran voluntad, porque tra perſona lo merece, y Do drique hace de vos la juſta macion que debe, eſta no es c para haceros ingrato. Mas que he preſumido, que à Dama que os desvela, la pe

me viſiteis, ſacadme por mi de aqueſta duda, y decidme toda verdad la cauſa de no ie; pues ſi es la que pienſo, onſolarè con que no es vueſ- a culpa en todo, porque yà o noticia, de que los aman- io ſon ſuyos, y ſola tratan de lecer à ſu dueño. Mucho es ue me pedis, (reſpondiò Feli- o) pero porque no preſumais ſoy deſagradecido à lo que ebo, debaxo de ſecreto natu- :omo à muger tan cuerda, di- ı cauſa que me mueve á huir ueſtros ojos, advirtiendo, que veis de enojaros, pues en fin, o la digo, porque quiero de- ı, ſino porque vos me lo aveis dado. Bien os acordais, her- a Roſaura de la tarde que ſa- n al campo D. Fadrique, y D. aro, y que deſpues de veros, guiros, por conſejo mio ele- is à D. Fadrique, pues deſde el dia (perdonadme que os le deſta ſuerte) me rindieron tanta fuerza vueſtros ojos, y lemàs gracias con que el Cie dornò ſu hermoſura, que con imaginacion ſolamente olvi e todo punto el temor de mis nigos, el amor de mi queri- atria, y la muerta belleza de ſpoſa. Mas viendome en di- as ocaſiones obligado de Don rique, por ſer ſu amigo, y ros, *no ſe compadecia*, me re- ſolvi á no veros, para huir la oca- ſion de perderme, porque ſuele eſtàr de manera, que ſino me acor- dàra que nací Chriſtiano, me hu- viera echado ſobre mi propia eſ- pada, para honrar con mi ſangre el retrato que aveys dexado en el pecho. Muchas vezes tengo ver- guenza de agraviar à un hombre que debo tanto, aunque ſabe Dios, que no he podido mas, y que me he vencido à mi miſmo; y aſſi os ruego, que de aqui adelan- te no os tengais por ofendida, en que me eſtè en mi caſa, pues à vos importa poco, y à mi me puede ſervir de remedio.

Nuevo guſto, y nuevas eſperan- zas ſe prometiò Roſaura, quan- do ſupo, que ſu amor no eſtaba tan mal pagado, como ſoſpecha- ba; y luego le confeſsò ſu volun- tad, y que la cauſa de entretener ſus bodas, era el amor que le te- nia, porque ſin poderſe reſiſtir, le avia entregado el alma (ſeñal que una miſma eſtrella predominaba en la inclinacion de entrambos.) Quedò Feliſardo contento con el favor que no avia eſperado, ſi bien dudoſo por la amiſtad de D. Fadrique, pues ſi queria gozar de Roſaura, era fuerza perder un amigo. Roſaura tambien, repa- rando mejor en lo que podia re- ſultar de dár la mano á Feliſardo, advirtiò prudentemente, que ſi lo atropellaba todo, y ſe caſaba con el,

èl, le ponia en conocido peligro; porque Don Fadrique ofendido, y zeloſo, avia de intentar ſu muerte, y ſeria facil executarla, por ſer Feliſardo ſolo, y no conocido, y Don Fadrique, un hombre à quien reſpetaba toda la Ciudad; y en fin, la pareciò mejor acuerdo no mudar del eſtado que tenia, haſta que el tiempo lo diſpuſieſſe mejor, conſervando ſu voluntad ſin gozarla, para no enojar al uno, ni perder al otro; y por vér ſi olvidaba alguna parte de ſus triſtezas, ſe fue á una Caſa de Campo, que tenia por vecino al Mar, y eſtaba dos leguas de Valencia, donde entretenia el tiempo con la memoria de Feliſardo, y la eſperanza que tenia de ſer ſuya, y una noche que ſu amigo, y èl iban à verla, entrambos amantes, y entrambos poco dichoſos, detuvo ſus paſſos la voz de un Paſtor, que enamorado de alguna Zagala que amaba, y por deſgraciado perdia, cantaba al ſon de un muſico arroyuelo, deſta ſuerte:

Llorad ojos, que es razon
tener igual ſentimiento,
porque mi amor pide á voces
agua para tanto fuego.
Si para llorar naciſteis,
llorad ojos, y lloremos,
que no es afrenta el llorar,
quando es tan grande el tormẽto.
Yo llorarè mis deſdichas;
pues tanto en mi mal crecieron
que apenas tuve un placer,
quando lloro que le pierdo.
Llorad voſotros por mi,
pues que veis que auſente muc
porque eſtàr auſente un homb
es lo miſmo que eſtàr muerto.
Y ſi acaſo vueſtras fuentes
han mormurado deſeos,
llorad, porque ſe malogran,
pues no los gozo, y los tengo.
Prevenid vueſtros criſtales,
pues que yà ha llegado el tiem
en que mis penas comienzan,
y tienen fin mis contentos.
Yà de aquel bien que gozaſte
oy à mi peſar me auſento,
pero por eſſo fue bien,
porque ſe acabò tan preſto.
Ojos, paciencia, y morir,
pues oy à Niſe perdemos,
que ſi en ella eſtà mi vida,
bien ſe ſabe que la pierdo.
Mas pues es cierto ojos triſte
que à Niſe en voſotros llevo,
rogadla que no ſe olvide,
que la quiſe, y que la quiero.
Y decidla, que ſe acuerde
de las veces que dixeron
ſus labios, tuya ſerè,
y yo la llamè mi dueño.
Y ſe acuerda de algun dia,
que la vi llorar de zelos,
y ſus lagrimas bebì,
por ganarlas en mi pecho.
Y tambien algunas veces,
que al verme en ſus ojos bellos
ſubſtituyeron el alma,

criſtal ſirviò de eſpejo.
:zidla lo que en ſu auſencia
ıigo propio padezco,
ſolamente voſotros
:cretarios del pecho.
la quiſiera dezir,
ni puedo, ni acierto,
:omo del Rey la cara,
la hermoſura miedo.
cargadla con gran fuerza
emoria, porque pienſo
ıo ay auſente ſeguro
lvido, y del deſprecio.
)gadla que no me olvide,
tenga por muy cierto,
unque otro merezca mas,
que le debe menos.
ıuando mas cerca eſteis,
le, que la prometo,
n lo que toca à ſu amor,
Dios que no la debo.
o la podeis dezir,
e yo ſolo me atrevo
ir que adoro à Niſe,
ırar, porque la pierdo.

ternecidos oyeron Feliſar-
Don Fadrique las anſias laſ-
ıs del enamorado Paſtor;
uien tiene que perder, fa-
nte ſe duele de las deſdi-
ıgenas; y llegando à lo mas
) de un monte que ſe atra-
a, oyeron un gran ruido de
, y vozes, y entre ellas una,
lueño tal vez llamaba à Fe-
), y tal à *Don Fadrique*; y
ıando con mas atencion,
oyeron ſegunda vez lo miſmo, coſa que les puſo en mucha confuſion, y mas quando advirtieron que aquella voz era de alguna perſona que trataban, ò conocian. Con eſte ſobreſalto llegaron al Mar, donde vieron en una Barca cantidad de enemigos, que deſpidiendoſe de las orillas, rompian por la undoſa playa, y entre ellos la triſte Roſaura, dando vozes, y bolviendo los ojos ázia donde eſtavan Don Fadrique, y Feliſardo.

Sin color quedaron los dos amantes, viendo tan impenſado ſuceſſo; y aſſi, unas vezes con lagrimas, y otras con injurias, llamaban à los fieros robadores de aquel Angel; pero quando yà los iban perdiendo de viſta, por irſe alexando, y las vozes de Roſaura ſe eſcuchaban menos, tuvo el ſentimiento ſu fuerza, y llegando como locos à la deſierta caſa, que poco antes avia ſido Archivo de todo un Cielo, hallaron ſu Esfera ſin luz, ſu ſelva ſin Diana, ſu mar ſin Sirena, y todos los criados con infinitas lagrimas; y preguntandoles como avia ſucedido? Reſpondieron todos, que à las nueve de la noche cercaron la caſa veinte hombres Corſarios, y enemigos en el trage, aunque no en el efecto; porque no haziendo caſo de infinita riqueza que en èl avia, lo perdonaron todo, y ſin que à ſu ſeñora le valieſſe el ſa-

grado de muger, y noble, rompieron las puertas, y atrevidos, y enmaſcarados, la puſieron violentamente en el Mar, aunque ſi las ſeñales no mentian, no faltó quien conocieſſe un criado de Don Alvàro Ponce, ſu antiguo amante, que ſin duda por vengarſe de ſu deſden, avria intentado aquella traìcion. Y fué aſſi, porque informandoſe deſpues Feliſardo, y Don Fadrique, ſupieron, que viendoſe aborrecido, intentò robarla con aquella cautela, por gozar por engaños à quien no avia podido por ruegos; y eſto con animo de llevarla haſta Milàn, donde tenia un tio Capitán de Infanteria que le favoreciеſſe. Entonces Feliſardo, ſin poder diſſimular ſu amor, contò à D. Fadrique el que tenia à Roſaura; y la reſiſtencia que ſe avia hecho para no ofenderle, aſſegurandole primero, que aunque la amaba, nunca tuvo animo de eſtorvar ſu guſto, ſino de auſentarſe de Valencia, por no ponerſe à peligro de agraviarle, aun con el penſamiento. Pero ſupueſto que D. Alvaro ſe llevaba á Roſaura con medios tan viles, le avia de dar licencia para buſcarle, y vengar la injuria que hazia al Cielo, à ella, y à ſu voluntad; advirtiendo, que no era ſu intento *obligarla à ſu amor*, porque como *yá le avia dicho*, primero ſe *avia morir*, que ofender ſu amiſtad, ſino para ponerſe ſus manos, y que vieſſe el mu que avia hombre de tanto v que triunfaſſe de ſus afectos, pieſſe ſer amigo verdadero como los que ſe uſan, de quie ha de guardar mas un hon porque con el nombre, y oc de amigo, deſtruyen la hon ſon los primeros que la quita

De ſuerte (reſpondió Dor drique) me ha vencido tu n za, y entendimiento, que tuv à gran dicha que pareciera ſaura, mas por hazer una pr de amiſtad contigo, que por garme de Don Alvaro, ven do la liberalidad de Alexan quando hizo al inſigne A dueño de Campaſpe, pues mucho de ſoſpechoſa aq grandeza, que en fin, dió l pudo ſer que no eſtimaſſe, averlo gozado; pero yo no aſſi, pues te diera lo que ado no he merecido. Diſpon tu ge, que para que ſe con aqueſta verdad, he de acom ñarte haſta dàr la muerte al dor Don Alvaro. Agradeci mucho Feliſardo, aunque gò, que no dexaſſe ſu patria, èl baſtaba ſolamente, pero n do aprovechar; y dexando ſ zienda en adminiſtracion, de de ocho dias ſe embarcaron Italia, donde ſe preſumia avia de llegar ſu enemigo, y

fortuna parece que se ofendiò de estos deseos, porque sobreviniendo una muy grande tempestad, que les durò tres dias, se hallaron una noche en ciertas Islas, que estàn à la vista de Argel, donde ignorando la tierra, desembarcaron para descansar de la passada tormenta; y viendo con la luz del dia, quan cerca estaban de ser despojo de Barbaros, procuraron bolverse à la piedad del Mar, para salvar la vida, aunque lo hizieron tan tarde, que los Corsarios tuvieron lugar de salir de Argèl, y cercarlos, sin que pudiessen tomar las armas, por hallarse pocos, y sin defensa bastante. Rindieronse en efecto, siendo esclavos los que poco antes se avian visto con libertad. Y no fuè esta solamente su desdicha, porque como los Corsarios eran dos, repartieron los despojos igualmente, y à Don Fadrique le cupo quedarse en Argel, y Felisardo vino à parar en aquella parte de Mauritania. Su amo, cuyo oficio era tratar en esclavos, le vendiò à un Moro principal, que tenia el govierno de Avila, que en Africa se llama Alcudia, donde està un monte que corresponde à otro, que en España nombran Caspe. Aqui estuvo Felisardo algunos meses, y de alli vino à servir à un Moro, que tenia cuenta con los Jardines de *Celin Hamete, Rey de Tunez.* Tratabale mal, y servia bien, que estos Barbaros no castigan por la culpa, sino por el aborrecimiento que nos tienen. Andando el Rey una tarde por el Jardin, lo viò cultivar un quadro, y aunque su talle le aficionò, mas lo hizo su voz; porque para divertir sus penas, y aun los zelos de Don Alvaro, porque tal vez presumia, que el robo avia sido con gusto de Rosaura, en ella los pensamientos, y el brazo sobre una azada, cantò de esta manera:

Mi engaño, y mi desengaño
ando á buscar temeroso,
mi engaño, por ser dichoso,
mientras durare el engaño;
y aunque confiste mi daño
en saber lo que aborrezco,
mi desengaño apetezco,
por vivir sin rezelarle,
porque en llegando à esperarle,
con el temor le padezco.
Mas si despues de entendido
mi desengaño forzoso,
he de amar menos honroso,
y no mas arrepentido,
no quiero hazerme ofendido,
pues mi engaño me disculpa,
que informarse de la culpa,
y sin castigar su error,
es enojar al honor,
y amar con menos disculpa.
Yo quiero lisongear
esta vez á mi deseo,
dudar quiero lo que creo,

(ſi eſto puede ſer dudar)
aunque intentar engañar
con engaños mi cuydado,
yà es eſtàr deſengañado;
porque en tan incierto amor,
què deſengaño mayor
que imaginarme engañado?
Mas ſi en fin, para conmigo
tengo vida en el engaño,
conquiſtar mi deſengaño,
es pretender mi caſtigo;
y ſi yo ſoy mi enemigo,
y quien mas mi ofenſa trata,
no es mucho, Roſaura ingrata,
me agravies, pues en rigor,
yo me debo mas amor,
yo buſco lo que me mata.

La voz grangeò la voluntad del Rey, los verſos agradaron ſu entendimiento, y la terneza con que Feliſardo los repetia, la movia à laſtima, y llamandole, hizo que dexaſſe aquel oficio, y acudieſſe à Palacio; y eſtando Celin una noche en brazos de Argelina, Dama principal que amaba, fuè de ſuerte lo que alabò las partes, y gracias de Feliſardo ſu cautivo, que la puſo deſeo de verle, y le rogò ſe le enſeñaſſe, para que ella tambien le oyeſſe, pues la muſica levanta los penſamientos à quien trata de amar para mayores finezas. Prometiòlo Celin, y llamando à *Feliſardo*, le dixo, conocieſſe *à Argelina por dueño ſuyo, y cantaſſe alguna coſa de las que* ſabia. Tuvolo Feliſardo à ſuert y tomando una harpa, cantó a roſamente eſte romance:

Temeroſo por humilde,
y cobarde por auſente;
que ſiempre quien tiene amor,
deſconfia, duda, y teme.
Te eſcrivo, Liſis, mis anſias,
ſi por ſer tantas, pudieſſe,
que penas de auſencia tuya,
encarecidas ſe ofenden.
Por muerto me tienen mucho
y razon pienſo que tienen;
porque mi vida te llamo,
y de ti me veo auſente.
Pensè no quererte tanto,
Liſis, dexando de verte,
que no ay voluntad ſegura,
ſino es de cuerpo preſente.
Pero mi amor por matarme
mas que ſe deſmaya, crece,
que á deſeos bien nacidos,
nunca el olvido ſe atreve.
Yà no ſiento eſtàr ſin ti,
ſiento que olvidarme puedes,
que le ſiguen à la auſencia,
como ſombra los deſdenes.
De eſte miedo, Liſis mia,
tu ſola la culpa tienes,
que à nacer menos hermoſa,
yo viviera mas alegre.
Qué de vezes te contemplo!
y entre ſueños, què de vezes
te he echado al cuello los braz
con regalos aparentes!
En mi memoria, y acciones,
tan continuo eſtàs, que pudera

dár señas de mis acciones,
porque te consultan siempre.
Y como siempre te miro,
aunque quisiera ofenderte,
pienso que no me atreviera,
temiendo que lo supiesses.
A Dios, querida ausente,
que me mata el temor
de que me ofendes,
que quien ama, y no teme,
ò no sabe querer,
ò su amor miente.

No se contentò Argelina con este romance, que era muy corto para bien cantado; y assi, Felisardo por agradarla, prosiguiò con dos decimas que avia hecho, alabando los ojos de una Dama, que con ser vizcos tenian tanto donayre, y gracia, que en ellos era hermosura, lo que suele parecer fealdad. Pagaronle todos en aplausos, y atencion, la dulzura de la garganta, y luego dixo assi:

Ojos, que en quanto mirais
son tan nueva travesura,
de la comun hermosura
parece que os desdeñais;
abrasais, lucis, matais,
porque aunque el Cielo os quitò
de embidia lo que à otros diò,
no es agravio suficiente,
que faltasse un accidente
donde tanta luz sobrò.
Aunque *en partes perfecciõ,*
que assi mas poder teneis,
pues que dos objetos veis,
y puestos con una accion,
gozais mas jurisdicion
que essas estrellas lucidas,
como miran divididas,
reparten la luz de suerte,
que tropiezan en su muerte
á un mismo tiempo dos vidas.

Naturalmente era Felisardo digno de ser amado, y assi, Argelina, viendole Español, y galàn, se rindió, como dizen, à la primera vista, y se determinò à gozarle (que en perdiendo las mugeres una vez su honor, sin dificultad se arrojan á qualquiera gusto) y dexandole Celin una tarde con ella, para que la entretuviesse, ò por mejor dezir, acabasse de enamorarla, le dixo assi:

Por cierto que he reparado en el disgusto con que vives, que amandote tanto el Rey, hazes poca estima de su favor, y no puedo entender la causa de tu tristeza, que no llamo melancolìa, porque esta procede de lo que no se sabe; y tu sin duda, no ignoras el origen de tus pesares; porque tanto suspirar, claramente dize, que algun amor que dexas en tu tierra lo causa. Y si es verdad que amas, y perseveras con tanta constancia, dame licencia que tenga embidia de tu Dama; porque como las Africanas tenemos por costumbre, que los galanes de

nueſtra cama ſe vayan á otros brazos, con razon nos admira, y aficiona el noble guſto de los Eſpañoles. Por eſto, y por otras cauſas que ſabràs algun dia, te he cobrado voluntad, y tambien por tenerte en opinion de bien nacido; que aunque todos, por facilitar vueſtro reſcate, os humillais, y fingis de gente baxa, tu perſona, tus gracias, y tus manos te deſmienten. Y porque deſpues que eſtoy contigo, he penſado que puede ſer que tu triſteza ſea, no del amor de tu patria, ni del que en ella dexaſte, ſino de alguna hermoſura de las muchas que ſe crian en eſta Corte, quiero moſtrar lo que te eſtimo, en que la regales en mi nombre con eſta cadena, y eſte ramillete, cuyas flores concertamos Celin, y yo eſta tarde; y creeme, que ſi te empiezo á querer, no he de parar haſta verte libre deſte cautiverio.

Recibiò Feliſardo la cadena con las flores, y agradecido al favor que le hazia, la dixo, que quando èl tuviera alguna Dama à quien amar, no la regalarìa con tales prendas, por averlo ſido ſuyas; y porque fuera uſurpar la juſta eſtimacion que ſe les debia: mas pues ella le daba licencia para que la empleaſſe en quien mejor le huvieſſe parecido, ninguna como ella las merecia; y aſſi, besandolas, ſe las bolviò, para obligarla con lo miſmo que avia recibido. Contenta quedò Argelina, aunque quiſiera vèr á Feliſardo mas atrevido; pero no atribuyendo ſu cortedad à reſpeto, empezò á favorecerle con mas veras, paſſando los dias, y noches en verle, y eſcucharle.

Aviaſe mudado Feliſardo el nombre, por ſer menos conocido, y llamaſe Lucidoro; y como Argelina vèia que ſe hazia deſentendido de ſu voluntad, ò por no pagarla, ó por temor de ſu dueño Celin, ſe la diò à entender claramente, advirtiendo lo que le importaba tenerla contenta, pues lo menos avia de ſer darle libertad, y licencia para bolver à Eſpaña. Reſpondióla Feliſardo, que no era él tan ignorante, que en ſus ojos no huvieſſe conocido ſu amoroſo cuydado, ni tan deſagradecido, que no ſe le pagaſſe, pero que el rieſgo à que ſe ponian entrambos, ſi lo entendieſſe el Rey, y ſer ella de Ley contraria á la ſuya, le detenia el alma, y ponia freno à ſu hidalga, y noble voluntad; pero que ſi eſtos inconvenientes no eſtuvieran de por medio, ſeria ſuyo eternamente, pues èl era quien mas intereſſaba en ello. Porque no te eſcuſes conmigo, Lucidoro (replicò Argelina) por eſſas cauſas, quiero reſponderte à entrambas; y quanto al miedo que tienes al Rey, ſi lo

entendiera, pues es cierto, que te diera la muerte, ò hiziera que acabasses en esta miseria, sin admitir tu rescate, digo, que no es mi intento gozar tu amor en esta tierra, porque tambien era aventurarme al mismo peligro, sino puesto que yo salgo con mis criadas al mar, y las mas de ellas son Christianas, en la primera ocasion que el viento nos favoreciesse, pudieramos llegar à parte donde estuviessemos seguros del rigor de Celin, y de su venganza. *Quanto à lo* segundo que dizes de no consentirse en tu Ley juntarse dos que no guardan unos mismos preceptos, respondo: Que por essa parte puedes con mas disculpa ser mio, porque no soy Africana como imaginas; y para que juntamente con quererme, te lastimes, escucha, Lucidoro, alguna parte de mi triste historia, para que en ella te admires de los rodeos que suele tener el Cielo, para poner en abatido estado à una muger, tan desdichada, como noble. Mi nombre es Doña Catalina Vrrea, natural de Zaragoza, donde me criaron mis padres, honesta, y virtuosamente, siendo tan celebrada mi hermosura, que no quedò Cavallero en aquella tierra que no pretendiesse mi casamiento, aunque yo atendia poco à sus locuras, no porque huia de casar*me, sino porque* à ninguno hallaba tan cabal, que no tuviesse algun defecto que me desmayasse el gusto; y assi, me llamaban la incasable. Mas como el Cielo suele mirar tan asperamente los pecados de la sobervia, castigò la mia de manera, que cada dia la estoy llorando; porque despues de aver hecho desprecio de tantos, vine à poner los ojos en cierto mancebo, llamado Cesar, que servia dentro de mi casa à un hermano mio, el qual, ni era tan noble como el menor de los que me servian, ni tan galàn que pudiera disculparme; pero su modestia, su cordura, y lo que mas es, su ingenio era tal, que toda Zaragoza le miraba con respeto, y mi hermano le queria de modo, que mas le tenia por compañero, que por criado. Enseñabame à leer, y à escrivir, curiosidad que algunos padres quieren escusar à sus hijas, porque muchas vezes ha sido instrumento de su perdicion; pero los mios dezian, que à la que nace con virtud natural, poco le importa lo sepa, pues ninguna muger dexò de hazer una liviandad por no saber responder à un villete. En efecto, Cesar, con la licencia de Maestro, estaba conmigo la mayor parte del dia, aunque mas me platicaba los amores de Ovidio, y las finezas de Teagenes, que la forma de las letras, y como la comunicacion en los tier-

nos años, vive tan cerca de ser voluntad, yo entendi la suya, y de camino se llevò la mia, porque en las palabras, y en los ojos tenia fuerza para inclinar à su amor. En fin, me determiné à ser su muger, prevenida la disculpa en su entendimiento, y para que me sucediesse como deseaba, quise poner por interessor de esta voluntad à un hombre, que se dezia tener algun deudo con mis padres de tan puras y perfectas costumbres, que todos se favorecian de sus oraciones en qualquier trabajo, como persona que alcanzaria del Cielo quanto quisiesse. Este tal solia acudir à mi casa, y toda Zaragoza nos tenian embidia, porque en la opinion vulgar era tenido por santo, aunque bastaba para creer lo contrario dàr èl à entender que lo era; porque los que lo son, no solamente lo encubren, y dissimulan, sino que desean siempre ser tenidos en poco, y no pueden persuadirse à que qualquiera no es mejor que ellos; y viendo, que para ser esposa de Cesar, no avia medio mas conveniente, que tenerle de mi mano, una vez que hallè ocasion le dixe lo que intentaba, y me respondiò, lo dexasse por entonces, que èl lo encomendaria à N. Señor, y me *diria lo que* avia de hazer, para *que tuviesse buen fin* mi honesto *deseo. Con esta respuesta empecè* à llevar mi casamiento, para quẽ me saliesse mejor, por devociones, haziendo novenas, y comulgando ù menudo, pidiendo à Dios me diesse por marido à Cesar, pues con èl era forzoso vivir bien casada; pero mi fortuna lo trocó tan al rebès, que aquel hombre q̃ todos llamaban bienaventurado, tanta era la pureza de su vida (incitado de mi hermosura, y vencido de un amor deshonesto) empezò à faltar en lo interior tanto à su virtud, que con vér que yo era donzella, y principal, procurabe hallarme sola, quizà para atreverse à mi recato, y como le avia menester, para que recabasse con mis padres que Cesar se casasse conmigo, y yo tambien estaba con el mismo engaño de que era vn varon exemplar, no rezelaba que me tomasse las manos, antes lo tenia por un christiano zelo, y una santa inocencia, regalandole con particular cuydado, assi en dulces como en ropa blanca. Succdiò, pues, en este tiempo, que me sobrevino una enfermedad peligrosa, y por ser en la garganta, tan apretada, que no podia hablar, sino por señas, y mis padres acudiendo al mal hombre, le pidieron no se quitasse de mi lado, pareciendoles, que su presencia, y oraciones erã la mejor medicina, siendo tan al contrario, como verás lo que resultò, pues diziendo

ıa noche que importaba ve-
e porque eſtaba mas peligro-
quedò ſolo en mi apoſento.
ıetote Lucidoro, que quan-
ɔnſidero lo que intentò eſte
ɔre, viendome en manos de
ıuerte, y que mi hermoſura
nces no lo era, porque ape-
ne avian quedado ojos en la
, que no me admiraré de quã-
emeridades ſe hizieren en el
do. El, en fin, viendoſe con
aſion en las manos, y que yo
flaqueza no podia defender-
ni por la enfermedad que te-
ra poſſible dàr yozes, me go-
famè, y violentamente, qui-
ɔme la mejor prenda del ho-
ɥe tenia: mira à lo que llega
ſolucion de un hombre laſ-
; y apenas conſiguió mi deſ-
a, y ſu guſto, quando el agra-
ɥe avia cometido contra
, contra ſu virtud, y contra
ɔneſtidad, me dexò bañada
ar de lagrimas, y tan muer-
e aun no acababa de creer
e avia paſſado por mi. Bien
ra èl que yo quedàra ſin vi-
ɔ ſin lengua, para que eſtu-
ſecreto ſu delito; y aſſi, en
ndo que eſtaba con alguna
rìa, fingiò una auſencia, y
ɨiendoſe de mis padres, les
ırò mi ſalud, y ſe fué à parte
e jamàs huvo nueva de èl;
ue lo cierto es, que ſe le tra-
la tierra, pues por menos

ofenſas ha permitido el Cielo ſe-
mejantes caſtigos. Quedaron en
mi caſa tan llorоſos de ſu auſen-
cia, quanto agradecidos à ſus ora-
ciones, diziendo, que por ellas
avia cobrado la vida: pluguiera
á Dios la perdiera entonces, pues
no huviera dado con ella princi-
pio à tantos golpes de fortuna. Y
deſpues de eſtàr buena, y aver
llorado con infinitas lagrimas mi
deſdicha, ſin atreverme à dezirla,
porque ninguno avia de creerla,
y pudiera ſer penſaſſen, que por
encubrir alguna liviandad mia,
agraviaba la virtud de un Sacer-
dote, y Religioſo, me pareció, que
feria acertado callarla, y dar li-
cencia à Ceſar, que me adoraba
cada dia con mas eſtremo, para q̃
ſe vieſſe conmigo à ſolas, y deſ-
pues aviſando à mis padres dello,
fueſſe ſuya; y llamandole con eſta
determinacion, ſe arrojò à mis
pies, y me dixo, que bien echaba
de vér que no merecia mi calidad
ſino que ſu buena ſuerte ſe laſti-
maba ſin duda de ſu pobreza;
pero que me aſſeguraba, que en
èl no tendria marido, ſino un hu-
milde eſclavo para toda mi vida.
Con eſta eſperanza me olvidè del
paſſado ſuceſſo, y me gozò una
noche, no penſando yo que po-
dia conocerſe mi falta. No vì à
Ceſar en todo el ſiguiente dia, y
penſando que el deſvelo de la
paſſada noche le tenia retirado,

ſalu-

eſtuve muy deſcuydada, haſta que vino un recado de ſu parte, diziendo, que avia tenido cierto diſguſto con un hombre, à quien avia afrentado, y que le era fuerza no eſtàr en Zaragoza por unos dias. Yà puedes vèr, Lucidoro, qual quedaria una deſdichada con eſtas nuevas, y mas quando la criada me dixo, que al partirſe la encomendò me dieſſe con cuydado un papel, que dezia aſſi:

Yo ſoy hidalgo, aunque pobre; y ſi bien es verdad, que os he querido por vueſtra hermoſura, y vivir con algun deſcanſo, eſtimo mas mi honra, que quanto interés ay en todo el mundo; el galàn que mereciò vueſtros primeros brazos, os goze en poſſeſſion mas juſta, porque hermoſura ſin honor, y riqueza con tanta perdida, no la apetecen los hombres que tienen alguna luz en el entendimiento; y porque no me pidais lo que vos ſabeis que no os debo en conciencia (que dizen que en eſtos tiempos ſe uſa) me voy huyendo de vos, ſiendo lo que mas he querido, porque sè de mi condicion, que ſi me obligàran que fuera eſpoſo vueſtro, os quitára la vida, aunque deſpues me hizieran mil pedazos.

A Dios que os guarde para ſiempre.

No puedo encarecerte co labras lo que ſentì eſta afren el deſprecio de Ce ar, porqu hallè tan avergonzada con miſma, que fuè milagro no perarme: mas como advert tenia razon, diſculpabal cruel, aunque le ofendia de amante; que en llegando un bre à querer de veras, ſuele car engaños para los ojos. algunos meſes llorando mi dido honor, aunque ſin c mia, haſta que ſupe que Ceſ taba en Salamanca tan ade en ſus eſtudios, que toda la verſidad tenia de ſu ingenio des eſperanzas; y como un ro, y una deſdicha nunca vi ſolos, yo eſtaba cada dia mas amor, y menos remedi determinè á buſcarle, para contandole la triſte cauſa d deshonra, conocieſſe quan le avia ofendido antes que tratàſſe, pues una violencia jante pudo mudar la ingra del cuerpo, pero no del alm mè un veſtido de mi herma cantidad de joyas, plata, y en una mula que me eſtaba a dando á la puerta de la Ci caminè toda la noche, haſt me vi en parte donde no p ran alcanzarme tan preſto. L con brevedad à Salamanca, el amor, y el peligro me d priſa; y preguntando por C

llè (què deſdicha tan grãde!) porque las que eſtaban conmigo
ıado de Evangelio ; y refi- eran gente baxa, y vendian à mu.
lole la verdad de mi trage- chos las eſperanzas de gozarme,
/ lo que me avia movido pa- fueron ſus conſejos tales , que
ıſcarle, me reſpondió con la- conſentì me hablaſſe un Cavalle-
as lo que lo ſentia, pero que ro Ginovès, que me quiſo con eſ-
nia la culpa,pues ſino le tra- tremo , y me regalò de manera,
engaños,y claramente le die- que me entreguè à ſu guſto , no
:ntender el ſuceſſo,fuera in- porque me movieſſe amor dema-
le q̃ ſe casàra conmigo, pues ſiado , ni el interés que me pro-
uella fuerza no deſmerecia metia , ſino porque Ceſar ſe aca-
o. Lloramos entrambos el bò de hazer Clerigo,y ſe metiò à
ıgro de nueſtros amores , y recogido , deſcuydandoſe en mis
ıas, viendome en tierra age- coſas de ſuerte , que parecia que
y ſin eſperanza de bolver à yà ſe deſdeñaba de tenerme por
ia : mas conſiderando, que à cuenta ſuya,y como eſte Cavalle-
e la fortuna ordena , no ay ro ſe fueſſe à Italia,y yà en la Ciu-
encia que ſe le oponga , po- dad me miraſſen con mal concep-
poco me conſolé , y vine à to,me determinè à acompañarle;
r de dama à quien avia ſido y apenas nos embarcamos,quan-
riado (tales milagros haze el do un Corſario de la Coſta de Ar-
po)de dia acompañaba à Ce- gèl, que llaman Oſmud Audalla,
: pagecillo,por gozarle ſiem- nos caurivò cerca de la Isla de
y de noche le tenia en mis Mallorca, y à mi con otra Dama
ɔs ; pero como mi cara , mi que llaman Roſaura , natural de
, y mis pies , dezian à vozes Valencia , nos preſentò à Celin
era muger, porque no me ſu- Hamete,ſeñor de aqueſta Provin-
ſſe un trabajo con la Juſti- cia,y como nos miraſſe á entram-
ue yà tenia alguna ſoſpecha bas amoroſamente, yo por no vi-
ni transformacion, mudé de vir ſujeta , me rendì à ſu grande-
,y me puſo Ceſar en compa- za,y troque mi nombre por el de
e unas mugeres,que á lo que Argelina , donde ſoy ſeñora de
ıes ſe viò , no tenian muy Celin , y de ſus teſoros ; pero co-
s coſtumbres ; y como el ſer mo eſte amor , y modo de vivir
ıacha, y foraſtera, deſpierta no ſe conforman con la piedad
rios de los mozos galanes, que debo al aver nacido Chriſtia-
:ron algunos viſitarme ; y na , para lograr lo que te quiero,
ue me reſiſti, no aprovechò, me eſtà bien procurar nueſtra li-
ber-

bertad; y aſſi digo, que deſde luego daré traza para que huyamos de Celin, que le tengo tan engañado, que no podrà perſuadirſe à que he de huir de ſus ojos; y quando en eſto no ganàra el vivir en la Ley que he nacido, y cobrar la perdida libertad, por ſervirte en que tu la tengas, intentàra qualquiera atrevimiento.

Con ſuſpenſion avia oìdo Feliſardo la hiſtoria de Argelina, pero quando eſcuchò en ſu boca el nombre de Roſaura, fuè tan grande ſu ſobreſalto, que à no penſar Argelina que la eſtrañeza de ſu relacion era la cauſa, preſumiera la verdad de ſu encubierto amor; y para que le dieſſe algunas nuevas de lo que tanto avia deſeado, deſpues de prometerla ſer ſuyo, la dixo: Pareceme, ſeñora, que te oì dezir, fuiſte cautiva con una Dama que ſe llamaba Roſaura; y confieſſote que me ha hecho laſtima, y aun me ha dado cuydado; porque eſtando en Valencia, comuniquè por parte de un amigo mio, que ſe llamaba Feliſardo, à cierta Dama de eſſe miſmo nombre, y me pesàra que fueſſe ella, porque pienſo que eſte Cavallero, y ella ſe amaban con eſtremo. No te engañas (reſpondiò Argelina) porque ſepas la cauſa de *venir eſta ſeñora* á tan vil eſta-

do, te contaré mientras viene *Celin, lo que yo* vi por mis ojos, y ella me refiriò muchas

Dentro de dos dias de mi dueño, y yo nos embarc deſcubrimos una Galera, q gun las inſignias, y trages que en ella veniah, enten que era de enemigos; y ac doſe los nueſtros con anir pelear, porque iban preve baſtantemente, ſe arrojarc de los contrarios en un Eſq dando à entender que ſe rer paſſaron à nueſtro Baxèl, y ron, que todos eran Chriſt porque aquel trage avia ſi mucha importancia para intento amoroſo, y ſabiend ſu viage era ázia Milàn, no tamos, y con mucho guſto pezamos nueſtro camino. entre eſta gente una Dama es la que os he contado, y l tu dizes que conoces, hern triſte con eſtremo; y como l geres, y mas donde ay ſole peligro, nos damos parte otras de nueſtras deſdicha dixo, que un Cavallero de l venian con ella, que era D varo Ponce, enamorado de lleza, y aborrecido de ſu tad, la robó una noche, fing en los veſtidos lo que era en el alma; porque enemig de dezirſe, quien á ſu diſg de gozar de una muger. C me tambien, que amaba à e liſardo, y aunque por cier

venientes no podia ser suya, to, sin duda es mucho) y aora
todo esso era tan grande el imagino, que la tiene este Barba-
r que le tenia, que no avia ro en un aposento encerrada, y
ido la tiranìa de Don Alvaro, sola, para vér si el mal tratamien-
por vèr que perdia el gusto to la vence: mas yo procuraré ha-
;ozarle, siquiera con los ojos. zer de modo, que vayas con un
es lo que supe de Rosaura; recado mio, y la hables, para que
lo que vi fuè, que como Don avisandola de lo que passa, res-
aro procurasse con caricias, y ponda, aunque fingidamente, con
:nazas, ser dueño de su her- mas amor, ó con mas esperanzas
ura (porque hasta entonces se á Celin, y pueda salir à estos jar-
defendido valerosamente) dines, para que tratemos todos
:diò, que viendole un dia re- tres nuestras cosas, porque de
to à que en llegando la no- otra manera ha de ser imposible
,avia de executar su gusto, sin la libertad que desea.
ardar à respeto, ni à lagrimas
debaxo de la almohada una No pudieron passar mas ade-
à, y con animo de muger va- lante Felisardo, y Argelina, por-
l, quando le viò resuelto á la que le embiò á llamar el Rey, y
sta execucion de su apetito, y fué necessario dexar aquella con-
estaba cansada de resistirse, versacion. Bien queria Felisardo
el puñal, y se le escondiò escusarse por entonces, para que-
las espaldas, con tanta fuerza dar consigo mismo à encarecer
murió en sus brazos desdi- lo mucho que debia à Rosaura, y
lamente; y arrojando el cuer- el gusto grande que se prometia,
à salado sepulcro, quedamos si acaso era tan dichoso que lle-
s lastimados de D. Alvaro, y gasse à hablarla; y despidiendose
nsos del valor de Rosaura; de Argelina, fué à vèr lo que le
rqué no intentarà una muger queria Celin Hamete, al qual ha-
defender su honor, y mas de llo algo triste; y preguntandole la
n aborrece? Despues de es causa, le respondió de esta mane-
os cautivaron, y las dos ve- ra: Yo, amigo Lucidoro, te es-
os à poder de Hamete, el qual timo tanto, que solo contigo des-
itò el gusto de entrambas: canso de algunas cosas que me
ni los servicios de Celin, ni atormentan. Bien te parecerà, que
menazas de su rigor, bastaron al poder no avrà cosa imposible;
:cer el valor de Rosaura; (que y que un Rey serà señor de quan-
yo, siendo muger, la acredi- to desea; pues creeme, que es en-
gaño del mundo, porque yo lo
soy:

ſoy, y con algunas ventajas á otros, ſiendo afable, bien quiſto, mozo, y no mal proporcionado, y con todo eſſo amo à quien no me eſtima; regalo à quien ſe ofende de mirarme, y adoro à quien dize, que es impoſſible correſponderme. Claro eſtá que imaginarás ſer alguna Mora deuda mia, ò hija de alguno que me iguala en ſangre; pues no es ſino una vil eſclava con quien no valen los ruegos, las ternezas, ni las injurias. Dime por tu vida, las mugeres de Eſpaña ſon tan ingratas como eſta? Què coſas ſon con las que mas ſe obligan? Enſeñame á enternecer eſte diamante, y deſpues pideme el Cetro que tengo; y porque conozco tu entendimiento, y sè que agradecido à lo mucho que te amo, has de procurar mi ſalud, y guſto, quiero que te vengas eſta noche conmigo en caſa de un Renegado, donde la tengo, y la dés à entender (ſi acaſo no lo han ſabido dezir mis ojos) ſi la adoro, que ſoy ſu Rey, y ella eſclava mia, á quien huviera dado la muerte, ſino la amàra tanto, aunque lo vendrè á hazer, por vengarme de ſu condicion, que el amor, viendoſe mal correſpondido, ſuele convertirſe en ira, y aborrecimiento.

Luego conociò Feliſardo, que *la cautiva era ſu querida Roſaura, y rogò à Celin, dexaſſe en ma-*

nos de ſu diligencia el ſolicit
y veria quan diferente eſ
porque como avia nacido e
paña, ſabia el modo que ſe
de tener para reducir una m
y las finezas de que ſe pa
Dióle Celin por eſtas nueva
abrazos, y una joya de diama
y à la noche fueron los dos á
la. Dixo Feliſardo, que impo
entrar él ſolo, y aſſi, Celin q
guardandole la puerta, y él l
adonde eſtaba la conſtante
ſaura, que era un apoſento
triſte, deſdichado, y eſtrecho,
podia ſervir de martirio à q
murieſſe en ſu ſoledad. Gr
fuè la turbacion de entrar
quando ſe vieron, y conocie
pero mucho mayor la de R
ra, porque qualquier perſon
venia, imaginaba, que era
notificarla ſu muerte. Las l
mas, y los abrazos vinieron
tos, tocandoſe el uno al otro
las manos, para enterarſe de
era verdadera ſu preſencia; y
pues de aver referido cada
ſu amor, peregrinaciones, y
dichas, la dixo Feliſardo
venia de parte del amor de
lin, y que importaba hablarle
menos deſvio, porque tenia
tado con Argelina ſalir con
cha brevedad de ſu poder, y
era meneſter eſtàr en ſu gra
amiſtad, para tener mas luga
poderſe vér todos tres juntos

lgo zelosa la tuvo à Rosaura, ue Felisardo tenia tan de su : à Argelina, porque cono- a facilidad: mas asseguradas s promesas, y juramentos de ardo, respondió, que sola- e por èl alcanzaria de su pe- lezir, que amaba à otro hom- Salió Felisardo, diziendo à , que le diesse albricias, por- yà Rosaura estaba menos e, y respondia, que la causa verle mostrado algun desa- , siendo su Rey, no era por- e aborrecia, sino por verle re inclinado á gozarla, sin gear primero su gusto, como usarse con las Damas, y por ella tanto, no llevaba bien cosa; porque como las muge- e España, primero que rin- u honestidad, y lleguen à los s de sus galanes, las passean, an, obligan, y escriven, pa- le termino nuevo, y aun li- , que la esperanza, y el fruto brassen à un tiempo, y que yà ombre la gozasse, que apenas ia tratado, ni conocido, em- ido su amor por donde aca- otros. Hizo Celin con estas anzas mil estremos, y asse- à Felisardo, que como él es- sse en su gracia, la pretende- omo galàn tan cortés, que si iera con mucho gusto suyo, gozaria. Llevaronla luego á *io en compañia de Argelina,* y toda aquella noche se entretuvierõ las dos en hablar de Felisardo, y de la prevencion de su viage.

Tuvo en este tiempo Don Fadrique nuevas, que à Rosaura, y à un Español tenia por esclavos Celin Hamete; y presumiendo que sin duda seria D. Alvaro, empezó à entristecerse, viendo que estaba su enemigo tan cerca, y sin poder tomar la venganza que quisiera. Servia D. Fadrique à un Moro de apacible trato, y de mucha nobleza, el qual le avia cobrado tanto amor por su gallarda persona, que se lastimaba de que un hombre de sus prendas viniesse à tan miserable genero de vida, y reparando en que suspiraba mas que otras vezes, le preguntò la causa. Essa os dixera yo (respondiò Don Fadrique) si como soy esclavo vuestro, tuviera la libertad que me falta; pero quiere el Cielo que viva afrentado en el honor, y en el alma, y que no pueda satisfacer mi injuria. Yo, señor, como te he contado otras vezes, tuve un amor en Valencia, no muy bien pagado, porque Rosaura pienso que puso los ojos en un amigo mio, à quien hospedè en mi casa, no porque èl me ofendiesse, pues supe despues, que aunque la amaba, solo por mi respeto huìa de verla. Y quando yo estaba con mas esperanzas de que fuesse mia, sucediò, que un Caballero

llero de la miſma Ciudad, mas enamorado que cuerdo, viendo que Roſaura anteponia mis coſas, y dezia claramente, que ſi ſe huviera de diſponer à tomar eſtado, yo ſolo avia de merecerla, trazò con otros amigos disfrazarſe una noche, y con marlotas, y capellares en lugar de capas, y cueras, cercò una Caſeria donde eſtaba, algo diſtante de Valencia, y la robò. He ſabido, que deſpues de varios caſos de fortuna, eſtàn cautivos en Tunez, y aun me dizen que gozandoſe. Mira tu, dueño, y ſeñor mio, como ha de tener alegria, quien vive oyendo eſtas coſas; y aſſi, no te eſpantes que me dexe rendir à la fuerza de tales penſamientos, porque tengo amor, vivo agraviado, y ſoy bien nacido.

Con atencion eſcuchó el Moro las anſias de ſu eſclavo, y movido à laſtima, le diò licencia para buſcar à ſu enemigo Don Alvaro, haſta que ſe vengaſſe, y una carta para un correſpondiente ſuyo, en que le rogaba amparaſſe ſu perſona en lo que pudieſſe; y aquella miſma noche ſaliò de Argel, y llegò con brevedad à Tunez, donde à ſu parecer eſtaba ſu enemigo, y ſin entrar en el Lugar de dia, por*que no le* vieſſen, y ſe guardaſſen *paſsò mas de un* mes encubierto, *haſta que ſupo* que à Roſaura *queria bien Celin* Hamete, y que ella le correſpondia por ru de un cautivo que era de ſu ra. Con eſto empezaron con cauſa ſus zelos, y prendiò e corazon la malicia, y la ſoſpe porque coligiò, que ſin duda Alvaro, no ſolamente gozat Roſaura, ſino que por priva el Rey, era inſtrumento de ſ viandades; y aſſi, todas las nc andaba por las calles, y ſe p á la puerta de Palacio, eſpera haſta que amaneciеſſe, po quando avia de ſer tan dic que le hallaſſe.

No ſe deſcuydaban entre Argelina, y Roſaura, porqu nián apercibido un Baxél, que en la primera ocaſion h ſen de Celin; pero nada les diò como querian, porque en do una vez Feliſardo à vér saura, y hallandola con Arg quiſo bolverſe, por no eno una, ni hazerſe ſoſpechoſo c otra. Pero Argelina, que cad ra iba amando à Feliſardo m veras, le detuvo, y dixo, que podia hablar lo que qui pues por Roſaura no ſe avi ſaber ſus amores, y no fueſ recatado, porque penſaria, no la amaba, ò que tenia a parte de cobarde.

Poco menos que difunt eſtas coſas la afligida Roſaur ver que no podia dezir l quiſieran ſus zelos, y mas

ſtaba Feliſardo, viendo que forzoſo reſponder à Argelina diſguſtarla, porque eſtaba en manos toda ſu libertad. Y aſſi ixo, que el andar corto en ſu or, no era cobardia, ſino reſ-; que muchas veces el atrevi-nto procede de poca eſtima-de la Dama; y que lo que le hacia eſtàr encogido, era temor de que ſe entendieſſe algun camino aquella volun-, porque en Palacio, haſta los ices ſuelen tener oìdos; y ſu-ſto que muchas veces en los le avia leìdo ſu amor, ſe ſir-ſe de diſculparle, haſta que en ſion mas ſegura pudieſſe en-rle ſin temores el alma, y en-dieſſe el grande afecto con la miraba, deuda forzoſa à ſu moſura, y á los favores que le ia ſin merecerlos; y aſſi, tenia cierto, que antes de muchos eſtaria Roſaura con Feliſar-y ella en los brazos de ſu Lu-ro.

Io sè yo como ſerà eſſo, reſpõ-Roſaura, abraſada de zelos, que he mudado de parecer, y ſo quedarme con Celin Ha-; que el cautiverio que ſe a por guſto, ò no lo es, ò no arece. Yo he mirado deſpa-lo mucho que debo al Rey, ; ſiendo ſu eſclava me regala, ve con tanto decoro, que obli-*trato à no tenerle malo* con èl. Fuera de que he ſabido, no ſo-lo que no ſe acuerda de mi Feliſar-do, ſino que eſtà entretenido con otros guſtos; y aſſi, por vengarme de él, y porque no ſe alabe, quan-do ama en otra parte, que me de-be tanto, me hè de quedar con el Rey, que mas quiero ſer deſpo-jos de un Barbaro que me adora, que de un ingrato que me deſ-precia, porque no sè qual de los dos es mayor enemigo. Pero tam-poco quiero que por mi cauſa malogreis vueſtro penſamiento, que ſupueſto que mi perſona no pone, ni quita en vueſtros amo-res, lo que teniamos tratado pue-de quedarſe en piè, porque yo en tanto que lo prevenis, tendrè en mis brazos á Celin, para que ni ſoſpeche, ni eſtorve la execucion tan deſeada de entrambos.

Bien conociò Feliſardo, que no hablaba Roſaura, ſino ſus zelos; mas por cumplir con Argelina, la dixo, que no ſe le dieſſe nada, ni por eſſo deſmayaſſe, porque todo eſtaba aparejado, y ſolo faltava ocaſion à propoſito para embar-carſe; y deſpidiendoſe de las dos, bolviò à la noche con un recado falſo del Rey à vér à Roſaura, y la encareciò lo que ſe eſpanta-ba de ſu cordura, pues ſabiendo que el fingir con Argelina, era de tanta importancia para no vivir entre Infieles, hazia caſo de pala-bras, y promeſas, que en eſtando

 fue-

fuera del peligro no tenian fuerza, y que no ſe quexaſſe de ſu firmeza, pues aver perdido la libertad por ſu cauſa, no era accion indigna de agradecimiento, y que todo fuera poco, ſi èl viviera con eſperanzas de gozarla, y huviera paſſado tantos mares con eſte animo; que, en fin, quando ſe alienta el deſeo con la execucion, parece que un hombre ama por querer à sì miſmo, porque ſu amor merecia mas, pues ſabiendo que por la amiſtad de D. Fadrique no era poſſible ſer ſu eſpoſo, porfiaba, y perſeveraba: ſeñal que ſolamente le movia una juſta, y conſtante voluntad. En fin, tantas, y tan vivas fueron las razones de Feliſardo, que Roſaura ſe enterneció; y ſabiendo, que Celin era ido à caza, ſe bolvieron á conformar todos tres, concertando ſalir en medio de la noche por una puerta falſa del Palacio, cuya llave tenia Feliſardo. Andaba en eſta ocaſion D. Fadrique loco por hallar à Don Alvaro, y muchas veces decia: O alevoſo robador de la mayor hermoſura! bien haces en guardarte de mi, porque con la razon que tengo, ha de ſer impoſſible dexarte vivo; y ſabe el Cielo, que lo que mas me obliga à tomar las armas, no es el *amor de Roſaura*, ſino la ofenſa *que hiciſte à Feliſardo* en quitar*le ſu guſto; porque* hombre que viendoſe querido, huìa de lo miſmo que amaba, por no ofenderme, bien merece mi amor eſta correſpondencia.

Aſſi ſe quexaba Don Fadrique, dando buelras á todo el Palacio, por vèr ſi encontraba al traydor que en ſu opinion le ofendia; y eſto era la miſma noche que Feliſardo, Argelina, y Roſaura pretendian huir del tirano Celin; y como Roſaura eſtaba con alguna atencion, por vèr ſi Feliſardo venia, viendo un hombre ſolo, y que andaba mirando ſi parecia en la calle alguna perſona, tuvo por cierto que ſeria ſu dueño; y con eſte engaño (que no los tiene menos la noche) le llamò, y dixo, que alli eſtaba eſperando con los brazos, y el alma, para gozar de ſu viſta con mas deſcanſo, aunque no con menos zelos. Conociò D. Fadrique la voz de Roſaura, y luego imaginò, que ſin duda por aquella puerta falſa ſe debian de hablar de noche. Y ſin reſponderla palabra ſe retirò à una eſquina, porque viò à un hombre, que mirando à todas partes, ponia una llave en la pequeña puerta; y llegandoſe à èl, penſando que en aquella accion obligaba á ſu amigo Feliſardo, le diſparò una piſtola Franceſa, aunque no tan libremente, que antes de recibir el golpe no ſe cubrieſſe con la rodela, metiendole por la par-

te

de abaxo la mitad de un alfan-
Moriſco, de manera, que en-
mbos ſe ſintieron mortalmen-
heridos; y quando no lo eſtu-
ran tanto, el dolor ſolamente
: cada uno tuvo en conocien-
e, baſtàra para quitarles de to-
punto la vida. Cayó Don Fa-
que en el ſuelo, y junto à èl Fe-
rdo, abraſandoſe las entrañas;
q̃ como le cogió tan cerca, no
o la municion tiempo para di-
irſe. No podrà la pluma enca-
:er el ſentimiento de los dos,
ando llegaron à conocerſe, y
vieron morir à ſus propias ma-
. Dixole D. Fadrique en breves
abras, el engaño con que avia
ido de Argél; y pidiendole
don de ſu deſacierto, ſe deſ-
iò dèl, y diò el alma à ſu Cria-
. Todo eſto miraba Argelina,
Roſaura, ſin poder certificarſe
r eſtár en una galeria algo diſ-
te) ſi alguno de los dos era Fe-
rdo; pero quando le oyeron
:xar, baxaron à vèr, ſi antes
: ſucedieſſe aquella deſgracia,
a tenido tiempo de abrir la
rta; y hallandola cerrada, ſe
vieron turbadas, y lloroſas à
arle morir. Mas fue de mane-
:l dolor de Roſaura, viendole
bar, y ſin poder remediarlo,
: bolviendoſe para Argelina, la
o: Eſte que vés rebuelto en ſu
gre, es Feliſardo, aunque ſe lla-
Lucidoro, à quien no ſe pue-
de decir que he querido, porque
mi conſtante amor merece otro
nombre; y porque es coſa injuſta,
que ſin él tenga vida eſta deſdi-
chada que le adora, y sè yo que
he de morir muchas muertes en
ſabiendo la ſuya, á Dios Argeli-
na, que por lo menos quiero te-
ner la gloria de morir à ſus ojos,
y que ſepa que me lo ha debido
haſta perder la vida. Y con una
voluntad de muger Romana, ſe
arrojò al ſuelo, y bañada en ſu
ſangre, llegò arraſtrando haſta
donde eſtaba ſu dueño, que co-
nociendola, y viendo que yà Don
Fadrique avia muerto, ſe le enſe-
ñò, y juntamente diò la mano de
eſpoſo; y llamando en ſu ayuda
al Cielo, y à la Virgen, eſpirò en
los brazos de Roſaura: en la qual
el dolor de ſus muchas heridas, y
el grande amor de Feliſardo, hi-
cieron ſu oficio, y á la mañana
los hallaron á todos tres en un
campo de ſangre: con que tuvo
fin la Deſgraciada Amiſtad de Fe-
liſardo, y Don Fadrique, pues por
ſer tan grande, y guardarſe tan-
tos reſpetos de obligaciones, y
amiſtad, ſe vinieron à quitar la vi-
da. Argelina quedò tan confuſa,
que deſde entonces dexò el infa-
me trage que traìa, queriendo
mas ſervir de eſclava à Celin, que
de Dama, haſta que ſus padres,
ſabiendo ſu triſte eſtado, trataſſen
de ſu reſcate, y remedio.

LOS PRIMOS AMANTES.

NOVELA SEPTIMA.

EN la Ciudad de Avila, edificio que en grandeza, y antiguedad, no deve nada à quantos se alistan en la jurisdicion de España, naciò Laura de padres nobles (porque como las armas suelen dàr principio à la nobleza, y en aquella Ciudad ha florecido tanto la Milicia, tuvieron sus passados ocasiones bastantes para ilustrar con su propia sangre la que avia de proceder de sus descendientes.) Eran moderadamente ricos, y amaban á Laura con estremo, por ser unica prenda suya, y porque sus muchas partes merecian qualquier afecto. Tenia una hermosura tan honesta, que á un mismo tiempo se dexaba querer con la belleza, y se hacia respetar con la compostura. Era tan bien entendida, que pudiera preciarse de fea, á no desmentirla las perfecciones de su cara. Mirabanla muchos en la Ciudad con intento de merecerla por esposa; unos, fiados en su fortuna; otros, en su gallardia; y algunos en su riqueza, que si ay confianza discreta, esta pudiera tener el primer lugar en la disculpa. Pero Laura ofendiase de escuchar alabanzas suyas, si se encaminaban á que reconociesse alguna voluntad. No la sonaban bien conversaciones de casamiento, que no es poco milagro en muger hermosa, y que tenia cumplidos diez y seis años. Aumentabanse con su resistencia los estremos de sus amantes; que el desden nacido del recato, y mas en la que ha de ser muger propia, en lugar de entibiar el deseo, pone espuelas à la voluntad. No era

as doncellas que al caer el Sol
an la almohadilla, visitan la
:ana, y à media noche aguar-
la musica, y reciben el papel,
suele ser el primer escalon
a deshonra. Laura, ni escu-
ba, ni apetecia, pero què mu-
, si tenia en el alma quien se
torvasse! Laura amaba, Lau-
:staba perdida, y Laura era
icipal, que basta para no ad-
r nuevos empleos, aviendo
to los ojos en quien la mere-
Tenia su padre un hermano
en viudo, que de muy rico
ò al estremo de necessidad; y
ı dár à entender su pobreza,
e decir, que casò con muger
adora, que era noble, y hacia
zas. Viòse tan alcanzado, que
una licencia para las Indias,
mparò su casa, pensando
orarse en donde no le cono-
en; y para hacerlo mejor, de-
n hijo que tenia, llamado Li-
o, encomendado à su herma-
el qual le recibiò como à san-
tan suya, haciendo cuenta q̃
via dado el Cielo un hijo, pa-
que despues de dár estado à
ra, quedasse en su compañia,
consolasse en los trabajos
suelen seguir à la senectud.
dria Lisardo, quando se au-
ò su padre, la misma edad
[illegible] hermoso, y bien
[illegible] vivo, y tan gra-
[illegible] *[illegible]esuras*, que yà su
tio apenas le diferenciaba en el amor que tenia á su hija, con la qual se criò en igualdad de hermanos, y amor de primos. Querianse los dos con aquella voluntad que permite la inocencia; no hacia Laura cosa sin gusto de Lisardo, ni Lisardo tenia pensamiento que no comunicasse con ella, y en los dos parecia que se ensayaba la voluntad para mayores finezas. Dexò de ser niña Laura, y Lisardo empezò à descubrir su divino ingenio, aventajandose à todos, assi en las bizarrias de Cavallero, como en las acciones de entendido. Era galán, brioso, y tan cortès, y bien hablado, que se hacia querer aun de los mismos que le embidiaban. Amaba grandemente à su prima, mas de lo que amaba su cordura; mirabala yà con otros ojos, atreviendosele los deseos; dabale voces la voluntad; y finalmente, la passion iba creciendo al passo de los años. Laura por otra parte se dexaba llevar de su natural inclinacion. Vivia con esperanzas de gozarle, aunque tenia miedo á su padre, porque era viejo, estaba cerca de codicioso, y sobre todo, tenia un amigo, y el mas poderoso de aquella tierra, el qual procuraba, que un hijo suyo gozasse la hermosura de Laura; porque era su amor tan demasiado, que se recelaba algun peligro en su salud. Su pa-

padre hacia buena cara à ſu pretenſion, porque Octavio (que eſte era el nombre del enfermo amante) era hombre de conocida nobleza; y quando le faltára eſta calidad, pudiera ſuplir facilmente con dos mil ducados de renta. Temia Laura no le vencieſſe á ſu padre el oro, que es peligroſo ſu poder, y tiene particular imperio en todos. Decia ella, que harto rico era quien no deſeaba riquezas, y ſe contentaba con ſu fortuna; pero eſtas filoſofias no hallan acogida en las perſonas, que con los muchos años ſe han olvidado de amar. A Laura la movia la voluntad, y á ſus padres les deſvelaba la ambicion; á ella quitaban el ſueño cuydados de Liſardo, y à él le inquietaba el verſe con mayores aumentos. Oìale hablar muchas veces en ſu remedio (ſi ſe llama con eſte nombre quitar à una muger el guſto) y aunque no ſe lo decia à Liſardo, por no dàrle peſadumbre, en viendoſe à ſolas, lloraba como amante. En efecto, deſpues de paſſados algunos dias, ſe determinò el viejo en darla à Octavio, que para ella fuera mas apacible à un ſepulcro; y viendo en ſu ſobrino tantas mueſtras de prudente, quiſo primero aconſejarſe con ſu entendimiento; y una vez que eſtaban *los dos en el campo, ſin mas teſtigos que los arboles, y el agua,* le dixo deſta ſuerte: Bien ſabe ſardo, la grande voluntad qu debes; pues ya que no eres n jo en la naturaleza, yo he ſid padre en la crianza; en mi quedaſte de pocos años, y en has vivido con el reſpeto, y lo que todos ſaben, pues nad juzga ſino por hijo propio, be el Cielo que me tengo po choſo en eſta imaginacion, todos conocen tu ingenio, al tu virtud, y eſtiman tu perſ Digote eſto, para que advi lo mucho que me ha obligac cordura, pues no me he qu fiar de mis años, y me dexo a ſejar de tu diſcrecion. Sien viejo, y con achaques, eſpera por puntos el ultimo termin mis dias: deſvelame el vér ſi tado à tu prima, y quiſiera qu me haliàra la muerte en tie que fuera forzoſo dexarla ſin ño, y muriera con eſcrupul no averla remediado pudie No tengo tan ſobrada hacie que pueda deſcuydarme co guridad de ſu ventura. El que tiene es moderado, ſi bi mucha virtud es baſtante cr de ſu remedio; pero en eſte po anda poco valida, que ſer en un caſamiento lo poſ que ſe pregunta. Aſſi diſcur padre de Laura, y Liſardo chaba la tragedia laſtimoſa voluntad, ſin poder reſpon

quisiera. Retirò algunas la-
s que avia llamado el senti-
o, y callò algunos suspiros,
andolo todo, para que en
ocasion Laura lo viniesse
r, y los dos se ayudassen à
Dissimuló quanto pudo, y
su tio prosiguiò, diciendo:
e saber, pues, que ha mu-
dias que Octavio quiere à
;y esto es con tanto estremo,
l mismo padre con ruegos
enta para que se efectùe; tie-
riqueza que sabes, y hagole
ventajas en la nobleza; no
ra perder esta ocasion, por-
o tengo de hallar otra tan
osito. Yo pienso hacer ma-
as escrituras, que bien ten-
endido de la obediencia de
l, que no tiene mas gusto
ni alvedrio, ni mas ley en su
que mi voluntad; pero pri-
ie querido comunicarlo con-
orque aunque sé que acier-
lo menos tendrè mas segu-
en mi eleccion.

n lastimado escuchaba Li-
à su tio, que apenas tenia
o para apelar de su senten-
uisiera dàr voces, y llamar
o, que es el mismo alivio
:ne un desdichado; pero no
aba, ni su obligacion, ni su
ha. Veìase morir, y sin po-
iexarse, pues le cerraba la
el mismo que le ofendia en
s; *pero aprovechandose* de
su buen juìcio, le respondiò con
la mayor blandura que pudo (ad-
virtiendole los daños que suelen
tener consigo las repentinas reso-
luciones) que parecia temeridad
dàr un hombre palabra que no
estaba en sus manos el cumplirla;
pues aunque Laura tenia tan de
su parte la obediencia, muchas
veces no puede una muger confor-
marse con lo que contradice el
Cielo; y pues ella era la que avia
de hacer vida con él, lo mejor
era darle parte, saber su pensa-
miento, entender su mucho gus-
to, y prevenirla del aumento que
se le seguia.

Decia esto Lisardo, con animo
de fiar en la dilacion el remedio
de la desdicha que le aguardaba.
No le desagradò à su tio el pare-
cer; y assi, se resolviò à declarar-
se con Laura, aunque haciendo
de manera, que en el proponer, y
el executar, no se gastasse mas de
un tiempo. Quedò Lisardo tan
confuso, que le parecia que quan-
to avia oìdo era ilusion de su des-
cuydo, ó sueño de su fantasia. Fue-
se à casa batallando con sus pen-
samientos, y recibióle Laura con
los brazos; pero estaba de suerte,
que no le agradò el favor, por pa-
recerle que tenia algo de despe-
dida. Solian hablarse por el apo-
sento de una criada, la qual en
viendo à sus señores dormidos,
avisaba à los dos amantes, y se

gozaban haſta que llegaba el dia, ſin que Liſardo tomaſſe en ſus amores mas licencia de la que le permitia una voluntad honeſta. Dixo Liſardo à ſu prima, que aquella noche queria verſe con ella; y quando lo hizo, penſando que la tenia perdida, y conſiderandola en otros brazos, ſin poder hablarla, porque el dolor no lo conſentia, la empezò à decir con infinitas lagrimas la determinacion de ſus padres; y antes que èl acabaſſe, le ſaliò ella al camino, y dixo todo lo que ſabia. Sintieronlo entrambos juſtamente, porque es un tormento ſin piedad, dividir dos almas que nacieron para un lazo; pero corrida Laura de aver dudado lo que era impoſſible à ſu voluntad, conſoló à Liſardo, y le aſſeguró, que primero ſe dexaria quitar la vida, que conſentirlo. Deſpidieronſe los dos, llevando el dolor mas templado: llegò la mañana, y ſus padres la llamaron, porque caſi toda la noche ſe aviã entretenido en dàr traza contra la voluntad de la pobre Laura. Empezaron à obligarla, diciendo el cuydado, y ſolicitud que tenian de darla eſtado; dixeronla tambien, que la tenian caſada con Octavio, hombre que la merecia por muchas cauſas. Oyòlo Laura, y *procurò deſviarlos de aquel intento, diciendo*, que por ningun *marido ſe aventuraria à dexarlos*, fuera de que ſu edad era mu ca, y queria ſervirles, y goz ſu juventud, ſin tener que co tar à un hombre que no cono ſin entregarle à tantos deſvel mo ſiguen al matrimonio, d los cuydados de los hijos, el a del eſpoſo, y el govierno de ur ſa, la avia de obligar á no g los como quiſiera; porque e ſandoſe una muger, aun co propios padres es ingrata, y ſi el marido ſale à guſto. Bier ſiera decirles la principal oc que la movia, pero temia que buyeſſen à liviandad lo que ſido fuerza de inclinacion, mia tambien no les enojaſſe ſolucion, y la quitaſſen de lo à Liſardo. En fin, lo diſpuſo tal ingenio, que ſus padres l xaron por entonces, y ella c ſatisfecha de ſu amor, y pa de lo bien que ſe avia defen Contòſelo à ſu primo, el qu gó en abrazos la honrada ref cia; pero apenas ſe avia lev do el viejo, quando vieron e al padre de Octavio, quexo determinado, diciendo, que jo eſtaba loco, y ſe temia de ſeſperacion ſu muerte. Diſc tenia Octavio, que amaba d no le admitian, y parecial mañado el rigor del Cielo, para un hombre rico huvieſ poſſibles. Tuvo por cierto dre de Laura, que el averſe

ella, ſeria verguenza de ſu
to, no verdad de ſu diſguſto;
do en la obediencia, y virtud
a hija, le diò palabra de que
ro dia avian de quedar he-
las eſcrituras. Erró como am-
oſo, pues no ay ley que obli-
á obedecer en las coſas que
e peligro el guſto. O codicia
gna del corazon de un hom-
noble, què de diſguſtos has
ado! bien te llama Seneca
rmedad fuerte, y peligroſa,
no tiene remedio, ni admite
as para curarſe! Yo quiſiera
r, què pretende un padre ne-
que diſpone de la voluntad
ignora? Acaſo eſta potencia
alvedrio ſufre violencia? Ay
nio que baſte para obligar à
parezca bien todo aquello
ſe aborrece? Por ventura las
naciones ſujetanme à mas
ios que al Cielo, y á quien las
cita? Y quando no huviera
informacion, no baſtaba mi-
, que el miſmo Dios, con ſer
luto dueño de todo, parece
en el alvedrio del hombre ſe
ò el poder, pues nunca le
za, aunque ſiempre le inclina?
iò, pues, el deſconſiderado
e à tratar con mayor fuerza
las coſas, y Laura bolviò à
derſe con palabras, y razo-
que el amor ſuele enſeñar Re-
a. Turoſe fuerte, y ſu padre
xiſtiò *algo enojado*, aunque
lo procurò deſmentir, por no diſ-
guſtar á quien avia menester. Pa-
reciòle que ſeria mejor camino
hablar à Liſardo, que como diſ-
creto, y que podia tanto con Lau-
ra, ſeria facil alcanzarlo de ſu ter-
rible condicion. Llamòle aparte,
y contòle la necedad de ſu prima,
aunque era tal, que à Liſardo le
parecia de perlas. Rogòle, que la
fueſſe à vèr, y riñeſſe, trazando de
modo, que no huvieſſe meneſter
uſar de otras diligencias, y rigo-
res, porque à todo eſtaba diſpueſ-
to. Prometiòle Liſardo hazer
quanto pudieſſe por reducirla,
mas no ſe contentó con eſta pro-
meſſa, ſino que quiſo dos coſas;
la primera, que lo puſieſſe luego
en execucion; y la ſegunda, que
èl miſmo lo avia de oìr, para vèr
el cuydado que ponia en ſus co-
ſas, y el intento que tenia Laura;
y para eſto imaginò un engaño
diſcreto, aunque peligroſo, y fue
hacer que una criada la llamaſſe,
diciendo, que ſu primo la queria
hablar, y él ſe eſconderia detràs
de las cortinas de una cama, para
oìrlos, y ſalir de ſus dudas. Re-
plicò Liſardo, como corrido de
que hicieſſe de èl tan poca con-
fianza; pero el viejo porfiò como
tal, y ſin eſcuchar reſpueſta em-
biò à llamar à Laura, la qual vino
bien agena de aquel engaño, y Li-
ſardo empezò à bolverſe loco,
viendoſe tan confuſo, que no ha-
lla-

llaba ſalida conveniente à ſu amor, y á ſus obligaciones; con ſilencio ſe hacia ſoſpechoſo; con la obediencia, ſe daba la muerte; dár à entender, ſu voluntad, era perder à Laura; pues decirla que dieſſe la mano à otro dueño, quien lo pudiera acabar conſigo, queriendo bien, y ſabiendo ſentir? Quiſiera aviſar à ſu prima con alguna ſeña hurtada, y no era poſſible, porque ſu padre le eſtaba notando las acciones. Eſpantòſe Laura de aquella novedad, y ofendida de ſu ſilencio, le iba à decir algunas injurias, porque entre amantes ſuelen paſſar por requiebros; y Liſardo, mirando lo que podia reſultar, la eſtorvò, diciendo:

Yà ſabes, hermoſa Laura, de quanta importancia es en los hijos, para que ſe logren, la obediencia, y el agradecimiento, particularmente quando los padres les procuran eſtado conveniente à ſu calidad. Yo he ſabido de los tuyos el deſeo que tienen de remediar tus años, para que faltando ellos, yà que ſientas ſu muerte, no eches menos la falta de ſu amparo, ſubſtituyendo à ſus canas el amor de un marido que te eſtime. Quexanſe de que reſpondes con alguna tibieza á ſus intentos, *y yerras verdaderamente, porque Octavio te ama, y te merece; toda eſta Ciudad le mira* con particular amor; tu edad no es deſigual à la ſuya; ſu entendi to reſpetan quantos le tratar mucha hacienda le acredita partes todas que le hacen de ti; y quando no huvie por medio ninguna de eſtas nes, baſta ſer guſto de qui ha dado el sèr. Tu padre te y ha dado la palabra á Octa quiere darte un eſtado tan roſo, que pueda una vez la za deſmentir à la deſdicha. ha de ſer, y eſto te conviene da la Ciudad eſpera el dia d ñana, y yo con las mayores que puedo, te ſuplico, dè guſto à tus padres, que pa ſerá la mayor liſonja que p hacerme. Todo eſto decia do tan fuera de sì, que cada bra era veneno, y con toda ſe daba la muerte; pero qu cho ſi eſtà pidiendo, y acor do lo que avia de coſtarle Mirabalo Laura tan confuſ le parecia que quanto eſcu era ſueño; porque avia c que ſu primo la amaba; y a y rogar que quiſieſſe à otr parece que ſe conciertan. gòſe Laura, y bolvió à pen lo que avia oìdo, diò mil bu las palabras de Liſardo, y conſigo miſma: Pues como, do yo atropello el reſpeto padres, y paſſo por el marti tantas amenazas, Liſardo

ore, y me pide que ame à
pues eſto que puede ſer, ſi-
ca eſtimacion mia? Quien
animo para decirme que me
gozar de Octavio, no ſe
demaſiado por perderme.
me aconſeja que le olvide
eſtà que ſe ofende de que le
Pues como una muger prin-
, y de entendimiento ſe ha
orir por quien tiene animo
ir ſin ella? Quien duda que
lo ſe avrà canſado de mis
ts? Que quando un hombre
guro de que le eſtiman, co-
ne el temor dormido, pro-
n ſus amores menos galàn,
deſcuydado. Los hombres
dan, la voluntad ſe resfria,
vive ſujeto à la variedad,
inconſtancia; Liſardo es
re, veſe querido, y avrà he-
omo los demàs: ſabe que le
, y que eſtoy loca, y prueba
ciencia con deſprecios, y
mbres; y lo peor es, que ſin
debo de tener poco lugar
memoria, porque hombre
ibla tan cuerdo, y me con-
an prudente, claro eſtá que
conſolarſe á sì propio. Pues
los Cielos, que eſta vez me
vengar de ſu ingratitud, y
de ſalir los conſejos à los
yo harè verdad lo que no
nè poſſible, que las muge-
incipales, nunca ſe olvidan
que ſan. Eſto es ſin duda
darſele poco de mi, eſto es deſ-
preciarme conocidamente: mal
aya, ſi no me lo pagàre. Goceme
Octavio, goceme un enemigo,
que por lo menos quedarè venga-
da, aunque àcoſta mia. O po-
bre Laura, detente, y mira que te
pierdes, y pierdes à quien te ha
obligado con lo propio que te ha
ofendido! Quien pudiera decirte
lo que padece Liſardo, y aviſarte
de que te eſtà eſcuchando tu pa-
dre, ò tu verdugo? Laura vete à
la mano, Liſardo es firme, Liſar-
do te adora; pero quien podrà
meter por camino à una muger
enojada, y que ſe le avia pueſto
en la cabeza aquella injuſta ima-
ginacion? Y para acreditarla mas,
ſucediò aver ſabido, que una da-
ma de aquella Ciudad, y no de
las menos hermoſas, queria bien
à Liſardo, porque ella miſma le
avia comunicado ſu deſeo, pare-
ciendola, que como amiga ſuya,
y prima de Liſardo, alcanzaria
qualquier coſa de ſu amante. Bien
conocia Laura que Liſardo, aun-
que ſabia eſta voluntad, no avia
tenido primero movimiento de
agradecerla; pero coligiò, que
pues èl miſmo la perſuadia á que
dieſſe la mano à Octavio, ſeria la
cauſa aver viſto alguna coſa en la
otra que le agradaſſe; y aſſi de-
ſeaba verſe libre para gozarla.

Vinieron eſtos celos en ocaſion
fuerte, confirmaron las ſoſpechas,
y hi-

y hicieron verdad lo que haſta entonces apenas tenia opinion de apariencia. Echólo todo á la peor parte, y atropellando ſu miſmo guſto, negando los oìdos à qualquier deſengaño, ſin mas interès que ſu venganza, le dixo á Liſardo, que eſtaba muy pagada del nuevo empleo, que baſtaba quererlo èl, para allanar el mayor inconveniente, que à Octavio queria, que à Octavio eſtimaba; y aſſi, les dixeſſe á ſus padres, que ſe daba por muy contenta de aquel amor, pues aunque le avia reſiſtido, no era por no quererle, ſino por el ſentimiento que avia de tener de verſe ſin ellos. Y deſpidiendoſe de Liſardo, ſin eſperar reſpueſta, ſe retirò à llorar ſu poca ventura; unas veces, pagada de lo que avia hecho; y otras, arrepentida, por averſe hecho à sì miſma la ofenſa, pues avia de entrar en poder de un hombre, que aunque no le aborrecia, baſta para vivir muriendo, querer à otro, y no gozarle. Saliò ſu padre dando mil abrazos à Liſardo, y partióſe al punto à referir aquellas nuevas à ſus deudos, y à los de Octavio; previnieronſe fieſtas, y galas, y Liſardo quedò como ſe puede imaginar de un hombre que queria bien, y miraba perdido en una *hora, lo que* avia grangeado en *tantos años; pareciòle* facilidad *en Laura averſe* determinado tan preſto; pero bien conociò qũ mas colera de ſu paſſion, fuerza de ſu voluntad. Quiſi à hablarla, y à decirla la cauſa la avia movido para rogar lo avia de ſer eſpada riguroſa tra ſu triſte vida, mas yá era t fueſe al campo à llorar, que ſitio mas acomodado para ſ bien una triſteza. Vino el p de Laura à ſu caſa, loco de tento, y con èl el novio à g de la preſencia de ſu eſpoſa: biòle Laura con los ojos en el lo; Octavio entendiendo qu honeſta verguenza; pero los de Laura no decian eſſo, po eſtaban diſſimulando algunas las, que yà que no ſalian, p ménos ſe aſſomaban. Ale Octavio con que à otro dia daria ſu eſperanza en braz la poſſeſſion; y Laura, llev adelante ſu enojo, huìa de L do, no porque no le amab porque eſtaba corrida de ſu gratitud. Mil veces ſe diſpuſ ſardo á hablarla; pero no conſentia, ni ſu ſentimiento, entereza de ſu prima. Paſsè la noche à los dos amantes, à quien miraba tan cerca ſu dicha; y en tres dias de fieſta parece que la deſgracia los traìdo juntos, para acabar brevemente á Liſardo, ſe l ron las publicaciones En tiempo Liſardo, y Laura a

vian hablado, ſino es tal vez los ojos ſe tomaban alguna ncia. Laura diſſimulaba, Li- o padecia, los dos callaban, y ntaban por decir ſu tormen- acercabaſe el deſpoſorio, murabanſe los regocijos, y s andaban inquietos con la rencion de las galas, ſino es rdo, que llamaba á la muerte, no venia porque la llamaba; allandoſe una tarde á ſolas ella, dexandoſe llevar de la iente de ſus anſias, y de la za de ſus penas, la refiriò en res palabras la firmeza de ſu r, y el engaño que trazò ſu ri- ſo tio, para que èl miſmo fuef- ocurador de ſu muerte, y eſto rantas lagrimas, y verdaderos iros, que quando no fuera tan lad, lo creyera Laura. Luego ezò à eſtár ſu dolor mas vivo, do quan injuſtamente la per- diſculparonſe los dos, y re- aron algunos guſtos que avian do, que quando ſe pierden, pre ſe acuerdan. Abrazòſe ra de Liſardo, pareciendola era ſagrado para defenderſe n padre que la perſeguia, y n marido que no le agrada- Deſpidieronſe caſi ſin hablar- orque las muchas viſitas, y el aſiado alboroto no les dexa- igar aun para ſentir lo que n de perder. Llegó el dia *infeliz para Liſardo*, y repa- rò en que aquella noche avia de merecer Octavio los brazos de Laura: conſideracion, que fue milagro dexarlo vivo. Salióſe de caſa, y fueſſe à la de un amigo, llamado Alexandro, que era ſecretario de ſus deſdichas, y refiriendole aquella deſgracia, le pidiò un cavallo de algunos que tenia, para huìr del golpe, diciendo, que queria ſentir la herida, pero no vèr la mano que ſe la daba; y que eſtaba determinado de irſe á Sevilla, para negociar alguna orden de embarcarſe, y llegar á la Ciudad de los Reyes, en donde avia ſabido, que ſu padre aſſiſtia; porque un hombre noble, y que ama, no avia de mirar en otros brazos prendas que avian merecido los ſuyos. Pareciòle á Alexandro, que no erraba en auſentarſe, pues la auſencia ſuele ſer comun remedio contra la memoria; y antes que ſe partieſſe, porque le quedaſſe á Laura alguna de quien avia querido tanto, la embiò una vanda negra que tenia, con cifras de ſu nombre; y para darla á entender como quedaba, y ſin decir que ſe partia, tomò la pluma, y la eſcriviò eſtos verſos, que para mas credito de ſus deſdichas, los ſabia hacer con algun acierto; el caſo los pedìa mas tiernos que cultos, y aſſi decian:

Recì-

Recibid, hermoſa Laura,
entre eſſe triſta color,
de mi eſperanza la muerte,
de mi muerte la ocaſion.
Negro el favor os ofrezco,
para que os diga el favor,
que el alma ſe viſte luto,
porque ſu dueño muriò.
Si lo negro apenas dice,
de negro ſale mi amor,
porque es la mejor librea
para un triſte corazon.
Yo quedo ſin vos, bien mio,
porque mi ſuerte guſtò
que otros brazos os merezcan,
que no ay deſdicha mayor.
Y aſſi, mi nombre os embio
en eſte triſte blaſon:
pues que yà de lo que he ſido,
ſolo el nombre me quedò.
Triſtes los dos vivirémos,
pues eſperamos los dos,
vos el veros ſin ſer mia,
y el eſtàr ſin veros yo.
Mas conſuelome, bien mio,
vèr que puede tal rigor
obligarme á no gozaros,
pero à no quereros, no.
No naciſteis para mi,
que era, Laura, mucho error,
penſar que merezca un Angel,
quien tan poco mereciò.
Y aſſi, dice el alma mia,
viendoſe morir ſin vos,
que le he coſtado bien caro
el teneros tanto amor.
Dicenme que algun diſguſto
recibis por mi ocaſion,
y de eſſo me peſa mas,
que de mi proprio dolor.
No tengais vos peſadumbre,
mi bien, aunque muera yo;
porque me verè ſin vida,
ſi con pena os miro à vos.
No lloreis, ſeñora mia,
que matais el corazon,
y le baſtan ſus deſdichas,
ſin que ſienta las de dos.
Vos no perdeis en perderme,
pues tendreis dueño mejor;
yo ſi que pierdo la vida
á manos de mi paſſion.
Mas os quiſiera decir,
pero las lagrimas ſon
tantas, que las letras borran,
y no puedo mas, á Dios.

Dieronle à Laura el recado de ſu primo, y leyò el papel enternecida, que bien lo merecian las verdades con que venia eſcrito. Reparò de eſpacio en la triſte dama que la aguardaba ſin Liſardo; conſiderò, que amarle, y eſtàr en ageno poder, era peligroſo en ſu recato: acordòſe de la dama que le queria, y echò de vèr, que ſi ella ſe caſaba, era fuerza que Liſardo pagaſſe ſu cuydado, ò movido de amor, ò con intento de dar la peſadumbre. Cogiòla con eſtos penſamientos la noche; mirò la caſa llena de ruìdo, y de infinita gente; ſus deudos eran muchos porque era noble; y los de Octavio mas, porque era rico. Pre

Liſardo, y dixeronla, que
en caſa de aquel amigo que
nocia: apretóſele el cora-
parecióle impoſſible aven-
e à querer à un hombre que
ſſe á Liſardo. Diò en eſte
niento, aconſejóſe con ſu
, que la decia ſe puſieſſe en
s de ſu primo, pues de aqui
ıia vivir con guſto; gozar
primo; huir de la muerte, y
con una mano tantos años
a honeſta voluntad. No la
radaba à Laura lo que la
:tia ſu eſperanza; pero te-
rigor de ſus padres, y el eſ-
lo que ſuelen cauſar ſuceſ-
nejantes; mas luego bolvia
diciendo: Yo ſoy hija uni-
no ay padre tan cruel, que
l tiempo no ſe dexe vencer
piedad, y ruegos. Què pue-
:ir el vulgo, viendome en
de quien es mi eſpoſo? Por
a, no ſerà peor ponerme à
de que me murmuren deſ-
e caſada? Porque una mu-
guſto, eſtà muy cerca de
qualquier locura. Animo,
corazon, que no tengo de
tir otro dueño en tu mo-
a; de Liſardo eres, para
o naciſtes, y no han de ſer
tes reſpetos necios à qui-
la vida, y el guſto. Y reſuel-
rdamente à morir con Li-
primero que vivir con el ti-
ne la eſperaba, viendo que
la gente que avia acudido era
mucha, tomò ſu manto, y reco-
giendo en un pañuelo las joyas
que tenia, ſin ſer viſta de alguna
perſona, ſe metiò entre las disfra-
zadas, que avian venido, y caſi ſin
imaginarlo, ſe hallò en la calle, y
ſe fue á la caſa de Alexandro, al
qual hallò mas triſte que quiſiera. Preguntòle por ſu eſpoſo, que
yà no le llamaba primo; porque
quien venia à buſcarle, y con al-
guna muestra de facilidad, avia
meneſter otro nombre que la diſ-
culpaſſe. Mas reſpondiòla Alexandro, que avria tres horas que
en un cavallo hijo del viento, ſe
avia partido à Sevilla, huyendo
de ſu patria, y deſconfiado de
tanta ventura. Oyòlo Laura, y
fue mucho que la dexaſſen con
vida, nuevas que de juſticia pedian qualquier deſeſperacion;
hurtò un deſmayo algunas roſas
à ſu cara, que ſe preciaron de azucenas, aviendo paſſado opinion
de claveles. Quiſo Alexandro remitir à dos cavallos el conſuelo
de Laura, pero no ſe atreviò, porque à ella la faltaba poco para
difunta, y avia meneſter mas repararſe de aquella peſadumbre,
que poner en contingencia ſu vida: fuera de que en conociendoſe
la falta, era forzoſo acudir à los
caminos; y aſſi, le pareció mas ſe-
guro llevar á Laura (como lo hi-
zo) à caſa de una parienta ſuya,
que

que por ſu prudencia merecia confianza, la qual la recibiò, y regalò con infinito guſto, porque era muy grande amiga ſuya; y quando no lo fuera, ſu cara aun tenia juriſdicion en las mugeres para mover à voluntad. Hizo eſta diligencia Alexandro, con intento de partirſe de alli à dos, ò tres dias en buſca de Liſardo, para que no proſiguieſſe ſu viage, y bolvieſſe à conocer, que no era tan deſgraciado como preſumia. A eſte tiempo yá la caſa de Laura eſtaba rebuelta; Octavio loco; ſus deudos corridos; los padres de Laura confuſos, y todos haciendo diligencia ſin provecho: mas advirtiendo en que faltaba Liſardo, lo atribuyeron à traicion ſuya, y confirmaron que era la principal ocaſion de aquella deſdicha. Determinòſe el padre de Laura de vengarſe, para hacerle caſtigar riguroſamente, conforme à la gravedad de ſu delito. Quiſo acompañarle Octavio, por vèr ſi ſu amor ſe dexaba vencer de deſengaños tan manifieſtos: y porque avia dicho Liſardo, que tenia grã deſeo de vèr à la inſigne Villa de Madrid, Corte de Felipe IV. digniſſimo Monarca de las Eſpañas, ſe reſolvieron de venirle à buſcar en cl.a, quando à èl le llevaban *ſus anſias à la muerte, y ſus penſamientos à Sevilla.* Holgóſe en eſtremo Alexandro de que fueſſen tan encontrados; y deſpid de Laura, la dixo: Que q à buſcarle, porque tenia p to, que ſi ſe detenia ſeria no hallarle donde imagin reciale à Laura muy bien za de Alexandro, pero no ſe en ella ſin acompañarl concertaron de ſalir de la (como lo hicieron) cam de noche, por el rieſgo q en ſer conocidos. Llevat xandro un criado de quie ba, y bien prevenido de d por ſi acaſo la jornada nc baſſe con la brevedad q ſieran. Bien lexos eſtaba I deſta gloria, porque iba t do de ſu vida, que parece Cielo, movido de ſus rueg quiſo quitar, pues à la ent un Lugar pequeño, tropez vallo tan deſgraciadamen cogiendole deſcuydado, bre una pierna, y ſe la am de manera, que recelò alg table deſdicha, porque fu ſible poderſe menear, ha unos Labradores, compa de ſus muchas quexas, d raron el trabajo, y le llev los brazos à ſolo un me avia, en el qual ſe curò, y riguroſo el golpe, que en ocho dias no ſe pudo p camino, haſta que ſintien fuerzas baſtantes, bolviò guirle, à tiempo que yà

andro le llevaban dos jorna-
e ventaja, y aun avian paſſa-
or el miſmo Lugar en que ſe
aba curando; y eſtando una
: en una poſada, tan triſte
la cauſa le pedia, tomò una
rra, y refiriendo ſu hiſtoria,
nzò à cantar eſtos verſos:
llorar ſu amarga auſencia
Liſardo una tarde,
iorado, y zeloſo,
eſdichas harto grandes.
viendo que yà le eſpera
:mento de auſentarſe
quel bien que tanto quiſo,
fuerza ſiempre adorarle.
Dios patria, dize à vozes,
nadraſtra es bien llamarte,
deſpues de veinte Abriles,
à eſtraño me trataſte.
Dios campos, en quien Flora
perlas, y corales,
olores, y aromas,
claveles, y azahares.
Dios deudos, que del alma
zaſteis tanta parte,
n mi tuviſtes amigo,
voſotros hallé padre.
Dios divinos ingenios,
rtuna que os levante,
maldicion de diſcretos
nerla de ſu parte.
Dios belliſſimas Damas,
cuya hermoſa imagen
rece la Dioſa,
n Chipre adoran Altares.
Dios Academia iluſtre,
de aqueſtas edades,
à quien debè mi ignorancia
el no parecer tan grande.
A Dios calles apacibles,
donde Narciſos galanes
la noche paſſan, y el dia,
por bellezas Anaxartes.
A Dios eſtrecho apoſento,
que tantas vezes me hallaſte
llorando eſperanzas vivas,
que murieron ſin gozarſe.
A Dios queridos amigos,
que la fortuna inconſtante,
quiere, por matarme preſto,
de voſotros deſterrarme.
A Dios paſſados placeres,
que vivis para matarme,
pues ſolo de tantos guſtos
la memoria me dexaſteis.
Y en fin, patria, cāpos, deudos,
Academia, ingenios, calles,
Damas, apoſento, amigos,
y guſtos que yà paſſaſteis:
Sentid mis penas,
y llorad mis males,
pues que muero,
quando adoro à un Angel.
Y tu, Laura, Laura mia,
aunque no es razon te llame
mia, ſabiendo que yà
goza tu cielo otro Atlante.
A Dios, que yà me dividen
de tus ojos celeſtiales
mis deſdichas, embidioſas,
quizà de que los gozaſſe.
Yo muero, aunque no quiſiera,
pues que temo que te mate
la muerte, ſi muero yo,
que en mi eſtàs, y hade toparte.

Huye del pecho, bien mio,
vive tu, muera quien nace
indigno de tanta luz
incapàz de glorias tales.
Yo morirè, porque pongan
en mi ſepulcro: Aqui yace
un hombre que ſupo amar,
aunque à coſta de mi ſangre.
Nadie culparà mis penas,
mas, Laura, los que ſaben,
que me voy para no verte,
quando vivo con mirarte.
Y por ſi acaſo, ſeñora,
mis deſdichas ſon tan grandes,
que ſea eſta vez la poſtrera
que en tus ojos me miràre.
Abrazame, Laura, mia,
y à Dios, que mil años guarde
tu vida, porque yo viva,
ſi puedo, auſente, y amante.

No podia Liſardo acabar con ſu memoria, que le dexaſſe de atormentar un inſtante: Acordabaſe de Laura (quien lo duda) conſiderabala en brazos de Octavio; y ſin hazer memoria de ſu amor, que al mas fuerte, en aviendo auſencia de por medio, ſe le atreve qualquier olvido, llegó à Adamuz una tarde temprano, y no quiſo acoſtarſe, aunque lo avia meneſter: que no ay deſcanſo para quien tiene ſiempre vivas ſus congoxas. Saliò del Lugar en la *mitad de la noche*, la qual era tan *demaſiado obſcura*, que aun no *permitia à los ojos*, que conocieſſe diſtintamente la tierra por donde caminaba. La Luna ſe avia recogido con verguenza de una nube que ſe quiſo oponer à ſu reſplandor: que à la miſma luz ſe atreven las tinieblas, mas no ſin caſtigo; pues luego conocen, aunque á coſta de ſu menoſcabo, que ſon vapores de la tierra, y que ſe opuſieron á la claridad del Cielo; pero què no intentará la ignorancia apaſſionada de ſu miſma idea, ó lo que es mas cierto, embidioſa de los meritos que no alcanza? Quien no ſe rie de vér à un hombre (que porque no ſabe mas de un poco de Gramatica, ſe puede llamar Gramatico ſimple) ſatisfecho de ſu buen juizio, y pagado de ſus buenas letras, hablar, y tomar la pluma contra quien alaban todos? Hombre, ò Gramatico, ò lo que fueres, que bien poco puede ſer quien ſe dexa *vencer* de ſu embidia, de què *te ſirve* querer desluzir el Sol, y oponerte à ſus divinos rayos, ſi naciſte nube, y es fuerza que ſu miſmo calor te venga à deshazer! Què importa que ſe atreva tu ingenio à vituperar los eſcritos que todo el mundo eſtima, ſi nadie te eſcucha, porque no tienes autoridad, ſino para contigo? Eſcrive algo, interta algun poema, que no ſe gana la opinion propia, ſolo con cenſurar los trabajos agenos; pero Seneca te diſculpa, porque en eſto

bidioſo

ò qué ha de hazer, ſino con-
ſe, y ladrar, porque le falta
que mira en otros? Mas de-
eſto, que los deſengaños,
que tienen de verdades, no
an todas vezes. La noche,
ente era tan obſcura, que
o ſe hallò con algun rezе-
r ſaber que aquella tierra
ligroſa; y eſtando en eſta
ſion, ſintiò cerca de sì ruì-
e por ſer á tal hora le alte-
nimo, y obligò à que arro-
e del cavallo ſe previnieſ-
a eſpada, y en breve eſpa-
ſcubrió un bulto, que con el
de la noche ſe pudo ocultar
auteloſamente entre unas
y preguntandole quien era,
rle la eſpada à los pechos,
Liſardo una miſma accion;
l hombre ſin alterarſe, le
que ſi queria conſervar la
e dexaſſe quitar quanto lle-
porque hazer otra coſa, era
aſion à que le hizieſſen pe-
us compañeros, que eran
los que èl imaginaba. Pa-
à Liſardo, que podia ſer
gema del ladron la amena-
que eran muchos para ſu
, y remitiendo la reſpueſta
ada, y à ſu valiente cora-
empezó à tirar con tan ga-
brio, que le fuè forzoſo re-
para defenderſe; y à poco
á la ſeña de un ſilvo, y al
de las eſpadas, ſe juntaron
mas enemiges que preſumia. Acu-
dieron todos à ofenderle, y el
pobre Cavallero empezó á reſiſ-
tir ſus intentos, retirandoſe, y de-
fendiendoſe con la deſtreza que
la neceſſidad le enſeñaba; y uno
de ſus miſmos enemigos, viendo
en Liſardo tantas mueſtras de va-
lor, y pareciendole laſtima que
murieſſe violentamente, quien tan
gallardamente ſabia defender ſu
vida, ſe puſo á ſu lado, deteniен-
do con la eſpada, y las vozes à to-
dos ſus compañeros; y bolviendo-
ſe á Liſardo, le dixo, que el inten-
to principal de todos los que mi-
raba, era robar la hazienda, pero
no quitar la vida, aunque quando
la reſiſtencia era con exceſſo, la
codicia ſe convertia en venganza,
y la ambicion en declarada inju-
ria; y aſſi, le ſuplicaba, porque le
avia aficionado ſu generoſo ani-
mo, no ſe precipitaſſe à ſu muerte,
y ſe vinieſſe con ellos aquella no-
che, ſiquiera por huir de las ame-
nazas del Cielo, y porque le curaſ-
ſen una pequeña herida, que en la
propia mano de la eſpada le avian
dado. Liſardo le reſpondiò, que
no eſtimaba la vida tanto, que tu-
vieſſe à demaſiada ſuerte que ſe
la dexaſſen; pero por no acredi-
tarſe de ingrato con quien ſe la
daba tan noblemente, recibia por
merced el partido; y rindiendole
ſu eſpada, y ſeñalando àzia la par-
te en que dexò el cavallo, ſe fuè

con ellos, conſiderando los lances en que ſu contraria eſtrella le iba poniendo: aunque como eſtaba acoſtumbrado à paſſar por la deſdicha de perder lo que amaba, todo le pareçia breve tormento. Llegaron à unas ſecretas cuevas, edificio que avia labrado la miſma naturaleza para caſa de algunos Paſtores, que por Diziembre ſon blanco de los diluvios de el Cielo, y por Junio ſe conſienten abraſar del Sol, y metiendole en una de ellas, aplicaron à la herida un poco de balſamo (remedio general, y ſaludable para todas las ocaſiones repentinas) quitaronle tambien quanto tenia, que la piedad de un ladron llega à permitir la vida, pero no à deſcuydarſe con la hazienda. Quedò el pobre Liſardo ſolo, y acompañado de ſus continuos penſamientos; y viendo tantas deſdichas juntas, dezia: Ay Laura, quien penſára, que no ſolo me avia de vér ſin la gloria de merecerte, ſino que me avia de perſeguir tan riguroſamente mi fortuna! Yo me vi en tus brazos; yo eſcuchè de tu boca mil ternuras; y fùi, ſin duda, el primero que eſtuvo contento con ſu eſtado; aunque me quiera contradezir Ovidio, diziendo, que la voluntad del hombre no quiere conſentir ſu ſoſſiego; porque ſiempre ſe falta que alcanzar, y le ſobra que apetecer. Enternecíaſe con eſto Liſarda, y llamaba à La diziendo: Dexa, prima que eſta vez los regalos de tu eſ eſcuſate à los amoroſos lazo quien te merece; olvida el bl ſueño, y vèn à conſolar á un h bre que fué deſgraciado, au merecerte; porque gozar l cha para perderla, es vincula ſentimiento para la vida. Aſ maba Liſardo à Laura, aunq conſideraba bien lexos, ma erraba mucho en llamarla, po eſtaba tan cerca, que pudie cuchar ſus quexas, y reſpon ſus vozes, pues entre los dos avia mas diſtancia que el pe de una peña que los dividia. dos avia ſeguido una miſma tuna, que como las dos almas en una voluntad, no podia el lo injuriar à Laura, ſin ofen Liſardo, ni atreverſe à Liſ ſin enojar à Laura: la qual p do la noche antes por aquel mo ſitio, en compañia de Al dro, con el anſia de llegar à v le ſalieron ſeis hombres al p y ſin poder Alexandro reb ſe, para dàr à entender, que nacido Cavallero, aunque e les caſos la defenſa es temer y no valentia, le quitaron l pada, y lo demàs que lleva quando pensó q̃ hizieran lo mo con Laura, ſucediò, qu de los que les acometieron mas alentado de todos, pr

en ella ; y pareciendole que obligarla , no uſar con ella la encia que ſe podia temer de odicia , no conſintió que nin- o ſe atrevieſſe à quitarla nin- a coſa, y bolviendola à poner a mula, guiò àzia ſu ſitio, con- nto de gozar aquella noche elleza : la qual , viendoſe ſin ardo, y en poder de aquella in- e gente, llamò con mas veras muerte ; y bolviendo los ojos Cielo, dezia locuras, haziendo tas laſtimas, y llorando tã gra- àmente , que viendo ſu enemi- que aun eſtando enojada no perdonado el ſer hermoſa, ſe ſdiò con mas fuerza , y ſe pre- de ſu impiedad para qual- r injuſto atrevimiento. Lle- on al deſabrigado alvergue, era el que eſtaba vezino à la on de Liſardo, y luego el laſ- amante la empezò à regalar algunas coſas, que à coſta de ezinos Lugares tenian ſobra- vinoſe Alexandro con ellos, aunque pudo tener libertad, quiſo , viendo à Laura de la era que quedaba : trataronle alguna cortesìa , por no diſ- arla à ella , que avia dicho q̃ u hermano. Temblaba la her- a donzella de verſe en poder ranos; y que ſi aquel hombre ntaba alguna violencia , era oſo matarſe, ò perderſe; pero *tanta dichaſſi acaſo la podia* tener quien ſe vèla de aquella ſuerte) que el Capitàn de toda aquella gente, hombre de reſolu- cion , y de muchas manos, ſe afi- cionó tanto de ſu cara, que vien- doſe embidioſo , y que no podia merecerla, por no aver ſido preſa ſuya , y porque el que la tenia conſigo, era caſi tan poderoſo co- mo èl, ſe diſpuſo à defenderla, pa- ra eſtorvar que la gozaſſe otro, y à que èl no podia , atribuyendo à piedad de animo, lo que era em- bidia , ò zelos de ſu camarada. Holgòſe Laura de eſta competen- cia , porque el uno la defenderia del otro, haſta que el Cielo trataſ- ſe por algun camino el remedio de ſu libertad. Y eſtando los dos Coſarios de aquella tierra, procu- rando alegrar, y divertir ſus divi- nos ojos, la llevaron à vér ſus ran- chos , aſſegurandola primero el Capitàn de qualquier miedo , en coſas que no fueſſen mucho guſto ſuyo. Llegaron à la parte en que eſtaba Liſardo , que vencido de un piadoſo ſueño , daba licencia al deſcanſo forzoſo ; y eſtando la cobarde dama atendiendo à algu- nas coſas que la enſeñaban , mas por contentar à los dos amantes, que por tener guſto en lo que mi- raba , les vino nueva de que la Juſticia de un Lugar , que no les debian ninguna buena obra, pro- curaba ſu deſtruicion. Alboro- taronſe luego todos , y acudien-

do à la defenſa, olvidaron el amor, y fueron à reconocer el campo: que donde tiene rieſgo el honor, ò la vida, pocas vezes perſevera la voluntad, y mas quando no tiene echadas raìzes con el trato: aunque en aviendo de por medio amor de años, ò de obligaciones, no ay impoſſible que no intente, ni temeridad que no ſe oponga. Quedò Laura ſola, aunque no tanto, que à pocos paſſos no pudiera hallar quanto quiſiera pedirle ſu deſeo. Entrò mas adentro, conſiderando la miſerable vida de aquellos hombres; pues libraban ſu felicidad en la deſventura agena, parecido en eſto à los embidioſos, de quien ſola ſe libran los deſdichados; porque no tienen fortuna que los dè peſadumbre, aunque no dexe de ſer mala, pues viven ſeguros de ſus dañadas entrañas. Aſſi eſtaba diſcurriendo, quando ſintiò junto à los pies un bulto, que la hizo tropezar, aunque pienſo no era la primera vez; reparò Laura, y viò un hombre que pagaba el neceſſario tributo à ſu canſado cuerpo: baxò la luz para reconocerle (que el pecado de la curioſidad jamàs dexa à una muger, aunque ſe mire en el eſtremo de ſus peſares) miròle, y alteròſe; bolviò á mirarle con mas atencion, y hallòle en las manos un pequeño retrato; quitòſele de ellas, y llevòle á los ojos, los quales hallaron à ſu miſmo dueño: diòle mil bueltas, penſando que el naype tenia por encima algun pedazo de criſtal que la rebataba. Bolviòſe al que dormia, para que la dixeſſe la verdad; reconociò ſu prenda; hallò à Liſardo; pidiòle albricias, y temió por ſoſpechoſo el nuevo contento, acordandoſe de las vezes que ha quitado la vida un placer, ni eſperado, ni prevenido. Sentòſe junto à ſu primo, el qual al ruìdo de unos abrazos, mezclados con ſuſpiros de alegria, deſperrò, y tuvo por novedad el vèr luz en parte, que pocas vezes ſe comunicaba el Sol. No avia reparado Liſardo en Laura, que ſi eſto dixera deſpues de verla, fuera agraviar ſus ojos. Cubriòſe ella el roſtro con una toca, que era velo de plata para ſu hermoſura, y nube de ſeda para ſu reſplandor, darle el contento menos repentino. Eſtrañò Liſardo la nueva compañia; y advirtiendo en que el trage, y los adornos prometian alguna nobleza oculta, la rogò que ſe deſcubrieſſe, ò por lo menos le contaſſe el rigor de fortuna que la avia puesto en tan miſerable eſtado, que el ſe obligaba à ſatisfacerla el favor, reſiriendo, ſi ella guſtaſſe, el infinito numero de deſdichas que le atormentaban, que eran tantas, que la menor le parecia verſe en poder de aquellos Barbaros, te-

niendo

ido la vida al alvedrio de ſu
ntad. Entonces ella, por no
:rle el contento que podia
e, ſe deſcubriò, y abrazó dèl;
ſardo quedò mirandola, tan
:nſo, que ſe puſo à imaginar,
a cierto que avia deſpertado.
s vezes, daba credito à los
; y otras, no ſe podia perſua-
iun à lo miſmo que tocaba;
venciendo la verdad ſus diſ-
as dudas, eſtuvieron los dos
gran rato, ſin que el conten-
s dieſſe licencia para pregun-
a cauſa de verſe en aquel lu-
y deſpues de aver hecho ca-
no memoria de ſus trabajos,
Liſardo, que pues eſtaban
, ſeria acertado huir de tan
)cido peligro; y quando em-
iban à ſalir de la cueva para
ir à ſu amigo Alexandro, que
)a bien ageno de aquella no-
id, bolvieron los temeroſos
)nes, aſſegurados de que el
avia ſido incierto, aunque
igañaron, porque la Juſticia
:ordova los avia buſcado to-
noche, y por ſer tan obſcu-
eſpantoſa, ſe avian perdido,
)oderſe encontrar los unos,
s otros, haſta que con el dia
)n la buelta; y llegando ázia
irte que eſtaban informados,
:on ruìdo, y conocieron que
:ra ſin duda la defenſa de los
vidos ſalteadores, y cercan-
s, los prendieron, ſin que pu-
dieſſen huir, ni ampararſe de la
menor defenſa. A eſte tiempo, yà
el uno de los amantes de Laura,
que era el Capitàn, confiado en
ſu mucho imperio, la avia llevado
á la cueva donde eſtaba Alexan-
dro, poniendo primero una piſto-
la al pecho de Liſardo, que como
galán la amaba, y como honrado
la defendia. Pero viendo el tirano
Capitàn, que le amenazaba una
deſaſtrada muerte ſi ſe dexaba
poner en manos de la Juſticia, to-
mó una yegua, que tenia preve-
nida para ſemejante fortuna; y ſa-
liendo por una ſecreta parte de
la miſma cueva, que hazia correſ-
pondencia à un valle, cogiò à
Laura, que por eſtàr ſin ſentido, y
aver viſto à Liſardo en tan ma-
nifieſto peligro, aun no tenia ani-
mo para defenderſe, y corriendo
por el campo, dexaba burlados à
los que le ſeguian. Liſardo fuè tan
deſgraciado, que iba en el nume-
ro de los preſos, ſin que aprove-
chaſſe dezir ſu nobleza, porque
algunos de los delinquentes pro-
curaron librarſe, diziendo, que
no eran ellos de los ofenſores, ſi-
no de los deſdichados à quien
avian quitado la hazienda, y te-
nian en aquellas cuevas para qui-
tarles la vida; y la Juſticia, por no
poner en contingencia la verdad
de los unos, y la culpa de los
otros, haziendolos iguales, los lle-
vò al primer Lugar, y de allì à la

Carcel publica de la Ciudad de Cordova, en la qual ſe viò el pobre Liſardo, diſculpando ſu inocencia, y dando vozes por ſu juſticia; pero como no tenia amigos que le acreditaſſen, dineros que le favoreciеſſen, ſu pleyto eſtaba mudo, los Procuradores ſordos, y los Juezes mal informados. Afligiale el no tener nuevas de ſu amada Laura, ni de ſu fiel amigo Alexandro, tan amigo en todo, que viendo el atrevido vandolero llevar con tan reſuelta tiranìa à la hermoſa Laura, movido de ſu nobleza, y ſufriendo mal que un infame profanaſſe ſu hermoſura, tomò el miſmo cavallo que avian quitado à Liſardo; y por la propia parte que viò ſalir al codicioſo ladron, le empezò à ſeguir tan bizarro, como animoſo, y como llevaba de ſu parte la razon, y à los ladrones ſigue ſiempre el temor, y la cobardìa, le alcanzò aun con mas brevedad que él imaginaba. Y apenas el injuſto Atlante de aquel cielo con alma, viò que Alexandro venia en ſu ſeguimiento, quando advirtiendo, que ſi ſe detenia à defender el hermoſo teſoro, era dàr lugar à que la Juſticia le alcanzaſſe, y lograſſe ſu deſeo, para poder huir con mas comodidad, arrojò de sì à Laura: *como ſuele el Caſtor*, que advertidamente ſe haze pedazos, liſonjeando á los cazadores con lo que dexan, para que no le perſigan; mas no le aprovechò, porque à pocos paſſos le cogieron unos Labradores, y llevaron con los demás compañeros, para que con una muerte ſatisfacieſſe tantas.

Impoſſible ſerà dezir los encarecimientos con que Laura agradeciò al animoſo Alexandro aquella gallardìa: mas baſta ſaber que era diſcreta, y que no ſabia ſer ingrata. Llegaron los dos al Lugar, é informandoſe de como Liſardo iba con los demàs culpados, tomaron el camino de Cordova; y eſtando Liſardo una mañana diſcurriendo ſobre ſus deſdichas, que eran tantas, que yà tenia por novedad el no tenerlas, y penſando el dia en que la fortuna ſe canſaſſe, vió que un hombre, y una muger tapada, ſe llegaron con voluntad igual à darle infinitos abrazos. Conociò à Alexandro, y deſpues coligiò facilmente *que* podia ſer la que le acompañaba; echòſe à los pies de entrambos (que los hombres en las deſdichas ſuelen eſtimar mejor los beneficios) y hablando los tres largamente, trataron de la ſoltura de Liſardo, para lo qual, y para otras coſas neceſſarias, diò Laura à Alexandro algunas joyas de las que traìa, rogandole procuraſſe venderlas: hizolo aſſi Alexandro, aunque perdiendo mucho del precio en que ſe avian comprado

ıſion de quien vende con ne-
dad, y en la Platería.) La in-
ıacion quedó hecha aquella
ıe, por ſer coſa tan conocida,
er dinero, que es la mejor eſ-
a para los que eſcriven; y
lo Liſardo eſtaba yà para ſa-
le la Carcel, porque los Jue-
ıdvirtieron la bellaquería de
r afrentoſamente à un Cava-
) en la Carcel publica, vino
ıuto, en que le mandaban em-
;ar por otras cauſas. Admirò-
iſardo, llorò Laura de nuevo,
;ióſe Alexandro, y quedaron
s confuſos, y temeroſos; pe-
ıcòlos de eſta duda Liſardo,
reparando en dos hombres,
entraban por la puerta, cono-
ıue eran Octavio, y el rigu-
padre de Laura, la qual, rin-
doſe à un temor juſto, nacido
ı reſpeto, y verguenza, que-
iſunta; pero què mucho, ſi
preſentes tantos males? Por
parte à Liſardo con mas pri-
s en tierra agena, y ſin mas
r que la diſculpa de ſu volun-
por otra, á ſu padre, que con
ojo que vendria, era fuerza
pellar las honradas diſculpas
iſardo; y lo que mas la afli-
ra vèr á Octavio, por aver ſi-
principio de ſu ventura: du-
ı del intento que los traía,
ıue bien echaba de vèr, que
o los dos faltaron en un dia,
giria, que Liſardo la traia
robada. Lo cierto es, que el vie-
jo, tanto por el amor de ſu hija,
como por la vengãza de ſu ſobri-
no, en compañia de Octavio, los
avia ido á buſcar à la Corte, y no
hallando aun ſeñas de ninguno,
quiſo cercarſe à la Andaluzia, buſ-
candole por las principales Ciu-
dades de ella; y entrando aquel
miſmo dia en Cordova, y hallan-
do en ella à un grande amigo ſu-
yo, que en ſus tiernos años vinie-
ron de Flandes juntos, le pregun-
tó por algunas novedades de
aquella Ciudad; y entre otras, le
dixo, que eſtaba en la Carcel un
Cavallero, à quien unos ſalteado-
res avian robado, y q̃ ſeria fuerza
conocerle, porque en ſus confeſ-
ſiones dezia, que era natural de la
Ciudad de Avila. Alteròſe el vie-
jo, è informandoſe mas particu-
larmente, ſupo que el Cavallero
preſo era el enemigo que buſca-
ba; y ſabiendo que eſtaba yà pa-
ra ſalir de la Carcel, hablò à los
Juezes, que ellandoſe de ſu ſobri-
no, y contando la traicion que
avia cometido contra ſu ſangre;
aſſi, mandaron luego, no ſolo que
no le dieſſen libertad, ſino que le
puſieſſen en parte que eſtuvieſſe
mas ſeguro; y deſpues de aver
hecho eſta diligencia, venia con
Octavio à viſitarla, para ſaber lo
que reſpondia; y Laura, aprove-
chandoſe de ſu diſereccion (ſi aca-
ſo la ay) quando vienen las deſdi-
chas

chas tan aprieſſa) ſe encubriò lo mas que pudo, y Alexandro hizo lo miſmo, apartandoſe de Liſardo, y poniendoſe à converſar con otros preſos; llegaron dos, y deſpues de ſaludarle, le preguntaron por Laura; y reſpondiò, que no ſolo no la avia traìdo, pero que en ſu vida ſe avia atrevido à tal imaginacion; y dezia bien, porque aunque la quiſo ſiempre con tanto amor, nunca tuvo animo de anteponer ſu guſto à ſu reſpecto, huyendo de parecerſe à muchos, que ſe precian de querer à una muger, y por lograr ſu guſto, intentan coſas en que es forzoſo aventurar con ſu vida ſu reputacion. Dezia Liſardo, que eſtos tales no atienden al honor de la Dama, ſino à la comodidad de ſu guſto; y aſſi, no pueden tener amor verdadero, porque amar tan inconſideradamente, que por gozar de una muger, atropellan ſu opinion, y conſienten en ſu deshonra, no es eſtimarla, ſino aborrecerla. Finalmente, Liſardo negò, porque en todo caſo es lo mas ſeguro; encolerizòſe el viejo, pareciendole que aquello era preciarſe de darle peſadumbre; y Octavio le dixo algunas injurias, porque los zelos, el amor, y el vèr à ſu enemigo de manera, que no *ſe podia defender*, le daba animo, *y aun di culpa*, y remitiendo en*trambos à la fuerza* de la Juſticia, la confeſſion de lo que nega fueron; y Liſardo contò lo avia ſucedido; y Alexandr aconſejò, que ſe reſolvieſ deſpoſarſe, pues aſſi ceſſaria pretenſiones de Octavio, y e de ſu padre; pareciòles bien dos, pero dificultaron el eſ de la ſangre, y la falta de la gencias. Mas Alexandro dix ſe animaſſen, que todo av tener felìz ſuceſſo, porque a dia era de Ordinario, y èl en Madrid un tio, que era del Real *Conſejo de ſu M* tad, al qual *eſcriviria* hizie diligencia de la diſpenſacion brevedad. Hizolo aſſi Al dro, encareciendo à ſu tio ligro en que eſtaban los d de aquella cauſa. Luego el de Laura empezò el pleyt ſolicitado de entrambas p porque en qualquiera ſobra dinero. Dexò Alexandro à L en caſa de una ſeñora princ que por foraſtera, y por Da favoreciò, y tomando una ſe partiò al Lugar en que Li avia eſtado tan peligroſo caìda; y haziendo una inf cion muy honrada, en que todos el tiempo que eſtuvo pueſto, ſin traer en ſu com mas de ſu perſona, ſe vino entregò al Procurador, el aconſejò à Alexandro, que condieſſe, porque los falt

os dichos aviã declarado, que
cogieron una noche à una
ger que ſe llamaba Laura; pe-
o en compañia de Liſardo, ſi-
le un Cavallero, cuyo nom-
no ſabian, porque ſiempre ſe
recatado de dezirle. Pare-
e Alexandro, que corria peli-
ſu perſona, y eſcondiòſe en
Monaſterio, porque de la amiſ-
que tenia con Liſardo, fuera
colegir que él era el dueño
aquella empreſſa. Durò el
to algunos meſes; y viendo
adre de Laura tan reſuelto à
rdo en negar aquello que en
pinion era cierto, ſe determi-
que confeſſaſſe en el tormẽ-
lo que con engaños, y traì-
es diſſimulaba. Tenia el vie-
as autoridad con los Juezes,
falrò quien por debaxo de
da informaſſe contra Liſar-
; y como los indicios eran
ides, ſe determinaron à dar-
mento, ò à darſele à Laura,
deshaziendoſe en lagrimas,
altaba paciencia para ſufrir
os rigores; y aſſi, ſe reſolvió
es que llegaſſe la execucion
ſta) à manifeſtarſe, diziendo,
ella ſola, ſin mas favor que ſu
ntad, y ſin mas cauſa que la
uir de un marido que aborre-
ſe avia auſentado de ſu caſa,
endo à mas fortuna dexar ſu
ion al alvedrio del vulgo,
vivir con quien era forzoſo
deſearſe la muerte para tener al-
gun deſcanſo; y que el hombre
con quien la toparon, no le co-
nocia de mas de averla amparа-
do por muger, y ſola.

Aſſi eſtaba Laura contando los
inſtantes de las horas en el temor
de vèr injuriado por ſu cauſa à
Liſardo; y él, con los brios del
valor q̃ tenia heredado, diſpueſ-
to à qualquier exceſſo de deſdi-
cha; pero el Cielo tuvo laſtima de
tan juſto amor, y lo diſpuſo de
otra ſuerte; porq̃ Alexandro em-
biò un recado con ſu Procurador,
aviſando à Laura de que la diſ-
penſacion avia venido con los de-
más papeles, y dando Liſardo un
poder, le deſpoſaron; y luego ſe
notificò à la parte cõtraria, como
Liſardo era marido de Laura; y
aſſi, la podia tener donde le pare-
cieſſe; y llevando un Eſcrivano
conſigo, que daba fee de que la
avia viſto, y enſeñando juntamen-
te la diſpenſacion, y lo demàs, ſe
quedò el viejo tan corrido, y afré-
tado, que negandoſe à la piedad
que debia tener con ſu propia
ſangre, y conſiderando la riqueza
que perdia en Octavio por ſu ſo-
brino, le empezò à ſeguir con ma-
yores veras, encareciendo à los
Juezes la ofenſa que ſu caſa avia
recibido, aunque fueſſe con in-
tento de ſer ſu eſpoſo; y enton-
ces Alexandro, preſumiendo que
yà no tendria peligro, pues Liſar-
do

do avia confeſſado que la tenia, y el deſpoſorio eſtaba concluìdo, ſalió publicamente, y fuè á contradezir la nueva acuſacion del vengativo viejo, el qual, apenas lo ſupo, quando le hizo una cauſa criminal, que le obligò á quedarſe con Liſardo, porque luego traxo informacion de que avia èl ſido el inſtrumento principal, que ayudò al eſcalamiento de ſu caſa; y eſto encareciendolo con tantos accidentes, y palabras, que lo que avia ſido fuerza de amiſtad, hizieron delito de traìcion (que la calidad de las culpas ſuele conſiſtir en las circunſtancias con que ſe acuſan, porque ay palabras que las hazen mayores.)

Quedòſe Alexandro con ſu amigo, caſi agradecido à la nueva ofenſa, por moſtrar mas bien lo que le eſtimaba; los dos lo paſſaban mejor, porque Laura tambien parecia preſa, y en todo el dia no ſalia de la Carcel, que la voluntad la avia enſeñado eſta fineza, que no es pequeña para una muger de ſus años, de ſu hermoſura, y de ſu modeſtia; pero quien tiene amor, poco ſe debe en las coſas faciles. Crecieron los pleytos, y los gaſtos; acàbaronſe las joyas de Laura, con ſer muchas, y deſcuydaronſe los parientes de *Alexandro; y* pareciendoles, que *mas tenia de locura*, que de amiſ*tad, gaſtar ſu hazienda* con quien no podia pagarle aquella li lidad. Viòſe Liſardo perſe de quien penſaba ſer ampa en la Carcel, y pobre: tres que qualquiera baſta à qui vida; miraba à ſu amigo Al dro en tan diverſas fortuna ſu cauſa, y no ſentia menos à ſu eſpoſa llena de trabajos, recida de ſu padre, y ſin m galo, que peſadumbre; y er avia llegado à tiempo que fu ceſſario quitarſe ella las gala traìa, viſtiendoſe mas hum mente, para defenderſe de l la intencion de ſu padre. To miraba Liſardo, y todo lo tia á ſu ſentimiento; Laura le ſolaba, y aunque ſe ofend verle tan apaſſionado, dizi que no ſe afligieſſe por ella que no podian ſer ſus deſd mas que ſu voluntad, y quedaba animo para ſufrir mayores rigores, como ſu enderezados à ſervirle. Eſc la Liſardo, y diòla infinitos zos; alabò ſu hermoſura, e ciò ſu firmeza, y confirmò mugeres por agradecidas, y tantes; y ſi ſe ha de dezir ve no les neguémos, que en de nandoſe á querer bien, ſo las que olvidan con mas d tad: à lo menos, Laura a acreditò eſta verdad; porque à un hombre, quando le guen trabajos, priſiones, y

es un milagro que pocas ve-
'e vè en el mundo.
ſſi lo paſſaban los amantes
ios, y una tarde quiſo Laura
ar por todos caminos à co-
:r ſi era tan dichoſa, como
noia; y con el deſeo que te-
le que tuvieſſen remedio las
eridades de ſu padre, rogó à
ſeñora que ſe avia dado por
ga ſuya, que embiaſſe á dezir
ctavio, que en una parte del
po le eſperaba una muger,
icionada de ſu gallardía, que-
'aber ſi el alma correſpondia
ille, y la lengua à la perſona.
ſo Laura con eſto tener oca-
de hablar à Octavio, y obli-
e por el atajo de la cortesìa,
a que ſe canſaſſe de perſeguir-
areciòle buen medio á la ami-
y le embiò con una criada un
:l muy à propoſito: Leyòle
tvio, y juzgò que ſeria aquel
r verdad (que las deſconfian-
mas en eſta materia, no tie-
entrada con un hombre que
reciaba de galàn, y tenia opi-
i de rico.) Fueron las dos en
oche, y Octavio contó ſu
a ſuerte al padre de Laura,
n le llevò conſigo, para que
compañaſſe, por ſi acaſo no
an, y avi[illegible]ido engaño de al-
a Dama, que queria burlarſe
pero preſto conociò que era
nien avia tardado; y viendo
que llegaba ſolo, le rogaron
ſe entraſſe en el coche, y luego
Laura con ſuſpiros, y razones le
encareciò los trabajos que pade-
cia por ſu cauſa, advirtiendole, q
no le avia ofendido en no quererle
por aver dias, y aun años que te-
nia dueño, y que à no tenerle, le
confeſſaba, que ſuera cierto ſer
ſuya, porque ſus partes merecian
mayor empleo. Dixole tambien el
eſtremo à que avia venido de ne-
ceſſidad, pues ſino fuera por aque-
lla Dama, y las joyas que avia
traìdo, aun no huviera ſido poſſi-
ble ſuſtentarſe, y que actualmen-
te Liſardo eſtaba preſo, pobre, y
ſin mas eſperanza que ſu piedad,
y aſſi, ſe laſtimaſſe de ſu amor, y
moſtraſſe lo que la avia querido,
en no ayudar à ſu ingrato padre:
el qual, viendo que tardaba Octa-
vio, ſe acercò al coche, y cono-
ciendo á ſu hija, y acordandoſe
de las peſadumbres que le coſta-
ban ſus infamias (que aſſi llaman
los viejos, lo que en otro tiem-
po atribuìan à mozedades, q co-
mo no ay eſpejos que repreſenten
lo paſſado, ſuelen juzgar de los de-
litos temerariamente) y acordan-
doſele tambien de lo mucho que
perdia en Octavio; que eſte era el
paradero de ſus coleras (que la
ambicion de la hazienda ſuele ve-
nir con los muchos años) quiſo
atreverſe à ſu hija, remitiendo à
las manos la venganza q no avia
conſeguido con ruegos, y priſio-
neſ-

nes; diò vozes Laura, amparòla Octavio, y la ſeñora, en cuya compañia venia, ſe ofendiò juſtamente del poco reſpecto que la avia tenido; y en fin, era tanto el ruìdo que hazian, que obligò á un Cavallero, que paſſaba en un coche de camino con ſu eſpoſa, à que ſe apeaſſe, y con èl algun criado, que acudieron à ſaber la cauſa de aquella diſcordia. Llegó el Cavallero, que era hombre de gentil preſencia, y con alguna libertad de ſoldado; y viendo las demasìas que hazia el padre de Laura, y con mugeres, que es coſa aborrecible para los hombres que nacen con terminos honrados, ſe abrazò con él, para que no paſſaſſen adelante.

Bolviò el viejo la cabeza á conocer quien le detenia, y bolvieron todos, porque ſu diſpoſicion gallarda podia mover à reſpeto; y ſuſpenſo el padre de Laura, le mirò con algun ſobreſalto; pero el Cavallero, que como eſtaba ſin colera, tenia obligacion à conocerle mejor, echò de vèr que el que miraba era ſu hermano, y la que tenia preſente Laura ſu ſobrina, y con un rendimiento noble, viendo ſangre que lo era tan ſuya, los abrazò à los dos, aunque el viejo no le recibiò *muy apacible*; y entonces el padre de Liſardo le preguntò con *gran cuydado, què cauſa, ò razon* podia ſer baſtante á recibi aquel deſabrimiento, deſp tantos años de auſencia tiempo, que de tantas le venia buſcando, que no co para un hombre que v co. Llegòſe Laura à ſu tio firiòle todo lo que avia do, y como ella por averi do con ſu primo, le avia q con tanto eſtremo, que la á lo que hemos viſto. En el piadoſo tio, con mil a agradeciò tan honrada vol y contò brevemente, con fuè á la Ciudad, que en las llaman de los Reyes, porqu dad de plata, bien mere iluſtre nombre, y que alli à un Cazique de agente de zienda (que paſſaba de o mil ducados) con fidelida ſuele ſer el mejor caudal que no tienen; y deſpues, n do èl, y quedando ſu eſpo da, y con alguna aficion à ſona, ſe determinó à que ſe el lugar del difunto eſ viendole con deſeo de b à Eſpaña, dexò patria, y tes por venir con ſu eſpoſ paſſando ſu coche con priſa para llegar à Cordov ron el ruìdo, y avia ſalido que no imaginaba. Bolv todos à abrazar, y bax an ſobrina del coche, fuè demàs à vèr la hermoſur

que lo era en demaſia, que los
hos regalos, y la vida deſcan-
, diſſimulan muchas vezes
ños. Vieron tambien un hijo
traía, que avia nacido para
entar aquella tan juſta cor-
ondencia: luego la paſſaron
che de la amiga de Laura, la
los llevò à ſu caſa, y conten-
: ſu buena ſuerte, quiſo go-
r, regalando tan honrados
pedes. Todos iban conten-
ſolo el padre de Laura cor-
de que ſu hermano huvieſ-
parado en la tiranìa que uſa-
on ſu ſobrino; y apenas ſe
ron, quando fueron à aviſar
ſardo de la venida de ſu pa-
Agradeciò al Cielo tan nue-
eneficio, advirtiendo la ven-
tan grande que avia tenido,
quando menos eſperaba, ſe
padecia de ſus deſdichas. Vi-
verle ſu padre, y laſtima-
: mirarle en tanta miſeria,
l momento con los demás,
ieron tan buena diligencia,
aliendo por fiador ſu padre,
ron libertad aquella noche,
ompañia de ſu amigo Ale-
ro; y en viendoſe libre, fuè à
Laura, y à ſu nueva madre,
la qual mirando la nobleza de
todos, no eſtaba arrepentida de
aver dexado ſu propia patria. Go-
zò Liſardo de ſu amada prima,
pues le coſtaba llegar á ſus bra-
zos tantos diſguſtos. Conſolòſe
Octavio, viendo que el no gozar
de aquella dicha, no era falta de
meritos, ſino voluntad agena. El
padre de Laura quedò contento,
por aver ſalido tan à guſto de ſu
deſeo; y advirtiendo Liſardo
las obligaciones que tenia à ſu
amigo, y ſabiendo que venia en
compañia de ſu padre una her-
mana de ſu eſpoſa, à quien mira-
ba Alexandro con algun cuyda-
do, diſpuſo de caſarle con ella.
Tomaron el camino de Avila, en
donde viviò Liſardo con ſu pri-
ma, tan amante, como pagado,
dandoles à entrambos el amor
hermoſos hijos, y teniendo à
ventura aver paſſado tantos tra-
bajos, llegando à gozar tan feliz-
mente el fin que deſeaban; por-
que quando lo que ſe intenta ſe
alcanza, todo viene à parar en
aumento del guſto, confirma-
cion del deſeo, y deſcanſo
de la voluntad.

***

LA PRODIGIOSA HISTORIA.

NOVELA OCTAVA.

BAxaba de la cumbre de un monte, que en la region de Armenia ſe llama Caucaſo, un ſalvage en el parecer, aunque no en el alma, veſtido de varias pieles de animales; los miembros morenos, y robuſtos; la cara toſtada, y el cabello muy crecido. Traìa colgado al ombro un carcax, ò aljava de ſaetas; en el lado izquierdo un cuchillo de monte, y en las manos un arbol entero, que deſnudo de ramas, y hojas, le ſervia de arrimo para ſu canſancio, y defenſa para ſu perſona. Y ſentandoſe ſobre una alfombra de oloroſas, aunque groſſeras flores, ſacò del pecho *un hermoſo* retrato, que *en un obſcuro lienzo* eſtaba tan *vivo, que parecia* tener mas alma de la que avia here los pinceles: y mirand atencion, como ſi tuviera el original, dezia laſtimad ternecido: Ay querida, y Policena, años ha que divinos ojos en otro eſtad què confianzas no queb embidia, y la fortuna, y juntan entrambas para un hombre? Yo me acuerd do en eſte pedazo de pa hize à Tebrando que te ſe: mas no imaginaba ent eſte deſigual boſquejo de moſura, avia de ſer mi ma ſuelo. Quien me dixera, mantuve en Alvania un con un veſtido que bord bellas manos, que avia d tan otro del que ſolia ſer, do en un monte, los braz dos, los pies liados

n Osso, y durmiendo en una
ra junto à dos casados Leo-
? Pero saben los Cielos, que
l estàr tan injuriado de las
eridades del tiempo, que el
me conoce por Julio, y las
rchas por Enero, ni verme
abatido, que he de buscar
i dia una fiera que matar pa-
astentarme, ni vivir en esta
e soledad, donde solamente
;o conversacion con flores, y
ales, ni considerar finalmente
oca esperanza que tengo de
)r fortuna; nada tiene tanto
:r en mi, que baste à entris-
rme, ni pueda sacarme lagri-
del corazon, sino es el te-
de que me olvidas; que en-
os trabajos que passa un au-
e, este solo tiene mas fuerza
atormentarle.

ozc años haze oy, que falto
lbania por tu ocasion; y si mi
se dilatàra un siglo, vivieras
l pecho de la misma suerte.
ay de mi! que temo que no
)agas, porque dizen, que las
eres solo poneis los ojos, y la
ntad en aquello que veis,
ue en fin lo que yo passo no
za. Quien duda, que viendo
en tantos años no he pareci-
e tendrá por cierta mi muer-
aun podrá ser que alguno la
ne, por lisongear à los que me
recen, aunque si yo vivo en
gloria, lo demàs, ni me afli-
ge, ni me desvela. Muchas vezes me pongo à considerar, que eres muger, y como tal te avias mudado, y que assi el primer año me tendrias amor, y el segundo te consolarias, y al tercero, de todo punto me arrojarias de tu pecho. Mas tambien reparo, en que algunas ha tenido el mundo, que no fueron mugeres en las costumbres ni en la poca firmeza, y tu pudiste ser una de ellas. Mayor accion fué quitarse Lucrecia la vida con sus propias manos, porque la gozò tiranamente Tarquino: tragar Porcia las brasas en sabiendo la muerte de su esposo Bruto; y ponerse Cleopatra al pecho los Aspides; y para creerse, no ay mas informacion que el amor de cada una, que si es de veras, no tiene miedo à la muerte, pues menos aspero me parece (hermosa Policena) que tu seas constante en el mio, pues para serlo no es menester que te quites la vida.

Adelante passàra el robusto, y tierno amante, hablando con el retrato, sino le detuviera una Pastorcilla, que passando por la falda del verde monte, y presumiendo que las aves solamente la escuchaban, iba cantando de esta suerte:

Vna Zagaleja hermosa,
que naciò en estas riberas,
ò para embidia del Sol,
ò milagro de la tierra.

Triſte, zeloſa, y corrida,
de ſu fortuna ſe quexa,
que pocas vezes la dicha,
ſe paga de la belleza.
Libre ſu deſden eſtaba
del amor, y ſus cautelas,
que era niña para guſtos,
y rapaza para penas.
Mas diòla un mal una tarde,
que aunque à dezirlo no acierta,
dizen que es amor á vozes
los pulſos de ſus eſtrellas.
Pareciòle bien à Anton,
un Zagal, que en el Aldea
dà cuydado à muchos ojos,
aunque adora los de Menga.
No eſtà triſte la muchacha
por ſu amor, mas es diſcreta,
y tiene miedo à la embidia
de alguna que le deſea.
Sabe, Menga, que en el valle
ſuele mirarle Tereſa,
Paſtora hermoſa, y mudable,
y de condicion traviеſſa.
Tiene muchos de ſu ſangre,
aunque no de ſu nobleza,
que es tercera à lo moderno,
y ſe queda con la prenda.
Es Tereſa hermoſa, y libre,
y quanto mira deſea,
que tiene achacoſo el guſto,
y aſſi ſe viſte de mezcla.
Hallóla Menga una tarde
mas afable que quiſiera,
en platicas con ſu Anton,
ſuyo para darle penas.
Diſſimulò quanto pudo,
porque no la diò licencia
ſu honeſtidad á dàr vozes,
aunque ofendida pudiera.
Mas pagaronlo ſus ojos,
que deſperdiciando perlas,
granos de aljofar mezclò
con honeſtas azucenas.
Ay, Tereſa! dize á vozes,
què te ha hecho mi paciencia,
que con embidia perſigues
una aficion tan honeſta?
Si quieres bien à *otro dueño*
para què mi amor inquietas?
pero ſabe bien lo hurtado;
bien lo dize la *experiencia*.
A *muchos he viſto* amar,
pero à pocos con firmeza,
que es gala en ti la mudanza,
porque es oficio la afrenta.
Quiere, y dexame querer,
que es agraviar tu belleza
tener embidia à mi guſto,
y amar à quien te deſprecia.
Aſſi Menga ſe quexaba,
llorando contra Tereſa,
que deſpues que ſabe amar,
ſe ha olvidado de ſer cuerda.

Admirado quedò Segiſmund
(que aſſi ſe llamaba eſte mon
truo de la fortuna) de oìr voz t
ſuave en aquella ſelva, por ſer t
aſpera, que pocas vezes, ò ning
na ſe ſolia piſar de perſona hum
na; y poniendoſe en piè, la llam
y dixo, que no ſe eſpantaſſe de é
porque era hombre como los d
màs, aunque el trage lo diſſimul
ba; pero apenas viò la temer

illa delante de sì ſu diſfor-
encia, quando teniendo
ta ſu muerte, empezò à ir
) del fingido Satiro, haſta
niſmo canſancio la detu-
rindiò à los pies de Segiſ-
, tan falta de aliento, que
ſaba de aver ſido cauſa
iedo, y ſobreſalto. Y repa-
n ſu divina hermoſura, ſe
al Cielo, como dandole
de aver cifrado en una vi-
mayor perfeccion que
lo en ſu vida. No proce-
dmiracion por olvidarſe
s de ſu querida Policena,
razon principal que le
a à ſemejante encareci-
era por parecerſele tanto
lia poner duda en quien
eſſe tratado à entrambas;
idola en los brazos, la lle-
pobre cueva, donde deſ-
aver traído agua de un
do arroyo, en una concha
ga, para reſtituirla el ſen-
regalò con un panal de
algunos conſervados niſ-
dixo, que ſe ſoſſegaſſe, y
, que ſu condicion era
nda que prometia ſu af-
aſſi, podia eſtár con ſe-
: fuera de que ſu hermoſa
auſaba en ſu pecho un
a juſto, y honeſto, q̃ quan-
era menos hombre en la
con ella lo ſeria; porque
e la *viò, la avia* tocado al
alma una ſecreta voluntad, que le
inclinaba, no ſolo à ſu reſpeto, ſi-
no à poner por ella muchas vezes
la vida; y aſſi, la rogaba por el
amor grande que en tan poco
tiempo la avia cobrado, no ſe
fueſſe de ſu compañia, porque le
ayudaſſe á ſufrir el rigor de aque-
lla ſoledad; y porque ſegun lo que
la amaba, ſentiria con eſtremo ſu
auſencia. Por cierto, reſpondiò
Iſmenia (que eſte era el nombre
de la Paſtora) tu me pides una co-
ſa, que fuera de ſer juſta, y deber-
lo à la piedad, y amparo que me
prometia, ſerà para mi de gran
guſto, porque yo vengo huyendo
de un hombre que me querian
dàr mis padres por eſpoſo, y que
en todo dizen que me iguala; pe-
ro ſi te confieſſo verdad, aunque
nacì entre peñas, y de gente hu-
milde, tengo penſamientos, y
brios tan nobles, que me parece,
que no es mejor que yo el Rey
de Armenia; y eſta mañana me
levanté con animo de vencer mi
inclinacion, y amarle, por obede-
cer à quien me lo perſuadia: mas
viendo que no podia quererle,
ni acabarlo con mi altiva volun-
tad, me ſalì al campo, y empezé
à eſconderme en eſte monte, que-
riendo mas ſer deſpojo de la pri-
mera fiera que me encontraſ-
ſe, que recibir por marido à un
hombre à quien avia de mirar con
enfado: coſa que muchas muge-

res hazen, aunque con poco gusto, penſando que con el trato amarán à ſu eſpoſo; pero yo no me quiſe aventurar à lo que tenia tanta duda, rezeloſa de peor fortuna, y por el peligro tambien que tiene la que en eſta confianza atropella ſu libertad, y ſe caſa con quien aborrece. Mas porque yo (dexando à parte el agradecimiẽto à la voluntad, y guſto con que me han recibido) te miro con amor, y reſpeto; y aunque en las ſeñales exteriores pareces hijo de eſtos peñaſcos, el alma, el valor, y entendimiento eſtàn deſmintiendo à los ojos; dime por vida tuya quien eres, y la cauſa porque vives en eſta ſoledad, que pues hemos de habitarla juntos, yo te he dado parte de mis ſuceſſos, razon ſerà que me pagues en otro tanto. Vna coſa me pides (dixo Segiſmundo) que ha de coſtarme mucho dolor, porque refreſcar memorias que ſon deſdichas, no puede hazerſe ſin lagrimas, ſi bien es verdad, que al Cielo, al campo, y à eſte arroyuelo las ſuelo repetir muchas vezes; y aſſi, porque me conſueles en ellas, y por ſatisfacer el favor que me hazes en quedarte conmigo (como tenemos concertado) te contaré mi nacimiento, mi calidad, y mi *adverſa fortuna.*

Yo ſoy hijo natural de Policarpo, *Rey de Albania*, el qual, teniendo amor à la Duqueſa muger tan principal, que lo ſer ſuya, y en eſta confian gò con èl à los brazos, y riguroſo padre, amandol tanto eſtremo, que no le f ſino dár vozes por las calle que deſpues por algunas r de eſtado, le obligaron á caſ Roſimunda. la qual ſe hizo da en ocaſion que tambien que era mi madre, lo eſta mi (pluguiera à Dios no ſ vivo, porque nacer para d turas, no es nacer, ſino em á morir.) En efeto, tuvo P po en un dia dos hijos, unc eſpoſa, y otro de ſu dama, que hermanos, con diferent tura, y nobleza, porque Fla tuvo mejor madre. Pero pensàra, que amando Pol tanto á la mia, me aborrec mi? Y no ſolamente él, ſi propia madre, como *ſino* viefſe coſtado trabajo, y do ni vivido nueve meſes en trañas. Debió de ſer, ſin du fluencia de mi eſtrella, porq guè à eſtado, que para alcan guna coſa de mi padre, me raba de la Reyna, que con obligacion de aborrecerme timaba, y me favorecia. mos Flaminio, y yo al eſt la juventud; yo mas queri vulgo, por ſer menos dicho mas amado de mi padre,

ro de aquel Reyno. Haſta no puedo dezir que ſoy muy ichado, porque aquel lo es nente que vive mal quiſto, y ſin entendimiento, y por eſ- irte bien pienſo q̃ Flaminio l menos dichoſo; pero mi ma- tormento fué criarſe con no- s Policena, una hermoſa Da- hija del Marquès de Sajur, bre emparentado con el Rey, mas poderoſo, ſin cuyo con- no hazia Policarpo coſa al- a. De ſu belleza, y gracias ra de eſpacio, ſino pareciera on, lo que ſabe el Cielo, y que es verdad, y tambien ue hablo con muger, y nin- lleva con guſto alabanzas as en ſu preſencia. Finalmen- a la mas bella que ſe hallaba oda aquella tierra, y deſde ros tiernos años empezamos icitarla, aunque yo con me- ſperanzas que Flaminio, por ner aquellos brios de Princi- ero como el amor ſe precia ño, y de aver nacido ſin ojos, niño yerra, y como ciego tropezar donde no imagina. iago en dezirte que nacì con dicha, pues merecì que Po- a puſieſſe los ojos en mi, y an declaradamente, que no coſa en ſervicio tuyo, que no aſſe, y agradecieſſe; y al re- no intentó coſa mi hermano o *la enojaſſe. En las Sorti-* jas, y fieſtas publicas, ſus ojos me favorecian, y animaban, para que acertaſſe en todo, no ſin embidia de muchos Principes que le adoraban, y particularmente de Flaminio. Verdad es, que en el agrado, en la modeſtia, y en la cordura, le aventajaba; pero pocas mugeres huviera que miràran en eſtos accidentes, porque las partes del alma no tienen valor en un hombre abatido. Pero Policena, ò por menos ambicioſa, ò por mas deſdichada, ſe inclinò à mi, y eſto con tanta fuerza, que andando el tiempo me diò licencia para merecer ſus brazos, y ſubiendo por una eſcala à ſu quarto, gozaba ſus altas prendas. Tenia Flaminio tratado con el padre de Policena ſer ſu eſpoſo, porque cada dia ſe iba empeñando en aquella necia voluntad. Dabale mas ocaſion para ſolicitar eſte deſeo, vér que yo era ſu mayor contrario, y ofendiaſe de que à mi me antepuſieſſe Policena, ſiendo èl heredero de Albania, y yo hijo natural, y no legitimo. Y como vìa que intereſſaba tanto en ello, que vendria à mirar à ſu hija con la Corona, hablaba con mas ſemblante, y reñia à Policena, aconſejandola favoreciеſſe à Flaminio, porque la podia reſultar mas bien del que preſumia; pero ella, ni queria, ni podia, y mas quando para confirmar ſu amor ſe finjiò preñada: con

ſa que à mi me puſo en mas obligacion, y á ella en mayor peligro, porque como es enfermedad que ſe encubre dificultoſamente, y ſu padre no eſtaba de parecer que fueſſe mia, ella, y yo temiamos lo que podia reſultar; y aſſi, cada dia eſperaba la muerte, mas ſus diligencias fueron tantas, para diſſimular aquella deſdicha, que eſtaba en el ultimo mes, y ninguna de quantas aſſiſtian à ſu ſervicio lo ſoſpechaba, porque era con tanto exceſſo lo que ſe martirizaba en veſtirſe, que muchas vezes me parecia milagro que no rebentaſſe, y ſalieſſe mas publico el encubierto fruto de nueſtros amores. El cuydado, y el anſia con que me tenia eſte ſuceſſo, era como de hombre que la amaba, y la veía entre ſus enemigos, porq̃ de ninguna ſe atrevia á fiar para embiarme quiſiera el Angel que nacieſſe, porque á todas, ò las mas tenia de ſu parte Flaminio. Con eſtos miedos eſtabamos ella, y yo cada inſtante, haſta que una noche deſpertò con tan agudos dolores, que conoció que era parto; y viſtiendoſe de preſto, baxò llena de congoxas haſta la puerta falſa de un jardin, cuya llave tenia para eſta ocaſion, ſaliendoſe por ella, con animo de irſe en caſa de un priuado, y amigo mio, que ſabia mis coſas; pero apenas dió buelta à dos calles, quando ſe ſintió tan muerta, que no pudo dàr t ſo, y entrandoſe en el port primera caſa, pariò una h niña; y viendo paſſar do bres rebozados, los llamò, dió, diziendo, que por ſer y ſola, la hizieſſen favor d aquella prenda à Segiſmu jo del Rey de Albania, dria ſer les dieſſe mejores cias que imaginaban. Y a alcanzado de ellos que n guieſſen, ſe bolviò à Pal dentro de dos horas ſe h ſu propia cama, donde qu ſe de un repentino achaq curada como perſona à qu raban todas con eſperanz Reyna. Mas fuè tan deſg mi voluntad, y el triſte h Policena, que uno de los l à quien llamò para que n gaſſen la inocente criatu Flaminio mi hermano, y migo, el qual diſcurriend quien podria ſer la mad recien nacida, y viendo q cena deſde aquella noch enferma, ſe puſo à penſa ella, porque del grande a me tenia, podia creerſe q fineza; y confirmò tam malicia la cara de la niña mo ſu traslado, no pudo original verdadero; y p gar ſus zelos, y hazer caſ oſſadia, ſe reſolviò à c que paſſaba à mi padre;

'a, que aſſi la he de llamar
mi vida; y primero mandó á
'iado que hizieſſe pedazos la
ura, y me la llevaſſe de ſu
, para cumplir lo que la no-
ntes avia prometido; y eſ-
) una mañana viſtiendome,
) cierto Cavallero privado
aminio, y con èl un page, que
en una fuente el pequeño
)o de la niña, con tantas pu-
as, que apenas podian cono-
diſtintamente las facciones
ſangriento roſtro. Yá pue-
)nſiderar, Iſmenia, como re-
a eſte recado, porque luego
:ló el corazon la infame te-
lad de Flaminio, y luego pe-
mi deſdicha, y bañando con
nas de padre los rotos miem-
y la tierna ſangre, que aun
:hò que eſtaba caliente, diſ-
: quanto me fué poſſible, y
verme con él, y á preguntar-
ıe à què propoſito me em-
preſente tan extraordina-
ue podia dár temor, y laſti-
pecho que ſe preciára de
ruel en el mundo? Y enton-
traydor hermano, como ſi
ıvieſſe hecho alguna liſonja
ntò el laſtimoſo caſo, y me
iò de lo que penſaba hazer
leſtruìrme, y perſeguir à la
la Policena. No es poſſible
(què yo) que tenga ſangre
uien ſe precia de tan baxas
obres; pero bien ſabes, que
la cauſa porque te atreves à ofen-
derme en la vida, y el alma, es por
verme tan poco valido, que à ſer
de otra manera, yo te hiziera te-
ner mas reſpeto à mis coſas: mas
ſi acaſo te enojaba mi amor, y eſ-
tabas zeloſo, por què no me qui-
tabas la vida, pues fuera hecho de
hombre, y no tomar la venganza
de quien no tuvo manos, ni len-
gua para defenderſe? Pero en
efecto, eres vil, y de tan cobarde
corazon, que con eſtàr yo tan de-
ſechado, y aborrecido, me tienes
miedo, y de aqui adelante con
mas juſta razon, porque te he de
matar quando menos lo imagi-
nes, aunque tengo creìdo, que el
Cielo me quitarà eſte cuydado, y
bolverà por la ſangre de aquel
Serafin, porque ſemejantes mal-
dades no las ſuele guardar para
la otra vida. No tuvo q̃ reſponder
Flaminio á tan juſta quexa, ſino
con algunas afrentas de mi padre
diziendo, que por lo menos en la
ſuya no podia hallar ninguna in-
famia. Y como las injurias que ſe
dizen à los padres, aunque ſean
verdaderas, ofenden tanto el al-
mas de los hijos; yo que eſtaba
rebentando, y que qualquiera
ocaſion baſtaba para hazerme ſa-
lir de juìzio, alzè la mano, y dan-
dole un bofeton, ſaquè la eſpada,
y antes que tuvieſſe lugar de dàr
vozes, ni de rebolverſe, le dexè
herido, y embuelto en ſu ſangre.

Alborotòse con esto el Palacio, y llegando las nuevas à los oìdos del Rey mi padre, mandò, no solamente que me prendiessen, sino que me hiziessen pedazos: mas yo, escapandome de mil espadas que me seguian, tomé un cavallo, y me entrè por lo espeso de un monte, hasta que me perdieron de vista mis enemigos, y despues de caminar dos dias, me hallé en esta soledad, donde para defenderme del rigor de la noche, me amparé de una profunda cueva, y vencido del sueño, dormì hasta la siguiente luz, y apenas el hermoso Cintio alumbraba con su resplandor à esta selva, quando despertè, y vì junto à mis pies un fiero Leon, que, ò por imaginarme muerto como me viò dormido, ó por cumplir con su generoso animo, me concedia la vida mientras estaba suspendiendo mi muerte, y no solamente me defendiò mi persona, sino que con alhagos, y caricias mé diò á entender que queria tenerme por amigo, si bien es verdad, que era penosa conversacion; pues, en fin, en qualquier tiempo estaba mi muerte en sus manos; y entonces dixe entre mi, que sin duda importaba mi vida para algun grave caso, pues el Cielo bolvia por *mi en tales ocasiones*; y viendo *que hallaba en un Leon lo q̃ me faltaba en un padre, y hermano*, hize amistad con èl, y me tanta voluntad, que los ma suele traerme con la boca l que mata, para que me suf teniendome mas por compa que por enemigo. Hallème tro de un año tan dueño monte, destos riscos, y desta ras, que todo me obedecia al primer hombre, y por es zon no quise salir de aqui, y bien porque en qualquiera avia de topar con mi muerte que las afrentas hechas à rosos, es milagro que viva venganza. Aqui tengo en de Palacio un seguro, aunq bre alvergue, y en lugar de dos, y lanzas, dos Leones q guardan, y me defiendan. colmenas me ofrecen miel arroyos cristales, essos n sombra con su presencia, y llos arboles frutas silvestres Ossos, y Javalìes que *despe* me dán vestido; aquel mar r gala con pescados, y esse b con liebres, y conejos. Esta vida, y mi historia; y assi resuelves á quedarte con prometo regalarte, como t tras mi esposa Policena, ò n rida hija, cuyo rostro aun nocì, aunque le tuve en la nos. De juncia, espadañas, y llos, tendràs una cama lim oloròsa; el Invierno nos abr mos con las entrañas desta

peña ; y el Verano gozarás del
idable Zefiro á la ſombra de
ellos avellanos. Mi condicion
pacible, mi pecho piadoſo, y
nobleza la que te he referido;
leſde aqui hago juramento á
iter, de no ofender tu recato
con el penſamiento. Gaſta-
os la mañana en alabar al Cie-
viendo el primor con que for-
la mas humilde florecilla, re-
tandoſe en todas las criaturas;
tarèmos à la tarde aqueſta ala-
da, de donde llevarèmos ra-
s para el ſueño; paſſarémos en
tar nueſtras yà paſſadas deſdi-
s, y yo por lo menos engaña-
leſta ſuerte mi amor, penſan-
que tengo preſente à Police-
porque es tan ſemejante tu
tro al ſuyo, que parece que te
tò el Cielo, teniendo delante
divino original de ſu cara.

Aqui ſe quedò Segiſmundo,
que la memoria de ſu auſente
ofa, pidiò á ſus ojos lagrimas;
egandoſe à èl Iſmenia le conſo-
prometiendo no apartarſe de
ado, porque fuera de mere-
lo, una inclinacion natural la
via à eſtimarle, y à ſerle tan
diente como ſi la huviera en-
drado; y aſſi, para divertirſe
una parte del dolor, ſacando
zurron un inſtrumento, cantò
a ſuerte:

Codicioſa de un arroyo,
ha Narciſa el Prado,

tan hermoſo como ella,
que ella ſola es ſu retrato.

Criſtal en las peñas buſca
á ruegos de ſu canſancio,
quien viò pedir à las peñas,
lo que pudiera à ſus manos?

Llegòſe à un breve arroyuelo,
tan brioſo, y alentado,
que para armarſe de flores,
no huvo meneſter al Mayo.

Y quando yà prevenia
liquida plata al cuydado,
corriente vidrio al deſeo,
y humilde liſonja al labio.

Viò que la traviesſa nieve,
buelta en criſtal condeſado,
era marfil oprimido,
y perezoſo alabaſtro.

En fin, al curſo velòz,
el yelo detuvo el paſſo,
y ſe quedò el arroyuelo
hecho azuzena del campo.

Sino es que el tierno criſtal,
de Narciſa enamorado,
grillos pidieſſe à Diziembre,
para verla mas de eſpacio.

Bien quiſiera dividirſe
de los tranſparentes lazos,
para gozar mas laſcivo
la purpura de ſus labios.

Mas viendo que le eſperaba
todo el jazmin de ſus manos,
por no mirarſe vencido,
no ſe conſintiò en pedazos.

Y tambien porque Narciſa
no ſe vieſſe en ſu alabaſtro,
que ſe preciaba de hermoſa,
y era el nombre ocaſionado;

Cortès entonces el Sol,
diò comiſſion á ſus rayos,
para que el muro de yelo,
fueſſe aljofar deſatado.
Penetróle ſu luz pura,
y el arroyuelo enojado,
ſe dexò gozar huyendo,
y ſe deſpidiò llorando.

De grande conſuelo le ſirviò à Segiſmundo la compañia de Iſmenia, porque divertido en ſu hermoſura, y entendimiento, paſſaba las horas, y los dias, con menos anſias, amandoſe tan cortés, y honeſtamente, que jamàs dieron licencia à una imaginacion liviana, viviendo entrambos ſeguros, y contentos, y mas Iſmenia, porque no amaba, ni tenia cuydado que la quitaſſe el ſueño; pero no le durò mucho eſta vanagloria, porque eſtando una tarde mirando ſu hermoſura en el criſtal de un arroyo, quando yà el Sol ſe iba muriendo en los deſmayos ultimos de ſu luz, viò un gallardo mancebo, que canſado de perſeguir alguna fiera, ſe arrojò del cavallo, y pueſta la mano en la mexilla, ſe quedò dormido ſobre las flores à la dulce muſica que el agua hazia, tocando en unas pizarras azules. Deſpues de averle mirado con atencion, porque la *cara era de Angel*, el veſtido de *Rey, y el talle de* valiente ſoldado, *quiſo irſe, y no* pudo, que el amor caſtiga libres corazõnẽs, y ſuele abraſar de repente como el rayo. En efeto, Iſmenia ſe hallò con grillos en los pies para irſe, y con mucha voluntad en el alma para quedarſe, y dexandoſe vencer de ſu amor, ſe llegò à él con paſſos mudos, y le ſacò la eſpada de la cinta, y luego le deſpertò, diziendo, que la tomaſſe, y conocieſſe que la debia la *vida, pues* ſe la pudo quitar tan *facilmente.* Recordò Tancredo (que eſte era ſu nombre) y admirado de la ſingular belleza de *Iſmenia*, la dixo, que no la podia agradecer la piedad de no darle la muerte, porque ſi le eſperaban ſus ojos, era lo miſmo, y antes avia ſido rigor, que miſericordia, pues dormido no ſintiera los azeros, y diſpierto era forzoſo mirar ſus rayos; pero por mucho que le ſuſpendiò ſu hermoſura, mas novedad le *causò ſu* trage; y aſſi, la pidiò *con ruegos*, y promeſas, le dixeſſe la cauſa de eſtàr en aquel monte, teniendo partes para ſer Princeſa de un Reyno, ſino es que era otra Diana cazadora, que deſdeñoſa de vivir entre los hombres, queria gaſtar ſus años en la ſoledad. Reſpondiòle Iſmenia, que la verdad era que vivia en compañia de ſu padre, hombre de iluſtre ſangre, y muchas prendas, aunque por accidentes de fortuna avia vendo à un humilde eſtado. Como

ios años ſe huvieran tratado,
aron Iſmenia, y Tancredo
mantes, y ſatisfechos el uno
tro, que ni Iſmenia acertaba
ir al monte para recogerſe
Segiſmundo, ni Tancredo po-
axar al valle à buſcar à ſus
los, de quien la caza de aque-
rde ſe avia perdido; y aſſi,
lo la diſcreta Serrana, que la
e iba amenazãdo, y que eſta-
go lexos de ſu cabaña, le dixo
reves razones de eſta ſuerte:
uguiera á Dios, ſeñor mio,
como vueſtra gallarda perſo-
e parece, tuviera yo partes
mereceros; pero ſi es verdad
el amor ſe engendra de una
ormacion de ſangre, bien
le ſer que lo que he viſto en
tra ſuſpenſion, en vueſtros
, y en vueſtras palabras, ſea
ntad, y por no quedar yo en
ion de villana con vos, y por-
è que me lo ha de eſtimar mi
miento, baxarè à eſte miſ-
itio algunas vezes, donde po-
verme; pero con advertencia
io aveis de agraviarme, por-
fuera de no ſer juſto, os pue-
là muy mal, pues á una voz
baxarà mi padre, y en ſu de-
un Leon, que os harà peda-
Bien ſe echa de vèr (reſpon-
Tancredo) que no me cono-
, pues me advertis de lo que
de hazer, aunque vos no me
xerades, por vos, y por mi;
por vos, porque os adoro, y quien
ama, ni violenta, ni ofende; y por
mi, porque ſoy noble, y no lo fue-
ra, ſi tuviera animo de uſar tira-
nìas con las mugeres. Yo vendré
quando yà la noche viſta de Eſ-
trellas el Cielo, tan humilde, co-
mo enamorado, y me quedaré
adorando eſtas flores, porque las
piſaſtes, y eſte criſtal, porque te
ha ſervido de eſpejo. Deſpidie-
ronſe con eſto entrambos, y fuè
creciendo el amor de Iſmenia ca-
da dia, de ſuerte, que ſe lo echàra
de vér Segiſmundo, ſi huviera en
aquella ſelva mas hombres con
quien pudieſſe comunicar; pero
no la quedaba à deber nada Tan-
credo, porque à todas horas la te-
nia en los ojos, y las noches ſe
quedaba en el monte aguardan-
dola, aunque ella no podia baxar
ſiempre que quiſiera, porque Se-
giſmundo la riñò el venir tan tar-
de, penſando, no que era la cauſa
ſu amor, ſino el deſaſſoſſiego de
la caza; y una vez que ſe deſcuy-
dò Segiſmundo con ella, eſtando
aguardãdo adonde ſolia à ſu que-
rido Tancredo, bolviò los ojos, y
en un tafetan carmesì hallò un
hermoſo retrato de una Dama,
con una carta que le ſervia de cor-
tina, que à la cuenta la noche an-
tes ſe la avia dexado por deſcuydo
Tancredo entre unos jazmines; y
viendo Iſmenia, que el ſobre eſ-
crito era para èl, con curioſidad
de

de muger hermoſa, leyó turbada, y viò que dezia aſſi:

Señor, yo lleguè à Albania, donde eſtoy de ſecreto, y vì à la Infanta, cuya belleza embio copiada en eſte pequeño lienzo, ſi bien es tanta, que puede eſtàr ſentida de los colores. V. Alteza me aviſe con brevedad de lo que le parece, para que diſponga de mi viage, y del concierto de eſtas feliciſſimas bodas, con que ceſſarán las guerras, que por tantos años ſe han continuado en eſtos Reynos.

No quiſo paſſar adelante Iſmenia, ni pudo, porque los zelos colericos, y para matarla, bastò menos deſengaño; llorò ſu ventura, y ſintiò perder à Tancredo, pues por tantos inconvenientes no era poſſible ſer lo primero, por ſer hijo de Rey, y aver tanta diferencia de vna parte à otra; y lo ſegundo eſperar Tancredo à la Infanta Albania para eſpoſa, y ſer ſu hermoſura tan grande como aquella carta encarecia; pero ſintiendo paſſos, diſſimulò ſus anſias, y junto à sì ſu enemigo, que eſtaba cantando eſte Soneto:

Con dos Eſtrellas de color zeloſa,
y un alma de zafir en cada Eſtrella,
ſaliò de ſu Cabaña Iſmenia bella,
el natural Jazmin bañado en roſa.
Conſintiòſe mirar ſu luz hermoſa,
y quando quiſe regalarme en ella,
de azules rayos la primer centella
me caſtigò qual ciega Mariposa.
Las alas me quemò, para que entienda,
que me he de llegar con mas temor al fuego,
que me puede abraſar la mejor prenda,
como tan bello Sol mi pecho encienda,
mas que empieze à matarme deſde luego.

Quando los agravios ſe vèn por los ojos, el mayor dolor de quien paſſa por ellos, es verſe liſongear del ofenſor: y como Iſmenia ſabia, *que los amores* de Tancredo *eran tan poco ſeguros*, ſintiò aun *con mas fuerza el verſe engañada* que mal correſpondida; porque deſamor de un hombre que natural, y no ſuele eſtàr en ſi no; pero el fingimiento no, que nace de pechos malicio para que en ningun tiemp dieſſe quedar Tancredo

ria de averla dexado, aunque
ſe por la Infanta de Albania,
o adelãtarſe Iſmenia, y le dixo:
unque me vès, Tancredo, en
monte, veſtida tan ruſtica-
te, que ſon mis mayores ga-
a piel de un Tygre, manchada
echos, bien avràs viſto, que el
a tiene mas valor del que pro-
e, no mi cara, ſino mi trage.
dizes, que me amas con tanto
emo, que con ſer de la mejor
gre de Armenia, pondrás à
go tu calidad, y vida, por ſer
eſpoſo: y eſta fineza no puede
dar ſin agradecimiento, ni en
de corteſia, ni de voluntad,
ſi, te la pago con quererte
de lo que era meneſter; pero
o quien ama no ſabe mentir,
que engañar à una perſona, es
ſa, y no amor, deſpues que te
go alguno, me ha peſado de
rte callado cierto ſecreto, por
a ocaſion es impoſſible que
gozemos. Y no te admire,
aora te deſengañe, pudiendo
rlo hecho antes; porque à la
nera viſta todas las mugeres
abren ſu cuydado aunque le
gan, por no dezir ſu flaqueza
ien no conocen: que no ha de
ar una muger publicando à to-
que tiene amor, porque fuera
narſe en poco; pero quando
enten obligadas, toda nueſtra
a es tratar verdad à un hom-
deſengañandole, y diziendo
el rieſgo que tiene para que le hu-
ya, ó le eſcuſe. Todo eſto viene
à parar en dezirte, que ſoy agena:
porque el que te dixe que era mi
padre, no lo es, ſino un hombre à
quiẽ deſdichas han deſterrado de
Albania, y yo he dado palabra de
ſer ſu eſpoſa: ſi bien es verdad, q̃
haſta oy no tiene mas prendas
mias, que averme tomado una
mano, y no sè ſi llevadola à la
boca, y aſſi procura, ò quererme
menos, ò reſiſtirte mas, porque yo
ſoy noble, y he de ſer ſuya, pues
lo dixe una vez: fuera de que le
debo finezas, que no pueden pa-
garſe menos que con mi propia
perſona. Y es tan principal, gallar-
do, y entendido, que à no parecer
paſſion, dixera que te aventajava.
Apenas la zeloſa Iſmenia acabò
eſtas razones, quãdo ſin eſcuchar
reſpueſta, ni ſatisfacion, ſe metió
por lo aſpero del monte; y como
Tancredo no le ſabia, à pocos
paſſos ſe hallò ſin ella, haziendo
tales eſtremos, que baſtàran à en-
ternecer una peña, ſi tuviera al-
ma para eſcucharle. Pero todo
fuè en vano, porque Iſmenia no
quiſo ponerſe à peligro de ablan-
darſe, oyendole; porque la con-
dicion de las mugeres es tan pia-
doſa, que para llorar ellas, no han
meneſter mas ocaſion que vèr
llorar à otros, aunque no por eſſo
eſcusó juſto ſentimiento, pues
encerrandoſe en el mas apartado
rin-

rincon de la cueba, lloró lagrimas de amor, y ſacando la carta que le eſcrivian à ſu dueño, beſaba el ſobreeſcrito, como retrato de quien eſtaba eſculpido en lo mejor de ſu pecho. Deſta manera paſſaron los dos amantes algunos dias ſin verſe, no por deſcuydo de Tancredo, ſino por entereza de Iſmenia; la qual eſtando una tarde en la falda del monte, ſe detuvo à vèr un arbol, en cuyo pardo papel eſtaba eſcrito ſu nombre, y el de Tancredo. Qué importa que Tancredo ſe llame mio en los arboles, ſi en Albania le puede deſmentir la Infanta Florinda? Qué importa que me diga amores, y ternuras en eſta ſelva, ſi en ſu Palacio eſpera otra hermoſura à quien adora? Y qué importa finalmente, que en eſta ſoledad le halle el Alva, ſi aguarda la de otros ojos tan brevemente? Mas dixera, ſi no la atajàra una voz, que al dulce ſon de una viguela ſe oìa entre los alamos, y aunque le pareciò que era de ſu ingrato amante, con todo eſſo eſcuchó que dezia aſſi:

El alma, y voluntad tràs sì me lleva,
de la divina Iſmenia la hermoſura,
Paſtora con belleza, y ſin ventura,
que de ſu corta dicha es fuerte prueba.
No quiere mi reſpeto que me atreva
à ſu honeſta, á ſu grave compoſtura,
que quando la eſperanza ſe aventura,
no es el morir callando coſa nueva.
Pero ſi à ſu hermoſura ſe debia
qualquiera libertad, yà reſtituyo
una que tuve mientras no la via.
Ni pretendo al favor, ni el amor huyo,
que aunque ella ſe deſdeñe de ſer mia,
yo me contento con llamarme ſuyo.

Luego conociò Iſmenia en las razones, y en la voz, que era Tancredo, y procurò eſconderſe entre las ramas, por ſi podia huìr de *verle, y hablarle*, no porque la *pesàra, ſino por no* deſpertar el *fuego de ſu amor*, que con la ausencia parece que ſe iba durmiendo: mas ſintiendo Tancredo ruìdo en las hojas, buſcò la cauſa, y la dixo, que no huyeſſe tanto de un hombre que no tenia culpa en perderla, ſino es que del veſtido aprendieſſe coſtumbres de fiera

upueſto que no podia ſer ſu-
lamente queria que ſupieſſe
papel ſu ſentimiento, para
or lo menos entendiera lo
o que le debia; y deſpidien-
le ſu hermoſura, le dexò en
anos eſtos verſos, que leyò,
imiendolos en el alma.
viua Sirena,
oſa homicida,
de mi pena,
) de mi vida.
iando aqueſta eſcrivo,
que acaſo acierta,
i eſtando vivo
el alma muerta.
dolor es tanto,
un apenas puedo,
e dexa el llanto,
como quedo.
es fuerza perderte
ni corta dicha,
me ſin verte,
ayor deſdicha!
ro yo confio
r, y adorarte,
ie es deſvarìo
ſin gozarte.
veràs que pierdo
zio, y es juſto,
no ay hombre cuerdo
ido ſin guſto.
i creì mi daño,
tan grave calma
el deſengaño
lo eſtoy ſin alma.
ro dueño eſperas,
i dicha me excede,
y amando de veras,
quien ſufrirlo puede?

Y aunque aqueſtos daños
el alma reciba,
gozesle mil años,
como yo no viva.

Mira qual me veo
en tan triſte pena,
loco de un deſeo,
quando eres agena.

Quierele en buen hora,
pues no fuera juſto,
que quien mas te adora,
te quitaſſe el guſto.

De ti me deſpido,
aunque en ti me quedo,
que aqueſto han podido
mi amor, y tu miedo.

Y plegue à los Cielos,
pues mi amor ſe ſabe,
que me dés mas zelos,
porque antes acabe.

Muera mal pagado,
con dolor profundo,
porque un deſdichado
no haze falta al mundo.

Mis anſias no tengan
ventura cumplida,
y nuevas te vengan,
que perdi la vida.

Pues las horas breves,
que por mi lloràras,
de quien tanto debes,
quizà te olvidàras.

Y pues has querido,
no ay de què admirarte,
que un amor perdido
las entrañas parte.

Que

Ruegale tu al Cielo,
de mi amor movida,
que por mi conſuelo
me quite la vida.
Y pues me deſpido,
yà por lo poſtrero,
que te acuerdes pido,
mi bien que te quiero.
Y que ſi viviera
mil años, te amàra,
aunque no te viera,
y otro te gozàra.
Y à Dios, que rebiento,
porque eſtos enojos
con mas ſentimiento
mires en mis ojos.

Enternecida acabó Iſmenia de leer, y muchas vezes paſsàra por el papel los ojos, ſino ſe lo eſtorvàra Segiſmundo, que venia à buſcarla, y contento de averla hallado, la rogò cantaſſe alguna coſa de las que ſabia para divertirle de ſus continuos penſamientos, y mas por obedecerle, que por eſtar para ello, cantó, diſſimulando ſu pena, de eſta ſuerte:

Para qué ſe quexa un hombre,
que dize que tiene amor,
ſi una ocaſion que le dieron,
de cobarde la perdiò?
Tener el bien à los ojos,
ſin gozar de la ocaſion,
ò fuè tibieza del guſto,
ò diſculpa del temor,
Ay de mi! que por cortès
perdì guſto, y opinion,
que daña la cortesìa,
ſi eſtà de por medio amor.
No me mires mas, Liſarda,
bien merezco tu rigor,
pues quiſe quedar ſin luz,
y en mis brazos tuve el Sol.
Mas podràn dezir mis ojos,
que con tanto reſplandor
fuè la ſuſpenſion diſcreta,
fué juſta la turbacion.
Que no ay perfeto amor,
donde faltò el reſpeto, y el temo
Amor fuè, Liſarda hermoſa,
que quien ſiempre te adorò,
pudo tenerte reſpeto,
pero no adorarte, no.
Eſtàr cobarde quien ama,
es la fineza mayor,
pues no goza por humilde,
lo que galán deſeò.
Guardé à tu honor el decoro,
que era poca eſtimacion
amarte tan confiado,
que me faltàra el temor.
Si de eſte miedo te ofendes,
yá la venganza te doy,
pues tus ojos miro, y sé,
que esferas de fuego ſon.
Pero ſi ellos me matáren,
podrà dezir tu rigor,
que muero por eſtimarlos,
no por hazerlos traìcion.
Pues no ay diſcreto amor
donde falta el reſpeto, y el tem

En acabando de cantar Iſ
nia, dixo Segiſmundo, que yá
hora de recogerſe, y quando

aban á ſubir la cumbre de el
nte, por una calle que forma-
roſales, y alamos blancos, oye-
un gran golpe, que parecia de
ına coſa que caìa de alto: al-
ptòſe Iſmenia, y deteniendoſe
iſmundo, ſacò el arco, por ſi
alguna fiera, pero aunque diò
lta à todo aquel diſtrito, en
o èl no pudo hallar la cauſa,
la que llegando al Mar, viò
to à ſu orilla una pequeña Bar-
cubierta toda, ſin remos, ni
rinero qué la guiaſſe, y echan-
una cuerda, con el ayuda de
enia la ſacò à tierra, deſeoſo
aber el miſterio que encerra-
pero apenas rompiò los lien-
, y cubierta, quando ſe que-
on Iſmenia, y èl confuſos, y tur-
os, mirandoſe el uno al otro,
que dentro no avia mas rique-
que un hombre bañado en ſu
gre, y junto á èl una hermoſa
na viva; aunque tan deſmaya-
que la faltaba poco para imi-
al cadaver que tenia à ſu lado.
dolor de entrambos fue gran-
viendo tan laſtimoſo caſo, y
penetrò el corazon de Segiſ-
ndo eſta deſdicha, porque en-
diẽdo, luz, y mirando con atẽ-
n à la Dama, le pareciò que la
a, y talle, era de ſu auſente eſ-
a, y ſacando el difunto cuer-
y dandole por ſepulcro el
r, pues ſu vida yà no tenia re-
lio la cogiò à ella en los bra-
zos, y llevò al breve Palacio de ſu cueba, y en ella la regalò de ſuerte, que dentro de pocos dias tuvo por cierta la eſperanza de ſu vida.

Notable fue la confuſion de la Dama, quando ſe viò con fuerzas para abrir los ojos, y ſe hallò entre un hombre, y una muger, que à la primera viſta daban miedo, aunque en el trato, en la converſacion, y en el hoſpedage eran mas piadoſos con ella, que lo avia ſido ſus deudos, y ſu fiero padre; y viendo que Segiſmundo no quitaba los ojos de ella, y que oìa ſu nombre algunas veces en la boca de Iſmenia, le dixo: Dos coſas me tienen confuſa, y de entrambas me has de hacer guſto de deſengañarme; la primera es, dezirme ſi es verdad que te llamas Segiſmundo; y la ſegunda, què es la razon porque deſde el punto, que me traxiſte à eſta cueba, à todas horas me miras ſuſpirando, y muchas veces con lagrimas; y porque sè que has de preguntarme lo miſmo, pues luego que oì tu nombre, parece que con èl me llevaſte toda el alma; digo, que la razon que me obliga, es aver tenido amor à un Cavallero de tu miſmo nombre, el qual me cueſte tanto, que lo de menos importancia es aver viſto tan perdida la vida, que es milagro del Cielo, y de tu clemencia, que aya quedado con ella; y ſi te digo que eſe hijo del

Rey de Albania eſte Segiſmundo, que llamo eſpoſo mio, no pienſo que me acusàra la verdad de mentiroſa. Pues ſi, yo ſoy (reſpondiò Segiſmundo, tan turbado de contento, que apenas acertaba à pronunciar las palabras) el deſdichado hijo de Policarpo, el hermano de Flaminio, y el dueño tuyo, ſi acaſo eres Policena, y no ſe engañan mis ojos, no quieres que te mire con eſtremos? No quieres que ſe me quiebre el corazon, viendote padecer por mi cauſa tantas deſdichas? Segiſmundo ſoy, Policena, aunque tan diferente, que ſolo de lo que fuy tengo el nombre, y el alma: Segiſmundo ſoy, y lo he de ſer tuyo, haſta que me prive el Cielo de eſta deſpreciada vida, aunque pues merezco tus ojos, y tus brazos, deſde oy empezarè à deſearla: coſa que no penſé, porque en todo el diſcurſo de años que hà que reſido en eſtas peñas, no ha ſalido vez el Sol, que no me hallaſſe pidiendo al Cielo me la quitaſſe, porque la vida de un hombre que tiene que ſentir, no es liſonja, ſino martyrio.

No pudieron deciſſe los dos amantes con la lengua todo quanto quiſieran, que es corto inſtrumento para una gran paſſion; y aſſi, con los ojos, y el alma encarecieron ſu amor, y dicha, pues ſe avian juntado por tan eſtraño camino. Y aunque la cara de Iſmenia, y el cuydado que de ella tenia Segiſmundo, le podian dàr zelos, fue tanto el amor que la cobrò, que como ſi fuera ſu hija la trataba; (ſi bien es verdad, que primero ſe informò de la ocaſion que avia tenido para vivir con Segiſmundo) y eſtando todos en eſta conformidad, la rogaron les dieſſe parte de las deſgracias que avian paſſado por ella deſpues que eſtaba auſente de èl. Y como la mala fortuna referida, quando ay alguna proſperidad, mas entretiene, que deſconſuela, por cumplir ſu juſto deſeo, dixo: Fueron tantas las penas que cargaron ſobre mi con tu auſencia, y todas juntas, que ni entonces fue poſſible sèrlas, ſegun lo que eran, ni aora lo ſerà referirlas ſegun lo que fueron, porque aquella demaſia que hiziſte con Flaminio, yo quedè à pagarla como fiadora tuya; pues viendo que no podia vengarſe en ti, ſe vengò en tu retrato, publicando mi flaqueza, y diciendo à vozes, que yo avia parido en ſus brazos. Y en lugar de caſtigar mi padre el rigor infame que avia uſado con el Angel recien nacido, ſe lo agradeciò como ſino fuera ſangre ſuya, y à mi me mandò encerrar en una torre, donde en muchos dias no vi la cara al Sol, ni à perſona humana, haſta que Rey tu padre, movido de la

licencia à que me hablaſſe un
ıbre de confianza, y que avia
doſe en mi caſa, con el qual
:etenia mi priſion, contandole
deſdichas: y como un dia me
ſſe, que le avian informado
muy cierto, tu eſtabas en una
ca cerca de Albania, le roguè
grandes encarecimientos me
eſſe ſecretamente recado de
ivir, y èl por obedecerme lo
, y luego me puſe à firmar la
:rte de entrambos, porque te
ivì una carta, en que te aviſa-
del triſte eſtado de mi vida, y
o mucho que te amaba el vul-
porque te lloraban todos cada
al paſſo que deſeaban la muer-
Flaminio, porque con mil ge-
os de moleſtias, y tiranias, aun
:s de gozar la Corona, los opri-
. Deziate tambien, que te am-
ıſſes de algun Principe, con
) favor podias emprender tu
ganza, y que yo entretanto
a veneno al Principe; y vien-
ſus vaſſallos muerto, y te-
do nuevas de que tu eſtavas
, era fuerza que te buſcaſſen,
ieſſes deſpues de los dias de
carpo, legitimo ſuceſſor del
erio. Eſtas, y otras coſas de
ı peſo te eſcrivia en aquella
ichada carta, para deſcanſar
:orazon, y procurar remedio
fortuna; pero como el que la
:mala no acierta en coſa, fui-
Arneſto, y yo tan infelices,
que ſaliendo de mi quarto con
animo de buſcarte, le encontrò
Flaminio, y preguntandole por
mi fue tanto lo que ſe turbò, que
luego tu hermano le tuvo por ſoſ-
pechoſo, y haziendole prender,
le hallaron la carta, con la qual
confeſsó mas de lo que ſabia. Al-
borotòſe con eſto la Corte, y mi
padre muy preciado de leal, á coſ-
ta de mi vida, executò en mi la
mayor crueldad que ha viſto el
mundo, porque mandò hazer
aquella barca, de modo, que por
ninguna parte pudieſſe ſalir la reſ-
piracion, y dió muchas puñaladas
al pobre Arneſto, y le metiò en
ella, y à mi junto à èl viva, para
que las anſias de verme con un
cuerpo muerto, y el mal olor, me
acabára miſerablemẽnte, y arro-
jandonos al mar, con laſtima de
los preſentes, nos dexaron à la vo-
luntad del agua, y deſta ſuerte an-
duve, haſta que el Cielo enternecido à mis ruegos, y lagrimas, fue
ſervido de que llegaſſe à eſta ori-
lla, donde tu piedad me ſacò à ver
la luz del dia, y gozar un bien que
deſde que naci he querido, y me
cueſta lo que aveis eſcuchado en-
trambos.

Celebraron Iſmenia, y Segiſ-
mundo la ſuerte de Policena, que
quando tiene tan buen fin, aunque
la ayan eſcurecido trabajos, y diſ-
guſtos, no puede llamarſe adver-
ſa. Deſte modo vivia Segiſmundo

con ſu eſpoſa, mas contento que ſi fuera Señor de todo el Orbe: porque deſde que el Sol bañaba de rayos los montes haſta que eſperaba ſu luz en brazos de la noche, eſtaba gozando ſu hermoſura con menos cuydados, y obligaciones, encareciendo dentro de ſu miſmo pecho la dicha que le avia guardado el Cielo, deſpues de tantos años de penas. Al rebès lo paſſaba Iſmenia, y Tancredo, porque entrambos vivian quexoſos de ſu voluntad: ella, porque ſe deſpoſaba en Albania: y èl, porque preſumia que yà lo eſtaba en aquel Monte con Segiſmundo: mas canſandoſe Iſmenia de callar ſus zelos, no quiſo conſentir, que Tancredo tuvieſſe quexa de ſu livandad, pudiendola tener ella de ſu mudanza: y una vez que le hallò entre unos laureles, y jazmines, le enſeñò el retrato, y la carta, y le advirtiò, que la razon de averſe levantado à ſu amor, y honeſtidad aquel teſtimonio, no era porque ella amaba á otro, ſino por imaginarle ageno; pues aquellos dos teſtigos ſe lo dezian à todas horas, y que aſſi no ſe eſpantaſſe de ſu rigor, pues ſu fingimiento, y mala correſpondencia lo merecian.

Yo te confieſſo (hermoſa Iſmenia) replicò Tancredo, que antes *que te vieſſe*, *traté* caſarme con *Folrinda, Infanta* de Albania; pero *tambien te aſſeguro*, que deſpues que mirè tu divina belleza, que merecia alguna parte cuydado, eſtoy tan arrep (que aunque ſea à diſguſto padre, y vaſſallos, que def execucion de eſtas bodas, p en eſtos Reynos ceſſen las ras) por no ofender tu volu te doy palabra de no caſar mi vida, ſino es que ſea co pues no ſeràs la primera I que ſe aya criado entre peñ arboles (ſi acaſo no mient hiſtorias) pero eſto con pr cion, de que eſte hombre q mas padre, lo ſea; porque ſi me engañas, y le gozas por dèl, y de ti tomaré tal veng que ſe eſpante mi amor de guridad. Quedò Iſmenia ta tenta, y agradecida à la pre de Tancredo, que para de ñarle de lo que le avia dic puſo en parte donde pudo Segiſmundo en brazos de ſu ſa. Y como entre los que ſe ſe uſa poco tener nada ſecre acordarſe de que le avia que era ſu padre, le contò dadera hiſtoria de entramb qual eſcuchò Tancredo co cho guſto, viendo quan not ſu querida Iſmenia, ſi Segi do, y Policena eran ſus p pues venia á ſer no men nieta del Rey de Albania con que aſſegurava ſu amor culpaba ſu arrojamiento, y

que no ſe caſaba con la Infanta Florinda, en efeto era con ſangre ſuya. Con eſtas alegres eſperanzas ſe deſpidió Tancredo, y quedò Iſmenia afligida, conſiderando quan mal avia hecho en fingirſe hija de Segiſmundo, ſiendo tan facil de probar lo contrario, porque aunque en el amor, y en la cara lo parecia, en el nacimiento era (à ſu parecer) el ſuyo tan diferente, como el dia, y la noche. Y lo que de eſto reſultó, fue, que Tancredo perdido por ella, y reſuelto en ſer ſu eſpoſo, deſpues de eſtàr hechas las capitulaciones con la Princeſa de Albania, quebrò la palabra, y embiò á dezir á Policarpo, que yà eſtaba caſado, el qual ſintiò, como era juſto, tan mala correſpondencia, y preſumiò, que el arrepentirſe, ò era hazer burla de èl, ò deſpreciarſe de ſer ſu yerno; y ſin aguardar à carta, ni Embaxadores, ſe previnieron al punto, Policarpo, y Flaminio, y ſalieron de Albania con veynte mil hombres, haziendo primero juramento entrambos de no bolver à ella, haſta deſtruir, ò matar à Tancredo, pues tan poco avia eſtimado las prendas de Florinda. No ſe deſcuydaba Tancredo en eſta ocaſion, porque teniendo nuevas de la intencion de Policarpo, pidiò à ſu padre le dexaſſe à él la comiſſion de aquella guerra, y buſcò de ſoldados antiguos haſta ocho mil, de ſuerte, que con los demàs hazian numero baſtante para reſiſtir à los ſobervios Albaneſes; y hablando à Iſmenia, la rogò, que pues ſu padre Segiſmundo era tan gran ſoldado, recabaſſe con él favoreciеſſe ſu Exercito, para dos coſas; la primera, para amparar aquella cauſa como ſuya, pues lo era de ſu hija; y la ſegunda, para tomar venganza de Flaminia, que venia arrogante en compañia de Policarpo; y tambien para que los Albaneſes ſupieſſen que eſtaba vivo, y que los podia hazer mal con ſu perſona. Confuſa ſe hallò Iſmenia, viendo quan preſto ſe avia de ſaber ſu engaño; pero dexandolo todo en manos del tiempo, y de ſu fortuna, ſe determinò de hablar á Segiſmundo, y le contò los amores del Principe Tancredo, la cauſa de la guerra, y la ocaſion que le ofrecia el Cielo, para bolver á ſu antiguo eſtado, y ſalir de aquella miſerable vida. No le deſagradò à Segiſmundo lo que Iſmenia le prometia en nombre de Tancredo, para enderezar ſus coſas al fin que deſeaban; y aſſi, ſe determinò à ſervirle, no para ofender à ſu padre, porque en fin, aunque ingrato, lo era, ſino para ſer cauſa de la paz, y quitar la vida à ſu traydor hermano; pues muerto èl, todo avia de parar en bolver à Albania, y ſer dueño de la

Corona. Avisòle Iſmenia de que la importaba para la execucion de ſu deſeo dár á entender por unos dias que era ſu padre; y reſpondiòla Segiſmundo, que no ſolamente por unos dias, ſino por toda ſu vida, ſi fueſſe meneſter, porque lo que la queria, y lo que ſe parecia à Policena, era tanto, que ſino huviera nacido de padres humildes, fuera coſa facil hacer creer à todos que lo era; y llevandole Iſmenia à la preſencia de Tancredo, ſe hablaron los dos Principes con notables mueſtras de amor, y Tancredo ſe admiró de verlo tan robuſto, y diferente de lo que en otro tiempo le avia conocido. Y preguntandole por Policena, le rogò la traxeſſe conſigo, para eſtàr en compañia de una hermana ſuya, y aſſi los vaſſallos, como los Grandes de aquel Reyno, los honraron como à perſonas tan iluſtres. Dióle el Rey à Segiſmundo el Baſton de General, y mudando trage, ſalió para la Corte tan gallardo, y ayroſo, que ninguno podia perſuadirſe á que era èl à quien el dia antes avian viſto en forma de bruto, ò Satiro (tanto es lo que acreditan las galas à la exterior hermoſura.)

Yà en eſte tiempo eſtaban los arrogantes Albaneſes tan cerca, que podian oìrſe el eco de las caxas, y trompetas que reſonaban por todo el monte. Segiſmundo en anocheciendo ſalia con ſu antiguo veſtido à reconocer el campo, y à vér el animo con que venia ſu padre, que como ſabia tan bien todo aquel diſtrito, eſtaba ſeguro de perderſe, y como iba en tan eſtraño abito, tambien lo eſtaba de que lo tuvieſſe por ſoſpechoſo; y baxando una noche deſde ſu cueba al valle para bolverſe à la Corte, oyò cerca de sì piſadas de perſonas que eſtaban hablando en ſecreto; y eſcondiendoſe entre unas encinas, y pinos, viò un mozo armado, y bien diſpueſto, à quien los demàs mirabaan con temor, y trataban con reſpeto, dando à entender, que era ſeñor de todos. No pudo Segiſmundo conocerle, porque la poca claridad de la noche, no daba lugar à ello; pero lo que pudo entender de ſus palabras, y que le diò harto cuydado fue una *platica* que les hizo, levantandoſe en pie, diciendo de eſta ſuerte:

Aunque ſoys pocos los que me eſtays eſcuchando, bien puedo decir, que es la mayor parte de la nobleza de Albania, porque fuera de los que miro preſentes, no ay quien à mi me pueda igualar en nada, ni à voſotros os llegue à competir. Yo ſoy, como todos ſabeys, Flaminio, hijo unico de Policarpo, Rey de Albania, porque aunque tuve años ha, otro hermano, ya pienſo que la tierra

ò el Mar le esconde en sus entrañas, fuera de que aunque viviera, no podia hacerme contradicion, por ser hijo natural, no legitimo, y por su madre perdia el derecho que à mi me sobra. Mi padre yà veys que està viejo, y que assi à mi, como à vosotros, trata con demasiada aspereza; y si và à decir verdad, à mi me pesa de que viva tanto, porque me cansò de estàr sujeto, pudiendo ser señor de lo que no gozo, viviendo él. Y aunque otras veces he tratado con vosotros estas cosas, la causa principal que me ha movido à juntaros, es, vèr que la ocasion se entra por las puertas, y se nos viene á las manos para hacer nuestro hecho, porque mi padre es tan curioso, y ha tomado tan por su cuenta esta guerra, aunque sus años le pedian otra cosa, suele salirse solo à reconocer su Exercito, y aun el ageno. Yo le he visto esta noche, y sino me engaño, viene aora por aquel repecho, y si gustays de seguirme, podrémos salir, y quitarle la vida, y haciendo despues pedazos sus vestidos, nadie pensarà, sino que algun Leon, ò fiera de las que nacen en estos montes fue el riguroso homicida; y claro està, que los soldados, hallandose sin Rey, aunque no quieran, han de trasparsarme la Corona; y viendome con ella, y el Cetro *en la mano, destruirè* poco à poco à todos aquellos que estàn inclinados à las cosas de Segismundo, y vosotros sereys, no mis vassallos, sino mis amigos, y compañeros, en cuyos ombros fiarè el peso, y cuydado de todo el Reyno.

Apenas creìa el piadoso Segismundo la crueldad, y tirania que intentaba Flaminio contra quien le avia dado el sèr; pero agradeciendo al Cielo el favor de averle traìdo en aquella ocasion para rescatar la vida de su padre, se fue àzia la parte por donde Flaminio señalaba que avia de venir, y à pocos passos le hallò, que armado de todas piezas, iba informandose de todo el campo, el qual viendo delante de sì aquel monstruo, sacó la espada, y cubierto de arneses, le fue á quitar la vida; y arrojando Segismundo un arbol que traìa, en señal de que estaba de paz, le dixo, que reparasse en que era hombre como èl, y que venia solamente á avisarle no passasse de alli, porque le estaban esperando para matarle su hijo, y algunos de sus vassallos, que debian de ser interessados de su muerte.

Si acaso quieres (dixo Policarpo) ofender mi persona, valiendote de esse engaño, advierte, que yerras, porque à sola una voz que dè, saldràn veynte mil hombres que tengo en campaña, y no te valdràn tus pies, ni tu ferocidad

fuera de que yo por mi perſona baſto à defenderme, no de ti, que es corto vencimiento, ſino de quantas fieras produce eſta ſoledad. Pues para que veas (replicò Segiſmundo) que ni te engaño, ni quiero ofenderte, baxa por eſſa cueſta, y verás de quien te fias; y tén por cierto, que no te dexàra paſſar de aqui, ni conſintiera ponerte à tan conocido peligro, ſino tuviera baſtante confianza de mi valor para defenderte; y creeme, que puedes eſtàr ſeguro de mi, porque te amo mas de lo que imaginas, aunque no te lo debo, porque has uſado en eſta vida conmigo algunos rigores, que en eſta ocaſion te diré, ſi me dà lugar mi deſdichada eſtrella.

Admirado eſcuchò Policarpo las razones de aquel ſalvage, y reparando en las malas entrañas de Flaminio, y algunos que le aconſejaban, ſe inclinò à darle credito: mas por no bolver à ſu tienda ſin ſatisfacerſe, deſcendió haſta lo profundò del valle, y tràs él Segiſmūdo, con deſeo de que ſalieſſen los traydores, por obligar à ſu padre, y tomar venganza de tantos diſguſtos como le avia hecho Flaminio: el qual, en conociendo à Policarpo, avisó à los demàs, y le acometieron, diciendo: Muera el *Rey de Albania.* Entonces Policarpo *bolviendo à Segiſmundo, le llamó, y dixo, le cumplieſſe la palabra* que le diò dè ampatar ſu vida. Mas no fue meneſter darle muchas voces, porque en viendo que ſalia la emboſcada, ſe puſo à ſu lado, y eſgrimiendo á una, y á otra parte el leño que traìa, empezò á deſvaratarlos de manera, que ninguno le eſperaba, que no pagaſſe la oſſadia, midiendo la tierra. Quiſo Flaminio probar à repararle con la rodela un golpe, para atraveſſarle con la eſpada; pero fue de ſuerte la furia con que ſe dexó caer ſobre ſu enemigo, que le hizo como à los demàs, beſar el ſuelo, y en viendole caìdo fue tanto el miedo de los demás traydores que le ayudaban, que lo deſampararon, y ſe fueron huyendo de los ojos de Policarpo, el qual mandò llevar en priſion á Flaminio, aunque por no alborotar los ſoldados, calló la cauſa; y quedandoſe ſolo *con Segiſmundo*, le pidió dixeſſe quien era, para pagarle la vida que le avia dado. No quiſo por entonces dexarſe conocer Segiſmundo; y aſſi, le reſpondiò, que ſu padre era aquel monte, donde ſe avia criado deſde que naciò, y que lo que le avia obligado á defenderle con tanta anſia, era aver ſido un tiempo amigo de cierto hombre que ſe llamaba Segiſmundo, y blaſonaba de hijo ſuyo, aunque deſgraciado. Ay, dixo entonces Policarpo, cubierto de lagrimas

si èl viviera, no intentàra
ydor de Flaminio semejan-
osìa! No solamente vive
diò Segismundo) sino que
: muchos dias te le podria
tan obediente à tu amor,
parece que le has tratado
toda tu vida. Pues creeme
Policarpo) que al momen-
de poner en su cabeza la
de Albania, y aun presu-
ue no le pesàra à todo el
, porque aunque piensan
puede ser heredero vi-
Flaminio, ay mucho que
n esso; y porque eres su
y te holgàras de lo que te
escuchame, veràs à lo que
poca fortuna, aun antes
:r, porque te enternezcas,
isques con mas cuydado.
las palabras de su padre
Segismundo con notable
on; y dexandole enjugar
d de lagrimas, que el sen-
o, y el amor avian ocasio-
: oyò que proseguia de es-
e:

le saber, que en mi moze-
se bien á una Dama, con
in desatinado, que me ol-
por ella del Cielo, y aun
nismo, y llegò à tal estado
a passion, que viendo à la
y à ella preñadas, y que
à parir en un propio dia,
à entender lo que estima-
sias de aquella muger, sa-
biendo que entrambas avian pari-
do hijos, los troqué, sin que lo su-
piesse mas que yo, el Cielo, y un
Privado mio; de manera, que el
hijo de mi dama, que es Flaminio
publiquè que era hijo de la Rey-
na, por tener mas ocasion de que
me heredasse, y mas disculpa para
quererle; y à Segismundo, que
verdaderamente era hijo legitimo
mio, di por madre à Clori, que en
aquellos tiempos era la dama que
digo, y la prenda que mas queria;
y por esta ocasion se admirava
todo el Reyno de vèr que aborre-
ciesse à Seguismundo, siendo hijo
de quien adoraba, y estimasse à
Flaminio, teniendo por madre
una muger que aborrecia. No
quiero referirte las tiranias que
tuve con Segismundo, porque si
le quieres bien, es fuerza que te
pese; pero baste dezir, que parò
mi desamor en desterrarle de Al-
bania, y en que aya vivido mu-
chos años desdichadamente por
tierras estrañas, si es que vive, por-
que allá hemos tenido muchas
veces nuevas de su muerte. Pero
como ni en los hombres, ni en la
naturaleza ay cosa constante, el
amor que yo tenia à Clori se aca-
bò, y mi entendimiento conociò
su yerro, saliendo del engaño en
que avia vivido, y luego empezé
à desagradarme tanto de Flami-
nio, que quise dezir à vezes la
verdad de su nacimiento, y solo
me

me detuvo el vèr, que venia à quedar la Corona ſin heredero que la ſucedieſſe, porque faltaba Segiſmundo. Pero pues Flaminio es tan ingrato à lo que me debe, que con traìciones, y cautelas quiere quitarme la vida, y el Cetro, y tu dices, que me daràs vivo à Segiſmundo, no ay duda que ſi lo cumples, le veràs Rey de Albania; lo uno, por darle lo que es ſuyo; y lo otro, por empezar à pagar la deuda de averme librado de la muerte; pues es cierto, que ſiendo tan amigo tuyo, ſu aumento dél, viene à reſultar en tu provecho.

No pudo reſiſtir Segiſmundo el contento, y echandoſe à los piès de ſu padre, ſe deſcubriò, diziendo, que delante tenia à ſu hijo Segiſmundo, que eſtaba muy contento con la triſte fortuna que avia paſſado deſpues que avia faltado de ſus ojos, ſolo por tener ocaſion en que aver podido defender ſus canas. Los eſtremos que hizo Policarpo entonces, viendole vivo, fueron tales, como pedia la novedad del caſo, y abrazandole tiernamente, le dixo, ſe bolvieſſe con èl, porque à otro dia avia de hazer que le beſaſſen la mano, y ſerviria tambien de animar à los ſoldados, que como todos le querian bien, y conocian ſu grande esfuerzo, ſeria cierto el *emprender la guerra* con mas re*ſolucion.* No pudo obedecerle en eſto Segiſmundo, diſculpa ſe con referir los beneficios avia recibido de Tancredo, era Capitan General de ſus ſo dos, aunque aver tomado c que parecia contra ſu padre era para ofenderle (como ſe echado de vér) ſino por cauſ la paz, y ſoſſiego de aquellas vincias. Preguntòle al deſped Segiſmundo por ſu eſpoſa P cena, y reſpondiòle enternec que no ſe trataſſe de ella, por le raſgaba el corazon acord de la crueldad que uſaron e muerte ſu padre, y Flaminio. os laſtime tanto, dixo Segiſm do, porque eſtà viva, aunque rece impoſſible, y ha muchos que la gozo en eſte monte, que echeis de vèr, padre, y ſe como buelve el Cielo por la cencia, y guarda las vidas qu juſtamente perſigue el pode la mala eſtrella. Fueſe con Segiſmundo tan alegre, como licarpo quedaba de aver ha á ſu querido hijo, y con él la que pudo perder aquella noc faltar el ſocorro de Segiſmun dando parte de tan eſtraño c ſus Conſejeros, determinò con el Rey de Armenia, y credo ſu Principe, para trata pazes, y ſi fuera poſſible, ſamientos de todos; y ſe un ſitio, donde à la ſiguien de avian de verſe los

nero que hizieron, fue, jurar
Rey de Albania à Segismun-
y èl dió luego la mano à Poli-
a, ofreciendose por sus padri-
los padres de Tancredo, el
l, dixo à Policarpo, que la ra-
de no cumplir los conciertos
ados con la Infanta, era por
r casado con una nieta suya,
era Ismenia, hija de Police-
y Segismundo. Entonces los
le respondieron, desengañan-
: de la verdad, y diziendo,
no la conocian de mas que
se criado algunos años en su
spañia, y que yá que llegaba
sion tan fuerte, no fuera justo
arle engaños, porque aunque
menia la amaban por muchas
ones, como si fuera hija pro-
, la verdad era que avia naci-
le gente humilde, y grossera.
Quando Tancredo oyò estas
ones, hizo sentimiento, como
uviera escuchado la senten-
de su muerte, y sin compara-
a fue mayor quando supo
Ismenia no parecia, ni en
acio, ni en toda la Corte,
que viendo que yà llegaba el
, en que era fuerza descubrir
ngaño, y perder juntamente à
ncredo, no quiso verle con ven-
za suya; y assi, se fue à los
pos huyendo de lo que ado-
a, con pensamiento de aca-
su vida en la soledad. Suspen-
onse las fiestas que se avian de
hacer, hasta saber de la perdida
Ismenia, porque los novios esta-
ban con tanto disgusto, viendo
que faltaba, que à muchos diò
que sospechar su sentimiento, por-
que presumieron que era su hija, y
por no darla à Tancredo, lo ne-
gaba, y lo cierto es, que la ama-
ba de manera, que sino supiera Se-
gismundo, que Ismenia tenia pa-
dres que le pudieran desmentir, à
vezes dixera que era suya. Tan-
credo tambien por otra parte an-
daba loco, ofreciendo á quien le
dixesse de ella gran cantidad de
dinero. Mas acordandose Segis-
mundo, que el primer dia que la
hallò en el campo, y otros mu-
chos, le avia contado sus altos
pensamientos, y el Lugar donde
avia nacido, hizo despachar à un
hombre, para que con toda prisa
se informasse de sus padres, por si
acaso se avia vuelto con ellos, y
haciendose averiguacion en el
Lugar sobre el caso, los hallaron,
y remitiendolos à la Corte, dixe-
ron, que Ismenia no era su hija,
aunque la avian tenido por tal, ca-
si desde el dia que avia nacido, si-
no que un Cavallero natural de
Albania, que dixo que se llamaba
Lucio Camilo, la traxo à su casa
cierta noche, para que la criassen
avisandolos primero, que no re-
velassen aquel secreto à ninguna
persona, porque les costaria la vi-
da; y que avia tres años, que que-
rien-

riendola casar con un sobrino suyo, el mismo dia de la boda se fue, sin que desde entonces muerta, ni viva supiessen de ella. Creciò en todos la admiracion, pensando, que pues Lucio Camilo la avia llebado à criar, seria suya; y sabiendo que estaba en Albania, le hicieron venir luego para que dixesse lo que sabia acerca de Ismenia; y èl, rogando le dexassen solo con Segismundo, le dixo: Lo que te pudo afirmar de esta Dama (que llaman Ismenia) es tanto que à nadie como à ti contiene saberlo, y por no tenerte con sobresalto, porque las nuevas que he de darte, no son para ello, has de saber, que saliendo una noche el Principe Flaminio, y yo à passearnos por Albania, yà que nos bolviamos para entrar en Palacio, nos llamò una muger, cubierto el rostro, y llegandose à ella Flaminio, la dixo, por verla casi difunta, si queria que la llevasse consigo, ò hiciesse por ella alguna cosa. Lo que os quisiera suplicar (respondiò la Dama, poniendole una niña en los brazos) es, que lleveys este Angel à Segismundo, que yo sè que por èl conocerá el dueño, y creedme, que èl, y yo podrá ser que os satisfagamos esta merced, porque en fin, aunque *desgraciado*, es hijo del Rey. Y *dexandosele á Flaminio* (que si le *conociera le entregára primero à* un Leon) se partiò de nuestra sencia rogandonos, que ning la siguiesse, porque la impor la vida, y la honra. Con no confusion quedamos Flamini yo, y discurriendo sobre q podia ser aquella Dama, po como tu amabas tanto á Po na, no se persuadia à que tu se otro cuydado; y como Poli vivia tan encerrada, tampoco pechaba que fuesse suyo. *En* to, llevamos à mi casa la niña mi me diò orden para que la tregasse à un ama. *Supose* á dia la repentina enfermeda Policena, y consultando la de la niña, se conociò evide mente, que ella era la madre, el galàn que gozaba de su b za; y con la furia de los z aconsejado de su rigor, y fiad su grande potestad, me ma que se la traxesse para *verte* sangre, y cumplir la *palabra* avia dado á Policena de embi tela. Prometote Segismundo, quando entendi su injusta de minacion, como si fuera quie avia engendrado, lo senti, po no tenia cosa que no fuesse u trato del Cielo, y hallème co so, y temeroso, porque si obedecia, perdia para siemp gracia; y si me resolvia à ob cerle, no cumplia con mi n piedad; pero, en fin, me di à traersela por no enojar

q

ndo yá ſalia de mi caſa para el
griento ſacrificio, parece que
ſo el Cielo agradecer mi afec-
ofreciendome ocaſion en que
lieſſe lograrle, porque ſabien-
que à una criada mia ſe le aca-
de morir una niña, que dos
hes antes avia parido, la to-
, y rompiendo el inocente pe-
, bañada en ſu helada ſangre,
llevè à Flaminio, el qual, pen-
do que tenia delante la cauſa
us zelos, me agredeciò la cruel-
l, y acabò de vengar ſu ira, ha-
ndo pedazos la criatura, y de
manera te la embiò, para dar-
nas pena, y que te mataſſe el
or de vér tus prendas tan mal-
adas, de lo qual reſultaron los
guſtos, y deſdichas que ſabes.
llegando la noche, con el ſe-
to poſſible, ſalì de Albania, y
an Lugar algo apartado, buſ-
una ama, y dexè la niña, ad-
iendo lo que importaba que
ſe ſupieſſe que yo la avia lle-
o, y dandola docientos duca-
me deſpedi de ella, y deſde en-
ces no la he viſto mas de dos
es, por no ponerme à rieſgo
lo entendieſſe Flaminio. Eſto
o que sè de Iſmenia, y lo que
, movido de la obligacion de
r nacido piadoſo, y noble.

Aſſombradò eſcuchaba Segiſ-
ndo eſtas coſas, dudando ſi era
io, ò verdad la prodigioſa hiſ-
a de ſu vida, y de Iſmenia, que
ſegun lo que dezia Camilo, era ſu
hija, y quando no huviera mas in-
formacion que ſu cara, era baſtan-
te. Echòle los brazos al cuello, y
prometiòle tan buena paga, que
no le pesára de averle hecho aque-
lla amiſtad; y luego contò lo que
paſſaba á Policarpo, á Tancredo,
y à Policena; fue tanto el guſto
de todos, como era el peſar de
que en aquella ocaſion faltaſſe Iſ-
menia, à la qual fueron todos los
Grandes del Reyno à buſcar, y
entre ellos Segiſmundo, y Tan-
credo, el uno por padre, y el otro
por eſpoſo. Fueſe Segiſmundo al
monte donde avia vivido con
ella, y al entrar por ſu verde eſpe-
ſura, viò un hombre arrojado ſo-
bre la yerva, y llegandoſe à él, le
preguntò, que hazia? Y reſpon-
diò, que era ſoldado, y pobre, que
todo parece que es uno; y que
por aver oìdo un pregon, en que
prometia ſu Mageſtad doze mil
ducados à quien hallaſſe à la hen-
moſa Iſmenia, con el anſia de ſa-
lir de deſdichado, pretendia en-
contrar con ella, y que no eſtaba
muy deſconfiado, porque aquel
miſmo dia avia viſto en lo alto
del monte una muger, veſtida de
varias pieles de animales, y ſoſpe-
chaba que era ella, porque al pun-
to que oyò ſu nombre, como ſi
fuera ſu muerte empezò à huir
de manera, que avia ſido impoſſi-
ble alcanzarla.

Aora

Agradeciò Segiſmundo al ſoldado el aviſo, y ſubiendo entrambos á la cumbre, no pararon haſta que junto á un arroyo, que guarnecian juncos, y eſpadañas, entre algunos cipreſes, là hallaron dormida. Entonces ſe deſcubriò Segiſmundo à ſu hija, y refiriò ſu feliz nacimiento, que ſe holgò mas por merecer á Tancredo, que por ſer hija de un Principe de Albania; y bolviendoſe todos tres à la Corte, conociò por padres verdaderos à los que haſta entonces avia querido, como ſi ſupiera que lo eran; y caſandoſe con Tancredo, hizo ſu padre, y los Cavalleros de la Corte grandioſas fieſtas, para celebracion de tan deſeadas bodas. Y viendo Policarpo la mala intencion de Flaminio, y que viviendo èl, no podia tener ſegura la vida, diò orden para que murieſſe ſin enfermedad, porque en eſtos caſos ſuele aver muertes tan calladas, que el miſmo que la padece, no la preſume, *ni eſcuſa.*

Con que tuvo fin la prodigioſa hiſtoria de Segiſmundo, y Policena.

AL CABO DE LOS AÑOS MIL.

NOVELA NONA.

EN Ciudad Real (fundacion que fue del Rey Don Alonſo el Octavo, por los años de 1272. junto à las ruinas de Alarcos, en la raya de Andalucia, cercada de fertiles, y apacibles campos, porque tiene por vezino al *Rio Guardiana*, tan burlador de *los ojos que le miran*, que ſe deſaparece por ſiete leguas) naciò de padres tan iluſtres, como poderoſos, Liſarda, unico hechizo de toda aquella tierra. Sus años eran diez y ſeys, y ſu dote otros tantos mil ducados: y como no ay mocedad, ni riqueza fea, ſiendo Liſarda rica, moza, y hermoſa, de juſticia pedia llevarſe los ojos de quantos la miraſſen. Tenia el ſeñor

ra, deſpues de una belleza
ral, un claro, y agudo enten-
iento; que no todas las hermo-
han de ſer necias, ni todas las
entendidas: y yà por la noti-
que la avian dado los libros, ò
lo que avia oìdo en las con-
faciones de ſus amigas, vivia
eroſa de caſarſe; no porque
lo deſeaba como todas, ſino
que la avia pueſto miedo la
dicion de los hombres; y mas
un caſamiento, donde ſe aven-
a el guſto, ò el martyrio de to-
una vida. Quien podrà pene-
(decia la diſcreta doncella) el
azon, y los penſamientos de
hombre, ſiendo tan varios, que
ezes el miſmo que los maneja
ignora? Dos coſas ay en mi,
pueden mover la volùtad de
en me pretende, ò mi perſona,
ni hazienda. Mi perſona, no,
que yo conozco muchas en la
dad, ſi no de mas nobleza, de
hermoſura; y por ſer pobres,
ſolo no ay quien ſe caſe con
s; pero aun falta quien ſe lo di-
de burlas. Pues ſi es mi dote el
haze eſtos milagros, fuerte
es entregarme à un hombre
no ſe caſa conmigo ſino con
hazienda. Y quando yà paſ-
os con eſto, porque la ambi-
n eſtà tan metida en el mun-
que fuera hazer de nuevo los
bres, querer buſcar los deſin-
dos. *Pregunto:* Quien po-
drà aſſegurarſe de ſus coſtumbres
donde no ay tantos engaños como
mudanzas? Quando ſe caſa, nin-
gun hombre ay malo; el tercero le
abona; el deudo le acredita; el in-
tereſſado le alaba; y el caſamen-
tero le aſſegura: es lo bueno, que
al cabo del año, los unos, y los
otros ſalen mentiroſos, à coſta de
la pobre que dà la mano, y el al-
ma à un enemigo, que, ò la juega
la hazienda, ò ſe perecia de mal
acondicionado: y lo que peor es,
ſe canſa de quien le adora, que es
la voluntad de algunos hombres,
tan opueſtos à los terminos de la
buena razon, que nunca dà me-
nos fruto, que quando ſe ſiente
con mas obligaciones. Pues co-
mo (repetia muchas vezes con la-
grimas) eſto es querer? Eſto es
caſarſe? Y eſto es rendir la vo-
luntad à un cautiverio eterno? No
lo permita el Cielo, ni lo quieran
mis padres; porque primero darè
la vida à un puñal, ò à un vaſo de
veneno, que caſarme ſin hazer
no ſolo por meſes, ſino por años,
muy baſtante informacion de la
voluntad, del trato, del entendi-
miento, y de las coſtumbres del
que huviere de ſer mi dueño.

Aſſi diſcurria la hermoſa dama
reſuelta en no caſarſe por entonces; tanto por el temor que tenia
al errar en la eleccion, quanto por
ver que podia emplearſe en tan
diferentes ſujetos como la preten-
dian;

dian; ſi bien como acontece à los que vèn jugar, que ſe inclinan naturalmente mas à uno que à otro, y ſin tener voluntad à ninguno. Liſarda avia mirado con algun genero de blandura à Ricardo, un Cavallero de tantas partes, que yà el vulgo los tenia caſados, porque dezia, que ninguno era digno de Liſarda, ſino Ricardo, ninguna dama le merecia como ella. Hallòſe la Ciudad en eſte tiempo obligada à unas forzoſas fieſtas en muestra del regocijo que tenia de que Francia ſe juntaſſe con Eſpaña, trocando las dos hermoſas Eſtrellas de Iſabel, y Juana, para que con el lazo del parenteſco, fueſſen eternas las amiſtades deſtos dos poderoſos Reynos: y aſſi, por muchos dias huvo luminarias, fuegos, y maſcaras, dando fin à eſta ſolemidad con doze valientes toros, fieſta mas aplaudida que las demàs, ò porque haze mas ruido, ò porque el brio Eſpañol tiene mas ocaſion en ella. Los galanes de Liſarda hizieron las fieſtas buenas, porque la competencia, y el deſeo de agradar, ſe juntaron, y ſin reparar en gaſtos, ni comodidades, cada uno procurò, no ſolo igualar, ſino exceder al mas poderoſo; ſi bien el que en todo anduvo mas lucido, fue Ricardo, *porque* de ſuyo lo era, porque eſ-

taba mas favorecido, que eſto de *pleytear con buena fortuna*, ſuele ſer cauſa de acertar en tod te de aquel, que ſin galar eſperanza ſe empeña en al tento, donde todo lo que ſe malogra ò porque no ſ porque no ſe admite. Lleg timo dia de las fieſtas, que los toros, á tiempo que la ſa Dama, aunque haſta er no avia querido, ni ſabia queria bien à Ricardo, qu ciencia de la voluntad por deſdicha, tan facil, que de che à la mañana ſe apren quiſo Ricardo perder ocaſi guna de agradar ſus ojos; entrò por la mañana con v ga, aplaudido de todos, m Liſarda, que la pesò no d que eſto era impoſſible, verle tan à los ojos del peli liò un toro, deſpues de a cerrado los demàs, tan eſ en la color, y en la ferocid puſo miedo, no ſolo à los tenian delante, ſino á los miraban de mas lexos. S cardo entraba, y ſalia con t na fuerte, que parece que cohechado el bruto, ſegu lugar à que lucieſſe ſu v Sucediò, pues, que el fi mal, ofendido quizà de lo de Ricardo, quiſo vengar hombre de à pié, à quien a y dandole muchas buel obſtinada porfia, parece q queria comer á bocados.

los esta tragedia, y mas à Ri-
lo, que enfadado de que los de
vallo que se hallaban mas cer-
o le socorriessen, arrojando la
, y metiendo mano à una va-
te espada, partiò para el toro,
apenas le viò venir, quando
ando la presa, se encarò con-
el, como mohino de sus atre-
ientos, y baxando las agudas
tas de la frente, arremetiò al
allo, con animo, al parecer, de
icar en èl su rabiosa colera:
que no le sucedió como lo
ginò, porque al baxar la testa
hazer el golpe le alcanzò Ri-
lo tan fuerte cuchillada, que le
ó, sino toda la cerviz, la mayor
e della, con que quedò el san-
nto bruto confessando á sus
; que no ay ferozidad que no
nda à la fuerza, ò à la industria
hombre. Aficionó de suerte
accion à quantos se hallaron
entes, que como si à todos les
iesse dado la vida, le daban
publicas vozes, los parabie-
los aplausos, y las alabanzas;
mente Lisarda la llorò de par-
adentro, porque el dolor de
tan à riesgo su persona, la pri-
un punto de sentido, y sin
lugar à que pudiera enterarse
buen sucesso, cayò como di-
sobre las faldas de su madre.
ii fuè donde se declarò la enig-
de su callada voluntad; aqui
donde *saliò en publico* el se-
creto amor que avia regateado su
recato; y aqui, donde la passion
oculta diò vozes, porque un des-
mayo suele dezir sin lengua en un
instante, quanto la verguenza, el
miedo, el peligro han callado
por muchos años. Bolviò en sì la
desmayada donzella, mas con las
buenas nuevas que la dieron, que
con el agua que despues la echa-
ron, y como oyesse, que Ricardo
agradecido à la buena suerte de la
mañana, estaba determinado à sa-
lir á la tarde; ella por no acabar
de dezir con mas demonstraciones lo que le queria (que aunque
todas quieren tener amor, ninguna quiere confessar que le tiene)
quiso mas desatarse con uno, que
no dàr que dezir á tantos; y assi,
resuelta, y enamorada, tomando
pluma, y el papel, por señas de
que antes de escrito, junto à sus
manos, no lo parecia, escriviò à
Ricardo lo siguiente:

Cierta amiga mia, que tiene
creìdo, q̃ ha dos años que la que-
reis, estima vuestra vida mas que
vos mismo, pues vos la aventurais
sin piedad, y ella la llora con mu-
cho sentimiento: hame rogado os
suplique la hagais gusto de vèr es-
ta tarde las fiestas, sin salir à ellas;
porque si la gallardìa se endereza
à enamorarla, yà lo està, y si es
con fin de agradar otra Dama, co-
nocerà que la aveis mentido, y
servirà vuestra desobediencia de

ſu deſengaño. Eſto os ruega mi voluntad en nombre de ſu amor, que no es poco, pues compra á coſta de muchos colores la ſeguridad de vueſtra vida: Siendo muger, claro eſtà que ha de entrar pidiendo; pero como es muger que os ama, ſolo pide lo que os importa; con advertencia, de que ſino lo hazeis, ſe deſpedirà de pediros otra coſa en toda ſu vida.

Con un diamante, y algunos eſcudos pagò Ricardo el porte del papel à la menſagera, cuyo dueño conociò por ella; y rogandola eſperaſſe la reſpueſta, ſe puſo á eſcrivir, ſi bien la turbacion, y el guſto le tenian tan loco, que no le dieron lugar á que eſcrivieſſe lo que ſabia, ni lo que queria, que los amantes nunca ſon mas torpes que quando les viene alguna dicha no eſperada. El en ſuma, reſpondiò en pocas razones de eſta ſuerte.

Si el rieſgo de mi perſona os ha de poner en cuydado, por deberos eſſe favor, pudiera aventurarſe muchas vezes: mas no por enojaros (quiero dezir, por no enojar à vueſtra amiga) digo, que deſde luego deſiſto de mi propoſito, agradezco à vueſtra amoroſa piedad eſta liſonja, aunque no sè ſi acierto en llamarla piedad, porque eſcuſarme el ſalir à la Plaza para que deſpues me miren vueſtros ojos, mas parece querer alzaros con mi muerte, que deſeo de guardarme la vida. No me acordaba, que la criada eſtá eſperando, y aun yo tambien; ella, que la deſpache; y yo, que llegue eſte à vueſtras manos, para que no os deſpidais de pedirme, ſino q̃ me empezeis á mandar, como à vueſtro eſpoſo iba à dezir, mas tenedlo por dicho; y á Dios que os guarde, y haga venturoſa, aunque no teneis cara para ello.

El efecto que hizò en Ricardo el papel de Lifarda, hizo en ella el de Ricardo, porque deſta ſuerte la fieſta fuè para ella, viendola ſin miedo ninguno, por tener bien cerca de ſu ventana à Ricardo, aunque con penſion de algunos curioſos, que deſcuydados de las ſuyas, ſolo atienden á las acciones agenas. Acabaronſe las fieſtas ſin deſgracia ninguna, y empezò la voluntad de los dos amantes à correr viento en popa en ſu correſpondencia; y como el amor es tan ingenioſo, que en mi opinion mas Poetas ha hecho él ſolo, que la miſma naturaleza. Ricardo lo empezó á ſer en eſta ocaſion con tanta felicidad que podemos dezir, que empezó por donde otros acaban; y como ſe moviеſſe entre los entendidos una diſputa à cerca de ſaber, quien padece mas en materia de amor, un olvidado, ò un aborrecido, entendiendo por el olvidado un hombre, que

ı la Dama vive tan agena,
no ſabe ſi ha nacido en eſte
do: Ricardo à peticion de
da eſcriviò eſtas quatro De-
, probando, que de los dos
, el menor es ſer aborreci-
i lo prueban, ellas lo dirán,
on como ſe ſiguen.

puede Liſi, un perdido
deſdicha eſcoger,
ſto que aya de ſer,
ıe aborrezcas te pido;
e olvides, que el olvido
ene sèr, y el amor
sèr para el favor;
ada vengo à ſer,
e has de poder querer,
s la deſdicha mayor.

pone el aborrecido,
ılgun tiempo ha ſido amado,
dicha ſer deſdichado,
:ra por aver ſido;
:l que llora un olvido,
ninguno ſiente,
ıs peſares aliente,
:n ſu forma ayrada,
leja la paſſada,
uda la preſente.

muger mas deſdeñoſa
: mudar parecer,
ıudarſe, y ſer muger,
:e una miſma coſa;
la que riguroſa,
ı hombre tan olvidada
que aun de èl no ſe enfada,
ue piadoſa, es ſevera,
ıe no puede, aunque quiera
r que es muger en nada.

Liſi, yo quiero deſdenes,
ſabrè al fin de tu crueldad,
que ſino en la voluntad,
en la memoria me tienes;
y que aunque mi mal previenes
puedes dolerte de mi,
pues para ſer lo que fuì,
viendo tus ojos ſerenos,
tengo andado por lo menos,
eſtàr mas cerca de ti.

Como yà Liſarda eſtaba enamorada, todo quanto hazia, y dezia Ricardo, le parecia tan bien, que no podia perſuadirſe á que huvieſſe en el mundo quien le igualaſſe, y no ſe engañaba, porque parece que la naturaleza le avia hecho, no con la priſa que ſuele, ſino con tanto eſpacio, y perfeccion, que como quando un pintor acaba con felicidad un lienzo, ſuele poner à un lado ſu nombre, aſſi pudo la naturaleza eſcrivir el ſuyo, como por termino de ſu ciencia. En eſta altura de buena ſuerte, eſtaba el amor de los dos venturoſos amantes, èl paſſeando la calle de dia, y de noche, y ella hurtando al ſueño algunos ratos con la memoria de ſu dueño; ò por vivir mas, ò por lograr las breves horas de la vida, de manera, que lo parezca: que en opinion de Seneca, no es tiempo todo lo que ſe vive, ſino aquel que con guſto, ò con aprovechamiento ſe vive.

Quien creyera, que en medio de tanta felicidad ſe atraveſsàra un azar tan fuerte, q̃ no ſolo eclipſaſſe por un rato la llama amoroſa de la voluntad de entrambos, ſino que los puſieſſe en eſtado que dentro de quinze dias Liſarda eſtaba deſpoſada con otro, y Ricardo en la Ciudad de Barcelona, con animo de embarcarſe para Napoles. Pero qualquiera lo creerà, atendiendo, y conſiderando á buena luz la inconſtante rueda de la fortuna, y comun mudanza de los tiempos. Bien experimentò Ricardo eſtos efectos, pues en un punto ſe viò de la cumbre de la dicha, en la mayor esfera de ſu eſperanza, y para dezirlo todo, caſi en los brazos de Liſarda: y en eſte miſmo punto ſe halla ſin patria, ſin deudos, ſin amigos, y ſin ella; que para quien amaba tanto, fuè el mayor tiro que le pudo hazer ſu contraria ſuerte. Es, pues, el caſo, que Ricardo antes que Liſarda le amaſſe con el eſtremo que hemos viſto; como mozo galàn, y divertido, avia tenido amiſtad con una Dama Sevillana, que paſſando à la Corte, ſin mas pretenſion que la de vèr, y ſer viſta, y ſin mas hazienda que ſu mocedad, que era mucha, y ſu cara que era muy buena; como Ricardo la *vieſſe en una poſada*, y por *foraſtera, y dama* la regalaſſe en *cortesia, con lo que pudo preve-* nir la brevedad de una hora, ella ſe aficionò de ſu perſona con tanto eſtremo, que deſpidiendo una litera en que venia, y pagandola de vazìo, ſe quedò por hueſpeda de Ricardo, con quien dentro de un mes eſtaba tan hallada, como ſi le huviera tratado toda ſu vida: que el amor de las que viven de dár, y tomar voluntades, *tiene* los miſmos plazos que el *rayo*, en cuya breve luz parece caſi una miſma coſa el caer, y el alumbrar, y el conſumir todo lo que topa. Hallòſe el noble Cavallero empeñado en la fineza de Doña Clara, (que eſte era ſu nombre) ſi puede llamarſe fineza, hazer con èl lo que quizá en ſu tierra avia hecho por oficio con otros; y aſſi, buſcandola una caſa conforme à quien èl era, hizo que la aposentaſſen, y cuydaſſen de ſu *regalo* con mucha liberalidad, *previniendola* de que ſi queria conſervarſe en la Ciudad, avia de ſer con determinacion de vivir con mucho recato, lo primero, para no dàr nota à los que la miraſſen; y lo ſegundo, para que ſus padres no lo alcanzaſſen à ſaber (que en un Lugar corto todo ſe ſabe) y por tenerle à èl quieto, la hizieſſen alguna moleſtia. En fin, por entrambas razones eſtaba tan recogida Doña Clara, que no ſabian eſta ſecreta amiſtad, ſino el Cielo, Ricardo, y un criado ſuyo caſi

cuya caſa vivia con el recogi-
nto poſſible.
Bien echaba de vèr Ricardo,
el tener eſta correſponden-
mas nacida deſta corteſia, que
u voluntad, podia ſervirle de
arazo para con Liſarda, ſi
ſo por ſu deſdicha lo llegaſſe à
ender. Y aſſi, quando viò que
mor eſtaba tan adelante, que
deudos de una, y otra parte
aban de que ſe efectuaſſe, ſe
larò con Doña Clara, dandola
te de ſu caſamiento, y junta-
nte docientos eſcudos para
plarle la peſadumbre, la rogò
ueſſe à la Corte, donde acudi-
à ſervirla en quanto huvieſſe
neſter, con ſu hazienda, y con
erſona.
Quando una muger llega à pi-
ſe, no ay razones, intereſſes, ni
gencias que baſten à dividirla;
ia Clara, aunque muger co-
, amaba à Ricardo, y quando
e amára, ſolo el verſe dexar
otra, avia de ſer cauſa de ma-
s incendios. Y aſſi, lo que
ondió, deſpues de otras locu-
fuè dezir, que avia de verſe
Liſarda, y deſcomponerle de
nera en ſu amor, que no tu-
ſe efecto, aunque aventuraſſe
llo la vida, porque yà eſtaba
ielta à todo quanto pudiera
irla.
Confuſo ſe hallò *el afligido Ca-*
ero con eſta reſpueſta, ſin ſa-
ber què medio tomaria para apar-
tarſe de Doña Clara, cuyo amor
le eſtaba mal, deſpues de ſer ofen-
ſa del Cielo, por muchas cauſas.
La primera, porque podia llegar á
noticia de ſu eſpoſa, que yà en
profecia la llamaba con eſte nom-
bre. La ſegunda, por ſu reputa-
cion miſma; pues aunque Doña
Clara era hermoſa, muchacha, y
entendida, en ſu modo, en ſu tra-
ge, y en ſu deſenfado daba à en-
tender la libertad con que avia
vivido. Y la ultima, porque no
era de ſu guſto, que no ay en el
mundo martirio que ſe iguale al
aver de agaſajar por fuerza à una
perſona que ſe aborrece, porque
es ſacar de ſu centro al corazõ, y
tener el alma como atada con una
cadena. Ricardo, pues, huyendo
de mayor daño, ſe determinò à
ſalir de eſta obligacion, aunque
no fueſſen muy corteſanos los
medios, porque dando parte de
eſte ſuceſſo al Corregidor, que era
deudo ſuyo, le dixo, que fueſſe à
la noche en caſa de Doña Clara,
con quien él eſtaria como galàn,
para que à titulo de Miniſtro gra-
ve, recto, y deſintereſſado, la pu-
ſieſſe en un coche con dos guar-
das, á cuyo cuydado encomendaſ-
ſe la execucion de no dexarla, haſ-
ta ponerla en Madrid, ò adonde
ella quiſieſſe. Pareciòle al Corre-
gidor muy bien la traza, tanto
por hazer ſu oficio, quanto po
de

deſear con eſtremo la quietud de Ricardo, previniẽdo para las onze de la noche un coche, dos guardas, y una informacion fingida contra los dos amantes, y el criado que los encubria. Bien pensò Ricardo librarſe por eſte camino de Doña Clara, ſin que pudieſſe tener quexa de ſu trato, y juntamente aſſegurarſe de que Liſarda lo entendieſſe, porque entenderlo, y perderla, le parecia lo miſmo. Pero quien es deſgraciado, nunca yerra mas que quando lo procura menos, porque eſta miſma noche que Ricardo tenia prevenido todo lo neceſſario para que Doña Clara ſalieſſe ſin eſcandalo de la Ciudad, como el padre de Liſarda eſtuvieſſe ausente, y à ſu madre la llamaſſen para aſſiſtir á la enfermedad de una deuda ſuya, que eſtaba caſi en los ultimos paſſos de la vida. Viendoſe la diſcreta Dama ſola, y triſte, por no aver viſto en todo el dia à Ricardo, ſe determinò á hazer por èl una fineza, que ſu recato llamò traveſſura, porque con un tafetan en la cabeza, las baſquiñas en las manos, y una criada que la acompañaſſe, ſaliò de ſu caſa, con animo de verle, ò por lo menos llegar à ſu calle, que quien ama, con vèr las paredes, y tentar las *puertas, ſuele contentarſe, quando no ay ocaſion* de mayor ventura. *Llegò Liſarda à la calle, miròla caſa, azechò por el poſtigo, y viendo que eſtaba todo cerrado, aunque ſe holgàra de hablar, y vèr à Ricardo, para bolver ſiquiera mas bien acompañada, mirandolo con mas prudencia, ſe determinò à no llamar, no porque no deſeaba, ſino porque no lo atribuyeſſe à liviandad, que muchas vezes regatea una muger con el que ha de ſer marido, lo que quizà hiziera con otro que no la pretendiera con eſſe fin, porque ſer liberal antes de caſarſe, no es ſino ocaſionar al marido para que deſpues de caſado viva con eſcrupulo de ſu honra; y aſſi, obligada de eſta razon, ſe reſolviò á bolverſe, aunque á ſu peſar, ſin hazer diligencia ninguna; y como paſſaſſe (porque era camino para ſu caſa) por un Convento de Religioſas Dominicas, à la luz de una lampara, que eſtaba en la Porteria, viò un hombre, cuyo talle la ſobreſaltò, porque mirandole con mas atencion, conociò que era Ricardo, à quien en la primera caſa al ruìdo de un ſilvo, que debia de ſer la ſeña, baxaba à alumbrar, y abrir una criada, la qual, queriendo deſpues de aver entrado cerrar la puerta, è no ſe lo conſintiò, diziendo, que avia de bolver á ſalir muy preſto, porque como ſe eſperaba que viniеſſe la Juſticia, y los hallaſſe juntos, para hazer mejor ſu hecho*

eſcuſar el alboroto, quiſo
nticipada eſta diligencia.
aginó Liſarda, aunque viò
lo, que podia ſer coſa en
ſuya, ſino que aquella caſa
: algun amigo, donde los
debian juntarſe á conver-
unos, à jugar ſu hazienda;
à governar el mundo; y
murmurar de quantos no
an preſentes. Triſte del
á primero, pues es fuerza
paſſe por el miſmo peligro.
unque la ſegunda Dama lo
del amor de Ricardo, con
ſo llebada mas de ſu curio-
que de ſu ſoſpecha, llegó à
ta, y como por la cauſa di-
hallaſſe abierta, entrò, y
aſta el primer quarto, don-
mandoſe á un poſtigo, que
chada la llave, viò por el
de la cerradura à ſu deſcuy-
nante, que ſentado en las
idas de un eſtrado (ſabe
on qué poco guſto) eſtaba
ndo à una muger, no ſolo
a, ſino á ſu parecer her-
na, que los zelos como mi-
antojos, hazen las coſas
es de lo que ſon; y que pa-
alparſe con ella la dezia:
ca pensè, Doña Clara, que
aſſes de vér, que el dezirte
: caſaba, iba ſolo endere-
probar tu firmeza, exami-
quilates de tu voluntad.
confieſſo, que fingia tam-
bien las tibiezas, y ſequedades que tuvieſſe diſculpa para creerlas, pero no la tendràs para ſuſtentar, que ſolo las mugeres ſois en el mundo quien ſaben hazer con artificio un engaño, à coſta de tantos deſvelos, lagrimas, y ſuſpiros has viſto lo contrario. Verdad es, que mis deudos intentaron por ſoſſegarme el caſamiento de Liſarda, que es la Dama que ſin cauſa te tiene zeloſa, pero yo lo he reſiſtido tanto, que ſi puedo no tendrà efecto, porque aunque eſſa ſeñora es noble, hermoſa, y rica, haſta aora no me ha hecho ſangre en el alma, y debe ſer la razon el eſtàr hecho á vèr tu belleza con quien no ay comparacion en el mundo. Y pues và todo de verdades, ſabe que lo que aora me obliga à quererte con mas fuerza es, el vèr que algunos de mis parientes, movidos, à ſu parecer, de buen zelo, por aver entendido nueſtra voluntad, dizen que han de procurar eſtorvarle, como ſi para dos que ſe quieren bien baſtaſſen ruegos, amenazas, ni perſuaſiones.

Como loca eſcuchaba Liſarda eſtas coſas, ſin determinarſe à diſtinguir ſi era ſueño, ó verdad, que las eſcuchaba. Mas viendo que los deſenojos de Ricardo con ſu Dama, llegaban à tomarle las manos, ſin advertir que peligraba ſu recato, que las mugeres quando

tienen prudencia, es ſolamente mientras no tienen zelos: y ſin ver que ſe ponia à rieſgo de, que Ricardo la deſpreciaſſe, por eſtàr con quien adoraba, como él dezia, diò tan grande golpe en la puerta, que ſin duda pensò Ricardo, que ſe avia adelantado la diligencia de la Juſticia, y no ſe engañò, que tambien el amor con vara de zelos prende, y caſtiga à quien le agravia tan claramente. Alborotòſe fingidamente, diziendo á una criada que abrieſſe, porque yá deſeaba ſaber quien era el atrevido que oſſaba piſar aquellos umbrales, ſabiendo que era dueño de ſu dueño, ſino es que ſea (añadiò bolviendoſe à Doña Clara) algun ſecreto amante que os galantea, y aguarda quizà (como ſuele acontecer) à que yo me deſpida para tener la futura ſuceſſion en vueſtros amores: eſto dezia el cauteloſo Cavallero, por deslumbrarla de imaginar, que él podia ſer el autor de aquel engaño. En fin, mientras Ricardo ſe enojaba, y ella le ſatisfacia, Liſarda no ceſſaba de llamar, y Ricardo de mandar à una criada que abrieſſe. Mas viendo que temeroſa no ſe atrevia, colerico ſe levantò de donde eſtaba, y abriò la puerta, bien agena de la viſita que le venia. Entrò Liſarda, helòſe Ricardo, y Doña Clara empezò à pedirle de vezes los zelos, que poco antes la pedia de burlas. Iba Ricardo, no à ſatisfacer à Doña Clara, ſino à preguntar à ſu eſpoſa la cauſa de venir de aquella manera. Mas ella ſin querer oìrle, ni mirarle, con mayor modeſtia que pudo, aunque la ocaſion lo merecia, dixo à Doña Clara de eſta ſuerte:

No puedo negaros, hermoſa Dama, el ſuſto, el dolor, el ſentimiento con que vengo á vueſtra preſencia, porque quando yo quiſiera encubrirlo, como ſuelen hazer las que deſmienten por ſu decoro ſus propios afectos, mi color, mi pena, mi congoxa, mi turbacion, lo dixeran à vozes; pero para que no os alborote mi venida, yà que yo no puedo dexar de eſtarlo, que no es bien que cueſte una ingratitud mas de una vida, y que eſſa ſea la de una alma, que no la eſtima, porque no la vive; os advierto primeramente, que no vengo à quitaros el galàn que tan juſtamente os goza, y que vos debeis de querer por ſus muchas partes, quanto al cuerpo digo, que en lo demás no hizo el Cielo Cavallero tan falſo, tan mudable, ni tan engañoſo; y porque me diſculpeis á mi, y no le creais à èl eſcuchadme, ſino lo teneis á peſadumbre, y tomando una ſilla con mas ſuſpiros que razones, y con mas lagrimas que palabras, le refirió las finezas, los ruegos, y los papeles de Ricardo; y deſpues

iendose à èl, le dixo: Y no
eis, ingrato Cavallero, que
; quexas nacen de mi volun-
fino de mi honra, que como
s se avivan con los agravios,
ne desmayo con los zelos; y
de aqui adelante puede vues-
mor querer seguriſſimamen-
esta señora, que su merced es
linda, que para conmigo to-
disculpa. Lo que yo siento,
s que me dexeis por ella, que
o el amor suele proceder mas
i inclinacion de las Estrellas,
de la perfeccion de los meri-
ni el buscar à su merced es
o suyo, ni el dexarme por
puede ser descredito mio: an-
ien suele andar, como es cie-
in desalumbrada la voluntad,
quiere mas á quien lo merece
os. De lo que yo me quexo
le que ayais tratado con el
ino que à las mugeres co-
es engañandome (digo en las
ras) que en lo demàs, ni vos,
do el mundo fuera bastante.
lo que me consuela tambien
ue de punto noble he creìdo
ras mentiras, porque como
lombres de bien no pueden
adirse à que aya quien haga
nias en el mundo, assi las mu-
de mi calidad, como no sa-
s de estas ruìndades, no cree
que aya quien las imagine,
to mas quien las execute. Es-
vos à mi parecer muy ufa-
no, con averos burlado de mis fi-
nezas, como fino fuera mayor
ofensa para vos el tener mal trato
que para mi pensar, que como sois
Cavallero en la sangre, lo erades
tambien en las costumbres. Pero si
en mi ha sido culpa daros credito
yo me enmendarè de aqui ade-
lante con no miraros en mi vida à
la cara, de lo qual os doy palabra
delante de esta señora, á quien
prometo embiar mañana todos
los papeles que tengo vuestros
para que los junte con los suyos,
porque como en el reyno de la
voluntad no se consiente mas de
una corona, no pudiendo ser mia,
se la darè de muy buena gana à su
merced, pues por Dama, por lin-
da, y por vuestra merece muchas.

Dezia esto Lisarda con tan vi-
vos afectos, que por los ojos, co-
mo por vidrieras, se le divisaba el
sentimiento del alma, sin esperar
respuesta, ni disculpa de Ricardo,
que estaba pendiente de su boca,
abriò la puerta, y como jugador
quando ha perdido, que todo le
embaraza, tropezando en sus mis-
mas congoxas, salió à la calle sin
querer escuchar á Ricardo, que à
pesar de Doña Clara que le dete-
nia, salió trás ella como loco; pero
la obscuridad de la noche, y la
prisa de Lisarda, la desaparecie-
ron tan presto, que no pudo en-
contrar con ella; si bien [illegible]
la alcanzàra, no [illegible]
dalba

enojarla mas, que ay delitos cometidos tan claramente, que mas ofenden à quien los ha visto, el satisfacerlos, que el confessarlos. En tanto que Ricardo estaba pensando disculpas que escrivir á Lisarda, y resuelto à confessarla toda la verdad del sucesso, el principio del amor de Doña Clara, el deseo de apartarla de su compañia, y la traza de aquella noche, se hizo hora de que el Corregidor hiziesse lo que tenian concertado, assi por desahogarse de aquella carga, y porque participasse tambien Doña Clara de la pesadumbre que por su ocasion tenia, se bolviò con ella donde apenas entró mal recibido, porque abrasada de zelos, conociò por los estremos que Ricardo avia hecho, que adoraba à Lisarda, quando llamò à la puerta la Justicia. Entrò el Corregidor, y visitando toda la casa, y hallando juntos à Ricardo, y á Doña Clara, á quien tomò su confession à parte, la notificò, que al momento saliesse de la Ciudad, porque para esso quedaba à la puerta un coche de camino. Resistiòse al principio la zelosa Dama: mas viendo la resolucion del Juez, y que la amenazaba con mas violento castigo, pidiendole dos horas de termino para recoger sus joyas, y vestidos [illegible] diò con los ojos solamente [illegible] los zelos, à quien el Corregidor mandò llevar à su cas[illegible] dos guardas, y antes de la[illegible] de la mañana se halló Doña [illegible] de estotra parte de Malagò [illegible] gando à Madrid dentro de [illegible] dias, en cuya babilonia á [illegible] mera semana apenas se aco[illegible] de Ricardo. No lo passab[illegible] Lisarda, porque desde a[illegible] triste noche, melancolica, t[illegible] desesperada, no sabia que h[illegible] se, ni que dezirse en abono [illegible] falso amante, que quien an[illegible] veras, por tener disculpa [illegible] que ama, suele andar bus[illegible] salida à los mismos agravio[illegible] que los suyos eran tales, qu[illegible] pedian venganza que discu[illegible] como la cogió esta costosa [illegible] riencia de su desengaño so[illegible] miedos que siempre avia te[illegible] la varia condicion de los [illegible] bres, se determinó à no [illegible] bien à ninguno, y de cam[illegible] procurar aborrecerlos à t[illegible] unas vezes, se resolvia à en[illegible] en la clausura de un Con[illegible] para acabar su vida, y ve[illegible] por tan santo camino de la [illegible] ciones de Ricardo; y otra [illegible] randolo con menos pacienc[illegible] via sobre sì, dezia: Pues [illegible] cardo se queda en brazos [illegible] Dama, contento, ufano, [illegible] desvanecido, què vengan[illegible] ne à ser meterme entre do[illegible] des sin gusto, à tener una [illegible] tua muerte, que no medr[illegible]

:n toma estado, mas por tema, por eleccion? La venganza :a à mi parecer, que como yo i con Doña Clara, él me viera otro que mereciera tanto co- èl, pues por mucho que olvi- ın hombre, nunca se huelga ʼér en otros brazos lo que qui- ò lo que llegó à tener por su- y mas si el tenerlo fuè con tal tacion, que no passò de los de- . Si Ricardo me huviera go- o, no dudo que yà me abor- iera, que yà una gozada her- sura, trae la soga arrastrando a su desprecio. Pero estando á los principios, quien duda le pesará de perderme, y mas han quedado algunas cenizas aquella Troya? No se passa en que mi padre no me riña la eza que tengo en tomar esta- pues què dudo en vengarme, ı obedecerle? Diziendo que é la mano à un Cavallero, à :n le veo inclinado, cuyo nom- es D. Flugencio, grande ami- uyo de gentil talle, de mu- hazienda, y por tener ya cum- los treinta años, sossegado, y peligro de otros divertimien- : si bien es achaque tan ordi- io en los hombres, no conten- è con lo que tienē en su casa, ni bastan por freno las canas, años, y lo que mas es, el peli- de que las mugeres, ofendidas *sus descuydos, los imiten.* Y quando Don Flugencio haga como todos, que me viene á importar à mi, si me caso con èl, mas por razon de estado de mi colera, que por inclinacion de mi voluntad, antes bien desearè que sea galán de las casas agenas, para que á mi me dexe, pues esse breve tiempo que me viere libre de sus alhagos, tendrè de gusto para poder llorar mi poca ventura, que podrá ser que no lo sea, y que antes me salga bien la suerte; que el trato, la cama, y el matrimonio han hecho grandes milagros en el mundo. Pues què dudo? Què aguardo? Ni qué me detengo? Ricardo me ha ofendido en el alma, en el gusto, y en la correspondencia. Quien agravia no espere merced, ni buenas obras, que estamos en tiempo, que aun los beneficios no se agradecen. Qué pensó Ricardo, quando favorecido de mis ojos, y traydor á ellos se iba á tener toda la noche en otros brazos? La suerte está echada en favor de Don Flugencio, yo soy muger, y agraviada, y si vá á dezir verdad, no puede ser tanto el pesar, que puede darme un marido à disgusto por muchos años, como será el placer que tendrè de ver à Ricardo un dia siquiera, pesaroso de averme perdido.

Assi se quexaba Lisarda, resistiendo con valor algunas lagrimas, que porque no saliessen, andaba

daba repartiendolas por las entrañas. Ricardo en eſte tiempo eſcrivia papeles, ſolicitaba terceras, regalaba criadas, y á todos los de ſu caſa, y defuera de ella daba ſatisfacion de la culpa, que al parecer avia tenido. Pero como Liſarda eſtaba tan fuera de admitirlas, no ſe escuchaba á nadie, temeroſa de la facil condicion de las mugeres en llegando á oìr laſtimas, ó ruegos, porque como los oìdos tienen la puerta de cera, y las palabras del amor de fuego, ò los derriten, ò los ablandan. Vino ſu padre de la Corte, donde avia eſtado algunos dias, y como la bolvieſſe à rogar le ſacaſſe del cuydado con que vivia de darla eſtado, pues avia tantos que lo ſolicitaſſen; ella le reſpondiò, que como fueſſe con Don Flugencio, deſde luego podia diſponer de ſu perſona. Eſſo es lo que yo deſeo, la reſpondiò el viejo, dandola muchos abrazos, y deſpidiendoſe de ella, lo fue à tratar con el deſcuydado novio, que como lo deſeaba, dezir que ſi, concertarlo, hacerſe las eſcrituras, y ſacar las amoneſtaciones, todo fue uno. Y eſtando Ricardo en la Igleſia Mayor una mañana, oyò, en mitad de la Miſſa una de las publicaciones, que acaſo era la primera, en *que decia, que* Don Flugencio, y *Liſarda querian* contraer matri*monio, y ſi avia* quien ſupieſſe algun impedimento. Miraron à Ricardo, como parecien que èl podia ponerle: mas mulando quanto pudo, agu que ſe acabaſſe la Miſſa, y deſcolorido, precipitado ſal la Igleſia, y ſe fue en caſa d ſarda, à cuyas puertas no le ſino dár voces, para que ell ſus padres le preguntaſſen la ſion; pero ellos no quiſieron por entendidos, y ella diò a cias à quien le dixo de la ma que quedaba. En fin, el Cavallero puſo quantos m pudo, para que no paſſaſſe lante la coſtoſa venganza d ſarda; pero viendo que yá nia remedio, y que Don Fl cio ſe avia partido à la C comprar joyas correſpondie los meritos de ſu eſpoſa, ſe viò à poner tierra en medio, no hacer algun deſatino co ſe perdieſſe por toda ſu Conſultó eſte penſamiento ſus padres, que rezeloſos de yor deſdicha conſintieron auſencia; y aſſi, veſtido de l do, y azul enigma, bien cla ſus zelos, y de ſu triſteza, to do poſtas para ſalir mas ap paſsò á otro dia por la ca Liſarda, que llevada de la ſidad, por el ruido que veni ciendo los cavallos, ſe aſſo una ventana, à tiempo que do llegaba à ſu puerta. De

ſe entrambos con los afectos, aſſando Ricardo la calle, que- Liſarda arrepentida de ſu ri- tan necio, como coſtoſo para rambos: mas conſiderando : yà no tenia remedio, ſe de- minò á proſeguir, como lo hi- en ſu caſamiento. Pero dexe- s à Liſarda en Ciudad Real, cada de parabienes (que tam- n ſe dàn de lo que no ſe deſea) olvamos à Ricardo, que iba fuera de sì, que avia camina- veinte leguas, y aun no ſabia ſe iba: llevaba mil eſcudos pa- l viage, y cartas de creencia para Roma de todo el dinero que quiſieſſe. Llegò à Barcelona, à ſu parecer en pocos dias (que ſiempre camina mucho quien ca- mina de mala gana) y como ha- llaſſe buena ocaſion de embarcar- ſe, por eſtár de buelta para Ita- lia las Galeras del Gran Duque, previno ſu viage, aviſando de ſu ſalud à ſus padres, y à un grande amigo que tenia, á quien remitiò eſte Soneto que hizo antes de em- barcarſe, pintando en él ſu amor, ſu auſencia, y ſu poca eſperanza de remedio.

Sordo à los ecos de mi propio canto,
Eſcollo vivo en que la muerte via,
Perdì, Liſi, tu dulze compañia,
Que tanto pierde quien ofende tanto.
Al ſagrado del Mar me acojo en tanto
Que el fuego de mi amor ſu fuego enfria,
Aunque en mi llanto vér el mar podia,
Pues no puede aver mar, con mi llanto.
Temiendo, en fin, lo que por otros paſſa,
Mi muerte, en ondas de criſtal navego,
Por vèr ſi mudo amor, mudando caſa.
Pero què importa, què, navegar ciego,
Si và conmigo el fuego que me abraſa,
Y no puede aver agua à tanto fuego?

Diòſe Ricardo à conocer al leccion de algunos libros que com- tàn de la Galera, el qual tra- prò en Barcelona, yá tratando de ole con el reſpeto que ſu per- diverſas materias de eſtado, yá merecia, mandò acomodarle del exercicio de las armas, y yá camara de popa, donde iba de los dos Polos en que ſuſten- tiendo el tiempo, yá con la ta el ocio de la juventud, que ſon amor,

amor, y juego, que todo eſto es meneſter para olvidarſe del peligro á que ſe pone quien por la honra, ò por el interès entrega ſu vida à ſeis maderos embreados, que fueron quando nacieron, arboles en la tierra; y quando mueren, ſon apoſentos en el agua. Iba tambien acomodado junto á Ricardo otro Cavallero de tan buena ſuerte, que le obligò á reparar en èl, porque deſpues de merecerlo ſu talle, iba tan triſte, y penſativo, que le puſo deſeo de ſaber, ſi fueſſe poſſible, la cauſa de ſu melancolia; unas veces, miraba al Cielo; otras, ſuſpiraba; y otras, maldecia ſu contraria fortuna; y una noche de las muchas que le avia oìdo, en ocaſion que todos dormian, y ſolamente los dos velaban (que para los triſtes, no ay guſto, ſueño, ni deſcanſo) le dixo: Por cierto ſeñor mio, que me ha dado vueſtro deſaſoſſiego tanta peſadumbre, que à poder remediarle, aventuràra quanto ſoy por deſcanſaros; ſi bien, à mi parecer, no debe ſer dolor que eſtriva en fuerzas humanas, porque à tener alguna ſalida, no os afligiera tanto ſus penſamientos. Mas pues el camino ſuele dàr principio à grãdes amiſtades, os ſuplico me admitais en *la vueſtra*, para que yo os haga *relacion de mis* ſuceſſos, que por *dicha, ò por* deſdicha, ſon tan penoſos como los vueſtr vos me pagueis eſta peque ſonja en la miſma moned para que vaya à la parte vos en el ſentimiento, ò que ſiquiera con alguna fi eſperanza nos conſolemos a al otro.

Agradecido eſcuchò el Cavallero las corteſes razon Ricardo, à quien *reſpondi* rogò no ſe eſpantaſſe *de* ſu ñeza, porque todo lo que n quitarle la vida ſe hazia de ced, ſegun era *fuerte* la o que le atormentaba; y qu para que confeſſaſſe que ter zon, pues tenia guſto de eſcu le, y la quietud de la noch bidaba à qualquier divertim atendieſſe un rato à la ca ſus triſtezas; y luego, hac el prologo à ſu hiſtoria, c ſuſpiro empezò, dici*endo:*

Mi nombre es Enrique, n tria Barcelona, Cabeza del cipado de Cataluña, mi ca de los mas iluſtres, mi riqu las medianas, mis años tre quatro, ſin numero mis deſd Eſta es en ſuma la relacion nobleza, de mi patria, y fortuna. Vivia pared en me mi caſa una ſeñora, à quien que nacì quiſe, ma! dixe, a que mas es que amar no te da mientras no la via. Era dre grande amigo del mio

primeros años; y assi, era
ra comunicacion forzosa, sin
de los vecinos, ni escandalo
os embidiosos. No quiero
r el tiempo en referir las fi-
s, las palabras, y los estre-
con que nos correspondia-
, porque esto fuera cansa-
y cansarme, sirviendome
uevo martirio la memoria de
ucho que me debió Doña
ania (assi se llama el dueño
is penas) y la ingratitud con
me ha pagado. Basta decir,
eramos niños entrambos, el
r grande, su hermosura mu-
y ocasion no poca, pues con
nission de nuestros padres nos
ios à todas horas, los quales
do por las señas exteriores
tro deseo, acabaron de con-
ar su amistad, juntando estas
cosas, y sacandonos dentro
ocos dias, que por estarlo yà
a voluntad desde que naci-
no fue novedad para el al-
fino confirmacion de su pro-
. Quien dice que con el ma-
onio se quita el amor, no de-
le hablar de los que se casan
ndole, porque antes con el
crece. Yo, à lo menos, obli-
on tengo de confessar esta
ad, porque lleguè à probar
fectos con la experiencia, que
l argumento de mas fuerza,
ado á mi esposa de manera
iera à Dios no huviera sido

tanto) que si el amor se perdiera,
se hallára en su corazon, y en el
mio. Diez años gocé de su com-
pañia, sin que en todos ellos el
menor disgusto fuesse tirano eclip-
se nuestro sossiego. Diez años
fui el marido mas dichoso que ha
nacido en el mundo. Nuestra ha-
cienda, juntando la suya con la
mia, era tanta, que no podia lle-
gar su deseo à mi liberalidad; la
obstentacion conforme á la rique-
za, y el gusto con que nos queria-
mos, tanto, que nunca parecimos
mas galàn, y dama, que quando
eramos marido, y muger. Quien
pensàra, Ricardo, que con todas
estas circunstancias de amor (ver-
guenza tengo de imaginarlo) Es-
tefania me ofendiesse en la vida,
en la honra, y en la voluntad?
Quiẽ pensára que intentasse man-
char su honesto lecho, gozando
la caricia de otros brazos, yà que
no en la execucion, por lo menos
en el pensamiento, pues tal vez
llegò à desearlo? Y quien pensá-
ra que yo, siendo quien soy, lo
llegasse à decir, sin que el dolor
de la afrenta me quitasse la vida?
No quiero yo, Ricardo, ni me lo
consentirà mi nobleza hablar mal
del honor de las mugeres, que, en
fin, las debemos el aver nacido de
ellas con riesgo de su vida al na-
cer, y despues con trabajo de su
persona al criarnos. Pero dexan-
do estas naturales deudas à parte

y tratando de la firmeza que deben tener, y algunas tienen: què confianza, decidme, puede aver que duerma segura de sus traìciones? Si Estefania, que me adora, olvida mi amor, desprecia su recato, y solicita mi deshonra, si lo puede ser para un hombre, la culpa, que ni vè, ni consiente, ni està en su mano? Mas bolviendo al principal sucesso, digo, que viendome con un hermoso hijo, que nos dió el Cielo, me determiné, para dexarle con algun aumẽto en la calidad, yà que en la hacienda no podia, partirme à la Corte, con animo de pretender, en premio de los servicios de mis abuelos, con su Magestad algun Abito, ò Titulo que mejorasse el mayorazgo de mi casa para adelante. Consultè con mi esposa este pensamiento; y si bien ella deseaba darme gusto, en llegando à dezirla que avia de ausentarme, era tanto su sentimiento, que me hazia arrepentir de averlo imaginado. Mas viendo que importaba à nuestra nobleza, y sobre todo, que yo lo deseaba, templò las lagrimas, y me diò licencia para quinze dias, que como no conocia la Corte, pensò que bastaria este termino para mi pretension. Salì, en efeto, de Barcelona, y con toda brevedad llegué à la insigne Villa de Madrid, esfera del mayor Planeta, que alumbra el mundo, y empezé à disponè cosas con tanta facilidad, parece que la fortuna avia sultado el deseo de Estefani qual en todas las cartas no m gaba, sino que abreviasse m tida, dexando encomendada diligencias que faltassen á al persona, que por el interès dasse de solicitarlas. Quien esto no creyera que me ado siendo Estefania noble, rica, y que muger, muger mia, y q avia casado enamorada? quien ignora que los peligr la ausencia son grandes, dis tiene para su agravio, pero n ra su ignorancia. El entendi to, Ricardo, no propone á luntad, sino es lo que con con la memoria: la memo potencia tan ruin, que solo ne de lo que vèn los ojos; lo no viendo, no proponen al e dimiento; el entendimiento, tando objeto, no obra; y la luntad sin entendimiento, no ni puede; de manera, que vi ser casi lo mismo apartarse brazos de una muger, que p la por todo aquel tiempo q se vé. Esto puntualmente n cediò con Estefania, ausen sintiò algunos dias, consolò vidòme, y una vez olvida mi, olvidòse de su honor, sèr, y de su compostura. V es, que me rogaba en to

tas, que me fueſſe. Pero quien
la, que ſeria por cumplir con-
;o? O lo que es mas cierto, por
:r, quando yo iba, para guar-
ſe de mis rigores. Mas como
:dieſſe que ſu Mageſtad, aten-
los ſervicios que mis paſſados
in hecho à la Corona, me hon-
e con la merced de un Abito
Santiago, deſpues de averle
ido la mano, dexando dos cria-
que le ſolicitaſſen el deſpacho
as informaciones, me partì por
oſta para Barcelona, y dentro
:res dias (tal fue mi diligen-
, me hallé quatro leguas de
caſa, ſi bien por ſer yà anoche-
o, y levantarſe de repente una
razca de granizo, y ayre, tal,
: mas parecia temeridad, que
:za, paſſar adelante; mas me re-
ì à quedar en una caſeria que
ba algo apartada del camino,
lando haciendo hora para ce-
, y deſcanſar de las malas no-
s que avia paſſado, entrò en
rocin de campo un Cavallero,
en el trage daba à entender
venia de caza, tan mojado,
me obligó, ſin conocerle, à
idar à mis criados que le ayu-
en à deſnudar, para que ſe
igaſſe: Y viendo que en el
:, en la corteſia, y en el
lo, daba à entender ſer per-
a de calidad, le roguè me
eſſe compañia en la meſa,
ue ſe dexaſſe aposentar en
mi proprio quarto. Agradeciò-
lo Federico (que aſſi dixo que ſe
llamaba) y deſpues de aver cena-
do, mientras ſe hazia hora de acoſ-
tarnos, diſcurrimos ſobre varias
materias, moſtrando en todo un
lucido ingenio, ſin afectacion, ni
melindre. Y como el centro de los
mozos ſea el amor, empezamos à
referir cada uno algunos ſuceſſos
propios, y agenos: con que deſ-
pedidos de la lumbre, nos entra-
mos à recoger. Y como me dixeſ-
ſe un criado que me deſnudaba:
mejor noche penſò tener V. md.
con mi ſeñora: reſpondiò Federi-
co, laſtimado tambien de ſu poca
ſuerte. A todos alcanza eſſa deſ-
dicha, porque todos penſamos
tenerla buena; pero la fortuna to-
do lo baxa: pues quando, como
otras noches, imaginé tener el la-
do de un Angel, me he hallado
entre peñas, y arroyos, donde à
no hallar eſta caſeria, y en ella el
amparo del ſeñor Don Enrique,
lo paſsàra infelizmente. La noche
es tal, replique yo entonces, bien
ageno de mi deshonra, que tam-
bien avrà ſido deſdicha para eſſa
dama. Quando no fuera por ſu
hermoſura, reſpondió el inadver-
tido Cavallero, por la influencia
de ſu nombre, parece que tiene
obligacion à ſer deſdichada. No
repararon los criados en el myſte-
rio de ſus razones; y aſſi, por no
apurarle delante de ellos, luego

que nos dexaron ſolos, le dixe con una curioſidad tan impertinente, como malicioſa, que no entendia que huvieſſe nombre de Eſpaña, por ſer nombre de Santos, que influye deſdicha en quien le tuvieſſe. A eſto me reſpondiò, que deſde que en Caſtilla huvo una Dama, llamada Eſtefania, à quien matò ſu eſpoſo, por engaño de una criada, ſin averle ofendido aun con el penſamiento, ſe tenia por atributo vulgar de las Eſtefanias, el ſer deſdichadas, ſolo por tener el nombre de aquella, que lo fue tanto. Segun eſſo, Eſtefania ſe llamaba vueſtra dama, repliquè yo algo alterado; y èl reſpondiò: Aviendo dicho lo primero, diſparate fuera negaros lo ſegundo. Y deſpidiendoſe de mi, à peticion del ſueño que le importunaba, ſe bolvió del otro lado, y yo quedè no muy contento; porque ſin poder reſiſtir à una villana ſoſpecha unas veces me conſolaba, y otras me ofendia. Finalmente, me reſolvì à penſar que era loco en imaginar coſa alguna contra el honor de Eſtefania, que en mi opinion era mas que el Sol puro, limpio, y reſplandeciente, perſuadiendome que en la Ciudad avria otras de aquel nombre, que ya que no en la honeſtidad, ſe parecieron á mi eſpoſa en el apellido. Apenas, pues, el Aurora, que al libro del dia ſirve de prologo, y de principio, alumbrada con mec los montes, y los valles, do di à Federico los bueno preguntandole ſi queria tarſe, para que entraſſen Barcelona antes de medio como me dixeſſe que le im ba entrar anochecido, y q podia irme ſolo, que deſpu avia de buſcar en Barcelon à decir verdad, por ſalir crupulo, que tenia, le reſp que tambien me queria q con él, haſta la tarde, atrit do à corteſia, y aficion lo q duda, ſobreſalto, y rezelo. mos à los miſmos lances de ſada, que es donde dobla hoja, y yo bolvi à ofrecer muy ſuyo, rogandole q mandaſſe: y ſi acaſo la caſa entraba era de peligro, l conſigo mi perſona, que c zirle que era Cavallero, le todo lo que debia hacer, q la ocaſion ſe ofrecieſſe. An caſa, me reſpondiò, donde ſi tengo peligro, porque a he eſtado muchas noches no sé que caſa ſea, porque he viſto la calle, ni me h lugar el recato de ſu dueño pueda vèr las paredes por ra. Coſas ſon eſſas, repliq que ſi ſon como vos referis ce que ſe contradizen; po aveis entrado dentro much cera como dezis que no a

i calle, ni la caſa? Y ſino la
s viſto, como aſſegurais el
: entrado? Pues para que no
arezca tan impoſſible, reſpon-
:ntonces, eſcuchad, y vereis
ie traza el ingenio de una mu-
,quando quiere que no ſe en-
dan tus flaquezas. Yo eſtava
tarde en la Calle Mayor, con-
ando un corte de jubon, y lle-
ina Dama à comprar ciertas
rias, que aunque tapada, al
cipio, no lo eſtuvo tanto, que
leſcubrieſſe al apartar del roſ-
a nube de ſeda, la mayor her-
ura, que á mi parecer he viſ-
lleguè con la corteſia que de-
tener los hombres de porte,
icandola tomaſſe quanto qui-
e, ſin mas interès, que querer-
omar. Bolvi[illegible] à una criada,
o riendoſe de mis palabras,
mo eſtrañando mi liberalidad
ſer coſa que no ſe uſa: porque
ara dàr los hombres, me pa-
que es meneſter, ó que les pa-
primero, ò que les hagan eſ-
ira de que no ſe quedaràn con
Hablè con ella un rato, y en
vino à dezirme, que la agra-
mi perſona, mas que por li-
dad, por una ſecreta inclina-
,que la obligò à amarme deſ-
l punto que llegò à verme:
como las almas no ſon hom-
,ni mugeres, tambien las mu-
s aman de repente, como los
bres, y que aſſi con condi-
cion que no la ſiguieſſe, porque
era muger de mas obligaciones
que imaginaba, me aguardaria à
otro dia en el paſſeo de la marina.
Yo os confieſſo, que imaginè al
principio, que era engañoſa traza
para eſtorvarme que ſupieſſe ſu
caſa; pero llegandoſe el plazo ſe-
ñalado, apenas lleguè al paſſeo,
quando por el coche conocì el
hermoſo Sol que iba dentro: y
apeandoſe con bizarro donayre,
para eſtár mas libres, y mas ſolos,
fletamos un bareo, y nos alexamos
de la ribera, encareciendo ella ſu
amor, y diziendome muchas ve-
zes, que quiſiera tener eſtado, pa-
ra poder diſponer de ſu belleza; y
yo agradecido à tantos favores,
prometiendola no querer mas que
lo que fueſſe ſu guſto, aunque per-
diera el mio muchas ocaſiones.
Continuaronſe las viſitas por eſte
camino, ſirviendonos los mas dias
de eſtrado el verde tapete de las
flores, y de ſillas las oloroſas eſ-
meraldas de la yerva. Y una tar-
de que la hallé mas reſuelta en
amarme, ſi bien el verme con ojos
de foraſtero, la entibiaba, y dete-
nia, la roguè, mas con animo de
ſaber ſu calidad, que de tomarme
mayores licencias, trazaſſe de ma-
nera el vernos, pues tenia ingenio
para todo, que no la coſtaſſe el ſa-
lir de ſu caſa, pues yendo yo à
ella, ſe venian à eſcuſar todos
aquellos paſſos. Eſtrañolo al prin-

cipio; pero como yà me queria, y para quien ama no ay nada dificultoſo, me reſpondiò, que ella lo haria; mas con tal, que ni me atreviеſſe à ofẽder ſu recato, ni ſupieſſe en la caſa que entraba, temeroſa quizà de que no me alabaſſe à otro dia (como algunos hazen) de lo que avia paſſado en ſu aposento. Prometila cumplir de mi parte lo primero, que era lo que à mi parecer eſtaba en mi mano; y para lo ſegundo diò orden, que à las diez de la noche, eſtando yo en aquel miſmo pueſto, vinieſſe la criada con una ſilla que traìan dos eſclavos; la qual obedeciendo en todo à ſu ſeñora, luego que me conociò me dixo, que entraſſe en ella, y fueſſe donde me llevaſſen. Hizelo aſſi, y cerrandome muy bien por defuera, quando menos imaginè me hallè en una rica, y eſpacioſa ſala, adornada de paños flamencos, braſeros de plata, eſcritorios de marfil, y pinturas de mucho precio. Saliò luego la hermoſa cauſa de mis deſvelos, en cuya caſa eſtuve ſaliendo, y entrando muchas vezes con eſte artificio, ſin tener animo para atreverme à mas que mirarla, que ay mugeres de tanta compoſtura, que aun en las ocaſiones donde es permitido el deſenfado, ſe hazen *reſpetar ſolamente* con bolver los *ojos. En eſte eſtado* he tenido mi *amor eſtos dias, haſta* que la pof- trera noche que eſtuve cor preguntandola el fin que pe tener en tanto recato, ſien Tantalo de ſu hermoſura, p tiò para eſta noche decl conmigo: y ſi en lo que ten terminado la reſpondieſſe propoſito, hacer por mi qua ra traveſura. Sali con eſto a gozoſiſſimo con la eſperanz me daban ſus amoroſas razo como por divertir las hora dia (que para quien aguar noche ſiempre ſon largas) r lieſſe al campo, *llevado* de ble aficion de la caza (diſcu deleyte para los hombres gun brio) me alexé tanto, q halló la noche en el campo do tan aſpera, y tempeſtuoſ eſperando el cavallo con l lampagos, y truenos, no quiſ ſar deſta caſeria, donde entr mo viſteys, quando *penſé eſtà* zando los brazos de Doña *E* nia; que aunque de ſu boca que ſea eſte ſu nombre, ſalien otra noche de ſu caſa, oì qu guntando un hombre quien en ella, le reſpondiò otro acaſo acertò á eſtàr à la p que una Dama deſte nombr lo qual colijo, que ſin duda ſeñora de aquella caſa, y j mente que ſe llama D. Eſte

Puſo Federico fin con ſu relacion, y yo quedè c miſma duda, porque todas

ãzones eran equivocas, y po-
ſervir à otro deſdichado; pe-
ſe diò tanta prieſſa en con-
ſus glorias por menudo, que
las ſeñas q̃ daba de la caſa, aſſi
amas, eſcritorios, y colgadu-
y ſobre todo, encareciendo
nos lienzos particulares que
engo, por ſer aficionado à la
ura de Ticiano, del Baſſan,
Mudo, y de Alberto Dureto,
ros inſignes Pintores, vine à
ocer que mi caſa era la ofen-
, y yo el mas deſdichado de
ntos han nacido. Y aſſi, diſſi-
ando lo mas que pude, à coſa
as dos de la tarde nos puſimos
vallo, y empezamos à cami-
él refiriendo los guſtos que le
raban, ſiendo cada razon un
al para mi honra, y yo buſ-
lo ſitio à propoſito para darle
uerte: y mandando á los dos
dos que yo llevaba, ſe adelan-
n para ganar las albricias de
nfame eſpoſa, al atraveſar un
ue tan eſpeſo, y cubierto de
les, que el Sol por diligencia
hizo, nunca pudo vèr la cara
chas flores, que avian creci-
ſin aver meneſter ſus rayos,
nquè de la eſpada, y antes de
rme, le di por los pechos tan
e herida, que mas con el gol-
ue con la colera, cayò en el
, donde le di tantas heridas,
dentro de breve rato ſe rin-
à *mis pies, pidiendome por*
dos horas preſtada la vida para
confeſſarſe, y pedir al Cielo per-
don de ſus culpas, porque à mi no
tenia de què, pues ni me conocia,
ni ſabia por què uſaba con èl
aquella temeridad. Yo entonces,
viendo que era demaſiado rigor
acabar de matarle, pudiendo en
aquel breve rato darle lugar, para
que ya que no el cuerpo, el alma
ſe reſtauraſſe, le dexè vivo, que
una coſa es eſtàr colerico, y otra
ſer Chriſtiano. Como ofendido, y
Cavallero, parece que tenia obli-
gacion de matarle; pero como Ca-
tholico, la tuve de ſuſpender el
brazo para que ſe ſalvaſſe, que
no dexar confeſſar al que muere,
es hacer gala de la impiedad, y
endurecer el corazon de Dios, pa-
ra que no le perdone quando lo
pida miſericordia. Viendo, pues,
que venia gente, por no ſer deſ-
cubierto, ſubi à cavallo, y empe-
zè à diſcurrir ſobre lo que avia de
hacer de alli adelante; y advirtien-
do, que matar à mi eſpoſa, era ha-
cer mas publica mi infamia, pues
lo que avia ſido penſamiento ſo-
lo, avia de penſar toda la Ciudad,
que era ofenſa ya executada, con
que perdian nueſtras caſas de ſu
antiguo luſtre, me pareciò mejor
acuerdo, para vengarme de ſus
penſamientos injuſtos, caſtigarla
en no verla en toda mi vida; y
con eſta determinacion alcanzè
en breve tiempo (que quien huye

camina mucho) à mis criados, à quien dixe, que ſobre una porfia de poca importancia, aviamos llegado aquel Cavallero, y yo à tan peſadas palabras, que huvimos de ſacar los azeros, en cuya pendencia quedaba muerto; y que aſſi era fuerza no darnos à conocer en Barcelona de nadie, porque lo demàs era ponerme en manos de mayor peligro, por ſer el muerto hombre de mucha importancia, ſegun me avian referido. Y como antes de entrar en Barcelona, tuvieſſe nuevas de que las Galeras eſtaban de partida, me embarqué con todo ſecreto en eſta, por ſer el Capitan el mayor amigo que tuve en mis mocedades, y à quien de nuevo eſtoy reconocido, por averme dado en vos tan buen compañero. Mirad aora ſi mis deſdichas ſon bien grandes, pues me obligan adorando en mi eſpoſa à no verla, por ſer quien ſoy, ſujeto à que cada uno pienſe de mi falta como quiſiere: ſi bien à mi parecer, imaginaràn, que algun vandolero, por aver tantos en eſta tierra, me ha quitado la vida en el camino. Pluguiera á Dios que aſſi huviera ſido, ò que fuera un hombre comun, que no tuviera el duelo de ſu honra tan eſcrito en el alma, para quedarme en *mi patria*, y en mi regalo; mas ſoy *por mi deſdicha*, en eſta parte tan *eſcrupuloſo*, que en acordandome que por parte de la voluntad mi eſpoſa, eſtuvo algun tien manchado aquel decoro que bia guardarme, me peſa de aver hecho con ella lo miſmo con Federico.

Admirado, y con razon, qu Ricardo de la peregrina hiſto de Don Enrique; y pagandole fineza de averle dado parte de deſdichas, con referirle muy eſpacio las ſuyas, ſe promet muy buen viage, llegando à Na les con toda la brevedad poſſib y aviendo viſto en aquella her ſiſſima Ciudad las coſas mas in nes que contiene ſu dilatado e cio, pues ay calle que es mene medio dia para atraveſſarla, pa ron por Civita Vieja á Ro donde Ricardo pidiò con las c tas que traìa mil eſcudos; y d pues de beſar el pie à ſu Santid y aver viſto Puentes, Caſtillos, tatuas, Viñas, Calles, Templos las, Jardines, Palacios, Mont Baños, Puertas, Sepulcros, Ca llos de marmol, Colunas, Arc Teatros, Plazas, y Coliſeo, d de ſe dize caben ciento y nove mil perſonas; ſe determinaron dos amigos de vèr á toda It gaſtando en eſta peregrinac dos años; y al cabo de ellos, tando una mañana en Milàn, vado Don Enrique del amor, aunque injuſto, tenia á ſu eſp por averſele pegado de la

el hacer verſos, que no paſſaban de razonables, eſcrivió eſte Epigrama, pintando el dolor de ſu agravio quizà por acordarſe de Eſtefania, y de ſu hermoſura, que quien ama de corazon, ni con las ofenſas ſe entibia, ni con la auſencia ſe conſuela.

Hiere el rayo en un tronco, mas la herida
Es tan ſutil, para que no ſe altere,
Que aunque en el alma todo el tronco muere,
Apenas la corteza queda hendida.
Aſſi mi eſpoſa, barbara homicida,
No cuerpo, el alma ſi, matarme quiere,
Pues ſin herirme, el corazon me hiere,
Dexandome cadaver de mi vida.
Siendo el alma incorporea, como bella,
No pudiera matarla el golpe fuerte,
Que à lo inmorral la eſpada no atropella.
Pero ſiendo el dolor (ò dura ſuerte!)
Inviſible, y eterno como ella,
Sin azero la pudo dàr la muerte.

Por cierto (dixo Ricardo, viendo à ſu amigo tan laſtimado) que vos errays mi parecer, en no bolver à vueſtra patria, y en ella à los brazos de vueſtra eſpoſa; ſupueſto, que tarde, ò temprano ha de venir à ſer, porque ſiendo quien ſoys, no es poſſible encubriros ſiempre, y en ſabiendoſe que eſtays vivo, es fuerza bolver con quien adorays, porque lo demàs fuera haceros ſoſpechoſo en lo que eſtà tan ſecreto, que ſolamente el Cielo, vos, y yo lo ſabemos. Y ſi la mayor dificultad que en eſto puede aver, es el veros ofendido de Federico, y de Eſtefania, *què mayor venganza*, que averle quitado à èl la vida porque lo intentò, y no averla viſto à ella en dos años, por lo que llegò á imaginar? Fuera de que eſſo de los penſamientos, no corre con los hombres como con Dios. Para la Divina Juſticia, verdad es que no tiene mas circunſtancia cometer el delito, que querer cometerle; pero para con el mundo ſi, pues nunca aveys viſto caſtigar à nadie porque deſeò matar, ſino porque mató; porque à caſtigarſe penſamientos, quien ſe libra en el mundo de tenerlos malos en todo genero de delito? El amigo, ſiempre con capa de lo que es, deſea (hablando ſegun el ordinario eſ-

de proceder de la humana flaqueza) la muger de ſu amigo; el hijo ſegundo, la muerte del mayorazgo; el embidioſo, procura la ruina del privado; el preſo, quiſiera cada noche matar al Alcayde; el pobre hurta en ſu imaginacion al rico; el zeloſo, conſidera bañado el eſtoque en la ſangre de ſu competidor; el pleyte ante ſe determina á buſcar teſtigos falſos, para la juſtificacion de la cauſa; el caſado, pone los ojos en ſu vecina; y el ſoltero, en todas las que encuentra, ſin que para ninguno de eſtos aya caſtigo humano, que como pecan de parte de adentro, y Dios ſolamente es el Juez de los corazones, à él ſolo ſe remiten todas eſtas cauſas. Pues ſi para con el mundo no eſtais ofendido, ni para con vueſtra eſpoſa tampoco, porque ella no puede ſaber que vos ayais ſabido aqueſtas coſas; què duelo, ni que deſvarios os tiene ageno de vos, de vueſtro guſto, y de vueſtra patria? Intentò ofenderos Doña Eſtefania, aunque yo no lo tengo por cierto, porque el que lo dixo, no diò fianzas de no poder mentir; pero demos caſo que fueſſe verdad, qué marido ay en el mundo, que ſe libre de penſamientos, aſſi de los que vèn à ſu muger, como de los que ella *puede tener* viendo otros hombres? Y ſino, decidme por vueſtra vida, què muger ay, que

quando ſale de ſu caſa, prenda lo mejor que puede, neciendo las manos de diam la garganta de perlas, la c de rizos, y el pecho de Pues eſto, con que animo es à caſo de parecer bien à quantos la miraren? Que eſ agradar à los ojos de ſu m es diſculpa honeſta de ſu r porque haſta oy, por mar avrà avido muger, que para de caſa ſe acordaſſe de ſu ma Y pruebaſe ſer eſto verdad que quando buelve à *ella*, ſolo ſu marido la vé, ſe qu galas, dobla los veſtidos, cierra las joyas, y con todc ni los maridos ſe dàn por viados, ni ellas ſe tienen pc padas. Enrique, yo os trat dad como amigo, y como deſea vueſtra quietud; el miento es tan ſutil, que *tene* conſentirle, es todo un pe miento. Intentar ofender e materia, no es ofender, y quando el intento no es pu para nadie; y quando lo quien lo intentò, eſtà muer ella, ſin marido dos años; què mas venganza quereis trambos?

No pudo â tantas fuertes nes reſiſtirſe Enrique, que lo deſeava, aun le parecieron fuertes. Y como tambien D do deſeaſſe bolver á Eſpañ

vivir entre ſus padres, amigos, y deudos, y vèr à Liſarda, aunque la vieſſe agena, cuyo amor, à peſar de la auſencia, ſe eſtaba en la miſma fuerza, trataron de partirſe con toda priſa; y aſſi deſpedidos de Milàn, ſe embarcaron con favorable viento, ſi bien dentro de dos dias ſe levantò una tempeſtad tan peligroſa, que caſi ſe vieron à las puertas de la muerte. Y como ſomos tan malos, que para acordarnos del Cielo, hemos meneſter tener peligros, y trabajos (que quizá por eſto nos los debe de embiar) Enrique prometiò à la Virgen de Monſerrate verla en ſu Caſa, antes de otra viſita, ſi los libraba de aquel naufragio; y como es el Cielo tan piadoſo, que es lo miſmo pedirle el hombre, que otorgarle quanto le pide, y mas llevando por interceſſora à la Soberana Reyna de los Angeles; apenas hizo la promeſſa, quando el Mar ſe ſoſſegò, el viento templò ſu ira, y la Galera bolviò à cobrarſe de la paſſada temeridad con tanta dicha, que dentro de muy pocos dias ſe hallaron à la viſta de Barcelona, donde ſin detenerſe un punto Ricardo, y Enrique con ſus dos criados, tomaron cavallos, y ſe fueron à Monſerrate, cuya Aurora viſitaron, y dieron mil devotos agradecimiẽtos; y luego, en tanto que era hora de recogerſe, à una caſa que eſtaba cerca del Monaſterio, ſe fueron à vèr deſde lo mas alto aquel ſobervio, ſi natural edificio de la naturaleza. Yo aſſeguro (dixo Don Enrique, viendo à Ricardo admirado de vèr ſu hermoſa peſadumbre) que aveis dicho entre vos miſmo, que es grande ocaſion para un Poeta, porque en la diferencia de las pinturas podrà galanamẽte bizarrear el ingenio. Si es (reſpondiò Ricardo) y tomando la pluma à la mañana, eſcriviò eſtas Canciones, que luego refirió à ſu amigo.

Yaze à la viſta yà de Barcelona
Monſerrate, Gigante argonizado
De riſcos, cuya toſca peſadumbre
Con los primeros Cielos ſe eſlabona;
Porque tan alto eſtà, tan levantado,
Que deſde los eſtremos de ſu cumbre,
Por tema, ò por coſtumbre,
A la Ciudad del frio
Pareciò que el rocio
Antes quiere chupar, que caiga al ſuelo.

Y deſpues eſcalando el quarto Cielo,
Porque el primer lugar ha lo muy frio,
Empina la garganta macilenta,
Y à la region del fuego ſe calienta.
De terſa plata ſu faldon guarnece,
En cambio de la ſombra que le ha dado
El Rio Lobregat, que al vèr ſu valle,
Flecha de vidrio, ù de criſtal parece,
Pues ſiete leguas corre amenazado
De la ariſca, y barbara muralla;
Y huyendo al Mar, ſe encalla,
En ſu maquina inmenſa,
Como à pedir defenſa,
Porque teme tal vez que ſe alborote
Vn riſco que la mira con capote,
Quizà enfadado, por ſi acaſo pienſa,
Quando eſcrive en las ondas ſu reflexo,
Que para tanto monte, es corto eſpejo.
Aqui le ſirve una robuſta peña
De taxador á un lobo que arrogante
Quitò à la madre un recental del pecho,
Y en las alforjas de la inculta breña
Siendo ſu boca el plato, y el trinchante,
Le traga ſin maſcar, à ſu deſpecho;
Y alli deſde un repecho,
Que quiſo ſer peñaſco,
Veſtido de damaſco,
Baxa el Lagarto, que la cola ondea,
Y como arroyo verde ſe paſſea,
Azotando las matas de un carraſco,
Haſta que el ſilvo de ſu dama eſcucha,
Corriendo en poco ſalto tierra mucha.
Del Sol aqui al Oriente,
Tanto eſquadron deſciende de ganado,
Que arraſtrando la lana por la tierra,
Encanece la ſierra de repente:
Nace un Ternerillo remendado,
Que á dos meſes retoza la Bezerra.

Y apenas en la tierra
Con un blando gemido
Eſtampa el piè partido
Quando la eſcarcha lame matutina,
Y ſin ayuda, ni andador camina,
Conociendo à la madre en el veſtido,
Cuyos calientes pechos goloſea,
Y las dulzuras bebe de Amaltea.
En un arbol copado, aunque ſin hoja,
Larga de cuello, ſi de cola breve,
Dá calor la Cigueña à quatro huevos
Y enfrente un Cuervo obſcuro ſe congoxa
De vèr los hijos como blanca nieve,
Aunque de tinta ſon à veinte Febos:
Dos Toros yà mancebos
Por otra parte gimen,
Y de la afrenta eſgrimen,
Colericos, zeloſos, y ofendidos,
Del marfil los eſtoques retorcidos,
Haſta que con el miedo ſe reprimen
De una Tigre bordada, que arrogante
De ſu cueba ſaliò para montante.
Engendra el Sol frontales en los riſcos,
Haciendo fuerza al eſcabroſo vientre,
Por tomar con el monte parenteſco;
Y á peſar de los cantos, y pedriſcos,
Aunque deſpues toda una gruta encuentre,
Rompe el arado el ſuelo ſiempre freſco:
Por el dulze refreſco
Que toba de la nieve,
Con que la tierra bebe,
Siendo ſus poros ſimulada boca,
La vida que la anima, y la proboca,
A que ſe dexa abrir del hierro aleve,
Donde los granos, que en ſu ſeno abriga
Conceptos ſon de la futura eſpiga.
Tiene la ſabia Abeja en la abertura
Concaba de eſte palido edificio,

Su republica, afrenta de la nueſtra:
Qual deſterrar al Zangano procura,
Por ocioſo, y ſuperfluo en el oficio:
Y qual anciana, diligente, y dieſtra
A las novicias mueſtra
Como han de hacer la carga,
Yà de la flor amarga,
Yà de la vid, y yà de la lenteja,
Fabrica los panales la mas vieja:
Vna coge la flor, otra la carga,
Preſide el Rey, la cera ſe deſcuelga,
La miel huele à tomillo, y nadie huelga.
Alli un marchito valle de eſte yermo,
Seco de ſed, por mil abiertas bocas
Agua pide à las peñas, y los riſcos;
Y aqui viene à rogarle un Monge enfermo,
Si bien à tanta ſed ſon gotas pocas
Pues no ay para mojar quatro lentiſcos:
Los roſales (ariſcos
Por ſus pardas eſpinas)
Para las clavellinas,
Que eſtán en embrion, ruegan al Monge,
Que por los pies la tierra les eſponje,
Y èl atento à las vozes campeſinas,
A la redonda noria pone el bruto,
Y en agua baña quanto mira enjuto.
En la taza de un alamo frondoſo,
Hace una Tortolilla mil plegarias
Por el galàn, que fuè ſu amor primero,
Trina un Pardillo aqui mas venturoſo,
Y à la vihuela de colores varias,
Ramillete con voz llega un gilguero,
Y luego liſongero
Al faciſtol de un pino
El Ruyſeñor divino,
Con ſu dulze conſorte ſe gorgea,
A quien ella tambien contrapuntea,
Siendo un Canario que ſe hallò vecino,

De eſta capilla lyrica maeſtro,
Sino por mas ſuave, por mas dieſtro.
Al ruido de la muſica, y la ſieſta,
Vn Ermitaño ſe levanta inquieto,
Y ſale de la cueba deſgreñada,
En cuyo prado eſtomago ſe acueſta;
Y ciñendo un cordon al eſqueleto,
Y ordenando la barba enmarañada,
A la primer piſada,
Con fervoroſo zelo
Le dà gracias al Cielo
De aver amanecido, y merecido
Ver de otro Sol el curſo repetido;
Y luego và á lavarſe à un arroyuelo;
Que Faetonte de vidrio ſe deſpeña,
Siendo nieto de un riſco, y de una peña.
A queſto es Monſerrate, quanto al monte,
Que de la viſta es miedo pretendido,
Y del Cielo depoſito ſagrado,
Pues preſide en ſu rigido Orizonte
El Aurora, que al Sol recien nacido
Viò de ſus pechos en Belén colgados:
Aqui el candor roſado,
Aqui la luz del dia,
Aqui el Sol de Maria
Alvergue tiene en barbaros terrones;
Si yà no vive en tantos corazones
Como á ſu caſa viene cada dia
Con anſia, con amor, con fee, con zelo,
A ver la luz, el Alva, el Sol, y el Cielo.
Canſion no te remontes,
Ni à los Cielos te paſſes de los montes;
Que para el riſco ſolo
Mi pluma baſta, aunque ſin ſer de Apolo,
Mas para tanta luz, y Cielo tanto,
Aun es muy poca voz, la voz de un Santo.

Mucho acreditaron à Ricardo eſtas canciones con Don Enrique, porque fuera de eſtàr eſcritas con gala, y eſpiritu de Poeta, nunca moſtrò que lo era tanto, y tan natural, como en eſta ocaſion, por averlas hecho en las pocas horas de una mañana, que hallò tan bien templado el Ingenio, que con la pluma no podia ſeguirle. Y eſtando los dos amigos divirtiendo la viſta deſde una ventana de ſu caſa, yà con la blanca, y hermoſa nieve, caduca mas por el tiempo que avia vivido en aquellos montes, que por la blancura con que ſe avia afeytado en la region del ayre; yá con la apacible deſorden de los arboles, que por eſtàr en lo mas alto de los riſcos, ò parecian ſus cabellos, y ſu corona; y yá con el ruìdo de los criſtalinos arroyos, que deſterrados de ſu natural patria, deſcendian el valle en un inſtante, vieron, que á ſu miſma puerta paraba una litera, à quien acompañaban ſeis criados de à mula; y como dueño de todas un Cavallero, à los ojos de Ricardo, muy galàn; pero no à los de Don Enrique, que apenas le viò, quando confuſo, triſte, y penſativo, haciendo reflexion en ſu entendimiento, del roſtro, y de la perſona, conociò que era ſu *enemigo Federico*, coſa que le alteró *de ſuerte*, que aunque èl no *ſe le confeſsàra*, Ricardo ſe lo cocociera; y reportandole por entonces, le dixo, que aquellas coſas mas ſe avian de guiar con prudencia, que con eſcandalo; y que aſſi, ſe ſoſſegaſſe, y advirtieſſe, que tenia à ſu lado quien en ſatisfaccion del menor eſcrupulo de ſu honra ſabria perder muchas vidas. Reportòſe con eſto un poco, y fue tan poco, que durò ſolamente mientras viò que las que venian en la litera, eran la *ingrata* Doña Eſtefania, y una hermana ſuya. Aqui fue meneſter todo el entendimiento de Ricardo para detenerle, porque deſalmado, y ofendido queria ſalir, y ſin mas averiguacion, bañarlos en ſangre, para labarlos con ella los continuados agravios de tantos meſes. Finalmente, como por aver concurrido muchas perſonas en aquella peregrinacion, faltaſſe comodidad para los nuevos *hueſpedes*, dexando cerrado à *Don Enrique*, porque con los zelos de ſu honra no hicieſſe algun exceſſo ſin conſultarlo primero con ſu cordura, baxò Ricardo al patio, y les ofreciò de dos ſalas que tenia la una, para que por lo menos las Damas ſe apoſentaſſen, y la ropa pudieſe eſtàr mas bien guardada. Agradecieron, y admitieron, aſſi las Damas, como Federico, la merced que Ricardo les hazia, que la neceſſidad ſuele hacer bien contentos à los mas melindroſos. Ri-

.icardo à Don Enrique, de co-
avia trazado, que en aquel
no quarto poſaſſen ſus enemi-
; y aſſi, ſeria acertado retirar-
un apoſento que eſtaba mas
ntro, para que ſin ſer viſto de
guno, pudieſſe enterarſe de to-
ſus rezelos con mas certeza.
edecia en todo el afligido En-
ie, y luego Ricardo acomodò
ejor que pudo á las dos her-
as Damas, y con ellas al deſ-
dado Federico, que agradeci-
à ſu cortesìa, y deſpues de ha-
encender lumbre, tomar ſillas,
atar de la devocion de aque-
ſoberana Señora Reyna del
lo, y Madre del miſmo Hijo
Dios, cuyo amor les traìa à to-
à la preſente romeria, como
reguntaſſe adonde caminaba,
onde venia; y Ricardo reſ-
dieſſe à lo primero, que à Caſ-
; y à lo ſegundo, que de vèr á
Italia, ſin tener mas nego-
en ella, de aver querido gaſ-
los años fuera de ſu patria:
as le oyò Doña Eſtefania,
ndo dixo, bolviendoſe à ſu
nana, y á Federico, eſſos miſ-
avrà, aunque à mi me han pa-
do eternidades, que falta de
aſa mi triſte eſpoſo; y ſegun
nuevas que he tenido, llevò
luda eſſa miſma derrota. Son
os los Eſpañoles, reſpondiò
ardo, que eſtàn en eſſas partes,
e ya he comunicado en eſſe
tiempo, que no fuera mucho aver-
le conocido: Enrique ſe llama,
Enrique ſe llama, replicó Doña
Eſtefania, repitiendo muchas ve-
zes el nombre, que el amor tiene
ſus ciertos deleytes en traer del
corazon à la lengua, aquello que
ama. Viendo, pues, Ricardo, que
la ocaſion ſe le avia venido à las
manos, reſpondiò que le conocia
muy bien, y avia ſido ſu cama-
rada lo mas del tiempo que eſtu-
vo en Italia; y la razon de quedar-
ſe en Milàn entonces, era (ſegun
èl le referia muchas veces) por-
que un negocio de honra le tenia
deſterrado de ſu patria, y ſin eſpe-
ranza de bolver à ella. No pudo
en tales nuevas reſiſtir Doña Eſte-
fania à las lagrimas; y aſſi, bañá-
da en ellas, y dando un ſuſpiro, á
cuyo eco, con ſer tan monte el ſi-
tio donde eſtaban, parece que avia
reſpondido con terneza, empezò
à querer reſponder, y ſatisfacerle,
à no eſtorvarſelo Federico, que
ſuplicandola le dieſſe licencia pa-
ra hablar, como mejor teſtigo de
aquel caſo, buelto à Ricardo le
dixo de eſta ſuerte:

Son tan eſtraños los ſuceſſos
del mundo, y tan dificiles de pe-
netrar algunas veces, que el miſ-
mo que los experimenta los deſ-
conoce; y aſſi, para que lo creais,
y aviſeis tambien à vueſtro ami-
go Don Enrique, de ſu engaño, y
de mi inocencia, atended por
vueſ-

vnaſſea vida este breve rato: yo tuve en la Ciudad de Valladolid, que es mi primera cuna, con un hidalgo de mi calidad, cierto diſguſto tan peſado, que vino á parar, por verme deſmentido, en que eſcrivieſſe en ſu roſtro con cinco letras mi deſagravio. Temieron mis deudos la ſangrienta venganza de mi enemigo, por ſer hombre de hacienda, y honra; y aſſi, determinaron me fueſſe á parte donde pudieſſe vivir con mas ſeguridad: ſi bien quien agravia ninguna tiene, ſino es en la ſepultura, por lo qual, con dos pares de veſtidos, y cantidad de plata, y oro, ſalì de Valladolid una noche, à pocos dias me hallè en la Ciudad de Barcelona, donde yendo á caza una tarde, y alexandome demaſiado, me fue forzoſo quedarme aquella noche en una caſeria que eſtà à mano izquierda del camino real; y como hizieſſe converſacion con un Cavallero, que tambien ſe avia quedado en la miſma caſa, y que por las ſeñas que traxe de él, y por lo que deſpues me ſucediò, conocimos que era Don Enrique, tratando de varias finezas de damas, y galanes, yo le vine à referir una ventura que entonces me eſtaba ſucediendo con una ſeñora, á quien yo nombrè por ſu miſmo nombre, error que me pudo coſtar la vida por ſer el de ſu eſpoſa, que eſta pciente verdad es, que no pu dezirle diſtintamente ſu calid ſu talle, ni ſu caſa, porque con deſpues ſabreis mas de eſpac nunca la ſupe, pero las ſeñas q le dì, fueron tales, que no pu dexar de entender que era ſu ho ra la que peligraba. Y aſſi, zel ſo, y à ſu parecer ofendido, que no en las obras, en los am gos, al atraveſar un monte, oc ſionado para qualquier deſdich ſacó la eſpada, ſin darme lugar que me defendiera (que el agr viado no tiene obligacion á eſt bizarrias) me diò muchas herid y algunas, que qualquiera de ell me quitàra la vida, à no guard mela el Cielo, y à no venir m armado, con el rezelo que traìa que me ſiguieſſe el enemigo q dexaba en Valladolid. En fin, xandome caſi por muerto ſe fu la Ciudad, y ſin vèr à ſu eſpoſa, dàr parte á nadie de eſte *ſuceſſ* ſe embarcò en una de las Galer que eſtaban de partida para Itali Pero como no ay coſa ſecreta el mundo, à dos meſes como cediò, ſe dixo por toda la Ciud que Enrique era el dueño aquella accion; lo primero, el dia que ſaliò de Madrid; lo gundo, por las poſtas que tomò el camino; lo tercero, por las ñas que yo daba de ſu talle, y ſus criados; lo quarto, por chas perſonas, que le habiaron

en Napoles; y lo ultimo,
r palabra de Dios, que no
aver ſecreto que no ſe re-
Murmurò luego el vulgo
oneſtidad de Eſtefania, que
go aun lo que eſtà por ima-
murmura, quanto mas lo
nia tantas apariencias de
l, ſiendo el mayor engaño
ieda imaginarſe en el mun-
, pues, el caſo, que quando
à Madrid Don Enrique,
ſu eſpoſa que tardaba mas
que quiſiera, y que cada dia
ntiendo mas ſu ſoledad, pa-
tener tanta embiò en caſa
padres por Doña Angela,
na ſuya, que es la que eſtà
te, y como un dia ſe ofre-
ſalir à la Calle Mayor á
ar algunas niñerias de mu-
y Doña Eſtefania no tuvieſ-
no, auſente ſu eſpoſo, para
onde la viera nadie, huvo
ir Doña Angela ſola en el
, en ocaſion que yo la tuve
larla, y ella de aficionarſe-
n tanto eſtremo, mas por in-
ia de ſu eſtrella, que por
s de mi perſona, que deſ-
e muchos lances, ſin que ſu
na lo entendieſſe (porque
, que no ſe lo conſintiera)
rden de que entraſſe en ſu
i bien con el reſpeto que ſu
merecia, y ſobre todo, con
genioſo, y nuevo recato,
unca vi la calle, ni menos
ſupe la caſa donde entraba, haſta
que una noche al umbral caſi de
ſu puerta acertò à preguntar un
hombre, quien vivia en aquella
caſa, y à reſponder un criado, que
Doña Eſtefania; y eſta fue la cau-
ſa de dezir el nombre à Don Enri-
que aquella noche, que por nueſ-
tra deſdicha nos encontramos,
quedando deſpues à ſus manos ca-
ſi difunto, à no ſer ſocorrido del
Cielo, y de la piedad de unos Paſ-
tores, que llegaron al ruido, y me
llevaron à Barcelona, donde fuy
curado, y regalado de Doña An-
gela, que en ſabiendo que eſtaba
de aquella manera, ſe declarò con
ſu hermana, y conmigo, obligan-
dome deſpues à ſer ſu eſpoſo, ſu
amor, ſu hermoſura ſu nobleza, y
el vér padecer la opinion de Don
Enrique, y la honeſtidad de Doña
Eſtefania. Con lo qual el maldi-
ciente vulgo quedò corrido en
aver imaginado coſa en ofenſa de
los dos mas buenos caſados que ay
en el mundo.

No es meneſter dezir, que Don
Enrique avia oìdo eſta relacion,
porque como el reo, quando eſ-
pera la ſentencia, eſtuvo pendien-
te de las palabras de Federico, tan
fuera de sì, con el evidente de-
ſengaño de ſus rezelos, que caſi le
tuvo mortal el placer, como pu-
diera el peſar, ſi oyera lo contra-
rio, que es tan delicada la vida
del hombre, que aun en los guſtos

tiene peligro. Yà iba Ricardo à pedir à todos albricias de que Enrique estaba tan cerca, que solo un tabique lo dividia, quando saliò el gozoso Cavallero, y abrazandose de su esposa, sin dezirla nada, la dixo quanto quiso dezirla, que los grandes afectos, no en la boca, en el silencio suelen tener su lengua; y despues de averla pedido perdon de su ausencia, y preguntado por su hijo, diò el parabien, y abrazò à Doña Angela, y à Federico, haciendo todos lo mismo con Ricardo, por aver sido instrumento de que Don Enrique bolviesse à su patria.

Desta manera estuvieron nueve dias en aquel devoto sitio, que era el cumplimiento de una novena que avia prometido Doña Estefania. Y estando la ultima noche, despues de aver cenado, discurriendo sobre los sucessos de Federico, y D. Enrique, las dos hermosas Damas, deseosas, como mugeres, de saber los de Ricardo, le rogaron los refiriesse, à quien él, como tan cortesano, satisfizo, contando todo lo que en el discurso de sus amores le avia passado con Lisarda, á quien adoraba con el mismo estremo que quando estaba mas favorecido de los ojos. Contentos quedaron todos, tanto de la amorosa historia de Ricardo, quanto de la sazon con que la via referido, que como era el verdadero dueño de aquellas ansias, representabala tan al vivo, que movia á todos á lastima, y à deseo juntamente de que se lograsse la firme voluntad que tenia á Lisarda. Y mirandole Doña Estefania con gran muestra de gusto, le dixo: Yo estaba, señor Ricardo, muy desvelada en pensar como agradeceros el bien que por vos me ha venido, que los nobles hasta que la paguen, parece que se hallan embarazados con el beneficio. Mas esta vez no le estarè mucho, pues con deziros, que esta Dama que dezìs, ó á lo menos otra de esse mismo nombre, y patria està en Barcelona; me parece que os pago todas las buenas obras que os he debido. En Barcelona està, donde somos tan amigas, que los mas dias està conmigo; si bien lo que estraño es, no estár, como vos assegurays, casada, sino en el habito de viuda, y en compañia de sus padres.

Tan contento, como confuso, quedò Ricardo con estas nuevas, sin atreverse à creerlo de todo punto, por ser dicha suya, ni à dudarlo tampoco, por ser Doña Estefania quien lo asseguraba; y assi, para satisfacerse mas facilmente, rogò à todos apresurassen su viage, à quien todos obedecieron con tanto gusto, que à las diez de la mañana al siguiente dia yá estaban en Barcelona, embiando

luego como llegaron un recado de parte de Doña Eſtefania à los padres de la Dama Caſtellana, aviſandoles de ſu venida, y rogandoles juntamente la fiaſſen por un dia á la ſeñora Liſarda, los quales, teniendo à gran favor la honra que les hazia, embiando la norabuena, aſſi de ſu venida, como de la de Don Enrique, que yà ſe avia divulgado por la Ciudad que eſtaba en Monſerrate, mandaron à Liſarda entraſſe en una ſilla, y fueſſe à cumplir con la obligacion que tenia. Salieron à recibirla, en ſabiendo que venia, Don Enrique, Federico, Eſtefania, y Angela, quedandoſe Ricardo un poco atràs, para reconocer ſi era aquella la prenda que tuvo por perdida; y llamandola Doña Eſtefania à parte con Don Enrique; deſpues de advertirla que era ſu eſpoſo, y que venia de Napoles, la dixo, que la traía unas cartas de cierto Cavallero, que ſe llamaba Ricardo, que ſegun lo que èl dezia, era de ſu miſma patria. Turbòſe Liſarda, oyendo el nombre de quien adoraba, y aunque la verguenza hizo ſu oficio, venciendo el amor al encogimiento, y el deſeo à la verguenza, ſe bolviò à Don Enrique, y ſin olvidarſe de beſarle primero las manos, y darle el parabien de ſu buena venida, le dixo: *Suplicoos, ſeñor mio, me deys eſſe pliego, porque* no pueden venir en él tantas letras, como lagrimas me cueſta ſu dueño Pues eſta es la carta (reſpondiò Don Enrique) que os traygo de Napoles; y llegandoſe à Ricardo le traxo á la preſencia de Liſarda la qual, como el que eſtando ciego cobra de repente la viſta, que no ſe harta de vèr qualquiera coſa, aſſi ella miraba muchas vezes à Ricardo, ſin querer divertirſe à preguntarle nada, por no privarſe de tanto bien à los ojos que en dos años no avian tenido ſino lagrimas, y peſares. Preguntòla Ricardo antes de ſaber otra coſa, ſi eſtaba caſada; y ella, por ſatisfacer à ſus miedos, y juntamente à lo que eſtaban preſentes, que deſeaban ſaber lo miſmo, ocupando las Damas el eſtrado, y los galanes las ſillas, dixo de eſta ſuerte:

Bien podeys creer, ſeñor Ricardo, que quando os vi paſſar por la poſta la ultima vez que os vi, me hallè tan agena de mi miſma, que fue milagro no llamaros à vozes. Pero qué mucho que lo hiciera, ſi me llevabades la mitad del corazon, y vèla que no era poſſible vivir ſin aqueſta falta? Lloraron los ojos, ſuſpirò el alma, temblò el corazon, y mi eſperanza yà difunta hizieron todos los ſentidos ſus exequias. Gran deſconſuelo es, llegar à querer ſin premio, ni correſpondencia! Rigor ſin piedad, rendir el alma à quien

trata como verdugo! Fuerte golpe, declararle con quien no ſe quiere dàr por entendido! Dura pena, ſufrir los miedos de una larga auſencia, que para quien quiere, qualquiera es larga! Y violenta tirania, obligar con finezas à quien correſponde con deſdenes! Pero ningun dolor ſe iguala al de apartarſe dos que ſe quieren bien, y ſin poder remediarſe el uno al otro. Eſto paſsò por mi el triſte dia que os auſentaſteys, ſin poder determinarme, aunque os adoraba, à eſtorvarlo, ni à detenerlos; que aunque en llegando à tan apretados lances no ha de aver enojo, ni cumplimientos, con todo eſſo el conſiderarme agena me cerrò la boca, el verme ofendida me quitò la lengua, y el hallarme empeñada con mis padres me atajò los paſſos. En efeto, vos os fuiſteys, y yo quedé en brazos caſi de la muerte, que llamé muchas vezes. Pero ay triſte, que la deſdicha de los deſdichados conſiſte por la mayor parte en vivir quando conviene que mueran! Vino en eſte tiempo de Madrid el que avia de ſer mi marido, preſentòme ricas viſtas; ojala ſe trocàran en triſtes lutos. Previnieronſe galas, y fieſtas para la infelize noche de mi deſpoſorio, en la qual deſpues de aver cumplido con las ceremonias de la Igleſia, quando no ſe eſperaba otra coſa, ſino poner fin à la cena, para que la cama que con vos fuera talamo de mi vida, fueſſe con Don Flugencio tumulo de mi muerte, ſucediò (permiſſion divina) que le diò de repente tan fuerte calentura, ſin poder valerſe de ſu ſobrino, ni de las gentilezas de amante, huvo de atender mas à la neceſſidad de ſu ſalud, que à las vozes de ſu apetito. Acoſtòſe el deſmayado Cavallero, y penſando que fueſſe alguna fimera por algun exceſſo de aquellos dias, apelaron para el ſiguiente, trocando todos el placer en peſar, y el regocijo en ſuſto; ſolamente yo me pedi albricias de ſu indiſpoſicion, porque aunque no aborrecia ſu vida, los efectos que avian de reſultar della era fuerza que me martirizaſſen el alma. Acudieron los Medicos á la mañana, y aunque penetraron la malicia de los pulſos, dieron buenas eſperanzas de ſu ſalud, haſta que al quinto dia ſe declarò por dolor en un lado, tan peligroſo, que ſin baſtar quantos remedios pudo hallar la ciencia practica de la Medicina, dexandome toda ſu hacienda por el diſcurſo de mi vida, al noveno acabò la ſuya con tantas anſias de perderme, que con no tenerle ningun amor, me enternecì, y como ſi fuera poſſible que èl viviera, y yo quedàra ſin caſar, diera quanto ſoy porque no muriera. Quedè con ſu muerte en el trage que

, viuda, y donzella, ſi bien el
, mas pienſo que le he traìdo
vos, que por el muerto. Han-
ſalido en eſta diſtancia con el
de mi crecido dote, infinitos
mientos, à quien yo he reſiſti-
con increìble valor, echando
ulpa al reſpeto que tengo à mi
nto eſpoſo. Mas lo cierto es,
vueſtro amor me ha deteni-
por parecerme que podia lle-
eſte dia, y no fuera bien eſtàr
eſtorvo alguno para ſer vueſ-
Y como el Virrey que eſta-
roveìdo para eſta Ciudad, fueſ-
ande amigo de mi padre, por
le ſervido en ſus tiernos años,
erle ſocorrido deſpues en al-
as neceſſidades (que tambien
eñores la tienen, y aun mas à
s que los hombres comunes,
que nacen con mas obligacio-
) quiſo pagarle las amiſtades
le avia hecho, en traer conſi-
y darle un oficio tal, que fue
amente de provecho, y hon-
Los viejos, Ricardo, nunca ſe
entan con lo que tienen; di-
, porque mi padre ſin aver
eſter mas aumentos, que vivir
anſado para acabar la poca
que le falta; ſe reſolviò à ve-
à Barcelona, y traer toda ſu
, à quien yo no reſiſti, por pa-
rme que por eſte camino os
a mas cerca; y aſſi, pues ſoy
dichoſa, que he llegado à me-
r lo que en dos años me ha
coſtado tantas lagrimas, pedidme,
y mandadme muchas coſas de
vueſtro guſto, en fee de que os
adoro con los miſmos eſtremos
que quando os deſpediſteys de mis
ojos, à cuyo amor me ofrezco de
nuevo, como ſea con reſguardo
de mi honeſtidad, que eſta es pri-
mero en mi, que todas las coſas
del mundo. Digo eſto, porque ſi
acaſo venis caſado, ò canſado de
quererme (que de un hombre
que en dos años no ha viſto ſu da-
ma, qualquier olvido puede te-
merſe) aunque muera á manos de
mi propria voluntad, ni os verè,
ni os canſaré, ni os hablarè en to-
da mi vida. Mas ſi acaſo, como
lo imagino, eſtays en el miſmo eſ-
tado que quando os fuiſteys, y os
dura aquel honeſto amor que lle-
vaſteys, el alma, la mano, la volun-
tad, y la vida, juntamente con eſ-
ta moderada hermoſura os entre-
go, para que diſpongays de todo
como dueño, y ſeñor abſoluto mio.

Todos los circunſtantes paga-
ron en parabienes, el que avian
tenido con la guſtoſa relacion de
Liſarda, à quien Ricardo diò la
mano de eſpoſo, y ſatisfaciendoſe
el uno al otro deſta ſuerte las fine-
zas que ſe debian. Acertaron á
venir en eſta ocaſion los padres
de Liſarda à dàr la norabuena à
los recien llegados, y à llevarſela,
de camino. Mas como Doña Eſ-
tefania les dixeſſe, que la tenia ca-

ſada, y Ricardo ſe dieſſe á conocer, diziendo, deſpues de las comunes corteſias, que èl era el dichoſo que pretendia ſer hijo ſuyo, fue tanto el placer que tuvieron, por ſer de ſu patria, y averle conocido deſde que nació, que ſin ſer meneſter la interceſſion de Enrique, Eſtefania, Angela, y Federico, que abogaban por èl, dieron el sì muchas veces, tanto por merecerle Ricardo, como por tener ſuceſſion en ſu caſa. Y dando parte al Virrey, que ſe ofreciò por padrino, prometiendo muchos aumentos à la perſona de Ricardo, y mas luego que comunicò ſu divino ingenio, y prudente juizio en todas materias; ſe deſpoſaron dentro de quinze dias, con guſto general de quantos llegaron à ſaber la fineza de los dos amantes: cumpliendoſe, aſſi en ellos, como en los demàs, de quien hemos hablado en eſta Novela, aquel refran antiguo, que dize: Que al cabo de los años mil, buelven las aguas por do ſolian ir, pues moralizando ſu conſepto, quiere dezir: Que en aviendo coſtumbre de una coſa, por maravilla dexa de reducirſe á ſu primer principio. El exemplo deſta verdad tenemos en las manos, pues al cabo de dos años (que para quien ama ſon muchos ſiglos) *Don Enrique* buelve como ſolia à gozar la quietud de ſu caſa, las gracias de ſu hijo, la merced del Abito, y ſobre todo, los amoroſos abrazos de ſu querida eſpoſa. Federico hace lo miſmo con la hermoſa, y diſcreta Doña Angela, à quien amò ſin conocer, ſi bien informado de ſus muchas prendas. Liſarda buelve á repetir los favores que hazia en Ciudad Real á Ricardo, y gozar aunque con mejor fortuna, aquel primer amor con que adorò ſu belleza, creciendo de alli adelante con el trato, con la gracia que dà el Sacramento, y con darles el Cielo hermoſos hijos, que colgados de las canas de ſus abuelos, les aumentaban la ſalud, el contento, y la vida.

La ſuſpenſion de la Novela, la pureza del lenguage, la variedad de los verſos, y la erudicion de los diſcurſos antecedentes, ſacaron parabienes, aun de los mas reportados en alabar agenas *gracias*; que ay hombres, que como ſi el dezir bien les tuvieſſe algo de coſta, regatean el confeſſar los aciertos de los otros. Error grande, no acabar de entender, que no dexa de ſer uno eminente en una facultad, porque aya otros que lo ſean, ſiendo los ingenios muchos, y el poder del Cielo infinito. Si bien la Novela fue tan ſazonada, que generalmente la aplaudieron todos. Y cierto es, que duràran tanto como ella ſus alabanzas, ſino ſe puſiera de por medio, por priva-

pio de cena la dulciſſima voz de un muſico, que cantò eſte Soneto à un paxarillo, que por deſperrar aquella mañana con ſu canto la codicia de un cazador, que yà le dexaba, porque no le avia viſto, y le tirò, porque le oyò cantar ſobre el verde teatro de unas ramas.

Citara de carmin, que amaneciſte
Trinando Endechas á tu amada eſpoſa,
Y paciendole el ambar à la roſa,
El pico de coral teñiſte.
Dulce Gilguero, paxarillo triſte,
Que apenas el Aurora viſte hermoſa,
Quando al tono primero de una gloſſa,
La muerte hallaſte, y el compás pediſte.
No ay en la vida, no, ſegura ſuerte;
Tu miſma voz al cazador combida,
Para que el golpe, quando tire acierte.
O fortuna buſcada, aunque temida!
Quien penſàra que complice en tu muerte
Fuera, por no callar, tu propia vida?

EL PALACIO ENCANTADO.

NOVELA DEZIMA.

YA La noche avia acabado de entapizar con ſus ſõbras toda la tierra, quando paſſando por los *montes de Epyrio*, Isla abundantiſſima de Grecia, el Principe Cloridano, hijo de Liſimaco, Rey de Acaya, oyò cerca de sì quexarſe una perſona, que en lo delicado de la

voz, y en lo afectuoſo de las razones conoció ſer muger, y mas adelante, como en diſtancia de cinquenta paſſos, dos hombres, que con mudo ſilencio parecia eſtàr cabando las duras entrañas de la tierra. Y aunque el deſeo que llevaba de vèr à la hermoſa Fenix, unica Princeſa de Tracia, de quien iba enamorado por un retrato, no le conſentia detenerſe à nada, con todo eſſo ſu ardimiento era tanto, que le obligò à no paſſar adelante ſin ſaber el myſterio de aquellas quexas; y aſſi, dexando el cavallo atado á un tronco, por ir mas ſecreto, empezò á caminar por la verde ſelva, àzia la parte donde las dolorosas vozes le guiaban, cuyo dueño à poco trecho hallò que era una gallarda Dama, que tendidos los cabellos, vendados los ojos, preſos los pies, atadas las manos, y buelta à los Cielos el encubierto roſtro, dezia:

Como es poſſible, ò inmortales Dioſes! que permitays ſe execute à vueſtros ojos la mas nueva, y barbara atrocidad que ha cabido en humanos pechos. Si ſoys los ſoberanos fiſcales de nueſtras acciones, y con tantos ojos como eſtrellas las eſtays penetrando, ò para ſatisfacerlas, ſiendo licitas, ò para caſtigarlas, ſiendo injuſtas; como teneys ſuſpenſos los rayos en ocaſion que mi inocencia pide venganza à vueſtra juſticia de aquellos inhumanos verdugos, que eſtàn previniendome la ſepultura entre los enjutos terrones de aqueſtas peñas? Muchos, ſin duda, deben de ſer los delitos con que he ofendido vueſtros altares, pues me falta la defenſa que en ſemejante ocaſion aveys ofrecido à quien os ha llamado, aun no con tanta razon como yo tengo. Si bien, aunque mis culpas merecieran qualquiera pena, pareceme que baſtaba para caſtigo quitarme la vida, mas no quitarmela con tanto eſcandalo de mi honra. Muriera yo; muriera, digo, pues guſtays de vèr mi ſangre derramada, mas yà que muriera, fuera con la pompa debida à mi calidad; pues bien ſabeys, que ſolamente los Emperadores, y las Virgines deben enterrarſe dentro de la Ciudad, y no en los campos? Que piramides, ò que colunas ſon las que ſe han de poner en mi ſepulcro, como los antiguos hazian en los funerales de las perſonas iluſtres? Què hogueras ſon las que me aguardan, para que me conviertan en ceniza, como obſervaron los Romanos, ſiendo Lucio Sila el primer inventor de eſta ceremonia? Qué Pontifice ha de aſſiſtir à mis exequias, que ſe parezca al que introduxo Numa Pompilio? Què oracion funeral me eſpera, como la que hizo Valerio? Publicòla en la muerte

ɜurto? Què Juegos Gladiato-
, como los que trazaron Mar-
y Decio, para feſtejar à ſu di-
to padre? Qué combite ſump-
o para templar el dolor de los
me lloran, ſi lo puſieran? Què
:s, aunque ay harras en eſta
a ſon las que ſe han de derra-
ſobre mis hueſſos, como con
ɔion hizo el Pueblo Romano?
ıl ha de ſer el pariente que me
re los ojos en eſte violento
igo, ſi vive tan ageno de pie-
el que le comete, que tiene
ados los ſuyos para mirarme?
ıde eſtà la tunica de blancos
:anes, que en ſeñal de mi caſ-
d ha de ponerſe ſobre mi ca-
:r, ſi con la miſma veſtidura
me hallan, quieren entreme-
ne con la tierra? Què es de
Virgines, y los Mancebos que
de acompañarme cantando
nnos al rededor de mi atahud,
o refiere Platon que ſe hazia
ı Patria? Qual ha de ſer de
: dos tiranos el que cuyde de
alſamarme con cera, para que
: mi bulto mas largo tiempo,
deſeo es, de que en un inſ-
e ſe diſuelva, para que no ſal-
luz la infamia de eſte ſacrile-
Ay de mi! Ay de mi! Que
tendrè por adorno de mi fe-
ro, en vez de olorosſas aromas,
peſo humo de la niebla, con
por la vezindad que tiene eſ-
onte con el rio, ſe vé fatiga-
do cada mañana, y en lugar de
yedra, laurèl, ciprès, y enebro,
duros peñaſcos, que ſin aliño me
ſepulten eternamente, para que
no ſe caſtiguen los fieros agreſſo-
res de eſta temeridad ſangrienta,
ſino es yà que las aves, quizà
compadecidas de mis anſias, di-
gan en ſu lengua à los paſſageros:
Aqui yaze difunta Iſmenia, ſin
mas culpa que aver nacido, en
opinion de algunos, hermoſa, y
tener un hermano ambicioſo del
Cetro que no le pertenece.

Aſſi ſe quexaba la triſte Dama,
eſperando por puntos el ultimo
paſſo de ſu tragedia, quando ſin-
tiendo ruìdo, porque ſe iba acer-
cando Cloridano, penſando que
era alguno de ſus enemigos, le di-
xo: Si es hora, ò cruel Meleandro! de manchar el cobarde aze-
ro con mi inocente ſangre, y vie-
nes à executar la vil ſentencia que
contra mi ha dado vueſtra mali-
cia, no ſin ofenſa de los ſagrados
Dioſes, que lo eſtàn mirando: aca-
ba de llegar, y paſſame eſte tier-
no pecho, para que tu, que dices
que me has querido, y mi herma-
no que tiene obligacion de que-
rerme, quedeys ſatisfechos, y
vengados de quien nunca tratò
de ofenderos; pues no fue ofenſa
para mi hermano, el nacer yo pri-
mero; ni para ti, el no quererte
por marido, aviendo ſido eſtrella
mia amar al valiente Ariſteo, tan
va-

valiente como amante, que ſi llegàra à imaginar ſemejante traìcion, à buen ſeguro, que primero ſalpicàra cõ vueſtra ſangre aqueſtos peñaſcos, que permitir tan grande alevosìa; pero no importa, no, que él lo ſabrà algun dia; ò porque eſtas flores, quizà ofendidas del nuevo mozo de regarlas; ó eſſas aves, aunque mudas deſde las celdas que tiene en los arboles lo eſtàn azechando; ò eſſos Cielos, que ſon los mas abonados teſtigos ſe lo dirán; y no, no digo à voſotros ſolos que ſois poca vida para ſu colera, ſino á vueſtros deudos, amigos, y privados darà mil muertes para ſatisfacer la que venis à darle, pues no sé yo que aya diferencia entre matar á Iſmenia, y quitar la vida à Ariſteo.

No ſoy, ſeñora, reſpondiò entonces el Principe, ninguno de vueſtros contrarios, ſino un Cavallero, que atraveſſando acaſo por eſta Isla, ha tenido á ſuma ventura hallarſe en ocaſion tan apretada, para defenderos; y aſſi, mirad ſi quereis veniros conmigo, adonde mas ſegura os burleis de vueſtro amante, y de nueſtro hermano, que por lo que de antes os eſcuchè, conozco que lo ſon, aunque no lo parecen, ò teneis por *mejor* acuerdo que los eſpere, *para que eſta miſma* ſepultura que *eſtàn fabricando* à vueſtra belleza, trocandoſe la ſuerte, les vènga à ſervir à ellos de tumulo. Lo ſegundo, reſpondiò Iſmenia, yà mas conſolada con el nuevo ſocorro, es peligroſo, y aun impoſſible, porque aunque al parecer no ſon ſino dos los que me tienen de eſta ſuerte, vienen tan prevenidos de armas, que pueden reñir como muchos. Y aſſi, pues os quereis aventurar tan hidalgamente en la defenſa de mi perſona, os ſuplico elijais el primer medio que propuſiſtes, rompiendo me eſtos grillos que tengo en pies, y manos, para que deſpues procurèmos, ſi el Cielo nos lo permite eſcondernos, ò à alexarnos á parte que deſvanecidas las eſperanzas de mis enemigos, podamos contar à las piadoſas orejas de otras naciones la inhumana temeridad que han intentado contra mi vida. Apenas oyò *Cloridano* el prudente diſcurſo *de Iſmenia*, quando ſacando un cuchillo de monte, cortò el repetido cañamo que la embarazaba; y ella, apartandoſe con las entumidas, y blãcas manos el tranſparente velo del roſtro, ſe dió à entender con los ojos, y con las palabras, quan reconocida eſtaba al favor que le avia hecho; y aſſi, por eſcuſar Cloridano las ceremonias, que el mundo llama corteſias, nacidas entonces mas de la verdad, que de la liſonja, y dàr principio à la fuga

, tomandola por la mano, con
ſilencio la guiò donde eſta-
cavallo, y pueſtos en èl en-
bos, en confianza de ir Iſme-
bien abrazada del Principe,
ezaron à caminar con tan
a fortuna, que dentro de
ro horas ſe hallaron à viſta
n Pueblo, aunque no muy di-
lo, ſuficiente para alvergarſe,
fenderſe de ſus contrarios.
aunque el canſancio del Prin-
era grande, y la comodidad
menia no muy buena, les pa-
mejor acuerdo no quedarſe
Lugar, ni aun entrar en èl,
que ſi acaſo los ſeguian, vien-
ue no les daban nuevas de
ſus moradores, bolvieſſen
, ſin eſperanza alguna de ha-
os; y aſſi torciendo el cami-
dexando à un lado la peque-
ldea, paſſaron adelante, haſta
el dia los hallò junto à una
ña de Paſtores, donde fe
son, y dexando el cavallo á
leſcanſaſſe del camino en un
e, y ameno Prado, que le
idaba con agua, y yerva,
ndo Cloridano al mayoral, y
etiendo pagar el hoſpedage
almente, hizo poner la meſa
manteca freſca, y algunas fru-
n tanto que ſe aderezaba un
erillo, que llevaron deſde los
os de ſu madre, á que pro-
los rigores del cuchillo. Al-
aron los caminantes, dando-
ſe el uno al otro muchas gracias;
ella, de aver cobrado por él la vi-
da; y èl, de verſe tan honrado, y
favorecido de ſu hermoſura; y re-
parando en que caminar con Sol,
era tan dificil para ſu intento, co-
mo peligroſo para ſu ſalud, deter-
minaron paſſar alli el dia, retiran-
doſe ella á la freſcura de un arro-
yo, que por no inquietarla, corriò
de alli adelante mas quedo, y èl á
la ſombra de un alamo, procuran-
do llamar al ſueño, que ſe precia
tan deſcortès algunas vezes, que
nunca vienen menos, que quando
mas le eſtàn llamando. Puſieronſe
à dormir, pero no durmieron, aun-
que de ello tenian neceſſidad, por-
que à Iſmenia la combatian diver-
ſos penſamientos, viendoſe lexos
de ſu patria, y con un hombre,
que ſi bien la avia dado la vida,
en efeto, no ſabia quien era, y que
podia tener qualquier atrevimien-
to, que no ſiempre correſponde el
trato al talle, y las palabras à las
obras. Cloridano por otra parte
ſe vèia empeñado en favorecer à
una Dama, que era fuerza le ſir-
vieſſe de eſtorvo para la preten-
ſion de Fenix, cuyo amor le ſaca-
ba de ſu Corte, y llevaba pere-
grinando por donde no le cono-
cian, á peligro de que el hermano,
y el pretendiente de Iſmenia
le hicieran una peſadumbre, ſi
acaſo le topaſſen con ella. Eſtan-
do, pues, cada uno divertido con
ſus

ſus imaginaciones, oyeron un Paſtor, que de la otra parte del arroyo eſtaba engañando ſus penas, repitiendolas à las aves, que ſon las penas del amor de tal calidad, que nunca tienen mas alivio, que quando mas ſe repaſſan, que no es poco para ſer penas. Amaba, ſin duda, à alguna Zagala de aquellos corrijos, de quien eſtaba zeloſo, y à ſu parecer ofendido; y aſſi, lo que cantaba, ò por mejor dezir, lo que lloraba, era eſte Romance, que ſino diſcreto, dize por lo menos lo que ſentia.

Triſte penſamiento mio,
dexame vivir por Dios,
que matarme tan aprieſſa,
mas es tema que razon.
Si Lucinda me ha ofendido,
baſta por venganza, amor,
el nacer hombre de bien,
y ſaber que lo sè yo.
Dexòme por otro (ay Cielos!)
y dexòme el corazon
paſſado con mil puñales;
quien hiciera tal rigor!
Pensè que eſtaba acabado
aquel ſu paſſado amor,
mas engañòme el deſeo,
y Lucinda me engañò.
Cielos, lo que bien ſe quiſo,
no puede olvidarſe, no,
que donde cenizas quedan,
ſino llamas, ay calor.
Lucinda me ha muerto el alma,
porque quiere à otro Paſtor,
ò à lo menos él lo dize,
qué groſſera preſumpcion!
El blaſona de querido,
y yo, que yá no lo ſoy,
aunque mereciera ſerle,
por ſaber callar mejor.
Yo le vi con ella ayer,
y deſde entonces (ay Dios
tan lexos eſtoy de mi,
que me buſcò donde eſtoy.
Dirá que fue en corteſia,
que es muy antigua invenc
valerſe, para ofender,
de corteſano el amor.
Yo, en fin, me juzgo ofendidc
y aunque, en fin, me engañ
qué importa, Cielos, no e
ſi yo pienſo, que lo eſtoy?
Y en tanta confuſion,
Canta la lengua lo que lloro

Apenas acabò el zeloſo an
de cantar ſus penas, quando
gò à él una Paſtora *de mayo*
lleza que fortuna, y ſaludan
á ſu modo, deſpues de averi
ferido cada uno el eſtado d
deſdichas, que tambien los t
ſe buſcan como los validos,
eſta Gloſſa, ò por lo menos
que ſe parecia à ella, hab
con unas flores en aluſion
peſares.

Aprended flores, de mi,
Lo que và de ayer à oy,
Que ayer maravilla fuy,
Y oy ſombra mia aun no

que apenas naceys,
ndo fimeras moris,
ı que os deſvaneceys,
ı lo poco que vivis
:ſengaño teneys?
r otras flores vi
el miſmo freneſi:
ad, llorad como yo,
de voſotras no,
'nded, flores, de mi.

na roſa ufana
) á la primera Aurora
eſmaltes de oro, y grana,
el ſer de ayer ignora,
ı què ſerà mañana?
uy ayer lo que no ſoy,
añana, ſegun voy,
ue ſoy vendrè á perder,
ue es de ſer á no ſer,
ue và de ayer à oy.

admira, flores mias,
r que aveys de bolver
ompa en cenizas frias,
no ſer oy lo que ayer,
:haque de los dias:
ıad exemplo de mi,
ſin mirar lo que fuy,
ne piſan los Paſtores,
go dezir à otras flores,
ayer maravilla fuy.

e mi verde nido,
lancas hojas cercada,
rompiendo el veſtido,
la camiſa bordada,
:abello bien prendido:
Y llegando á verme oy,
Tan orras, flores, eſtoy,
Que yà cantan por aì,
Que ayer Sol del Prado fuy,
Y oy ſombra mia aun no ſoy.

Entretenidos con la dulze muſica eſtuvieron lo mas de la tarde, y viendo que yà ſe hazia hora de caminar, porque el Sol iba perdiendo ſus fuerzas, agonizando entre oro, y grana, levantandoſe Cloridano, fue donde deſcanſaba Iſmenia, à quien preguntò, ſi guſtaba que ſe partieſſen, diciendola primero en breves razones de eſta ſuerte:

Yo, ſeñora mia, porque no vays temeroſa de que os falte mi amparo, y mi corteſia, ſabed que ſoy Cloridano, Principe de Acaya, que enamorado de la hermoſura de Fenix, cuya belleza, por la fama bien avreys conocido, ſin mas compañia que mi perſona, y la de un criado, que en el camino me ha perdido, voy á ſolicitar eſte hermoſo impoſſible. Y aſſi, ſupueſto lo que ſoy, y à lo que voy, os ſuplico guſteys de venir, ſi os parece, à Tracia, donde os doy palabra, que en efectuandoſe mi caſamiento, ò en deſengañandome, de que otro es el venturoſo que merece à Fenix, de hacer que os lleven con toda ſeguridad à vueſtro dueño, en cuya defenſa, ſi à caſo durare el intento de vueſ-

tro.

tro hermano, os hago pleyto omenage de aventurar mi propio Reyno, y tomar yo miſmo las armas, haſta aſſegurar vueſtra vida, y vueſtro caſamiento. Es tanta, reſpondiò Iſmenia (echandoſe à ſus pies) la merced que recibo de vueſtra Alteza en llevarme conſigo à Tracia, que ſerá no menos que aſſegurarme del todo de mis enemigos, porque Fenix es prima mia, y es cierto que ſentirà tanto mis fortunas como yo propia, y ſerá medio con ſu autoridad, de que tengan mis eſperanzas el dichoſo fin que yà me prometo. Pues ſi añadis (replicò el Principe) á las obligaciones, que por ſer vos Dama, y yo quien ſoy, tengo de ſerviros, la de ſer ſangre de la Princeſa, poca fineza ſerá llevaros, como vos guſteis, al cabo del mundo, y daros lugar en lo mejor de mi coraçon, como quien eſtima el retrato por las ſombras, y lexos que tiene de ſu verdadero original. En eſta conformidad caminaron dos noches, retirandoſe en entrando el dia, á parte donde con menos nota pudieran paſſar los ardores del abraſado Julio. Y eſtando una ſieſta encareciendo Iſmenia las partes de ſu prima, y prometiendo juntamente hazer con ella de modo, que él ſolo, entre todos los que la pretendian, fueſſe él eſcogido; y Cloridano, agradeciendo con mil encareci-

mientos el favor prometido, reciò al diſcreto Principe, q era groſſera cortedad, no mas de raìz la calidad de nia, y juntamente la cauſa de en tan conocido peligro. Y a la hermoſa Dama entendiò rioſo deſeo de Cloridano, qu ſin eſperar à que ſegunda v lo mandaſſe, ni pedirle que cuchaſſe con atencion (que coſa que ha de pedirſe à lo cretos, ſin ſuponer que lo h hazer) empezò diziendo d ſuerte:

Yo ſoy hija legitima, y pri de Eduardo, Rey de Dalm que confina por la parte d tentrion con la una, y otra nia; y por la de Occidente Iſtria, por Oriente con los M Hardonicos, y por el Med con Macedonia, donde es le blecida de aquel Reyno, q herede quien naciere *prim* aunque ſea muger: porque ſus vaſſallos, que ſupueſto q Cielo lo ſabe todo, diſpond duda, prevenido deſta ley i lable, lo que mejor le eſtu Siguióme en el nacimient naldo, mozo de muchos brio tan grandes eſperanzas en licia, que mi padre que ador èl, al paſſo que à mi me al cia, intentò anular aquella l parecer poco cuerda, dizié Grandes del Reyno, que

. tenido por desacierto, y
la ocasion presente, pues
rza quedar sujetos à que los
asse una muger ignorante,
i, pudiendole hazer Arnal-
ncebo valiente, y entendi-
era de que quando no tu-
e barbara aquella costum-
io el ser particulares, pues
guna parte del mundo he-
a muger el Reyno, sino es
a falta de sucessor, era bien
escusarla, para escusar los
que de alli adelante podian
e.

an grande la fuerza de la
bre, particularmente para
vulgo, que con conocer al-
mi padre, no iba muy des-
ado; no quisieron obedecer-
sto, respondiendo à todo,
querian vivir, sino por la
le sus mayores, que pues lo
cieron assi, sin duda halla-
hazer lo contrario algunos
enientes, que ellos no en-
n. Esta vulgar resolucion
las puertas à los deseos de
re por aquel camino, pero
a que por otros no lo intен-
razando un engaño tal, que
ibilitò con él mi pensa-
, con animo solo, de que
se el Rey sin sucessor, por
nia, eligiesse de necessidad
Rey á mi hermano. Fuè,
que llamando *en secreto à*
ares, un eminente Astrolo-
go, de quien todos como un ora-
culo, escuchaban quanto dezia, le
mandò divulgar por la Corte, que
aviendo consultado con particu-
lar atencion los sucessos de mi vi-
da, en los Orbes, Esferas, Exes, Po-
los, jardines del Cielo, hallaba que
avia de morir al primer año de su
Principado, qualquiera infeliz que
se casasse conmigo. Con los Re-
yes no se ha de disputar si es ma-
lo, ò bueno lo que hazen, sino exe-
cutarlo, porque lo mandan, cre-
yendo que aciertan en todo, co-
mo retratos de la Divina Sabidu-
ria: y assi, el supersticioso Astro-
logo, por lisonjear à mi padre, y
tener algun premio de sus estudios
(que como era docto, no le tenia)
empezò à obedecerle, manifestan-
do con fingidas demonstraciones
de lastima la triste muerte que es-
tava prevenida al que, ò yà ena-
morado de mi hermosura, ò yá co-
dicioso de mi corona, aventurasse
la vida por tan poco precio, pues
aun doze meses no avia de gozar
lo uno, ni lo otro. Hizo esta fabu-
losa opinion, por ser de un hom-
bre tan acertado en la ciencia ju-
diciara, tal impression, assi en el
vulgo, como en todos aquellos
que pudieran emplearse en mi
persona, que ninguno passó de los
pensamientos, sin que su vida le
riñese su desatino, y le acordasse
la tragedia que le tenia guardada
los hados, siendo casi una misma
co-

coſa el reynar, y el morir, el veſtirſe la purpura, y el labrarſe la ſepultura. Solamente mi primo Ariſteo (ó con què guſto que le nombro!) hijo del hermano menor de mi padre, y hombre de todas las partes que ha de tener un ſeñor, para ſer querido, ſe reſolviò (con tanto eſtremo me adoraba) à pedirme à ſu tio por eſpoſa, ſin atender al rigor de las eſtrellas, ni à lo que le amenazaban. Yo te confieſſo, ó ſoberano Principe! que quando llegò à mis oìdos ſu determinacion, con quererle tanto me ofendì de ella, pareciendome que fuera mejor para mi verle vivo, aunque no le gozàra, que ſer ſuya para aver de perderle. Es Ariſteo (permiteme que me alargue mucho en ſus alabanzas) deſpues de galàn, cortès, valiente, y apacible, hombre de gran diſcurſo, y muy dado à las buenas letras; y aſſi, la primera vez que ſe vió conmigo, riñendole yo con muchas veras el intento que avia emprendido, mas para matarme, que para quererme, reſpondiò, que èl no temia de ninguna manera el aguero, porque el juìzio que avia hecho Piromantes, en materia de mis ſuceſſos, ni era ſeguro, ni aun lo podia ſer, porque quando fuera (que no es muy facil) *cierta* la noticia de mi naci*miento, y del* Planeta que predo*minaba en* aquel inſtante, podia ſolamente raſtrear algo de m tuna, pero no la del otro q caſaſſe conmigo, ſupueſto q ſe conocia, ni podia ſaber era. Finalmente, lo que pa vulgo era temeridad, y aun peracion para Ariſteo, porq creìa los circulos, y argum del adivino, y por lo much me queria, y amaba, era una moderada fineza. Hallóſe n dre (ſi bien contra ſu volur empeñado en conſentir en caſamiento, porque confia que no avia quien ſe aventu á caſar conmigo, avia prom al Pueblo, que yà clamab ſuceſſor, darme à qualquier me pidieſſe, como fuera mi i yà que no en la grandeza de do, por lo menos en la calid la ſangre. Y aſſi, para no q deſtituìdo totalmente de la ranza que tenia, de *que mi* mano le heredaſſe, *eſcrivió à* leandro, grande amigo ſuy unico ſeñor de Panonia, que llamaban Vngria, revelandol una carta del miſmo Pirom la verdad del fingido aguer cauſa juntamente de averle do, concertando con èl q pidieſſe por eſpoſa, deba condicion jurada, que me a llevar à ſu Reyno, para qu dando Arnaldo ſolo en D cia, y haziendoſe dueño de las voluntades, tuvieſſe eſ

or tantos caminos avia de-
Aviame viſto Meleandro,
ido por mi Corte á unas juſ-
:ales que huvo en Dacia, y
) tan enamorado à ſu tierra,
nbiò en diverſas vezes mu-
Embaxadores à mi padre,
rden, y poder de que trataſ-
: qualquier concierto, como
:ra eſpoſa ſuya : tanto era
e dizen que me queria, ſi
leſpues que ſupo, y creyò
ve muerte que eſperaba à
uiera que hizieſſe las bodas
igo, ſe retirò de eſta volun-
omo todos. Pero luego que
.s cartas de mi padre, y de
ıantes, conociò que avia ſi-
.o traza para que mi herma-
redaſſe el Reyno, acetò el
lo, y bolviò á eſcrivir, di-
o, que no obſtante el incon-
ıte de aver de morir dentro
año, queria (pues no era
ı ſu amor que el de Ariſteo)
ırarſe gallardamente à eſſe
ıſo peligro. Recibiò mi pa-
as cartas muy contento, y
:, y llevòlas al Conſejo de
), para conſultar qual de los
via de ſer mi marido. Mas
o Ariſteo, que ſu tio eſtaba
parte de Meleandro le puſo
), alegando tener mas dere-
mi voluntad, por aver ſido
nero que ſe avia arrieſgado,
n Meleandro mas era embi-
ıe *finеza*, el aventurarſe, deſpues que ſu amor avia vencido los primeros miedos de la muerte; y aſſi, ſupueſto que la Mageſtad Soberana, mas debe guiarſe en eſtos caſos por los conſejos de ſus Senadores, ò Padres conſcriptos, que por la paſſion propia, que tal vez yerra en las coſas que mas importan, lo puſieſſe en ſus manos, para que ponderando las razones de cada uno, ſentenciaſſen en ſu favor de quien mejor le pareciеſſe. Hizolo aſſi mi padre, ſi bien dandoles à entender ſu deſeo, que fuè lo miſmo que ſalir la ſentencia contra mi eſpoſo, pues al cabo de muchos dias reſolviò el Senado, convenir que me caſaſſe con Meleandro, y no con mi primo Ariſteo, por unir eſtas dos Coronas, y tener Dalmacia un enemigo menos; pues junto el poder de entrambos Reyes, ninguno avria que le tuvieſſe para ofenderlos. Replicò Ariſteo, y dentro del alma replicó mi voluntad; pero como en las perſonas altas ſon tan notadas las acciones, que parece que el alma no tiene la libertad con quien nacen otras, huve de callar por entonces; ſi bien con animo de dezir en ſecreto à Meleandro, que yo adoraba á mi primo, para que eſtorvaſſe por algun medio el llegar à otros lances. Hizieronſe las capitulaciones, determinòſe mi partida, y mandò mi padre à mi hermano, que me acom-

 pañaſſe

pañaſſe haſta dexarme en el primer Lugar de la juriſdicion de Panonia, donde me eſtaba aguardando Meleandro, con el aparato, y grandeza de un Principe poderoſo, y que deſeaba el agradarme por todos caminos. Sali, como digo, de Dalmacia, y conmigo llenos de galas, y de plumas quantos ſeñores ay en ella, menos Ariſteo, que perdido de zelos, con aſſegurarle yo con hartas lagrimas, de que no avia de caſarme, aunque me viera amenazar el pecho con mil puñales, quiſo atropellar con mi hermano, con el Senado, y aun con mi padre, que por verle querido del Pueblo, le aborrecia. Llegamos, pues, adonde nos eſperaba mi enemigo, y recibiòme con grandes fieſtas, ſi bien, como yo no eſtimaba al dueño, todo lo recibia con enfado; y aſſi, para que no paſſaſſe adelante en ſus demonſtraciones, una tarde que le hallè ſolo, le dixe (ſabe Dios con quanta modeſtia) que amaba à mi primo Ariſteo, porque me avia criado con èl deſde que nacì; y que aſſi, como tan diſcreto, y entendido, me diſculpaſſe con mi padre, y conſigo miſmo, amparando aquel amoroſo delito, ſi acaſo lo era querer bien à un hombre de mis años, de mi ſangre, y de tan altas prendas como Ariſteo. Traxele á la memoria, por exemplo, y diſculpa de mi voluntad, los milagros q hecho el trato en los coraz no ſolo de quien tiene ojos mirar, orejas para oìr, y vol para querer, ſino en aquell getos, que aun ſon incapaz razon. Acordèle el ſuceſſo d ſiſe, Reyna de Candia, qu cendida en los amores de u ro, buſcò trazas para gozarl ferile el extraordinario guſ algunos que han amado (de ſer por no ir por la ſenda cc de los otros) coſas ſolo indign voluntad, ſino agenas totalm de ſentido; como Xerxes á u bol, llamado Platano, Cip una cierva; á un cavallo Se mis; y Pigmaleõ á una eſtat tas, y otras coſas le dixe, au con los efectos, q̃ con las pal que no ay mejor informant un ſuſpiro, ni mas fuertes nes, que quatro lagrimas, de una muger que no es muy por vér ſi podia reducirle à favoreciеſſe mis honeſtos a coſa que debiera hazer M dro de laſtima ſiquiera, q no fuera de corteſia, ſi con groſſero, deſabrido, y be fuera corteſano, y diſcreto, cible. Finalmente, mas re mientras mas zeloſo, y mas de, mientras mas obligada reſpondió, que aunque me avia de ſer ſuya, pues yà a lido para eſſo de Dalma

à acariciar, y à advertir que
ba, porque una muger ſin vo-
ad, era cuerpo ſin alma, alma
otencias, prado ſin yerva, ar-
in hoja, mina ſin plata, con-
ſin perla, fuente ſin agua, y
lad ſin gente, añadiendo por
gearle, que bien conocia yo
ito mejor me eſtaba ſu em-
, ſino que la fuerza de la vo-
ad me hazia elegir lo peor, ſin
der à los meritos de ſu perſo-
y al aumento de mi calidad.
alganme los Dioſes, qué triſte
es rogar à perſonas de entra-
duras, y entendimiento toſ-
Digolo, porque ni por verme
ro Meleandro bañar ſus pies
ardientes lagrimas, ni por ad-
irle, que antes de verle no era
ſa ſuya querer à otro, ſuè
: para que ſe moſtraſſe cor-
io ſiquiera yà que no enter-
do. Viendo, pues, que mi
nano, y èl eſtaban reſueltos à
hizieſſe la fuerza lo que no
n podido los alhagos, loca, y
dida, dixe à vozes, que era
ſpoſo Ariſteo, y que avia de
er la vida, por defenſa de eſ-
noroſa, y licita pretenſion.
lmente ofendieron eſtas pala-
los oidos de Arnaldo, y de
:andro; del uno, porque de-
: por Ariſteo, le parecia deſ-
ito de ſu perſona; y del otro,
ue conſentir que me caſaſſe
Palmacia, era quitarle de todo
punto la eſperanza de la Corona;
y aſſi, juntos à otro dia (ſegun
deſpues ſupe) trataron de que yo
murieſſe à ſus manos, en caſtigo
de mi rebeldìa, porque lo demàs
fuera bolver muy deſayrados à
Panonia el uno, y el otro à Dal-
macia. Quando los hombres crue-
les, y poderoſos llegan por algun
accidente à convertir el amor en
aborrecimiento, no ſe contentan
menos, que con poner en el ulti-
mo eſtremo de miſeria la perſona
que amaron en otro tiempo; y aſ-
ſi los dos traydores, y cobardes
Principes determinaron entre sì
ſacarme de Palacio á la ſiguiente
Aurora, con alguna cautela, y
llevandome al mas vezino monte
quitarme la vida, y enterrarme en
lo mas eſcondido, para que nunca
pudiera ſemejante traìcion venir
á ſaberſe, porque ſin duda penſa-
rian todos, que por huir de caſar-
me contra mi guſto, me avia ido
à Reynos eſtraños: coſa muy facil
de creerſe, por averlo dicho yo
muchas vezes, viendome apreta-
da de las amenazas del uno, y de
las perſuaſiones del otro: bien
agena eſtaba, ò Principe, y ſeñor
mio! aquella noche que me en-
contraſte, de eſta barbara atroci-
dad, quando vì entrar en mi quar-
to à mi hermano, diziendome cõ
ſemblante alborotado, y mirando
à todas partes, por ſi alguno nos
eſcuchaba, que ſupueſto que no

que

queria casarme con un Principe como Meleandro, y que avia hecho en servicio mio tantas finezas, el mejor medio para asseguranos de su poder, y de su rigor, era salir de aquella tierra con todo secreto, sin dar parte aun à Laudomia, que era mi mayor amiga, porque hazer otra cosa seria irritarle, y ponernos, por estár en su Reyno, à peligro de que hiziesse con nosotros una demasìa. No ay cosa mas facil de engañar que una muger, y mas quando la engaña quien tiene obligacion à tratarla verdad, y diziendo que ella desea. Era mi hermano quien me persuadia, y á cosa que me estaba bien el creerle, claro està que no avia de penetrar la sangrienta venganza que me prevenia; y assi, pensando que eran los passos de mi remedio los que daba, siguiendole, salimos à piè hasta los muros de la Ciudad, donde tenia prevenidos cavallos, y como yo no sabia el camino, aunque via que me llevaba por parte que de suyo era sospechosa, presumiendo que seria traza para deslumbrar à Meleandro, si acaso à la mañana hiziesse diligẽcia para buscarnos, le seguí con no pequeño sobresalto, por ser de noche, y saber que iba con quien acaso deseaba mi muerte, hasta que en lo *mas retirado del bosque encontra-*
mos con un Cavallero, que cubierto el rostro, nos saludò cortès, mas apenas escuchè su voz, quando conocí que era Meleandro, y tuve por cierto qualquier mal sucesso en agravio mio. Apeóse Arnaldo, y llegandose à mi me dixo: Aora veràs, aleve Ismenia, (que no te llamo hermana, porque no es tu liviandad digna deste nombre) como te casas con Aristeo; y vendandome con una liga los ojos, despues de atarme pies, y manos, me notificò la sentencia injusta de mi muerte; y assi, alexandose un buen rato para fabricarme el sepulcro, porque la sangre vertida no descubriesse donde quedaba depositado mi cadaver, me dexaron sola en parte donde oìa los ecos de los azadones, cuyos golpes fuè providencia del Cielo, que no me quitassen la vida, quizà porque se lograsse la noble piedad que á este tiempo usò conmigo vuestra Alteza, *quando* escuchando mis tristes suspiros, y lastimosas lagrimas, llegò, y me quitó las prisiones, libertando mi yà desesperada vida, pues despues de Dios, vos solamente puedo dezir que me la disteis.

Mucho estimò Cloridano el favor que Ismenia le avia hecho en darle tan por extenso parte de sus fortunas; y prometiendole segunda vez ayudarla en quanto pudiesse, hasta ponerla en su
no, prosiguieron su viage

forma dicha, llegando à Tracia dentro de breves dias, donde como les dixeſſen, que la Princeſa eſtaba en una Caſa de Campo, diſtante ſeis millas de la Corte, cuyo nombre era el Palacio Encantado, por eſtàr hecho con tal artificio, que lo parecia, ſe partieron al punto deſeoſos de verlo, y verla; y entrando por una hermoſa Floreſta, que cercaban en torno roſales, naranjos, y jazmines, vieron un Cavallero de gentil talle, y brio, que por ſer (ſegun deſpues pareciò) aficionado con eſtremo à la muſica, iba cantando eſtas Canciones en ſu alabanza.

Deydad, que al Cielo ſubes,
Muſica celeſtial à quien el viento
Entre rayos, y nubes
Adora en la Ciudad de ſu elemento;
Baña eſta vez mis labios,
Porque parezcan menos tus agravios.
De tu armonico modo,
Quiſo ſin duda el Cielo aprovecharſe,
Pues muſico en ſu modo,
Al ſucederſe, unirſe, y dexarſe
Los criſtalinos velos,
Onze Sirenas ſon los onze Cielos.
Tu elevacion ſuave,
No ſolo al hombre, al animal admira;
A la fiera, y al ave,
Que tu voz, dulze hueſped de la Lyra,
Lleva ſolo en las ſeñas,
Aun cartas de favor para las penas.
El Muſico Tebano,
El racional hechizo de las fuentes,
Viò eſta verdad ufana,
Quando al tener peñaſcos por oyentes;
Por varios orizontes
Caminaron à piè tras él los Montes.
No ay animal tan rudo,
Que no buſque camino al deſenfado,
Yà ſuſpirando mudo,
Que es el tono mejor de un deſdichado.

Yà con tiernos enojos,
Muſica en que el compàs llevan los ojos.
Madruga el Gilguerillo,
Con dulze lengua cantando ſus fatigas;
Haze el obſcuro Grillo,
Yà entre celdas de corcho, yà entre eſpigas
Mil paſſos de garganta,
Y haſta una fuente que murmura, canta.
Cancion, detèn el paſſo,
Que te eſperan los ſoles del Parnaſo:
Mas ſi eſcuſar no puedes la batalla,
Diſſimula la voz, aprende, y calla.

Quando no por el talle, mirandole de mas cerca, por la voz, y por los verſos conociera el Principe que era Ariſtofanes ſu privado, que ſaliò con èl de Acaya, y la noche que encontrò à Iſmenia, por averſe adelantado le avia perdido. Llegòſe al Principe, y deſpues de beſarle los pies, y darle muchos parabienes de averle hallado, los llevò à una caſa de placer, que eſtaba al lado izquierdo del Palacio, aderezada ſolo à fin de apoſentar los foraſteros que vinieſſen á la diſcreta pretenſion de Fenix, donde aviendo comido, y deſcanſado, le dixo en preſencia de Iſmenia de eſta ſuerte:

Luego, ſeñor, que te perdì aquella noche, me di toda la priſa que pude por buſcarte, y por alcanzarte; y como deſpues de aver hecho toda la diligencia poſſible, *ne dixeſſen en Tracia*, que no *ſa llegado Cavallero* alguno de tus ſeñas, y que la hermoſa Fenix eſtaba en eſta Floreſta, me vine à ella, con animo de ſaber de ti, y juntamente la cauſa que tiene à Fenix, deſterrada à eſtas ſoledades, pudiendo eſtàr en ſu Corte, ſino con mas divertimiento, à lo menos con mas grandeza. A lo qual me han reſpondido todos, que viendo ſu Alteza, que de todas partes ván viniendo diferentes Cavalleros, y perſonas *Reales*, à la voz de que quiere caſarſe por eleccion de ſu guſto, y no por guſto de ſu Reyno, y que ſi eſtuviera en la Corte, la competencia de los unos, y la emulacion de los otros, avia de ſer cauſa de muchos alborotos, muertes, y deſgracias, determinò (traza al fin de ſu ſoberano ingenio) retirarſe à eſte ſumptuoſo Palacio, donde viniendo algun nuevo pretendiente, tiene ordenado, que la dè memorial, en que la refiera ſu

lido

lidad, ſu eſtado, y ſu reſolucion; y en viniendo en las condiciones neceſſarias para ſu intento, ſe dà licencia que entre dentro del Palacio, donde por peregrino modo, en el breve tiempo de dos meſes experimenta ſu valor en las armas, ſu ingenio entre las letras, y ſu capacidad en las materias de eſtado, y luego ſale con condicion que ha de eſperar un año entero en eſtas Floreſtas, donde al cabo de èl, eſcogerá al que mejor le pareciere; de eſta manera ay muchos que han entrado, y ſalido del Palacio, y aora eſperan el dia que yà eſtà ſeñalado, ò para ſu ventura, ò para ſu embidia; y dizen, que allà dentro ſe paſſan grandes aventuras, en que ſe prueban el valor del Cavallero, y el buen guſto de la Princeſa.

Admirados quedaron Cloridano, y Iſmenia de la ingenioſa traza que tenia Fenix para elegir marido que fueſſe, ſi pudiera, perfecto en todo, ò que por lo menos ella ſe ſatisfacieſſe de mas cerca, y aſſi, viſitandola juntos à la mañana, y dandole parte èl de ſu amor, y ella de quien era, y de las fortunas que la avian ſacado de ſu Reyno, apenas la hermoſa Princeſa conociò la calidad de entrambos, quando al Principe diò licencia para poder entrar en Palacio, con muchas mueſtras de agradecimiento, y à Iſmenia recibiò en los brazos, como à deuda ſuya, prometiendola ſu favor en todo contra Arnaldo, y contra Meleandro. Deſpidiòſe con eſto Iſmenia de Cloridano, à quien ſe ofreciò de nuevo por un continuo Abogado para los oìdos de ſu prima, en pago de lo mucho que le debia. Y á la ſiguiente tarde, deſpues de aver jurado, como los demàs, de aguardar à que ſe cumplieſſe el plazo de la eleccion, ſin reñir con ningun Cavallero ſobre aquella pretenſion, porque lo que era materia de guſto, no avia de hazerſe campo de batalla: ſe hallò junto al Palacio, en compañia de Temiſtocles, hijo del Rey de Samarcia, que avia venido con el miſmo intento, y llegando á la puerta que era de bronce, cercada de veinte colunas de marmol, que hazia admirable ſu arquitectura, apenas hizieron los dos Principes una ſeña que les avian dado, quando ſe dividieron las puertas, ſin vèr perſona alguna que las abrieſſe, y entrando ſe bolvieron á cerrar con la miſma violencia, quedando de parte de adentro eſculpidos en el miſmo bronce dos fieros Leones, tan vivos al parecer, que cada uno de los dos valeroſos mancebos ſe previno caſi de empuñar la eſpada para defenderſe. Paſſaron deſde la puerta à un patio, adornado con igual proporcion de bale-

nes, y galerìas con una hermoſiſſima fuente en medio, que ſobre la taza de alabaſtro tenia de bronce dorado una figura de Cupido, parecida en lo coſtoſo á aquella que hizo Fidias de marfil, y oro, de grandeza de veinte codos, en cuyo eſcudo eſculpiò la batalla de las Amazonas con los Gigantes. Tenia puesto el arco ſobre el brazo izquierdo, ſaliendo de èl, en lugar de flecha, un hermoſo pedazo de agua, que ſalpicaba unos claveles que al rededor tenia, bolviendoſe con gracioſo impetu àzia todas partes, quizà por no enojar á las demàs flores, que haſta un clavel puede ſecarſe de embidia de vèr regar à otros: pluguiera á Dios ſe quedaſſe eſta condicion ſolamente en los claveles. Y eſtando divertidos con admirar las flores, los balcones, y la fuente, ſintieron abrir dos puertas, q̃ eſtaba la una enfrente de la otra, y que ſalian dos Damas, llamandoles á cada uno por ſu nombre; y aſſi, deſpidiendoſe los dos aventureros con mucha corteſia, fueron à obedecer á quien les eſperaba, entrandoſe Temiſtocles con Policena, Camarera de Fenix, y Cloridano con Serafina ſu Secretaria, á quien ſiguiò el diſcreto Cavallero, ſin hablar palabra, haſta que llegando à una ſala tan olo-

roſa, y deſenfadada, como bien *veſtida de eſcritorios*, bufetes, brocados, y pinturas, donde le dixo Serafina, que avian de eſtár aquellos dos meſes; la preguntò deſpues de agradecerla el buen hoſpedage, la cauſa de querer ſu ſeñora eſcoger eſpoſo por aquel camino, pudiendo mas facilmente experimentar el valor de ſus pretendientes en torneos, maſcaras, y fieſtas Reales, y el entendimiento, que es la parte del alma, en las Academias de la Corte, donde los ingenios à porfia deſcubren los quintales que tienen, aſſi en el verſo, como la proſa. Lo primero (reſpondiò Serafina) fuera peligroſo, por ſer tantos los que ſolicitan ſu caſamiento, y hallandole en ſemejantes lances era fuerza, que unos, y otros ſe encontráran, y viniera à parar en tragedia lo que avia comenzado en guſto. En quanto á lo ſegundo, me eſpanto que ſiendo V. A. tan bien entendido, no *advierta*, que en las Academias no ſe prueba con certidumbre el ingenio de los que las curſan, y mas ſiendo ſeñores, à quien nunca falta un Poeta que les trueque à eſtos los verſos, y conſientan que tengan diverſo padre que el que conocieron en ſu primera turqueſa. Aqui, ſeñor, no ay eſſe peligro, porque no eſtà en parte, donde para nada ſe pueden meter oficiales. El que aqui es valiente, ſi ſolo es, ſin apelar al favor

y

nigos, y de los criados. El
to, no ha de tener Secreta-
ie le note los papeles. El
no ha de conſultar agenas
s para los verſos, ni el Po-
ha de hurtar las razones de
à ningun Corteſano, por-
s aſſumptos que le dàn ſo-
ie eſcriva, aſſi en lo uno,
en lo otro, ſon conformes
amen de Fenix, que tal vez
a que eſcrivan ſobre lo que
imaginaron; y aſſi, conoce
:upulo ninguno el que ſa-
:l que ignora, el valiente, y
no lo es.

i eſto acabò Cloridano de
ar el intento de la hermoſa
; y como anochecieſſe, y le
taſſe Serafina ſi queria luz,
s reſpondiò que ſi, quando
tre los eſpacios que hazian
años de brocado ſe apare-
ſeis buxias, que ſin vèr
las avia encendido, ſe puſie-
bre unas peanas de plata
orada, que eſtaban fixas en
na pared; y deſpidiendoſe
ia, le dexò tan ſolo, como
ido de la novedad de coſas
ia viſto en tan poco tiem-
ſta que por ſer yà hora de
viò que por encima de un
, que eſtaba arrimado à un
, ſe iba retirando àzia fuera
on, al modo de los que tie-
nen las Religioſas para meter, y
ſacar los ornamentos, donde hallò una eſplendida, y abundante cena, con un papel, en que le mandaban, que en cenando ſe recogieſſe à una quadra que eſtaba mas adelante, con una cama, tal, que no pudo echar menos la que dexaba en ſu Palacio.

De eſta manera eſtuvo algunos dias, ſin atreverſe à hazer mas de lo que le ordenaban, porque cada mañana le dezian por un papel en lo que avia de gaſtar aquel dia; y como eſtuvieſſe una tarde quexandoſe de la hermoſa Princeſa, porque ſe eſcondia tanto de ſus ojos, que con aver un mes que vivia en ſu Palacio, no avia merecido verla una vez ſiquiera, de alli à un rato ſintiò, que por la parte de arriba le arrojaban un papel, que eſtimò mucho mas que los otros, porque la letra, y la firma era de Fenix, en que le dezia, que à cerca de aquella quexa que tenia, por no averſe dexado vèr; ſi hazia verſos, eſcrivieſſe un Soneto, y ſino un papel, que no paſſaſſe de doze renglones; y aſſi tomando la pluma, por parecerle mas à propoſito los verſos que la proſa, para dezir un alma lo que ſiente, eſcrivió á ſu diſcreta quexa eſta Epigrama.

Por qué, Fenix, por què tantos candados,
Para quien ſolo vè por los oìdos?
Que no ſon los rigores merecidos,
Quando ſon los deſeos tan honrados.
No piden premio, Fenix, mis cuydados,
Que no es premio eſcuchar los ofendidos,
Pues entre ſer oìdos, y admitidos,
Ay peligro de ſer mal deſpachados.
Yà, Fenix, no temo, aunque ſe eſtrene
Tu fuego en mi, porque ſi yà eſtoy ciego,
Lo que yà ſe padece, no ſe teme.
Tu me miraſte, y me abraſaſte luego,
Pues aunque el fuego quanto encuentre queme,
Siendo ceniza, què ha de hazerme el fuego?

Pareciò tambien el Soneto, aſſi à la Princeſa, como á todas ſus Damas, que à peticion de todas ſe embiò à combidar para un ſarao, que tenian ſus Damas prevenido aquella tarde. Baxò el Principe yà mas contento, quanto mas favorecido, á un ſalon, donde eſtaban quatro Damas con diferentes inſtrumentos, tañendo, y cantando con tanta deſtreza en lo primero, como ſuavidad en lo ſegundo. Y deſpues entraron coſtoſamente veſtidas, y ſin mucha coſta hermoſas, Iſmenia, Serafina, Clavela, Pinarda, Policena, Aurora, Laura, y Segiſmunda, luciendo entre todas, como el Sol entre las Eſtrellas, la hermoſiſſima Princeſa, que venia la ultima. *Hizieronſe* ella, y Cloridano gran*des corteſias*; y ſentandoſe en un eſtrado de tela rica, mand[illegible] aſſiento al Principe en un[illegible] que eſtaba mas adelante. E[illegible] zòſe, pues, el ſarao entre las [illegible] bizarras Damas, con tanto [illegible] to, y gallardìa, que con eſ[illegible] Principe tan divertido co[illegible] puede imaginar de quien [illegible] tan cerca la cauſa *de ſu deſ*[illegible] ſiego, tal vez le arrebataba [illegible] atencion; por una parte, la d[illegible] ra de la bien concertada m[illegible] y por otra, los ayroſos compa[illegible] las mudanzas. Sucediò, final[illegible] te (deſpues de aver habla[illegible] rato con Fenix, acerca del [illegible] de ſus amores) que como ſe [illegible] yeſſe un guante, que fuè di[illegible] caxa de ſu blanca mano, Cl[illegible] no le alzò con tanta priſa, [illegible] buen deſenfado, que ſin at[illegible] à que podia enojarla, vene[illegible]

r, y llevado de ſu deſeo,
:le la tomò la mano, y
ler eſcuſar, ſe la besò,
ien es accion de reveren-
eſpeto, Fenix lo atribuyò
:s à demaſia, y atrevimien-
a iba à ſatisfacer el Prin-
ı ſu corteſia, quando di-
, y aun atemorizado con
ı ruìdo que ſe oìa al lado
lo de la ſala, en el breve
de tiempo que gaſtò en
los ojos para vér lo que
bolviò toda la pared, y
donde eſtaba Fenix, que-
n ſu lugar otra colgadura
ndiente en todo à la que
deſaparecido. Admirado
ſuceſſo; y viendo que las
Damas ſe iban por la miſ-
:e que avian entrado, qui-
:tener à Iſmenia, para ro-
ıtercediеſſe con ſu prima
erdonaſſe, pero no pudo,
quando lo quiſo hacer,
ue de repente ſe hundia
ſala con tanta violencia,
o meneſter todo ſu valor
dàr vozes, porque en un
ſe hallò por una canàl,
reſpondia á todas las qua-
es de la ſala, en otra que
nas de tres eſtados de la
. Mas con ſer tan forzoſo
ı que pudo tener en ſeme-
aſion, era tanto lo que à
eſa quería, y ſintiò mas el
ie la avia dado con ſu
atrevimiento, que el ſuſto que
avia recibido con la baxada; y
aſſi, determinandoſe à ſatisfacer-
la de la manera que guſtaſſe, co-
mo no fueſſe perdiendola (que
eſto yà fuera perder la vida) co-
mo ſi la tuviera delante, dezia afli-
gido, y enamorado:

Yo te confieſſo, ò ſeñora mia!
que paſsò mi amor los limites del
reſpeto que debió á tu perſona;
pero ſi bien ſe advierte, como eſ-
ta demaſia procediò del amor
que me abraſa el pecho, parece-
me que pudiera perdonar la liber-
tad del efecto, por la nobleza de
la cauſa: tomète una mano, y
llevèla á la boca, delito que le ne-
gociò mas mi voluntad, que mi
groſſeria: fuera de que tampoco
quiero echarme toda la culpa,
aunque es forzoſo que me alcanze
toda la pena, pues tambien la tu-
viſte tu para que yo me deſenfa-
daſſe: combidòme tu liberalidad
à un ſarao, diſteme ſilla junto à tu
miſmo cielo, donde gozè tus ſo-
les tan de cerca, que tal vez ad-
vertidamente me tentè el veſtido,
penſando, que como el corazon
eſtaba abraſado, lo eſtaria la ro-
pa. Mas ay de mi! que como ſon
rayos, hizieron conmigo lo que
con un arbol, à quien dexan la
corteza entera, y el centro con-
vertido en ceniza. Los favores
que me hiziſte, aunque diſſimula-
dos, fueron tales, que ſi le puede
dezir

dezir, me desvanecieron, y aun me aventuraron à ser tantalo de tus cristales, y de tus ojos. Ellos Fenix, ellos tuvieron culpa, pues segun me miraban amorosos, parece que me salian por fiadores de qualquier empeño. Verdad es, que ay muchos hombres en el mundo, que sin darles la Dama la menor ocasion, se atreven à profanar su recato, con la licencia solamente que les dà su misma descortesia; pero por la mayor parte, digo, que de los arrojamientos de los hombres tienen la culpa las mugeres. Digo esto, porque si he de dezir todo lo que siento, por si acaso me escucha, ó Fenix tu hermosura, yá mas desenojada, tu me miraste, y tu me favoreciste con tanto estremo, que me pareciò que era cortedad no parecer yo al galàn en alguna cosa; y de buena razon, assi lo debia entender, porque en las mugeres comunes, como no ay verguenza que perder, recato que aventurar, ni gravedad que resistir, no importa, no, los descuydos de los galanes, porque quando ellos no se dèn por entendidos de sus amores, ellas son tan libres, que lo dirán sin embarazo ninguno. Mas una persona grave, una Dama principal, y una deydad tan alta *en quien* à un tiempo mismo se *dán la batalla*, la entereza, y el *amor*, *la* modestia, y la voluntad: claro està, que no ha de dez hombre claramente, hom te quiero, sino que basta u no mirar de los ojos, y ur gria de la boca. Pero apr mas este mi amoroso desc miento, què fuerza te he O què malas palabras te he para que tan sin piedad me la vida? Pues poco menos á ser, privarme de la luz ojos. Ay Fenix mia (pl Dios que lo seas) y como si quisieras con los estremos te adoro, no hizieras tant lindres de una niñeria. Qu ama, con qualquiera cosa zona, que esto de sentir p cion, y no por experiencia, sa de no dolerse del dolor otros tienen. Dame tu qu ras algo del amor que me que, à buen seguro que p por todo, y aun *por dicha* muràras despues con tus a de mi cortedad, que aunq das las demàs fingen desp solo por cumplir con su h dad, porque nunca estàn m tentas, que quando un hor toma la licencia que ellas aunque parece que la rehu esta manera se disculpaba dano, para consigo misn enojo que avia dado à Fe bien ella estaba tan lexos se enojado de veras, que parte de adentro le s

aquella libertad amoroſa, por verle tan ſuyo, tan amante, y tan determinado; pero como algunas vezes para lenguas agenas ſuele ſer de tanta importãcia la eſtimacion propia, como avia avido tantos teſtigos en aquella accion, fùe meneſter apelar à ſu deſdèn, para que no ſe deſcubrieſſe ſu voluntad. Eſtando, pues, el confuſo Principe, ſin ſaber adonde avia de ir deſde aquella ſala, que por eſtár mas baxa que las otras, aunque era muy temprano, parecia que era de noche, viò una pequeña luz que entraba por los reſquicios de una puerta que eſtaba enfrente, y quitando una ſola aldaba que tenia, reparò en que ſe paſſaba por ella à un jàrdin tan deleytoſo, y apacible, que quando no fuera por ſalir de la obſcuridad en que eſtaba, por gozar ſus flores, quadros, fuentes, arboles, y pinturas, podian perderſe los mayores entendimientos del mundo: Soplaba un dulze zefiro entre las hojas tan blandamente, que las liſongeaba mas que las ofendia, porque el Sol eſtaba yà tan de paſſo, para amanecer en los antipodas, que ſolo ſervian ſus rayos de alumbrar al dia, no de dàr peſadumbre al campo; recogianſe las flores en ſus miſmos cogollos, temeroſas quizà de los ſerenos de la noche, que aun para conſervar una corta vida, es meneſter mirar por ella con muchos ojos; corrian las fuentes perlas, y criſtales, ſiendo cada gota una liquida vida de las plantas, y todo finalmente reſpiraban tan caſtos olores de azuzenas, retamas, y claveles, que podian competir con las deſtiladas aguas, y mas purificadas armas de las Ciudades. Combidado, pues, de tan varias coſas, entrò el Principe en el deleytoſo jardin; y eſtando mirando en un eſtanque aſſomarſe atrevidamente los pezes à la criſtalina zeloſia del agua, à probar en otra eſfera, quizà los ciertos enſayos de ſu muerte, reparò en que de repente ſe obſcurecia el Cielo, à lo menos por la parte donde él eſtaba; daba vozes el ayre contra los cipreſes, y arrojando las nubes truenos, y relampagos, empezaban à regar el ſuelo con diluvios de agua: bien echò de vèr Cloridano, que por ſer en Agoſto, y aun no ſer bien anochecido, era aquella tempeſtad artificioſa, porque muchas veces avia viſto ſemejantes engaños en Milàn, Florencia, y otras partes, donde ſi es meneſter, fingue en una ſala un mar entero; pero la porfia del agua, aunque fingida, era tan grande, que le obligó á bolverſe à reparar à la miſma puerta por donde avia entrado, mientras ſe paſſaba la fuerza de aquella nube tan bien imitada-

mas

mas quando yà iba reſuelto à defenderſe en ella, le detuvo el vér, que en el miſmo umbral ſe le paſsò un hombre veſtido de ſoldado, que con un arcabuz en la mano, y ſu eſpada en la cinta, amenazaba à qualquiera que oſſaſſe piſar la obſcura ſenda de aquella puerta; y ſi bien es verdad que el Principe tenia conocido, que todo quanto avia en aquel Palacio, era ſupueſto, aunque veriſimil, con todo eſſo, entonces eſtuvo muy cerca de engañarſe, porque viendo que el hombre ſe meneaba, creyò que ſeria verdadero, y que Fenix le avia embiado para que le dieſſe la muerte, en caſtigo de la ofenſa de aquella tarde; y aunque por entonces le detuvo, no es miedo, que los nobles no le tienen, ſino el rezelo de penſar el peligro en que eſtaba ſu vida; con todo eſto, viendo que el agua iba creciendo, y que eſtaba empeñado en entrar por aquella puerta, aunque huvieſſe otras, porque no ſe dixera en ningun tiempo, que ſupo temer quien avia nacido con ſus obligaciones, ſacando animoſo la eſpada, y terciando la capa al brazo; le dixo, que le dexaſſe paſſar adelante, porque importaba à ſu comodidad, y á ſu reputacion; y como no le reſpondieſſe palabra, ſi bien harto dezia con *las amenazas*, le dixo yà colerico: *Pues hombre*, ſoldado, ò lo que fueres, ſi me tiráres, procura a tarme, porque ſi me yerras, vida de Fenix que he de haz dos mil pedazos, y llegan haſta la miſma puerta, le diò chas cuchilladas, imaginãdo ſi pre, que ſino le tiraba, ſeria no aver dado lumbre el peder haſta que llegandoſe mas ce con animo de quitarle el arca de la mano, vió que era tod barro. Tanta era la ſutileza que eſtaba hecho, que le pudo ner por un rato, no ſolo conſi ſino temeroſo. Y como en tiempo ceſſaſſe la tempeſtad agua, con que por un rato pu artificio levantar aquel teſti nio al Cielo; pues parecia, *qu* ſolo podia ſer, como ſiempr es el Auror de aquellos *efe* el Principe ſe ſentò en un eſ de verde yedra, que por eſtá rimado à la pared, *ſe avia libr* de la violenta fuerza del ag haſta que vinieſſe alguna perſ que le guiaſſe á ſu quarto; como oyeſſe ruìdo àzia la pu de una galeria que eſtaba à ſi do, temeroſo de otro ſuceſſo mo el paſſado, ſe puſo en piè ſuelto à todo quanto le pud venir, ſi bien le aſſegurò bien to de eſte ſobreſalto, vèr qu nian àzia él, Iſmenia, y Sera que ſaludandole con mucha teſia, y encareciendole junta te el juſto enojo con que eſta

nceſa, le advirtieron, que im-
taba que ſe fueſſe con ellas à
las, porque eſtaba bien cerca
aquella eſtancia, para que in-
:ediendo todos con ſu Alteza,
ıplaſſe el rigor que contra él
ia. Alegròſe el Principe con
buenas eſperanzas, y con la vi-
ı de las hermoſas Damas, cuyos
ſos ſiguiò, atraveſſando mu-
ıs ſalas, y corredores de tan ex-
ordinaria riqueza, y arquitec-
a, que iba dentro de sì miſmo
ıfirmando, quan juſtamente
naban encantado aquel ſump-
ſo Palacio, porque yà que no
:ra, lo parecia, ſegun el arte; y
la de figuras con que eſtaba
ueſto, porque en una ſala ſe
an con diſtintos inſtrumentos
muſica, muchas hermoſas, y
n prendidas Damas; en otra,
ı eſpadas, y broqueles varie-
: de ſoldados, que hazian un
antoſo ruìdo, formando entre
os una, al parecer tan ſan-
:nta batalla, que à un miſmo
npo alborotaban, y entrete-
n. Paſſando por un corredor,
: caìa al patio, en que primero
ivo, ſalieron de todos los bal-
es tantos cochetes, y bombas
uego, que apenas cabian en el
:, con ſer una Ciudad tan dila-
ı. Mas adelante avia una ſala
nde, ſin que en ella ſe vieſſe
ı de ſeda, ni de yeſſo, ſino pin-
s de ſumo precio, y otra toda
de eſpejos diferentes, pueſtos, y labrados con tal artificio, que cada uno hazia diverſo roſtro à una perſona. En efeto, deſpues de aver viſto, y admirado tantas coſas, llegaron al quarto de Fenix, à quien pidiò perdon el Principe, prometiendo de nuevo obedecerla en todo quanto le mandaſſe; y como en viendo el Reo la cara de ſu Principe, por derecho queda perdonado: aſſi Fenix, mas à ruego de sì miſma, que de Serafina, y Iſmenia, porque quien quiere de veras, no ha meneſter tercero, le perdonò, y bolviò à ſu gracia; advirtiendole, que ſu ſentimiento no avia ſido por la licencia que ſe avia tomado, ſino por ſer con tantos teſtigos, donde ſe recatò, y en tercera corrian peligro, ſino hiziera con él aquella demonſtracion.

Si quien ama (reſpondiò Cloridano) eſtuviera ſiempre prevenido de la cordura que debe tener, poca ocaſion tuviera el amor de uſar de la condicion de Dios en el perdonar errores, y atrevimientos. Poco ama, ò hermoſa Fenix, quien ama ſiempre tan ajuſtado á las leyes del entendimiento, que no reſerve alguna oſadia para la voluntad; y poco ama tambien quien eſtà ſiempre tan en los eſtrivos de ſu reſpeto, que no conſiente, como ſea honeſto, un amoroſo deſenfado, y

mas ſabiendo que procede de un afecto tan noble, como grande. No viene mal aqui el exemplo de aquel Filoſofo, que eſtando con toda ſu familia en unas fieſtas publicas, que hazia Roma, como un mancebo eſtuvieſſe enamorado de una hija ſuya, aunque viò que lo notaba todo un vulgo, era tanto el amor que le abraſaba el pecho, que ſin atender à ningun inconveniente, tan ciego, como enamorado, ſe llegò à ella, y delante de todos la besò en el roſtro. Viendo eſta liviandad un hermano de la donzella, en defenſa de ſu honra ſacò la eſpada, y furioſo ſe fue para èl, con animo de matarle: mas pueſto en medio ſu padre, le reportò, y detuvo, diziendo: Tente, tente, que ſi eſta es culpa que naciò de amor, y matamos à quien nos quiere bien, qué dexamos para quien nos quiere mal? No ay duda, ſino que eſta reſpueſta, aunque parece diſcreta, fue poco honroſa, y que eſte Filoſofo, ò anduvo muy padre deſte tiempo, ò no ſe preciaba de muy colerico. Mas con todo eſſo, ſirven de exemplo eſte, y otros ſuceſſos, ſemejantes, para que quando las demaſias ſe fundan en voluntad, hallen buena acogida aun en los ojos de la perſona contra quien ſe comete *la culpa.*

Pues no penſeys (replicò la *Princeſa*) que aveys de ſalir perdonado, aunque mas bolvays vueſtra voluntad, ſin alguna nitencia, ò caſtigo que ſatisfa ofenſa cometida, porque una es perdonar la culpa, y otra f facer la pena; lo primero, le à mi liberalidad, y al ruego v tro, y de mi prima Iſmenia: lo ſegundo à mi rectitud; y para cumplir con ella, aveys d crivir en caſtigo de aquella ga teria, porque no me eſtà bien marla atrevimiento, uno de lo ſumptos que vos miſmo, mas ſuerte, que por eleccion, os te redes; y ſacando de un eſcrit un libro dorado, le dixo, abrieſſe por quatro partes, y de ellas eſcogieſſe la que *guſta* para hacer una Oracion, que guiente dia avia de referir y à ſus Damas, pues el Cielo le dado tan cumplidamente en dimiento, y *gracia para t* Obedeciò el *Principe con mu* guſto, teniendo á liſonja la p tencia, pues era tal, que qua Fenix no ſe la diera, èl miſm ſoliciṫára, para tener mas oca de agradar à ſus ojos; y abriendo por la primera hoja yò que le aviá caìdo en ſuer formar un perfecto Principe, las condiciones neceſſarias dignidad; y retirandoſe al p à ſu apoſento, eſtudiò, y eſcr aquella noche la ſiguiente cion, que à la mañana en p

e Fenix, y de todas ſus ami-
Damas, ocúpando ellas un
do, y èl una ſilla, refiriò de
ſta manera.

El ſugeto que ayer me ocu-
bellìſſima Princeſa, y diſ-
s Damas *l)* pedia, ſin duda,
tiempo, mayor eſpiritu, y
lelgada pluma; pero como
erto, que el empeñarme en
n tan heroyca, ha nacido
le mandato vueſtro, que de
mpcion mia, ſirviendome de
lpa la obediencia que os ten-
rada, diré à mi parecer, en
s razones, què coſtumbres,
calidades debe tener aquel
à por herencia, ò yà por va-
ropio nace con obligaciones
vernar, y defender à ſus vaſ-
. Y para eſto ſe ha de ſupo-
rimeramente, como coſa aſ-
da, que el ſeñorio nunca to-
os hombres, ni por Ley Divi-
por Ley Natural; por ley di-
no, pues nacen todos deſnu-
obres, y llorando, como en
de que ſolamente los ſupre-
Dioſes ſon Principes del Vni-
; por ley natural tampoco,
ſto que por ella todas las co-
n comunes. De manera, que
ente por ley humana, y po-
ſe repartieron las juriſdicio-
ligiendo en cada Republica,
ovierno politico, un ſeñor
loables coſtumbres, y pu-
merecimientos, que los Pue-
blos libres por naturaleza, ſe le ſu-
jetaſſen de comun conſentimien-
to, haciendole cabeza de aquel
cuerpo, y dandole dominio perſo-
nal ſobre ſus acciones. Tirano ſe
llama aquel, que ni por ſuceſſion
de ſus mayores, ni por eleccion de
ſus vaſſallos, ſino por medios ilici-
tos, como ſon, dadivas, engaños,
crueldades, violencias, y amenazas,
conſigue el Reyno, que no le toca, y
el Señorio que no le pertenece.

Eſto ſupueſto, el que fuere Prin-
cipe, por ley humana, debe ſer co-
mo en la dignidad, tàn ſuperior á
todos en las coſtumbres, que no ſo-
lo ſea dueño de las haziendas, ſino
de las almas; ſiendo en primer lu-
gar tan religioſo, en las coſas di-
vinas, que nunca tenga deſconten-
tos, ni à los Dioſes en el Cie-
lo, ni á ſus Miniſtros en la tierra.
Por eſto dixo Poſidonio, hablan-
do de la Religion de los Roma-
nos, que eran tan valientes con
los enemigos, como religioſos con
los Dioſes; y quizá lo primero pro-
cedia de lo ſegundo, que muchas
veces mala fortuna en la guerra,
tiene ſu principio, no en el valor
de los contrarios, ſino en tener
enojado al Cielo por algunos deſ-
cuydos conſiderables. A eſte pro-
poſito cuenta Plutarco, que lle-
vaba Sila en las guerras una ima-
gen de Apelo en el pecho, cuyo
retrato beſaba, y llamaba muy
à menudo, como á ſu protector,

para alcanzar victoria de ſus enemigos. Y de Lucio Alcimo refiere Tito Livio, que mandó una vez à ſu muger, y à ſus hijos, ſe apeaſſen de una carroza, porque acertò á llevar en ella una de las Virgenes Veſtales, exemplo, aunque Gentil, que nos enſeña el reſpeto que han de tener los Principes á las coſas ſagradas.

Mucho importa tambien ſer el Monarca honeſto, porque en ſiendo vicioſo, los vaſſallos pecan á ſu cuenta, porque dizen que pecan à ſu exemplo. Scipion Africano echò una vez de ſu Exercito dos mil rameras. Y Claudio Marcelo, queriendo dàr el aſſalto á la Ciudad de Siracuſa, mandò publicar por edicto, que ningun ſoldado, pena de la vida, oſaſſe violar la pureza de las mugeres.

No es de menos luſtre en un ſeñor la verdad en ſus dichos, y hechos, de ſuerte, que ſe dè mas credito à una palabra ſuya, que á mil juramentos de hombres particulares. Notable á eſte propoſito es el exemplo de Arilio Regulo, que quiſo mas entregarſe al ſuplicio de los Cartaginenſes, que romper la palabra que les avia dado de bolver à verſe con ellos; y el del Rey Alexandro, que perſuadiendole Parmenon hizieſſe una coſa, que aunque le eſtaba bien, era contra ſu credito, y palabra Real, reſpondiò: Si fuera yo Parmenon, yo lo hiziera, mas ſiendo, como ſoy, Alexandro, no puedo.

No puede encarecerſe con palabra quanto importa en un Principe ſoberano la magnanimidad, como fue la de Fabio Maximo, quando en un encuentro que tuvo con los Cartaginenſes, aviendo perdido el numero de ſus quinientos ſoldados, y recibido una herida mortal en el pecho, embiſtiò contra Anibàl con tan valiente impetu, que antes que cayeſſe muerto, le quitò la diadema de la cabeza.

Aſſi miſmo debe ſer el Principe conſtante en los trabajos corporales, como lo era Miſiniſſa, Rey de Numidia, que ſiendo de noventa años, ſi era meneſter, traìa los pies deſcalzados por la nieve, ſin rendir el animo à la fortuna, porque ſabia muy bien, que las desgracias por la mayor parte las embian dirigidas los Dioſes á los varones grandes, como à perſonas capazes de reſiſtirlas. Por eſto es tan celebrada aquella entre las demàs excelencias de Demetrio: „ Para mi (dize) ninguno me pa„ rece mas infeliz, que aquella à „ quien jamàs ſucediò coſa adver„ ſa, porque à eſte tal nunca fe le „ permitió hazer experiencia de „ ſu valor, quizá porque eſtaba „ prompto à dexarſe vencer.

Quando á la obſervancia de leyes, conviene que ſea confu

ıs que haze, y publica, ſino es
ſean tales, que traygan la ſo-
rraſtrando para ſu inobedien-
y aſſi, para huir eſte peligro,
'iene que ſe mire con mucho
rdo lo que ſe determina, co-
ıizo Alexandro Severo, que
s firmò conſtitucion ſin el
ejo de veynte Juriſconſultos
iſſimos. No tuvieron los Ro-
os de ſu parte para la dura-
de ſu Monarquia, ſino la pun-
dad en obedecer las leyes, ſien-
anta, que aviendo mandado
:ato (ſegun refiere Valerio)
nadie ſalieſſe de las trinche-
ın buſca del enemigo, por-
ſupo que ſu hijo avia peleado
ra eſta orden, aunque bolviò
:edor, le condenò à muerte,
iendo mas uſar con ſu ſangre
:iguridad, que con ſentir que
xeſſe, que en Roma ſe permi-
los ſoldados violar las leyes
les ordenaban ſus Capita-

gunos quieren dezir, que no
ıble en los grandes Principes
ydado de los eſtudios, y pro-
ın de buenas letras, porque
ivierte del valor que deben
r quando ſe ofrece tomar las
ıs: como ſi empleaſſe alguna
radicion la ciencia, y la mili-
los libros, y las lanzas, antes
anda tan junto lo uno con lo
, que mas ſe ayuda, que ſe
va. *De Gordiano* Empera-

dor refiere Lucio Capitolino, que
puſo mas cuydado en eſcuſar las
Eſcuelas, que en llegar teſoros à
coſta de la ſangre de ſus vaſſallos,
y no por eſto ſe deſcuydò en las
coſas tocantes al govierno, ni ſe
dexò atropellar de ſus enemigos
en el campo. Antonio Pio, no ſo-
lo daba ſalarios, ſino dignidades
à los hombres doctos, haciendo
particular cuydado de que los pre-
mios los buſcaſſen à ellos, y no
ellos á los premios, que de buena
razon, la mayor diligencia para
alcanzar el oficio, no avia de ſer
el ſolicitarle, ſino el merecerle.

No ay duda, ſino que la libera-
lidad es el mas lucido eſmalte que
puede tener un Principe entre las
demàs virtudes de que ſe adorna.
Es la liberalidad atributo de Dios,
porque ſiempre nos eſtà dando;
pues algunos dizen, que ſe deriba
eſte nombre del miſmo verbo, que
ſignifica dàr. Y ſupueſto, que los
Reyes ſon retratos, y eſpejos del
miſmo Dios, no ay duda, que pues
le imitan en el poder, le deban
tambien remedar en el oficio. Y
aſſi, perſuadanſe los grandes ſe-
ñores, que aunque por ſu ſangre
lo ſean, no han de ſer tenidos
por tales, mientras á imitacion de
Dios no dieren, y favorecieren á
los que le ſirven, y ſe amparan de
ſu grandeza. O què bien enſeñò
eſta doctrina Alexandro Magno,
Catedratico de Prima, de la libe-

ralidad; quando pidiendole un hombre comun cierto dinero, le diò una Ciudad; y replicandole el que recibia, que miraſſe lo que le daba, le reſpondió: Toma la Ciudad, tomala luego, que ſi tu me pides como hombre humilde, yo tengo obligacion á darte como Alexandro.

Y aunque es vèrdad que ſea precepto del Cielo adminiſtrar ſiempre juſticia, tal vez conviene afloxar el arco, porque el Pueblo no ſe deſconſuele, que ſi Dios perdona ſolo con pedirle miſericordia, el Rey que le ſubſtituye, tambien debe perdonar algunos delitos: mas eſto ſe ha de entender en caſos que el perdon no ſirva de eſcandalo à los ofendidos, y dén nuevas alas à los delinquentes, ſino quando las culpas ſon tales que engendran piedad en los que las oyen. La equidad principalmente, es la que ha de preſidir en las acciones, y juìzios del Monarca, ſin que los ruegos de los validos, los favores de los deudos, y las informaciones de los apaſſionados baſten à torcerle: y mas ſi ay parte que pida, y ſangre que dè vozes. El verdadero Juez ha de ſer como el Sol, que juntamente alumbra à los valles, y los montes, las ſierras, y los campos; à todos ha de caſtigar, y para todos *ha de aver juſticia*, que no eſtà *contento el Cielo* quando en las Republicas ſolamente ſe executan las leyes con los pobres, y alrebès, quando por ſer el delinquente poderoſo, todas ſe gloſſan en ſu favor, ſu pecado es merito, ſu mentira es verdad, y ſu malicia es inocencia, porque à los ricos aun no por lo que dàn, ſino por lo que pueden dar, ſe les liſongea. Què coſa es vèr, quando ſucede un caſo ſemejante, como el Miniſtro diſculpa, el Letrado defiende, el Fiſcal deſmaya, el Procurador dà vozes, el Eſcrivano abona, el teſtigo miente, y el Juez ſolo atiende à los deſcargos, ſin darſe por entendido de los delitos, porque eſtá el mundo tan codicioſo, que es neceſſario que el reo ſea pobre, para que cada uno, como deſintereſſado haga bien ſu oficio.

Finalmente haciendo un epilogo de todo lo dicho, digo, que el perfecto Principe ha *de ſer* religioſo en el Culto Divino, honeſto en las coſtumbres, verdadero en ſus dichos, conſtante en ſus hechos, magnanimo en ſus eſtudios, recto en adminiſtrar juſticia, y piadoſo en torcerla, ni violentarla; y ſi à todo eſto ſe juntàre la hermoſura en el roſtro, y la gallardia en la perſona, ſeria de gran conſuelo para los vaſſallos, porque la belleza exterior del cuerpo, fuera de que tiene correſpondencia con la del alma,

ta mucho en aquellos, que por
za han de ser adorados, y vis-
de todos; y por esto los Indios
an por Rey al de mejor cara;
s Etiopes daban el Cetro al
aventajasse à los otros en la
encia.

dmirò de manera al discretis-
auditorio la docta oracion
Cloridano, que quando no tu-
a las partes que hemos dicho
ser querido, solo la del en-
dimiento bastaba para hacerle
do de quantos le tratassen. Y
, viendo Fenix que tenia to-
las condiciones que avia pin-
en su imaginacion para ser su
so, se declarò con èl, y diò
bra de ser suya, con tan gran-
muestras de voluntad, que
ió casi con lagrimas, que se
plieſſe el termino de los dos
es, en que era fuerza salir del
cio; mas viendo que no po-
ser menos, se despidiò de èl
harto pesar de no poder de-
arle luego por Rey de Tra-
, si bien le dixo, que supuesto
era forzoso por estàr empe-
a su palabra Real, à aguardar
ia en que toda su Corte espe-
que declarasse por marido al
icipe que mejor le pareciera,
esse paciencia, pues ella la te-
, que quizà no le queria me-
; añadiendo, que para con-
de entrambos, la escrivieſſe
dia, avisandola de su salud, y
de su voluntad, pues yà poco
mas, ò menos, avia echado de vèr
con quanto gusto estimaria lo
uno, y agradeceria lo otro. Sa-
liòse con esto muy contento el
Principe, de verse tan favorecido
de su hermoso dueño, cumplien-
dola tambien la palabra, que no
huvo dia que no la escrivieſſe en
prosa, y verso muchas veces,
agradeciendolo ella tan liberal-
mente, que à todo respondia, y
correspondia, pues tal vez se de-
xó vèr de noche, si bien con el
recato debido à su Real persona.
Llegòse en este tiempo el solem-
ne dia de su eleccion, y despues
de aver precedido, fiestas, musi-
cas, y regocijos, estando en un
trono que guarnecian alfombras,
sedas, y brocados, acompañada
de sus hermosas Damas, deudas, y
señoras, y hallandose presentes
quantos Grandes, y Titulos avia
en su Reyno, sin los Principes
que avian concurrido à esta pre-
tension, cuya fineza agradeciò
con grandes cumplimientos, y
cortesias, señalò por el mas di-
choso, y por el mas digno de su
belleza à Cloridano, à quien to-
dos dieron la norabuena, alaban-
do el buen gusto que Fenix avia
tenido, porque suele ser tanta la
fuerza de la verdad, que aun los
mismos interessados lo confiessan.
Y assi, para festejarle, y dàr á en-
tender à todos, que no les avia pe-

ſado ſu fortuna (que tal vez es tan diſcreta la embidia, que ſabe deslumbrar lo miſmo que ſiente) trazar en un torneo de à cavallo que echando ſuertes entre los naturales, y foraſteros, ſobre quien le avia de mantener, le cupo à Roſelino, gran privado de Fenix, y unico amante de Serafina, el qual, por moſtrar quanto la queria, hizo el cartél, publicando, que ſuſtentaba que ella ſola en el mundo, deſpues de Fenix, à quien por ſu ſeñora, y por ſu hermoſura, confeſſaba por unica deydad de todas las gracias, era la mas bella, y la mas digna de ſer amada. Divulgòſe el torneo por todo el Reyno, previniendoſe todos los ſeñores que tuvieron noticia de eſta propoſicion, para contradezirla, por eſtàr aficionados de otras hermoſuras, y no querer paſſar por el arrojamiento de Roſelino. Y llegando el feſtivo dia, adornado el tearro de ricas colgaduras, y cubierta la plaza de ſeñores, y de toda ſuerte de gente, eſtando Cloridano, y Fenix en ſus aſſientos, Serafina al lado de ſus Altezas, y mas adelante todas las Damas por ſus antiguedades, menos Iſmenia, à quien un ſubito accidente (ſegun ella dixo) diſculpò de no hallarſe preſente en ocaſion de tanto guſto; entrò el mantenedor, acompañado de todo lo mejor de la corte, de verde, y nacar, con lazos de oro, y flores de las lantejuelas, armas doradas, y un cavallo que llaman el Narciſo, porque con mas diſculpa que el hijo de Liriope, pudiera enamorarſe de sì propio. Traìa pintado un Cielo claro, hermoſo, y reſplandeciente, en que eſtaba preſidiente el Sol, como Monarca de los demàs Planetas, y enfrente de èl la Luna adornada de infinitos rayos, que la hazian, ſino igual al Sol, ſuperior à las otras luzes, y una letra por mote, que dezia:

Si ha de eſcoger mi fortuna
Vna luz, que en arrebol
No la aventaje ninguna,
No aviendo de ſer el Sol,
Què Eſtrella como la Luna?

De plata, y leonado, con armas blancas, al ſon de varios inſtrumentos, entrò en ſu ſeguimiento el galán Artemidoro, enamorado de Policena, aunque por entonces tan reñido con ella por unos zelos, que yà tenia opinion de averla perdido. La pintura era un corazon que heria ſu propio dueño, como ſino fuera ſuyo; y la letra eſta redondilla; que aunque antigua, vino à propoſito para dezir todo lo que queria, y lo que temia averla enojado.

Deſpues que mal me quiſiſteys,
Nunca mas me quiſe bien,
Por no querer bien à quien
Vos, ſeñora, aborreciſteys.

Tràs él entrò Alexandro, Prin-cipe de Cherſoneſſo, de morado, y azul, cuaxado al campo de me-morias de oro, y unas cifras del nombre de Clavela, à quien feſte-aba por galanteria: no tràia pin-tura ninguna, ſino una Letra, que enfadado de lo que eſtaba el man-tenedor ſuſtentando, dezìa con al-guna colera:

Para mi, lo que yo quiero,
Aunque no quiera la gente,
Es lo mejor ſolamente.

Deſpues de aver corrido Ar-naldo, entrò, ſino mas rico que todos los demàs, mas galàn que muchos, Rugero, ſecreto amante de Pinarda, porque el aver naci-do pobre le tenia tan acobarda-do, que apenas ſe atrevia à hacer las permitidas bizarrias del galan-teo, teniendo à mejor fortuna el morir de corto, que el verſe atro-pellado por deſvalido. Venia de roſa ſeca, plata, cavallo blanco, y corpulento, que parecia quando ſe meneaba, ò que era monte de nieve con freno, ò riſco de ala-baſtro con alma; las armas eran blancas, y las plumas de las dos colores *del veſtido; tràia por pin-*tura al Amor ciego, lleno todo de lenguas, y con dos candados en la boca; dando à entender, que aun-que con las palabras no dezia ſu amor, con ſu ſilencio le publica-ba, y cifrabaſe la letra en ſolos dos verſos, que dezian:

Harto dize
Quien calla, y ſirve.

A eſte modo entraron muchos Cavalleros, en cuyas lanzas ſuce-dieron diverſos accidentes, con-formes à la fortuna, y eſtado de cada uno, haſta que à todos ſuſ-pendiò un Cavallero, que con ar-mas negras, y doradas, y todo lo demás correſpondiente à las ar-mas, entrò con ſu padrino, y pre-ſentando la targeta, vieron que tràia, en ella pintado un corazon, que dos manos partian por medio con violencia, y por letra eſta re-dondilla:

Con razon puedo temer,
Porque aunque tenga razon,
Vn hombre ſin corazon,
Facil ſerà de vencer.

Corriò con tan buena ſuerte las tres lanzas el diſfrazado Cavalle-ro, que los Juezes ſentenciaron que era ſuyo aquel pueſto; y aſſi, apartandoſe à un lado Roſelino, embidioſo de ſu deſtreza, y de ſu valentia, le diò el lugar que el

nia, à tiempo que ſe preſentò en la plaza con ſu padrino un aventureto, tan ſobervio en el modo, y en la perſona, que parece que miraba à ſu contrario como à vencido en profecia. Venia de dorado, y nacar, bordado el campo con hilos de oro, y hojuela de lo miſmo; y traìa por pintura la fabula de Dafne, y Apolo, con eſta letra:

Si à los Cielos no te ſubes,
O he de gozarte muger,
O en arbol te has de bolver.

Todos eſperaron con atencion el ſuceſſo de los dos aventureros, tanto por ſaber qual de los dos quedaba victorioſo, como por ſaber quien fueſſe, porque haſta entonces ninguno de los circunſtantes los conocian. Sucedió, pues, que partieron entrambos con tanta furia, que encontrando al Cavallero que avia vencido á Roſelino en los pechos à ſu enemigo, le ſacó de la ſilla con tanta fuerza, que cayò por encima del cavallo en el ſuelo, tan mal herido, que aun no tuvo animo para ſacar la eſpada. Alborotaronſe con eſte ſuceſſo los Cavalleros que ſe hallaban mas cerca, y principalmente los padrinos, que metiendo mano á las eſpadas, el uno queria *vengar al herido*, y el otro defen*der al victorioſo*. Ofendiòſe de eſta accion Cloridano, porqu guardaban las leyes de la con da; y aſſi, para apaciguarlos dos, mandó al Capitan de ſu G dia, que los prendieſſe, y tra à ſu preſencia para conoce Mas viendo que los dos cor tientes eran Ariſteo, y Mel dro, y que Meleandro era el avia caìdo tan deſgraciadame que dentro de breves horas muerto, hizo buſcar á Iſmenia ra darſe tan alegres nuevas, y mo no la hallaſſen, ni en el P cio, ni en toda la Corte, ella ma ſe deſcubriò, diziendo, por ſaber que ſu eſpoſo Ar avia venido en buſca de Mel dro, quiſo acompañarle en aq lla ocaſion, y ſervirle juntam de padrino, para vèr ſi llega encontrarſe con ſu enemigo. cho agradeció Cloridano la za de Iſmenia, *prometiendo* nuevo ſu favor, ſi fuera mene para contra Arnaldo. No ſerá neſter (dixo Arnaldo, que quien acompañaba á Melean pues yo me rindo deſde luej mi hermana, como à mi Reyn ſeñora, para que juzge mi de y ſe caſtigue como quiſiere, bien sé que es grande, y dign qualquiera pena. Mas ella, que no le debia ninguna vo tad (tanta fuerza tiene la ſan pidiò à Cloridano, y à ſu prim tercediſſen con Ariſteo para

en ningun tiempo tratasse de la venganza, puesto que la mayor era verle tan avergonzado. Supose todo este suceso en Dalmacia, y viendo Eduardo quan mal avia salido con sus intentos, se diò en melancolizar con tantos estremos, que los años que eran muchos, y sus tristezas, que eran muchas mas, le quitaron la vida, dexando por sucessor, à mas no poder, à Aristeo, como esposo de Ismenia. Las bodas se celebraron en Tracia, siendo padrinos de Ismenia, y Aristeo, Cloridano, y Fenix, y de Serafina, y Roselino, Aristeo, y Ismenia, sucediendo à estas bodas la de Artemidoro con Policena, Alexandro con Clavela, Rugero con Pinarda, Lucindo con Aurora, Celio con Laura, y Francelino con Segismunda. Con que se puso fin à las fiestas, ahora le tendrà el Palacio Encantado, que fabricò Fenix para su casamiento.

No puede encarecerse el gusto que tuvieron quantos assistieron à esta fiesta, con la exemplar, gustosa, y entretenida Novela que avia referido Celio, dandole el lauro en la disposicion de las materias humanas, y divinas, con que se puso fin al precepto deste dia, y se diò principio à la cena, sirviendo delante este Soneto, que cantò un excelente Musico, pintando las lagrimas de una Dama.

***

Corre con pies de sonorosa plata,
Huyendo de sì mismo, un arroyuelo;
Y dando bueltas por el verde suelo,
Con cinta de cristal las flores ata.
Cruza la selva, y candido retrata
Quanto encuentra su liquido desvelo;
Pisa un jazmin, y vistese su velo,
Aja una flor, y mirase escarlata.
Assi de Clori en liquidas querellas,
Baxò como pintada mariposa
Vn diluvio de lagrimas, ò Estrellas.
Tocò las flores de su cara hermosa,
Y como el agua se detuvo en ellas,
Vnas veces fue nieve, otras fue rosa.

EL PIADOSO VANDOLERO.

NOVELA VNDEZIMA.

EStà Valencia en aquella parte de Eſpaña, que ſe llamó Tarraconenſe, en una llanura fertiliſſima, y abundante de todo lo neceſſario, para el regalo, y guſto de ſus moradores; y aunque es verdad, que el trigo le viene de acarreo, el buen govierno que tiene en eſta parte, es tan grande, que ſuple la falta de la coſecha propia, teniendo de ſobra aun aquello miſmo que no tiene. Es rica de armas, bien guarnecida de ſoldados, ſobrada de mercaderias de toda ſuerte, y ſobre todo de tan alegre ſuelo, y Cielo, que en el Invierno es muy poco, ò ninguno el frio que hace, y en el Verano ſe templa el calor con los freſcos ayres, *què por la parte del Mar combaten ſus murallas*, y Jardines, *que ſon infinitos*, por la multitud de cydras, y naranjos. Bañala por el lado izquierdo el Rio Guadalaviar, que paſſa entre el muro, y el Palacio, á quien ſangran diverſas azequias, aſſi para regar los jardines, como para beber los Ciudadanos. Al otro lado, que es el que mira al Mar, cae el Albufera, diſtante por eſpacio de tres *millas*, con abundancia de *todo genero* de peſcado. Los muros de la Ciudad ſolian ſer de figura redonda, y las puertas por donde ſe entraba, quatro; la primera, Batelena; la ſegunda, Baldina; la tercera, Xarcana; y la quarta, Templaria (llamada aſſi por una Igleſia, q edificaron alli los Templarios.

Llamòſe un tiempo Roma, porque ſignifica en Griego lo mismo que Valencia en Latin, ó que algunos attribuyen ſu fu cion à un Rey Moro, que tu

miſmo nombre; y ganòla finalmente el Rey Don Jayme, dia de el Arcangel San Miguél, deſpues de un largo cerco, en el año de mil dozientos y treinta y ocho.

Aqui, pues, nació Don Vicente Pox, un Cavallero galán con eſtremo, y tan diſcreto como galàn, ſiendo ſobre todo tan preciado de buena lengua, particularmente con las mugeres, que agradecidas à ſu modo de hablar, comunmente le llamaron el Honrador. Faltaronle ſus padres à los veinte años de ſu edad, quedando por dueño de un iluſtre, y rico mayorazgo. Sus ocupaciones eran las que pedia ſu calidad, ſin tocar en vicioſo ni diſtraìdo, porque jugar las armas, hacer mal à un cavallo, ſalir á caza, eſcrivir verſos, y galantear à una Dama con fin honeſto, no ſon exercicios de que ſe puede ofender el Cielo, ni la Naturaleza. Eſtando, pues, una mañana en la Lonja de la Igleſia Mayor, en un corrèo de mancebos de ſu miſmo porte, tratando de materias diverſas, ſe llegò à la converſacion uno tan deſembarazado en el dezir mal, y tan preciado de que daba guſto con lo que dezia, que no entraba muger, ni hombre por la Igleſia à quien no fatirizaſſe, repitiendo defectos mas que medianos algunas veces. Yà ſe iba enſadando Don Vicente *de aquel modo* de truhaneria; porque hacer reìr à unos à coſta de la opinion de los otros, ſi es gracia, ſuele ſer muy poco ſegura, quando viò entrar por la puerta de la Igleſia una Dama, à quien luego conociò, porque lo era ſuya, que quien ama por la menor brùxula del manto, diviſa à pocos lances lo que deſea. Hizieronla todos grandes corteſias, à que Camila (que aſſi ſe ha de llamar eſta ſeñora) pagó con una muy cumplida reverencia, que nunca eſtorva la urbanidad al recato, y mas quando no paſſa los terminos de la modeſtia. Era Camila tan linda por ſu cara, tan principal por ſu linage, y tan virtuoſa por ſu recogimiento, que con tener Don Vicente las buenas partes que hemos dicho, aun la amaba deſconfiado de merezerla; y aſſi, pareciendole, que no podia dexar de tener excepcion ſu hermoſura en la lengua de aquel Cavallero, empezò à encarecer ſu gala, ſu belleza, ſu diſcrecion, y ſu honeſtidad, mirando ſiempre á Don Claudio (que aſſi ſe llamaba el maldiciente) con deſeo de oìrle dezir bien de alguna perſona aquella mañana. Todos confeſſaron generalmente, que tenia razon, ſin entender ninguno, que naciеſſe aquella paſſion mas que de la fuerza de la miſma verdad, porque como diſcreto era ſecreto, tanto, que aun de ſus mayores amigos

ocul-

avia recatado aquella voluntad, porque; en fin, los amigos pueden ſer enemigos, y à vezes el mas confidente es el primero que haze el tiro. Muchos hombres ay, que dizen mal de los otros ſin colera, ni ofenſa, ſino por coſtumbre, y entretenimiento, como ſi fuera habilidad mantener una converſacion con agravio de los auſentes. De eſtos era Don Claudio, ſabia lo que paſſaba, y aun lo que no paſſaba, daba comos, tràia cuentos, rebolvia amiſtades, y llevaba tan mal, que ſe hablaſſe de nadie bien, que como ſi D. Vicente le huviera hecho un gran peſar, le dixo:

Con los hombres del Lugar, ſeñor Don Vicente, que lo andan, y ſaben todo, eſcuſado es encarecer las coſas con tanto eſtremo, porque no correſpondiendo la fama à la pintura, es irritar la paciencia del que eſcucha, para que diga todo lo que ſabe. Eſta Dama es muy linda, principal, y diſcreta; pero no tan eſcrupuloſa en guardarſe, ni tan ariſca en reſiſtirſe como v. md. la Pinta, que yo ſé alguno que ha merecido de ſu boca favores, que paſſan mas allà de comunes. Vos ſereis, ſin duda (reſpondiò D. Vicente) el dichoſo que los merece, porque ſi no es aſſi, no pudierades arrojaros à dezirlo tan claramente. No digo yo, que lo ſoy, *(replicó D. Claudio)* ſino que le co*nozco, y que le he viſto con ella* muchas veces. Entonces Don Vicente, que yá eſtaba rebentando, mas de mohino, que de zeloſo, le dixo: No me admiro tanto, ſeñor D. Claudio, de que v. m. alcanze deſta Dama los favores que dice, como de que los publique tan libremente; porque lo primero, es dicha, ò merito, y v. md. lo puede tener todo; pero lo ſegundo, es tener poca atencion al decoro de eſta ſeñora, deſcuydo que no cabe en las perſonas de ſus obligaciones de v. md. ſi bien para conmigo, y para con eſtos Cavalleros, no pienſo que ella avrà perdido nada, porque como no ay obligacion de cumplir lo que ſe promete en daño de tercero, aunque ſea con juramento, aſſi imagino, que no la ay de creer lo que ſe dize en menoſcabo de las Damas, cuya opinion ſe debe anteponer à todo, fuera, de que la fuerte *razon*, que ay para no creerlo, *con ſu buena licencia*, es, que lo diga v. md. miſmo, porque los queridos ſiempre callan el favor, y ſolamente los deſpreciados ſon por la mayor parte los que dàn vozes; pues algunos ſe alargan à blaſonar, no de lo que hizieron, ſino de lo que quiſiera hazer, teniendo aun por mas deleyte, el dezir lo que no hazen, que el hazer eſſo miſmo que dizen. No digo yo, que à v. md. alcanza parte deſta condicion que es ageno eſte lenguage.

lẽcio que ſe debe guardar en ocaſiones tan apretadas, ſiquiera por no echar à perder con una palabra, lo que deſpues no ſe puede remediar con muchas. Para la hõra, ſenor Don Claudio, apenas ay reſtitucion, como para la hacienda, pues por mas que ſe vea la verdad con los ojos, es tan cabiloſa nueſtra malicia, que ſiempre ſe queda con la duda de lo que oyò, que es condicion antigua de los hombres, aplaudir mas facilmẽte á la afrenta que ſe duda, que à la virtud que ſe confieſſa, menos aora, que por ſer tan clara la opinion que tenemos de la honeſtidad de eſta Dama, aunque por la parte de muger eſtaba ſujeta á qualquiera liviandad, por la de ſer quien es, nos aſſegura del menor eſcrupulo; y para que v. md. diga lo miſmo que yo digo, aunque parece que quiere dàr à entender lo contrario, oyga eſte argumento. La ſeñora Camila es diſcreta con eſtremo, aunque viſta, no lo parece ſegun es hermoſa; y ſiendolo, es fuerza que tenga lindo en el eſcoger, que ſiempre ha de eſtàr quexoſo lo mejor. Eſto ſupueſto, yo ha dos años que la galanteo, y no ay duda, ſino que ſoy mas galàn que v. md. aunque lo ſoy menos que todos los demàs. Soy tambien mas rico, porque mi mayorazgo alcanza quatro mil ducados de renta, y no sé ſi v. md. los tiene de principal. Mas bien entendido (aunque parezca mal, que yo lo diga) porque haſta aora v. md. no ha dado mueſtras de ſu ingenio, y yo tengo hechos muchos actos poſitivos en la celebre Academia de eſta Ciudad, para merecer algun lugar entre los muchos que profeſſan buenas letras. Quanto à la nobleza, bien ſaben todos, que no debe mi ſangre nada à la mas iluſtre; y quanto al valor, que es de lo que ſe ſuelen aficionar las Damas, cierto es que tengo yo tan donzella la embidia, como v. md. la eſpada. Pues ſi ſiendo eſto aſſi, y teniendo fama de que sé callar, no he merecido ſiquiera que me eſcuchen, como quiere v. m. que me perſuada yo, ni nadie, á que aya v. md. triunfado de una ſeñora tan honeſta, y recogida, que apenas ſabe el nombre de ninguno de los que aqui eſtamos? Y aſſi, ſirvaſe de templar la lengua, y mas en materias de tanto peſo; porque arrojarſe de eſta materia, para qualquiera de los preſentes, viene à ſer mas agravio, que liſonja; pues cierto (à mi à lo menos aſſi me lo parece) que quien habla mal de los auſentes, no los hace la injuria á ellos, pues no eſtán donde pueden bolver por sì, ſino à los que ſe hallan delante, pues las tiene en tan baxo predicamento, que le parece que ſe holgaran de oir ſemejantes infa-

mias

mias; y ay aqui muchos hombres de bien, para que v. md. haga de ellos tan mal concepto.

Los hombres que libran todas las reſpueſtas para la lengua, y no para las manos, ſalen de ſu caſa reſueltos à no recibir ninguna peſadumbre, aunque ſe la dèn de todas maneras. Don Claudio era tan ocaſionado en eſte genero, que ſi huviera de defender todo lo que dezia, y reñir con quantos agraviaba, era meneſter, que de dia, y de noche anduvieſſe con la eſpada en la mano; y aſſi, haciendo donayre de lo que qualquiera tuviera por ofenſa, lo que reſpondiò á D. Vicẽte, fue preguntarle, adonde predicaba á otro dia, porque tenia muy buen eſpiritu, y lo avia hecho eſtremadamente: ſi bien aquella Dama no cumplia con ſu obligacion, ſino le embiaba un regalo de lienzos, y dulzes, ſiquiera por aver pretendido à lo de Cavallero andãte, deshazer aquel tuerto hecho à la ſeñora Camila, añadiendo quanto el ſer mas galàn, y diſcreto, y entẽdido, que no faltarian Doctores para ſentenciarlo; y que entre tanto, mas valiera que lo dixera un vezino: ſi bien él ſe rendia deſde luego, porque no tenia por entonces colera hecha, y tenia hecho juramento de no reñir por ninguna muger. Eſtas, y *otras frialdades*, dixo D. Claudio, *ſin querer darſe* por entendido de que D. Vicente hablaba de ve por no obligarſe à reſponderle mo Cavallero. Finalmente, fue tantas ſus chanzas, que lo que dos temieron, que ſe acabaſſe diſguſto, vino á parar en riſa, nos para D. Vicente, que corr de que atendieſſe tan poco al tido de ſus palabras. le dixo, p que no le pudieſſe ignorar: S hacer donayre de todo lo qu dizen à v.md. es treta para con var la ſalud, y diſfrazar la col dia, el mejor camino es tener rada la boca para no obligar à le dén muchas cuchilladas, por traer tan ſuelta la lengua, y tã ſuradas las manos, mas cien rieſgo, que de ſeguridad. Yo h de antes muy de veras, y con cho deſeo de que v.md. ſe enfa ſe, como yo lo eſtaba; pero yá le veo en eſtado, que ni de eſt de lo demàs ſe le darà *nada, le* vierto, que no guſto *que ſe por* à hablar donde yo eſtuviere, q que ſi me llego à canſar de ſus parates, podrá ſer que fiente obras, yá que no las palabras puedo hablar (reſpondió D. C dio) en qualquiera parte ſin nadie con razon ſe pueda qu de que pierda en hablar conm Aſſi es verdad (replicò D. Vic pero es v. md. muy bien-n para truhan, y muy peligroſo amigo de quien tiene fam ſabe hontar à las mugere

le á D. Claudio, que aquellas pa-
ras mereciã reſpueſta mas brio-
y aſſi, en confianza de que los
cunſtantes no avian de conſen-
que Don Vicente le llegaſſe á
nder, le deſmintiò publicamẽ-
ſacò la eſpada al miſmo tiem-
que D. Vicente, y los demàs;
ara caſtigar aquella ofenſa; y
s, para eſtorvar por entõces al-
mal ſuceſſo; y fue aſſi, porque
diligencias fueron tantas, y la
te que acudiò al ruído en tan-
umero, que à peſar de ſu cole
le huvieron de llevar à ſu caſa
ciego, y tan abraſado, que tal
quiſo vengar en ſu miſma per-
a el agravio que le avia hecho
Claudio, el qual ſe eſtuvo eſ-
idido algunos dias, ſin atrever-
ſalir donde pudieſſe encon-
rſe con D. Vicente, porque en-
trarle, y quitarle la vida, fuera
cierto en ſu valor, que caſi vẽ-
à ſer una miſma coſa. Era el
bo Don Claudio cuñado del
vernador de aquella Ciudad; y
que hombre que ſobraba en
, bien emparentado; y aſſi, ſus
dos, viendo el rieſgo forzoſo
que eſtaba ſu vida, hablaron al
rey, rogandole ſe metieſſe de
medio, para que ceſſaſſen
ellos enojos, y D. Vicente no
ieſſe alguna demasìa. Hallòſe
Virrey obligado à componer eſ-
eſadũbre, yà por ſer el primer
il de la Juſticia, y yà por ſer
amigo de los que intercedian por
D. Claudio; y aſſi, informado del
caſo, aunque no muy bien, porque
los que informaban eran deudos
del delinquente, los llamò à en-
trambos, y mandò llevar à dos caſ-
tillos, en tanto que ſe averiguaban
las culpas, y ſe hazian las amiſta-
des. Reſiſtiòſe à los principios D.
Vicente en dàr la mano à ſu con-
trario, y pesòle deſpues, porque
viendo el Pueblo, que èl ſolo era
quien hazia contradicion, coligiò
aun mucho mas agravio del reci-
bido, que el necio vulgo por con-
jeturas infiere quanto ſe le anto-
ja, aunque ſea en afrenta del que
padece. Triſte de aquel que cae
en ſus manos por alguna deſgra-
cia, ſi bien el conſuelo que puede
aver en eſto, es, que con todos
hace lo miſmo, ſin excepcion al-
guna de perſonas; pues vemos por
experiencia, que no eſtàn ſegu-
ros de ſu cenſura, el Rey en ſu
trono; el Valido en ſu privanza;
el Miniſtro en ſu Tribunal; el Se-
ñor en ſu Palacio; el Religioſo en
ſu celda; el Particular en ſu ca-
ſa; el Sacerdote en ſu Igleſia; la
Señora en ſu eſtrado; y el Villano
en ſu rincon. De todos habla, y
de todos murmura, ſin que à la
Mageſtad Real le valga el ſagrado
de la purpura; al Privado, la fuer-
za del poder; al Miniſtro, la Vara
de la Juſticia; al Señor, la inmuni-
dad de la ſangre; al Religioſo,

recluſion de la vida; al Particular, el miedo de la venganza; al Sacerdote, la alteza del eſtado; à la Caſada, el menoſcabo de la opinion; y al Villano, los continuos arroyos del ſudor, con que gana la miſeria que tiene. O atrevido vulgo! O beſtia fiera! O cavallo desbocado! Donde, dime, tienes los ojos, y el entendimiento, quando ſolo por tu dictamen, ſin atender à los terminos de la verdad, y de la corteſia, à los vivos matas, à los virtuoſos ofendes, à los Privados derribas, y à todos infamas? Pero baſte por verguenza, que las mas vezes te dàn con tu engaño tan en los ojos, que quedas ihanbil aun contigo miſmo para creerte.

Bolviendo, pues, à la porfia del Virrey, fueron tantas ſus diligencias, y ſus amenazas, que viendo Don Vicente, que ſino le obedecia, hazia eterna ſu priſion, y aun impoſſible ſu venganza, prometiò dàr la mano à D. Claudio, y ceder de ſu derecho en quanto pudieſſe, por hazer el guſto de ſu Excelencia, y de tantos Cavalleros, como le avian mandado aquello miſmo.

Es tan dificil el penetrar el corazon de los hombres, que lo mas acertado ſuele ſer à veces, entender al revés todo quanto dizen; pues eſtaba Don Vicente aſſegurando à un Principe la amiſtad de D. Claudio, y á eſſe miſmo tiempo eſtaba dentro de sì trazando el modo que tendria para quitarle la vida, aunque aventuraſſe en ello tan conocidamente la ſuya. Hizo el miſmo Virrey las amiſtades, y dieronſe los brazos. Pero què importa que los brazos ſe junten, ſi las voluntades, no ſolo eſtán divididas, ſino encontradas? Mucho yerra verdaderamente quien toma à ſu cargo componer dos contrarios, ſin buſcar *primero* por algun camino ſatisfacion para el agraviado, porque conſolarle ſin ſatisfacerle, es atar la herida, pero no curarla, y ſolo ſirve de dàr lugar al ofendido para que ſe vengue mas à ſu guſto; porque el ofenſor, en confianza del que ha intentado, tomando à ſu cuenta el agravio, no ſe rezela, ni ſe guarda; y el afrentado, aunque tal vez le detiene el reſpeto de los que entraron de *por medio*, como peſa mas *ſu colera, que* ſu reſpeto, y en aviendo agrávio, no ay palabra que obligue, quando menos lo imagina, toma venganza de ſu enemigo, aunque ſabe que deſpues lo ha de quedar con todos. Libre, pues, Don Vicente de la priſion, aunque empezò à trazar ſu deſagravio, publico, ò ſecreto, no pudo algunos dias, porque Don Claudio, rezeloſo ſiempre de ſu ſe recogia de noche mas temprano de lo que pedia ſu

ıſo alguna vez ſalia, era tan
ıpañado de amigos, y cria-
ıue era impoſſible hazer nin-
demonſtracion lucida. En eſ-
:mpo, como ſupieſſen los pa-
de Camila, y deudos de Don
dio, que la pendencia avia
lo principio en ſu virtud, her-
ıra, y honeſtidad, parecien-
, que ſu opinion no quedaba
, ſino ſe abonaba con los que
ı ſabido el origen de la mo-
, trataron los unos, y los
casarla con Don Claudio,
ıetiendo el Virrey darle pa-
efecto tales acrecentamien-
que pudieſſe igualar el dote,
ıchas partes de Camila.
o ſabia nada de eſto Don Vi-
, porque melancolico, yà
u agravio, y yà con penſar ſi
a ſer cierto lo que avia blaſo-
Don Claudio contra la ho-
dad de ſu Dama, que en da-
oprio ſuele un hombre creer
ſſibles, avia faltado á ſus ojos
a, y á los hierros de una re-
noche, por donde ſolian ha-
quando los vezinos dor-
. Mas viendo ella el deſcuy-
Don Vicente, á tiempo que
ıdre, y el Virrey trataban de
fueſſe ſu marido Don Clau-
por cumplir con ſu amor, le
viò un papel, aunque con mas
:ſia que otras vezes, que lle-
eniſa, *una criada* de quien
ſu pecho, *para* que ſupieſſe
de èl, y de ella el triſte eſtado de ſu voluntad. Aguardò Feniſa tiempo para que no la vieſſen ſus ſeñores ſalir de caſa, y en hallando ocaſion partiò para la de Don Vicente, el qual la recibiò tan meſurado, que conoció en ſu deſabrido ſemblante, ó ſu enojo, ò ſu deſamor, que ſiempre es el roſtro interprete de los ſentimientos del alma. Diòle el papel, y recibiòle ſin los eſtremos de alegria que otras vezes: leyò el ſobre eſcrito, como quien hazia novedad del ſuceſſo, y rompiò la nema tan de eſpacio, que parece, ò que no le deſeaba, ò que ſolo le leìa por cumplimiento, que toda el anſia de los zelos, es, dàr á entender, que ſaben eſtàr enojados, y que tienen animo para paſſar ſin los favores de la Dama. Finalmente, apartandoſe à un lado, dexando à Feniſa entretenida en vér unas pinturas, y paìſes, que adornaban los marmoles de una galerìa; besò el papel, y viò que dezia de eſta manera:

¶ Conociendo v.md. la lengua de Don Claudio, y conociendome à mi, déme licencia para que me quexe de ſu enojo, pues ha creìdo, que ſabe que no es poſſible, ni en mi recato, ſiendo quien ſoy, ni en mi voluntad, amandole como le amo. Que lo ha creìdo es cierto, pues à no ſer aſſi, no huviera dexado de verme; y ſino lo ha creìdo, como lo eſpero de ſu buen juì-

zio, mayor viene à ſer mi quexa, pues viene à ſer ingrato ſin diſculpa. Yo la tengo al preſente para matarme, ſegun ſon las penas que me afligen, pues deſpues de no vèr à v. md. tratan mis padres de darme por marido à Don Claudio, para que quede mi honor ſin ningun eſcrupulo; ſi v. md. me quiere, como dize, tiempo tiene para eſtorvarlo, y de la manera que quiſiere, que con amor las mugeres, tambien ſabemos hazer deſatinos; v. md. es tan diſcreto, como yo deſgraciada, y de lo poco que digo, podrá inferir lo mucho que ſiento, cuya vida guarde nueſtro Señor los años que deſeo, para que me defienda de las malas lenguas; pero no para que me olvide, que lo primero es fineza, y lo ſegundo ingratitud.

Solo quien ſabe que es amor, puede ponderar la pena con que D. Vicente acabaria de leer el papel, viendo que ſu enemigo, no ſolo le avia ofendido en la honra, ſino que trataba de quitarle por un medio tan vil, lo que èl con tan honradas finezas avia merecido. Y aſſi, determinado á que no conſiguieſſe nada, tomò la pluma, y reſpondiò à Camila, diſculpando ſu mucha voluntad, y culpando ſu poca fortuna; ſi bien prometiendoſe buen ſuceſſo en todo, ſi *Dios no le quitaba* la vida. Cer-*rò el papel, puſo* el ſobre eſcrito, diòſele à Feniſa, y pagò el p rogandola no ſe detuvieſſe, poi aliviaſſe mas apriſa los peſare ſu hermoſo dueño. Hizolo aſi fiel criada, llegando ſin ſer al quarto de ſu ſeñora, la en el papel con tanta alegria, antes de leerle ſe dió por con da, y no ſe engañò, porque pues viò que dezia de eſta ſu

¶ El ſentimiento que yo quando D. Claudio dixo, que zaba los favores de v. m. no porque lo creì, ſino porque le dian creer los que lo eſcuchal que como ſea en el agravie una perſona, facilíſimament dá credito à qualquier coſa. no aver viſto â v. m. deſde ea ces, no es tibieza de mi am no miedo de ſu deſprecio; poi imagino, que como yo me con enfado haſta vengarme bien, v. m. que es lo miſmo qu ſe canſarà de verme *ofendido* no ſatisfecho. Para deſpicarm la palabra que eſcuchè à D. C dio, hartos caminos tiene la ra, y ſin aver ſangre; pero quitarme la vida, cafandoſe v. m. yo no hallo mas facil re dio, que quitar la cauſa; y e sè poco mas, ò menos com de ſer, y v. m. lo ſabrá, ſi fe con animo de dexarſe vèr, e otras vezes: la hora ſerà à n noche, el puеſto, la rexa, y e quien ha de baxar à ella, ſin

ıas, que ſus ojos, y ſus verda-
, à que me rindo deſde luego,
ıque ſea azar para quien anda
pendencia ; pero en eſte deſa-
la mayor vitoria es darſe por
cido , ſiendo tan deſiguales
ıas ; por los ojos ſe entiende,
por las verdades , no pienſo
quedo à deber nada à v. m.
a vida aumente el Cielo, aun-
ſea para ſer agena , que yo
mo tanto à v.m. que ſiempre
ıuiero vèr viva.

Bien puede creerſe , que cada
de los dos amantes deſearia la
he; ella para trazar la quietud
D. Vicente, y èl para cumplir
ſus obligaciones, ſin perder de
derecho en ſu voluntad. Las
z ſerian quando D. Vicente en-
por la calle de ſu dueño , y
que no eſtaba tan deſembara-
ada como quiſiera ; porque el
do de eſpadas, y broqueles, y
ınos inſtrumentos que ſe tem-
ban , conociò que era aparato
muſica, cuyo autor era D. Clau-
, que como en viſperas de no-
, queria feſtejar à Camila. De-
oſe D. Vicente, y conſideran-
, que romper por toda aquella
te, no era conſeguir ninguno
los dos fines, que deſeaba , ſe
ermiò á diſſimular por en-
ces , entreteniendoſe con los
nàs , para oìr por fuerza eſte
mance, q̃ ſe avia eſcrito à peti-
n de *D. Claudio* en ſu galãteo.

Pues que me han dado licẽcia,
Camila, tus ojos bellos,
Para dezir mi paſſion,
Và de penas, và de zelos.

Luego que te vì, te amè,
Porque amarte, y vér tu Cielo,
Bien pudieron ſer dos coſas,
Pero ninguna primero.

Yo muero de amor, Camila,
Mas tan dulzemente muero,
Que de morir à tus ojos
Haze gala mi deſeo.

Callando mi amor te digo,
Y callando le encarezco,
Que para un amor tan grande,
No ay lengua como el ſilencio.

Mas miento, que ya le digo
Con las lagrimas que vierto,
Con los ſuſpiros, que formo,
Y las penas que padezco.

Que ſuſpirando, amando, y pa-
deciendo,
Lo q̃ calla la voz, dize el afecto.

No pretendo, ſeñora,
Que pongas por mi reſpeto,
Ni tu cordura à peligro,
Ni tu voluntad à rieſgo.

Solo pretendo que ſepas,
Que no fué jamàs mi intento,
Profanar con mis palabras
El decoro de tu Cielo.

Verdad es, que à los principios
Naciò de burlas mi empleo,
Mas yá ſon las burlas veras,
Que no ay burlas con deſeos.

Es el amor en las almas,
Como en los hombres el juego,
Que empiezan por una riſa,

Y pierden ſu hazienda luego.
Empecè por divertirme,
Eres linda, no ſoy necio;
Piquème, perdì la vida,
Entrè libre, y ſalì preſo.
Que quien llega à burlarſe con el fuego,
O ſe quiere abraſar, ò no es diſcreto.

Acabaron los Muſicos ſu Romance, y viendo que Camila no ſe aſſomava, apelaron à otro, cuyo aſſunto era un galàn, que deſpues de dexarle la dama por otro, el galán por quien le dexaba le avia ſacado al campo, y herido mortalmente, creyendo Don Claudio, que quando no ſu amor, ſu buen guſto la avia de obligar à ſalir à la ventana, por ſer los muſicos los mejores, el tono excelentiſſimo, y las coplas eſtas:

En un valle de eſmeraldas,
Que Tirreno mar eſconde,
A los pies de ſu enemigo
Deſangrado yace un joven.
Y viendo que ya la muerte
En ſus brazos le recoge,
De aqueſta manera dize
Al que triunfante le oye:
Dos vezes eres cruel,
Pues dos el pecho me rompes,
La primera con mis zelos,
La ſegunda con tu eſtoque.
Quien pensàra, quien dixera,
Que para matar à un pobre,
Fueſſen meneſter dos muertes,
Vna aleve, y otra enorme!
De tu eſpada, y de Amarilis
Las puntas, y los rigores,
El pecho me eſtàn flechando,
Con diferentes harpones.
Mucho me hiere tu eſpada,
Pero mas ſus ſinrazones,
Que para la eſpada ay cura,
Mas no para un trato doble.
Victorioſo eſtàs, y armado,
Mas para que no blaſones,
Eſcucha mi hiſtoria, y luego,
Teme, como yo, ſu nombre.
Yo vì de aqueſta enemiga
Los dos ſoberanos ſoles,
Y pues digo que los vì,
Que los amè ſe ſupone.
Pareciòme bien, y hablèla,
Llegué en ocaſion, y oyóme;
Soy corteſano, y creìla,
Era muger, y cansòſe.
Con eſtár mi muerte en ello
Di credito à los favores,
Que como amaba el engaño,
Aplaudìa las *traìciones.*
Auſentòſe el Mayoral,
Y à dezirla fuì una noche,
Lo tierno de mis cuydados
En dulziſſimas canciones.
Mas como la hallò mi amor
Divertida en tus amores,
Lo que antes era liſonja
Vino à ſer enfado entonces.
Ofendiòſe de mi amor,
Que en llegando el duro golpe
De canſarſe la muger,
En todo la ofende un hombre.
Supoſe nueſtra contienda,
Y ſacaſteme una noche.

ımpo deſafiado,
venturoſo, que noble.
egò primero tu eſpada
el Cielo à vezes diſpone,
ſe injurien los leales,
premien los traydores.
) me matè, no tu eſpada,
quien riñe ſin favores,
lo muere primero
ſus miſmas preſunciones.
a es mi hiſtoria, y tu dicha,
n aqueſto diſpone,
mor de ſu mudanza,
o yo, las ocaſiones.
as le quiſiera dezir
affionado joven,
embargarle el aliento
n deſmayo los rigores.
po el ſuceſſo Amarilis,
le, y enterneciòſe,
ue es deydad, aunque fiera,
ue es muger, aunque bronce.
nigos, guardad los ojos,
ed ſus iras Paſtores,
rae veneno en las flechas,
e á cazar al monte.
ınociendo Don Claudio el
favor que Camila le hazia,
ſiquiera de curioſidad yà
ıo de amor, no avia querido
una ventana, enfadado de
ſprecio, deſpidiò los Muſi
quedandoſe ſolamente con
migos, de quien ſe fiaba, y
ralientes de eſtos, que ven-
las heridas, como ſi fuera
aderia; y viendo Don Vi-
: *tan buena ocaſion*, yà que
no era poſſible verſe por entonces con Camila, por aver ſalido al ruìdo de la muſica muchos vezinos à las ventanas, ſe fuè tràs ellos, y llegando à una calle, àlgo mas eſtrecha que las otras, ſe puſo delante de todos, y ſacando ayroſamente la eſpada, y un broquel, que tràia en la cinta, y llamando por ſu nombre à D. Claudio, le dixo quien era, y que ne venia à reñir con èl por el paſſado diſguſto; porque quien no ſuſtenta los agravios, no los haze, ſino à prevenirle de que no miraſſe á Camila, con eſperanza de que podia ſer ſuya en ningun tiempo, porque ya lo era de otro que merecia mas, aunque hablaba menos, y que aſſi le avia de dàr palabra, antes que paſſaſſe adelante, de no tratar de aquella pretenſion, porque lo demàs ſeria aventurarſe à mas de lo que imaginaba. Bien ſabia Don Vicente, que no avia de hazerlo, tanto por eſtàr ſus deudos empeñados en aquel caſamiento, quanto por verſe Don Claudio à ſu parecer con tan gran ventaja; mas dezìale eſto, para que ſiendo otra la cauſa de la pendencia, no pudieſſe el Virrey ofenderſe de ſu venganza, pues yà iba paliada con otra ofenſa. No merece (dixo D. Claudio) mas reſpueſta vueſtro atrevimiento, que bolveros las eſpaldas, y dexaros por loco, para

que me buſqueis quando eſtè menos acompañado; pues es cierto, que eſtos Cavalleros, que vienen aora conmigo, aunque yo ſe lo roguè, no han de querer dexarnos ſolos, y no quiero que ſe diga mañana, que reñiſteis con cinco, baſtando qualquiera de los que eſtàn aqui para vos, y para otros muchos. No ſin malicia hablaba de eſta ſuerte D. Claudio; porque lo uno era ocaſionar la colera de Don Vicente, que ſiendo ſolo, y ellos tantos, ſeria impoſſible, que eſcapaſſe de herido, ò muerto; y lo otro, juſtificaba ſu cauſa con el Virrey; porque los que los veìan dixeſſen, que ſi riñò, no fuè buſcando èl la ocaſion, ſino provocado de las demaſias de Don Vicente; el qual oyendole dezir, que à otro dia ſe avian de firmar las eſcrituras, porque aſſi el Virrey, como los padres de Camila, guſtaban de ello, los acometiò à todos con tanta furia, que cada uno tuvo harto que hazer en guardarſe de los primeros golpes, y Don Claudio particularmente ſe prometiò alguna deſdicha; porque los dos bravos que llevaba para ſu defenſa, yà porque no tenian colera, yá porque la paga no debia de ſer muy aventajada; ò lo *que* es mas cierto, porque gente *de aquel porte* no pueden tener, *ni nobleza* para eſperar, ni ani*mo para herir*, dexaron la pendencia, y ſe fueron à toda p
De los tres que quedaron, el
ſe ſintió tan mal herido, que
de valerſe del otro, para que
vaſſe donde cuydaſſen de ſu
Bien preſto pensò el animoſ
vallero acabar con Don Cla
quedando ſolo; ſi como tenia
gua para hablar, no tuvieſſ
para huir; porque apenas f
deſamparado de todos, qu
empezò à retirarſe con tant
bardìa, que al cabo ſe reſol
correr, ſiguiendo el conſejo
que dizen, que mas vale hui
una noche, que morir para
la vida; mas no es cierta eſ
gla tampoco, porque tambie
canzan las puntas à los que
ren, y aun mas facilmente,
los que aguardan; porque c
cara puedenſe apartar la he
pero à eſpaldas bueltas, reci
ſin defenderlas, *como ſe mu*
en eſte exemplo, pues retira
ſe Don Claudio, no le avia po
herir Don Vicente, porque ſa
do pies un hombre, y ſabi
traer la eſpada, es caſi im
ble que le alcanzen; y a
bolviò los ojos, quando de d
tos le alcanzò ſu enemigo,
reſiſtencia ninguna le diò d
tocadas mortales, de que
en el ſuelo; y temeroſo de q
Juſticia le cogieſſe ſi ſe de
mas, con toda priſa dexò la c
y ſe fué à la de Camilla, con

a hallò en el puesto señala-
n no poco ſuſto, coligiendo
: podia aver ſucedido de la
nza de Don Vicente; el qual
ves palabras la dixo la muer-
Don Claudio ſu contrario,
igro de ſu perſona, y junta-
: el rieſgo en que tambien
uedaba ſi ſupieſſen ſus pa-
que ſu hermoſura avia ſido
n de aquella deſdichada
e; y aſſi, ſi ſe ſentia con amor
te, lo trazaſſe de manera
lieſſe al punto de ſu caſa,
la llevaria à parte, donde
o con todo ſecreto podian
r con mas guſto, que ſe paſ-
l enojo de ſus padres, y la
del Virrey, que ſeria for-
por ſer èl à quien parece
caba aquella venganza.
en quiere bien, con facili-
raza qualquier partido, co-
re en lograr ſu deſeo; y af-
reciò á Camila tan bien el
o de ſu amante, que ſin
rſe à tomar mas parecer,
de ſu voluntad, ſe ſaliò por
ta falſa de un jardin, que
otra calle, acompañada de
, que no quiſo dexarla en ſe-
re aprieto; y determina-
dos à no ſalir de la Ciudad
uella noche, ni aun en otras
as (que en tales ocaſiones
treta como deslumbrar à la
a, eſtandoſe un mes en la
parte donde ſe haze el de-
lito) empezaron, atraveſſando ca-
lles, á caminar à la caſa de un
criado antiguo de D. Vicente, que
por retirado, y no conocido, era
impoſſible imaginar que los en-
cubria, donde podian eſtàr con
mucho deſcanſo, y ſeguridad.

Yà eſtaba muy cerca de la ca-
ſa, quando al bolver una eſquina,
les ſalieron al paſſo ocho hom-
bres, que reparando en la priſa q̃
llevaban, ſe adelantò uno con la
determinacion que ſuelen los Mi-
niſtros de Juſticia, y preguntò à
D. Vicente lo comun de que quien
era, como ſe llamaba, y adonde
iba à tales horas? Turbóſe D. Vi-
cente, y perdiò de nuevo el alien-
to la temeroſa dama, y mas quan-
do conocieron, que el que lo pre-
guntaba era cuñado de D. Clau-
dio, que como Governador de la
Ciudad, ignorante de lo que aca-
baba de ſuceder en ella, avia ſali-
do aquella noche por aquellos
barrios, que eran los mas diſtan-
tes, para limpiarlos de ciertos la-
drones, que ſe dezia, que con ca-
pa de ſoldados pobres, embiaban
en cuerpo à los que topaban. Mas
Don Vicente, diſſimulando la
voz quanto pudo, por penſar
que era ya ſabidor de lo ſucedi-
do, le reſpondiò, que èl era un
Cavallero de lo mejor de Valen-
cia, y aquella dama muy conoci-
da; y que aſſi, pues el delito, ſe
echaba de vèr, que no podia ſer

ſino mocedad, le ſuplicaba no ſe embarazaſſe en conocerlos, y eſto con muchas ſumiſſiones, y corteſias, mas de las que pedia el brio de Don Vicente; que ay lances, donde tal vez aprovecha el perder un hombre de ſu derecho. Replicò el Governador, que èl ſabia muy bien el reſpeto que debia guardàrſe à los Cavalleros; pero que ſu oficio le eſtorbaba por entonces uſar con ninguno aquella galanterìa, ſi bien no por eſſo ſe eſcuſaba de hazerla deſpues de averlos conocido; porque el ſaber quien era èl, y la dama que llevaba, era obligacion de la Vara que tenia, y el ofrecerſe à ſervirlos en conociendolos, mandamiento de ſu nobleza. Bolviò á eſcuſarſe D. Vicente, y bolviò el Governador à porfiar, coligiendo algun ſecreto delito de la remiſſion que tenia en deſcubrirſe; y aſſi, con menos paciencia que haſta entonces, ſe acercò à D. Vicente para quitarle por fuerza la capa del roſtro, mas èl, viſta ſu determinacion, bolviendoſe à Camila, la dixo: Señora, eſte es lance forzoſo, libraos vos, que yo no puedo dexar de intentarlo por todos caminos; y ſacando deſeſperadamente la eſpada, por ſer tantos los enemigos, empezò à deſembolverſe con *tan lindo brio*, que acordandoſe *que cerca* de alli eſtaba un Con*vento de Religioſos*, ſin ponerſele por delante las eſpadas de ſus contrarios, ſe entrò por todas ellas con tanto deſenfado, que por fuerza le huvieron de dàr paſſo entre todos ocho; y apenas ſe viò libre de ſus puntas, quando empezò à correr àzia la Igleſia, llegando á la Porterìa à tan buen tiempo, que acababan de ſalir dos Religioſos para confeſſar á un enfermo, que andaba en aquella ocaſion de peligro; y viendo el Portero venir un hombre ſolo con la eſpada en la mano, y que le ſeguian tantos, codicioſos de *averle* à las ſuyas, coligiò facilmente lo que podia ſer; y aſſi, ſin alterarſe, le franqueò toda la puerta, para que no pudieſſe errarlo, y en viendoſe dentro, diò con ella en los ojos à los que le ſeguian.

Yá el Governador avia conocido à D. Vicente, porque para ſacar la eſpada, y el *broquel*, huvo de dexar la capa, y *la claridad de* la noche ayudò tambien para que ſe deſengañaſſe de quien era. Mas viendo, que por entonces no era poſſible prenderle; porque roparle con una muger, no era delito que daba licencia para profanar las ſagradas puertas de los Religioſos, ſe bolviò à la parte donde ſe avia empezado la pendencia, donde avia dexado con dos hombres à Camila, y Feniſa, que ſin color ninguno, aun para quexarſe no tenia animo; ſi bien

quando Camila viò venir al Governador colerico, y picado de no aver podido alcanzar à Don Vicente, ſe conſolò algun tanto, pareciendole, que ya no peligraba ſu dueño; que quien ama de veras, lo que menos ſiente ſuelen ſer ſus proprias deſdichas. Tapada, pues, como eſtaba ſe llegò à èl, y le ſuplicò no la deſcubrieſſe haſta eſtàr en ſu caſa, ò en la parte donde quiſieſſe llevarla; porque era perſona de tanta calidad, que le avia de peſar de hazer otra coſa. Dezia eſto Camila; lo uno, por ſer deſcubierta delante de tantos teſtigos; y lo otro, porque ſu dueño tuvieſſe mas lugar de ponerſe en cobro. Concediòle el Governador lo que pedia, que las mugeres todo lo alcanzan, y aſſi ſe fuè à ſu caſa con animo de dexarla depoſitada en compañia de ſu eſpoſa, y luego ir á dàr parte al Virrey de las demaſias de D. Vicente. Pero apenas llegò à la Plaza Mayor, quando tuvo nuevas de la muerte de ſu cuñado, y juntamente de que el matador era el que poco antes avia podido prender con tanta facilidad. Acudiò luego à la dama, y apartandola el manto del roſtro, con demaſiada impaciencia viò que era Camila, y llevandola al Virrey, contò quanto avia paſſado; el qual, como primero avia tenido noticia del caſo, y á ſu pareceſ iba tambien á la parte en aquella ofenſa, por aver hecho las amiſtades, tenia yà embiados fuera de la Ciudad muchos hombres para que aſſiſtieſſen en los caminos, y juntamente hecho, dár un pregon, en que ponia grandes penas à quien le encubrieſſe. Pero informado del Governador, de como quedaba en un Convento, le bolviò à embiar con cinquenta hombres, y para que el Superior dieſſe licencia de mirar toda la caſa: à lo qual, ſin replica ninguna, ſe le abrieron todas las puertas, amoneſtando el Prior à ſus Religioſos, que ninguno hizieſſe la menor demonſtracion para eſtorvar à los Miniſtros de Juſticia Seglar, que hizieſſen en ſu oficio ſus diligencias. Entrò el Governador, y con él los que le acompañaban, tomandoſe mas licencia de la que les avia dado ſu obligacion, porque con las armas en las manos, y las vozes mas deſentonadas que fuera juſto, entraban por las Celdas, Clauſtros, y Oficinas, y la Caſa, que ſolo avia oìdo alabanzas de Dios, de ſu Madre, y de los Santos, fuè teſtigo de juramentos, blasfemias, y temeridades: Deſacato grande, y que deben mucho corregirle los Juezes Seglares, y defenderſe con muchas proteſtas los Eccleſiaſticos. Yo no digo, que no ſe buſquen en la Igleſia los delinquentes, aunque bien pudie-

dezirlo, que pues ſe guardan eſſos reſpetos à la caſa de un Embaxador, mejor, y muchas vezes mejor debian guardarſe à los Templos, donde mageſtuoſa reſide, y Sacramentada la Real preſencia del mayor Rey de los Reyes. Pero lo que digo es, que ya que ſe buſquen, ſea con modeſtia, y reconocimiento, de que aquellas piedras ſon Sagradas, y aquellas Celdas cuſtodias de Sacerdotes, y Chriſtos de la tierra; pues Dios miſmo los llama con eſte nombre. Pero bolviendo al Governador, digo que no dexò en toda la Caſa Boveda, Celda, Capilla, Refitorio, ni rincon, que no eſcudriñaſſe la codicia de ſu venganza, y no le hallando, ſe bolviò corrido à dàr parte de todo à ſu Excelencia, que le eſperaba con mucha certidumbre de que avia de traerle preſo. Mas Don Vicente fuè mas cuerdo, porque apenas ſe avian apartado de la Porterìa los que le ſeguian, quando advirtiendo, que avian de bolver à prenderle, y no avia de valerle la inmunidad del Sagrado donde eſtaba, que enojada la Juſticia, no la ſuele guardar á todos, ſe ſalió por las tapias de la huerta, y ſe fuè en caſa de un intimo amigo que tenia, llamado Don Valerio, *el qual* como Cavallero, y amigo, *aunque ſe lo ponian* por delante *las amenazas de* los pregones, le eſcondiò dentro de ſu caſa; en parte donde aun ue ſupieſſen que ſe avia retraìdo, fuera impoſſible que le topaſſen, y eſto ſin dàr cuenta à criado, ni criada, que las mas vezes ſon los mayores enemigos en ſemejantes caſos.

A eſte tiempo la juſticia hazia quantas diligencias eran imaginables, particularmente en los caminos, penſando, que el mejor modo para librarſe de ſus rigores, era el de paſſarſe à otro Reyno, donde ſe ahogan todos los delitos; y la verdad es, que no ſe engañava, mas eſto ha de ſer con arte, y con cautela, que ſalir de una Ciudad acabando de cometer el delito en ella, eſſo mas fuera llevar la ſoga arraſtrando para ſu priſion, que hazer diligencias para ſu libertad; y aſſi, lo mas ſeguro ſuele ſer (como tengo dicho) ſalir quando yà la Juſticia, canſada de *buſcar* à un hombre, pienſan *que eſtà en* Flandes, ò que ha llegado à Lima. Y juntaſe à eſto, el aver unos hombres en la Republica tan noveleros, y amigos de encaxar cada mañana una mentira, que dizen, que tienen cartas de que han viſto al delinquente paſſearſe por Francia, y deſembarcar en Inglaterra; y eſto, no por hazerle merced ninguna, ſino por tener en que gaſtar aquel dia. Divulgado, pues, por la Ciudad, que Don Vicente eſtaba muchas leguas

aquellos Reynos, el Virrey ſe cansò de buſcarle, tanto por no tener eſperanza de conſeguir ſu intento, quanto porque informado de la verdad, que nunca à la virtud le faltò un Abogado, y viendo (ſegun á vozes todo el Pueblo dezia) que la cauſa avia ſido en ſus principios tan honroſa, como bolver por la opinion de las mugeres; y que al rebès, no avia hombre que hablaſſe bien de D. Claudio, con eſtár yà muerto, que es quando tienen mas fuerza las alabanzas, porque ſiempre el que muere es bueno, aunque no lo aya ſido en toda ſu vida: templò el enojo, y ſe determinó á proceder con Don Vicente con mas piedad, ſi acaſo antes que èl acabaſſe ſu govierno bolvieſſe à Valencia, que es tan agradable la virtud de el hablar bien, que aun no quiere ſiempre el Cielo remitir del todo ſu premio para la otra vida, ſino que en eſta la ſatisface; cuyo exemplo pudiera deſanimar à muchos que hazen gala de que no ay en ſu boca hombre noble, ni muger buena, hablando, y eſcriviendo de todos con tal arrojamiento, que parece que ellos miſmos andan ſolicitando ſu ruìna; que aunque es verdad, que ofendiendo à todos, unos por otros ſuelen eſtarſe ſin tomar venganza, tal vez llega alguno, que no haze eſtas remiſſas *conſideraciones*, y ſatisface el ſuyo, y el agravio de los demàs ofendidos, y eſtos con tan buena fortuna, que aun ſuele permitir el Cielo, que de la Juſticia humana eſtè ſeguro, porque como el maldiciente eſpera eſte golpe de tantas partes, no puede con ſeguridad querellarſe de ninguno; y aſſi, ſe viene à quedar ſin honra, y ſin venganza, antes bien ſuele ſer tanta la libertad en eſta parte, que ha de venir tiempo en que ſe ha de premiar al que caſtigue hombres ſemejantes, que muchas vezes toma el Cielo por inſtrumento la mano de un facineroſo (aunque ſe ofende de ello) para ſatisfacer los ſuſpiros de tantas famas ofendidas, y los llantos de tantas honras profanadas, porque ſi la quexa humana es toda vozes, la Juſticia divina es toda oìdos.

Aſſegurado algun tanto Don Vicente con las nuevas que ſu amigo Don Valerio le daba, determinò paſſarſe á Caſtilla, para poder con mas comodidad tratar de ſu quietud, buſcando el medio mas conveniente para la compoſicion de aquellos negocios, porque aſſi ſe lo aconſejaban todos ſus deudos por orden de Don Valerio. Mas ſu amor era tanto, que yá que le fué fuerza el ſalir de Valencia, no le permitió que ſe fueſſe ſin vèr à ſu querida Camila, que con mas pena, que hermoſura (que es el mayor encare-

mien-

miento de ſu pena) eſtava depoſitada por orden del Virrey en caſa de un Cavallero, que era de los mas principales de la Ciudad, al principio por enojo contra Don Vicente, y deſpues por razon de eſtado, y voluntad de la miſma Dama, porque era ſu padre tan fuerte de condicion, y eſtaba tan ofendido de ſu liviandad, que temian todos no hizieſſe con ella alguna demaſìa; y aſſi, tuvo por mejor partido eſtarſe en caſa de aquel Cavallero, en compañia de dos hermoſas hijas que tenia, las quales ſe aficionaron de ella con tanto eſtremo, que á no ſer cauſa de ſu inquietud, y triſteza, huvieran agradecido à ſu fortuna la mala que avia paſſado, por el guſto de tenerla conſigo; tanto era el agrado, ingenio, y hermoſura de eſta ſeñora. Tenia Don Valerio con eſtas Damas algun parenteſco (que los ſeñores todos ſon primos) baſtante para poder viſitarlas ſin pedir licencia, mas no tan grande, que le quitaſſe la eſperanza de ſer eſpoſo de Doña Maria, que era la mayor de las hermanas: concierto que ella con los ojos hazia aprobado, y aun tal vez con las razones avia admitido, aſſi por merecerlo Don Valerio, como por ſer la perſona que mas *trataba: error* de los mal pagados, *que buſcan* hechizos para *ſer queridos, y no* ſe acuerdan, que no le ay mayor que la comunicacion à todas horas. Era D. Valerio diſcreto con eſtremo, y por eſta parte tan deſgraciado, que temiendo ſu mala fortuna, avia reſuelto à no emplear ſu cuidado en ninguna Dama, haſta que viendo à Doña Maria, ſin poder valerſe de sì miſmo, ſe rindiò à hermoſura, eſcriviendola primero eſte Romance.

Yà he quebrantado, Paſtore
El juramento que hize,
Que no ay coſa que no venza
La hermoſura de Amarilis.

Yà me he rendido al amor,
Que no pude reſiſtirme
A tantos Soles, ni à tantos
Deshojados carmesìes.

Mas yà que ſabeis mi amor,
Porque la cauſa os admire,
La cauſa os he de dezir,
Si la cauſa lo permite.

Es Amarilis un Angel,
Por quien con verdad ſe dize:
Serrana, y mas Serafin,
Que muger, y que Amarilis.

El Plumage de ſu frente,
O los rayos que la ciñen,
Son en repetidas trenzas
Rayos de evano ſutiles.

Sus dos belliſſimos ojos
Son, por el color que viſten,
Las mas lucidas tinieblas,
Los mas hermoſos eclypſes.

En ſus mexillas la nieve,
Que con la grana compite,
Haze un campo de batalla

De claveles, y jazmines.
El Cielo ſobre ſus manos,
Que con tanta gracia eſgrime,
Parece que eſtà lloviendo
Maravillas, y alelìes.
Si en el Cielo huviera embidia,
Que es en el Cielo impoſſible,
La tuvieran de ſu voz
Los mas dulzes Serafines.
Lo demàs, que ſolamente
A la idea ſe permite,
Serà como lo demàs,
Que es quanto puede dezirſe.
Del ingenio os aſſeguro,
Quando habla, ò quando eſcrive
Que es tal, que á qualquier fea
Pudiera muy bien ſervirle.
Lo donayroſo del talle,
No avrà pluma que lo pinte,
Porque retratar el alma,
Solo al alma le es poſſible.
Solo os dirè de ſu brio,
Que ſegun todo lo rinde,
Tiene un alma en quanto haze,
Y muchas en quanto dize.
Eſte es el Cielo, Paſtores,
Cuyos dorados Abriles
Feſtejo cortès, y amante,
Adoro galàn, y humilde.
Favorece mis deſeos,
Diſcretamente apacible,
Que aunque no me dize nada
Mucho mirando me dize.
Solo lo que me acobarda,
Y lo que me tiene triſte,
Es, ſaber, que de un auſente,
Obligada, y preſa vive.
Que aunque los dos no ſe hablã
Porque la auſencia lo impide,
Què mas hablarſe, que amarſe?
Què mas verſe, que eſcrivirſe?
De quantos miran ſus ojos,
Zelos mis ſoſpechas ſiguen,
Porque imagino, que quantos
Llegan à verla la ſirven.
Haſta de aqueſte papel
Embidioſo quedo, y triſte,
Porque ha de tocar ſus manos,
Y ha de gozar ſus rubìes.
Porque aunque puede raſgarle,
Por necio, ò por infelize,
Què importa morir raſgado,
Si le raſgan diez jardines?
Aſſi, dezidla Paſtores,
Si eſta margen de alelìes,
Merece que alguna vez
Sus pequeñas plantas piſen.
Que ſe acuerde que la adoro,
Que aunque nada mi amor pide,
Harto pide, quien amando,
Obedece, calla, y ſirve.
Eſſo la podeis dezir,
Y ſi à todo ſe reſiſte,
Dezidla, que me conſuela,
Que ay muerte para infelizes.
Que yo mas muero, que vivo,
Pues nadie ſin ella vive,
Dirè al ſon de mis deſdichas,
Pues me deſprecia Amarilis.
Ay prendas mias humildes,
Fuego merece, quiẽ al viẽto ſigue.
No avia dado parte Don Valerio à ſu amigo de eſta voluntad, que aunque tenia tanta confianza de ſu cordura, pareciale que era faltar à ſu amiſtad encubri

un amor tan ſecreto, porque ſi dezia, que era querido, era una alabanza; y ſino lo dezia, no era guſto; y aſſi, por no ofender el honor de la Dama, que ſuele ſer tan melindroſo (quizà porque es de vidrio) que en andando mucho con èl, ſino ſe quiebra, ſe eſtraga por lo menos, queria, y callaba. Mas viendo à Don Vicente tan codicioſo de alguna traza para verſe con ſu Camila, le confeſsò el amor de Doña Maria, y la mucha mano que podia tener en la execucion de ſu honeſto deſeo. A quien ama, no es meneſter encarecer el guſto que tuvo Don Vicente, que èl ſe dictarà mas con la imaginacion, que yo le puedo ponderar con la pluma. Fueſe à otro dia Don Valerio à vér à ſu prima, y comunicandola el caſo, con advertencia de lo mucho que importaba el ſecreto (eſcuſada diligencia, por ſer, aunque muger, muy principal, y muy entendida) fué tanto el guſto que moſtrò tener, que le templò el miedo con que llegaba á tratarla de ſemejantes coſas, porque como Doña Maria amaba tanto à Camila, pareciale (como era cierto) que de una vez obligaba ſu dueño en hazer lo que le pedia, y juntamente à Camila en darla ſemejantes nue*vas, porque* fueron para ella tan *alegres, que el* guſto la embargò *la lengua, y* por un rato eſtuvo como difunta; que es tan achacoſa nueſtra vida, que no ſolo tiene por enemigo el peſar, ſino à vezes la ſuele deſabrir el miſmo placer. En efeto, deſpues de aver hablado muy largamente en el caſo, ſe reſolvieron, en que en el apoſento de un criado que vivia dentro de caſa, podia D. Vicente eſtàr eſcondido, haſta que fueſſe media noche, y deſde alli ſalir à un jardin, donde, porque caìa àzia el quarto de Camila, por una de ſus rexas ſeria facil hablarſe, haſta que amaneciеſſe, porque con eſta miſma traza, y por eſta miſma parte ſe avian hablado muchas vezes D. Valerio, y Doña Maria.

Con el miſmo gozo que eſtaba Camila ſe hallò D. Vicente, quando ſupo de ſu amigo la reſolucion que ſe avia tomado; mas aunque en la traza propueſta parecia, que no avia ningun peligro, *con todo* eſſo le pareciò à Don *Valerio que* fueſſe, por lo que le pudieſſe ſuceder, con algun disfràz, para que aunque le encontraſſen no le conocieſſen; y aſſi, veſtido D. Vicente de un paño verdoſo, librea que avia dado entonces à ſus criados D. Valerio, unos vigotes poſtizos y un parche en el ojo izquierdo ſalió al anochecer por las calles de Valencia, y entrò con ſu amigo haſta el quarto de ſu Dama donde la viò, y la hablàra ſin ligro, à no eſtorvarle una

mplimiento; pero apelando
mejor ocaſion, ſe deſpidiò
alerio de ſu Dama, y de las
às ſeñoras, con animo de que-
: con ſu amigo; lo uno, para
ıpañarle como à tal; y lo otro,
verſe con ſu prima, como ſo-
tras vezes, por la miſma par-
ero no le ſucediò como lo
inaba, porque encontrando-
axar las eſcaleras un herma-
e Doña Maria, le pidiò le
ıpañaſſe aquella noche, por-
ſe le avia ofrecido una oca-
en que avia meneſter ſu eſ-
: lance que D. Valerio no pu-
cuſar; y aſſi, le reſpondiò,
e aguardaſſe en ſu caſa, que
ndria de allì à dos horas, en
tiempo tuvo lugar de dexar
n Vicente en el apoſento de
inez, que aſſi ſe llamaba el
ſo, por cuya mano corrian
nos, y los otros amores.

puede encarecerſe quan
nto eſtaba el enamorado
llero, eſperando por puntos
ra en que avia de verſe con
erida Camila, bien ageno de
dicha que le tenia preveni-
adverſa fortuna, pues le puſo
mayor aprieto que pudo. Es
el caſo, que el padre de Do-
aria, era un Cavallero, que
opinion de muy rico, y jun-
nte de muy guardoſo, que las
ezes viene lo uno con lo otro;
ole huvieſſen dicho algunos
de ſu miſma caſa, que ſu criado
Martinez tenia muchos reales de
à ocho (que eran las medras que
tenia con D. Valerio) en ocaſion
que le avian faltado unas piezas
de plata con otras niñerias, diò
en imaginar, que el eſtár Martì-
nez tan adinerado, no procedia
ſolo de ſu ſalario, que eſte, fuera
de ſer muy corto, era muy mal
pagado (en fin ſalario de ſeñor) y
como el miedo de los avarientos
ſe precia de filoſofo en hazer diſ-
curſos, coligiò, que ſin duda le
robaba por algun camino, y con-
firmòle eſta ſoſpecha el dezirle un
criado, mas con embidia, que
buen zelo, que metia dentro de
ſu apoſento amigos (quizá porque
avia viſto alguna vez à D. Vale-
rio) y que tenia lindas cenas, de
que ſe ſeguia mal exemplo para
los otros criados, pues cada uno
ſe podrà tomar licencia para otro
tanto: coſa qué era muy mal pa-
recida à los que lo miraban con
ojos deſapaſſionados. Con eſta in-
formacion, dudando ſiempre el
origen del dinero, que era lo que
mas le apretaba, quiſo el ancia-
no Cavallero coger à ſolas á Mar-
tinez, y averiguar de raìz la ver-
dad de lo uno, y lo otro, y para
eſto baxò á las onze de la noche,
acompañado de otros criados, al
apoſento donde eſtaba D. Vicente
con ſu adalid, tratando de ſi era,
ò no era tiempo de ſalir à lograr
ſu

ſu deſeo. Eſtas palabras oyò el padre de Doña Maria por el hueco de la llave, y coligiendo de ellas, que ſin duda ninguna, el hombre que èſtaba con ſu criado, era el que le ayudaba en los hurtos, que èl preſumia, pues dezia, que yà ſe iba haziendo hora de poner en execucion ſu penſamiẽto; llamò à la puerta, y juntamente otros quatro criados mas, á quienes avisò, que en entrando, ſe fueſſen todos adonde eſtaba aquel hombre, que en ſu talle, y cara parecia facineroſo, y que le ataſſen de pies, y manos, y luego hizieſſen lo miſmo con Martinez, para que ſe les malograſſe el intento que tenian de robarle, haſta que à la mañana en la Carcel lo confeſſaſſe en un tormento. Mucho eſtrañò Martinez, el oìr, que à ſemejante hora llamaſſen à ſu apoſento; mas penſando que fueſſe D. Valerio, ó alguna criada de ſu ama, ſe conſolò, y reſpondiò con libertad, preguntando, quien era, y què queria, mas en oyendo la voz de ſu ſeñor, ſe quedò difunto: lo qual viſto por D. Vicente, ſin ſaber la cauſa de aquella novedad, ni tener lugar de preguntarla, ſe eſtuvo quedo, pareciendole que no eſtaba en trage que nadie pudieſſe averle conocido, y que no buſcando á èl, no tenia para que alterarſe. Martinez tambien, aunque eſtaba temeroſo, por no hazer con el rezelo mayor la ſoſpecha, viendo tan disfrazado á Don Vicente, abriò à ſu ſeñor, que entrò con mucho diſſimulo, y con él los demàs que le acompañaban, preguntandole que como eſtaba por acoſtar á aquellas horas? à que èl reſpondiò tan turbado, que diò à entender aun mucho mas de lo que podia aver hecho. Pero haziendo que no reparaba en ſu turbacion, le dixo, que para què metia amigos de noche en ſu caſa ſin ſu licencia; que no le aconteciefſe otra vez, porque no ſe lo ſufriria. Todo eſto era para aſſegurar á D. Vicente, que quando menos lo imaginò, ſe halló cercado de quatro hombres, que ſin poderle valer ſu brio, porque no pudo tomar la eſpada; deſpues de quitarſela, le ataron de pies, y manos, diziendole de camino muy viles palabras: diligencia que *tambien* ſe hizo con Martinez, *dexandolos à* entrambos de eſta ſuerte, y para mas ſeguridad, un criado con ellos, que les notaſſe haſta las acciones.

No puede encarecerſe la confuſion del pobre Cavallero, viendoſe en un lance tan apretado, pues lo menos era yà ſaber quien era, y quedar preſo para toda ſu vida, con que totalmente acababa de perder à Camila aſſi, mil vezes quiſo dezir al-do, que les ſervia de cent

á, para que ſe lo dixeſſe
or, que como Cavallero
de afuera, que le ampa-
as advirtiendo, que pu-
que ſe irritàra mas, pa-
le, que era aver ofendi-
unidad de ſu caſa, y que
e huvieſſe de deſcubrir,
ior que lo ſupieſſe por bo-
. Valerio, que era con-
ie avia de venir por èl à
o de la mañana, ſe deter-
ſperar el dia, para darle
e todo lo ſucedido. Yá
ſado una hora, quando
que los guardaba, mi-
á todos de pies, y ma-
ſſi, impoſſible ſu fuga,
:ener él llave del apoſen-
altriquera, ſe echó enci-
arca, que para un buen
lo es pluma, y empezò
con tan buena gana, que
n à Don Vicente para
algun modo de eſcapar.
el peligro, y fuera poſ-
e con ſu eſpoſa, que
i llamaba de eſta mane-
iſculpar conſigo miſmo
s que le avia hecho. Mas
illaba cercado de im-
lificultades, porque pa-
los grillos de los pies no
ios, y para poder aliviar
, le faltaban los pies, de
e por todas partes ſe ha-
:dido de poder lograr re-
uno. Pero como la ne-
ceſſidad es tan diſcreta, y la no-
bleza pueſta en la ocaſion tan va-
leroſa, intentò, porque lo tenia
todo, la mayor accion, que en ſe-
mejante caſo ſe le pudo proponer
al entendimiento; y fuè, que fin-
giendo ſueño, para diſſimular el
ruìdo que podia hazer, ſe fuè ar-
raſtrando, como pudo, haſta una
meſilla, donde en un candelero de
barro eſtaba una vela, y ſin acor-
darſe de los dolores, y martirios
que le eſperaban, que tal vez im-
porta tratarſe un hombre como
enemigo, puſo entrambas manos
ſobre la llama, haſta que poco à
poco ſe quemò el primer cordèl,
y no fuè con tanto tiento, que no
ſe alcanzaſſe mucha parte à la
carne, que con la ſangre que cor-
ria, caſi ſe apagaba la breve luz,
y luego con los dientes fué desha-
ziendo las demàs bueltas, y ape-
nas acabò de hazer eſta diligen-
cia, quando deſatò las de los pies,
y en viendoſe libre, hizo lo miſ-
mo con Martinez; y acudiendo
cada uno à buſcar ſu eſpada, yà
con menos recato de ſer ſentidos,
deſpertaron à la centinela, el qual
queriendo dàr vozes, y no que-
riendo reducirſe à dár la llave ſin
violencia, para conſeguir lo uno,
y eſcuſar lo otro, le diò dos pu-
ñaladas D. Vicente, aunque con
harto dolor de ſu nobleza, que no
quiſiera enſangrentar el azero en
la vida de un pobre hombre; pero

parece, que algunas vezes la crueldad es forzoſa; y porque un delito eſtè ſecreto, ſe ſuelen hazer otros muchos mayores. Aſſegurados con eſto de ſu lengua, le tomò Martinez la llave, y abriendo con mucho recato, ſalieron al jardin ſin dificultad, en cuyas ventanas Doña Maria, y Camila aguardaban cada uno à ſu amante. Yà iban entrambas à quexarſe de aquella tardanza, pero atajòlas los paſſos la priſa de D. Vicente, que con la brevedad que pedia el ſuceſſo, les diò parte de la deſdicha de aquella noche; y deſpidiendoſe de Camila, mas con los afectos, que con las razones, la dexò, ſin poder eſperarſe à oìr ſu ſentimiento, que fué como de quien le adoraba, y le perdia. Tenia el jardin las tapias tan altas, y crecidas, que caſi hazian impoſſible la ſalida; mas con ayuda de las dagas, y de un tronco, que les ſirviò de andamio, ſalieron, aunque con dificultad, y peligro. Fueronſe al punto en caſa de D. Valerio, que à aquella hora acababa de entrar en ella, y diſcurriendo ſobre el caſo, les pareciò, que ſin duda, el rezelo del padre de Doña Maria procedia de aver entendido ſu amor, y el modo con que la hablaba de noche; y aſſi, conjeturando, que à otro dia avia de ſaberſe, y avian de ir en caſa de D. Valerio donde buſcandole à él, ſeria poſſible que hallaſſen à D. Vicente, acordaron, que ſe fueſſe luego de la Ciudad; y aſſi, tomando dos cavallos, ſaliò Don Vicente en compañia de Martinez, que aunque humilde, era hombre animoſo, con quatro mil eſcudos que tenia prevenidos deſde que le ſucediò con D. Claudio el paſſado diſguſto; y echando por el camino menos uſado, antes que amaneciеſſe ſe hallaron ocho leguas de Valencia, en un *Pinar* tan eſpeſo, y montuoſo, que daba bien claramente à entender, que no era camino para ninguna parte. Confuſos, y deſpechados iban los dos caminantes, quando oyeron àzia la mano izquierda de aquella eſpeſura, una voz, que aunque no muy ſuave, ſe lo pareciò à ellos; lo uno, *porque los* entretuvo con lo que cantò; y lo otro, porque aſſi eſperaron aſſegurar la incierta informacion que tenian de aquel camino, y aſſi, atendiendo, y andando juntamente àzia la parte donde la voz tenia mas fuerza, oyeron eſte Soneto à la firmeza de una voluntad, que amaba, ſin mirar roſtro à la eſperanza de premio alguno.

Es tan grande mi amor, ſeñora mia,
Que à poderte querer ſin eſperanza,
Caſi te agradeciera la mudanza,

Porque debieras mas à mi porfia.
Amar por merecer, es tiranìa,
Pues menos ſuele amar quien mas alcanza;
Que en aviendo ſegura confianza,
La voluntad mas firme ſe resfria.
Vivo amando tus ojos (alto empleo!)
Muero loco de amor (dichoſa ſuerte!)
Y vivo por morir (dulze troſeo!)
Regula, pues, mi vida por mi muerte,
Que para ſer dichoſo mi deſeo,
No ha meneſter llegar à merecerte.

penas ſe oyeron los ultimos ecos en las entrañas de aquellos ri quando proſiguiò otra voz el miſmo aſſumpto en eſte Sonete.

Vnas vezes del monte à la arrogancia
El Sol con flores por Abril ſaluda,
Y el Noviembre otras tantas le deſnuda
A un tiempo del veſtido, y la fragrancia;
Yà el Julio enciende ſu deſierta eſtancia,
Y yà el Enero yela ſu piel ruda;
Y aunque de afectos, y de trages muda,
Siempre ſe queda monte en la ſubſtancia.
Aſſi mi pecho á tus mudanzas hecho,
O Anarda, ò Cielo, vive en tus amores,
Triſte á vezes, y à vezes ſatisfecho.
Mas què importan favores, ò rigores,
Si el quererte es eſſencia de mi pecho,
Y accidente mudarle las colores?

liados de las vozes llegaron à poco à unas Cabañas de res, y Carboneros, donde ıdoſe D. Vicente, deſpues de arlos, preguntò à uno dellos, aba muy cerca del Lugar, y le reſpondieſſe, que no, por- ra aquella tierra tan moleſ- *de ſalteadores*, y foragidos, que aun no avia quien ſe atrevieſ- ſe à tener ſiquiera una venta, ſe determinò de paſſar alli aquella mañana, porque los cavallos eſta- ban tan canſados, que no era poſ- ſible dár un paſſo adelante; y aſſi, deſpues de quitarles Martinez los cogines, y frenos, los dexò à ſu li- bertad por el campo, para que buſ- caſſen

caſſen la yerva entre los matorrales, haſta que à pueſtas del Sol, uno de aquellos Paſtores (que aſſi lo avia prometido, que el dinero todo lo alcanza) los llevaſſe à una Aldea, que diſtaba de alli quatro leguas, donde pudieſſen deſcanſar, y repararſe de lo neceſſario. Repartieron aquellos piadoſos hombres con D. Vicente, y con ſu criado de la pobre comida, que para ellos tenian, y los hueſpedes lo tuvieron à mucha ventura, que la hambre es tambien acondicionada, que todo lo apetece, como ſea en orden à conſervar la vida. Yà eſtaban previniendoſe para partirſe, y con eſtos un Paſtor, que los avia de acompañar, quando les detuvo un impenſado ruìdo que hazian ſeis hombres, que á mas andar venian àzia donde ellos eſtaban. Retiròſe D. Vicente, y rezeloſo que fueſſen vandoleros, como le avian informado, ſacò una piſtola de dos que llevaba, y les eſperò al umbral de la cabaña, ò carbonera. No ſe engañò el valiente Cavallero en eſta preſumpcion, porque los relinchos de los cavallos que avian dexado ſueltos, dieron noticia à una compañia de ſalteadores que andaba por aquella parte, de que ſus dueños no eſtarian muy lexos; y aſſi, *vendrian* à quitarles cavallos, dineros, *y veſtidos*; y ſi acaſo lo defendian *todo*, la vida, como con otros muchos avian hecho. Llegando, pues, adonde Don Vicente eſtaba, y ſabida ſu determinacion, ſin alterarſe demaſiado, les dixo eſtas razones:

Yo, ſeñores mios, ſoy un Cavallero, à quien ha ſucedido una deſgracia tan peſada, que ando buſcando donde eſconderme del rigor de la Juſticia, que pienſo que me ſigue por todas partes; y para hazerlo mejor, vengo con ſolo un criado que me acompaña, con animo de paſſarme á otro Reyno, donde me aſſegure de mis temores: para hazerlo, es menester dineros, y el que yo traygo, aunque no es mucho, me baſta para proſeguir mi camino. Si me ſobrára, ó yo fuera à mi tierra, no ay duda, ſino que con mucho guſto repartiera con vueſſas mercedes para que remediàran ſu neceſſidad, que yà sè, que *las que ay* en el mundo ſon tan *grandes, que* abren la puerta à ſemejantes deſalumbramientos. Pero no ſobrandome, como digo, yo no lo tengo de dár; y aſſi, advierran dos coſas; la primera, que eſtoy reſuelto à defenderme, y que aunque que han de darme la muerte, tambien, que primero les ha aver coſtado muchas; y la ſegunda, que caſi doy por bien empleada eſta ocaſion, para acabar ella una vida que me tiene cercado de deſventuras; y

miſma manera, que un ca-
desbocado tiene por liſonja
trar con deſpeñadero, aſſi
mbre principal, valeroſo, y
lo, tiene á merced de ſu
a topar con la muerte que
a. Segun eſto, vueſſas mer-
ſe vean en ello, y tengan
duda, que ſino vienen mas
que miro delante, que an-
e lleguen á herirme, los
de aver hecho pedazos.

admiracion eſcucharon
vandoleros, la reſolucion
ria de un hombre ſolo; y
r muchas vezes tan favo-
la fortuna, que lo que en
caſion les enfureciera, en
s templò, y aun aficionò
, que mirandoſe unos á
no acababan de encarecer
ntados brios del Valencia-
aſſi, uno que parecia la ca-
e los demás, le dixo:

y duda, ſino que vos miſ-
parte de allá de vueſtro co-
vreis conocido el impoſſi-
intentais, porque quando
diera con los ſeis tan dicho-
e como preſumis, no era
el eſcapar con la vida, por-
iro de arcabuz ay docien-
nbres repartidos por eſtas
que ſalieran en nueſtra de-
y la menor herida que hu-
s dado à qualquiera de no-
la pagaredes con muchas.
orque conozco el valor
vueſtro, que aunque me veis en
eſte exercicio, puede ſer que ſea
tambien nacido como vos quiero
dàr un medio, para que en lugar
de caſtigo tengan premio vueſtras
temeridades; y ha de ſer, ſiendo
vueſtro guſto, en eſta forma. Los
que andamos por todo eſte con-
torno, buſcando la vida à coſta
de los miſeros caminantes, ſerè-
mos haſta docientos, repartiendo
lo que robamos igualmente entre
todos, como partes en qualquie-
ra delito. Pero como ſomos tan-
tos, y cada uno quiere ſeguir ſu
parecer, nos ponemos, por no con-
formarnos, á manifieſtos peligros
cada dia; y aſſi, ſe ha determina-
do entre todos, que ſe elija uno, á
quien como ſuperior, y dueño de
los demàs, ſe obedezca en la diſ-
poſicion de nueſtro trato, y à
quien ſe acuda con todo lo que ſe
robáre, para que èl, como ſeñor,
y Xefe, dé al que hiziere la preſa,
la parte que le parezca ſuficiente,
y lo demàs ſe guarde para las oca-
ſiones forzoſas; que ſegun eſtàn oy
los caminos de ſoſpechoſos, ha de
venir tiempo en que ha de faltar
quien camine, como faltan las de-
más coſas. Mas es oficio tan guſ-
toſo el mandar, que cada uno ſo-
licita eſte cargo, alegando ſervi-
cios, y partes para merecerle, par-
ticularmente eſte hidalgo (ſeña-
lando à uno de los que le acompa-
ñaban) y yo, cuyos meritos en ef-

ta parte, por ser iguales, tienen los votos indiferentes, y dudosos, sin acabarse de determinar à quien han de elegir, porque como digo, cada uno lo pretende, y cada uno tiene sus amigos que le acrediten; y assi, nos resolvimos esta mañana, para no perdernos todos, en que pues ya no lo podia ser ninguno de los dos, porque avia muchos que avian hecho duelo de su tema, que lo fuesse uno que nosotros dos señalassemos de los demàs, al qual assistamos entrambos como sus Consejeros, y Tenientes. He dicho todo esto, para que supuesto (segun vos dezis, que vais huyendo de la Justicia, si quereis ser Cabeza nuestra, por mi parte es tan grande la aficion que os he cobrado, que desde luego digo, que os doy mi voto, y me prometo con tal Caudillo seguriſſima defensa contra los enemigos que nos persiguen, si bien con poco fruto, porque las cuebas que tiene esta aspereza, son tantas, y tan ocultas, que aun es milagro que nosotros que las vivimos, las penetremos. Esta es la respuesta que doy à vuestra gallarda resolucion; ved aora lo que determinais, que aunque no ha hablado en este particular à mis compañeros, tengo tanta parte en su voluntad, que *assi porque les està bien* à ellos, *como porque yo se lo suplicarè, pienso que alcanzarè* con todos se logre mi buen deseo, en cuya execucion es cierto, que à vos os hago lisonja, y à los demàs servicio.

Apenas el Cosario acabò de dár á entender con juramento su voluntad, y los demàs convinieron en ella, quando Don Vicente mirando lo primero, que el Virrey como ofendido, y deseosos de venganza, avia dado parte del caso por escrito à todos los Reynos, con cuya diligencia, en ninguna parte estaria seguro; y lo segundo, que aunque lo estuviesse, no avia de negociar sin presentarse, y esto era dilatar mucho su libertad; y lo tercero, que por entonces, si queria salvar la vida, y el oro, no avia mejor medio, que conceder con lo que le rogaban, se determinò á hazerlo, trazando en su pensamiento una faccion tal, que no solo el ser Capitàn de Vandoleros no avia de desluzir *su nobleza*, ni hazer mas imposible con *el* Virrey el perdon de los yerros passados, sino que avia de ser calificacion de su sangre, y medio, para bolver à gozar de su patria; y lo que mas era, de la hermosura de su esposa, que mientras la via menos, mas la adoraba; y assi con muestras de mucho rèdimiento, le bolviò al que le avia hecho aquella promessa, y dixo, que avia entrado en cuentas con su nobleza, y con su peligro, y salido decretado, que supues-

:lito que dexaba cometido en
:ncia, era de calidad, que en
quiera parte le avia de ſeguir
ıſticia, por ſer hecho contra
'irrey miſmo, y ſu fortuna
ſido tan buena, que donde
ò hallar la muerte, hallaba la
, que ſe obligaba à ponerla
e entonces por qualquiera de
compañeros, en agradeci-
ıto del favor que le hazian.
rande fué el contento que diò
los aqueſta reſpueſta; y aſſi,
ues de abrazarle muchas ve-
le llevaron donde los demás
ıan, refiriendo con grandes
os de ſu valor el intento que
ın, con cuya informacion le
:on por Rey, y ſeñor de toda
lla tierra; y en aviendo cele-
o con muchos fuegos, y lu-
ırias la eleccion del nuevo
tàn, le guiaron á una cueba
as abrigada, y eſcondida que
en el monte, donde tenian
diſſima cantidad de dinero,
s de plata, ſedas, mercade
y veſtidos de los que quita-
ı los paſſageros, y de todo le
ron entrega, para que como
o de las voluntades, tambien
eſſe de las haziendas, hazien-
una cama, la mas aliñada
ıudieron, para que deſcanſaſ-
ɔn que le dexaron en compa-
le Martinez, y de doze hom-
que quedaron de centinela
tudos por aquel parage, para
aviſar de todo lo que ſucedieſſe.
A otro dia por la mañana, mandò llamar à todos ſus ſoldados, y deſpues de tenerlos juntos en lo mas eſpeſo del monte, les notificò un Arancel, que avia eſcrito aquella noche, cuyas leyes ſe avian de guardar inviolablemente, porque importaba aſſi á la conſervacion de ſus perſonas, pena de un gran caſtigo à qualquiera que las quebrantaſſe, cuya execucion pareciò á todos acertadiſſima, por eſtár fundado en provecho ſuyo; y en ſuma dezia:

Lo primero, que à las mugeres no ſe les hizieſſe ningun agravio, porquè eſſa era Ley de Naturaleza, que obligaba aun á los miſmos brutos, quanto mas à los que aunque deſdichados, avian nacido con entendimiento.

Lo ſegundo, que à los pobres no ſe les piedieſſe, ni obligaſſe à nada, porque el provecho que podian dár era poco, y el daño que podian hazer era mucho, porque como lo ganan con mas dificultad, ſe quexan con mas fuerza; y aſſi, obligan à la Juſticia, que buſque el origen de aquellos robos, aunque pequeños, con lo qual nunca eſtarian ſeguros de ſu diligencia.

Lo tercero, que à ninguno ſe le quitaſſe la vida para quitarle el dinero, pues el defender ſu hazienda cada uno, era natural, y el intento de ellos no era ſino el de adquirir

riquezas; y con la muerte de los caminantes no se adquirian, antes bien era irritar mas á sus enemigos para ponerse en arma contra ellos, que lo que no haze el dolor de la hazienda hurtada, suele hazer el ansia de la vida perdida.

Lo quarto, que à qualquiera que hallassen, le llevassen delante de él, para disponer, segun su estado, lo que se le avia de quitar; y que no avia de ser todo, porque esso era obligarle à que se quedasse en el primer Lugar, aunque no quisiesse, y procurasse hazer diligencia para cobrar lo quitado, no la mitad, para que teniendo con que passar por su camino adelante, no se detuviesse en hazerlos molestia.

Lo quinto, tratassen bien á los Labradores, que les provèan de lo necessario, porque si una vez se lo quitaban, otra vez no se lo venderian; y assi, seria conveniente hazerles buen passage, pagandoles enteramente lo que compraban, para que lo tuviessen siempre desobra.

Estos, y otros estatutos propuso D. Vicente, los quales aprobados, comenzò à hazerse dueño de todas las cuebas, y principalmente de todas las armas ofensivas, y defensivas que tenian, con animo siempre de hazer un gran servicio á *Dios, y à su Magestad*; y fué assi, porque desde que èl, aunque engañosamente, empezò à ser Capitàn de aquella canalla, no huvo hombre que se atrevièsse à matar à ninguno, por no incurrir en las penas que tenia puestas. Lo que hazian, era, llevar el caminante á su presencia, que informado de lo que llevaba, le quitaba, por cumplir con ellos, la mitad, y luego embiaba tràs èl á Martinez, ò èl en persona iba, si era de noche, y se lo bolvia à dàr, y algunas vezes mejorado, escriviendo en un librillo de memoria sus nombres, calidad, y patria, y encargandoles el secreto hasta su tiempo. Con lo qual los passageros iban, y venian seguros, porque sabian, que no tenian peligro, ni su vida, ni su dinero, gastando en esto el piadoso Cavallero los quatro mil escudos que avia sacado de Valencia, y gran parte de la plata, y oro que avia hallado en aquella cueba, donde estando una *noche trazando* con su confidente, el modo que avia de tener, para que lo que el Virrey no avia podido hazer en tantos años, y con tanta gente, que era limpiar aquella tierra de semejantes hombres; èl, siendo solo, y en muy pocos dias lo efectuasse en servicio de Dios, del Rey, y de su patria. Llevaron quatro Ministros à un hombre que iba corriendo la posta, y segun decia, passaba á la Corte desde Valencia; mas apenas le vìo D. Vicente, que

quando conociò, que era aquel criado ſuyo, en cuya caſa quiſo eſconderſe la noche que les encontrò la Juſticia; y aſſi, antes que tuvieſſe lugar de hablarle palabra, mandò que le dexaſſen ſolo, porque le importaba. Hizieronlo aſſi, y llegandoſe à él, y deſcubriendo un rebozo que traìa, le preguntó donde iba, y en què eſtado eſtaban ſus negocios con el Virrey. Admirado quedó el criado de vèr à ſu ſeñor en tal compañia, y trage; y acordandoſe de ſu nobleza, obligaciones, y entendimiento, no acababa de perſuadirſe à que era verdad lo miſmo que veìa, haſta que D. Vicente, conociendo ſu juſtiſſima confuſion, le diò parte de ſus fracaſos, y de las razones que le avian movido à quedarſe en ſemejante exercicio, para grangear, ſi pudieſſe, por aquel camino la gracia del Virrey. No sè como ſea poſſible (reſpondiò el criado) porque eſtà tan ofendido con el nuevo homicidio que cometiſte la noche que te auſentaſte de Valencia, que le ha obligado à tu amigo D. Valerio à deſpacharme por la poſta en buſca tuya, con cartas apretadiſſimas, en que te aviſa, que de ninguna manera te deſcubras en ninguna parte, porque en todas ay eſpias para prenderte, y orden expreſſa de ſu Mageſtad, para que no te valga la immunidad de eſtàr en otros Reynos; y dandole el pliego, hallò muchas cartas de ſus deudos, y leyendo en primer lugar la de ſu amigo, vió que dezia de eſta manera:

La muerte que diſtes à aquel hombre la noche que faltè de vueſtro lado, por mi deſdicha, aunque fuè tan ſecreta, que parece impoſſible, faltando Martinez, que ſe ſupieſſe, dentro de dos dias ſe divulgò por la Ciudad, porque una criada, de quien Doña Maria fiaba mi amor, y el ſuyo, le tenia muy grande al muerto; y como la Juſticia anduvieſſe haziendo diligencias, aunque todas en vano, para ſaber quien avia ſido el matador; la criada, por vengar el enojo que tenia por la perdida de ſu amante, dixo todo quanto en eſte caſo ſabia, con que ſe irritò mas el Virrey, jurando hazer una gran demonſtracion ſi os hallaſſe; y à mi, por amigo vueſtro, y culpante en aquella deſgracia, mandó prenderme en un caſtillo, donde he eſtado algunos dias: ſi bien como aquella miſma noche me tuvo embarazado el hermano de Doña Maria, fuè facil ſalir de la priſion, aunque muy privado de entrar à viſitarla como ſolia, haſta que ſe acaben los enojos de ſu padre, amenazas de ſu hermano, y diſguſto de todos. Eſto os eſcrivo para que os guardeis de andar publicame

te por la Corte, ſi es que ſomos tan dichoſos, que os encuentra eſte pliego en ella, en tanto que ſe templa el rigor de eſte Principe, que aunque es tan grande, ſon tantos los apaſſionados que teneis en eſta Ciudad, que pienſo que venceràn ſu aſpereza. Y à Dios que os guarde, y dè la libertad, y vida que deſeo.

Don Valerio.

Deſpues de leìda eſta, y las demàs cartas, que todas venian à dezir una miſma coſa, le diò parte el criado de como Camila, luego que la criada deſcubriò la verdad del caſo, ſe avia ido à un Convento, donde tenia una grande amiga, para eſtàr mas ſegura del enojo de ſu Padre, y los dichos de los unos, y de los otros. Dixole tambien como à D. Valerio le condenó el Virrey en dos mil ducados para ayuda á prender todos aquellos Vandoleros, que eſtaban debaxo de ſu amparo, porque eran tantas las atrocidades que avian hecho, y las quexas con que cada dia laſtimaban el pecho del Virrey los ofendidos, que avia determinado, que ſalieſſen ſeiſcientos hombres, y cercaſſen el monte para cogerlos por hambre, quando no pudieſſen de otra manera, aunque gaſtaſſen en eſta diligencia *un año*, prometiendo muchas *mercedes, y perdon* de qualeſquier *delitos á quien los* dieſſe preſos.

Muy grande fuè el conter que le diò eſta ultima nueva à Vicente; y aſſi, eſcriviò al pu à ſu amigo D. Valerio, refirien le muy por menudo todo lo q haſta entonces le avia paſſado rogandole, que dentro de dos di con el miſmo criado que le lle ba eſte aviſo, ſe viniera al mon y con èl veinte, ò treinta de deudos, y amigos, y le aguardaſ en una Hermita, que eſtaba de media legua, que él tendria d pueſtas las coſas de modo, que quedaſſe ninguno por prend con ſer mas de ciento y ocher los que aliſtaban debaxo de nombre.

Con eſta carta bolviò á la Ci dad el criado, y admirado D. V lerio de una novedad tan eſtrañ diò parte à los parientes de D. V cente, y ſin exceder un punto lo que les ordenaba, *ſe juntar* haſta cinquenta Ca*valleros, de l* mas lucidos que avia en la Ci dad, y muy prevenidos de arma y cuerdas, eſperaron el dia ſeñ lado, y partieron con ſu guia monte, donde por llegar tempr no, para no ſer ſentidos, ſe b vieron à una Caſerìa, que diſta de alli una legua. Sucedia eſto la fuerza del Invierno, y las ches eran tan obſcuras, y deſti nadas para aver caminantes todos los Vandoleros, deſco dos de hallar preſa de impo

: recogian muy temprano à
nchos, porque aſſi lo man-
ſu Capitàn, menos doze, que
ıs turnos les tocaba el andar
:ndo todo el campo, como
nelas de aquel Exercito, á
ales mandó D. Vicente, que
que ſalieſſen à rondar aque-
che, ſe fueſſen á ſu cueba,
e tenia una diligencia que
niçarles. Empezò el Cielo à
rſe con tales nieblas, que
horror el verle tan entol-
de ſombras; y aſſi, los demàs
añeros ſe fueron à recoger
ıas temprano que otras ve-
nenos los doze nombrados,
, coſa de las ocho fueron á
con ſu Caudillo, como les
ordenado, el qual recibien-
muy amoroſamente, dixo,
queria acompañarlos aque-
che, porque le avian dado
a de una preſa facil, y de
a importancia. Eſtimaron
la honra, que les hazia, en-
iendo la buena dicha que
tenido en elegirle por ſu
ıa, pues ſolicitaba tan à coſ
ſu canſancio los comunes
ntos; y aſſi, ſe fueron con
:a la Hermita, donde llaman-
artinez, con achaque de re-
ſe por dos horas, el Hermi-
que la habitaba, que yá eſta-
iſado, y avia recibido muy
s limoſnas de D. Vicente,
ndo abrir de mala gana,
franqueò la puerta, y recibiò los nuevos hueſpedes, y en entrando, les mandò D. Vicente retirar á un apoſento, diziendo, que en ſiendo ocaſion èl los aviſaria, porque era meneſter que no pareciеſſe que avia gente, para no eſpantar à quien eſperaba. Con eſto aſſegurados los compañeros, unos ſe puſieron à jugar; y otros, para eſcuſarſe del frio que hazia, ſe echaron á dormir, y D. Vicente embiò à Martinez à la parte por donde era fuerza que paſſaſſe D. Valerio con los demàs, para que con una ſeña que yá tenia concertada, ſe juntaſſen, y vinieſſen con mucho ſilencio à la Hermita. Era el Hermitaño un hombre de buen guſto, que ſin afectar hipocreſias, ni ſantidades, vivia alli, quitado de las ocaſiones del mundo, y deſeoſo de ſalvarſe, y ſatisfacer alguna pena de las muchas culpas que avia cometido en el ſiglo; y aſſi, mientras venia la compañia que aguardaba, por divertir las horas, que ſiempre ſon grandes para el que eſpera, le ſuplicò refirieſſe la cauſa de vivir en aquella ſoledad, ſiendo como dezia Cavallero, à lo qual, ſin melindre ninguno, le dixo en breves palabras de eſta ſuerte:

Mi nombre, ſeñor Capitàn, es D. Franciſco Mendez, natural de la Ciudad de Murcia, que deſpues de aver gaſtado muchos años de mi juventud en juegos, vicios, y quie-

quietudes, y libertades, me enamorè de una ſeñora, aunque pobre, la mas hermoſa que avia en toda aquella tierra, con la qual me casè tan al diſguſto de mis padres, que juntando lo mas que pude de mi hazienda, me vine con ella, y dos Angeles, que el Cielo me avia dado por hijos, á Valencia, donde vivimos, aunque no muy ſobrados, con infinito guſto de entrambas partes, porque mi eſpoſa me adoraba, y yo no tenia mas bien en eſta vida, que mirar ſus ojos, y acudir à un oficio que comprè con el dinero que traxe, para ſuſtentar mi familia, con la honra que debia un hombre de mi ſangre. Fué Dios ſervido en eſte tiempo de dàr à uno de mis hijos un mal tan agudo, y peſtilencial en la garganta, que dentro de quatro dias los enterrè à entrambos; y como ſu madre era quien mas los aſſiſtia, y aquel mal es tan facil de comunicarſe, y mas quando la ſangre es una miſma, ella vino á ſentirſe tan indiſpueſta del miſmo achaque, que ſin valernos quantos remedios ha inventado la Medicina, al quinto dia eſpiró en mis manos: golpe que me privò de todo punto el entendimiento, para recibir conſuelo ninguno, porque fué menester muchas *vezes tener* muy en la memoria *que era Chriſtiano*, para no emprender *mil* temeridades que me proponia mi voluntad. En efeto, el Cielo ſe apiadò de mi, y me alumbrò los ojos, para conocer, que aquel bien era preſtado, y ſe le quiſo llevar para sì, que aſſi lo eſpero de ſu infinita miſericordia, y mas quando me acuerdo de la ſanta muerte de mi querida eſpoſa. Viendo, pues, que para mi no avia en la tierra guſto, que lo pudiera parecer, apelé al Cielo, y me reduxe à vender quanta hazienda tenia, diſtribuyendolo entre Sacerdotes, y pobres, para que los unos con ſus ſacrificios, y los otros con ſus oraciones, alcanzaſſen con nueſtro Señor dieſſe deſcanſo al alma de mi eſpoſa, y à mi gracia para ſervirle en eſte rincon, donde como de las limoſnas que me hazen los paſſageros, muy deſengañado de lo que ſomos, pues no av diferencia de nueſtra vida à la de una *flor, que* en un miſmo dia (tan delicado es el arbol de ſu belleza) buſca mortaja donde tuvo cuna, porque aun deſpues de aver nacido el hombre, es mas cierto el morir, que el aver nacido. Aqui eſtoy de dia, y de noche, rogando à Dios perdone mis pecados, y a vivir las penas de mi difunta prenda, cuya cabeza es aquella que eſtà à los pies de aquel Crucifixo, porque deſpues de enterrado ſu cuerpo, tuve orden para ſacarla, y la tengo conmigo, para que me

in deſpertador perpetuo de lo ſoy, y de camino me acuerde a obligacion que tengo de ro- à N. Señor por ella.

ſpantado quedò D. Vicente èr aquella eſtrañeza de mor- acion, porque à èl no le pare- que tuviera animo de tener de ella manera, á quien en otro tiempo huviera querido; y repa- rando en que mas abaxo eſtaba un papel eſcrito con letras gran- des, llevado de la curioſidad, ſe llegò mas cerca, y viendo que eran verſos, pidiendo primero li- cencia à ſu dueño, los leyò, y viò que dezian deſta manera:

Atiende, ó caminante,
Si buſcas deſengaños à los ojos,
A eſſe pedazo de marfil ſin alma,
Yá ruina de la tierra, yá deſpojos
De la que à Dios no perdonò arrogante:
Tèn como yo delante,
En vez de lienzo, ò tabla,
Eſſa triſte, eſſa tragica eſcultura,
Eſſa deſquadernada compoſtura,
Y entre concabos ſecos,
Mira lleno de horror aquellos huecos,
Que otro tiempo brillaron,
Y dos ſoles por hueſpedes gozaron.
Eſſa concha deſierta
De las perlas, y nacares que tuvo,
Cinta de nacar fué del Dios alado:
El Cielo para hazerla ſe detuvo,
Y yá cadaveres (ó gloria incierta!)
Como roſa, que abierta,
En el Aurora infante
Bebe la dulze vida de las flores,
Y anochece ſin pompa, y ſin colores:
Aſſi tu, que me eſcuchas,
Y eternamente en mi memoria luchas,
Fimera fuiſte hermoſa,
Naciſte Cielo, y acabaſte Roſa.
De tu criſtal helado,
De tus facciones yà deſiguradas

Haze freno la idea à mis impulſos,
Y regùla ſus timidas piſadas;
Quando tal vez llevado
De algun vano cuydado,
Me entrego al precipio,
Como tengo ſu ſombra por eſpejo,
Anulo el parecer, pido conſejo
A tus ſecas raìzes,
Y me parece (ay Cielo!) que me dizes
Con vozes laſtimeras:
Yo he ſido, yà no ſoy, pues tu qué eſperas?
Cancion, ſube haſta el Cielo,
Mas ſi es forzoſo detener el buelo,
Que todo tiene edad adonde pare,
Los verſos que empezàre
Mi caſto amor à ſus criſtales frios,
Acabaràn los triſtes ojos mios.

Yà iba Don Vicente á encarecer lo afectuoſo, y lo bien penſado de los verſos, porque eran de los que no ſe embarazaban con alabanzas agenas, quando le interrumpiò Martinez, que muy gozoſo le dixo por ſeñas, como quedaban à la puerta ſus eſperados valedores; y ſaliendo Don Vicente allà fuera, y ſin detenerſe á celebrar la dicha de vèr juntos tantos amigos, y tantos deudos, deſpues de dàr muchos abrazos à D. Valerio, y á los demàs, les comunicò en breves razones la traza que tenia dada, para ir prendiendo ſin rieſgo ninguno à todos *aquellos hombres*; y aſſi, abriendo *el aposento* donde eſtaban los *doze, y entrando* de tropel, antes que pudieſſen rebolvèrſe los *unos*, y deſpertar los otros, los cogieron à todos, y maniataron, dexandolos en la miſma Hermita, cuyas puertas cerradas, partieron para el monte, donde *el valeroſo* Don Vicente ſe iba llegando á cada cueva, y con una ſeña que tenia, los iba llamando para un negocio de importancia, y como iban ſaliendo, los iba aprisionando, ſin que ninguno de tantos como eran ſe eſcapaſſe: diligencia que ſe hizo en menos de quatro horas. Y deſpues de recoger toda la plata, oro, mercaderias, veſtidos que avia cada uno robado, y juntandolo todo en que Don Vicente tenia en tancia, deſpachò à los

nos por carros, y caval-
, para llevar à los miſeros
ntes, eſcriviendo con D.
una carta al Virrey muy
a que le daba cuenta por
de todo lo paſſado; de la
ue le hizieron para acep
l oficio, del intento que
ndo le aceptó; de las
què avia eſcuſado à los
os; del dinero que avia
a con ellos, cuyos nom-
biaba eſcritos, patrias, y
s, para que apoyaſſen
/erdad; y ultimamente de
/ia trabajado en prender-
s, con cuyo preſente ima-
obligar à ſu Excelencia,
an gran Principe, para
:rdonaſſe, ſupueſto que
nia prometido.

ſta carta, y el ſuſodicho
:, entrò Don Valerio en
a, y con èl los amigos, y
e Don Vicente, y toda
d ſaliò à vèr aquella eſ-
quedando el Virrey tan
de tener preſos aquellos
s, que dió por bien em-
quantos enojos le avia
on Vicente, pues avian
aſion al mayor ſervicio,
odia aver hecho à todo
o; y aſſi, antes de acabar
le embió à llamar con
le aquellos Cavalleros, y
iò con grandes honras, y
ficio que le diò perpetuo
en la Ciudad, como à reſtaurador
de ſu ſoſſiego.

Eſtas nuevas llegaron à los oìdos de Camila, que luego diò por ſegura ſu buena fortuna; y como el Virrey tenia tanta noticia de eſtos amores, èl miſmo hablò à ſu padre, para que perdonados los yerros paſſados (ſi ſe pueden llamar aſſi tan juſtos penſamientos) dieſſe licencia à ſus deſpoſorios, y juntamente tratò con los deudos de Don Claudio las amiſtades de Don Vicente, que en fin como nobles, y bizarros, no ſolamente le perdonaron, ſino que le pidieron perdon à èl de los trabajos, que por ſu ocaſion avia padecido. Salió Camila del Convento donde eſtaba, recibieronla ſus padres con muchos abrazos, y lagrimas de alegria. Hizieronſe las eſcrituras, y tambien las de Don Valerio, y Doña Maria, que el Virrey lo ſolicitò todo, ſiendo padrino de entrambas bodas. Satisfizo Don Vicente muy liberalmente à Martinez, y à ſu antiguo criado; y por remate de ſu nobleza, hizo de modo con el Virrey, que aquellos hombres no murieſſen, ſiquiera por averſe fiado de ſu palabra; y aſſi, por aver falta entonces de quien ocupaſſe las Galeras de ſu Mageſtad, ſalieron condenados à ellas por toda ſu vida, que en parte fue mayor caſtigo, ſi bien todo pa-

ce poco, reſpecto de los grandes inſultos que avian hecho. Con que tendrà fin eſta Novela del Piadoſo Vandolero, que aunque parece que no viene bien lo uno con lo otro, en Don Vicente ſe hallaron eſtas dos contrariedades, pues era Vandolero en el trage ſolamente, porque en lo demàs nunca dexò de ſer quien era, correſpondiendo en todo à ſu noble ſangre.

Apenas puſo fin Celio à la curioſa Novela, quando le hurtaron el acento ultimo los Muſicos con la guſtoſa diverſidad de los inſtrumentos, y los oyentes con admiraciones corteſanas de ſu caudal, gracia, y diſcrecion, y ciencia, pues fueron tales, que á no ſer tan diſcreto Celio, le pudieran deſvanecer las alabanzas tan bien merecidas de ſu ingenio, con que todos los circunſtantes celebraron el ſuceſſo exemplar que avia referido deſpues de la materia tan dificultoſa, como ſazonada de los Artes. Por lo qual, remitiendo à mejor ocaſion ſus elogios, dieron lugar à la cena, y deſpues al ſueño, quedando Celio prudentemente ufano de aver logrado tan à ſatisfacion de todos el trabajo de ſu deſvelo en el feſtejo de aquel dia; á que ſe añadiò por ultimo plato eſte Soneto, que con valentìa cantaron los ſeñalados Muſicos, en que pondera un amante, quan de poco fruto ſon los remedios de el amor, deſpues de averle hecho una vez lugar en el alma.

Què importa, Liſi, que mi amor ofendas?
Qué importa, amor, que mi dolor aumentes?
Què importa, duelo, que mi ſangre afrentes?
Què importa, llanto, que mi fuego enciendas?
Què importa, muerte, que mi fin pretendas?
Què importa, pena, que mi agravio alientes?
Què importa, honor, que mi venganza intentes?
Què importa, duda, que mi ofenſa entiendas?
Què importa, zelos, que abraſeis mi pecho?
Què importa, pruebas, que digais mi engaño?
Y eſtàr, qué importa, en lagrimas deshecho.
Si aunque de todo tengo deſengaño,
Eſtà yà por mi mal el daño hecho,
Y no encuentro remedio para el daño?

Fin de las Novelas.

NOVELA
URLESCA,
Y ENTRETENIDA,

NDE SE DECLARAN TRES FAMOSAS rlas, que honradamente hicieron à ſus Maridos, tres Mugeres de la inſigne Villa de Madrid.

Eſcrita por vn Ingenio de eſta Corte.

N Madrid (hija heredera, emancipado de nueſtra Imperial Toledo, que avienpueſto en eſtado, y caſado ſivamente con quatro Moas del Mundo, vno Carlos to, y tres Filipos; aora e vè Corte, menos corte-, y obediente que debiequebrantando el quarto damiento, le vſurpa con cinos que cada dia le ſoa, la autoridad de padre, tan digno de ſer vencido) viviah pocos tiempos ha tres mugeres hermoſas, diſcretas, y caſadas. La primera, con el Caxero de vn caudaloſo Ginovés, en cuyo ſervicio ocupado ſiempre, tenia lugar de aſſiſtir en ſu caſa los medios dias à comer, y las noches à dormir. La ſegunda, tenia por marido á vn Pintor de nombre, que en fee del credito de ſus pinceles, trabajaba mas avia de vn mes en el Retablo de vn Mo-

naſterio de los mas inſignes de aquella Corte, ſin permitirle ſus tareas mas tiempo, que al primero; pues las Fieſtas, que daban treguas à ſus eſtudios, eran neceſſarias para divertir melancolias, que la aſſiſtencia contemplativa de eſte exercicio comunica à ſus Profeſſores. Y la tercera, padecia los zelos, y años de vn marido, que paſſaba de los cinquenta, ſin otra ocupacion, que de martirizar à la pobre inocente, ſuſtentandoſe los dos de los alquileres de dos caſas razonables, que por ocupar buenos ſitios, les rentaba lo ſuficiente para paſſar con la labor de la afligida muger con mediana comodidad la vida. Eran todas tres muy amigas, por aver antes vivido en vna miſma caſa, aunque aora habitaban barrios no poco diſtantes; y por el conſiguiente los maridos profeſſaban la amiſtad, comunicandoſe ellas algunas veces que iban à viſitar á la muger de el zeloſo; porque la pobre, ſi ſu marido no la llevava conſigo era impoſſible poderles pagar las viſitas; y ellos los dias de Fieſta, ò en la Comedia, ò en la eſgrima, y juego de argolla andaban de ordinario juntos. Vn *dia pues*, eſtaban las tres a mi-

gas en caſa del zeloſo, contãdoles ella ſus trabajos, la vigilãcia impertinente de ſu marido, las pendencias que le coſtaba el dia que ſalian á Miſſa, que con ſer al amanecer, y en ſu compañia, aun de las puntas del manto, porque la llegaban à la cara, tenia zelos; y ellas compadeciendoſe de ſus perſecuciones, la conſolaban. Aviendo venido los ſuyos, y eſtando merendando todos ſeis, concertaron para el dia de San Blàs, que ſe acercaba, ſalir al Sol, y à ver al Rey, que ſe decia iba à Nueſtra Señora de Atocha aquella tarde; y por ſer en dia de Jueves de compadres, llevar con que celebrar en vna Huerta alli cercana la ſolemnidad de la Fieſta, que aunque no eſtà en el Kalendario, ſe ſolemniza mejor que las de Paſqua; aviendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del zeloſo necio ſe hallaſſe en ella. Cumpliòſe el plazo, y la merienda, deſpues de la qual, aſſentadas ellas al Sol, que le hacia apacible, oyendo muchas quexas de la mal maridada, y ellos jugando à los bolos en otra parte de la miſma Huerta, ſe diò, que reparando en vna ſa, que relucia en vn mo

) de baſura à vn rincon de
,dixeſſe la muger del zelo-
Valgame Dios, qué ſerá
ello que brilla tanto? Mi-
nlo las dos, y dixo la del
ero: Yà podria ſer joya,
ſe le huvieſſe perdido aqui
guna de las muchas Damas
ſe entretienen en aqueſta
rta ſemejantes dias. Acu-
ſolicita à examinar lo que
la Pintora, y ſacò en la ma-
na ſortija de vn diamante
moſo, y tan fino, que á
eflexos del Sol parece que
ansformaba en él. Acodi-
onle las tres amigas al inte-
que prometia tan rico ha-
go, y alegando cada qual
u derecho afirmaba, que
rrenecia de juſticia el ani-
La primera dezia, que
ndolo ſido en vèrle, tenia
accion, que las demàs à
erle. La ſegunda afirma-
que adivinando ella lo que
no avia razon de vſurpar-
Y la tercera replicaba à
s, que ſiendo ella quien
cò de tan indecente lugar,
ando por experiencia lo
ellas ſe ſoſpecharon en du-
merecia ſer ſolamente ſe-
de lo que le coſtò mas
ajo, que à las demàs. Paſ-
mas adelante eſta porfia,
viniendo à noticia de ſus
maridos, pudiera ſer ocaſio-
nàran en ellos alguna pendencia ſobre la accion, que pretendia cada vna de ellas, ſi la del Pintor, que era mas cuerda, no las dixera: Señoras, la piedra por ſer tan pequeña, y conſiſtir ſu valor en conſervarſe entera, no conſentirà partirſe, el venderla es lo mas ſeguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga à noticia de nueſtros dueños, y nos priven de ſu interès, ò ſobre ſu poſſeſſion riñan, y ſea eſta ſortija la manzana de la diſcordia. Pero quien de noſotras ſerà ſu fiel depoſitaria, ſin que las demàs ſe agravien, ò aya ſegura confianza de quien ſe tiene por legitima poſſeedora de eſta pieza? Alli eſtà paſſeandoſe con otros Cavalleros, el Conde mi vecino, comprometamos en èl (llamandole à parte) nueſtras diferencias, y paſſemos todas por lo que ſentenciàre. Soy contenta, dixo la Caxera, que yà le conozco: y fio de ſu buen juizio, y mi derecho, que ſaldrè con el pleyto. Yo, y todo, reſpondiò la mal caſada; pero como me atreverè à informarle de mi juſticia, eſtando à viſta de mi eſcrupuloſo viejo, y ſiendo el Conde mozo; y ciertos los celos

zelos, con èl juego de manos tràs ellos ? En eſta confuſa competencia eſtaban las tres amigas, quando diciendo, que paſſaba el Rey por la puerta, ſalieron corriendo ſus maridos entre la demàs gente à vèrle; à aprovechandoſe ellas de la ocaſion, llamaron al Conde, y le propuſieron el caſo, pidiendole la reſolucion de èl, antes que ſus maridos bolvieſſen, y el mas zeloſo llevaſſe que reñir á caſa poniendole la ſortija en las manos, para que la dieſſe à quien juzgaſſe merecerla. Era el Conde de ſutil entendimiento, y con la cortedad del termino que le daban, reſpondiò: Yo, ſeñoras, no hallo tan declarada la juſticia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitarſela á las demàs; pero pues aveis comprometido en mi, digo, que ſentencio, y fallo, que cada qual de voſotras dentro del termino de mes y medio haga una burla à ſu marido, (como no toque en ſu honra) y à la que en ella ſe moſtráre mas ingenioſa, ſe entregarà el diamante, y mas cinquenta eſcudos, que ofrezco de mi parte, haziendome *entretanto* depoſitario de él; *y porque* buelven vueſtros dueños, manos, à la labor, y á Dios. Fueſſe el Conde, cuya ſatisfacion abonò la ſeguridad de la joya, y ſu codicia las perſuadió à cumplir lo ſentenciado. Vinieron ſus maridos, y porque yà la cortedad del dia daba mueſtras de recogerſe, lo hizieron todos à ſus caſas; rebolviendo cada qual de las competidoras las librerias de ſus embelecos, para eſtudiar por ellos vnos, que la ſacaſſe victorioſa en la agudeza, y poſſeſſion del ocaſionador diamante.

El deſeo del interés (tan poderoſo en las mugeres, que la primera, por el de vna manzana, dió en la tierra con lo mas precioſo de nueſtra naturaleza) pudo tanto en la del codicioſo Caxero, que aviendo ſacado por el *alquitàra de ſu* ingenio la quinta eſſencia *de* las burlas, hizo á ſu marido la que ſe ſigue.

Vivia en ſu vezindad vn Aſtrologo, grande hombre de ſacar por figura los ſuceſſos de las coſas agenas, quando quizà en la propria mientras èl con ſultaba Efemerides, ſu muge formaba otras que criando à ſu coſta le llamavan pad Eſte, pues, tenia conocimien en la de vn vezino Con

y deſeos no tan licitos, quanto diſſimulados de ſer ſu ayudante en la fabrica del matrimonio. Avia la aſtuta Caxera caladole los penſamientos; y aunque por ſer ella tan eſtimadora de ſu honra, quanto el amante entrado en dias, ſe los rechazaba, quiſo en la neceſſidad preſente valerſe de la ocaſion, y aprovecharſe de ſus eſtudios; para lo qual moſtrandoſele menos intratable que otras vezes, le dixo: Que para cierto fin ridiculo, con que queria regocijar aquellas Carneſtolendas, le importaba hizieſſe creer à ſu marido, que dentro de veinte y quatro horas paſſaria deſta vida á dàr cuenta á Dios de la que haſta entonces avia mal empleado. Prometiòſelo, contento de tenerla guſtoſa, ſin inquirir ſu pretenſion; y mientras ella llamando al Pintor amigo, y zeloſo necio, concertò con ellos lo que avian de hacer para colorear eſte diſparate, perſuadiendolos que era para regocijarſe conſemejante burla en dias tan ocaſionados para ellas. Haziendoſe el Aſtrologo encontradizo con el ignorante Caxero, que canſado de pagar letras ſe venia à acoſtar, le dixo: Mal color traeis, vezino; ſentis acaſo alguna mala diſpoſicion en vos? Gracias al Cielo, le reſpondiò, ſino es el enfado de aver contado oy mas de ſeis mil reales en vellon, no me he ſentido mas bueno en mi vida. La color à lo menos, replicò el Aſtrologo, no conforma con vueſtra ſatisfacion: dadme acà eſſe pulſo; diòſelo turbado el ignorante vezino, y arqueando las cejas, con mueſtras de ſentimiento amigable, el cauteloſo embelecador dixo: vezino mio, quando yo no aya ſacado otro fruto del conocimiento de los curſos celeſtiales, ſino el que ſe me ſigue de aviſaros de vueſtro peligro, doy por bien empleados mis deſvelos: para eſtas ocaſiones ſon los amigos; no lo fuera yo vueſtro, ſino os avisàra de lo que os conviene, y menos cuidado os dá; diſponed de vueſtra hazienda, y caſa, ò lo que importa mas, de vueſtra alma: porque yo os digo por coſa infalible, que mañana à eſtas horas avreis experimentado en la otra vida, quanto mejor os eſtuviera aver ajuſtado cuentas con vueſtra conciencia, que con los libros de caxa de vueſtro dueño. Entre turbado, y burlon le reſpondiò el pobre moſcatel: Si eſte ju-

zio

zio ſale tan verdadero como el Pronoſtico, del año paſſado hiziſteis, todo al rebès de como ſucedieron ſus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que imaginaba. Aora bien, replicò el Aſtrologo, yo he cumplido en eſto con las leyes de Chriſtiano, y amigo; hazed vos lo que mejor os eſtuviere, que yo sè que no llevareis quexa de mi al otro Mundo, de que no os lo avisé pudiendo: y dexandole con la palabra en la boca, echò la calle arriba.

Turbado, y confuſo guiò à ſu caſa el amenazado Caxero, tentandoſe por el camino los pulſos, y mas partes, de donde podia tener algun aſſalto repentino, y mortal: pero hallandolo todo en ſu debida diſpoſicion, y no ſiendo el credito del adivinante muy abonado, medio burlandoſe dèl, y medio temeroſo, entrò en ſu caſa, y ſin dezir nada á ſu eſpoſa, por no dàrla pena, pidiò de cenar, que le traxo ella muy diligente, aviendo congeturado de ſus acciones que yà ſe avia dado principio à aquel eſtratagema. Comiò poco, y mal; y diziendo le hizieſſen la cama, ſe comenzò à *deſnudar, ſuſpirando* de quando en quando. Preguntòle lo que tenia, fingiēdo ſentimientos amoroſos la codicioſa burladora, à que ſatisfizo fingiendo diſguſtos con el Ginovez, que le avian deſazonado Conſolòle ella lo mejor que ſupo, acoſtaronſe, y fue aun menos el ſueño, que la cena, notando ella, aunque fingida dormir, quan buenas diſpoſiciones ſe iban introduciendo para el fin de ſus deſeos. Madrugò mas de lo ordinario, algo deſcolorido; y acudiendo à ſu exercicio acoſtumbrado, fueron de ſuerte las ocupaciones de aquel dia, que no pudo ir à comer à ſu caſa, dandoſelo en la del Ginovés ſu amo. Al anochecer, quando ſe tornaba à ſu poſada eſtaban à la eſquina de vna calle, por donde forzoſamente avia de paſar el Teniente de ſu Parroquia, y otros Clerigos, con dos, ò tres hombres, prevenidos por el Pintor, á inſtancia de la dicha Caxera, diciendo quando llegava cerca de ellos, fingiendo no vèrle, y de modo que pudieſſe oìrlos: Laſtimoſa muerte por cierto ha ſido la del malogrado Lucas Moreno (que aſſi ſe llamaba el eſcuchante) laſtimoſa, reſpondiò el otro Clerigo, pues ſin Sacramento, ni otra

ver

cion Chriſtiana le hallaron
:rto en ſu caſa eſta mañana
eſtando ſu muger, que le
aba tiernamente, de puro
or cerca de hazerle compa-
Lo peor es, dixo otro del
illo, que el Aſtrologo ſu
ino afirma, que ſe lo avisò
r, y haciendo burla de ſu
noſtico, ſin deſmarañar las
npas, que los de ſu oficio
n entre manos, ſe dexò mo-
como vna beſtia. Dios ten-
miſericordia de ſu alma, re-
ò el quarto, que es de quien
emos tener compaſſion,
la viuda con dote queda-
o, que quizà èl ganó mal,
que à ſegundar el matri-
nio; y vamonos à acoſtar,
haze mucho frio. Iba el
re Lucas Moreno à ſatisfa-
de ellos, y ſaber ſi avia
, de ſu nombre, que ſe hu-
ſe muerto aquel dia; pero
i de induſtria, dandoſe las
nas noches, ſe deſaparecie-
, dexandole con la turba-
, que podeis imaginar. Ca-
ò confuſo adelante, y en
calle antes de la ſuya, hallò
Aſtrologo hablando con el
or, que en viendole venir,
) (como que proſeguian la
ica de ſu muerte:) No me
ſo creer à mi, quando ayer
lixe que ſe avia de morir
dentro de veinte y quatro ho-
ras cabales; hazen burla los
ignorantes mentecatos de la
evidencia de la Aſtrologia: to-
meſe lo que le vino, que yo sè
que es eſta la hora en que eſtá
bien arrepentido de no aver-
me creìdo, y dado credito à
lo que le dixe. Reſpondiò el
Pintor, era notablemente ca-
b zudo el malogrado de Lucas
Moreno, y no muy poco glo-
ton; lo qual debiò de comer
alguna fiambra Ginoveſa, y
dariale alguna aploplexia: Dios
le tenga en ſu ſanta Gloria, y
conſuele à ſu afligida muger,
que cierto que avemos perdi-
do vn buen amigo. No pudo
ſufrirlo el confuſo Caxero, y
llegandoſe à ellos les dixo: Se-
ñores, què es eſto? Quien me
haze las honras en vida, ò
tomando mi forma, ſe ha
muerto por mi? Que yo bue-
no me ſiento, gracias à Dios.
Echaron à huir entonces to-
dos, fingiendo eſpantoſos aſ-
ſombros, y diziendo á vozes;
Jeſus ſea conmigo, Jesvs mil
vezes, el alma de Lucas Mo-
reno anda en pena; alguna reſ-
titucion pide que hagamos de
ſu hazienda, por la que debe
de aver mal ganado: conju-
rote de parte de Dios, que no
me ſigues, ſino que deſde donde
eſtàs

eſtàs me digas, que quieres; dexandole con eſto à pique de ſacarlos verdaderos, ſegun el ſobreſalto, que le causò tan apoyada mentira. Proſigiò medio deſmayado, y ſin pulſos, haſta cerca de ſu caſa, y junto á ella viò al amigo zeloſo, que fingia ſalir della, y le eſtaba eſperando para acabar de deſatinarle: Hizoſele encontradizo, y al emparejar con él, bolviò, los paſſos atràs, y haziendoſe mil Cruzes, dixo: Animas Benditas del Purgatorio, es iluſion la que veo, ò es Lucas Moreno difunto? Lucas Moreno ſoy; pero no eſſotro, amigo Santillana, dixo el aſſombrado mentecato: De que os ſantiguais? ó quando me he muerto yo, para hacer tantos aſpabientos? Aſſiòle entonces de la capa, porque no huyeſſe; y èl dexandoſela en las manos, ſe fue dando gritos ſantiguandoſe, y diciendo: Abernuncio, eſpiritu maligno, no debo à Lucas Moreno ſino ſeis reales, que me ganò à los bolos el otro dia; pero *quod non pœnitus non ſolvitur*, ſi vienes por ellos, vende eſſa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro Mundo. Fueſſe huyendo con eſto, quedando nueſtro Moreno tan paſmado, que faltò poco para no dàr conſigo en tierra. Alto, no ay mas, yo debo de averme muerto (decia entre sì muchas vezes) Dios debe de embiarme à eſta vida en eſpiritu, para que diſponga de mi hacienda, y haga teſtamento; pero valgame Dios! Si me morì de repente, como no vì à la hora poſtrera al Demonio, ni me han llamado à juìcio, ni puedo dàr ſeñal alguna del otro Mundo? Y ſi ſoy alma, y el cuerpo quedò en la ſepultura, como eſtoy veſtido, veo, y toco, y vſo de los ſentidos corporales? Si he reſucitado? Pero ſi fuera aſſi, no huviera viſto, ò oìdo algun Angel, que de parte de Dios me lo mandára? Mas què sè yo de lo que ſe vſa en el otro Mundo? Puede ſer que me ayan otra *vez revestido de* mi primera carne, y no ſe acoſtumbre allà hablar con Eſcrivanos; y como mi oficio es de pluma, tendràn por caſo de menos valor, tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo, es, que todos huyen de mi, y me tienen por muerto, haſta los que ſon mis mayores amigos; y ſegun eſto, debe de ſer verdad; pero ſi dicen, que el mas amargo trago es el de la muerte, como no

la

ſentido, ni me ha dolido
? Las repentinas deben
ıtrarſe ſin duda por vna
:a, y ſalirſe por otra, ſin
ugar al dolor para hacer
icio; pero ſi fueſſe alguna
a de mis amigos? Que el
po es acomodado para
; y haſta aora ninguno de
ue me encuentran por la
hace aſpabientos de vèr-
ſino ſon ellos: Valgate
por muerte tan á poca
? Haciendo eſtos diſcur-
eſvariados, llegò à ſu caſa,
llandola cerrada, llamò
grandes golpes; la noche
ıba fria, y obſcura, y la
oſa muger eſtaba preve-
de lo que avia de hacer,
iſada de lo que avia paſſa-
Tenia ſola vna criada en
aviendo de induſtria em-
o dos leguas de alli con
:cado fingido à dos cria-
que vivian en ella: La
a era tan gran bellaca, co-
ſu ſeñora; y en oyendo
ar, reſpondió con vna voz
nada: Quien eſtá aì? Abre-
Caſilda (dixo el difunto vi-
Quien llama, replicò, à
hora en caſa, donde ſolo
el deſconſuelo, y la viu-
? Acaba yà necia, que ſoy
ſeñor, no me conoces?
e, que llovizna, y hace
mas frio del que permite eſte
lugar. Mi ſeñor? (reſpondiò
ella) pluguiera à Dios, yà le
pudre la tierra, yà eſtà en parte
donde por lo que ſabìa de
cuentas, le avrán hecho Caxe-
ro mayor del Infierno, que alli
todas ſe pagan à letra viſta, ſi
Dios no ha tenido miſericor-
dia de ſu anima. No pudo en-
tonces impaciẽte ſufrir tantas
verificaciones de ſu muerte: y
aſſi, dando vn puntapie al poſ-
tigo, que no eſtaba para aguar-
dar otro, quebrando la aldaba,
le abriò, huyendo la criada, y
dando las vozes que los demàs
que avia encontrado en la ca-
lle: Saliò á ellas la muger en ha-
bito de viuda recoleta, fingien-
doſe alborotada: y en viendo-
le, ſe cayò deſmayada, dicien-
do: Jesvs, qué veo? Faltò poco
para no hacer lo miſmo el aſ-
ſombrado marido, y tuvo por
infalible, que eſtaba muerto:
Con todo eſſo, en pago de las
mueſtras de ſentimien to, que
en ſu muger avia viſto, la llevò
en brazos á la cama, deſnudan-
dola, y echandola en ella; que
aunque lo ſentìa todo, ſe daba
por medio difunta. La moza
ſe encerrò en otro apoſento,
diſſimulando la riſa, y vendien-
do miedos que no tenia. En
fin, el pobre anima en pena, ſin

averiguar ſi comian, ó no los del otro mundo, abriò vn eſcritorio, y diò tràs vna gabeta de bocados de mermelada, acompañandola cõ vizcochos, y ciruelas de Genova, que ayudò à paſſar con los empellones de una bota, cuya alma le avia infundido la Membrilla, pareciendole que no era tan trabajoſa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de coſta los que caminaban por ella. Diòſe tan buena maña nueſtro Lucas Moreno, en fortalecer el corazon desfallido con el cordial remedio, que cogiendole algo flaco, y deſvanecido con las iluſiones burleſcas, y ſubiendoſele el licor de Noè, ſi no à las barbas, á la cabeza, ſe hallò en la gloria de Baco, deſnudandoſe à zancadillas, y echandoſe al lado de la que todavia diſſimulaba ſu deſmayo, y ſe tragaba la riſa, con no poca reſiſtencia de ella, que rebentaba por ſalir. En fin, ſe acoſtò entre deſmayado; y lo otro, embiſtiendo el ſueño con azeros vinoſos, que no ay tal jarabe de adormideras, como el que ſaca vn lagar. El durmió haſta la mañana, ſoñando Purgatorios, Infiernos, y Glorias; y entretanto vinieron los *burlones* amigos á informarſe de lo que paſſaba de la criada, y celebrando la buena eleccion que el difunto avia hecho, amortajandoſe por de dentro de pies á cabeza, con las telas que texe Baco. Amaneciò (viendo que todavia eſtaba durmiendo ſu marido) la cauteloſa Caxera, y ſe levantó, y viſtiò de gala, embiando fuera de caſa el mongil viudo, y las hypocritas tocas: Compuſo la caſa de fieſta, y bolviendo á la cama, deſpertò al aparente finado, diciendole: Haſta quando aveis de dormir, marido mio? Aun no ſe han digerido los humos con que à noche os acoſtaſtes? Eſtremeciòſe los brazos, tirandole de las narizes, con que dando boſtezos, bolviò en sì; y viendo à ſu muger tan compueſta, la caſa de regocijo, y ſin los *lutos*, y llanto de la noche paſſada, admirado de nuevo, dixo: Polonia, adonde eſtoy? Haſte tu tambien muerto como yo? Y en fee del amor que me tenias en el ſiglo, y te ha facado de èl, vienes á celebrar en eſte Mundo nuevo ſegundas bodas? De què enfermedad, ò como, ſalì de la otra vida? Que vive Dios (ſi en eſta puede jurar) que no sé como me he muerto, ni à què pa

ıa echado el Cielo. Ay ca-
,y apoſentos acà? Vende-
no, y vizcochos? Que Har-
ı me traxo mi eſcritorio,
yo anoche ſaqué dél pro-
n baſtante à conſolar la
lad, que ſin tì ſentia por
Païſes no conocidos?
ı humor, reſpondiò la aſ-
fiſgona, creìan en vos, ma-
mio, las Carneſtolendas;
:hilindrinas ſon eſſas? Aca-
levantaos, que ha embia-
ı llamaros el Ginovés dos
s. Luego no eſtoy muer-
ni me enterraron ayer?
ılicò él) En vos à lo me-
reſpondiò entonces ella)
ò de enterrarſe à noche
na de nueſtra bota, ſegun
de macilenta, pues decis
ı diſparates. Si las almas ſe
erran, Polonia de mi vida,
viò à decir) es verdad
ı noche las hize las hon-
pero yá yo lo eſtaba en
.rroquia: laſtimado el Te-
:e, triſtes nueſtros ami-
llorando Caſilda, y enlu-
vos. Acabad aora de en-
r chanzas, replicò ella,
os llama nueſtro Ginovès.
;o tambien los ay acá?
guntó èl) No debo yo
en carrera de ſalvacion,
puedo ir donde habitan
ɔios, y ſe hoſpedan tram-
piſtas. Dexemonos de pullas, dixo Polonia, y levantaos de aì, que parece que hablais de veras, y eſtais echando bernardinas. Muger, por nueſtro Señor (reſpondió Lucas Moreno) que ha veinte y quatro horas que eſtoy muerto, y no sé quantas enterrado: Preguntadſelo à Caſilda, al Teniente Cura de nueſtra Parroquia, y Pintor nueſtro amigo, à Santillana el zeloſo, al Aſtrologo nueſtro vecino, y à vos miſma, viuda anoche, y enlutada, y aora á lo que imagino, muerta como yo, que ſi no me acuerda mal, anoche os llevé ſin pulſos, ni aliento à la cama, y os debiò de coſtar el eſpanto de verme, la vida, y ſin ſaber como, de la ſuerte que yo, eſtais en eſta, y no lo acabais de creer. Qué tropellas ſon eſtas, marido mio? (dixo la fingida turbada:) Anoche no nos acoſtamos buenos, y ſanos? Què entierros, difuntos, ò otros Mundos ſon eſtos? Caſilda, llamame al Aſtrologo, nueſtro vecino, que tambien es Medico, y nos dirà lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno, que eſtas mugercillas con quien trata, le deben de aver traſtornado el ſeſſo. No ſabia què ſe decir el aſtro-

nado marido, ni ſi eſtava loco, muerto, ò vivo, ni la muger podia ſacarle de que era eſpiritu, que bolvia à poner orden en ſu hacienda. En eſto entraron los dos ayudantes de la burla; y refiriendo ella lo que paſſaba, le afirmaron (no ſin reìrſe) de que eſtaba no ſolo en eſte Mundo, pero en Madrid, y ſu caſa; y que ſi daba todavia en ſu tema, pararia en la del Nuncio. Vino luego el Aſtrologo, llamado de la criada, y afirmò, que el deſvanecimiento de ſus libros de caxa, y cuentas le tenian barrenado el celebro; con que èl conſolado de que vivia, y ayrado de que le tuvieſſen por loco, les dixo: Pues ſi es verdad, que no eſtoy muerto, de què ſirvieron los eſpantos, y conjuros con que ayer huìſteis de mi, haciendoos mas Cruzes, que tiene vna proceſſion de penitentes? Vos me viſteis ayer à mi (replicò el Aſtrologo) como puede eſſo ſer, ſi eſtuve encerrado todo el dia en mi eſtudio, levantando figura ſobre deſcubrir los ladrones de vna joya de diamantes; Yo à lo menos, dixo el Pintor, no ſaì del Monaſterio donde trabajo haſta las once de la noche. Pues yo (acudiò el viejo) tampoco vì ayer la calle, ocupado en deſpachar vn Propio á la Montaña, mi tierra. Peor eſtà que eſtaba (dixo el caſi loco de veras:) Vos, ſeñor vecino, no me dixiſteis antes de ayer por la noche, que ſegun la mala color, los indices del pulſo, y pronoſtico de vueſtras figuras, avia de morirme dentro de veinte y quatro horas? Yo, replicò èl: Pues ha mas de quatro dias, que no nos vemos, y aora ſalis con eſſo? Bolved en vos, ſeñor Lucas Moreno, que lo debeis de aver ſoñado eſta noche. Como ello ſea ſueño, y no pura verdad, replicó, yo haré la coſta del Martes de Carneſtolendas en albricias de la vida, que no sè ſi tengo. Aceptamos la fieſta, reſpondieron todos; y para que os acabeis de deſengañar, veſtìos, y vamos à oìr Miſſa á la Parroquia, y vereis lo que puede en vos la imaginacion vehemente. Hizolo aſſi el incredulo finado; y para no canſaros, le ſucedió lo miſmo con los Clerigos, que viò el dia paſſado tratar de ſu entierro, que con los demàs amigos. Riyeronſe, y dieron picones, que por no hallar con caudal para ſufrirlos, obligaron deſpues de

cumplido con el combite à que ſe auſentaſſe de Madrid, à negocios de el Ginovès por quince dias, dando en ellos lugar al olvido, que la Corte ſepulta brevemente todos los ſuceſſos, por peregrinos que ſean, dexando concertado ſu muger con todos los participantes en la burla, no dixeſſen el miſterio de ella à ſu marido, ſino que le perſuadieſſen à que fue ſueño, temeroſa de que no hicieſſen ſus eſpaldas la coſta de ella.

Entretanto, que nueſtro Caxero experimentaba auſente, que eſtaba vivo, y ſe moria la fama de ſu entierro en ſueños, no ſe deſcuydó la muger del Pintor de exercitar la burla q̃ tenia imaginada, embidioſa de la buena ſalida que avia tenido la de ſu competidora; para lo qual, concertandoſe con vn hermano ſuyo amigo de entretenerſe à coſta agena, le embiò el Jueves ſiguiente à la Plazuela de la Cebada, à que compraſſe vna puerta de las muchas que tales dias traen à vender alli, que fueſſe à medida de la que en ſu caſa ſalia á la calle, y por vieja pedia la jubilaſſen: Traxola con todo ſecreto de noche, y eſcondida donde el Pintor no pudieſſe verla; avisò al burlon hermano de lo que avia de hacer, y le encerrò con otros dos amigos en el ſotano. Vino dos horas deſpues ſu marido, quedandoſe en el Monaſterio dõde pintaban los aprendices que tenia, moliendo colores, porque ſe avia de acabar el Retablo para la Paſqua, y era neceſſario dàrſe prieſſa. Recibióle Mari-Perez, que aſſi ſe llamaba la codicioſa Pintora, con todo cariño, y amor, acoſtaronſe temprano, porque le importaba el madrugar; y durmiendo haſta la media noche (dixo el deſcuydado marido, que ella mal pudiera, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burleſcas) y llegada aquella hora, comenzó à dàr vozes, y quexarſe à gritos la engañoſa caſada, diciendo: Jesvs, que me muero, marido mio, mi hora es llegada, trayganme confeſſion preſto, que me muero, y otros eſtremos ſemejantes, que ſaben muy bien hacer las mugeres quando ſe les antoja. Preguntabala compaſſivo ſu compañero lo que tenia, reſpondiendo ſolo: Jesvs, Madre de Dios, que me muero, confeſſion, Sacramentos, que perezco. Levantóſe à las vozes vna ſobrina, q̃ tenia en caſa à ſuplir los miniſterios de

de una criada, y era tambien participe en el engaño, la qual llorando de vèrla assi, aplicandola paños calientes á las tripas, dandola tostadas en vino, y canela, haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cessasse, porque la enferma no queria: huvo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del Pintor) à que se levantasse, harto contra su voluntad, coligiendo de la cõplexion, que en su muger conocia, y afirmandolo ella, y la sobrina, q̃ aquel accidente era de mal de madre, ocasionado de vna ensalada, que avia cenado, cuyo vinagre recio, y vna rebanada de queso, otras vezes la avian puesto en vltimo peligro de la vida. Riñòla de que no escarmentasse de tales excessos; y ella le dixo medio ahogada: No es hora, Morales, agora de reprender lo que no se puede remediar; vayan à llamar à la Comadre Castejona, que sabe mi complexion; y ella solo puede aplicarme con qué se me alivie este mal rabioso, ò sino abreme la sepultura. Muger mia, respondiò el afligido esposo, la Castejona se ha ido á vivir à la Puerta de Fon*carral*, *no*sotros estamos en el *Labapies*, *la* noche es del Invierno, y si no mienten las goteras, ó llueve, ò nieva; aunque yo vaya con todas estas descomodidades, como sabremos que se querrà levantar? La otra vez que os apretò esse achaque, me acuerdo yo que fue con dos onzas de triaca de esmeralda, caliente en la cascara de media naranja, y puesta en la boca del estomago: Yo iré á la Botica por ella, por amor de Dios, que os sossegueis, y no me consintais hazer tan larga diligencia, pues ha de ser inutil, y yo tengo de bolver con otro mal de madre peor que el vuestro. Comenzóse à quexar entonces mas recio *que* nunca, y à decir: Bendito sea Dios, que tan buena compañia me ha dado: miren què imposibles le pido? Que enterrarse conmigo, si me *muero*? Què sangre de sus *brazos*? *Qué* desperdicios de su hacienda? sino que me llame vna Comadre, à costa de mojarse vn pár de zapatos: yà yo sè que deseais vos renovar matrimonio, y que à cada grito que yo doy, dais vos vna cabriola en el corazon, y por esso escusareis qualquiera diligencia que estorve vuestros deseos, y mis dolores: bolved à acostaros, sossegad, y dormid, que si

ntiere, declarado dexaré
me diſteis ſolimán en la
lada de anoche. Muger,
er, reſpondiò el marido,
os libertades, que no tie-
os males de madre exemp-
:s de atrevimientos, y po-
er que con vn palo os tra-
e el dolor deſde las tripas
eſpaldas. Palos à mi ſeño-
ixo la doncella taymada)
s años para vueſſa mer-
y para quien no le facàra
os primero con eſtas vñas.
el Pintor à que puſieſſe la
ra á no sè quantos preti-
s la facudida moza, que
ò huyendo; y dando ma-
; gritos con alharacas
ales, bolvió à pedir la do-
: Confeſſion, Comadre,
imentos, que me muero;
ue me han dado rejalgar!
! No es eſte mal de ma-
ſino mal de marido. Te-
alguna burla mas peſa-
e la que ſin ſaberlo le co-
:aban à hacer, el enojado
les; y que ſi ſe moria, de-
o fama que èl la avia he-
a coſta, era hechar la ſoga
el caldero, y huvo de apa-
ırla con caricias., y amo-
y encender vna linterna,
ıeceſſaria para la obſcuri-
y lodos, poniendoſe vnas
ı, capa, aguadera, là ca-
pilla ſobre el ſombrero, y ſalir
en buſca de la Comadre Caſte-
jona, regiſtrandole las goteras
que deſpachaban los texados
à cantaros: Sabia el buen
Morales, que ſe avia paſſado
la dicha Comadre, á la Calle
de Foncarral; pero no à que
parte della: y lloviendo, como
os he dicho, ſin perſona en la
larga diſtancia, que ay deſde
Labapies à aquel Barrio: la
noche como boca lobo, y èl
renegando de ſu matrimonio:
Juzgad voſotros aora, ſi ſe tar-
daria muy buen eſpacio de
tiempo en hallar lo que buſca-
ba, y no avia meneſter, que
entretanto que èl ſe và echan-
do en remojo bolverè yo à la
enferma de bellaqueria, y no
de males da eſtomago; la qual
en viendo fuera de caſa à ſu
buſcon marido, llamò à ſu her-
mano, que eſtaba eſcondido
en la cueba con otros dos ami-
gos, y en vn inſtante quita-
ron la puerta antigua de la ca-
lle, y puſieron la nueba, que
yá tenia ſu cerradura, y al-
dabada, y ſe avia ajuſtado á
los quicios, y rendido de ſuer-
te, que ſin ruido ſe aſſentò,
como de molde. Encima de
ella en el frontiſpicio, clava-
ron vna tabla mediana, y eſ-
crito en campo blanco: Caſa

de

de Posadas. Hecho esto, traxo vna caterba de amigos, que vivian cerca de allí, con sus mugeres, dos mastines gruñidores, guitarras, y castañetas, y de casa de vn figon cena, y gira, acomodada con el tiempo, celebrando con bayles, y borracheras el naufragio del pobre busca Comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo mas de importunar aldabas, y despertar vecinos: Con el agua à media pierna, y la paciencia al gollete, llegó nuestro Pintor à su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bayles, y gira, que passaba dentro, pensando que la avia errado, levantò la linterna, y reconociendola, viò las puertas nuevas, y la tablilla de Posadas sobre ella, que le desatinò sobre manera. Bolviò à examinar la calle, y hallò que era la de Labapies: Recorriò las casas colaterales, y conociò que eran las de sus vecinos: Reparó en las de enfrente, y halló las puertas que siempre: Bolviò à la suya, y desconociò la novedad de su puerta, y reciente oficio de su titulo. Valgame Dios! dixo, haciendose cruces, hora y media ha que sali de mi *casa*, donde mi muger *estaba mas para* llantos, que para bayles; en ella solo vivimos los dos, y su sobrina; las puertas, aunque menesterosas de reformacion, eran las mismas quando sali, que los otros dias: casas de Posada en esta calle, no las vi en mi vida; y quando las huviera, quien puede de noche, y en tan breve tiempo averle dado à la mia este ventero privilegio? Pues decir, que lo sueño, no es possible, que tengo los ojos abiertos, y los oìdos examinadores de este encantamiento: echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme à *la restitucion de* su honra. Pues què puede ser esto! Tornò à tentar, y vér, y oìr puertas, tablilla, y bayles, sin saber á que atribuir tan repentina *transformacion*; y asiendo de la *aldaba*, diò golpes con ella, bastantes á despertar el Barrio, que oyeron, ò no quisieron oìr los bayladores huespedes. Assegundò aldabadas mayores, y despues de averle tenido à curar, como lienzo de Galicia, vn buen rato à las goteras, abriò vn mozo la ventana de arriba, con vn candil encendido en la mano, y vn tocador en la cabeza entre sucio, y roto, diciendo

do. No ay posada, herma-
vaya con Dios, y menos
es, que le coronarà por
o vn orinal de seis dias. Yo
busco posada, que no sea
(respondiò el Pintor) sino
me dexen entrar en mi ca-
y me diga el que se hace
don en ella, quien en hora
edia la ha dado el nuevo
o de Hosteria, aviendole
ado su dinero à Diego de
rales? De Parras debia de
respondiò el mozo, el que
sgovierna la lengua: Her-
o mio, para quien tan afor-
viene, poco daño le ha-
agua de las goteras, vaya-
oramala, y no me toque
vez à la puerta, que le
iré vn mastin, que le abra
ia docena de boranas. Cer-
on esto de golpe la ven-
, prosiguiò dentro la gira,
reo, y el pobre Pintor,
lose à los diablos, imagi-
que alguna hechizera le
a estos trampantojos: Me-
aba el Cielo cantaros de
, y nieve á bueltas de vn
zo, que le desembaraza-
el celebro: La vela de la
na se avia acabado, y
ella la paciencia de su por-
r; y assi bolviendo á dàr
ores golpes á la aldaba,
que: respondia dentro
vno: Mozo daca vn palo,
suelten essos mastines, sal
allà fuera, y hazle à esse bor-
racho vna fricacion de espal-
das, con que se le desemba-
race la cabeza. Abriòse la
puerta entonces, y salieron
dos perros, que à no dete-
nerlos el mozo, y cerrar tras
sì, hicieran que llorara el con-
fuso Pintor la burla de veras.
Hombre del diablo, dixo el
ministro, què nos quieres
aqui con tantos golpes? No
os han dicho que no ay po-
sada: Hermano, esta es la
mia, respondiò él; quien
diablos la ha convertido en
Meson, siendo ella desde mis
padres acà de Diego de Mo-
rales? Què decis, hermano,
replicò; qué Morales, ò azu-
fayfas son essos? Yo lo soy,
por la gracia de Dios, Pin-
tor conocido en esta Corte,
estimado en este Barrio, y
habitador de esta casa mas ha
de veinte años. Llamad à mi
muger Mari-Perez, sino es
que tambien se ha transfor-
mado en Mesonera; y sacarà-
me de este laberinto. Como
puede ser esso, prosiguiò el
mozo, si ha mas de seis años
que esta casa es Hospederia,
de las mas conocidas de quan-
tos forasteros vienen à Madrid

ſu dueño Pedro Carraſco; ſu muger Mari-Molino; y yo ſu criado: Andad con Dios, que à no teneros laſtima, yo os curàra por el enſalmo de eſte garrote la enfermedad vivoſa, que os deslumbra. Bolviò à cerrar la puerta, entrandoſe dentro, y el expelido dueño de ſu caſa atarantado, ſin ſaber qué ſe decir, ni hacer à obſcuras; y atrancando todos, ſe fue à la del zeloſo Santillana. Llamò à ella, haciendole levantar caſi à las quatro de la mañana encendiò luz, creyendo le avia ſucedido algun deſaſtre, ò pendencia: Preguntòſelo, èl informado de lo que paſſaba, hizo levantar á la muger, y aunque ella ſabía el fin à que tiraba la burla, la hizo en compañia de ſu marido del aguado Pintor, atribuyendolo á los hechizos, y tropelìas, que Yepes, y San Martin, (de quien era no poco devoto) ſuele hacer en tales noches, y tiempos. Encendieron lumbre, en que ſe calentó, dexaron à enjugar ſu ropa, limpiaronle las botas, y dandole marraca ſobre el fieltro, que reſiſtiò mejor el agua, que ſus fiſgas, le acoſtaron en vna cama, que le hicieron porfiando èl en acreditar lo que avia viſto, y ellos en afirmar, que venia, como ſuelen decir, calamocano.

Luego, pues, que la buena Mari-Perez ſupo por ſus eſpias, que ſe avia ausentado ſu enlodado eſpoſo, aſſegurò la puerta primera con ayuda de ſus combidados, como eſtaba de antes; quitò la tablilla, y haziendo que ſe llevaſſen lo vno, y otro conſigo, los deſpidiò à todos, conjurandolos guardaſſen ſecreto; y quedandoſe con ſu ſobrina ſola, ſe acoſtaron, canſados los pies de bayles, y las manos de caſtañetas, los eſtomagos de comer, y las bocas de reìr, durmiendo à ſatisfacion de la cena, y entretenimiento haſta la mañana que bolviò ſu Pintor à media enjugar en compañia del viejo Santillana, que *caſi perſuadido* con la porfia de nueſtro Morales, oyendole afirmar lo miſmo à la mañana, que por la noche, deſeaba vèr eſta nueva maravilla. Llegaron, en fin, à viſta de la caſa encantada; y hallandola con ſu puerta antigua, ſin tablilla ſobre ella, quieta, y cerrada, comenzò el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y èl de nuevo tambien à desbautizarſe, jurando, y perjurando

erdad lo que le avia refe-
, y algun arte del demo-
quella, con que pretendia
eſperaſſe. Llamaron, y
á medio veſtir la ſobrina,
ndo la embuſtera puer-
y en viendo à ſu caſi pa-
ro, le dixo: Con que cara
: V. md. ſeñor tio, à vér
nuger? Ni què quenta
de sì quien dexandola à
ierteà las doze, y embian-
por vna Comadre, buelve
ocho de la mañana, ſin
y con eſſa flema? Si tu ſu-
s, Brigida, reſpondiò èl,
que por tu ria me he viſ-
a noche, mas laſtima tu-
s de mi, que quexas: ma,
nos hemos de mudar de
aſa; que andan en ella
nbres de Demonios.
e en eſto la prevenida
ma, y levantandoſe co-
na onza de la cama, en
nanteo, ſalìò dando gri-
diciendo: O què ſolici-
rido de la ſalud de ſu
r! Para frio de quartana
s lo que peſais! Morales
que no bolvereis en to-
vida. Hizoos mal el ſere-
e anoche? Venis acatar-
Qué enjuto que os de-
tempeſtad paſſada; cerca
la piadoſa Marta, que os
dò; bien creìſteis vos ha-
llarme muerta, quando bol-
vieſſedes con la Caſtejona, y
entraros por mi dote, y ha-
zienda como por viña vendi-
miada; pero malos años para
vos, y para quien tal me deſea.
A què viene V. md, con eſſe
perdido, ſeñor Santillana? Si
es à diſculparſe conmigo, no
tiene para què, que por el ſi-
glo de mi madre, que he de ir-
me luego al Vicario, y pedir
divorcio, no quiero aguardar
otra cañalada, cuya ſal malici-
oſa ponga à pique mi vida:
dame de veſtir, Brigida, toma
tu manto, huye de eſte buſca
Comadres. Soſſieguese V. md.
ſeñora Mari-Perez, dixo el
amigo, que el ſeñor Morales
no tiene la culpa, ſino alguna
hechicera, que por malos me-
dios quiere hacerlos mal caſa-
dos. Muger, acudiò el afligi-
do Pintor, puesto, que os pa-
rezca teneis razon en quexa-
ros de mi, eſcuchad las mias,
y hablad menos libre, que me
falta paciencia para ſufriros,
gaſtada la que tenia en los em-
belecos de eſta noche. Con-
tòle en eſto todo lo que ella
mejor ſe ſabia, con que fin-
giendo alborotos nuevos, bol-
viò à decir: A mi con pape-
les? No vèn vueſtras mercedes
que ſoy todos negros, y no-

quiancha? Ay mas lindas papandulas, que las que me venden? Casa de posadas la mia? Mastines, burco, bayles, y fiestas à quien anoche? Aun si dixeran quexas, maldiciones, suspiros, y males, acertàran: no lo huviera hecho mejor conmigo media azumbre de el Santo, y dos mostachones, acompañados de seis vizcochos, que desterraron el mal de madre que mi cuydadoso marido, que yà mascará tierra la pobre de su muger. Hagaos muy buen provecho, esposa mia, respondiò èl, y no permitais que me entre en malo à mi; dandome tràs de vna tan penosa, vn dia tan pendenciero. Juro à todo lo que puedo jurar, que quanto os he contado me sucediò: En esta casa deven de andar duendes, con venderla, ò alquilarla, passandoos à otra, se remediará todo. Y como que ay duendes, señor tio, (acudiò la taymada Brigida) las mas noches me pellizcan, y dàn de azotes, aunque blandos, y se rien à carcaxadas. Pues como nunca me lo has dicho? dixo la dissimulada tia: porque no imaginassen vuessas mercedes, respondiò, que era otra *persona* en descredito de mi *opinion*, y su casa de mis señores tios. Alto, esso debe de ser sin duda, dixo Santillana, no ay sino perdonarse vnos à otros, y entrar con buen pie en la Quaresma, que es mañana. Hizolo assi, quedando en ojeriza con los duendes el encantado Pintor, y su muger con esperanza de que premiasse su burla el diamante pretendido.

No desmayò la bella mal maridada, por vèr la prosperidad, y sutileza de las burlas de sus dos opositoras, antes de vn camino satisfizo dos necessidades; el premio de la burla el vno; y el otro la cura de su zeloso compañero, que dispuso assi.

Acababa de llegar à Madrid vn Religioso hermano suyo, por Prelado de vno de los Monasterios, que fuera de la Corte, con la recolection de su vida, apuntalan lo que los vicios tienen apique de arruinar. No sabia su venida el zeloso Santillana; y su muger quando ausente por cartas, y aora presente por papeles, y vna visita que èl la hizo, se le avia quexado de la mala vida, que sus impertinentes sospechas la daban; y dicho, que si no fuera por su respeto, y lo que menoscababa la opinion de

geres el poner pleytos à ſus maridos, y pedir divorcios, ſe huviera apartado de él por el Vicario. Eſtaba informado el prudente Religioſo de los vecinos, y amigos del mal acondicionado viejo: de la razon que ſu hermana tenia de aborrecerle, y vivir deſconſolada, deſeando hallar vn medio con que alumbrarle el entendimiento, y ſin romper con el yugo conjugal, perſuadirle quanta ſatisfacion era juſto tuvieſſe de ſu eſpoſa, y que zelos ſin ocaſion no ſuelen ſervir ſino de deſpertar à quien duerme; pero por mas que eſtudió ſobre ello, nunca atinò traza ſuficiente, que veneieſſe la pertináz malicia, que yà buelta en coſtumbre, era caſi impoſſible de deſarraygar ſu ſolpechoſa vejéz. Aviala eſcrito, que miraſſe ella, que modo la parecia mas á propoſito para que ſin llegar à dàr cuenta en ſus trabajos á Tribunales cauſidicos, ella vivieſſe deſcanſada, y ſu marido con ſoſſiego, que por dificil que fueſſe, él pondria toda la diligencia imaginable en ſu execucion. Aora, pues, que hallo ocaſion para executarle en eſtas promeſſas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarſe el diamante; vna mañana, que él ſe fue à oìr Miſſa, y Sermon, por ſer principio de Quareſma, embiò á llamar al bien intencionado Frayle, y deſpues de averſe conſolado con él, llorandole ſus martirios, y peſadumbres, le dixo, que no hallaba otra traza mas à propoſito para ſacarle de la cabeza aquel tema venenoſo de ſus zelos, ſino era vno que le propuſo, y deſpues ſabreis: Refiriòſelo con toda la eloquencia que dió el artificio perſuaſivo à las mugeres, con lagrimas, ſuſpiros, y encarecimientos, concluyendo, en que ſino le executaba, ſeria impoſſible no acabar, con ſus trabajos, deſcaſandoſe; ó con ſu vida, rematando la en vna viga de ſu caſa por medio de vn cordél. El que la mal caſada le ofreciò, tenia muchos inconvenientes; pero en fin arropellò con todos el amor de hermano, la piedad de Religioſo, y el deſeo de impedir alguna deſeſperacion creible de la anguſtia, y ſentimiento, que nueſtra Hipolita (que eſte era ſu nombre) moſtraba. Prometiòla llevar al cabo lo que le pedia, ſeñalaron el dia, deſpidiòſe, llegò à ſu Convento, y propuſo el caſo à ſus ſubditos. Queriale mucho, y co-

conociendo el provecho que ſe eſperaba de èl para la quietud de los dos caſados, le ofrecieron hacer quanto les mandaſſe, y le animaron à concluirle. Alentado con eſto, embiò para el plazo concertado dos onzas de vnos polvos eficaciſſimos para dormir, quiẽ los bebieſſe quatro, ò cinco horas, con tanta enagenacion de los ſentidos, que ſolo ſe diferenciaban de la muerte en la breve diſtancia cõ que aquellos reſtituian el alma à ſus vitales exercicios. Recibiòlos contenta la aſſuta Hipolita, aſſentandoſe à cenar con ſu marido, y mezclandolos con el vino apetitoſo à ſus años, entre bocado, y bocado la daba vna reprehenſion, y entre trago, y trago bebia ſu ſueño. Al vltimo, en fin, ſin aguardar à que ſe levantaſſen los manteles, cayó como piedra en pozo, ſiendo tan eficàz la polvareda boticaria, que á no eſtàr ſobre el caſo la aplicante, y moza, creyeran (y no las pesára) que avia nueſtro Santillana deſembarazado el matrimonio. Deſnudaronle, y echandole en la cama, aguardaron que vinieſſe por èl el Religioſo hermano, que no tardó mucho, pues à las nueve (ſuficiente hora, y quietud para aquel tiempo frio y de Invierno) con dos Legos, y vn cohe, ſe apearon à ſu puerta: y entrando dentro, mandò à vno de ſus compañeros, que venia prevenido de tixeras, y nabaja, le quitaſſe toda la barba, y abrieſſe vna corona de Frayle. No ſe moſtrò perezoſo el obediente Barbero, pues ſin bañarle, porque la frialdad de el agua no ahogaſſe la virtud de los polvos, le convirtió en Recaredo Cenobita. Era cerrado de cabellos, como de mollera, y aſſi ſalió la corona con toda la perfeccion venerable, autorizando la las canas, que ſe entretexian todo lo poſsible; y deſpachada la barba, no pudo dexar de cauſarle riſa à ſu muger, viendo buelto à ſu marido de viejo en vieja. Viſtieronle vn habito como el de ſu hermano, ſin ſentirlo èl, mas que ſi eſto acaeciera con el Conde Partinoples: y metiendole en el coche, encargó el Prelado á Hipolita, encomendaſſe á Dios el proſpero fin de aquel buen principio. Llegò con èl á ſu Monaſterio, y deſembarazando vna celda, le deſnudaron, acoſtandole en vna cama penitente, dexandole la

ſobre vna ſilla, y vn candil encendido; juntaron la puerta, y ſe fueron á dormir. Dos horas avia que duraba el extaſis del ignorante Novicio, y dos profiguió en ſu dormilona embriaguèz, que era el termino pueſto á la virtud de los polvos, con juriſdiccion de ſolas quatro horas; y aviendola comenzado à las ocho, ſigueſe que á las doce feneceria ſu operacion. Tocaron à Maytines, como ſe acoſtumbra en todos los Monaſterios à media noche, y tràs la campana las matracas con que deſpiertan à los que ſe han de levantar, que es vn inſtrumento quadrado de tablas huecas, llenas de eslabones de hierro, que cayendo ſobre clavos grueſſos, y meneandolas aprieſſa, hace vn ſon deſapacible para los que deſpiertan, y le conocen, y eſpantoſo para los que coge deſapercibidos, y viſoños en tan gruñidora muſica. Aſſi le ſucediò al Padre Santillana, pues deſpertando deſpaborido, y creyendo que eſtaba al lado de ſu muger, y en ſu caſa, diò vn grito, diziendo: Jeſus! qué es eſto, Hipolita, caeſe la caſa? ay truenos, ò vienen por mí los Diablos? Como no le reſpondió, atentó à los lados, buſcando à ſu muger; y no hallandola, lleno de malicias, é imaginando, que eſtaba haziendole faynancas, con el ruìdo paſſado querian echarle el apoſento acueſtas, ſe levantò furioſo, y diziendo à vozes: Donde eſtàs, adultera? Mala hembra, no diràs aora que ſon iluſiones, y vejezes las mias; à media noche fuera de mi caſa, y mi apoſento, recibiendo por el techo el adulterio? Mas leales que tu ſon para mi las tejas, pues cayendoſe, me han deſpertado. Daca mis veſtidos muchacha, venga la eſpada, que yo labaré mi afrenta en ſangre de eſtos traydores. Eſto, y buſcar los veſtidos, hallando en vez de ellos los habitos de Frayle, fuè todo vno. La novedad de la celda, ſin ſaber como, ó quien le avia traìdo á ella, le tuvo como cada qual podrà juzgar por sì: ni ſabia ſi dieſſe vozes, ni ſi era arte aquella de encantamiento, ſi dormia, ó velava: fuè à abrir la puerta, y eſtaba ſobre ella vna calabera, que cayendo eſto como imagino, á nabaja los de las canillas, le resfriaron la colera de los zelos, con la flema del miedo que le causò verſe acometido de Requiem, juzgando à mal pronoſtico,

tomò.

tomò el candil para vèr à que calle, ò campo caìa aquel aposento encantado, ò en què parte eſtaba, y viò vn dormitorio que le causò la viſta, lleno de celdas, con vna lampara enmedio. Valgame Dios! què es eſto, dixo, bolviendoſe à entrar temblando? No me dormi yo en acabando de cenar anoche? Quien pues, me ha traìdo aqui aora trocando mis veſtidos en habitos? Si eſtoy en el Hoſpital, que eſta mas parece Enfermeria, que habitacion politica? Si mis zelos me han buelto loco, y para curarme, me han traìdo al Nuncio de Toledo? Que la eſtrechéz deſte aposento, mas parece jaula, que hoſpederia: No sè lo que imagine, aunque eſto vltimo bien puede ſer, pues ſi no me acuerdo mal, yà andaba mi ſeſſo dando zancadillas de puro imaginativo ſobre la conſervacion de mi honra, y no ſerà mucho que aya algunos dos, ò tres años que me eſtèn curando en eſte Hoſpital, y aora buelto en mi juìzio me parezca que fuè anoche, quando eſtuve quieto, y ſeguro en mi caſa, y con mi muger. Si eſto es como imagino, à *quitan* los cabellos, y barbas à *los locos*, y à los galeotes; la mia me ſacará de eſte temor. Echò mano à ella, y hallòla tiple, aviendola él criado con trabaxo: Tentòſe la cabeza, y hallóſe coronado por Rey de los zeloſos maridos; llorò ſu juìzio rematado, teniendoſe por Conventual del Nuncio, creyendo que por burlarſe dél como ſuele hazerſe con los de ſu profeſſion, le havian pueſto la cabeza de aquel modo. Con todo eſſo ſe conſolaba, pareciendole, que pues echaba de vér entonces el eſtado en que eſtaba, avia yà buelto en ſu juìzio, y ſegun eſto, ſaldria preſto de aquel Colegio deſacreditado: Solo le deſatinaban los habitos, que le diſuadian eſtas imaginaciones, porque los locos que èl avia viſto en Toledo, andaban veſtidos de ropas burieladas, *pero no* de Religioſos. Entre eſtas confuſiones ridiculas eſtaba en ſu celda deſnudo, ſin averle acordado que ſe viſtieſſe, el frio, ni ſaber èl por donde, ò como acomodar la diverſidad de pliegues, y confuſion del habito, que en ſu vida ſe avia pueſto, quando entrando el compañero, que daba luz à los demàs Frayles, le dixo: Como no ſe viſte Padre Rebolledo, ſiba de irſe Mucti

es aqui Rebolledo, hermano mio, ò que Maytines, ò vi-speras son estas, que me desatinan (respondiò el casado Frayle:) Si sois loco, como yo lo he sido, y es este el tema de vuestra enfermedad, yà yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oir disparates; dezidme, donde hallarè al Rector, y dexad de Rebollearme. Con buen humor se levanta, Padre Rebolledo, dixo el Religioso, vistase que haze frio, y mire que voy à tocar segunda, y que es mal acondicionado el Superior. Fuesse con esto, dexandole muy confuso: ¿Yo Rebolledo, dezia? Yo Frayle, y Maytines? No aviendo seis horas, que al lado de mi Hipolita traraba mas en pedirla zelos, que en entonar Psalmos? Què es esto, Animas Benditas del Purgatorio? Si duermo, quitadme esta molesta pesadilla: si estoy despierto, reveladme este misterio, ò restituidme el juicio, que sin duda he perdido. Pasmado se estaba, sin acertar à vestirse, obligandole el frio à traer las frazadas acuestas, quãdo vino otro Frayle, y le dixo: Padre Rebolledo, el Vicario de Coro dize, por què no vá á Maytines, que son cantados, y vuestra Reverencia es semanero? Valgame la Corte Celestial (replicò el nuevo Frayle) Que en fin, soy Padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana? Digame Religioso, si es que lo es, ò hermano loco, si como imagino, estamos en algun Hospital de ellos, quien me ha puesto en este estado? Como, ò por qué me han quitado mi casa, mi hacienda, mi muger, mis vestidos, y mis barbas? O que Vrganda la desconcordia, ò Artus el encantador anda por aqui, y ha rematado con migo? Buena està la fiesta, y disparate, respondiò el Corista, para la prisa con que vengo à llamarle. Delantero debiò de cargar anoche en el Refitorio, Padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco, vistase, y sino acierta, yo le vestirè. Echòle entonces el habito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algun espiritu malo, que queria ahogarle, comenzò à dàr gritos: Arredro vayas Satanàs, dexame aqui Angel maldito, Animas de Purgatorio, Santa Margarita, S. Bartolmé, San Miguel, todos Abogados contra los Demonios, ayuda, y favor, que me ahoga este Diablillo capilludo; y escabullendose de las manos, rota la ca-

pilla, y arañado, el Frayle echò à correr por el dormitorio adelante. Atentos, y escondidos avian estado oyendo la escarapela ridicula el Prelado, y Subditos, rebentando la risa por romper los limites de la dissimulacion, y silencio que este caso requeria; pero saliendo juntos con las velas encendidas, que avian prevenido para el Coro, le dixo severo el dissimulado Superior: Padre Rebolledo, que escandalo, y desemboltura es esta? Al Frayle que yo embio para que le llame al Coro, trata de esta suerte? Las manos pone en vn ordenado de Grados, y Corona? Yá la culpa de no venir en fiesta doble à hacer su oficio, añade el descomulgarse? Aparejese luego, que con vn Miserere mei se le aplacarán essos brios. Qué es aparejar (respondiò el colerico Montañès.) Soy yo bestia? Yà lo estoy; y por defenderme de vuestras ilusiones, espiritus condenados, cata la Cruz, no teneis parte en mi, q̃ soy Christiano viejo de la Montaña, bautizado, y con Crisma: Fugite partes adversæ. Estos, y otros desatinos comenzò à ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca, pero haciédose agarros à dos Donados, y diciendole el Prelado: Este Frayle está loco, mas la pena le hará cuerdo, le assentarõ en las espaldas de par en par, vna colacion de cancelones, que pagò cõ mas Cardenales q̃ tiene Roma; daba gritos, que los ponia en el Cielo, diciendo: Señores, ò Frayles, ò diablos, ò lo que sois; què os ha hecho el pobre Santillana, para tratarle con tanto rigor? Si, sois hombres, dolcos de otro, de vuestra especie, que jamás hizo mal à vna mosca, ni tiene de qué acusarse; sino de la mala vida que sus zelos han dado á su muger; si sois Religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois Demonios, dezidme, por què pecados os permite Dios, que me desfolleis de essa suerte? Menudeaba el Padre diciplinante azotazos en esto, diziendo: Todavia dá en su tema? Pues veamos quien de los dos se cansa. Yá lo estoy, Padre de mi alma (respondiò el penitente por fuerza) por la Sangre de Jesu-Christo, que tenga lastima de mi. Pues enmendaráse de aqui adelante? Si, Padre mio, yo me enmendarè, aunque no sè de què. Como que no sabe d

plicò?) Miren què genuil modo de conocer ſu culpa; aun no eſtà, como ha de eſtar, aguarde vn poco; y diziendole eſſo, le taraceaba las eſpaldas. Padre de mi corazon (dixo entonces, echandoſe en el ſuelo) confieſſo que ſoy el mas mal hombre, que piſa la tierra; tenga miſericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma, que yo me enmẽdare. Sabe (le replicó) que es Frayle, y que en los que lo ſon, las culpas veniales ſon de mas eſcandalo, que las mortales del ſeglar? Si, Padre, reſpondia, Frayle ſoy, aunque indigno. Sabe la Regla que profeſſa? Proſeguia, y èl tambien en reſponderle, ſi Padre. Què Regla es? La que V. Paternidad fuere ſervido: No repare en Reglas aunque entre la del Gran Sofi; ſerà deſde aqui adelãte humilde y cuydadoſo en ſu oficio, Padre Rebolledo? Seré Rebolledo, reſpondia, y todo lo que quiſieren. Pues beſe los pies à eſſe Religioſo, dixo, maltratado por èl, y pidale venia. Beſole los pies, Padre mio, (dixo, llorando de dolor, mas que de arrepentimiento) y pidole brevas, ò lo que es eſſo que me mandan le pida. Soltaron la riſa todos entonces, que no pudieron ſufrirla. Reprendiòlos el Prelado, y diziendoles: De què ſe rien, Padres, aviendo de llorar la pèrdida del juìcio de vn Frayle el mejor que teniamos, y que ha ſervido quinze años eſte Monaſterio con la mayor puntualidad, que la Religion ha viſto? Quinze años yo (dezia entre sì el pobre Santillana?) A encantamiento ſemejante en quantos Libros de Cavallerìa deſvanecen mocedades? Alto, pues, tantos lo dizen, verdad debe de ſer, aunque no sè el como; porque á no ſer aſſi, què los importaba à eſtos benditos el maltratarme, y afirmallo? Vengaſe al Coro con noſotros (le dixo el cuñado, que no conocia) obedeciòle el zeloſo por ſu daño. Comenzaron à cantar los Maytines, y mandòle que entonaſſe la primera Antifona. Sabia èl de muſica, lo que de baynicas; pero no oſſando replicar, temeroſo de otra tunda, la cantò regañando de ſuerte, que proſiguiendo la riſa de todo el Coro, y no pudiendola diſſimular el Superior, le mandò llevar al coro, donde le tuvo tres dias tan fuera de sì, que faltò poco para no renunciar con el ſiglo el ſeſſo. Al cabo de

de ellos le facaron, y mandò el Prelado fueſſe con un compañero à pedir el pan de limoſna, que ſe acoſtumbra los Sabados. Dieronle ſu talega, y ſin replicar palabra, como vna oveja cumpliò la obediencia: Llevòle de induſtria el que le acompañaba à la calle donde vivia ſu muger; y reconociendo la caſa, alentado, y con nuevo eſpiritu, dixo entre sì: Aqui de Dios, eſta no es mi caſa? Yo no eſtoy caſado con Hipolita? Quien diablos me ha metido en Frayllas, que no apetecì en mi vida? Matrimonio me llamo. Entròſe con eſto en el portal, y hallando à ſu muger alli, abrazandoſe con ella, comenzo á dezir: Eſpoſa de mis ojos, caſtigo del Cielo fue el mio por la mala vida que te he dado: Frayle me han hecho ſin ſaber como, ò por qué; pero deſde oy mas buſcarán talegueros, que yo matrimonio me llamo. Què deſcompoſtura es eſta, dixo à vozes la mal caſada? Aqui de la vezindad, que eſte loco atrevido ofende mi honra. Acudió el compañero, y parte de los vezinos, que le deſconocieron (por faltàrle la longitud de la barba, y eſtàr en tan deſviado trage, y tan macilento con las penitencias paſſadas, que pudiera vender flaqueza à los Padres del Yermo) y le apartaron á empellones, diciendole oprobrios ſatiricos. Dexenle vueſſas mercedes, acudiò el compañero, y no ſe eſpanten de lo que hace, que ha eſtado el pobre ſeis meſes loco, y ſu tema principal, es decir à qualquiera muger que vè, que es ſu eſpoſa; hemosle tenido en vna cadena, y aviendo mas ha de dos meſes, que moſtraba tener ſalud, à falta de Frayles que han ido à predicar por las Aldeas eſta Quareſma, me mandaron le traxeſſe conmigo à pedir oy la limoſna, bien contra mi voluntad. Dieronle todos credito, laſtimados de ſu deſgracia, que quanto mas gritaba, afirmando era el marido de Hipolita, *mas la acreditaba*. Llevaronle medio loco de veras, y en ſon de arado á ſu Convento: bolvieronle à diſciplinar, y meter en el cepo, donde deſpues que purgò mas de otro mes los malos dias que avia dado à ſu muger, al cabo de ellos, y à la media noche, le deſpertò vna voz, que decia en tono triſte,

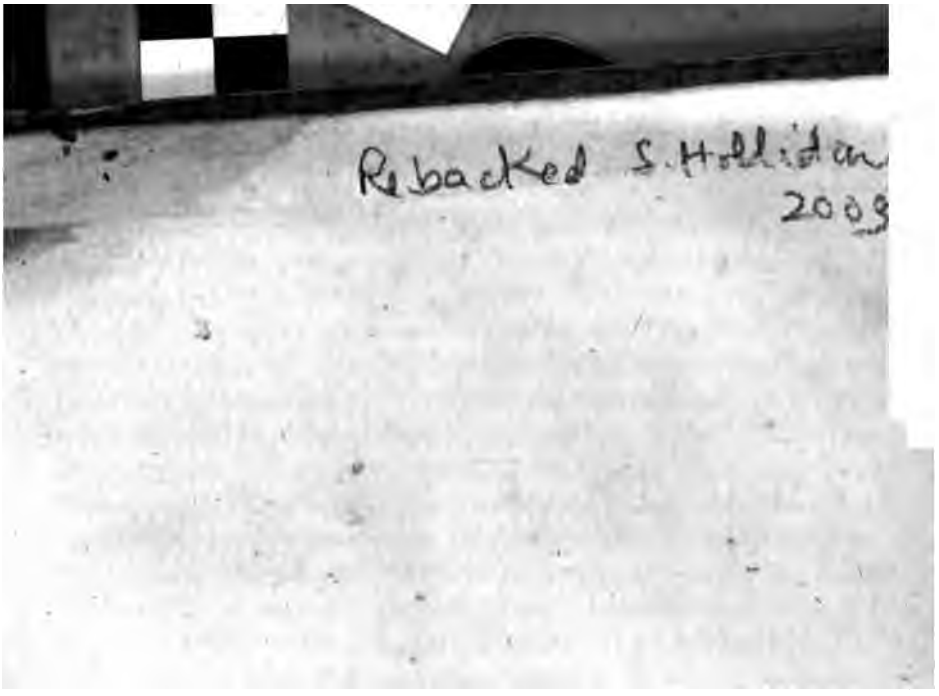
Hipolita eſtà inocente
De tus malicioſos zelos,
Y aſſi te han hecho los Cielos
De eſſe cepo penitente:
Por necio, è impertinente
En ti ſu venganza funda
El que te ha dado eſſa tunda;
Por eſſo ſi ſales fuera,
Eſcarmienta en la primera,
Y no aguardes la ſegunda.

Repitiò eſto tres vezes la funebre voz, y èl pueſtas las manos, llorando con la mayor devocion que pudo, reſpondiò: Oraculo divino, ò humano, quien quiera que ſeas, ſacame de aqui, que yo prometo verdadera enmienda. Dieronle deſpues de eſto de cenar, y la bebida fue de vino, que no lo avia probado deſde el dia primero de ſu transformacion (penitencia mas aſpera para èl, que todas las demas) bebiòlo, y con èl dos vezes mas cantidad de los miſmos polvos que primero: durmiòſe como antes, aviale crecido el cabello, y barba ſuficientemente; afeytaronle, dexandole lo vno, y lo otro en la diſpoſicion antigua; y llevandole en otro coche á ſu caſa, ſe deſpidiò el Religioſo, Medico de zelos de ſu hermana, con eſperanza de que quando deſpertaſſe, hallaria ſano à ſu marido, y enmendado. Puſole los veſtidos ſeglares ſobre vna arca cerca de ſu cabecera: acoſtòſe à ſu lado, acabò el ſueño, junto con la operacion de los polvos, al amanecer, por averlos èl tomado à las diez de la noche. Deſpertò en fin, y creyendo hallarſe en el cepo, viò que eſtaba en la cama, y á obſcuras; no lo acababa de creer: tentò ſi eran colchones aquellos, ò madera, y topò à ſu muger à ſu lado, imaginò que era algun eſpiritu, que proſeguia en tentarle, diò voces, y enſayò Letania. Eſtaba velando Hipolita, y aguardando el fin de aquel ſuceſſo, fingió que deſpertaba, y dixo: Que es eſto, marido mio? Què teneis? Haos dado, como ſuele, el mal de hijada? Quien eres tu, que me lo preguntais (dixo deſpavorido el yà ſano zeloſo) que yo no tengo mal de hijada, ſino mal de fraylia. Quien ha de ſer la que duerme con vos, reſpondiò, ſino, vueſtra muger Hipolita? Jesvs ſea conmigo! (replicò èl) Comò entraſte en el Convento, muger de mi vida? No vès que eſtàs deſcomulgada, y que ſi lo ſa-

be nueſtro Mayoral, y Superior, te acanelonará las eſpaldas, dexandotelas como ruedas de ſalmon? Què Convento, ò què chanzas ſon eſſas, Santillana, reſpondiò ella, dormis todavia, ó qué locura es eſta? Luego no ſoy yo Frayle de quince años ha, preguntò èl, y el cantador de Antifonas? Yo no sè lo que os decis con eſſos Latines, replicò ella; levantaos, que es medio dia, ſi aveis de traer que comamos. Mas aſſombrado que nunca, ſe tentò la barba, y hallóla cumplida, y la cabeza deſcoronada: Mandò abrir la ventana, y ſe viò en la cama, y apoſento, los veſtidos à ſu lado, ſin raſtro de cepo, ni de habitos: Pidiò vn eſpejo, y viò otra cara diferente de la que los dias paſſados le enſeñò el de la Sacriſtia: Haciaſe Cruces, acabando de creer el oraculo copliſta. Preguntabale diſſimulada ſu muger, què de donde precedian aquellos eſpantos? Contòſelo todo, concluyendo en que debia de aver ſoñado aquella noche, y Dios le debia de mandar ſe enmendaſſe, y tuvieſſe la ſatisfacion que era juſto de ſu muger. Apoyò ella eſta quimera, *diciendo*, que avia prometido nueve Miſſas à las Animas, ſi le alumbraban à ſu marido el entendimiento; y que ſino avia determinado echarſe en el pozo. No lo permita el Cielo, Hipolita de las Hipolitas, reſpondiò èl; pidiòla perdon, jurando no creer aun lo que vieſſe por ſus miſmos ojos de alli adelante: Con que dandola libertad para ſalir de caſa, huvo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada qual ſu burla, y quedando tan ſatisfecho él de todas, que por no agraviar à ninguna, les dixo: El diamante, ocaſion de ſutilizar, ſeñoras, vueſtros ingenios, ſe me avia perdido à mi el dia de ſu hallazgo; él vale docientos eſcudos, cinquenta prometi de añadidura à la vencedora; pero todas mereceis la corona de ſutiles en el Mundo; y *aſſi, yà que* no puedo premiaros como mereceis, doy à cada vna eſtos trecientos eſcudos, que tengo por los mas bien empleados de quantos me han grangeado amigos, y quedarè yo muy ſatisfecho, ſi os ſervis deſta caſa como vueſtra. Encarecieron todas ſu liberalidad, y bolviendoſe mas amigas que antes hallaron al Caxero buelto de ſu viage, y olvidada ſu

ta; al Pintor, que avia vendido ſu caſa, y comprado otra, por evitar bellaquerias de duendes; y á Santillana, tan ſatisfecho, y enmendado de ſus zelos, que deſde alli adelante venerò à ſu muger, como á merecedora de oraculos, protectores de ſu buena vida.

Pagaron en riſa Damas, y Cavalleros à Don Melchor el donayre, que añadiò à la ſal de la Novela, celebrando la ſutileza de las tres caſadas, y diſputando entre todas, qual merecia el premio, ſi no ſe huviera ſentenciado con tanta igualdad, dividiendoſe en opiniones el auditorio, que durâran en defender la ſuya cada qual; á no llamarlos à comer, poniendo treguas à la enfretenida diſputa la comida, que en el miſmo ſitio fue igual à la largueza, y cuydado del generoſo Don Fernando. Feneciò con muſicas, bayles, y jueſgos, recogiendoſe la fieſta à dormir los que quiſieron, y à jugar los aficionados. Paſsò la furia de el mayor Planeta, y apaciguados ſus rayos, deſpues de aver recibido muchos Cavalleros, y Damas, que baxaron, ſe diò fin à la fieſta, con vn ſarao, que eſtaba prevenido.


Rebacked S. Holliday
2003